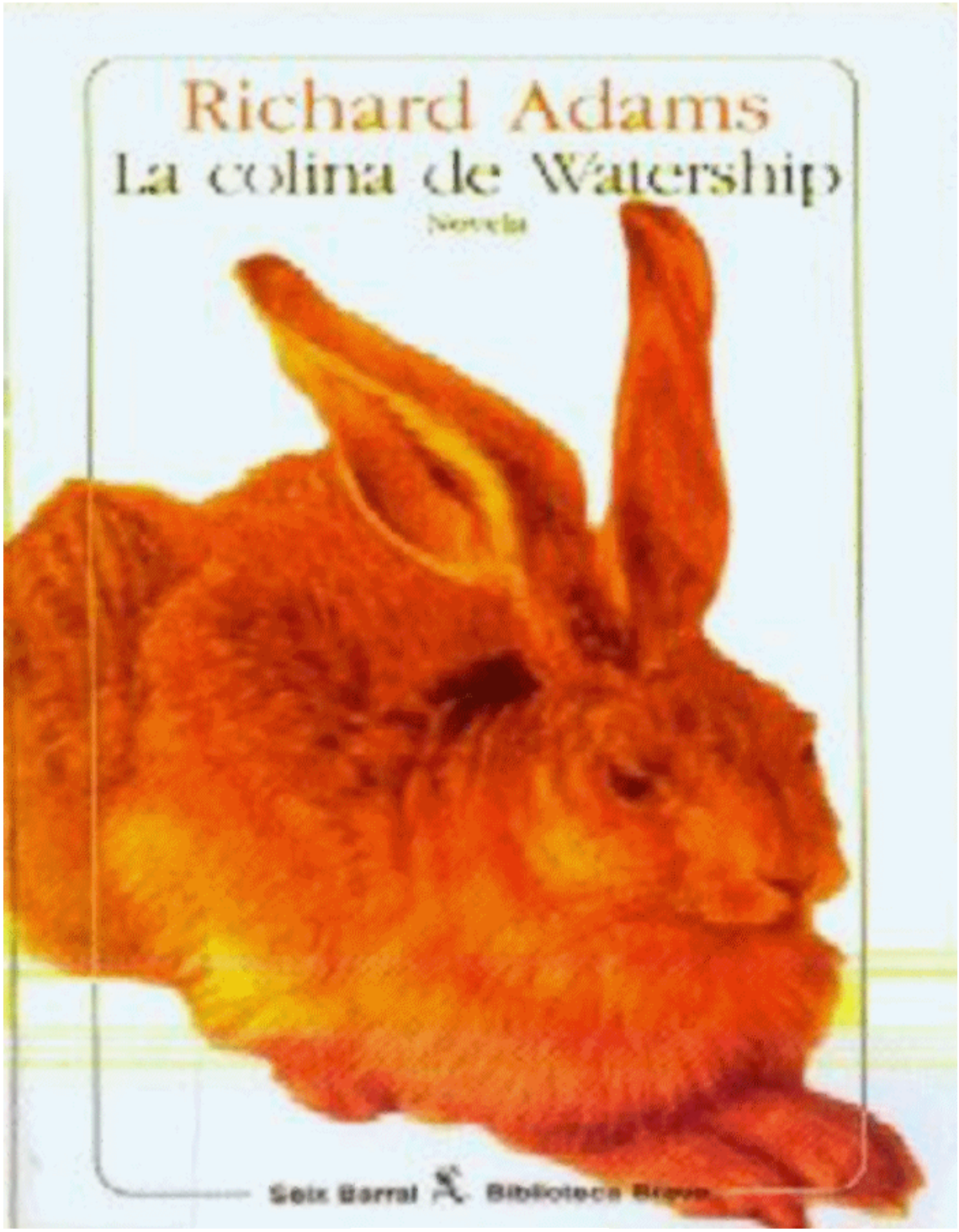
LA COLINA DE WATERSHIP
RICHARD ADAMS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A *Juliet y Rosamond,*

en recuerdo del camino a Stratford-on-Avon

Master Rabbit I saw

WALTER DE LA MARE

****

Agradecimientos

Hago constar mi gratitud por la ayuda recibida no sólo de mi familia sino también de mis amigos Reg Stones y Hal Summers, que leyeron el libro antes de su publicación y aportaron valiosas sugerencias.

Deseo igualmente agradecer a la señora Margaret Apps y a la señorita Miriam Hobbs el esmero con que mecanografiaron el manuscrito, prestándome así una gran ayuda.

Estoy en deuda, por su conocimiento de los conejos y sus costumbres, con el notable libro de Mr R. M. Lockley, *Tite Private Life of the Rabbit (La vida privada del conejo).* Quienquiera que desee saber más sobre las migraciones de los conejos jóvenes, sobre la presión de las glándulas de la barba, sobre la masticación de las cagarrutas, los efectos del hacinamiento en las madrigueras, el fenómeno de reabsorción de embriones fertilizados, la capacidad de los conejos machos para luchar con armiños, u otras características de la vida conejil, debería consultar esta obra definitiva.

NOTA

La Granja Nuthanger es un lugar real, como todos los demás lugares que aparecen en el libro. Pero el señor y la señora Cane, su hijita Lucy y sus peones son ficticios y no tienen ningún parecido con personas que yo conozca, vivas o muertas.

****

Índice

PRIMERA PARTE
EL VIAJE

1. El letrero..... 4
2. El Conejo Jefe..... 7
3. La decisión de Avellano..... 9
4. La marcha..... 11
5. En el bosque..... 14
6. La historia de la bendición de El-ahrairah..... 16
7. El lendri y el río..... 18
8. La travesía..... 19
9. El cuervo y el campo de habas..... 23
10. La carretera y el ejido..... 26
11. Una marcha difícil..... 31
12. Un desconocido en el campo..... 33
13. Hospitalidad..... 39
14. Como árboles en noviembre..... 44

15. Historia de la lechuga del rey..... 52
16. Argentina..... 55
17. El alambre reluciente..... 59

SEGUNDA PARTE
EN LA COLINA DE WATERSHIP

18. La colina de Watership..... 66
19. Miedo en la oscuridad..... 70
20. Un panal y un ratón..... 76
21. Una historia que haría llorar a El-ahrairah..... 82
22. La historia del juicio de El-ahrairah..... 87
23. Kehaar..... 97
24. La granja Nuthanger..... 107
25. La expedición..... 112
26. Quinto en el más allá..... 123
27. No podéis imaginarlo si no habéis estado allí..... 125
28. Al pie de la colina..... 132
29. El regreso y la partida..... 137

TERCERA PARTE
ÉFRAFA

30. Un nuevo viaje..... 141
31. La historia de El-ahrairah y el Conejo Negro de Inlé..... 144
32. Cruzando el camino de hierro..... 152
33. El gran río..... 157
34. El general Vulneraria..... 163
35. A tientas..... 167
36. Se acerca el trueno..... 177
37. El trueno se prepara..... 180
38. Estalla el trueno..... 186

CUARTA PARTE
AVELLANO-RAH

39. Los puentes..... 195
40. El regreso..... 202
41. La historia del Rowsby Woof y el duende Peperro..... 208
42. Noticias al atardecer..... 215
43. La gran patrulla..... 219
44. Un mensaje de El-ahrairah..... 222
45. La granja de Nuthanger otra vez..... 226
46. Pelucón no cede..... 229
47. El cielo suspendido..... 233
48. Dea ex machina..... 239
49. Avellano vuelve a casa..... 242
50. Y por último..... 244

Epilogo..... 249

****

Primera parte

El Viaje

****

1. *El letrero*

CORO: ¿Por qué gritáis así, si no es por una visión de horror?
CASANDRA: La casa apesta a muerte y sangre derramada.
CORO: ¿Y qué? Sólo es el olor del altar del sacrificio.
CASANDRA: El hedor es como un aliento de la tumba.

Esquilo, *Agamenón*

Ya no quedaban primaveras. En la linde del bosque, donde el terreno se abría y descendía hasta una vieja valla y una zanja llena de zarzas, sólo unos pocos pálidos retazos amarillentos asomaban aquí y allá entre el mercurial perenne y las raíces de los robles. Al otro lado de la valla, la parte alta del campo estaba plagada de madrigueras de conejo. En algunos lugares el suelo aparecía desnudo y por todas partes se veían montoncitos de excrementos secos a través de los cuales sólo crecería la hierba de Santiago. A unos cien metros de distancia, al fondo de la cuesta, fluía el arroyo, de apenas un metro de anchura, medio ahogado por ranúnculos, berros y vincas azuladas. El camino de carros pasaba junto a una alcantarilla de ladrillos y subía la cuesta de enfrente hasta un portón de cinco barrotes en el seto de espinos. La puerta conducía al sendero.

Las nubes enrojecían el atardecer de mayo y aún faltaba media hora para el crepúsculo. La pendiente seca estaba salpicada de conejos. Algunos mordisqueaban la hierba menuda que crecía junto a sus madrigueras, otros se aventuraban a ir más lejos en busca de dientes de león o tal vez una prímula que los demás no hubieran visto. Aquí y allá podía verse a alguno erguido sobre los cuartos traseros sobre un hormiguero, mirando alrededor con las orejas tiesas y el hocico al viento. Pero la presencia de un mirlo que cantaba tranquilo en la linde del bosque demostraba que no había nada que temer allí, y en la otra dirección se extendían las riberas del arroyo, vacías y silenciosas. La madriguera estaba segura.

En lo alto de la pendiente, muy cerca del cerezo silvestre donde cantaba el mirlo, había un pequeño grupo de agujeros casi oculto tras los zarzales. En la penumbra verde, en la boca de uno de estos agujeros, había dos conejos sentados lado a lado. Al rato el más grande de los dos salió y se deslizó por la pendiente, protegido por las zarzas, hasta la zanja, y luego trepó hasta el campo. Poco después el otro le siguió.

El primer conejo se detuvo en un lugar soleado y se rascó la oreja con rápidos movimientos de la pata trasera. Aunque sólo tenía un año y no había alcanzado su talla definitiva, no tenía el aire temeroso de la mayoría de «vagabundos», es decir, de los conejos vulgares y corrientes de un año que, ya sea porque carecen de ascendencia aristocrática o de tamaño y fuerza excepcionales, son rechazados por sus mayores y viven como pueden -a menudo al aire libre- en los alrededores de su madriguera. Éste parecía saber muy bien cómo cuidar de sí mismo. Tenía un aire astuto y vivaracho cuando se incorporó, miró alrededor y se frotó la nariz con las patas delanteras. En cuanto se convenció de que todo iba bien, bajó las orejas y empezó a mordisquear la hierba.

Su compañero parecía menos tranquilo. Era pequeño, de ojos grandes y fijos, y tenía un modo de levantar y volver la cabeza que sugería, más que cautela, una especie de constante tensión nerviosa. Movía continuamente el hocico y cuando un abejorro se posó zumbando en una flor de cardo detrás de él, se sobresaltó y giró en redondo tan bruscamente que dos conejos que estaban cerca echaron a correr hacia la madriguera antes de que el más próximo, un macho con las puntas de las orejas negras, lo reconociera y siguiera comiendo.

-Oh, sólo es Quinto -dijo el conejo con las puntas de las orejas negras-, que ha vuelto a asustarse de un abejorro. Venga, Espino Cerval, ¿qué me decías?

-¿Quinto? -dijo el otro conejo-. ¿Por qué lo llaman así?

-Quinto de la camada. Fue el último... y el más pequeño. Sorprende que aún no le haya pasado nada. Siempre digo que un hombre no podría verlo y un zorro no lo querría. Aun así, admito que parece tener habilidad para eludir el peligro.*

* Los conejos sólo saben contar hasta cuatro. Todo lo que pase de ahí es Hrair, “un montón”, “un millar,”. De este modo, dicen *U Hrair* (“los Mil”) para referirse colectivamente a sus enemigos, los *elil,* como ellos los llaman: zorros, comadrejas, armiños, búhos, gatos, el hombre, etc. Seguramente había más de cinco crías en la camada en que nació Quinto, pero su nombre, *Hrai-roo,* significa “pequeño mil”, o “el

más pequeño de un montón”.

El conejo pequeño se acercó más a su compañero, brincando sobre sus largas patas traseras.

-Alejémonos un poco más, Avellano -dijo-. ¿Sabes?, hay algo extraño en la madriguera esta tarde, aunque no puedo precisar de qué se trata. ¿Bajamos al arroyo?

-Está bien -contestó Avellano-, y de paso podrás buscarme una prímula. Si tú no la encuentras, nadie podrá.

Se adelantó por la pendiente y su sombra se alargó detrás de él sobre la hierba. Llegaron al arroyo y empezaron a mordisquear y buscar junto a las rodadas del camino.

No mucho después Quinto encontró lo que buscaban. Las prímulas son una exquisitez entre los conejos y por lo general quedan muy pocas a finales de mayo en la vecindad de una madriguera, por pequeña que sea. Aquella en particular no había florecido y sus hojas planas estaban casi escondidas bajo la alta hierba. Iban a empezar a comerlas cuando dos corpulentos conejos llegaron corriendo desde el otro lado del paso del ganado.

-¿Prímulas? -dijo uno-. Muy bien, ya nos ocupamos nosotros. Vamos, deprisa -añadió, al ver que Quinto vacilaba-. ¿Es que no me has oído?

-La ha encontrado Quinto, Linaria -dijo Avellano.

-Y nosotros nos la comeremos -replicó Linaria-. Las prímulas son para los Owsla,** ¿no lo sabías? Si no lo sabes, con mucho gusto te lo enseñaremos.

** Casi todas las madrigueras tienen una Owsla, un grupo de conejos despiertos y fuertes, de dos años o más, que rodean al conejo Jefe y su hembra y ejercen autoridad. Las Owsla varían. En una madriguera puede ser la banda de un señor de la guerra. En otra puede estar formada sobre todo por inteligentes patrulleros o saqueadores de huertos. En ocasiones se puede encontrar entre ellos un buen narrador, o un vidente o conejo intuitivo. En la madriguera de Sandleford, la Owsla tiene un marcado carácter militar (aunque no tanto como otras, como veremos más adelante).

Quinto ya se había alejado. Avellano le alcanzó junto a la alcantarilla.

-Estoy harto de esto -dijo-. Siempre pasa lo mismo. «Éstas son mis uñas, así que ésta es mi prímula.» «Éstos son mis dientes, así que ésta es mi madriguera.» Te aseguro que si alguna vez entro en la Owsla, trataré a los vagabundos con un poco de decencia.

-Bueno, tú por lo menos esperas entrar en la Owsla algún día -contestó Quinto-. Aún tienes que ganar peso y eso es más de lo que yo nunca conseguiré.

-¿Es que crees que dejaré que te espabiles solo? -dijo Avellano-. Aunque, para serte sincero, hay veces que me dan ganas de irme de esta madriguera para siempre. En fin, olvidémoslo ahora y tratemos de disfrutar de la tarde. ¿Qué te parece si cruzamos el arroyo? Habrá menos conejos y podremos tener un poco de paz. A menos que no lo consideres seguro... -añadió.

Su modo de decirlo sugería que, en efecto, creía que Quinto lo sabría con más certeza que él mismo, y la respuesta de aquél dejó claro que existía un acuerdo tácito entre ellos al respecto.

-No, es bastante seguro -respondió Quinto-. Si noto que hay algún peligro, te lo diré. Pero no es exactamente un peligro lo que presiento en este lugar. Es... no sé, algo opresivo, como el trueno: no sabría decir qué, pero me preocupa. De todos modos, iré contigo.

Corrieron por encima de la alcantarilla. La hierba era espesa y húmeda junto al arroyo y treparon por la pendiente opuesta en busca de terreno más seco. Parte de la ladera estaba en sombras, porque el sol estaba bajando delante de ellos, y Avellano, que quería un lugar cálido y soleado, continuó hasta que estuvieron muy cerca del sendero. Cuando llegaron al portón se detuvo, mirando de hito en hito.

-Quinto, ¿qué es aquello? ¡Mira!

Un poco más adelante se veía que habían removido la tierra hacía poco, pues había dos montones sobre la hierba. Unos pesados postes que olían a creosota y pintura se elevaban tan altos como los acebos del seto, y la tabla que sostenían proyectaba una larga sombra que

trepaba por la pendiente del campo. Cerca de los postes habían dejado olvidados un martillo y unos cuantos clavos.

Los dos conejos se acercaron a saltos a la tabla y se acurrucaron entre unas ortigas frente. a ella; de algún lugar entre la hierba les llegó el olor de una colilla apagada y fruncieron los hocicos con desagrado. De pronto Quinto se estremeció y se hizo un ovillo.

-¡Oh, Avellano, es de aquí de donde viene! Ahora lo se... ¡algo malo! Algo terrible... que está cada vez más cerca.

Empezó a gimotear de miedo.

-¿Qué es... qué quieres decir? ¿No habías dicho que no había peligro?

-No sé qué es -contestó Quinto, con tristeza-. En este momento no hay ningún peligro aquí. Pero se acerca... se acerca. ¡Oh, Avellano, mira! ¡El campo! ¡Está cubierto de sangre!

-No seas tonto, sólo es la luz del crepúsculo. ¡Vamos, Quinto, no hables así, me estás asustando!

Quinto siguió temblando y llorando entre las ortigas mientras Avellano intentaba tranquilizarlo y averiguar qué era lo que lo había puesto fuera de sí. Si estaba aterrorizado, ¿por qué no corría a refugiarse en un lugar seguro, como haría cualquier conejo sensato? Pero Quinto no podía explicarlo y cada vez estaba más angustiado. Al final Avellano dijo:

-Quinto, no puedes quedarte aquí llorando. Está oscureciendo, así que será mejor que volvamos a la madriguera.

-¿Volver a la madriguera? -sollozó Quinto-. Irá hasta allí... ¡no creas que no irá! Te digo que el campo está lleno de sangre...

-Basta ya -dijo Avellano con firmeza-. Deja que me cuide un poco de ti. Sea cual sea el problema, es hora de regresar.

Bajó corriendo por el campo y cruzó el arroyo hasta el paso del ganado. Allí tuvo que demorarse porque Quinto -envuelto por el apacible atardecer veraniego- quedó como inútil y casi paralizado de terror. Cuando Avellano consiguió por fin llevarle hasta la zanja, al principio se negó a meterse bajo tierra y Avellano casi tuvo que empujarle por el agujero.

El sol desapareció detrás de la ladera opuesta. El viento se hizo más frío, salpicado de lluvia, y en menos de una hora oscureció. El color se desvaneció del cielo; y aunque el tablón junto al portón crujía ligeramente en el viento nocturno (como para hacer notar que no había desaparecido en la oscuridad, sino que seguía aguantando firme donde lo habían puesto), ningún transeúnte pasó ni leyó las letras intensas y claras que cortaban la superficie blanca como cuchillos negros. Decían:

PROPIEDAD DE SEIS ACRES,
SITUADA EN UN ENTORNO
PRIVILEGIADO,
DESTINADA A LA CONSTRUCCIÓN
DE MODERNAS RESIDENCIAS DE
GRAN CALIDAD.
SUTCH Y MARTIN, LTD.
NEWSBURY, BERKSHIRE.

2. *El Conejo Jefe*

El oscuro estadista, cargado de pesos y pesares, como una
espesa bruma de medianoche, se movía tan lentamente,
que ni se quedaba ni se marchaba.

Henry Vaughan, *El mundo*

En la oscuridad y el calor de la madriguera, Avellano se despertó de improviso,

debatiéndose y agitando las patas traseras. Algo lo atacaba. No percibía olor de hurón ni de comadreja. Ningún instinto le decía que echase a correr. Se le aclaró la cabeza y comprendió que estaba solo con Quinto. Era Quinto el que se le subía encima, arañándole y agarrándose a él como un conejo espantado que intenta trepar por una alambrada.

-¡Quinto! ¡Quinto, despierta, tonto! Soy Avellano. Vas a hacerme daño. ¡Despierta!

Lo sujetó. Quinto forcejeó y se despertó.

-¡Oh, Avellano! He tenido un sueño horrible. Tú también salías. Estábamos sentados en el agua y bajábamos por un río grande y profundo, y entonces me di cuenta de que íbamos sobre una tabla, como ésa que hay en el campo, toda blanca y cubierta de rayas negras. Había otros conejos, machos y hembras. Pero cuando bajé la vista vi que la tabla estaba hecha de huesos y alambre; grité y tú dijiste: «Nada... a nadar todo el mundo»; y después te buscaba por todas partes e intentaba sacarte de un agujero de la orilla. Te encontré, pero tú dijiste: «El Conejo Jefe debe ir solo», y te alejaste flotando por un oscuro túnel de agua.

-Bueno, por lo pronto me has destrozado las costillas. ¡Conque un túnel de agua! ¡Qué tontería! ¿Podemos volver a dormir ahora?

-Avellano… el peligro, la cosa terrible. No se ha marchado. Está aquí, a nuestro alrededor. No me digas que lo olvide y me eche a dormir. Debemos marcharnos antes de que sea demasiado tarde.

-¿Marcharnos? ¿De aquí, quieres decir? ¿De la madriguera?

-Sí. Pronto. No importa adónde.

-¿Sólo tú y yo?

-No, todos.

-¿Toda la madriguera? No seas bobo. No vendrán. Dirán que has perdido el juicio.

-Entonces estarán aquí cuando llegue lo malo. Tienes que hacerme caso, Avellano. Créeme, algo horrible nos acecha y tenemos que marchamos sin demora.

-Bueno, supongo que lo mejor será que vayamos a ver al Conejo Jefe y que se lo cuentes. O lo intentaré yo. Pero no creo que la idea le haga mucha gracia.

Avellano abrió la marcha y bajó por la pendiente del corredor y luego subió hacia la cortina de zarzas. No quería creer a Quinto, pero le daba miedo no hacerlo.

Pasaba un poco de *ni-Frith,* o mediodía. Todos los conejos estaban bajo tierra, en su mayoría dormidos. Avellano y Quinto caminaron un trecho por el exterior y luego entraron por un agujero ancho y abierto excavado en la tierra; bajaron por diversos pasadizos hasta que se internaron unos nueve metros en el bosque, entre las raíces de un roble. Allí los detuvo un conejo grande y corpulento, uno de los Owsla. Tenía un curioso y tupido mechón de pelo sobre la coronilla que le confería un aspecto extraño, como si llevara una especie de gorra. Por este motivo lo llamaban *Thlayli,* que significa, literalmente, «Cabeza de Piel» o, como podría decirse, «Pelucón».

-¿Avellano? -dijo Pelucón, olisqueándolo en el profundo crepúsculo que reinaba entre las raíces del árbol-. Eres Avellano, ¿verdad? ¿Qué haces aquí? ¿Y a esta hora del día? -Simuló no ver a Quinto, que aguardaba a alguna distancia en el pasadizo.

-Queremos ver al Conejo Jefe -dijo Avellano-. Es importante, Pelucón. ¿Puedes ayudarnos?

-¿Ayudaros? -replicó Pelucón-. ¿*Él* también ha de verlo?

-Sí, es preciso. Confía en mi, Pelucón. No acostumbro a presentarme aquí de esta manera, ¿verdad? ¿Acaso te he pedido alguna vez que me llevaras ante el Conejo Jefe?

-Bueno, lo haré por ti, Avellano, aunque es probable que me gane un buen rapapolvo. Le diré que te considero un tipo sensato. Seguro que él ya te conoce, claro, pero está envejeciendo. Espera aquí, ¿quieres?

Pelucón se adentró unos pasos por el corredor y se detuvo a la entrada de una gran madriguera. Después de decir unas palabras que Avellano no pudo entender, le hicieron entrar. Los dos conejos esperaron en silencio, interrumpido sólo por el nerviosismo de Quinto.

El nombre y título del Conejo Jefe era *Threarah,* que significaba «Señor del Serbal». Por alguna razón siempre se dirigían a él como *«El* Threarah», quizá porque daba la casualidad de que cerca de la madriguera sólo había un threarah, o serbal, del que había tomado el nombre. Había ganado su posición no sólo por la fortaleza en su juventud, sino también por su buen juicio y una cierta indiferencia que contrastaba con el comportamiento impulsivo de la mayoría de conejos. Era de todos sabido que nunca se dejaba alterar por un rumor o un peligro. Había conservado la serenidad -algunos decían que la frialdad- durante la terrible epidemia de mixomatosis, expulsando despiadadamente a cualquier conejo que parecía haber enfermado. Había rechazado cualquier propuesta de emigración masiva e impuesto un aislamiento total a la madriguera, salvándola así casi con seguridad de la extinción. También había sido él el que se enfrentara en una ocasión a un armiño especialmente molesto, conduciéndolo hasta las jaulas de los faisanes y de ese modo (con riesgo de su vida) ante la escopeta del guarda. Ahora estaba envejeciendo, como decía Pelucón, pero conservaba la cabeza bastante clara. Cuando hicieron entrar a Avellano y Quinto, los saludó cortésmente. Los Owsla, como Linaria, amenazaban e intimidaban. El Threarah no tenía necesidad de hacerlo.

-Ah, Nogal. Eres Nogal, ¿verdad?

-Avellano -respondió Avellano.

-Avellano, claro. ¡Qué amable eres al venir a verme! Conocí bien a tu madre. Y tu amigo...

-Mi hermano.

-Tu hermano -rectificó el Threarah, y por el tono de su voz parecía estar diciendo: «No me corrijas más, ¿quieres?»-. Sentaos. ¿Queréis un poco de lechuga?

La lechuga del Conejo Jefe la robaban los Owsla de un huerto, a medio kilómetro de distancia a través de los campos. Los vagabundos raras veces veían lechuga. Avellano tomó una hoja pequeña y la mordisqueó con educación. Quinto la rechazó y se sentó parpadeando y rebulléndose con nerviosismo.

-Bueno, ¿y cómo os van las cosas? -inquirió el Conejo Jefe-. Decidme qué puedo hacer por vosotros.

-Veréis, señor -dijo Avellano, vacilante-, se trata de mi hermano Quinto, que ha venido conmigo. Suele adivinar cuándo va a ocurrir algo malo y siempre acaba teniendo razón. El otoño pasado sabía que iba a haber la inundación, y a veces adivina dónde han puesto una alambrada. Y ahora presiente que un grave peligro amenaza a la madriguera.

-Un grave peligro. Sí, ya veo. Es muy preocupante -dijo el Conejo Jefe, sin parecer en absoluto preocupado-. Veamos, ¿qué clase de peligro? -añadió, mirando a Quinto.

-No lo sé -contestó Quinto-, pe-pero es malo. Es tan ma-malo... es muy malo -concluyó con aire desgraciado.

El Threarah esperó cortésmente unos minutos y luego dijo:

-Y bien, ¿qué se supone que deberíamos hacer?

-Marcharnos -dijo al instante Quinto-. Irnos muy lejos. Todos nosotros. Ahora mismo. Threarah, señor, debemos marchamos.

El Threarah esperó de nuevo. Entonces, con una infinita comprensión en la voz, dijo:

-¡Vaya, nunca lo habría dicho! Ésas son palabras mayores, ¿no crees? ¿Y qué piensas tú?

-Bueno, señor -dijo Avellano-, mi hermano no razona los presentimientos que tiene. Los siente y basta, sí entendéis lo que quiero decir. Estoy seguro de que vos sois la persona indicada para decidir lo que debemos hacer.

-Vaya, es muy amable por tu parte decir eso. Confió en serlo, efectivamente. Pero ahora, queridos muchachos, pensemos un poco en esto, ¿os parece bien? Estamos en mayo, ¿verdad? Todo el mundo está ocupado y la mayoría de conejos se divierten. No hay ningún elil en kilómetros a la redonda, o al menos eso me han dicho. Ninguna enfermedad, muy buen tiempo. Y quieres que diga a la madriguera que este joven, ejem, joven, ejem, hermano tuyo aquí presente ha tenido una corazonada y todos debemos irnos corriendo campo a través hasta quién sabe dónde y afrontar las consecuencias, ¿eh? ¿Qué crees que dirán? Todos estarán encantados, ¿verdad?

-Aceptarán lo que vos digáis -dijo de repente Quinto.

-Es muy amable de tu parte -repitió el Threarah-. Bueno, quizá si lo harían, quizá sí. Pero tendría que reflexionar detenidamente en la cuestión. Es un paso muy serio, naturalmente. Y además...

-Pero no hay tiempo, Threarah, señor -espetó Quinto-. Puedo sentir el peligro como un alambre alrededor de mi cuello.. como un alambre... ¡socorro, Avellano! -gritó, y rodó por la tierra, agitando frenéticamente las patas, como hacen los conejos que han caído en un lazo. Avellano lo sujetó con las patas delanteras y él se apaciguó un poco.

-Lo lamento muchísimo, Conejo Jefe -dijo Avellano-. Se pone así a veces. Estará bien dentro de un minuto.

-¡Qué, lástima! ¡Qué lástima! Pobrecillo, quizá debería ir a casa a descansar. Sí, será mejor que te lo lleves. Bueno, ha sido de veras muy de agradecer que hayas venido a verme, Nogal. Lo aprecio muchísimo y estudiaré detenidamente todo lo que me habéis dicho, te lo aseguro. Pelucón, espera un momento, ¿quieres?

Mientras Avellano y Quinto se dirigían, cabizbajos, a la salida de la madriguera del Threarah, oyeron la voz del Conejo Jefe adoptar un tono bastante más severo, punteado por esporádicos «Sí, señor», «No, señor».

Como había predicho, Pelucón estaba recibiendo su rapapolvo.

3. *La decisión de Avellano*

> ¿Por qué yazgo aquí?... Yacemos aquí como si tuviéramos alguna posibilidad de gozar de paz... ¿Acaso espero a ser un poco más viejo?
>
> Jenofonte, *Anábasis*

-Pero, Avellano, no creerías en serio que el Conejo Jefe iba a seguir tu consejo, ¿verdad? ¿Qué esperabas?

Atardecía de nuevo y Avellano y Quinto comían fuera del bosque con dos amigos. Zarzamora, el conejo que tenía las puntas de las orejas negras y al que Quinto asustara la noche anterior, había escuchado atentamente la descripción de Avellano del tablón de anuncios y comentó que siempre había tenido la seguridad de que los hombres dejaban esas cosas como señales o mensajes de alguna clase, del mismo modo que los conejos dejaban marcas en pasadizos y agujeros. Era otro vecino, Diente de León, el que con aquel comentario volvía de nuevo al Threarah y su indiferencia ante el temor de Quinto.

-No sé qué esperaba -respondió Avellano-. Nunca antes había estado cerca del Conejo Jefe. Pero pensé: «Bueno, aunque no nos escuche, por lo menos nadie podrá decir después que no hicimos todo lo posible para advertirle.»

-¿Estás seguro, entonces, de que existe de veras algo que debemos temer?

-Estoy completamente seguro. Conozco muy bien a Quinto.

Zarzamora iba a responder cuando otro conejo pasó ruidosamente entre las matas de mercurial perenne del bosque, bajó a trompicones hasta las zarzas de la zanja y trepó por la pendiente. Era Pelucón.

-Hola, Pelucón -dijo Avellano-. ¿Estás fuera de servicio?

-Fuera de servicio, si -contestó Pelucón-, y es probable que para siempre.

-¿Qué quieres decir?

-He dejado la Owsla, eso quiero decir.

-¿No será por nuestra culpa?

-Ya lo puedes jurar. El Threarah sabe muy bien cómo mostrarse desagradable cuando se le despierta a ni-Frith por lo que él considera un asunto trivial. Desde luego sabe cómo fastidiarte. Supongo que muchos conejos habrían callado y decidido seguir de parte del Jefe, pero yo no sirvo para eso. Le he dicho que al fin y al cabo los privilegios de los Owsla no eran tan importantes para mí y que un conejo fuerte podría arreglárselas perfectamente aunque abandonara la madriguera. Me aconsejó que no fuera impulsivo y que lo pensara, pero no me quedaré. Robar lechuga no es mi idea de una vida alegre, ni tampoco hacer guardia ante la madriguera. Me siento de maravilla, te lo aseguro.

-Muy pronto nadie robará lechugas -dijo Quinto en voz baja.

-Oh, tú eres Quinto, ¿verdad? -preguntó Pelucón, fijándose en él por primera vez-. Bien, venía a buscarte. He pensado en lo que le dijiste al Conejo Jefe. Dime, ¿es una especie de tremendo farol para darte importancia o es verdad?

-Es cierto -dijo Quinto-. Ojalá no lo fuese.

-Entonces, ¿vas a abandonar la madriguera?

Todos se sobresaltaron por la brusquedad con que Pelucón fue al grano. Diente de León murmuró: «¡Dejar la madriguera, *Frithrah!»,* mientras que Zarzamora sacudió las orejas y miró de hito en hito, primero a Pelucón y después a Avellano.

Fue Avellano el que contestó:

-Quinto y yo dejaremos la madriguera - esta noche -anunció con decisión-. No sé con exactitud adónde iremos, pero aceptaremos a todo el que quiera acompañarnos.

-Muy bien -dijo Pelucón-, entonces podéis contar conmigo.

Lo último que hubiera esperado Avellano era el apoyo inmediato de un miembro de la Owsla. Se le ocurrió que aunque Pelucón sería sin duda un conejo útil en un apuro, también sería difícil de tratar. Desde luego, no querría hacer lo que le ordenara -ni aun pidiera- un vagabundo. «No me importa que pertenezca a la Owsla -pensó Avellano-. Si nos vamos de la madriguera, no voy a dejar que Pelucón lo dirija todo. Si no, ¿de qué nos serviría marcharnos?» Pero se limitó a decir:

-Bien. Nos alegrará tenerte con nosotros.

Miró a los otros conejos. Todos observaban fijamente ya a Pelucón, ya a él mismo. Zarzamora fue el primero en hablar:

-Creo que iré -dijo-. No sé muy bien si eres tú quien me ha convencido, Quinto, pero sea como sea, en la madriguera hay demasiados machos y esto es muy aburrido para cualquier conejo que no esté en la Owsla. Lo gracioso es que a vosotros os aterra quedaros y a mi me aterra irme. Zorros aquí, comadrejas allá, Quinto en medio ¡y adiós a la aburrida quietud!

Arrancó una hoja de pimpinela y la comió despacio, disimulando su miedo como mejor podía; porque todos sus instintos le prevenían contra los peligros del mundo desconocido que había más allá de la madriguera.

-Si lo que Quinto dice es cierto – dijo Avellano- , significa que no debería quedarse aquí ningún conejo. Así que desde ahora y hasta el momento de la marcha deberíamos persuadir a todos los conejos que podamos de que se unan a nosotros.

-Creo que hay uno o dos en la Owsla a los que valdría la pena tantear -dijo Pelucón-. Si los puedo convencer, vendrán conmigo cuando esta noche me reúna con vosotros. Pero no vendrán por lo que dice Quinto. Son jóvenes, insatisfechos como yo. Y para creer a Quinto hay que oírlo a él. A mí me ha convencido. Es evidente que ha recibido una suerte de mensaje, y yo creo en esas cosas. No entiendo cómo no convenció al Threarah.

-Porque al Threarah le disgusta todo aquello que no ha pensado por sí mismo -contestó Avellano-. Pero ahora no podemos perder más tiempo con él. Debemos tratar de reunir más conejos y encontrarnos otra vez aquí, a *fu Inlé.* Y partiremos también a fu Inlé: no podemos esperar más. El peligro, sea cual sea, está cada vez más cerca y además, no creo que al Threarah le guste enterarse de que andas intentando reclutar conejos entre los miembros de la Owsla, Pelucón. Y tampoco al capitán Acebo. No les importará perder a desgraciados como nosotros, pero no querrán perder a los de tu clase. Si estuviera en tu lugar, vigilaría con quién hablo.

4. *La marcha*

> Y ahora, señor, el joven Fortimbrás, de carácter fogoso, inquieto y salvaje, ha ido reuniendo en los alrededores de Noruega, hurgando aquí y allá, toda una tropa de vagabundos que por el rancho y la paga se ponen al servicio de cualquier empresa que requiera agallas.
>
> Shakespeare, *Hamlet*

Fu Inlé significa «después de salir la luna». Los conejos, por supuesto, no tienen idea de la hora exacta ni de la puntualidad. A este respecto se parecen mucho a los pueblos primitivos, que suelen tardar varios días en reunirse para algún propósito y luego varios más para darle comienzo. Antes de que estas gentes puedan actuar juntas es necesario que una especie de sensación telepática fluya entre ellas y madure hasta un punto en que todas saben que están listas para empezar. Cualquiera que haya visto a los vencejos y golondrinas en septiembre, congregándose sobre los cables telefónicos, gorjeando, realizando cortos vuelos a solas y en grupos sobre los campos en los que no quedan más que rastrojos, volviendo para formar hileras cada vez más largas sobre los márgenes amarillentos de los senderos, centenares de individuos mezclándose y juntándose, con creciente excitación, en bandadas que a su vez van reuniéndose desordenadamente hasta crear una enorme escuadra desorganizada, densa en el centro e irregular en los bordes, que se rompe y vuelve a formar continuamente, como las nubes o las olas, hasta aquel momento en que la mayor parte de ellos (pero no todos) saben que ha llegado la hora: levantan el vuelo e inician una vez más el gran viaje hacia el sur al que muchos no sobrevivirán; cualquiera que haya visto esto ha visto cómo fluye entre ellos esa corriente (entre criaturas que se consideran sobre todo parte de un grupo y sólo de modo secundario, si alguna vez llegan a pensarlo, individuos), impulsándolos a agruparse y a actuar al unísono sin pensamiento o voluntad consciente, ha visto en acción al ángel que dirigió la Primera Cruzada a Antioquía y conduce a los lemmings a arrojarse al mar.

En realidad, fue más o menos una hora después de salir la luna y mucho antes de medianoche cuando Avellano y Quinto salieron otra vez de su madriguera detrás de las zarzas y se deslizaron silenciosamente por el fondo de la zanja. Con ellos iba un tercer conejo, *Hlao* -Puchero-, un amigo de Quinto. (Hlao significa cualquier pequeña concavidad en la hierba donde puede acumularse la humedad, como el hoyuelo formado por un diente de león o el cáliz de un cardo.) Él también era pequeño y más bien tímido, y Avellano y Quinto habían pasado la mayor parte de su última tarde en la madriguera convenciéndole para que se uniera a ellos. Puchero había accedido con no pocos reparos. Seguía poniéndole muy nervioso pensar en lo que Podría sucederles cuando dejaran la madriguera y había decidido que lo mejor para evitar problemas sería no separarse de Avellano y hacer exactamente lo que éste dijera.

Estaban todavía en la zanja cuando Avellano oyó un movimiento arriba. Alzó la mirada.

-¿Quién es? -preguntó-. ¿Diente de León?

-No, soy Pico de Halcón -dijo el conejo asomándose por la zanja. Bajó de un salto y aterrizó con todo su peso entre ellos-. ¿Te acuerdas de mi, Avellano? Estuvimos en la misma conejera durante la nevada del invierno pasado. Diente de León me ha dicho que vais a abandonar la madriguera esta noche. Si es así, iré con vosotros.

Avellano recordaba a Pico de Halcón, un conejo más bien lento y estúpido cuya compañía durante los cinco días que estuvieron bloqueados bajo tierra por la nieve había sido ciertamente aburrida. Pero pensó que ése no era momento de andarse con melindres. Aunque Pelucón lograse convencer a alguno, la mayoría de los conejos que se unirían a ellos no procederían de la Owsla. Serían vagabundos que lo pasaban mal y no sabían cómo mejorar su situación. Repasaba mentalmente a algunos de éstos cuando apareció Diente de León.

-Creo que cuanto antes salgamos, mejor -dijo Diente de León-. No me gusta cómo pintan las cosas. Después de convencer a Pico de Halcón de que se uniera a nosotros, he seguido por

el corredor con intención de hablar con algunos más y de pronto he descubierto que el tal Linaria me había seguido. «Quiero saber qué estás tramando», me ha dicho y no me ha creído cuando le he explicado que sólo intentaba averiguar si había algún otro conejo que quisiera abandonar la madriguera. Me ha preguntado si no estaría urdiendo un complot contra el Threarah y se ha mostrado muy furioso y suspicaz. Si he de decirte la verdad, me he asustado, de modo que sólo he traído a Pico de Halcón y no he buscado más.

-No te preocupes -dijo Avellano-. Conociendo a Linaria, me extraña que no te diera un puñetazo primero y te preguntara después. De todos modos, esperemos un poco más. Zarzamora no tardará en llegar.

Pasó el tiempo. Permanecieron agazapados en silencio mientras las sombras de la luna se desplazaban hacia el norte sobre la hierba. Por fin, justo cuando Avellano estaba a punto de bajar corriendo la pendiente hasta la madriguera de Zarzamora le vio salir de su agujero, seguido nada menos que por tres conejos. Avellano conocía bien a uno de ellos, Espino Cerval. Se alegró de verle, porque sabía que era un tipo duro y resuelto al que se consideraba candidato seguro para ingresar en la Owsla en cuanto alcanzara el peso.

«Pero supongo que está impaciente -pensó Avellano-, o quizá ha perdido alguna pelea por una coneja y está resentido. Bueno, con él y Pelucón, por lo menos no saldremos mal parados si nos vemos envueltos en una pelea.»

No reconoció a los otros dos conejos y, cuando Zarzamora le dijo sus nombres -Verónica y Bellota-, se quedó como antes. Pero no era extraño, porque se trataba de vagabundos típicos, flacos conejillos de seis meses, con el aspecto tenso y precavido de quien está acostumbrado a recibir golpes. Miraron a Quinto con curiosidad. Por lo que les había contado Zarzamora, casi esperaban encontrar a Quinto presagiando una catástrofe con palabras poéticas. En lugar de eso, les pareció más tranquilo y normal que el resto. La certeza de la marcha había quitado un peso de encima a Quinto.

El tiempo pasaba lentamente. Zarzamora fue a revolcarse en los helechos y luego regresó a la cima de la pendiente, inquieto y presto a echar a correr al menor ruido. Avellano y Quinto se quedaron en la zanja, mordisqueando distraídamente la hierba oscura. Por fin Avellano oyó lo que estaba esperando oír: un conejo -¿o eran dos?- se acercaba desde el bosque.

Poco después Pelucón estaba en la zanja. Le seguía un conejo robusto y de aspecto enérgico que debía de tener algo más de doce meses. Toda la madriguera le conocía de vista porque su pelaje era gris, con manchas casi blancas que ahora, mientras se sentaba en silencio y se rascaba, relucían a la luz de la luna. Era Plateado, un sobrino del Threarah, que cumplía su primer mes en la Owsla.

Avellano no pudo evitar sentirse aliviado porque Pelucón sólo hubiera traído a Plateado, un tipo tranquilo y sincero que no acababa de encontrar su sitio entre los veteranos. Cuando Pelucón había hablado de tantear a los Owsla, Avellano se había sentido dividido. Era más que probable que les acecharan peligros fuera de la madriguera y necesitarían buenos luchadores. Pero si Quinto tenía razón, debían recibir de buen grado a cualquier conejo que estuviera dispuesto a unirse a ellos. Por otra parte, no tenía mucho sentido buscar la compañía de conejos que se comportaran como Linaria.

«No sé dónde acabaremos al final -pensó Avellano-, pero sea dónde sea, no permitiré que molesten y maltraten a Puchero y Quinto hasta el punto de que estén dispuestos a correr cualquier riesgo sólo para salir de allí. Pero ¿lo verá Pelucón de la misma manera?»

-Conoces a Plateado, ¿verdad? -preguntó Pelucón, interrumpiendo sus pensamientos-. Al parecer, algunos de los más jóvenes de la Owsla han estado metiéndose con él, burlándose de su pelo, y dicen que si ha conseguido ese puesto es sólo gracias al Threarah. Pensaba que podría convencer a alguno más, pero supongo que en la Owsla casi todos se encuentran muy bien donde están.

Miró alrededor.

-Veo que no somos muchos. ¿Crees que merece la pena seguir con esto?

Plateado parecía estar a punto de hablar cuando de improviso se oyeron pasos entre la maleza y otros tres conejos saltaron al margen desde el bosque. A diferencia de los conejos que ahora se encontraban en la zanja, se movían con decisión y seguridad. El más grande de los recién llegados iba al frente y los otros dos le seguían, como obedeciendo órdenes. Avellano, intuyendo enseguida que no tenían nada en común con él y sus compañeros, dio un

respingo y se incorporó, tenso. Quinto le susurró al oído:

-Oh, Avellano, han venido a... -pero no terminó la frase.

Pelucón se volvió hacia los intrusos y los miró de hito en hito, moviendo muy deprisa la nariz. Los tres fueron directos hacia él.

-¿Thlayli? -preguntó el jefe.

-Sabes perfectamente quién soy -replicó Pelucón-, y yo también te conozco, Acebo. ¿Qué quieres?

-Estás arrestado.

-¿Arrestado? ¿Qué quieres decir? ¿Por qué?

-Por promover la disensión e incitar al motín. Plateado, tú también estás detenido por no haber presentado tu informe a Linaria esta noche y haber delegado tus deberes en un camarada. Ambos tenéis que acompañarme.

Inmediatamente, Pelucón se abalanzó sobre él, arañando y pateando. Acebo se defendió, y sus seguidores se acercaron, buscando una abertura para incorporarse a la pelea e inmovilizar a Pelucón. De repente, desde lo alto de la pendiente, Espino Cerval se tiró de cabeza a la refriega, derribó a uno de los guardas con un golpe de las patas traseras y empezó a luchar con el otro. Un momento después le siguió Diente de León, que aterrizó sobre el conejo que Espino Cerval había pateado. Los dos guardas retrocedieron, echaron una ojeada alrededor y subieron a saltos por la pendiente en dirección al bosque. Acebo se desasió de Pelucón y se agazapó sobre las patas traseras, frotándose las patas delanteras y gruñendo como suelen hacer los conejos furiosos. Iba a hablar cuando Avellano se le encaró.

-Vete -dijo Avellano con calma pero con firmeza-, o te mataremos.

-¿Sabes qué significa esto? -replicó Acebo-. Soy capitán de la Owsla. Lo sabes, ¿verdad?

-Vete -repitió Avellano-, o morirás.

-Los que moriréis seréis vosotros -contestó Acebo. Y sin más, dio media vuelta, subió por la pendiente y desapareció en el bosque.

A. Diente de León le sangraba el hombro. Se lamió la herida unos momentos y entonces se volvió a Avellano.

-No tardarán en volver, lo sabes, ¿verdad? -dijo-. Han ido a reunir a los Owsla, y cuando vuelvan lo pasaremos mal.

-Deberíamos marcharnos -dijo Quinto.

-Sí, ha llegado la hora -respondió Avellano-. Vamos, bajemos al río. Luego seguiremos por la orilla... así será más fácil mantenernos juntos.

-Si quieres un consejo... -empezó Pelucón.

-No creo que los consejos me sirvan de gran cosa si no nos marchamos -contestó Avellano.

Abrió la marcha, con Quinto a su lado, y salieron de la zanja y bajaron por la pendiente. En menos de un minuto, la pequeña compañía de conejos desapareció en la noche, bajo la tenue luz de la luna.

5. *En el bosque*

Estos conejos jóvenes.., deben marcharse si quieren sobrevivir. En un estado salvaje y libre... a veces recorren kilómetros... errantes, hasta que encuentran un entorno adecuado.

R.M. Lockley, *La vida privada del conejo*

La luna enrojecía cuando dejaron los campos y se internaron en el bosque. Manteniéndose más o menos juntos, habían recorrido casi un kilómetro por los campos, siguiendo siempre el curso del arroyo. Aunque Avellano intuía que debían de haberse alejado de la madriguera más que ningún conejo de los que conocía, no tenía la certeza de hallarse lo bastante lejos para estar a salvo, y mientras aguzaba el oído -no por primera vez- para intentar captar los sonidos de una posible persecución advirtió las oscuras masas de los árboles y el arroyo que desaparecía entre ellos.

Los conejos evitan los bosques tupidos, donde el suelo es umbrío, húmedo y carece de hierba y se sienten amenazados por el monte bajo. A Avellano no le gustaba el aspecto de los árboles. Pensó, no obstante, que sin duda Acebo se lo pensaría dos veces antes de seguirles a un lugar como aquél, y quedarse junto al arroyo podía ser mucho más seguro que vagar de un lado a otro por los campos, arriesgándose a acabar otra vez en la madriguera. Decidió entrar en el bosque sin consultar a Pelucón, confiando en que el resto del grupo le seguiría.

«Si no tropezamos con ningún problema y el arroyo nos lleva a través del bosque -pensó-, estaremos a suficiente distancia de la madriguera y podremos buscar un sitio donde descansar un poco. La mayoría parece llevarlo bastante bien, pero Quinto y Puchero no aguantarán mucho más.»

El bosque les pareció lleno de ruidos. Olía a hojas húmedas y a musgo y el murmullo del agua se escuchaba por doquier. A la entrada del bosque el arroyo formaba un remanso que caía en una pequeña cascada, y el sonido resonaba entre los árboles como en una cueva. En las ramas altas se escuchaba el bullir de los pájaros, que se preparaban para dormir, y la brisa nocturna agitaba las hojas. Aquí y allá se escuchaba la caída de una rama muerta y los ecos de otros sonidos, siniestros y desconocidos, sonidos de movimiento.

Para los conejos, todo lo desconocido es peligroso. La primera reacción es sobresaltarse, la segunda, escapar. Los sobresaltos eran continuos y finalmente quedaron exhaustos. Pero ¿qué significaban aquellos sonidos y adónde podían correr en aquella espesura?

Los conejos avanzaban muy juntos. Su progreso fue haciéndose cada vez más lento. Pronto perdieron el curso del arroyo y cruzaban veloces los claros de luna y se detenían en los matorrales con las orejas erguidas y la mirada vigilante, como fugitivos. La luna estaba baja y la luz, donde caía oblicuamente entre los árboles, parecía más espesa, más vieja y más amarilla.

Desde un gran montón de hojas muertas bajo un acebo, Avellano vio un estrecho sendero bordeado de helechos y ramas secas. Los helechos se mecían bajo la brisa, pero a lo largo del sendero no se veía nada excepto algunas bellotas del año anterior al pie de un roble. ¿Qué había en los helechos? ¿Qué acechaba tras el siguiente recodo? ¿Y qué le ocurriría a un conejo que abandonase la seguridad del acebo y corriera por la senda? Se volvió hacia Diente de León, a su lado.

-Será mejor que esperes aquí -dijo-. Cuando llegue al recodo patearé con fuerza. Pero si algo va mal, aleja a los demás.

Sin esperar respuesta se lanzó al sendero y corrió por él. En pocos segundos llegó al roble. Hizo una breve pausa, miró alrededor y luego corrió hacia el recodo. Más allá, bajo la pálida luz de la luna, el sendero se veía también vacío y descendía suavemente por la colina hacia la profunda oscuridad de un seto de encinas. Avellano pateó y unos segundos después Diente de León estaba a su lado entre los helechos. A pesar del miedo y la tensión, se le ocurrió que Diente de León debía de ser muy rápido: había cubierto la distancia como un relámpago.

-Bien hecho -murmuró Diente de León-. Arriesgándote por nosotros, ¿eh?, como El-ahrairah.

Avellano le dirigió una mirada breve y amistosa. Era un elogio cálido que le animó. Elil-Hrair-Rah, o El-ahrairah -el Príncipe con Mil Enemigos-, es para los conejos lo que Robin Hood para los ingleses y John Henry para los negros americanos. El tío Remus probablemente ha oído hablar de él, porque algunas de las aventuras de El-ahrairah coinciden con las del Conejo Brer. Hasta el mismo Odiseo podría haber imitado un par de trucos del héroe conejo, porque es muy viejo y nunca le faltó un truco para engañar a sus enemigos. Dicen que una vez tuvo que ir a casa cruzando a nado un río donde había un lucio grande y hambriento. El-ahrairah se peinó hasta que obtuvo pelo suficiente para forrar un conejo de barro, que empujó hacia el agua. El lucio se precipitó hacia él, lo mordió y lo escupió con repugnancia. Al cabo

de un rato el falso conejo flotó hasta la orilla y El-ahrairah lo sacó y esperó un poco antes de volver a echarlo al agua. Repitió lo mismo durante una hora y el lucio acabó por no hacerle caso. Cuando el pez lo hubo desdeñado por quinta vez, El-ahrairah se tiró al agua y nadó hasta la otra orilla y se fue a casa. Algunos conejos dicen que controla el tiempo, porque el viento, la humedad y el rocío son amigos e instrumentos que los conejos utilizan contra sus enemigos.

-Avellano, tendremos que detenernos aquí -dijo Pelucón, adelantándose entre los cuerpos jadeantes y encogidos de los otros-. Sé que no es un buen lugar, pero Quinto y ese otro chico desmedrado que tienes aquí están exhaustos. No podrán continuar si no descansamos.

Lo cierto era que todos estaban cansados. Muchos conejos se pasan la vida en el mismo lugar y nunca corren más de un kilómetro seguido. Aunque pueden vivir y dormir a la intemperie durante meses, prefieren tener cerca algún lugar que puedan utilizar como refugio. Tienen dos maneras naturales de andar: el salto tranquilo con el que se desplazan delante de la madriguera en las noches de verano y la veloz carrera para esconderse que todos los humanos hemos visto en alguna ocasión. Es difícil imaginar a un conejo avanzando laboriosa y prolongadamente; no están hechos para eso. Es verdad que los conejos jóvenes son grandes viajeros y pueden caminar muchos kilómetros, pero no lo hacen de buen grado.

Avellano y sus compañeros habían pasado la noche haciendo todo lo que no era natural para ellos, y además por primera vez. Se habían movido en grupo, o al menos lo habían intentado, aunque lo cierto era que se habían dispersado mucho varias veces. Habían tratado de mantener un paso regular, entre brincos y carreras, y estaban muy fatigados. Desde su entrada en el bosque habían sufrido una gran ansiedad. Varios estaban casi *tharn,* es decir, en aquel estado de parálisis, con la mirada fija y vidriosa, que domina a los conejos aterrados o rendidos, y que les impide hacer otra cosa que no sea sentarse y observar cómo sus enemigos -comadrejas o humanos- se acercan para quitarles la vida. Puchero estaba sentado bajo un helecho, temblando, con las orejas gachas. Tenía una pata adelantada en un gesto torpe y antinatural, y no dejaba de lamerla con desaliento. Quinto no estaba mejor. Aún parecía animado, pero vencido por el cansancio. Avellano se dio cuenta de que hasta que hubieran descansado sería más seguro que se quedaran allí, en lugar de seguir dando traspiés al descubierto, sin fuerzas para escapar de un enemigo. Pero si se quedaban allí elucubrando, sin poder comer ni refugiar-se bajo tierra, su situación parecería peor y el miedo les llenaría el corazón, y era muy probable que acabaran por dispersarse o incluso que trataran de regresar a la madriguera. Tuvo una idea.

-De acuerdo, muy bien, descansaremos aquí -anunció-. Metámonos entre los helechos. Venga, Diente de León, cuéntanos una historia. Sé que lo haces muy bien. Puchero está impaciente por oírte.

Diente de León miró a Puchero y comprendió qué era lo que le pedía Avellano. Tragándose el miedo que él mismo sentía por el bosque desolado y sin hierba, por los búhos, que volverían antes del amanecer, y que ya podían oír a cierta distancia, y por el fétido olor de algún animal que parecía venir de algún lugar cercano, empezó.

6. *La historia de la bendición de El-ahrairah*

> ¿Por qué ha de considerarme cruel o que ha sido traicionado?
> Yo le habría hecho amar lo que había antes de que el mundo fuera creado.
>
> W. B. Yeats, *Un mujer joven* y *vieja*

-Hace mucho tiempo, Frith creó el mundo. También creó todas las estrellas y el mundo es una de las estrellas. Las creó diseminando sus excrementos por el cielo y ésa es la razón de que haya tanta hierba y tantos árboles en el mundo. Frith hace fluir los arroyos. Le siguen

mientras cruza el cielo y cuando deja el cielo le buscan toda la noche. Frith creó a todos los animales y aves, pero al principio todos eran iguales. El gorrión y el cernícalo eran amigos y ambos comían semillas y moscas. Y el zorro y el conejo eran amigos y ambos comían hierba. Y había mucha hierba y muchas moscas, porque el mundo era nuevo y Frith brillaba radiante y cálido todo el día.

»Pues bien, El-ahrairah estaba entre los animales de aquellos días y tenía muchas esposas. Tenía tantas que no se podían contar, y las esposas tenían tantas crías que ni siquiera Frith podía contarlas, y comían la hierba y los dientes de león y las lechugas y el trébol y El-ahrairah era el padre de todos. -Pelucón emitió un gruñido apreciativo-. Y al cabo de un tiempo -continuó Diente de León-, al cabo de un tiempo la hierba empezó a escasear, y los conejos vagaban por todas partes, multiplicándose y comiendo mientras viajaban.

»Entonces Frith dijo a El-ahrairah: "Príncipe Conejo, si no puedes controlar a tu pueblo, yo encontraré maneras de controlarlo. Así que presta atención a lo que digo." Pero El-ahrairah no quería escuchar y dijo a Frith: "Mi pueblo es el más fuerte del mundo, porque cría más deprisa y come más que cualquier otro pueblo. Y esto demuestra cuánto aman a su Señor Frith, porque entre todos los animales son los más sensibles a su calor y su esplendor. Debéis comprender, mi Señor, lo importantes que son y no poner obstáculos a sus hermosas vidas."

»Frith podría haber matado en el acto a El-ahrairah, pero su intención era mantenerle en el mundo porque lo necesitaba para jugar y hacer bromas y travesuras. Así que decidió vencerle no mediante su gran poder, sino mediante un truco. Anunció que celebraría una gran reunión y que en su transcurso daría un regalo a cada animal y ave que lo hiciera diferente del resto. Y todas las criaturas se pusieron en camino para acudir al lugar de la reunión. Pero cada una llegó a una hora distinta, porque Frith se había asegurado de que así fuera. Cuando llegó el mirlo, le dio su bello canto, y cuando llegó la vaca, le dio sus cuernos puntiagudos y la fuerza de no temer a ninguna otra criatura. Y así les tocó el turno al zorro, al armiño y a la comadreja. Y Frith concedió a cada uno de ellos la astucia, la fiereza y el deseo de cazar y matar y comer a los hijos de El-ahrairah. De modo que se alejaron de Frith con el único afán de matar conejos.

»Mientras tanto, El-ahrairah bailaba, copulaba y se jactaba de que iba a la reunión de Frith a recibir un gran regalo. Y por fin salió hacia el lugar de reunión. Por el camino, se detuvo a descansar en la ladera suave y arenosa de una colina. y mientras descansaba, sobrevoló la colina el oscuro Vencejo, que iba gritando: "¡Noticias! ¡Noticias! ¡Noticias!" Porque, no sé si sabéis que esto es lo que ha dicho desde aquel día. Así pues, El-ahrairah le llamó y preguntó: "¿Qué noticias?" "Verás -dijo el Vencejo-, no me cambiaría por ti, El-ahrairah. Porque Frith ha dado al zorro y a la comadreja corazones astutos y dientes afilados y al gato, pies silenciosos y ojos que pueden ver en la oscuridad, y han abandonado la casa de Frith para matar y devorar todo lo que pertenece a El-ahrairah." Y se alejó volando sobre las colinas como un relámpago. Y en aquel momento, El-ahrairah oyó la voz de Frith gritando: "¿Dónde está El-ahrairah? Porque todos los demás han recibido su regalo y se han ido y yo he venido a buscarlo."

»Entonces El-ahrairah supo que Frith era demasiado listo para él y se asustó. Pensó que el zorro y la comadreja venían con Frith y se volvió a la colina y empezó a cavar. Cayó un agujero, pero aún era poco profundo cuando Frith llegó a la colina, solo. Y vio el trasero de El-ahrairah asomando en el agujero y la tierra que salía despedida mientras cavaba. Al ver esto, gritó: "Amigo mío, ¿has visto a El-ahrairah, porque le busco para entregarle mi regalo?" "No -contestó El-ahrairah, sin salir-. No le he visto. Está muy lejos. No ha podido venir." Entonces dijo Frith: "Pues sal de este agujero y te bendeciré en su lugar." "No, no puedo -contestó El-ahrairah-, estoy ocupado. El zorro y la comadreja vienen hacia aquí. Si quieres bendecirme, bendíceme el trasero, porque asoma por el agujero."

Todos habían oído la historia: durante las noches de invierno, cuando las gélidas corrientes recorren los pasajes de la madriguera y el agua helada llena los hoyos de los corredores subterráneos; y en las tardes de verano, sentados sobre la hierba, a la sombra del espino rojo, envueltos en el dulce olor a descomposición de las flores marchitas del saúco. Diente de León la contaba muy bien e incluso Puchero olvidó su cansancio y el peligro y recordó en su lugar la indestructibilidad de los Conejos. Cada uno de ellos se veía como El-ahrairah, que podía ser insolente con Frith y salir impune.

-Entonces -continuó Diente de León-, Frith se sintió benévolo con El-ahrairah a causa de su ingenio y porque no se rindió aun cuando pensaba que venían el zorro y la comadreja. Y dijo: «Está bien, te bendeciré el trasero, ya que sale del agujero. Trasero, sé fuerte, prevenido

y rápido para siempre y salva la vida de tu amo. ¡Que así sea!» Y mientras hablaba, la cola de El-ahrairah adquirió una blancura radiante y centelleó como una estrella, y sus patas negras se hicieron largas y poderosas y pateó la ladera hasta que los mismos escarabajos cayeron de las briznas de hierba. Salió del agujero y corrió por la colina más deprisa que cualquier criatura del mundo. Y Frith le gritó: «El-ahrairah, tu pueblo no puede gobernar el mundo porque yo no lo he dispuesto así. Todo el mundo será tu enemigo, Príncipe con Mil Enemigos, y te matarán si te alcanzan. Pero antes tendrán que atraparte, a ti, que cavas y escuchas y corres, príncipe con la alarma presta. Sé astuto e ingenioso y tu pueblo nunca será destruido.» Y El-ahrairah supo entonces que, aunque no podía burlarse de él, Frith era su amigo. Y cada atardecer, cuando Frith ha terminado el quehacer diario y yace tranquilo y en paz bajo el cielo rojo, El-ahrairah y sus hijos y los hijos de sus hijos salen de sus agujeros y se alimentan y juegan ante su vista, porque son amigos suyos y les ha prometido que nunca serán destruidos.

7. *El lendri y el río*

> Quant au courage moral, il avait trouvé fort rare, disait-il, celui de deux heures après minuit; c'est-à-dire le courage de l'improviste.
>
> Napoleón Bonaparte

Cuando Diente de León terminó, Bellota, que estaba en el lado de barlovento, se sobresaltó y se enderezó de improviso, con las orejas tiesas y las ventanas de la nariz temblorosas. El extraño y desagradable olor era ahora más fuerte y al cabo de unos segundos todos oyeron algo pesado que se acercaba. De repente, los helechos del otro lado del sendero se abrieron y apareció una cabeza larga, como canina, con rayas blancas y negras. Se inclinaba hacia abajo y enseñaba los dientes, con el hocico casi tocando el suelo. Detrás vislumbraron unas patas grandes y poderosas y un cuerpo negro y peludo. Los ojos les miraron, llenos de una astucia salvaje. La cabeza se movió con lentitud, observando a un lado y a otro el oscuro sendero, y después volvió a clavar en ellos sus ojos fieros y terribles. Abrió más las mandíbulas y pudieron ver mejor los dientes, tan blancos como las rayas de la cabeza. Durante largos minutos estuvo observándolos y los conejos permanecieron inmóviles, mirándolo a su vez sin emitir un solo sonido. Entonces Pelucón, que estaba más cerca del sendero que los otros, se volvió y se incorporó al grupo.

-Un *lendri* -murmuró al reunirse con ellos-. Tal vez sea peligroso y tal vez no, pero no quiero arriesgarme. Alejémonos.

Le siguieron a través de los helechos y muy pronto llegaron a otra senda paralela. Pelucón la tomó y empezó a correr. Diente de León lo alcanzó y los dos desaparecieron entre las encinas. Avellano y los demás los siguieron como pudieron, mientras Puchero, empujado por el pánico, iba tras ellos cojeando y dando traspiés a causa de su pata dolorida.

Avellano alcanzó el otro extremo del encinar. Allí el sendero formaba un recodo, y al doblarlo Avellano se detuvo en seco y se sentó sobre los cuartos traseros. Delante de él, Pelucón y Diente de León miraban desde el borde de una margen alta a cuyos pies fluía un río. Era, de hecho, el pequeño río Enborne, de unos tres o cuatro metros de anchura y en esa época del año, con menos de un metro de profundidad por las lluvias de primavera, pero a los conejos les pareció inmenso, un río como nunca habían imaginado. La luna casi había desaparecido y estaba muy oscuro, pero podían ver el débil resplandor del agua y distinguían apenas, en la otra orilla, una delgada cinta de nogales y alisos. Más allá, un chorlito llamó tres o cuatro veces y enmudeció.

Los demás fueron llegando uno tras otro, se detuvieron en la margen y miraron el agua sin hablar. Soplaba una brisa muy fría y algunos se sentaron temblando.

-Vaya, ésta sí que es una sorpresa, Avellano -dijo al fin Pelucón-. ¿O ya te lo esperabas cuando nos trajiste al bosque?

Avellano se dio cuenta, desalentado, de que Pelucón podía acabar siendo un fastidio. No era un cobarde, desde luego, pero lo más probable era que sólo continuara con ellos mientras viera las cosas claras y supiera qué hacer. Para él, la perplejidad era peor que el peligro; y cuando estaba perplejo solía enfadarse. La víspera, la advertencia de Quinto le había preocupado y había hablado con ira al Threarah y abandonado la Owsla. Después, cuando vacilaba sobre si dejar la madriguera, el capitán Acebo había aparecido en el momento oportuno para ser atacado y dar un motivo perfecto para su marcha. Ahora, a la vista del río, la seguridad de Pelucón volvía a fluctuar y, a menos que él, Avellano, encontrase el modo de devolvérsela, era muy probable que tuviesen problemas. Pensó en el Threarah y en su taimada cortesía.

-No sé qué habríamos hecho sin ti hace un momento, Pelucón -dijo-. ¿Qué animal era ése? ¿Nos habría matado?

-Un lendri -contestó Pelucón-. He oído hablar de ellos en la Owsla. No son realmente peligrosos. No pueden alcanzar a un conejo que corre y casi siempre se les puede oler cuando se acercan. Son muy extraños. He sabido de conejos que viven casi encima de ellos y no les pasa nada malo. Pero de todos modos, es mejor evitarlos. Desentierran a los conejillos y matan a un adulto herido, silo encuentran. Son uno de los Mil, no cabe duda. Debería haberlo adivinado por el olor, pero era nuevo para mí.

-Había matado antes de encontramos -dijo Zarzamora con un estremecimiento-. Le he visto sangre en el morro.

-Tal vez una rata, o polluelos de faisán. Ha sido una suerte para nosotros que hubiese matado, pues de lo contrario habría sido más rápido. Afortunadamente hemos hecho lo más acertado. Hemos salido muy bien parados del apuro -dijo Pelucón.

Quinto apareció cojeando en el sendero en compañía de Puchero. Ellos también se detuvieron y contemplaron el río.

-¿Qué crees que deberíamos hacer ahora, Quinto? -preguntó Avellano.

Quinto miró hacia el agua y movió las orejas.

-Tendremos que cruzarlo -dijo-. Pero yo no me siento capaz de nadar, Avellano. Estoy rendido y Puchero está mucho peor que yo.

-¿Cruzarlo? -exclamó Pelucón-. ¿Cruzarlo? ¿Quién va a cruzarlo? ¿Para qué? Nunca he oído semejante tontería.

Como todos los animales salvajes, los conejos pueden nadar si tienen que hacerlo y algunos nadan incluso cuando les apetece. Se sabe de conejos que viven en el lindero de un bosque y suelen cruzar un arroyo para ir a comer a los campos de la otra orilla. Pero la mayoría evitan nadar y desde luego un conejo exhausto no podría cruzar a nado el Enborne.

-Yo no quiero meterme en el agua -dijo Verónica.

-¿Por qué no limitarnos a seguir la orilla? -preguntó Pico de Halcón.

Avellano sospechaba que si Quinto creía que debían cruzar el río, podía ser peligroso no hacerlo. Pero ¿cómo persuadir a los demás? Y al momento, mientras aún se preguntaba qué podía decirles, se dio cuenta de improviso de que se sentía más animado. ¿Qué podía ser? ¿Un olor? ¿Un sonido? Entonces lo supo. Cerca, en la otra orilla del río, una alondra había empezado a gorjear y a saltar. Era la mañana. Un mirlo cantó una o dos notas lentas y profundas y fue seguido por una paloma torcaz. Pronto los envolvió el alba grisácea y pudieron ver que el río bordeaba el extremo más lejano del bosque. Al otro lado había campos abiertos.

8. *La travesía*

El centurión... ordenó que los que pudiesen nadar se lanzaran primero al mar y alcanzaran la tierra. Y que el resto lo hiciera ya sobre tablas, ya sobre fragmentos del

barco. Y así sucedió que todos llegaron a salvo a tierra.

Hechos de los apóstoles, capítulo 27

La parte más alta de la orilla arenosa se alzaba casi dos metros sobre el agua. Desde donde estaban sentados, los conejos podían mirar directamente río arriba, y a la izquierda río abajo. Por lo visto había nidos en la pared que tenían debajo, porque a medida que aumentaba la luz vieron tres o cuatro vencejos sobrevolar el agua como una exhalación y alejarse hacia los campos. Al cabo de poco rato volvió uno con el pico lleno y pudieron oír los chillidos de los polluelos cuando desapareció de la vista a sus pies. La margen no se prolongaba mucho en ninguna de las dos direcciones. Río arriba descendía hasta un sendero de hierba que discurría entre los árboles y el agua. El sendero seguía la línea del río, que se extendía en línea recta hasta donde alcanzaba la vista, fluyendo con suavidad entre vados, bajíos de grava o puentes de tablas. Donde ellos estaban, el agua formaba un amplio remanso de aguas casi inmóviles. A la izquierda, la margen descendía también hacia unos setos de alisos, entre los cuales se oía borbotear el agua sobre los guijos. Vislumbraron una alambrada tendida de orilla a orilla y supusieron que rodeaba un vado para el ganado, como el que había en el pequeño arroyo cerca de su madriguera natal.

Avellano miró río arriba, hacia la senda.

-Allí hay hierba -dijo-. Vamos a comer.

Bajaron con tiento la margen y empezaron a mordisquear junto al agua. Entre ellos y el río había grupos de lisimaquia y pulicaria, que aún tardarían casi dos meses en florecer. Las únicas flores visibles eran unas cuantas ulmarias tempranas y un trecho de botones de oro rosados. Mirando la pared de la margen, vieron que efectivamente estaba salpicada de agujeros de vencejos. Había una estrecha faja de arena al pie del pequeño acantilado, sembrada de los desechos de la colonia, ramitas, excrementos, plumas, un huevo roto y uno o dos polluelos muertos. Ahora los vencejos iban y venían sobre el agua en grandes bandadas.

Avellano se acercó a Quinto y poco a poco le apartó de los otros sin dejar de comer. Cuando estuvieron algo alejados y medio escondidos tras unos juncos, le preguntó:

-¿Estás seguro de que tenemos que cruzar el río, Quinto? ¿Y si sólo siguiéramos la orilla en una u otra dirección?

-No, es preciso que crucemos el río, Avellano, para llegar a esos campos, más lejos aún. Sé lo que debemos buscar: un lugar alto y solitario con terreno seco, donde los conejos puedan ver y oír todo cuanto los rodea y los hombres no vayan casi nunca. ¿No valdría eso un largo viaje?

-Si, claro que si. Pero ¿existe un lugar semejante?

-No cerca de un río... como puedes suponer. Pero si cruzas un río, empiezas a subir otra vez, ¿verdad? Deberíamos estar en una cima... en una cima y en campo abierto.

-Pero, Quinto, tal vez se nieguen a ir más lejos. Y además, dices todo esto y añades que estás demasiado cansado para nadar...

-Puedo descansar, Avellano, pero Puchero está bastante mal. Creo que se ha lastimado. Quizá tengamos que quedarnos aquí la mitad del día.

-Bueno, vayamos a hablar con los otros. Quizá no les importe esperar. Lo que no les gustará es tener que cruzar a nado, a menos que algo los asuste lo suficiente para obligarlos a ello.

En cuanto regresaron, Pelucón se les acercó desde los matorrales del borde de la senda.

-Me preguntaba adónde habríais ido -dijo a Avellano-. ¿Estáis listos para seguir adelante?

-No, yo no -respondió Avellano con firmeza-. Creo que deberíamos permanecer aquí hasta ni-Frith. Así todos tendrán ocasión de descansar y después podremos cruzar hasta esos campos.

Pelucón iba a contestar, pero Zarzamora habló primero.

-Pelucón -dijo-, ¿por qué no cruzas a nado ahora y después te internas en el campo y echas una ojeada? Tal vez el bosque no se prolonga mucho. Podrías verlo desde allí y así sabríamos qué camino es mejor tomar.

-Oh, está bien -contestó Pelucón de mala gana-. Supongo que es lo más sensato. Nadaré por este río *embleer** tantas veces como quieras. Siempre estoy dispuesto a complacer.

** Embleer,* "apestoso" es la palabra que usan para describir el olor del zorro

Sin la menor vacilación, se acercó en un par de brincos a la orilla, entró despacio y nadó a través del profundo y tranquilo remanso. Le observaron salir junto a una mata de escrofularia en flor, agarrarse a uno de los fuertes tallos con los dientes, sacudirse del pelaje un diluvio de gotas y correr hacia los alisos. Un momento después le vieron entre los nogales, corriendo hacia el campo.

-Me alegro de que esté con nosotros -dijo Avellano a Plateado. De nuevo recordó, resentido, al Threarah-. Es el tipo ideal para averiguar todo lo que queremos saber. Oh, vaya, mírale, ya vuelve.

Pelucón regresaba corriendo por el campo, con una agitación que no había mostrado desde el incidente con el capitán Acebo. Se lanzó al agua casi de cabeza y nadó a toda prisa, dejando unos rizos como puntas de flechas sobre la tranquila superficie parda. Habló mientras se sacudía en la pequeña playa arenosa.

-Bueno, Avellano, yo en tu lugar no esperaría a ni-Frith. Me iría ahora mismo. De hecho, creo que no tienes más remedio.

-¿Por qué? -preguntó Avellano.

-Hay un perro grande suelto en el bosque.

Avellano se sobresaltó.

-¿Qué? -exclamó-. ¿Cómo lo sabes?

-Desde el campo se puede ver el declive del bosque hasta el río. Algunas zonas están descubiertas. He visto al perro cruzando un claro. Arrastraba una cadena, así que debe de haberse escapado. Puede que siga el rastro del lendri, pero ahora el lendri ya debe de estar bajo tierra. ¿Qué crees que ocurrirá cuando nos olfatee correteando de un lado a otro del bosque cubierto de rocío? Vamos, crucemos .

Avellano no sabía qué hacer. Delante de él estaba Pelucón, empapado, intrépido, resuelto, la imagen misma de la determinación. A su lado estaba Quinto, silencioso y agitado. Vio a Zarzamora observándole fijamente, esperando sus instrucciones y pasando por alto las de Pelucón. Entonces miró a Puchero, acurrucado en un hueco de la arena, más asustado e indefenso que cualquier conejo que hubiera visto en su vida. En aquel momento estallaron en el bosque unos ladridos excitados y un grajo empezó a chillar.

Avellano habló en una especie de trance.

-Está bien -dijo-, puedes marcharte, podéis iros todos si queréis. En cuanto a mí, esperaré a que Quinto y Puchero estén listos para intentarlo.

-¡Maldito testarudo! -gritó Pelucón-. ¡Acabarán con todos nosotros! Nos...

-No hagas tanto ruido -dijo Avellano-. Pueden oírte. ¿Qué sugieres entonces?

-¿Sugerir? No es cuestión de sugerir. Los que puedan nadar, que naden. Los otros tendrán que quedarse aquí y confiar en la suerte. Quizá el perro no venga.

-Me temo que eso no me sirve. He metido a Puchero en esto y voy a sacarlo.

-Bueno, no has metido a Quinto en esto, ¿verdad? Fue él el que te metió a ti.

Avellano no pudo dejar de notar, con reacia admiración, que aunque Pelucón se había enfadado, no parecía tener una prisa especial y daba la impresión de ser el menos asustado de todos. Miró en derredor buscando a Zarzamora y vio que los había dejado y estaba en un extremo del remanso, allí donde la estrecha playa terminaba en una punta arenosa. Tenía las patas medio enterradas en la grava húmeda y olfateaba algo grande y plano que había en la orilla. Parecía un trozo de madera.

-Zarzamora -dijo-, ¿puedes venir aquí un momento?

Zarzamora levantó la mirada, retiró las patas de la grava y volvió corriendo.

-Avellano -explicó rápidamente-, allí hay un trozo de madera lisa, como aquella que cubría el hoyo al lado del Campo Verde, encima de la madriguera, ¿recuerdas? Debe de haber venido arrastrada por la corriente. De modo que flota. Podríamos colocar en ella a Quinto y Puchero y hacerla flotar otra vez. Podría servir para cruzar el río. ¿Lo entiendes?

Avellano no comprendía a qué se refería. La retahíla de insensateces que había soltado no parecía sino incrementar la sensación de peligro y confusión. Como si la airada impaciencia de Pelucón, el terror de Puchero y el perro merodeador no fueran suficientes obstáculos, ahora era evidente que el conejo más inteligente de todos ellos se había vuelto loco. Se sintió cercano a la desesperación.

-¡Frithrah, si, ya lo veo! -exclamó a su oído una voz excitada. Era Quinto-. ¡Deprisa, Avellano, no perdamos tiempo! ¡Ven y trae a Puchero!

Fue Zarzamora el que obligó a levantarse al estupefacto Puchero y le forzó a recorrer los pocos metros que le separaban de la punta arenosa. El pedazo de madera, apenas mayor que una hoja grande de ruibarbo, estaba ligeramente varado. Zarzamora casi empujó hasta ella a Puchero con sus uñas. Puchero se agazapó, temblando, y Quinto subió a bordo tras él.

-¿Quién es fuerte? -preguntó Zarzamora-. ¡Pelucón! ¡Plateado! ¡Empujadlos hasta el agua!

Nadie le obedeció. Todos se quedaron en cuclillas, perplejos e indecisos. Zarzamora hundió la nariz en la arena bajo el borde varado de la tabla y la levantó a empujones. La tabla se ladeó. Puchero lanzó unos chillidos y Quinto bajó la cabeza y enseñó las uñas. Entonces la tabla se enderezó y deslizó algunos metros por el estanque con los dos conejos acurrucados sobre ella, rígidos e inmóviles. Giró lentamente sobre si misma y se encontraron mirando con ojos muy abiertos a los compañeros que dejaban atrás.

-¡Frith e Inlé! -exclamó Diente de León-. ¡Están sentados en el agua! ¿Por qué no se hunden?

-Están sentados en la madera y la madera flota, ¿no lo ves? -dijo Zarzamora-. Ahora nosotros cruzaremos a nado. ¿Podemos empezar, Avellano?

Durante los últimos minutos Avellano había estado más a punto que nunca de perder la cabeza. No sabía qué hacer y no tenía otra respuesta a la desdeñosa impaciencia de Pelucón que su disposición a arriesgar la propia vida en compañía de Quinto y Puchero. Aún no podía comprender lo sucedido, pero al menos se daba cuenta de que Zarzamora quería que demostrase autoridad. Su mente se aclaró.

-A nadar -dijo-, todos a nadar.

Les observó mientras entraban en el agua. Diente de León nadaba tan bien como corría, con rapidez y facilidad. Plateado también era fuerte. Los otros remaban y pateaban como podían y cuando empezaron a llegar al otro lado, se zambulló. El agua fría le traspasó el pelaje casi . Le faltaba el aliento y al sumergir la cabeza oyó rechinar débilmente la arena del fondo. Pateó con torpeza hasta la otra orilla, pero con la cabeza fuera del agua, y se dirigió hacia la escrofularia. Cuando se dio impulso para salir, buscó entre los empapados conejos reunidos en los alisos.

-¿Dónde está Pelucón? -preguntó.

-Detrás de ti -contestó Zarzamora, haciendo castañetear los dientes.

Pelucón aún estaba en el agua, al otro lado del remanso. Había nadado hasta la balsa, apoyado la cabeza en ella y ahora la empujaba hacia delante con fuertes impulsos de las patas traseras.

-Estaos quietos -le oyó decir Avellano con voz entrecortada. Entonces se sumergió. Pero un momento después sacó la cabeza por detrás de la tabla. Mientras pateaba y forcejeaba, la tabla dio media vuelta y entonces, mientras los conejos observaban desde la orilla, cruzó lentamente el remanso y encalló en la margen opuesta. Quinto empujó a Puchero hacia las piedras y Pelucón vadeó al lado de ambos, temblando y sin aliento.

-Se me ha ocurrido la idea cuando Zarzamora nos ha enseñado la tabla -dijo-, pero es difícil empujar cuando estás en el agua. Espero que no falte mucho para la salida del sol. Tengo frío. Sigamos adelante.

No vieron rastro alguno del perro mientras paseaban deprisa entre los alisos y subían por el campo hasta el primer seto. La mayoría no había comprendido lo que significaba el descubrimiento de la balsa hecho por Zarzamora y lo olvidaron al instante. Quinto, sin embargo, se acercó a Zarzamora, recostado contra el tallo de un cambrón del seto.

-Nos has salvado a Puchero y a mi, ¿verdad? -preguntó-. No creo que Puchero tenga la menor idea de lo sucedido, pero yo sí.

-Admito que ha sido una buena idea -replicó Zarzamora-. Recordémosla. Puede volver a sernos útil alguna vez.

9. El cuervo y el campo de habas

¡En la buena compañía de la flor de las judías, los trinos del mirlo y mayo, y junio!

Robert Browning, *De Gustíbus*

El sol salió cuando aún estaban tendidos junto al seto. Algunos ya se habían dormido, acurrucados incómodamente entre los gruesos tallos, conscientes del peligro que corrían pero demasiado cansados para hacer otra cosa que confiar en la suerte. Al mirarlos, Avellano se sintió casi tan inseguro como en la orilla del río. Un seto en medio del campo no era lugar para permanecer todo el día. Pero ¿adónde podían ir? Necesitaba saber más sobre las inmediaciones. Echó a andar junto al seto, sintiendo la brisa del sur y buscando un sitio donde poder sentarse y olfatear sin demasiado riesgo. Los olores procedentes de terrenos más altos tal vez le dijeran algo.

Llegó a una amplia abertura tan pisoteada por el ganado que se había convertido en lodo. Podía verlos pacer en el campo contiguo, en lo alto de la cuesta. Se metió en el campo con cautela, se puso en cuclillas junto a unas matas de cardos y empezó a olisquear el viento. Ahora que ya no percibía el olor a espino del seto ni el hedor de los excrementos del ganado percibió con gran intensidad un olor que había estado penetrando en su nariz incluso mientras yacía entre el espino. Ahora había un único olor en el viento y era nuevo para él: una fragancia fuerte, fresca y dulce que llenaba el aire. Parecía bastante saludable. No había nada malo en ella. Pero ¿qué era y por qué era tan intensa? ¿Cómo podía excluir todos los otros olores en campo abierto y con viento del sur? El origen debía de encontrarse muy próximo. Avellano pensó en la conveniencia de mandar a explorar a uno de los conejos. Diente de León alcanzaría la cima y volvería casi tan deprisa como una liebre. Pero entonces su sentido de la aventura y de la travesura le incitó. Iría él mismo y traería alguna noticia antes de que se dieran cuenta siquiera de que se había ido. Esto enfurecería un poco a Pelucón.

Corrió ágilmente por la pradera en dirección a las vacas. Al verle llegar levantaron la cabeza y le miraron un momento antes de volver a su pasto. Un gran pájaro negro aleteaba y saltaba un poco detrás del rebaño. Se parecía mucho a un grajo grande pero, a diferencia de los grajos, estaba solo. Avellano observó su potente pico verdoso clavándose en la tierra, pero no pudo ver con detalle lo que hacía. El caso era que Avellano no había visto nunca un cuervo. No se le ocurrió que seguía la pista de un topo, con la esperanza de matarlo de un picotazo y sacarlo de su agujero poco profundo. De haber comprendido esto, tal vez no lo habría catalogado tan a la ligera como un «no halcón» -es decir, cualquier ave entre un reyezuelo y un faisán-, y continuado subiendo por la pendiente.

Ahora la extraña fragancia era más intensa, pues se derramaba desde la cumbre en una oleada de perfume que le impresionó poderosamente, como el perfume de las flores de azahar del Mediterráneo impresiona al viajero que las huele por primera vez. Fascinado, corrió hasta la cima. Cerca había otro seto y al otro lado, ondeando suavemente bajo la brisa, un campo de habas en plena floración.

Avellano se sentó sobre los cuartos traseros y contempló el ordenado bosque de pequeños árboles glaucos con sus columnas de flores blancas y negras. Nunca había visto nada igual. Conocía el trigo y la cebada, y en una ocasión había visto un campo de nabos. Pero esto era

distinto y parecía, en cierto modo, atractivo, saludable y propicio. Verdad que los conejos no podían comer esas plantas: podía olerlo. Pero podrían yacer a salvo entre ellas tanto tiempo como quisieran y moverse a través de ellas con facilidad Y sin ser vistos. Avellano decidió en aquel mismo momento traer a los conejos al campo de habas para refugiarse y descansar hasta el anochecer. Volvió corriendo y encontró a los demás donde los había dejado. Pelucón y Plateado estaban despiertos, pero los demás dormitaban.

-¿No duermes, Plateado? -preguntó.

-Es demasiado peligroso, Avellano -contestó Plateado-. Me gustaría dormir tanto como a cualquiera, pero si todos dormimos y viene algo, ¿quién se dará cuenta?

-Lo sé. He encontrado un lugar donde podemos dormir a salvo durante todo el tiempo que queramos.

-¿Una madriguera?

-No, no es una madriguera. Un gran campo de plantas olorosas que nos ocultará a la vista y al olfato hasta que hayamos descansado. Sal aquí y huélelo, si quieres.

Los dos conejos así lo hicieron.

-¿Dices que has visto esas plantas? -inquirió Pelucón, volviendo las orejas para captar el distante susurro de las habas.

-Sí, están al otro lado de la cima. Vamos, será mejor que despertemos a los otros antes de que venga un hombre con un *hrududu** o se dispersarán.

** Hrududu,* tractor o cualquier otro vehículo con motor.

Plateado despertó a los demás y empezó a empujarlos hacia el campo. Echaron a andar a trompicones, desconfiando de sus reiteradas afirmaciones de que «era un trecho muy corto».

Se separaron mucho mientras subían trabajosamente la cuesta. Plateado y Pelucón iban a la cabeza, y a escasa distancia les seguían Avellano y Espino Cerval. El resto caminaba ociosamente, brincando unos metros y luego deteniéndose para mordisquear o soltar excrementos sobre la hierba cálida y soleada. Plateado ya estaba casi en la cima cuando de pronto, desde la mitad de la cuesta, les llegó un agudo chillido, el sonido que hace un conejo, no para pedir ayuda o para asustar a un enemigo, sino simplemente por terror. Quinto y Puchero, cojeando detrás de los otros y a todas luces cansados y demasiado pequeños, eran atacados por el cuervo. Había llegado volando bajo y se había lanzado sobre Quinto atacándolo con su gran pico, pero Quinto consiguió esquivarlo a tiempo. Ahora el pájaro saltaba y brincaba entre las matas de hierba, y cargaba sobre los dos conejillos con rápidos movimientos. Los cuervos apuntaban a los ojos y Puchero, intuyéndolo, había hundido la cabeza en unas matas y trataba de introducirse todavía más. Era él el que chillaba.

Avellano cubrió la distancia que lo separaba de ellos en pocos segundos. No sabía qué haría y si el cuervo no le hubiera hecho caso probablemente se habría sentido desorientado. Pero su rápida llegada distrajo la atención del cuervo, que se dispuso a atacarlo. Avellano lo esquivó y se detuvo, miró hacia atrás y vio a Pelucón que venía corriendo desde el lado opuesto. El cuervo se volvió y se abalanzó sobre Pelucón, pero no le acertó. Avellano oyó el choque del pico contra un guijarro escondido en la hierba, un sonido semejante al de una cáscara de caracol cuando un tordo la golpea contra una piedra. El cuervo se recuperó y se encaró a Plateado, que venia detrás de Pelucón, y el conejo se detuvo, atemorizado. El cuervo empezó una especie de baile delante de él, batiendo las grandes alas negras con horrible agitación. Estaba a punto de asestarle un picotazo cuando Pelucón vino corriendo desde atrás y le asestó un golpe lateral que le hizo tambalearse sobre la hierba con un ronco graznido de rabia.

-¡Continúa! -gritó Pelucón-. ¡Atácale por detrás! ¡Son unos cobardes! Sólo atacan a conejos indefensos.

Pero el cuervo ya había iniciado la retirada y se alejaba volando bajo con aletazos pesados y lentos. Lo observaron hasta que alcanzó el seto más lejano y desapareció en el bosque que se extendía del otro lado del río. En el silencio se escuchó el crujido suave de una vaca que pastaba cerca.

Pelucón fue hacia Puchero, cantando entre dientes un grosero pareado de la Owsla.

Hoi, hoi u embleer Hrair,

*M'saion ulé hraka vair.**

**Jo, jo, los apestosos Mil, los encontramos hasta cuando paramos a defecar.

-Vamos, Hlao-roo, ahora ya puedes sacar la cabeza. Menudo día llevamos, ¿eh?

Se volvió y Puchero trató de seguirle. Avellano recordó que Quinto había dicho que se había lastimado. Ahora, al verle cojear y tambalearse por la pendiente, se le ocurrió que quizá tenía alguna herida. Procuraba una y otra vez apoyar la pata delantera izquierda en el suelo, pero acababa levantándola y saltaba sobre tres patas.

«Le echaré una ojeada en cuanto estemos a cubierto -pensó-. Pobrecillo, no podrá ir muy lejos en este estado. »

En la cima, Espino Cerval abría la marcha hacia el campo de habas. Avellano llegó al seto, atravesó un estrecho margen de césped del otro lado y se encontró mirando directamente un pasillo largo y sombreado entre dos hileras de habas. La tierra era suave y suelta, sembrada de las malas hierbas que suele haber en los campos cultivados: fumaria, mostaza silvestre, murajes y manzanilla bastarda, que crecían bajo la penumbra y el verdor de las hojas de las habas. Cuando la brisa agitaba las plantas, la luz del sol salpicaba de motas y manchas móviles la tierra marrón, las guijas blancas y las malas hierbas. Sin embargo, no había nada alarmante en esta inquietud ubicua porque el bosque entero participaba de ella y el único sonido audible era el suave y continuo movimiento de las hojas. En el otro extremo del bancal de las habas, Avellano divisó el lomo de Espino Cerval y lo siguió hasta las profundidades del campo.

Poco después todos se habían reunido en una especie de hondonada. Todo alrededor estaban las ordenadas hileras de habas, protegiéndoles de presencias hostiles, sirviéndoles de techo y cubriendo su rastro. Difícilmente hubieran estado más seguros bajo tierra. Incluso tenían algo de comida a su alcance, porque aquí y allá crecían pálidas briznas de hierba y algún que otro diente de león.

-Podemos dormir aquí durante todo el día -dijo Avellano-. Pero supongo que uno de nosotros tendrá que quedarse despierto; y si yo hago el primer turno, tendré ocasión de echar una mirada a tu pata, Hlao-roo. Creo que se te ha clavado algo.

Puchero, que yacía sobre el lado izquierdo y respiraba en un rápido jadeo, dio media vuelta y estiró la pata delantera mostrando la parte de abajo. Avellano examinó de cerca el pelo tupido y áspero (la pata del conejo no tiene almohadillas) y al poco descubrió lo que esperaba: la cabeza ovalada de una espina que atravesaba la piel. Había un poco de sangre y la carne estaba desgarrada.

-Tienes una gran espina dentro, Hlao -dijo-. No me extraña que no pudieras correr. Tendremos que sacarla.

Sacar la espina no fue fácil porque la pata estaba tan sensible que Puchero gemía y evitaba el contacto incluso de la lengua de Avellano. Pero después de muchos pacientes esfuerzos, Avellano logró sacar el trozo suficiente para apresar la espina entre los dientes. Salió con suavidad y la herida sangró. Era una espina tan larga y gruesa que Pico de Halcón, que se encontraba cerca, despertó a Verónica para que la viese.

-¡Frith del cielo, Puchero! -exclamó Verónica, oliendo la espina, que habían dejado sobre una piedra-. Harías bien en coleccionar unas cuantas como ésta; después podrías hacer un tablón de anuncios y asustar a Quinto. De haberlo sabido, podrías haberle ensartado un ojo al lendri.

-Lámete la herida, Hlao -dijo Avellano-. Lámela hasta que te duela menos y entonces duérmete.

10. *La carretera y el ejido*

Timorato contestó que ellos... habían subido a un difícil lugar, pero, añadió, «cuanto más lejos vayamos, más peligros encontraremos»; por lo que dimos media vuelta y ahora regresamos de nuevo.

John Bunyan, *El viaje del peregrino*

Al cabo de cierto tiempo, Avellano despertó a Espino Cerval. Entonces escarbó en la tierra un nido poco hondo y durmió. Las guardias fueron sucediéndose durante el día, aunque cómo juzgan los conejos el paso del tiempo es algo que los seres humanos civilizados hemos perdido la facultad de comprender. Criaturas que no tienen relojes ni libros poseen incontables conocimientos sobre el tiempo y el clima; y también sobre la orientación, como sabemos por sus extraordinarios viajes migratorios. Las variaciones en el calor y la humedad del suelo, la disminución de las manchas de sol, el movimiento de las habas bajo el viento ligero, la dirección y fuerza de las corrientes de aire sobre el terreno, todo esto era percibido por el conejo que hacia guardia.

El sol ya empezaba a ponerse cuando Avellano se despertó y vio a Bellota olisqueando en el silencio, entre dos piedras de pedernal blancas. La luz era más densa, la brisa se había aquietado y las habas estaban inmóviles. Puchero estaba echado a poca distancia. Un escarabajo enterrador negro y amarillo se arrastraba sobre el pelaje blanco de su vientre; se detuvo, movió las antenas cortas y curvadas y siguió su camino. Avellano tuvo un repentino presentimiento. Sabía que esos escarabajos acuden a los cuerpos muertos, de los que se alimentan y en los que ponen sus huevos. Excavan la tierra de debajo de pequeños animales como musarañas y pajarillos caídos y después ponen los huevos en ellos y los cubren de tierra. ¿Habría muerto Puchero mientras dormía? Avellano se incorporó rápidamente. Bellota se sobresaltó y se volvió hacia él, y el escarabajo se escurrió por encima de las guijas porque Puchero se movió y despertó.

-¿Cómo va la pata? -preguntó Avellano.

Puchero la puso en el suelo y se apoyó en ella.

-Mucho mejor -dijo-. Creo que ahora podré ir al paso de los demás. No me dejarán atrás, ¿verdad?

Avellano frotó el hocico contra la oreja de Puchero.

-Nadie dejará atrás a nadie -aseguró-. Si tuvieras que quedarte, yo me quedaría contigo. Pero no te claves más espinas, Hlao-roo, porque quizá tengamos que ir muy lejos.

Un momento después los conejos saltaron llenos de pánico. El sonido de un disparo resonó en los campos, muy cerca. Un avefría alzó el vuelo con un grito. Los ecos volvieron en oleadas, como una piedra que rueda en una caja, y desde el bosque que había del otro lado del río llegó el alboroto de alas de las palomas torcaces entre las ramas. Los conejos salieron corriendo en todas direcciones a través de las hileras de habas, precipitándose por instinto hacia agujeros que no existían.

Avellano se detuvo en la linde del campo de habas. Miró alrededor, pero no pudo ver a ninguno de los otros. Esperó, temblando, el siguiente disparo, pero sólo se oyó silencio. Entonces sintió vibrar en el suelo el paso regular de un hombre que se alejaba por la cumbre que habían escalado aquella mañana. En ese momento apareció Plateado, abriéndose camino entre las plantas cercanas.

-Espero que sea el cuervo, ¿y tú? -dijo Plateado.

-Espero que nadie haya sido lo bastante necio para salir de este campo -contestó Avellano-. Todos se han dispersado. ¿Cómo vamos a encontrarlos?

-No creo que podamos -dijo Plateado-. Será mejor que volvamos adonde estábamos. Ya irán viniendo.

De hecho, pasó mucho rato antes de que todos volvieran a la hondonada en el centro del campo. Mientras esperaba, Avellano comprendió más que nunca lo peligrosa que era su posición, sin madrigueras, vagando por una región que no conocían. El lendri, el perro, el cuervo, el tirador... habían sido afortunados al escapar de ellos, pero ¿cuánto duraría su suerte? ¿Serían capaces de seguir viajando hasta el lugar elevado del que les había hablado Quinto, dondequiera que estuviese?

«Yo me contentaría con una pendiente decente y seca -pensó- donde hubiera un poco de hierba y ningún hombre con escopeta. Y cuanto antes podamos encontrarla, tanto mejor.»

Pico de Halcón fue el último en regresar y Avellano emprendió la marcha inmediatamente. Se asomó con cautela por entre las habas y luego salió como una flecha en dirección al seto. Olfateó el viento y se sintió tranquilo: venía cargado sólo con los olores del rocío de la tarde, las flores del espino y los excrementos de las vacas. Se encaminó hacia el campo siguiente, un pastizal, y allí se pusieron a comer, mordisqueando la hierba con la misma tranquilidad que si estuviesen al lado de la madriguera.

Avellano estaba en mitad del campo cuando advirtió que por el otro lado del seto más lejano se acercaba un hrududu a gran velocidad. Era pequeño y menos ruidoso que el tractor de granja que había visto a veces desde la linde de las prímulas en su madriguera natal. Pasó como un rayo de color antinatural, creado por el hombre, refulgiendo aquí y allá y más resplandeciente que un acebo en invierno. Poco después le llegó el olor de gasolina y gases de escape. Avellano miró de hito en hito, frunciendo la nariz. No podía entender cómo el hrududu era capaz de moverse tan veloz y suavemente por los campos. ¿Regresaría? ¿Vendría a través de los campos más deprisa de lo que ellos podían correr y los atraparía?

Mientras se preguntaba qué era lo mejor que podían hacer se le acercó Pelucón.

-De modo que allí hay una carretera -dijo-. Esto sorprenderá a algunos, ¿verdad?

-¿Una carretera? -repitió Avellano, pensando en la senda y el letrero-. ¿Cómo lo sabes?

-Pues, ¿cómo crees que ese hrududu puede ir tan deprisa? Además, ¿no lo hueles?

El olor a alquitrán caliente era ahora inconfundible en el aire del atardecer.

-Nunca en mi vida había olido este tufo -declaró Avellano con cierta irritación.

-Ah -replicó Pelucón-, eso es porque nunca te mandaron a robar lechugas para el Threarah, ¿verdad? De lo contrario, habrías aprendido cosas sobre las carreteras. En realidad no son malas, siempre que las dejes en paz por la noche. Entonces sí que son elil.

-Pues será mejor que me enseñes -dijo Avellano-. Subiré contigo y dejaremos que los otros nos sigan.

Corrieron y atravesaron el seto. Avellano miró con asombro la carretera. Por un momento pensó que era otro río, negro, regular y recto entre sus márgenes. Entonces vio la grava incrustada en el alquitrán y observó a una araña correr por la superficie.

-Pero eso no es natural -dijo, olfateando los extraños y fuertes olores del alquitrán y el aceite-. ¿Qué es? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

-Está hecho por el hombre -respondió Pelucón-. Ponen esa cosa allí y entonces los hrududil corren por encima... más rápidos que nosotros; ¿y qué puede correr más deprisa que nosotros?

-¿Es peligroso, entonces? ¿Pueden atraparnos?

-No, eso es lo extraño. No nos hacen el menor caso. Si quieres, te lo enseñaré.

Los otros conejos ya empezaban a llegar al seto cuando Pelucón saltó por el margen y se acurrucó al borde de la carretera. Se oyó el sonido de otro coche que se acercaba por la curva. Avellano y Plateado miraban con aprensión. El coche apareció, como una exhalación verde y blanca, y se lanzó a toda velocidad en dirección a Pelucón. Por un instante llenó el mundo entero de miedo y ruido. Y desapareció; y la ráfaga de viento que siguió al coche despeinó el pelaje de Pelucón. Saltó hacia atrás, y volvió junto a los otros, que miraban con ojos desorbitados.

-¿Has visto? No te hacen daño -dijo Pelucón-. De hecho, ni siquiera creo que estén vivos. Pero debo confesar que no lo entiendo en absoluto.

Igual que en la orilla del río, Zarzamora se había alejado y había bajado a la carretera por su cuenta, y olfateaba el centro, a medio camino entre Avellano y la curva. Le vieron dar un respingo y saltar de nuevo hacia la seguridad del margen.

-¿Qué pasa? -preguntó Avellano.

Zarzamora no contestó y Avellano y Pelucón saltaron hacia él por el margen. Abría y cerraba la boca y se lamía los labios como un gato cuando algo le repugna.

-Dices que no son peligrosos, Pelucón -dijo en voz baja-, y sin embargo yo creo que sí; fíjate en eso.

En medio de la carretera había una masa sanguinolenta y aplastada de púas marrones y pelos blancos, patas pequeñas y negras y hocico con los bordes destrozados. Las moscas se paseaban por encima y en algunos lugares la grava puntiaguda se clavaba en la carne.

-Un *yona* -dijo Zarzamora-. ¿Qué mal hace un yona a algo que no sea una babosa o un escarabajo? ¿Y qué puede comer a un yona?

-Debe de haber venido por la noche -observó Pelucón.

-Sí, claro. Los yonil siempre cazan de noche. Si los ves durante el día es que se están muriendo.

-Ya lo sé. Pero lo que intento explicar es que por la noche los hrududil tienen grandes luces, más brillantes que el propio Frith. Atraen hacia ellos a las criaturas y si su luz te cae encima, no puedes ver ni pensar hacia dónde ir. Entonces lo más probable es que el hrududu te aplaste. Por lo menos, eso es lo que nos enseñaron en la Owsla. No tengo intención de probarlo

-Bueno, pronto oscurecerá -dijo Avellano-. Vamos, crucemos ahora. Por lo que veo, esta carretera no nos conviene en absoluto. Ahora que la conozco, quiero alejarme de ella lo antes posible.

Cuando salió la luna ya habían atravesado el cementerio de Newtown, por donde fluye un pequeño arroyo entre los prados y bajo el camino. Su andar errante los llevó sobre una loma, y al fin llegaron al ejido de Newtown, un terreno de turba, aulaga y abedules plateados. Después de las praderas que habían dejado atrás, aquél era un paisaje extraño y ominoso. Árboles, hierbas, ni siquiera el suelo les resultaba familiar. Vacilaron antes de internarse en el tupido brezal, donde no alcanzaban a ver más allá de unos pocos metros. El rocío pronto les empapó el pelo. El terreno estaba surcado por grietas y hoyos de turba negra y pelada donde se acumulaba el agua y piedras blancas y puntiagudas, algunas grandes como un cráneo de paloma y otras como un cráneo de conejo, que centelleaban a la luz de la luna. Siempre que pasaban junto a una de estas grietas, los conejos se agrupaban, a la espera de que Avellano o Pelucón treparan al otro lado y encontraran un camino para seguir adelante. Había escarabajos, arañas y pequeñas lagartijas por todas partes, que huían cuando ellos se abrían paso laboriosamente entre los brezos resistentes y fibrosos. Una vez Espino Cerval molestó a una serpiente y dio un salto cuando el reptil se escurrió como una exhalación entre sus patas para desaparecer en un agujero al pie de un abedul.

Incluso las plantas les eran desconocidas: la escrofularia rosada, con sus ramilletes de flores ganchudas, el asfódelo de los pantanos y los capullos de tallo delicado de la drosera, que se elevan sobre la boca velluda con la que atrapa a las moscas, cerrada ahora para la noche. En esa selva espesa todo era silencio. Cada vez iban más despacio y hacían largas paradas en los pozos de turba. Pero si bien el brezal estaba silencioso, la brisa traía distantes sonidos nocturnos al ejido abierto. Cantó un gallo. Un perro corrió ladrando y un hombre le gritó. Una pequeña lechuza llamó, *Qui-uic, qui-uic* y algo -un campañol o una musaraña- lanzó un súbito chillido. Todos los ruidos parecían presagiar peligro.

Ya avanzada la noche, poco antes de que la luna se pusiera, desde el fondo de la grieta donde se habían acurrucado, Avellano miraba una pequeña pendiente que quedaba más arriba. Se estaba preguntando si debía trepar por ella para ver si conseguía ver con más claridad lo que tenían delante, cuando oyó un ruido a su espalda, y al volverse se encontró con Pico de Halcón. Había en él algo furtivo y vacilante y Avellano le miró con atención, temiendo por un momento que estuviera enfermo o hubiera comido algo venenoso.

-Ejem... Avellano -dijo Pico de Halcón, mirando hacia la cara de la pelada y negra colina-. Yo... ejem... es decir, nosotros, ejem... bueno, no queremos seguir así. Estamos hartos.

Se interrumpió. Avellano advirtió entonces que Verónica y Bellota estaban detrás de él, escuchando a la expectativa. Hubo una pausa.

-Continúa, Pico de Halcón -apremió Verónica-, ¿o lo hago yo?

-Más que hartos -dijo Pico de Halcón con una suerte de tonta suficiencia.

-Bueno, yo también -contestó Avellano- y espero que ya no nos falte mucho. Entonces podremos descansar.

-Queremos detenernos ahora -dijo Verónica-. Creemos que ha sido una estupidez llegar tan lejos.

-Cuanto más avanzamos, peor va todo -terció Bellota-. ¿Adónde vamos y cuánto tardaremos en dejar de correr de una vez por todas?

-Es el lugar lo que os preocupa -dijo Avellano-. A mí tampoco me gusta, pero no será siempre así.

La expresión de Pico de Halcón era taimada y furtiva.

-No creo que sepas hacia dónde vamos -dijo-. Ignorabas que había una carretera, ¿verdad? Y no sabes qué nos espera delante.

-Escucha -contestó Avellano-, será mejor que me digas lo que queréis hacer y yo os diré qué pienso de ello.

-Queremos regresar -dijo Bellota-. Creemos que Quinto se equivocó.

-¿Cómo podéis volver después de todo lo que hemos pasado? -replicó Avellano-. ¿Para probablemente ser condenados a muerte por haber herido a un funcionario de la Owsla, si algún día volvéis? Hablad con sensatez, por el amor de Frith.

-No fuimos nosotros quienes herimos a Acebo -protestó Verónica.

-Estabais allí y Zarzamora os llevó. ¿Creéis que no recordarán eso? Además...

Avellano calló al ver acercarse a Quinto, seguido por Pelucón.

-Avellano -dijo Quinto-, ¿puedes acompañarme hasta el margen un momento? Es importante.

-Y mientras estáis allí -dijo Pelucón, mirando ceñudamente a los otros bajo la gran pelambrera de su cabeza-.., tendré unas palabras con estos tres. ¿Por qué no te lavas, Pico de Halcón? Pareces la punta de una cola de rata en una trampa. En cuanto a ti, Verónica...

Avellano no esperó para oír a qué se parecía Verónica. Siguiendo a Quinto, subió con dificultad por entre los terrones y capas de turba hasta el saliente de tierra arenosa y hierba fina que los remataba. En cuanto Quinto encontró un lugar para avanzar a cuatro patas, se escurrió por el borde del margen que Avellano había estado observando antes de que Pico de Halcón le abordase. Se hallaba a pocos metros por encima del brezal oscilante y ventoso y la superficie estaba descubierta y llena de hierba. Treparon hasta la cima y se sentaron. A su derecha la luna, nublada y amarillenta entre las tenues nubes nocturnas, brillaba sobre un soto de pinos lejanos. Miraron hacia el sur a través de la desolada extensión. Avellano esperó a que Quinto hablara, pero éste permaneció en silencio.

-¿Qué querías decirme? -preguntó por fin Avellano. Quinto no contestó y Avellano se quedó perplejo. Desde abajo les llegaba la voz de Pelucón, apenas audible.

-Y tú, Bellota, de orejas gachas y cara de caca, desgracia del zurrón de un cazador; si tuviera tiempo de decirte...

La luna se liberó de las nubes e iluminó el brezal con más esplendor, pero ni Avellano ni Quinto se movieron de la cima del margen. Quinto miraba a lo lejos, más allá del borde del ejido. A cuatro kilómetros de distancia, por la línea meridional del horizonte, se elevaba la cadena de colinas de doscientos treinta metros. En el punto más alto, las hayas del bosque de Cottington se movían bajo el embate de un viento más fuerte que el que soplaba en el brezal.

- Mira! -exclamó de repente Quinto-. Aquél es el lugar que nos corresponde, Avellano. Colinas altas y solitarias adonde llegan el viento y los sonidos y la tierra está tan seca como la paja de un granero. Allí es donde deberíamos estar. Allí es adonde tenemos que ir.

Avellano miró hacia las confusas y remotas colinas. Por supuesto, la idea de intentar llegar hasta ellas era inconcebible. Lo máximo a que podían aspirar una vez atravesado el brezal era hallar un campo tranquilo o lindero de un bosque como aquellos a que estaban acostumbrados. Era una suerte que Quinto no hubiera soltado esa insensata idea delante de los otros, en especial ahora que ya había bastantes problemas. Si pudiera persuadirle para que la desdeñara inmediatamente, el daño sería nulo, a menos que ya hubiera mencionado algo a Puchero.

-No, creo que está demasiado lejos, Quinto -dijo-. Piensa en todos esos kilómetros de peligro. Todos están asustados y exhaustos. Lo que necesitamos es encontrar pronto un lugar

seguro y yo preferiría limitarnos a hacer lo que podamos a fracasar intentando algo que está más allá de nuestras fuerzas.

Quinto no dio muestras de haberle oído. Parecía perdido en sus pensamientos. Cuando volvió a hablar, fue como si hablara consigo mismo.

-Hay una espesa niebla entre las colinas y nosotros. No puedo ver qué hay detrás, pero tendremos que atravesarla. O internarnos en ella.

-¿Una niebla? -inquirió Avellano-. ¿Qué quieres decir?

-Nos espera un contratiempo misterioso -murmuró Quinto-, y no es elil. Se parece más a... a una niebla. Como si nos engañaran y perdiéramos el camino.

No había niebla alrededor. La noche de mayo era clara y fresca. Avellano esperó en silencio y al cabo de un rato Quinto dijo, con voz lenta y sin expresión:

-Pero debemos continuar hasta que lleguemos a las colinas. -Bajó la voz hasta que recordó la de un sonámbulo-. Hasta que lleguemos a las colinas. El conejo que vuelva al agujero se meterá en dificultades. Esa manera de correr… no es prudente. Esa manera de correr... no es segura. Correr... no... -Un temblor violento le sacudió el cuerpo, pateó una o dos veces y calló.

Abajo, en la hondonada, Pelucón parecía haber llegado a una conclusión.

-Y ahora, garrapatas de oveja con hocicos de topo, chismosas y cobardes, quitaos de mi vista en el acto. De lo contrario, os... -Volvió a ser inaudible.

Avellano miró otra vez en dirección a la tenue línea de colinas. Entonces, mientras Quinto se movía y susurraba a su lado, le empujó suavemente con una pata delantera y le frotó el hombro con el hocico. Quinto se sobresaltó.

-¿Qué estaba diciendo, Avellano? -preguntó-. Me temo que no puedo recordarlo. Quería decirte...

-No importa -respondió Avellano-. Bajemos. Ya es hora de ponerlos otra vez en marcha. Si tienes más sensaciones extrañas como ésta, no te apartes de mi lado. Yo te cuidaré.

11. *Una marcha difícil*

Entonces sir Beaumains... cabalgó como nunca había cabalgado por pantanos y campos y grandes valles y muchas veces se cayó de cabeza en profundas ciénagas, porque no conocía el camino y tomaba el mejor entre aquella espesura... Hasta que al fin llegó por casualidad a un bonito camino frondoso.

Malory, *Le Morte d'Arthur*

Cuando Avellano y Quinto alcanzaron el fondo del agujero encontraron a Zarzamora esperándoles, acurrucado sobre la turba y mordisqueando unos tallos pardos de carrizo.

-Hola -dijo Avellano-. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde están los otros?

-Por allí -contestó Zarzamora-. Ha habido una pelea terrible. Pelucón ha dicho a Pico de Halcón y Verónica que les hará pedazos si no le obedecen. Y cuando Pico de Halcón ha replicado que quería saber quién era el Conejo Jefe, Pelucón le ha mordido. Parece un asunto serio. A propósito, ¿quién es el Conejo Jefe, tú o Pelucón?

-No lo sé -respondió Avellano-, pero no cabe duda de que Pelucón es el más fuerte. No era necesario morder a Pico de Halcón: no podría volver atrás aunque lo intentase. Él y sus amigos lo habrían entendido si se les hubiera dejado hablar un poco. Ahora Pelucón los ha

espabilado y pensarán que deben continuar porque él los obliga. Yo quiero que continúen porque comprenden que es lo único que podemos hacer. Somos demasiado pocos para dar órdenes y mordernos mutuamente. ¡Frith en la niebla! ¿No hay ya suficientes problemas y peligros?

Se dirigieron al otro extremo de la hondonada. Pelucón y Plateado hablaban con Espino Cerval bajo una mata de retama colgante. Cerca, Puchero y Diente de León fingían comer entre unos matorrales y un poco más allá Bellota lamía el cuello de Pico de Halcón con grandes aspavientos, mientras Verónica los observaba.

-Mantente quieto, si es que puedes, pobre amigo -dijo Verónica, con la evidente intención de que le oyeran-. Deja que te limpie la sangre. ¡No te muevas! -Pico de Halcón dio un respingo exagerado y retrocedió. Cuando Avellano se hubo acercado, todos los conejos se volvieron y le miraron con expectación.

-Escuchad -dijo Avellano-. Sé que ha habido una disputa, pero lo mejor es tratar de olvidarla. Estamos en un mal sitio, pero pronto saldremos de él.

-¿De verdad lo crees? -preguntó Diente de León.

-Si me seguís ahora -replicó Avellano con desesperación-, os habré sacado de aquí a la salida del sol.

«Y si no lo hago, es muy probable que me despedacen -pensó-, aunque no les sirva de nada.»

Salió de la hondonada por última vez y los demás le siguieron. El viaje, fatigoso y terrorífico, volvió a empezar, sólo interrumpido por alarmas. Una vez una lechuza blanca se acercó volando en silencio, tan bajo que Avellano vio los ojos oscuros del ave fijos en los suyos. Pero, o bien no estaba cazando, o él era demasiado grande para que lo atacara, porque desapareció en el brezal; y aunque esperó inmóvil durante un rato, no volvió. Otra vez Diente de León olfateó un armiño y todos le rodearon, murmurando y olisqueando el suelo. Pero el rastro era viejo y al cabo de un rato prosiguieron la marcha. En aquella maleza baja, su progreso desorganizado e irregular y sus diferentes ritmos los retrasaban aún más que en el bosque. Había continuos pateos de alarma, pausas, inmovilizaciones repentinas al sonido de un movimiento, real o imaginado. Estaba tan oscuro que Avellano no estaba nunca seguro de hacia dónde iba o de si Pelucón o Plateado iban delante. Una vez, al oír un ruido inexplicable delante, que cesó al momento, se quedó inmóvil durante largo rato; y cuando por fin reemprendió cautelosamente la marcha, encontró a Plateado agazapado detrás de un montecillo de ortigas, asustado por el sonido de los pasos de Avellano. Todo era confusión, ignorancia, agotamiento y subir cuestas. Durante toda la pesadilla del viaje nocturno, Puchero parecía estar siempre muy cerca de él. Mientras cada uno de los otros desaparecía y reaparecía como fragmentos que flotaban en un estanque, Puchero no le dejaba nunca; y su necesidad de recibir ánimo se tornó al final en el único apoyo de Avellano contra su propio cansancio

-Ya no estamos lejos, Hlao-roo, ya no estamos lejos -murmuraba sin cesar, hasta que se dio cuenta de que sus palabras ya habían perdido el sentido y eran un simple estribillo. No hablaba a Puchero, ni siquiera a si mismo. Hablaba en sueños, o algo muy parecido.

Por fin vio apuntar el alba, como la luz débilmente percibida al doblar un recodo en el extremo de una madriguera desconocida; y en aquel mismo momento cantó un tejedor. Los sentimientos de Avellano eran los que podían pasar por la mente de un general derrotado. ¿Dónde estaban exactamente sus seguidores? Esperaba que no muy lejos. Pero ¿estaban allí? ¿Todos? ¿Adónde los había conducido? ¿Qué haría ahora? ¿Y si un enemigo aparecía en ese momento? No tenía respuestas para ninguna de estas preguntas y le faltaba ánimo para obligarse a pensar en ellas. A su espalda, Puchero temblaba en la humedad y se volvió para frotarle el hocico con el suyo; de un modo bastante parecido a un general, que sin nada más que hacer, pensaría en el bienestar de su servidor, simplemente porque éste se hallaba cerca.

La luz aumentó y pronto pudo ver que un poco más adelante había una pista pedregosa. Salió cojeando del brezal, se sentó en las piedras y se sacudió la humedad del pelaje. Ahora podía ver con claridad las colinas de Quinto, de un gris verdoso y en apariencia cercanas en el aire henchido de lluvia. Incluso podía distinguir las matas de aulaga y los tejos enanos en las abruptas laderas. Mientras las contemplaba, oyó una voz excitada en el sendero.

-¡Lo ha conseguido! ¿No os dije que lo haría?

Avellano volvió la cabeza y vio a Zarzamora en el camino. Estaba sucio y exhausto, pero era él el que hablaba. Detrás de él salieron de los brezos Bellota, Verónica y Espino Cerval. Los cuatro conejos lo miraban fijamente. Se preguntó por qué. Pero cuando se acercaron, se dio cuenta de que no le miraban a él sino a algo más lejano. Dio media vuelta. La pista pedregosa conducía colina abajo hacia una estrecha franja de abedules plateados y serbales. Más allá había un seto delgado; y aún más lejos, un campo verde entre dos bosquecillos. Habían llegado al otro lado del ejido.

-Oh, Avellano -dijo Zarzamora, sorteando un charco entre las piedras para acercarse a él-. Estaba tan cansado y confundido que había empezado a dudar de que supieras a dónde nos llevabas. Te oía decir en el brezal, «Ya no estamos lejos» y me irritaba. Creía que te lo inventabas. Debí tener más confianza. ¡Por Frithrah, eres lo que yo llamo un Conejo Jefe!

-¡Bien hecho, Avellano-rah! -exclamó Espino Cerval-¡Bien hecho!

Avellano no supo qué responder. Los miró en silencio y fue Bellota el que habló primero.

-¡Vamos! -dijo-. ¿Quién será el primero en entrar en aquel campo? Yo aún puedo correr. -Y dicho esto, empezó a bajar, bastante despacio, por la ladera, pero cuando Avellano pateó para que se detuviera, obedeció al instante.

-¿Dónde están los otros? -preguntó Avellano-. ¿Diente de León? ¿Pelucón?

En aquel momento Diente de León salió del brezal y se sentó en el camino, mirando el campo. Le siguió Pico de Halcón y después Quinto. Avellano observaba a Quinto para ver su reacción al ver el campo cuando Espino Cerval llamó su atención hacia la falda de la ladera.

-Mira, Avellano-rah -dijo-. Plateado y Pelucón están allí abajo. Nos esperan.

El pelaje gris claro de Plateado destacaba claramente contra unas matas bajas de aulaga, pero Avellano no pudo ver a Pelucón hasta que éste se enderezó y corrió hacia ellos.

-¿Están todos aquí, Avellano? -interrogó.

-Claro que sí -contestó Zarzamora-. Caramba, Avellano es lo que yo llamo un Conejo Jefe. Avellano-rah, ¿vamos a...?

-¿Avellano-rah? -interrumpió Pelucón-. ¿Conejo Jefe? ¡Frith en un nido de avispas! ¡El día que yo te llame Conejo Jefe, ése será el gran día, Avellano! Ese día dejaré de luchar.

Fue, en efecto, un día trascendental... y también un discurso trascendental; pero habría de verse en un futuro que no podían prever y de momento lo único que el pobre Avellano pudo hacer fue apartarse con la sensación desencantada de que, después de todo, su papel en la travesía del brezal no había sido en verdad muy importante.

-Vamos entonces, Bellota -dijo-. Quieres correr... yo correré contigo.

Poco después estaban bajo los abedules plateados y cuando el sol salió, encendiendo chispas rojas y verdes en las gotas que perlaban helechos y ramas, atravesaron el seto, cruzaron una zanja poco profunda y se adentraron en la densa hierba de la pradera.

12. *Un desconocido en el campo*

> No obstante, incluso en una madriguera atestada pueden tolerarse visitas en forma de conejos jóvenes que buscan una vivienda seca y agradable... y si son lo bastante fuertes, pueden obtener y conservar un lugar.
>
> R. M. Lockley, *La vida privada del conejo*

¡Llegar al final de un tiempo de ansiedad y temor! ¡Sentir que la nube que se cernía sobre nosotros se levanta y dispersa, la nube que oscurecía el corazón y convertía la felicidad en un simple recuerdo! Ésta al menos es una alegría que deben de haber conocido casi todos los seres vivientes.

Un muchacho espera ser castigado. Pero entonces, inesperadamente, descubre que su falta ha sido pasada por alto o perdonada y al instante el mundo reaparece con brillantes colores, lleno de perspectivas deliciosas. Un soldado espera con el corazón en un puño sufrir y morir en la batalla. ¡Pero llegan noticias! ¡La guerra ha terminado y todos cantan con alegría! ¡Después de todo, regresará a casa! Los gorriones de los sembrados se acurrucaban, aterrados por el cernícalo. Pero se ha marchado, y vuelan en tropel sobre el seto, retozando, gorgeando y posándose donde se les antoja. El gélido invierno tenía la comarca entre sus garras. Las liebres de la colina, atontadas y entumecidas por el frío, ya se resignaban a hundirse más y más en el fondo helado de la nieve y el silencio. Pero ahora -¿quién lo hubiera dicho?- el deshielo gotea, el herrerillo agita su campanilla desde la copa de un tilo desnudo, la tierra está perfumada; y las liebres saltan y hacen cabriolas en el viento cálido. La desesperanza y el torpor son barridos como una bruma y la muda soledad por donde se arrastraban, un lugar desolado como una grieta en la tierra, se abre como una rosa y se extiende hasta las colinas y el cielo.

Los cansados conejos comieron y se calentaron en la pradera soleada como si hubieran venido de la pendiente del lindero del bosquecillo cercano. El brezal y los tropiezos en la oscuridad estaban olvidados, como si la salida del sol los hubiera derretido. Pelucón y Pico de Halcón se perseguían entre las hierbas altas. Verónica saltó el pequeño arroyo que fluía por en medio del campo y Bellota intentó seguirle, pero su salto fue demasiado corto y Plateado se estuvo riendo de él mientras salía arrastrándose del agua y se rebozaba con hojas muertas de roble hasta que estuvo seco. Cuando el sol estuvo más alto y acortó las sombras y evaporó el rocío de la hierba, casi todos fueron regresando a la sombra moteada de sol que daba el perifollo borde que bordeaba la zanja. Avellano y Quinto estaban sentados allí con Diente de León bajo un cerezo silvestre en flor. Los blancos pétalos caían alrededor, cubriendo la hierba y salpicándoles el pelo, mientras que nueve metros más arriba un tordo cantaba «Rocío de cerezo, rocío de cerezo. Hasta la rodilla, hasta la rodilla, hasta la rodilla».

-Bueno, éste es sin duda el lugar, ¿verdad, Avellano? -inquirió perezosamente Diente de León-. Supongo que sería bueno que empezáramos a echar un vistazo a las pendientes, aunque por mi parte no tengo ninguna prisa. Pero intuyo que no tardará mucho en llover.

Quinto parecía a punto de decir algo, pero luego agitó las orejas y empezó a mordisquear un diente de león.

-Aquélla parece una buena pendiente, allí en el lindero de aquellos árboles -contestó Avellano-. ¿Qué dices tú, Quinto? ¿Subimos hasta allí ahora o esperamos un poco más?

Quinto vaciló y luego dijo:

-Como te parezca, Avellano.

-Bueno, no hay necesidad de hacer grandes excavaciones, ¿verdad? -terció Pelucón-. Eso está bien para las hembras, pero no para nosotros.

-Aun así, sería mejor que escarbáramos un poco, ¿no crees? -dijo Avellano-. Lo suficiente para cobijarnos en caso de apuro. Subamos al bosque y echemos un vistazo. Podríamos hacerlo con calma y decidir dónde nos gustaría más. No es cuestión de tener que hacer el trabajo dos Veces

-Sí, así se habla -dijo Pelucón-. Y mientras vosotros os dedicáis a esto, yo me llevaré a Plateado y Espino Cerval y echaremos una ojeada a los campos de más allá, sólo Para reconocer el terreno y cerciorarnos de que no hay nada peligroso.

Los tres exploradores partieron siguiendo el arroyo mientras Avellano conducía a los otros conejos a través del campo hasta la linde del bosque. Avanzaron despacio al pie de la pendiente, entre matas de colleja encarnada. De cuando en cuando alguno empezaba a escarbar en la pendiente de grava o se aventuraba un poco entre los nogales y arbustos para arrastrar los pies en el moho de las hojas caídas. Después de un rato de buscar y avanzar en silencio llegaron a un lugar desde el cual pudieron ver que el campo de abajo se ensanchaba. Tanto en el lado en que estaban como en el opuesto, los bordes del bosque se curvaban hacia fuera, alejándose del arroyo. También alcanzaron a ver los tejados de una granja, pero a cierta distancia. Avellano se detuvo y todos se reunieron a su alrededor.

-No creo que importe mucho dónde empecemos a cavar -dijo-. Hasta donde me alcanza la vista, el terreno es bueno. No hay el menor rastro de elil, ni olor, ni rastro, ni excrementos. Esto parece insólito, pero es posible que nuestra madriguera atrajese más elil que otros lugares. De todos modos, creo que aquí estaremos bien. Os diré qué me parece lo mejor. Retrocedamos un poco entre los bosques y cavemos cerca de aquel roble, justo al lado de aquellas matas de ortiga. Sé que la granja está muy lejos, pero no hay por qué acercarse más de lo necesario. Y si estamos cerca del bosque de enfrente, los árboles nos ayudarán a parar un poco el viento en invierno.

-Espléndido -dijo Zarzamora-. Se está nublando, ¿lo veis? Lloverá antes de la puesta de sol y ya estaremos a cubierto. Bueno, pongámonos en marcha. ¡Oh, mirad! Allí vienen Pelucón y los otros dos.

Los tres conejos volvían por la orilla del arroyo y aún no habían visto a Avellano y los otros. Pasaron por debajo de ellos, en dirección a la zona estrecha del campo entre los dos sotos, y Bellota tuvo que bajar media ladera para atraer su atención y hacer que se volvieran y subieran hasta la zanja.

-No creo que haya gran cosa que pueda molestarnos aquí, Avellano -dijo Pelucón-. La granja está bastante lejos y en los campos no hay la menor huella de elil. Hay un camino de hombres, de hecho, hay varios, y parecen muy transitados. El rastro es reciente y se ven muchas puntas de esos palitos blancos que queman en sus bocas. Pero supongo que eso es bueno. Nosotros nos mantenemos lejos de los hombres y los hombres mantienen alejados a los elil.

-¿Por qué crees que vienen los hombres? -preguntó Quinto.

-¿Quién sabe por qué hacen las cosas los hombres? A veces llevan vacas u ovejas a los campos, o cortan árboles de los sotos. ¿Qué importa? Prefiero esquivar a un hombre que a un armiño o un zorro.

-Bueno, esto es estupendo -dijo Avellano-, has descubierto muchas cosas, Pelucón, y todas buenas. Nosotros íbamos a excavar algunos refugios en la pendiente. Será mejor que empecemos; tengo la impresión de que no tardará en llover.

Los conejos macho que van solos rara vez cavan en serio. Es la ocupación natural de la hembra preparar un hogar para sus crías antes de que nazcan, y después el macho la ayuda. De todos modos, si no encuentran ningún agujero que puedan usar, los machos solitarios escarban a veces túneles cortos para cobijarse, pero no es un trabajo que realicen de buen grado. Cavaron durante la mañana de un modo ágil e intermitente. La pendiente a ambos lados del roble estaba desnuda y la formaba un suelo suelto y arenoso. Empezaron y abandonaron varios túneles, pero hacia ni-Frith tenían tres agujeros más o menos decentes. Avellano, que vigilaba, echaba una mano aquí y allá y animaba a los otros. De cuando en cuando retrocedía para echar un vistazo al campo y asegurarse de que estaban seguros. Quinto era el único que estaba solo. No tomó parte en la excavación y permaneció sentado al borde de la zanja, meciéndose nerviosamente, a ratos mordisqueando la hierba y con sobresaltos continuos, como si oyera algún sonido en el bosque. Después de hablarle una o dos veces sin recibir ninguna respuesta, Avellano pensó que lo mejor era dejarle solo. La siguiente vez que dejó de cavar se mantuvo apartado de Quinto y se quedó mirando la orilla, como absorto en el trabajo.

Poco después de ni-Frith el cielo se cubrió de nubes espesas. La luz se tornó gris y pudieron oler la lluvia, que se acercaba por el oeste. El herrerillo azul que había estado meciéndose en una zarza, cantando «¡Hey, oh! Ve y tráeme otro bocado de musgo», interrumpió sus acrobacias y voló hacia el bosque. Avellano estaba pensando si valdría la pena empezar un pasaje lateral para comunicar el agujero de Pelucón con el de Diente de León, cuando sintió un pisoteo de aviso muy cercano. Se volvió rápidamente y descubrió que había sido Quinto el que había pateado y ahora tenía la mirada fija en el otro lado del campo.

Junto a unas matas de hierba en la linde del bosquecillo que había del otro lado del campo un conejo los observaba. Tenía las orejas tiesas y era evidente que les dedicaba toda la atención de su vista, olfato y oído. Avellano se irguió sobre las patas traseras, hizo una pausa y luego se sentó, bien a la vista. El otro conejo permaneció inmóvil. Sin apartar la vista del intruso, Avellano oyó que tres o cuatro de sus compañeros se le acercaban por detrás. Al poco dijo:

-¿Zarzamora?

-Está en el agujero -contestó Puchero.

-Ve a buscarle.

El extraño conejo siguió sin moverse. Se levantó viento y las largas briznas de hierba empezaron a ondear y a rizarse en la depresión que los separaba.

-¿Me necesitas, Avellano? -dijo Zarzamora detrás de él.

-Voy a acercarme a hablar con ese conejo -dijo Avellano-. Quiero que vengas conmigo.

-¿Puedo acompañaros? -inquirió Puchero.

-No, Hlao-roo. No queremos asustarle. Tres serían demasiados.

-Tened cuidado -dijo Espino Cerval cuando Avellano y Zarzamora empezaron a bajar por la cuesta-. Quizá no esté solo.

El arroyo se estrechaba en varios puntos; no era mucho más ancho que el corredor de una madriguera. Lo salvaron de un salto y subieron por la pendiente del otro lado.

-Comportaos como si estuviéramos en casa -dijo Avellano-. No me parece que sea una trampa y, en cualquier caso, siempre podemos correr.

El otro conejo esperó inmóvil mientras se acercaban, sin apartar los ojos de ellos. Era un macho grande, sano y bien parecido. El pelo le brillaba y las patas y dientes estaban en perfectas condiciones. Sea como fuere, no parecía agresivo. Por el contrario, había una curiosa blandura, casi antinatural, en el modo en que esperó a que se acercaran. Se detuvieron a poca distancia y lo miraron.

-No creo que sea peligroso -murmuró Zarzamora-. Si quieres, iré yo primero a hablar con él.

-Iremos los dos juntos -replicó Avellano.

Pero en ese momento el conejo se les acercó por propia iniciativa. Avellano y él se tocaron los hocicos, olisqueando y preguntando en silencio. El desconocido despedía un olor extraño, aunque no desagradable. A Avellano le dio una impresión de buena comida, de salud y de una cierta indolencia, como si el otro viniera de un país rico y próspero donde él no había estado nunca. Tenía un aire aristocrático y cuando se volvió a mirar a Zarzamora con sus grandes ojos castaños, Avellano empezó a verse a sí mismo como a un vagabundo andrajoso, jefe de una banda de vagabundos. No era su intención hablar primero, pero algo en el silencio del otro le obligó a hacerlo.

-Hemos venido por el brezal -dijo.

El otro conejo no replicó, pero su mirada no era la de un enemigo. Su actitud tenía una especie de melancolía que dejaba perplejo.

-¿Vives aquí? -preguntó Avellano tras una pausa.

-Sí -contestó el otro conejo, y luego añadió-: Os hemos visto venir.

-Tenemos intención de instalarnos aquí también -dijo Avellano con firmeza.

El otro conejo no mostró ninguna inquietud. Hizo una pausa y contestó:

-¿Por qué no? Ya lo suponíamos. Pero no creo que vuestro grupo sea lo bastante numeroso para vivir solos con comodidad, ¿no te parece?

Avellano se sintió perplejo. El desconocido no parecía preocupado por la noticia de que pensaban quedarse. ¿Qué tamaño tendría su madriguera? ¿Dónde estaba? ¿Cuántos conejos se ocultaban ahora en el bosque, observándolos? ¿Los atacarían? La conducta del desconocido no dejaba traslucir nada. Parecía indiferente, casi aburrido, pero decididamente amistoso. Su indolencia, su gran tamaño, su hermoso y cuidado aspecto, su aire tranquilo, que parecía decir que tenía cuanto deseaba y que la presencia de los recién llegados no le había inmutado lo más mínimo, todo ello planteaba a Avellano un problema diferente de los que había tenido que resolver hasta entonces. Si se trataba de alguna trampa, no se le ocurría en qué podía consistir. Decidió que él, en cualquier caso, sería totalmente claro y sincero.

-Somos los suficientes para protegernos -dijo-. No queremos hacer enemigos, pero si encontramos alguna interferencia...

El otro le interrumpió con suavidad:

-No te enfades... todos sois bienvenidos. Si vais a regresar con los otros os acompañaré; es decir, si no tenéis inconveniente.

Empezó a bajar por la pendiente. Después de mirarse un momento, Avellano y Zarzamora le alcanzaron y caminaron a su lado. Se movía con agilidad, sin prisa, y mostró menos precaución que ellos al cruzar el campo. Avellano se sintió más confundido que nunca. Era evidente que el otro conejo no temía que le asaltaran, hrair contra uno, y lo mataran. Estaba dispuesto a meterse solo entre un grupo de forasteros suspicaces, pero era imposible adivinar qué esperaba ganar corriendo ese riesgo. Avellano pensó con ironía que los dientes y uñas no causarían ninguna impresión en aquel cuerpo grande y firme de brillante pelaje.

Cuando llegaron a la zanja, el resto del grupo los esperaba en cuclillas y observaba cómo se acercaban. Avellano se detuvo ante ellos pero no supo qué decir. Si el desconocido no hubiera estado presente, les habría informado de lo ocurrido. Si Zarzamora y él hubieran obligado al desconocido a cruzar el campo, lo habría entregado a Pelucón o Plateado para su custodia. Pero tenerle sentado a su lado, mirando a sus seguidores en silencio y esperando cortésmente a que alguien hablara antes que él, era una situación ajena a la experiencia de Avellano. Fue Pelucón, brusco y directo como siempre, el que rompió la tensión.

-¿Quién es éste, Avellano? -preguntó-. ¿Por qué ha venido con vosotros?

-Lo ignoro -contestó Avellano, intentando parecer sincero y sintiéndose un tonto-. Ha venido porque ha querido.

-Entonces, será mejor que se lo preguntemos a él -dijo Pelucón en tono despectivo. Se acercó al desconocido y le olfateó, como había hecho Avellano. Era evidente que su peculiar olor de prosperidad también le afectó, porque vaciló, indeciso. Luego, con aire áspero y destemplado, preguntó-: ¿Quién eres y qué quieres?

-Me llamo Prímula -respondió el otro-, y no quiero nada. Me han dicho que habéis venido de muy lejos.

-Tal vez sí -dijo Pelucón-. Y además sabemos defendernos.

-Estoy seguro de ello -asintió Prímula, mirando alrededor a los conejos mojados y sucios de lodo, con aire de ser demasiado cortés para hacer ningún comentario-. Pero puede ser difícil defenderse del tiempo. Va a llover y no creo que hayáis terminado vuestras madrigueras.

Miró a Pelucón, como esperando que le hiciera otra pregunta. Pelucón parecía confundido. Estaba claro que no entendía la situación mejor que Avellano. Se hizo un silencio sólo interrumpido por las ráfagas de viento. Sobre sus cabezas, las ramas del roble empezaron a crujir y balancearse. De repente, Quinto se adelantó.

-No te comprendemos -dijo-. Es mejor decirlo y poner las cosas en claro. ¿Podemos fiarnos de ti? ¿Hay aquí muchos más conejos? Eso es lo que queremos saber.

Prímula no mostró más inquietud por la tensa actitud de Quinto que por todo lo sucedido hasta entonces. Se atusó una oreja con la pata delantera y contestó:

-Creo que os inquietáis sin necesidad. Pero si queréis respuestas a vuestras preguntas, os diré que sí, podéis fiaros de nosotros: no queremos echaros. Y aquí hay una madriguera, aunque no tan grande como nos gustaría. ¿Por qué íbamos a querer haceros daño? Hay hierba de sobras, ¿no?

A pesar de sus modales extraños y vagos, habló con tanta sensatez que Avellano se sintió un poco avergonzado.

-Hemos afrontado muchos peligros -explicó-. Todo lo nuevo nos parece peligroso. Después de todo, podíais temer que viniéramos a llevarnos a vuestras hembras o a Sacaros de vuestras madrigueras.

Prímula escuchó con gravedad y luego respondió:

-Bueno, respecto a las madrigueras, hay algo que quería mencionaros. Estos agujeros no son muy profundos ni cómodos, ¿verdad? Y aunque ahora estén de espaldas al viento, debéis saber que éste no es el viento habitual aquí. Viene del sur, trayéndonos la lluvia. En general tenemos viento del oeste que se colará directamente en esos agujeros. Hay muchas conejeras vacías en nuestra madriguera y si queréis venir, seréis bien recibidos. Ahora, si me disculpáis, no me entretendré más. Odio la lluvia. La madriguera está al volver la esquina del bosque que

hay al otro lado del campo.

Corrió cuesta abajo y cruzó al arroyo. Le vieron subir la pendiente del bosquecillo lejano y desaparecer entre los helechos verdes. Las primeras gotas de lluvia salpicaron las hojas del roble y les cosquillearon en la piel suave y rosada del interior de las orejas.

-Un tipo grande y simpático, ¿verdad? -dijo Espino Cerval-. No parece tener muchos problemas viviendo aquí.

-¿Qué crees que deberíamos hacer, Avellano? -preguntó Plateado-. Lo que ha dicho es cierto, ¿verdad? Estos agujeros... bueno, podemos acurrucarnos dentro para protegernos de las inclemencias del tiempo, pero nada más. Y como no cabemos todos en uno solo, tendremos que separarnos.

-Los uniremos todos -dijo Avellano- y mientras lo hacemos, me gustaría hablar sobre lo que ha dicho. Quinto, Pelucón, Zarzamora, ¿podéis venir conmigo? El resto, repartíos como queráis.

El nuevo agujero era corto, estrecho y áspero. No había sitio para que pasaran dos conejos y cuatro estaban como sardinas en lata. Avellano empezó a comprender cuántas cosas habían dejado atrás. Los agujeros y túneles de una vieja madriguera se suavizan con el uso, y se vuelven cómodos y seguros. No hay obstáculos ni esquinas abruptas. Cada trozo huele a conejo, a aquella grande e indestructible oleada de la raza conejil que arrastra a cada uno de sus miembros, con pie firme y seguridad. El trabajo pesado ya lo han hecho innumerables generaciones de bisabuelas y sus parejas. Todos los defectos han sido corregidos y lo que está en uso posee un valor comprobado. La lluvia se escurre con facilidad y ni siquiera el viento de pleno invierno puede penetrar en los hoyos más profundos. Ninguno de los conejos de Avellano había tomado parte en una excavación de verdad. El trabajo que habían hecho esa mañana era insignificante y lo único que ofrecía era un cobijo exiguo y escasa comodidad.

No hay nada como el mal tiempo para revelar los defectos de una vivienda, en particular si es demasiado pequeña. Uno está, como quien dice, embutido en ella y tiene tiempo de sobras para notar todas sus peculiares irritaciones e incomodidades. Pelucón se puso, a trabajar con su energía habitual. En cambio Avellano retrocedió y se sentó, pensativo, en la boca del agujero, mirando los silenciosos y ondulados velos de lluvia que barrían una y otra vez el pequeño valle entre los dos bosquecillos. Delante de su nariz, cada brizna de hierba, cada fronda de helecho estaba inclinada, y brillaba y chorreaba agua. El olor de las hojas caducas del roble llenaba el aire. Hacia más frío Al otro lado del campo, las flores del cerezo bajo el cual se habían sentado aquella mañana pendían mustias y empapadas. Mientras Avellano miraba, el viento giró lentamente hacia el oeste, tal como Prímula había predicho, y arrastró mares de lluvia hacia la boca del agujero. Avellano fue a reunirse con los demás. El goteo y el murmullo de la lluvia, aunque suaves, eran perfectamente audibles en el exterior. Los campos y bosques se habían cerrado bajo ella, y aparecían vacíos y apagados. La vida de los insectos en hojas y hierbas se había detenido. El tordo, que hubiera debido estar cantando, no se oía. Avellano y sus compañeros eran un sucio puñado de cavadores, agazapados en un hoyo estrecho y ventoso en un campo solitario. Ni siquiera estaban protegidos de las inclemencias del tiempo. Esperaban, incómodos, a que el tiempo cambiara.

-Zarzamora -dijo Avellano-, ¿qué te ha parecido nuestro visitante y qué piensas de ir a vivir a su madriguera?

-Bueno -contestó Zarzamora-, lo que pienso es que no hay otro modo de averiguar si se puede confiar en él que probándolo. Parecía amable. Pero, por otra parte, si un montón de conejos tuviera miedo de unos recién llegados y quisiera engañarlos, para conducirlos a un agujero y atacarlos, empezarían enviando a alguien creíble, ¿no es cierto? Tal vez quieran matarnos. Pero, por otra parte, como él dijo, hay hierba de sobras y en cuanto a expulsarlos o apoderarnos de sus hembras, si todos ellos son de su mismo peso y tamaño, no tienen nada que temer de unos desharrapados como nosotros. Tienen que habernos visto venir. Estábamos cansados. ¿No era ése el momento de atacarnos? ¿O mientras estábamos separados, antes de empezar a cavar? Pero no lo han hecho. Supongo que es más probable que sean amigos. Sólo hay algo que no comprendo. ¿Qué ganan ellos invitándonos a compartir su madriguera?

-Los tontos atraen a los elil porque son presa fácil -dijo Pelucón, limpiándose el lodo de los bigotes y resoplando entre sus largos incisivos-. Y *nosotros* seremos tontos hasta que aprendamos a vivir aquí. Quizá seria más fácil que nos enseñaran. No lo sé... quizá sería mejor renunciar. Pero no me da miedo ir a averiguarlo. Si intentan algún truco, se enterarán de que yo también conozco algunos. No me importaría arriesgarme para dormir en un lugar

más cómodo que éste. No hemos dormido desde ayer por la tarde.

-¿Quinto?

-Yo creo que no deberíamos tener nada que ver con ese conejo o su madriguera. Deberíamos abandonar este lugar inmediatamente. Pero ¿de qué sirve hablar?

Helado y empapado, Avellano no tenía mucha paciencia. Siempre había confiado en Quinto y ahora, cuando lo necesitaba de verdad, les fallaba a todos. El razonamiento de Zarzamora había sido excelente y Pelucón había demostrado por lo menos hacia dónde se inclinaría cualquier conejo sensato. Al parecer, la única contribución que Quinto podía hacer era aquel tonto agüero. Intentó recordar que Quinto era pequeño de talla y que todos habían pasado mucha ansiedad y estaban rendidos. En ese momento la pared del fondo de la madriguera empezó a combarse hacia dentro y poco después se derrumbó; asomaron entonces la cabeza y las patas delanteras de Plateado.

-Aquí estamos -dijo alegremente el visitante inesperado-. Hemos hecho lo que tú querías, Avellano: y Espino Cerval está en la otra puerta. Pero me gustaría saber qué pasa con... ¿cómo se llama? ¿Primavera?, no, ¿Prímula? ¿Vamos a su madriguera o no? Desde luego no nos quedaremos aquí sólo porque nos da miedo ir a verle. ¿Qué pensará de nosotros?

-Yo os lo diré -dijo Diente de León por encima del hombro de Plateado-. Si no es honrado, sabrá que tenemos miedo de ir; y si lo es, pensará que somos unos remolones suspicaces y cobardes. Si vamos a vivir en estos campos, tendremos que relacionarnos con ellos tarde o temprano, y es absurdo no hacer nada y admitir que no nos atrevemos a visitarlos.

-No sé cuántos son -dijo Plateado-, pero nosotros somos un buen grupo. En cualquier caso, detesto la idea de mantenernos alejados. ¿Desde cuándo han sido elil los conejos? El viejo Prímula no ha tenido miedo de acercarse a nosotros, ¿verdad?

-Muy bien- dijo Avellano-, yo pienso lo mismo. Sólo quería saber tu opinión. ¿Qué os parece si Pelucón y yo fuéramos primero, los dos solos, y volviéramos para informar?

-No -contestó Plateado-, vayamos todos. Si decidimos ir, por el amor de Frith, hagámoslo como si no estuviéramos asustados. ¿Qué dices tú, Diente de León?

-Creo que estás en lo cierto.

-Entonces iremos ahora -dijo Avellano-. Reunid a los demás y seguidme.

Fuera, bajo la luz densa del crepúsculo, con la lluvia goteándole de los ojos y de la cola, los observó mientras se acercaban. Zarzamora, alerta e inteligente, mirando primero arriba y abajo de la zanja antes de cruzaría. Pelucón, alegre ante la perspectiva de la acción. Plateado, sereno y digno de confianza. Diente de León, el audaz narrador, tan ansioso por marcharse que saltó la zanja y corrió un poco por el campo antes de pararse a esperar a los otros. Espino Cerval, quizá el más sensato y leal de todos. Puchero, que miró alrededor buscando a Avellano y luego se le acercó para esperar a su lado. Bellota, Pico de Halcón y Verónica, soldados rasos bastante decentes siempre que no les empujaran más allá de sus límites. Y por último Quinto, abatido y reacio como un gorrión en la escarcha. Cuando Avellano dio la espalda al agujero, las nubes del oeste se abrieron un poco y hubo un súbito destello de luz acuosa de color oro pálido.

«¡Oh, El-ahrairah! -pensó Avellano-. Vamos al encuentro de otros conejos. Tú los conoces tan bien como a nosotros. Haz que haya escogido lo que más nos conviene.»

-¡Y ahora ánimo, Quinto! -gritó-. Te estamos esperando y a cada instante que pasa estamos más mojados.

Un abejorro empapado se arrastró por un cardo, hizo vibrar las alas unos segundos y alzó el vuelo hacia el campo. Avellano lo siguió, dejando un rastro oscuro a su espalda sobre la hierba plateada.

13. *Hospitalidad*

Por la tarde llegaron a una tierra
donde siempre parecía ser tarde.
El aire lánguido se desmayaba en la costa

respirando como quien tiene una pesadilla.

Tennyson, *Los comedores de lotos*

La esquina del bosque que había al otro lado del campo resultó ser un saliente pronunciado. Más allá, la zanja y los árboles retrocedían de nuevo, de modo que el campo formaba una bahía rodeada por una pendiente. Ahora se comprendía por qué Prímula se había metido entre los árboles cuando los dejó. Sencillamente había ido en línea recta desde los agujeros que ellos habían excavado hasta el suyo, cruzando la estrecha franja de bosque que los separaba. De hecho, cuando Avellano dobló el saliente y se detuvo a mirar alrededor pudo ver el lugar de donde Prímula debía de haber salido. Un marcado sendero de conejos partía desde los helechos, pasaba bajo la valla y llevaba al campo. En la pendiente opuesta de la bahía se distinguían los agujeros de los conejos, oscuros y bien visibles en el terreno desnudo. Era la madriguera más conspicua que pudiera imaginarse.

-¡Que el cielo nos proteja! -exclamó Pelucón-. ¡Todos los seres vivos en kilómetros a la redonda deben de saber que está aquí! ¡Y mirad las huellas en la hierba! ¿Creéis que cantan por la mañana, como los tordos?

-Quizá se sienten demasiado seguros y no piensan en esconderse -dijo Zarzamora-. Después de todo, nuestra madriguera también podía verse fácilmente.

-¡Si, pero no tanto! Un par de hrududil podrían meterse en algunos de esos agujeros.

-Yo también -dijo Diente de León-. Estoy cada vez más empapado.

Cuando estuvieron más cerca apareció un gran conejo en el borde de la zanja, les echó una rápida ojeada y se desvaneció en la pendiente. Poco después salieron otros dos y los esperaron. Ellos también eran ágiles y de un tamaño extraordinario.

-Un conejo llamado Prímula nos ofreció albergue aquí -dijo Avellano-. Quizá sabéis que ha venido a vernos.

Los dos conejos hicieron un curioso movimiento de baile con la cabeza y las patas delanteras. Aparte de olfatearse, como habían hecho Avellano y Prímula al conocerse, los gestos formales -excepto entre conejos que están apareándose- eran desconocidos para Avellano y sus compañeros. Se sintieron intrigados y un poco incómodos. Los bailarines hicieron una pausa, como esperando un signo de reconocimiento o un gesto recíproco, que no se produjo.

-Prímula está en la gran conejera -dijo al final uno de ellos-. ¿Queréis acompañarnos hasta allí?

-¿Cuántos de nosotros? -inquirió Avellano.

-Pues, todos -contestó el otro, sorprendido-. No querréis permanecer bajo la lluvia, ¿verdad?

Avellano había supuesto que le llevarían a él y a uno o dos de sus compañeros a ver al Conejo Jefe -que probablemente no sería Prímula, ya que éste había ido a visitarlos sin escolta- a su conejera, tras lo cual les asignarían a todos un lugar distinto donde quedarse. Esta separación era lo que más temía. Ahora se daba cuenta con asombro de que al parecer había en la madriguera una parte subterránea lo bastante grande para alojarlos a todos juntos. Sintió tanta curiosidad por verla que no se detuvo a disponer con detalle el orden por el cual debían bajar. Sin embargo, puso a Puchero inmediatamente detrás de él. «Esto consolará su corazoncito -pensó- y si los que van delante son atacados, supongo que podré salvarle con más facilidad que a otros.» Pidió a Pelucón que se colocase en la retaguardia. «Si algo va mal, sálvate y lleva contigo a todos los que puedas», le dijo. Entonces siguió a los guías al interior de uno de los agujeros de la pendiente.

El corredor era ancho, regular y seco. Era evidente que se trataba de un paso principal, porque los otros corredores partían de él en todas direcciones. Los conejos que iban delante iban muy deprisa y Avellano apenas tenía tiempo de olfatear. De pronto se detuvo. Había llegado a un lugar abierto. Sus bigotes no percibían tierra enfrente ni a los lados. Había mucho aire delante de él -podía oírlo mover-se- y un espacio considerable sobre su cabeza.

También había varios conejos alrededor. No se le había ocurrido que hubiera un lugar subterráneo donde quedara expuesto por tres lados. Retrocedió con rapidez y chocó con Puchero. «¡Qué tonto he sido! -pensó-. ¿Por qué no habré colocado aquí a Plateado?» En ese momento oyó hablar a Prímula. Saltó, porque dedujo que estaba un poco lejos. El lugar debía de ser inmenso.

-¿Eres tú, Avellano? -inquirió Prímula-. Bienvenido seas, así como tus amigos. Nos alegramos de que hayáis venido.

Ningún ser humano, excepto los ciegos valientes y experimentados, es capaz de percibir muchas cosas en un lugar extraño donde no puede ver, pero con los conejos sucede lo contrario. Pasan la mitad de sus vidas bajo tierra, en la oscuridad o la penumbra, y el tacto, el olfato y el oído les transmiten tanto o más que la vista. Avellano tenía una idea clarísima de dónde se encontraba. Habría reconocido el lugar aunque se hubiera ido y hubiera regresado seis meses después. Estaba en un extremo de la conejera más grande en la que había entrado nunca: terrosa, caliente y seca, con un suelo duro y desnudo. Varias raíces de árbol cruzaban el techo y eran ellas las que soportaban aquel espacio tan amplio. Había un gran número de conejos en el lugar, muchos más de los que traía consigo. Todos tenían el mismo olor denso y opulento de Prímula.

El mismo Prímula estaba en el otro extremo de la sala y Avellano se dio cuenta de que esperaba una contestación. Sus compañeros seguían saliendo uno tras otro del pasillo de entrada y se les oía escarbar y arrastrar las patas. Se preguntó si debía ser muy formal y si podía llamarse a sí mismo Conejo Jefe, pues no tenía experiencia en estas cosas. Sin duda el Threarah habría estado a la altura de la ocasión. No quería parecer inexperto ni dejar en mal lugar a sus seguidores. Decidió que lo mejor sería mostrarse sencillo y cordial. Después de todo, habría mucho tiempo, mientras se instalaban en la madriguera, de enseñar a esos desconocidos que podían valer tanto como ellos sin arriesgarse a suscitar problemas presumiendo desde el principio.

-Nos alegra estar a cubierto de la lluvia -dijo- y, como a todos los conejos, lo que nos hace más felices es la compañía. Cuando fuiste a vernos al campo, Prímula, dijiste que vuestra madriguera no era grande, pero a juzgar por los agujeros que hemos visto a lo largo de la pendiente tiene que ser bonita y espaciosa.

Cuando terminó se percató de que Pelucón acababa de entrar en la sala y supo que ya volvían a estar todos juntos. Los conejos desconocidos parecieron algo desconcertados por este pequeño discurso y notó que por alguna razón no había acertado el tema al felicitarles por su número. Quizá no eran muchos, después de todo. ¿Se habría declarado una epidemia? No había olor ni signo alguno de ella. Esos conejos eran los más grandes y saludables que había visto en su vida. Quizá su inquietud y silencio no tenían nada que ver con sus palabras. Quizás era, sencillamente, que no habla hablado con acierto, ya que no estaba acostumbrado a hacerlo, y habían pensado que no estaba a la altura de sus finos modales. «No importa -se dijo-, después de la noche pasada estoy seguro de mi grupo. No estaríamos aquí si no fuéramos resueltos en un momento dado. Estos conejos tendrán que esperar a conocernos. Aunque parece que no les desagradamos.»

No hubo más discursos. Los conejos tienen sus propias convenciones y formalidades, pero son pocas y breves en comparación con las humanas. Si Avellano hubiera sido un ser humano, habrían esperado de él que presentara a sus compañeros uno por uno y sin duda cada uno de ellos habría sido agasajado como invitado por uno de sus anfitriones. Pero en las grandes conejeras todo era diferente. Los conejos se mezclaban con naturalidad. No hablaban por hablar, del modo artificial como lo hacen los humanos, y a veces incluso sus perros y gatos. Pero esto no significaba que no se comunicasen, sólo que no se comunicaban hablando. En toda la madriguera, tanto los recién llegados como los que vivían en ella se estaban acostumbrando unos a otros a su manera y a su tiempo; aprendiendo cómo olían los forasteros, cómo se movían, cómo respiraban, cómo se rascaban, conociendo sus ritmos y pulsos. Ésos eran sus temas y objetos de discusión, que expresaban sin necesidad de hablar. En una medida mayor que un humano en una reunión similar, cada conejo, aunque siguiera su propio fragmento, era sensible a la tendencia del conjunto. Al cabo de un rato todos sabían que el intercambio no se agriaría ni terminaría en una pelea. Del mismo modo que una batalla se inicia en un estado de equilibrio entre ambos bandos, que se altera gradualmente de una u otra forma hasta que es evidente que la balanza se ha inclinado tanto que ya no se puede dudar del resultado, así aquella reunión de conejos en la oscuridad, iniciada con intentos vacilantes, silencios, pausas, movimientos, inclinaciones a un lado y a otro y toda clase de

estimaciones se desplazó a ritmo lento, como un hemisferio del mundo pasa al verano, a una región más cálida y brillante de agrado y aprobación mutuos, y al fin todos supieron con certeza que no tenían nada que temer. Puchero, algo apartado de Avellano, estaba agazapado a sus anchas entre dos conejos enormes que podían haberle partido el lomo en un segundo, mientras Espino Cerval y Prímula iniciaban una pelea juguetona: se mordían como gatitos y luego se separaban y se acicalaban las orejas en una cómica afectación de seriedad. Sólo Quinto se mantenía solo y apartado. Parecía enfermo o muy deprimido y los desconocidos le evitaban instintivamente.

Avellano tuvo la certeza de que la reunión iba viento en Popa cuando le vino a la memoria la imagen de las patas y la cabeza de Plateado apareciendo entre la grava. se sintió caliente y relajado. Ya había recorrido toda la longitud de la sala y la aglomeración le llevó muy cerca de dos conejos, un macho y una hembra, ambos tan grandes como Prímula. Cuando los dos se dirigieron a uno de los pasillos con saltos lentos, Avellano los siguió y poco a poco los tres ganaron la salida. Llegaron a una conejera de menor tamaño, más hundida en la tierra. Por lo visto pertenecía a la pareja, porque se instalaron como si estuvieran en su casa y no pusieron ninguna objeción cuando Avellano hizo lo mismo. Los tres callaron un rato, mientras el estado de ánimo de la gran sala los abandonaba lentamente.

-¿Es Prímula el Conejo Jefe? -preguntó por fin Avellano.

El otro contestó con una pregunta.

-¿A ti te llaman Conejo Jefe?

Avellano tuvo dificultades para responder a esto. Si contestaba que sí, sus nuevos amigos podían dirigirse a él así en el futuro e imaginó que Pelucón y Plateado no lo aprobarían. Como de costumbre, optó por la franqueza.

-Somos muy pocos -dijo-. Dejamos nuestra madriguera a toda prisa para escapar de algo malo. La mayoría se quedó atrás y uno de ellos era el Conejo Jefe. He intentado conducir a mis amigos, pero no sé si les gustaría oír que me llaman Conejo Jefe.

«Esto le hará formular unas cuantas preguntas -pensó-: "¿Por qué os marchasteis? ¿Por qué no vino el resto? ¿De qué teníais miedo?" ¿Y qué voy a decir?»

Sin embargo, cuando habló el otro conejo quedó claro que, o bien no le interesaba lo que había dicho Avellano o tenía algún motivo para no interrogarle.

-Nosotros no llamamos a nadie Conejo Jefe -dijo-. Fue cosa de Prímula ir a veros esta tarde, y por eso ha ido él.

-Pero ¿quién decide lo que debe hacerse con los elil? ¿Y cavar y mandar grupos de exploradores y cosas así?

-Oh, nunca hacemos esas cosas. Los elil nunca vienen por aquí. Hubo un *homba* el invierno pasado, pero el hombre que viene a los campos lo mató con su escopeta.

Avellano le miró de hito en hito.

-Pero si los hombres no disparan contra los homba.

-Pues ese hombre mató a aquel homba. También mata lechuzas. Nosotros no necesitamos cavar. Nadie ha cavado nunca, que yo recuerde. Verás, muchas madrigueras están vacías: las ratas viven en algunas pero el hombre también las mata cuando puede. No necesitamos expediciones. La comida es mejor aquí que en cualquier otro sitio. Tus amigos serán felices viviendo aquí.

Sin embargo, él no sonaba muy feliz y Avellano volvió a sentir una perplejidad inexplicable.

-¿Dónde dices que el hombre...? -empezó a decir, pero le interrumpieron.

-Me llamo Fresón. Ésta es mi hembra, Nildro-hain.* Algunas de las conejeras vacías están muy cerca. Te las enseñaré, en caso de que tus amigos quieran instalarse allí. La gran conejera es un lugar espléndido, ¿no crees? Estoy seguro de que no hay muchas donde todos los conejos pueden reunirse bajo tierra. El techo es todo de raíces de árbol, ¿sabes?, y por supuesto el árbol del exterior impide que entre la lluvia. Es un milagro que el árbol esté vivo, pero lo está.

* *Nildro-hain,* "canción del mirlo".

Avellano sospechaba que el verdadero propósito de la cháchara de Fresón era evitar que le hiciera preguntas. En parte estaba irritado y en parte intrigado.

«No importa -pensó-; si crecemos tanto como estos individuos, las cosas nos irán bastante bien. Tiene que haber buena comida por los alrededores. Además, la coneja es una bella criatura. Quizá haya más como ella en la madriguera.»

Fresón salió de la conejera y Avellano le siguió por otra galería que se adentraba en el bosque. Era ciertamente una madriguera admirable. A veces, cuando cruzaban una galería que subía hacia un agujero, podía oír la lluvia en el exterior, que seguía cayendo en la noche. Pero aunque hacía varias horas que llovía, no se sentía humedad ni frío en las galerías profundas ni en las numerosas conejeras ante las que pasaban. Tanto el drenaje como la ventilación eran mejores que los que conocía. De cuando en cuando se cruzaban con otros conejos. En un momento dado se encontraron con Bellota, a quien por lo visto acompañaban a dar una vuelta parecida.

-Son muy simpáticos, ¿verdad? -dijo a Avellano cuando se cruzaron-. Nunca imaginé que encontraríamos un sitio como éste. Tienes muy buen criterio, Avellano.

Fresón esperó cortésmente a que acabara de hablar y Avellano se sintió complacido de que le hubiera oído.

Por fin, después de haber esquivado algunas aberturas que olían sin ninguna duda a rata, se detuvieron ante una especie de pozo. Un túnel muy empinado subía hacia el exterior. Las galerías de las conejeras tienden a ser curvas, pero ésta era recta, por lo que Avellano podía ver, a través de la boca del agujero, hojas recortándose contra el cielo nocturno. Se dio cuenta de que una de las paredes del pozo era convexa y estaba hecha con una sustancia dura. La olisqueó, vacilante.

-¿Sabes qué es esto? -preguntó Fresón-. Son ladrillos; las piedras con que los hombres hacen sus casas y graneros. Aquí había un pozo hace mucho tiempo, pero ahora está lleno; los hombres ya no lo usan. Éste es el lado exterior del agujero del pozo. Y esta pared de tierra es completamente llana porque el hombre debía de fijar algo detrás, en el suelo, pero no sé qué.

-Aquí hay algo clavado -dijo Avellano-. ¡Vaya, si son piedras clavadas en la superficie! Pero ¿para qué?

-¿Te gusta? -preguntó Fresón.

Avellano miró las piedras, perplejo. Eran todas del mismo tamaño y hundidas en la tierra a intervalos regulares. No sabia qué podían significar.

-¿Para qué sirven? -preguntó otra vez.

-Es El-ahrairah -dijo Fresón-. Lo hizo un conejo llamado Laburno hace mucho tiempo. Tenemos otros, pero éste es el mejor. Merece una visita, ¿no crees?

Avellano estaba más desconcertado que nunca. Jamás habla visto un laburno y le intrigaba el nombre, que en lengua conejil significa «árbol venenoso». ¿Cómo podía llamarse Veneno un conejo? ¿Y cómo podían las piedras ser El-ahrairah? ¿Qué era exactamente lo que Fresón definía como El-ahrairah? Confuso, respondió:

-No lo entiendo.

-Es lo que nosotros llamamos una Figura -explicó Fresón-. ¿No has visto nunca ninguna? Las piedras trazan la figura de El-ahrairah en la pared. Robando la lechuga del rey, ¿sabes?

Avellano no había sentido tanta confusión desde que Zarzamora hablara de la balsa junto al Enborne. Obviamente, las piedras no podían tener nada que ver con El-ahrairah. Era como si Fresón hubiera dicho que su cola era un roble. Olfateó otra vez y entonces apoyó una pata contra la pared.

-Tranquilo, tranquilo -dijo Fresón-, podrías estropearlo y eso no sería bueno. Dejémoslo. Volveremos otro día.

-Pero ¿dónde están...? -empezó a decir Avellano, pero Fresón volvió a interrumpirlo.

-Supongo que estarás hambriento. Yo lo estoy Seguirá lloviendo toda la noche, estoy seguro, pero podemos comer aquí bajo tierra, ¿sabes? Y luego puedes dormir en la gran sala, o en mi conejera, si así lo prefieres. Podemos volver más deprisa de lo que hemos venido.

Hay una galería que es casi recta. En realidad, cruza...

Continuó charlando sin parar mientras regresaban. De repente, a Avellano se le ocurrió que estas desesperadas interrupciones parecían seguir a cualquier pregunta que comenzase con «¿dónde...?». Decidió hacer una prueba. Al cabo de un rato Fresón acabó diciendo:

-Ya casi estamos en la gran sala, pero venimos por un camino diferente.

-¿Y dónde...? -dijo Avellano. Fresón tomó un pasillo lateral y llamó:

¿Botón de Oro? ¿Bajas a la gran sala? -Hubo un si1encio-. ¡Qué raro! -exclamó Fresón, volviendo atrás y adelantándose de nuevo-. Suele estar aquí a esta hora. Le llamo a menudo, ¿sabes?

Avellano, rezagándose, examinó rápidamente el lugar con su nariz y sus bigotes. El umbral de la conejera estaba cubierto con una capa de un día de tierra suave procedente del techo. Las huellas de Fresón habían dejado su marca muy clara, pero no habla ninguna otra huella.

14. *Como árboles en noviembre*

Patios y campamentos son los únicos lugares
donde se puede aprender en el mundo... se
contagian de la compañía en que te encuentras.

El conde de Chesterfield, *Cartas a su hijo*

La gran conejera estaba menos atestada que cuando la habían dejado. El primer conejo que encontraron fue Nildro-hain, que estaba con un grupo de tres o cuatro saludables hembras que hablaban en voz baja y parecían comer al mismo tiempo. Olía a verdura. Por lo visto, había comida bajo tierra, como la lechuga del Threarah. Avellano se paró a hablar con Nildro-hain, el cual le preguntó si habla llegado hasta el pozo y el El-ahrairah de Laburno.

-Sí, hemos llegado -contestó Avellano-. Pero me temo que es algo totalmente desconocido para mí. Prefiero admirarte a ti y a tus amigos a mirar piedras sobre una pared.

Mientras hablaba se dio cuenta de que Prímula se les había acercado y de que Fresón le hablaba en voz baja. Captó las palabras «No he visto nunca una Figura», y al cabo de un momento Prímula respondió:

-Bueno, no importa desde nuestro punto de vista.

Avellano se sintió de repente muy cansado y abatido. Oyó a Zarzamora detrás del hombro suave y fornido de Prímula y se acercó a él.

-Salgamos a la hierba -dijo con voz tranquila-. Trae a quien desee venir.

En aquel momento Prímula se volvió hacia él y dijo:

-Imagino que os apetecerá comer algo. Os enseñaré qué tenemos aquí abajo.

-Uno o dos íbamos a silflay* -dijo Avellano.

* *Silflay,* salir a la superficie para comer.

-Oh, aún llueve demasiado para eso -objetó Prímula, como si fuera algo indiscutible-. Os daremos de comer aquí.

-No creo que valga la pena discutir por esta causa -dijo Avellano con firmeza-, pero algunos de nosotros necesitamos silflay Estamos acostumbrados a hacerlo y la lluvia no nos molesta.

Prímula pareció desconcertado un momento. Pero luego se echó a reír.

El fenómeno de la risa es desconocido para los animales, aunque puede ser que los perros y los elefantes tengan una vaga noción. El efecto que produjo en Avellano y Zarzamora fue impresionante. Lo primero que pensó Avellano fue que Prímula estaba manifestando un síntoma de alguna enfermedad. Zarzamora pensó que se disponía a atacarlos y retrocedió unos pasos. Prímula no dijo nada, pero su risa espectral continuó. Avellano y Zarzamora se volvieron y se escabulleron a toda prisa por la galería más próxima como si hubieran visto un hurón. A medio camino se encontraron con Puchero, que era lo bastante pequeño como para dejarles pasar y luego dar media vuelta y seguirlos.

Seguía lloviendo sin parar. La noche era oscura y fría para mayo. Todos se agacharon para mordisquear la hierba, mientras la lluvia se escurría por su pelaje.

-¡Caramba, Avellano! -exclamó Zarzamora-. ¿De verdad querías silflay? ¡Esto es terrible! Yo iba a comer cualquier cosa que tuvieran y echarme a dormir. ¿Qué te pasa?

-No lo sé -contestó Avellano-. De repente he tenido ganas de salir y quería tu compañía. No comprendo qué le pasa a Quinto; aunque supongo que no será nada. Desde luego hay algo extraño en estos conejos. ¿Sabes que introducen piedras en las paredes?

-¿Que hacen qué?

Avellano se lo explicó. Zarzamora estaba tan desorientado como lo había estado él.

-Pero te diré otra cosa: Pelucón no iba tan desencaminado. Es cierto que cantan como los pájaros. Yo estaba en una conejera que pertenece a un conejo llamado Betónica. Su hembra tiene una camada y hacía un ruido para ellos como un petirrojo en otoño. Para dormirlos, dijo. Te aseguro que me hizo sentir extraño.

-Y tú, ¿qué piensas de ellos, Hlao-roo? -interrogó Avellano.

-Son amables y bondadosos -contestó Puchero-, pero te diré lo que pienso. Todos parecen terriblemente tristes. Aunque no lo entiendo, porque son grandes y fuertes y tienen esta madriguera tan bonita. Pero me recuerdan a los árboles en noviembre. Qué tonterías pienso, ¿verdad, Avellano? Tú nos has traído aquí y estoy convencido de que debe ser un lugar bueno y seguro.

-No, no eres tonto. No me había dado cuenta, pero tienes toda la razón. Todos parecen preocupados por algo.

-Después de todo -dijo Zarzamora-, no sabemos por qué son tan pocos. No llenan la madriguera. Quizá han tenido algún problema que los ha entristecido.

-No lo sabemos porque no nos lo dicen. Pero si vamos a quedarnos aquí, tendremos que aprender a tratarlos. No podemos luchar contra ellos: son demasiado grandes. Y no nos interesa que luchen contra nosotros.

-No creo que puedan luchar, Avellano -dijo Puchero-. Aunque sean tan grandes, no parecen luchadores, como Pelucón y Plateado.

-Te fijas en muchas cosas, ¿verdad, Hlao-roo? -preguntó Avellano-. ¿Te has fijado en que llueve más que nunca? Yo ya tengo bastante hierba en la barriga. Bajemos otra vez, pero preferiría que no volviéramos con los otros de momento.

-¿Por qué no dormimos? -propuso Zarzamora-. Ha pasado más de una noche y un día y me caigo de sueño.

Volvieron por un agujero diferente y pronto encontraron una conejera seca y vacía, donde se acurrucaron bien juntitos y durmieron en el calor de sus cuerpos cansados.

Cuando Avellano se despertó, se dio cuenta de que era la mañana; un poco después de la salida del sol, a juzgar por el olor. La fragancia de las flores de los manzanos llegaba con nitidez. También percibió el olor más suave de los ranúnculos y los caballos. Y aún había otro olor que percibió con éstos. Aunque le llenó de inquietud, en los primeros momentos no supo qué era. Un olor peligroso, un olor desagradable, un olor totalmente antinatural, en el exterior, muy cerca: un olor de humo... algo se quemaba. Entonces recordó que Pelucón, después de su reconocimiento del día anterior, había hablado de los palitos blancos en la hierba. Eso era. Un hombre había estado caminando por allí. Eso debía de ser lo que le había despertado.

Avellano yacía en la conejera oscura y caliente con una deliciosa sensación de seguridad. Podía oler al hombre. El hombre no podía olerle a él. Lo único que podía oler el hombre era el molesto humo que estaba haciendo. Se le ocurrió pensar en la figura del pozo y entonces,

medio dormido, se sumió en un sueño en que El-ahrairah le decía que todo era un truco suyo para disfrazarse de Árbol del veneno y poner las piedras en la pared a fin de llamar la atención de Fresón, mientras él se dedicaba a trabar amistad con Nildro-hain.

Puchero se agitaba en sueños, y murmuraba: Sayn lay narn, marli? («¿es buena la hierba cana, madre?»). Y Avellano, conmovido al pensar que debía de soñar con días pasados, se puso de lado para hacerle sitio y que pudiera arrebujarse. En aquel momento, sin embargo, oyó acercarse un conejo por una galería cercana. Quienquiera que fuese, llamaba -y pateaba también, según advirtió Avellano- de modo nada natural. El sonido, como había dicho Zarzamora, se parecía un poco al canto de un pájaro. Cuando se acercó más, Avellano pudo distinguir la palabra.

Flayrah! Flayrah!

Era la voz de Fresón. Puchero y Zarzamora se despertaron, más por el pateo que por la voz, que era fina y nueva y no despertaba en ellos ningún instinto. Avellano se escurrió fuera de la conejera y salió a la galería, donde al punto topó con Fresón, que golpeaba con insistencia una pata trasera contra el duro suelo de tierra.

-Mi madre solía decir: « Si fueras un caballo, el techo se derrumbaría.» -dijo Avellano-. ¿Por qué pateas bajo tierra?

-Para despertar a todo el mundo -contestó Fresón-. Ha llovido casi toda la noche, ¿sabes? En general, dormimos hasta bien entrada la mañana si hace mal tiempo. Pero ahora ha aclarado.

-Pero ¿por qué despertar a todo el mundo?

-Pues porque el hombre ya se ha ido y he pensado que el flayrah no durará mucho. Si no vamos a cogerlo, vendrán las ratas y los grajos y no me gusta pelear con las ratas. Supongo que eso es muy corriente para unos aventureros como vosotros.

-No lo entiendo.

-Bueno, venid conmigo. Voy en un momento a buscar a Nildro-hain. Ahora no tenemos camada, así que vendrá con nosotros.

Otros conejos pasaban por la galería y Fresón se detuvo a hablar con algunos, observando más de una vez que tenía muchas ganas de salir al campo con sus nuevos amigos. Avellano descubrió que le gustaba Fresón. La víspera estaba demasiado exhausto y perplejo para valorar, pero tras una noche de sueño reparador, veía que Fresón era en realidad un tipo decente e inofensivo. Sentía un afecto conmovedor por la hermosa Nildro-hain; y era evidente que era un conejo muy alegre y con una gran capacidad para divertirse. Cuando salieron aquella mañana de mayo, saltó la zanja y se deslizó por entre la hierba alta con la agilidad de una ardilla. Parecía haber perdido por completo el aire Preocupado que tanto había inquietado a Avellano la noche anterior. Avellano se detuvo un momento en el umbral del agujero, como hacía siempre detrás de la cortina de zarzas, en su madriguera, y echó una mirada al valle.

El sol, que había asomado por detrás del bosquecillo, proyectaba sobre el campo las largas sombras de los árboles. La hierba húmeda refulgía y, muy cerca, un nogal despedía destellos tornasolados mientras sus ramas se mecían bajo la brisa ligera. El arroyo bajaba lleno y el oído de Avellano podía distinguir el sonido, más profundo y suave que el del día anterior. Entre el bosquecillo y el arroyo la ladera aparecía cubierta de cardaminas de un lila pálido, cada una separada de las otras en la hierba, en la cumbre de un tallo que se elevaba frágil sobre una tupida roseta de hojas. La brisa cesó y el pequeño valle quedó sumido en una completa quietud, sostenido por largos haces de luz y rodeado a ambos lados por las lindes del bosque. Sobre aquella quietud cristalina cayó, como una pluma en la superficie de un estanque, la llamada de un cucú.

-No hay ningún peligro, Avellano -dijo Prímula detrás de él en el agujero-. Ya sé que estás acostumbrado a echar una buena ojeada a tu alrededor cuando sales a silflay, pero, en general, aquí salimos directamente.

Avellano no tenía intención de cambiar sus hábitos ni obedecer instrucciones de Prímula. Sin embargo, nadie le obligaba a salir y era inútil discutir por una tontería. Fue dando pequeños saltos hasta el otro lado de la zanja y miró de nuevo a su alrededor. Varios conejos ya corrían por el campo hacia un lejano seto salpicado de blancas manchas de acerolo. Vio a Pelucón y Plateado y fue a reunirse con ellos, sacudiéndose, paso a paso, la humedad de las patas delanteras, como un gato.

-Espero que tus amigos hayan cuidado de vosotros tan bien como nos han atendido estos muchachos, Avellano -dijo Pelucón-. Plateado y yo volvemos a sentirnos como en casa. En realidad pienso que hemos mejorado mucho con el cambio. Aunque Quinto se haya equivocado y no haya ocurrido nada terrible en la vieja madriguera, sigo pensando que estamos mejor aquí. ¿Vienes con nosotros a comer?

-¿Qué historia es ésa de la comida? -inquirió Avellano,

-¿No te lo han dicho? Según parece, en esos campos hay flayrah. Casi todos van a diario.

(Los conejos suelen comer hierba, como todo el mundo sabe. Pero el *flayrah* es un alimento más apetitoso, lechugas o zanahorias, por ejemplo, y para obtenerlo organizan expediciones o roban en los huertos.)

-¿Flayrah? Pero ¿no es un poco tarde para asaltar un huerto? -preguntó Avellano, mirando hacia los distantes tejados de la granja que había detrás de los árboles.

-No, no -dijo uno de los conejos de la madriguera, que le había oído-. El flayrah lo dejan en el campo, casi siempre cerca del lugar donde nace el arroyo. O bien lo comemos allí, o lo traemos... o ambas cosas a la vez. Pero hoy tendremos que traer un poco. Llovió tanto anoche que nadie salió y nos comimos casi todo lo que había en la madriguera.

El arroyo pasaba a través del seto y esa misma abertura se utilizaba para hacer pasar el ganado. Después de la lluvia, los bordes estaban empantanados y el agua se estancaba en cada huella. Los conejos procuraban evitarlo y cruzaban más arriba, por otro hueco, cerca del tronco nudoso de un viejo manzano silvestre. Más lejos, en torno a un bosquecillo de juncos, había un cercado de madera, de la mitad del tamaño de un hombre. En su interior, los botones de oro estaban en flor y el arroyo fluía borboteando desde su fuente.

En el pasto cercano, Avellano podía ver fragmentos livianos y dispersos de color entre rojizo y anaranjado, con un follaje de un verde pálido que destacaba sobre la hierba más oscura. Despedían un olor fuerte, de caballo, como recién cortados. Le atraía. Empezó a salivar y se detuvo para hacer *hraka.* Prímula se le acercó y se volvió hacia él con una sonrisa poco natural. Pero Avellano, impaciente, no le hizo caso. Bajo un poderoso impulso, salió del seto y, cuando llegó al campo salpicado de esos fragmentos, se detuvo ante el primero, lo olfateó y lo probó. Era zanahoria.

Avellano había comido diversas raíces en su vida, pero sólo había probado la zanahoria una vez, cuando un caballo de carro había dejado caer un morral cerca de la vieja madriguera. Éstas eran zanahorias viejas, medio comidas ya por ratones o moscas. Pero para los conejos constituían un lujo, un banquete que hacia olvidar cualquier otro sentimiento. Avellano se sentó a mordisquear, saboreando con gran placer las raíces cultivadas. Brincó por la hierba, mordiendo una raíz tras otra, comiendo las hojas de la punta junto con el resto. Nadie le interrumpió. Al parecer había bastante para todos. De vez en cuando levantaba instintivamente la vista y olfateaba el viento, pero era una precaución rutinaria. «Si vienen elil, que vengan -pensó-, lucharé contra todos. No podría correr, de todos modos. ¡Qué país! ¡Qué madriguera! ¡No me extraña que sean grandes como liebres y huelan como príncipes!»

-¡Hola, Puchero! ¡Puedes comer hasta que te salga por las orejas! ¡Se acabó eso de temblar a la orilla de los ríos, amigo mío!

-No sabrá temblar dentro de una o dos semanas -dijo Pico de Halcón con la boca llena-. ¡Me siento mucho mejor que antes! Te seguiría a todas partes, Avellano. Yo no estaba en el brezal aquella noche. Es malo saber que no puedes meterte bajo tierra. Espero que lo comprendas.

-Todo está olvidado -respondió Avellano-. Será mejor que pregunte a Prímula qué esperan que hagamos sobre la cuestión de llevar algo de esto a la madriguera.

Encontró a Prímula cerca del manantial. Al parecer, había acabado de comer y se lavaba la cara con las patas delanteras.

-¿Hay raíces aquí todos los días? -preguntó Avellano-. ¿Dónde...? -Se frenó justo a tiempo. «Estoy aprendiendo», pensó.

-No siempre hay raíces -contestó Prímula-. Éstas son del año pasado, como habrás visto. Supongo que tiran los restos. Puede haber cualquier cosa, raíces, hojas verdes, manzanas arrugadas: depende. A veces no hay nada en absoluto, especialmente en verano, cuando hace buen tiempo. Pero cuando el tiempo es malo, en invierno, casi siempre hay algo. Grandes

raíces, sobre todo, o col, o a veces maíz. También comemos eso, ¿sabes?

-De modo que la comida no es ningún problema. Este sitio tendría que estar lleno de conejos. Supongo...

-Si has terminado -interrumpió Prímula-, y no hay prisa, tómate el tiempo que quieras, podrías tratar de llevar algo. Es fácil con estas raíces, más fácil que con la mayoría de cosas, excepto la lechuga. La muerdes, te la llevas a la madriguera y allí la pones en la gran conejera. Yo suelo llevar dos a la vez, pero es que tengo mucha práctica. Sé que los conejos no transportan comida, pero ya aprenderás. Es útil tener una reserva. Las hembras la necesitan para sus crías cuando están creciendo, y resulta muy útil cuando hace mal tiempo. Vuelve conmigo y te ayudaré si te resulta difícil al principio.

A Avellano le costó bastante aprender a sostener media zanahoria en la boca y llevarla, como un perro, a través del campo hasta la madriguera. Tuvo que soltarla varias veces. Pero Prímula le animaba y él estaba resuelto a conservar su posición de hábil líder de los recién llegados. Por sugerencia suya, ambos esperaron ante la boca de uno de los agujeros más grandes para ver cómo se las arreglaban sus compañeros. Todos parecían hacer un esfuerzo y lo hacían lo mejor que podían, aunque los más pequeños -en especial Puchero- encontraban a todas luces la tarea bastante pesada.

-Ánimo, Puchero -dijo Avellano-. Piensa en lo mucho que disfrutarás comiendo esta noche. De todos modos, estoy seguro de que Quinto lo encuentra tan difícil como tú; es igual de pequeño.

-No sé dónde está -dijo Puchero-. ¿Le has visto? Ahora que Avellano lo pensaba, no, no lo había visto. Se inquietó un poco y cuando cruzó de nuevo el campo con Prímula intentó explicar algo del peculiar carácter de Quinto.

-Espero que esté bien -dijo-. Creo que iré en su busca cuando hayamos llevado esta nueva carga. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

Esperó la respuesta de Prímula, pero esa respuesta no llegó. Al cabo de unos momentos, Prímula dijo:

-Mira, ¿ves aquellas cornejas que dan vueltas sobre las zanahorias? Ya hace varios días que nos molestan. Tendré que encargar a alguien que las ahuyente hasta que hayamos acabado el transporte. Aunque son demasiado grandes para que un conejo se enfrente a ellas. En cambio, los gorriones...

-¿Qué tiene que ver eso con Quinto? -preguntó Avellano de mal humor.

-De hecho -dijo Prímula, empezando a correr-, iré yo mismo.

Pero no atacó a las cornejas y Avellano le vio coger otra Zanahoria y volver con ella. Molesto, se reunió con Espino Cerval y Diente de León y los tres regresaron juntos. Cuando se acercaban a la madriguera avistó de repente a Quinto. Estaba sentado y medio oculto bajo las ramas bajas de un tejo en el lindero del bosquecillo, algo apartado de los agujeros de la madriguera. Avellano dejó la zanahoria y corrió hacia él, trepó por la pendiente y se sentó a su lado en la tierra desnuda que había bajo las ramas tupidas. Quinto no dijo nada y continuó mirando fijamente el campo.

-¿No vienes a aprender a llevar carga, Quinto? -preguntó por fin Avellano-. No es difícil cuando le has cogido el tranquillo.

-No quiero intervenir en eso -respondió Quinto en voz baja-. Perros... sois como perros llevando palos.

-¡Quinto! ¿Quieres que me enfade? No voy a enfadarme porque me insultes con nombres estúpidos. Pero estás dejando que los demás hagan todo el trabajo.

-Soy yo quien debería enfadarse -replicó Quinto-, pero no sé hacerlo, eso es lo malo. ¿Por qué habrían de escucharme? La mayoría creen que estoy loco. Pero tú sí que eres culpable, Avellano, porque sabes que no lo estoy y aun así no quieres escucharme.

-¿De modo que esta madriguera sigue sin gustarte? Pues creo que te equivocas. Todo el mundo se equivoca alguna vez. ¿Por qué no puedes equivocarte tú, como todo el mundo? Pico de Halcón cometió un error en el brezal y tú lo cometes ahora.

-Esos conejos de allá abajo trotan de un lado a otro como un grupo de ardillas con nueces. ¿Cómo puede estar bien eso?

-Bueno, yo diría que han copiado una buena idea de las ardillas y esto los convierte en conejos mejores.

-¿Supones que el hombre, sea quien sea, pone las raíces allí porque tiene un corazón bondadoso? ¿Qué se propone?

-Sólo tira basura. ¿Cuántos conejos han encontrado una buena comida en los montones de basura de los hombres? ¿Lechugas amarillentas, nabos viejos? Sabes que todos los aprovechamos cuando podemos. No están envenenados, Quinto, te lo aseguro. Y si quisiera matar conejos, ha tenido muchas ocasiones esta mañana y no lo ha hecho.

Quinto pareció volverse aún más pequeño cuando se acurrucó sobre la tierra endurecida.

-No sé por qué me molesto en discutir -dijo con tristeza-. Avellano, mi querido Avellano, sé que hay algo antinatural y malo en este lugar. Ignoro de qué se trata, así que no te extrañe que no pueda hablar de ello. Pero me estoy acercando. Ya sabes, es como meter la nariz en una valla metálica y apretarte contra ella para poder llegar al manzano, pero sigues sin poder morderlo porque la valla te lo impide. Sea lo que sea, sé que me estoy acercando, pero no puedo expresarlo todavía. Si me quedo sentado aquí, tal vez lo consiga.

-Quinto, ¿por qué no haces lo que te digo? Come más de esas raíces y luego métete bajo tierra y duerme. Te encontrarás mucho mejor.

-Ya te he dicho que no quiero tener nada que ver con este lugar -insistió Quinto-. En cuanto a meterme bajo tierra, preferiría volver al brezal. El techo de aquella gran sala está hecho de huesos.

-No, no, de raíces de árboles. Pero, después de todo, ya has estado toda la noche bajo tierra.

-No, no he estado allí -dijo Quinto.

-¿Qué? ¿Dónde estabas, entonces?

-Aquí.

-¿Toda la noche?

-Sí. Un tejo es un buen sitio para resguardarse, ¿sabes?

Avellano estaba seriamente preocupado. Si las pesadillas de Quinto le habían hecho quedarse toda la noche fuera, bajo la lluvia, indiferente al frío y a los elil que pudieran merodear por allí, era evidente que no sería fácil convencerle de que las olvidara. Guardó silencio un buen rato y al final dijo:

-¡Qué lástima! Sigo pensando que harías mejor en venir con nosotros. Pero es mejor que te deje solo un rato, y vendré más tarde a ver cómo te sientes. Y no te comas el tejo.

Quinto no respondió y Avellano volvió al campo.

Desde luego el día no se prestaba a malos presentimientos. Para ni-Frith hacia tanto calor que la parte baja del campo estaba húmeda. El aire estaba cargado del denso olor de las plantas, como si ya estuvieran a finales de junio; la menta acuática y la mejorana, todavía sin florecer, desprendían la fragancia de sus hojas, y aquí y allá una ulmaria prematura ya estaba en flor. La pequeña curruca estuvo ocupada toda la mañana en la copa de un abedul plateado, cerca de los agujeros abandonados al otro lado de la pendiente; y desde las profundidades del bosquecillo, en algún lugar próximo al pozo abandonado, llegaba la hermosa canción del pájaro carbonero. A primeras horas de la tarde el calor había impuesto su silencio, y un rebaño de vacas de los prados altos bajaba lentamente a pacer a la sombra. Sólo unos cuantos conejos permanecían en la superficie. Casi todos dormían en las madrigueras. Pero Quinto continuaba sentado bajo el tejo.

Al caer la tarde Avellano se reunió con Pelucón y juntos se aventuraron a entrar en el bosquecillo que había detrás de la madriguera. Al principio se movían con cautela, pero no tardaron en sentirse confiados, pues no encontraron rastro de ninguna criatura mayor que un ratón.

-No hay nada que oler -dijo Pelucón-, ni tampoco huellas. Creo que Prímula nos ha dicho la pura verdad. Realmente no hay elil por aquí. Es diferente de aquel bosque donde cruzamos el río. Tengo que reconocer que aquella noche estaba muy asustado, pero no quería demostrarlo.

-Yo también -contestó Avellano-, pero estoy de acuerdo contigo sobre este lugar. Parece seguro del todo. Si nosotros...

-Esto es muy raro -interrumpió Pelucón. Estaba entre unos zarzales, y en medio había un agujero que conducía a la superficie desde una galería de la madriguera. El terreno era suave y húmedo, y había una gruesa capa de hojas viejas sobre el mantillo. Había signos de agitación en el lugar donde Pelucón se había detenido. Las hojas podridas habían saltado por los aires a puñados. Algunas habían quedado colgando de las zarzas y más allá, al otro lado de las zarzas, se veían pequeños terrones de tierra planos y húmedos. Junto al agujero, la tierra estaba desnuda y marcada por largos arañazos y surcos, y había un agujero estrecho y regular de un tamaño parecido al de las zanahorias que habían acarreado por la mañana. Los dos conejos olfatearon y observaron cuidadosamente el lugar, pero no descubrieron nada.

-Lo curioso es que no hay ningún olor -dijo Pelucón.

-No, sólo a conejo, y ése está por todas partes, naturalmente. Y a hombre, que también está por todas partes. Pero no creo que ese olor tenga nada que ver con esto. Lo único que nos dice es que un hombre ha caminado por el bosque y ha tirado un palito blanco. No ha sido un hombre quien ha revuelto la tierra.

-Bueno, es probable que esos conejos chiflados bailen a la luz de la luna o algo así.

-No me sorprendería -asintió Avellano-. Sería muy propio de ellos. Preguntémosle a Prímula.

-Es la única tontería que has dicho hasta ahora. Dime, desde que hemos llegado aquí, ¿te ha contestado Prímula alguna pregunta?

-Pues, no... no muchas.

-Intenta preguntarle dónde baila a la luz de la luna. Dile; «Prímula, ¿dónde...?»

-Oh, ¿tú también te has fijado? No contesta a ningún «dónde». Y Fresón tampoco. Creo que les ponemos nerviosos. Puchero tenía razón cuando dijo que no eran luchadores. Por eso mantienen el misterio, para estar a nuestro mismo nivel. Lo mejor es tolerarlo. No conviene que les hagamos enfadar y todo se irá arreglando con el tiempo.

-Esta noche volverá a llover -dijo Pelucón-. Y no tardará, además. Vámonos bajo tierra y veamos si podemos conseguir que hablen más libremente.

-Creo que para eso lo único que podemos hacer es esperar. Pero estoy de acuerdo, es mejor que nos pongamos a cubierto ahora mismo. Y por el amor de Frith, convenzamos a Quinto de que venga con nosotros. Me preocupa. ¿Sabes que ha pasado toda la noche bajo la lluvia?

Mientras cruzaban el bosquecillo, Avellano le contó su conversación con Quinto aquella mañana. Le encontraron bajo el tejo y, después de una escena bastante tormentosa durante la cual Pelucón se mostró brusco e impaciente, más que persuadirlo, le obligaron a que bajara con ellos a la gran conejera.

Estaba llena a rebosar y cuando la lluvia empezó a caer, más conejos acudieron por las galerías. Iban de un lado a otro, abriéndose paso entre la multitud, alegres y parlanchines. Las zanahorias que habían acarreado fueron comidas entre amigos o llevadas a las hembras y familias de todos los rincones de la madriguera. Pero cuando se terminaron, la sala continuó atestada. La temperatura era agradable con el calor de tantos cuerpos. Poco a poco, los diferentes grupos se recogieron en un silencio satisfecho, pero nadie parecía dispuesto a ir a dormir. Los conejos se animan al caer la noche y cuando la lluvia vespertina los obliga a cobijarse bajo tierra, siguen sintiéndose gregarios. Avellano observó que casi todos sus compañeros parecían haber simpatizado con los conejos de la madriguera. Observó, además, que siempre que se incorporaba a algún grupo, los conejos de la madriguera daban muestras de conocerle y le trataban como al jefe de los recién llegados. No podía encontrar a Fresón, pero al cabo de un rato Prímula se le acercó desde el otro extremo de la sala.

-Me alegro de que estés aquí, Avellano -dijo-. Algunos sugieren que alguien cuente una historia. Esperamos que a alguno de los tuyos le apetezca contar una, pero podemos empezar nosotros, si lo prefieres.

Hay un dicho entre los conejos: «En la madriguera, más historias que galerías»; y un conejo no puede negarse a contar una historia, del mismo modo que un irlandés no puede negarse a luchar. Avellano y sus amigos celebraron un conciliábulo. Al cabo de poco rato

Zarzamora anunció:

-Hemos pedido a Avellano que os cuente nuestras aventuras: cómo hemos viajado hasta aquí y tenido la suerte de encontraros.

Hubo un silencio incómodo, sólo interrumpido por el ruido de pasos y los murmullos. Zarzamora, consternado, se volvió hacia Avellano y Pelucón.

-¿Qué ocurre? -preguntó en voz baja-. ¿Acaso hay algo malo en eso?

-Espera -contestó Avellano en un susurro-. Deja que lo digan, si no les gusta. Aquí tienen sus costumbres.

Sin embargo, el silencio se prolongó un rato, como si a los otros conejos no les gustara mencionar lo que encontraban mal.

-Es inútil -dijo por fin Zarzamora-. Tendrás que decir algo tú, Avellano. No, ¿por qué habrías de hacerlo? Lo haré yo. -Y añadió-: Pensándolo bien, Avellano ha recordado que tenemos a un buen narrador entre nosotros. Diente de León os contará una historia de El-ahrairah. No puede fallar, sea cual sea -murmuró.

-¿Pero cuál? -inquirió Diente de León.

Avellano recordó las piedras del pozo.

-«La lechuga del rey» -contestó-. Creo que les interesará mucho.

Diente de León aceptó el apunte con la misma prontitud que había mostrado en el bosque.

-Os contaré la historia de «La lechuga del rey» -dijo en voz alta.

-Nos encantará oírte -respondió en el acto Prímula.

-Más vale así -murmuró Pelucón.

Diente de León empezó.

15. *La historia de la lechuga del rey*

Don Alfonso: «Eccovi il medico, signore belle.»
Fernando y Guglielmo: Despina in maschera, che triste pelle!»

Lorenzo da Ponte, *Cosi fan tutte*

-Dicen que hubo un tiempo en que El-ahrairah y sus seguidores perdieron su buena suerte. Sus enemigos los echaron y se vieron obligados a vivir en las ciénagas de Kelfazin. Ignoro dónde pueden estar las ciénagas de Kelfazin, pero cuando El-ahrairah y sus seguidores vivían allí, era el más triste de todos los lugares tristes del mundo. El único alimento era una hierba ordinaria e incluso la hierba estaba mezclada con juncos amargos y acedera. El terreno era demasiado húmedo para cavar: el agua inundaba cualquier agujero que practicasen. Pero todos los otros animales desconfiaban tanto de EI-ahrairah y de sus trucos que no le dejaban salir de aquel lugar desolado y cada día el príncipe Arco Iris solía pasearse por las ciénagas para cerciorarse de que El-ahrairah seguía allí. El príncipe Arco Iris tenía el poder del cielo y el poder de las colinas y Frith le había dicho que ordenase el mundo como mejor le pareciera.

»Un día, cuando el príncipe Arco Iris atravesaba la ciénaga, El-ahrairah se le acercó y le

dijo: “Príncipe Arco Iris, mi gente tiene frío y no puede meterse bajo tierra a causa de la humedad. Su comida es tan insulsa y escasa que todos enfermarán cuando llegue el mal tiempo. ¿Por qué nos retienes aquí contra nuestra voluntad? No hacemos ningún daño.”

»-El-ahrairah -replicó el príncipe Arco Iris-, todos los animales saben que eres un ladrón y un tramposo. Ahora tus trucos se han vuelto contra ti y tendrás que vivir aquí hasta que puedas convencemos de que serás un conejo honesto.

»-Entonces nunca lograremos salir -dijo El-ahrairah-, porque me avergonzaría decir a mi pueblo que deje de vivir de su ingenio. ¿Nos dejarás salir si consigo cruzar a nado un lago lleno de picas?

»-No -dijo el príncipe Arco Iris-, porque he oído hablar de ese truco tuyo, El-ahrairah, y sé cómo se hace.

»-¿Nos dejarás marchar si puedo robar las lechugas del huerto del rey Darzin?

»En aquella época, el rey Darzin gobernaba la más rica y grande de las ciudades de animales del mundo. Sus soldados eran muy fieros y su huerto de lechugas estaba rodeado de un profundo foso y guardado noche y día por mil centinelas. Estaba cerca de su palacio, en el límite de la ciudad donde vivían todos sus seguidores. Así que cuando El-ahrairah habló de robar las lechugas del rey Darzin, el príncipe Arco Iris rió y dijo:

»-Puedes intentarlo, El-ahrairah, y si lo consigues, haré que tu pueblo se multiplique por todas partes y nadie podrá mantenerlos alejados de los huertos desde ahora hasta el fin del mundo. Pero lo que sucederá realmente será que mis soldados te matarán y el mundo será liberado de un tunante astuto y convincente.

»-Muy bien -dijo El-ahrairah-. Ya lo veremos.

»Dio la casualidad de que Yona, el erizo, estaba por allí buscando gusanos y caracoles en la ciénaga y oyó el diálogo entre el príncipe Arco Iris y El-ahrairah. Se escabulló entonces hasta el gran palacio del rey Darzin y pidió una recompensa por advertirle contra sus enemigos.

»-Rey Darzin -resolló-, ese malvado ladrón de El-ahrairah ha dicho que robará tus lechugas y se ha propuesto engañarte para entrar en el huerto.

»El rey Darzin bajó corriendo al huerto de las lechugas e hizo llamar al capitán de la guardia.

»-¿Ves esas lechugas? -dijo-. No han robado ni una sola desde que se sembró la semilla. Pronto madurarán y, cuando eso suceda, quiero ofrecer un gran festín a todo mi pueblo. Pero he oído decir que ese granuja de El-ahrairah piensa venir a robarías, si puede. Dobla el número de guardias y registra diariamente a todos los jardineros y escardadores. Ni una sola hoja debe salir del huerto hasta que yo o mi catador jefe demos la orden.

»El capitán de la guardia obedeció. Aquella noche El-ahrairah salió de las ciénagas de Kelfazin y llegó en secreto hasta el gran foso. Con él iba el leal capitán de su Owsla, Rabscuttle. Se ocultaron entre los arbustos y observaron cómo la guardia reforzada patrullaba arriba y abajo. Cuando llegó la mañana vieron a todos los jardineros y escardadores subir hasta el muro y ser registrados uno tras otro por tres guardias. Uno era nuevo; había venido a relevar a un tío suyo que estaba enfermo, pero los guardias no querían dejarle entrar porque no lo conocían de vista y a punto estuvieron de echarle al foso en vez de mandarle a su casa.

El-ahrairah y Rabscuttle se marcharon llenos de perplejidad y aquel día, cuando el príncipe pasó por las ciénagas, preguntó:

»-Bien, bien, príncipe de los Mil enemigos, ¿dónde están las lechugas?

»-He mandado que me las traigan -contestó El-ahrairah-. Son demasiadas para acarrearlas yo solo. -Entonces él y Rabscuttle bajaron en secreto por uno de los pocos agujeros donde no había agua, dejaron un centinela fuera y pensaron y hablaron durante un día y una noche.

»En la cumbre de una colina que había cerca del palacio del rey Darzin había un jardín al que las madres y las niñeras solían llevar a los numerosos hijos del rey Darzin y a los hijos de sus principales seguidores. No había tapia alrededor del jardín. Sólo estaba vigilado cuando iban los niños; de noche estaba vacío porque no había nada que robar ni nadie a quien perseguir. La noche siguiente Rabscuttle, a quien El-ahrairah había dicho lo que debía hacer, fue al jardín y cavó un agujero. Pasó toda la noche escondido en el agujero y a la mañana

siguiente, cuando trajeron a los niños para que jugaran, se deslizó afuera y se juntó con ellos. Había tantos niños que cada una de las madres y niñeras ¡pensó que debía de pertenecer a otra persona, pero como era casi del mismo tamaño que los niños y de aspecto no muy diferente, pudo hacerse amigo de algunos de ellos. Rabscuttle conocía muchos trucos y juegos y muy pronto empezó a jugar como si fuera un niño más. Cuando llegó la hora de que los niños volvieran a sus casas, Rabscuttle se fue con ellos. Caminaron hasta la puerta de la ciudad y los guardias vieron a Rabscuttle con el hijo del rey Darzin. Le detuvieron y preguntaron quién era su madre, pero el hijo del rey contestó. “Dejadle en paz. Es amigo mío”, y Rabscuttle entró con todos los otros.

»En cuanto Rabscuttle entró en el palacio del rey se escabulló y entró en una de las conejeras oscuras; y allí permaneció oculto todo el día. Pero al atardecer salió y se encaminó hacia las despensas reales, donde se preparaba la comida que había de servirse al rey y sus principales seguidores y sus esposas. Había hierbas, frutas y raíces e incluso nueces y bayas, porque la gente del rey Darzin iba a todas partes en aquellos días, a través de bosques y campos. No había soldados en las despensas y Rabscuttle se escondió allí en la oscuridad. E hizo todo lo posible para estropear la comida, excepto la que comió él mismo.

»Aquella noche el rey Darzin mandó llamar a su catador mayor y le preguntó si las lechugas estaban preparadas. El catador mayor dijo que algunas eran excelentes y que ya había hecho que se guardaran algunas en las despensas.

»-Muy bien -dijo el rey-. Esta noche comeremos dos o tres.

»Pero a la mañana siguiente el rey y varios de sus súbditos se levantaron con fuertes dolores de estómago. Todo lo que comían les sentaba mal, porque Rabscuttle estaba escondido en las despensas y estropeaba la comida en cuanto la llevaban. El rey comió varias lechugas más, pero no mejoró. De hecho, se puso peor.

»Al cabo de cinco días, Rabscuttle salió de nuevo con los niños y volvió con El-ahrairah. Cuando éste oyó que el rey estaba enfermo y que Rabscuttle había hecho todo lo que él quería, se dedicó a disfrazarse. Se recortó la cola blanca y mandó a Rabscuttle que le mordisqueara el pelaje y lo manchara con barro y moras. Entonces se cubrió todo él con largos mechones de azotalenguas y grandes bardanas e incluso encontró la manera de alterar su olor. Al final, ni sus propias esposas pudieron reconocerle y El-ahrairah dijo a Rabscuttle que le siguiera a cierta distancia y se dirigió al palacio del rey Darzin. Pero Rabscuttle esperó fuera, en la cumbre de la colina.

»Cuando llegó al palacio, El-ahrairah solicitó ver al capitán de la guardia.

»-Debes llevarme ante el rey -dijo-. Me manda el príncipe Arco Iris. Ha oído decir que el rey está enfermo y me manda desde el país lejano que hay más allá de Kelfazin para averiguar la causa de su enfermedad. ¡Date prisa! No estoy acostumbrado a que me hagan esperar.

»-¿Cómo sé que dices la verdad? -preguntó el capitán de la guardia.

»-No me importa en absoluto -replicó El-ahrairah-. ¿Qué es la enfermedad de un reyezuelo para el médico del país que hay del otro lado del río dorado de Frith? Regresaré y diré al príncipe Arco Iris que los guardias del rey eran necios y me dieron el tratamiento que sería de esperar de un montón de patanes llenos de pulgas.

»Dio media vuelta y empezó a alejarse, pero el capitán de la guardia se asustó y le hizo volver. El-ahrairah se dejó persuadir y los soldados le condujeron ante el rey.

»Tras cinco días de mala comida y dolores de estómago, el rey no se sentía inclinado a desconfiar de alguien que afirmaba haber sido enviado por el príncipe Arco Iris para sanarle. Suplicó a El-ahrairah que le examinara y prometió hacer todo lo que le dijera.

»El-ahrairah examinó al rey con grandes aspavientos. Le miró los ojos, las orejas, los dientes, y los excrementos y las puntas de las uñas y preguntó qué había comido. Después solicitó ver las despensas reales y el huerto de lechugas. Cuando volvió, dijo con expresión muy grave:

»-Gran rey, sé muy bien que la noticia que debo daros será triste para vos, pero la causa de vuestra dolencia son esas lechugas que tanto apreciáis.

»-¿Las lechugas? -gritó el rey Darzin-. ¡Imposible! Todas han crecido de una semilla buena y saludable y están vigiladas día y noche.

»-¡Ay, ay! -exclamó El-ahrairah-. ¡Lo sé muy bien! Pero las ha infectado la temida

Garrapata Piojosa, que ye la en círculos decrecientes a través del Paso de la Mata, un virus mortal, ¡ay de mi!, aislado por el Avago Púrpura y que madura en los bosques verdegrises del Apa Entendidos. Comprenderéis que os lo explico así para presentaros la cuestión en términos sencillos. Hablando científicamente, existen ciertas complejidades con las que no quiero cansaros.

»-No puedo creerlo -dijo el rey.

»-Lo más sencillo -dijo El-ahrairah- será que os haga una demostración. Pero no es necesario que hagamos enfermar a uno de vuestros súbditos. Decid a los soldados que salgan y hagan un prisionero.

»Los soldados salieron y la primera criatura que encontraron fue Rabscuttle, que pacía en la cumbre de la colina. Se lo llevaron a rastras y lo llevaron a presencia del rey

»-Bah, un conejo -dijo El-ahrairah-. ¡Despreciable criatura! Tanto mejor. Repugnante conejo, ¡come esta lechuga!

»Rabscuttle obedeció y poco después empezó a gemir y rodar por la estancia. Pataleó, presa de convulsiones, y puso los ojos en blanco. Mordisqueó el suelo y sacó espuma por la boca.

»-Está muy enfermo -dijo El-ahrairah-. Debe de haber comido una muy mala. A menos que, lo cual es más probable, la infección sea particularmente mortal para los conejos. En cualquier caso, debemos agradecer que no haya sucedido a Vuestra Majestad. Bueno, no necesitaremos más a ese conejo. ¡Echadle! Yo aconsejaría a Vuestra Majestad -prosiguió El-ahrairah- que no dejéis las lechugas donde están, porque brotarán, echarán flor y germinarán. La infección se propagará. Sé que es muy triste, pero debéis deshaceros de ellas.

»Quiso la suerte que en aquel momento entrara el capitán de la guardia con Yona, el erizo.

»-Majestad -gritó-, esta criatura regresa de los pantanos de Kelfazin. El pueblo de EI-ahrairah se está preparando para la guerra. Dicen que vendrán a atacar el huerto de Vuestra Majestad para robar las lechugas reales. ¿He de disponer que salgan los soldados y destruyan a los atacantes?

»-¡Ajá! -exclamó el rey-. He pensado un truco doblemente efectivo. Particularmente mortal para los conejos. ¡Vaya, vaya! Deja que se lleven todas las lechugas que quieran. De hecho, llevarás un millar a las ciénagas de Kelfazin y las dejarás allí. ¡Ja, ja! ¡Vaya broma! ¡Ya me siento mucho mejor!

»-¡Oh, qué astucia implacable! -se admiró El-ahrairah-. No es extraño que Vuestra Majestad sea gobernante de un gran pueblo. Creo que ya os estáis restableciendo. Como es el caso con muchas enfermedades, la curación es sencilla, una vez se conoce la causa. No, no, no aceptaré ninguna recompensa. De todos modos, no hay nada aquí que se considere de valor en el resplandeciente país de la otra orilla del río dorado de Frith. He hecho lo que dispuso el príncipe Arco Iris. Es suficiente. ¿Quizá tendréis la bondad de decir a los guardias que me acompañen hasta el pie de la colina? -Saludó y abandonó el palacio.

»Aquella misma tarde, mientras El-ahrairah instaba a sus conejos a gruñir con más fiereza y correr arriba y abajo de los pantanos de Kelfazin, el príncipe Arco Iris llegó desde el río.

»-EI-ahrairah -llamó-, ¿estoy embrujado?

»-Es muy posible -respondió EI-ahrairah-. La temida Garrapata Piojosa...

»-Hay mil lechugas en un montón en la cumbre de la ciénaga. ¿Quién las ha puesto allí?

»-Ya os dije que me las traerían -contestó El-ahrairah-. No podíais esperar que mi pueblo, débil y hambriento como está, las acarreara todas desde el huerto del rey Darzin. No obstante, con el tratamiento que voy a recetarles, pronto se restablecerán. Podría decirse que soy médico, y si no teníais noticia, príncipe Arco Iris, podéis estar seguro de que no tardaréis en saberlo por otro conducto. Rabscuttle, sal y recoge las lechugas.

»Entonces el príncipe Arco Iris vio que El-ahrairah había cumplido su palabra y que también él debía cumplir su promesa. Dejó salir a los conejos de las ciénagas de Kelfazin y así se multiplicaron por doquier. Y desde aquel día hasta el presente, no hay en la tierra poder suficiente para alejar a los conejos de los huertos, porque El-ahrairah los ayuda con mil trucos, los mejores del mundo.

16. *Argentina*

Él dijo: «Baila para mí» y dijo:

«Eres demasiado bello para que el viento te recoja o el sol te queme.” Y dijo:

“Soy un ser humilde y harapiento, mas no soy cruel con el que triste danza, con los que muertos danzan.”

Sidney Keyes, *Cuatro posturas de la muerte*

-Bien hecho -dijo Avellano cuando Diente de León terminó.

-Es muy bueno, ¿verdad? -dijo Plateado-. Somos afortunados de tenerle con nosotros. Sólo oírle nos levanta el ánimo.

-Esto los dejará patitiesos -murmuró Pelucón-. Ya veremos si encuentran a un narrador mejor que él.

Ninguno abrigaba la menor duda de que Diente de León les había dado prestigio. Desde su llegada, la mayor parte de ellos se había sentido fuera de sitio entre aquellos desconocidos tan magníficos y bien alimentados, con sus modales desenvueltos, las figuras en sus paredes, su elegancia, su hábil evasión de casi todas las preguntas y, sobre todo, sus accesos de melancolía nada típicos de los conejos. Ahora, su propio narrador había demostrado que no eran un puñado de vagabundos Ciertamente, ningún conejo razonable podía negar su admiración. Esperaban el reconocimiento de sus anfitriones, pero al cabo de un rato se dieron cuenta, sorprendidos, de que eran menos entusiastas que ellos.

-Muy bonito -dijo Prímula. Dio la impresión de buscar algo más que decir, pero sólo repitió-: Sí, muy bonito. Una historia insólita.

-No puede ser que no la conociera, ¿verdad? -murmuró Zarzamora a Avellano.

-Siempre he pensado que estas historias tradicionales tienen mucho encanto -dijo otro de los conejos-, en especial cuando se cuentan al estilo antiguo.

-En efecto -terció Fresón-. La capacidad de convicción es lo más importante. Hay que creer realmente en Elahrairah y el príncipe Arco Iris, ¿verdad? El resto viene solo.

-No digas nada, Pelucón -susurró Avellano, porque Pelucón movía las patas, muy indignado-. No puedes obligarles a que les guste. Esperemos a ver cómo lo hacen ellos.

-Y en voz alta dijo-: Nuestras historias no han cambiado durante generaciones, ¿sabes? Nosotros no hemos cambiado tampoco. Nuestras vidas siguen siendo las mismas que las de nuestros padres y abuelos. Las cosas son diferentes aquí. Nos damos cuenta de ello y encontramos muy excitantes vuestras nuevas ideas y maneras de ser. Todos nos preguntamos cuáles deben ser los temas de vuestras historias.

-Bueno, no solemos contar las historias del pasado -dijo Prímula-. La mayoría de nuestras historias y poemas se refieren a nuestras vidas aquí. Como es natural, aquella Figura de Laburno que habéis visto está anticuada ahora. En realidad, El-ahrairah no significa mucho para nosotros. Y no es que la historia de tu amigo no fuera encantadora -se apresuró a añadir.

-El-ahrairah es un pillo -dijo Espino Cerval-, y los conejos siempre necesitarán trucos.

-No -dijo una voz nueva desde el otro extremo de la sala, detrás de Prímula-. Los conejos necesitan dignidad y, ante todo, voluntad para aceptar su destino.

-Creemos que Argentina es uno de los mejores poetas que hemos tenido en muchos meses -dijo Prímula-. Sus ideas tienen mucha aceptación. ¿Os gustaría oírle ahora?

-Sí, sí -exclamaron voces desde todas partes-. ¡Argentina!

-Avellano -dijo Quinto de repente-, me gustaría hacerme una idea de cómo es el tal Argentina, pero no me atrevo a acercarme. ¿Quieres venir conmigo?

-¿Qué quieres decir, Quinto? ¿De qué tienes miedo?

-¡Oh, que Frith me ayude! -dijo Quinto, temblando-. Puedo olerle desde aquí. Me aterra.

-¡Oh, Quinto, no seas absurdo! Huele igual que los demás.

-Huele a cebada empapada que está pudriéndose en los campos. Huele a un topo herido que no puede meterse bajo tierra.

-Para mí huele a un conejo grande y obeso, con un montón de zanahorias en la barriga. Pero iré contigo.

Cuando consiguieron abrirse paso entre la multitud y llegar hasta el extremo opuesto de la conejera, Avellano se sorprendió al ver que Argentina era un simple jovenzuelo. En la madriguera de Sandleford ningún conejo de su edad habría sido requerido para contar una historia, excepto tal vez a unos pocos amigos. Tenía un aire salvaje y desesperado, y sus orejas se crispaban continuamente. Cuando empezó a hablar pareció cada vez menos consciente de su auditorio y volvía la cabeza sin cesar hacia el túnel que había a su espalda, como si escuchara algún sonido que sólo él podía oír. Pero había en su voz una cautivadora fascinación, como el movimiento del viento y la luz en un prado, y a medida que sus oyentes quedaban atrapados por ella, se hizo el silencio en toda la sala.

El viento sopla, sopla sobre la hierba.
Agita los lamentos del sauce; la hojas brillan como plata.
¿Adónde vas, viento? Muy, muy lejos,
más allá de las colinas, más allá del borde del mundo.
Llévame contigo, viento, muy arriba del cielo.
Iré contigo, seré conejo-del-viento,
hacia el cielo, el cielo liviano y el conejo.

El río corre, corre sobre la arena,
a través del cieno, los ranúnculos, el azul y oro de la primavera.
¿Adónde vas, río? Muy, muy lejos,
más allá del brezal, deslizándome toda la noche.
Llévame contigo, río, hacia la luz de las estrellas.
Iré contigo, seré conejo-del-río,
a través del agua, el agua verde y el conejo.

En otoño vienen ondeando las hojas, amarillas y marrones.
Susurran en las zanjas, tiran y cuelgan del seto.
¿A dónde vais, hojas? Muy, muy lejos,
al interior de la tierra, con la lluvia y las bayas.
Llevadme, hojas, oh, llevadme en vuestro oscuro viaje.
Iré con vosotras, seré conejo-de-las-hojas,
en los lugares profundos de la tierra, la tierra y el conejo.

Frith yace en el cielo vespertino. Las nubes son rojas a su alrededor
Estoy aquí, Señor Frith, corro por la larga hierba.
Oh, llévame contigo, más allá de los bosques,
muy lejos, hasta el corazón de la luz y el silencio.
Porque estoy dispuesto a darte mi aliento, mi vida,
el círculo radiante del sol, el sol y el conejo.

Quinto había expresado mientras escuchaba una mezcla de atención intensa y horror incrédulo. Parecía aceptar cada palabra y estar al mismo tiempo paralizado por el miedo. Una vez contuvo el aliento, como sorprendido de reconocer sus propios pensamientos, sólo

conscientes a medias; y al final del poema pareció luchar para volver en sí. Enseñó los dientes y se lamió los labios, como había hecho Zarzamora ante el erizo muerto en la carretera.

En algunas ocasiones, un conejo asustado por un enemigo se encoge y permanece inmóvil, o bien porque el miedo le paraliza o porque confía en que podrá pasar desapercibido. Pero después, a menos que la fascinación sea demasiado poderosa, llega un momento en que descarta la inmovilidad y, como liberado de un hechizo, opta instantáneamente por su otro recurso: la huida. Así pareció reaccionar ahora Quinto. De pronto dio un brinco y empezó a abrirse paso a empujones violentos a través de la gran madriguera. Varios conejos así maltratados se volvieron airados contra él, pero Quinto ni se fijó en ellos. Entonces, llegó a un sitio donde no podía pasar entre dos machos corpulentos. Se puso histérico y empezó a patear y arrastrarse, y a Avellano, que estaba detrás de él, le costó evitar una pelea.

-Mi hermano es también una especie de poeta, ¿sabéis? -dijo a los furiosos desconocidos-. A veces las cosas le afectan mucho y no siempre sabe por qué.

Uno de los conejos pareció aceptar las palabras de Avellano, pero el otro replicó:

-Vaya, ¿otro poeta? Oigámosle, entonces. Por lo menos será una compensación por lo de mi hombro; me ha arrancado un buen mechón de pelos.

Quinto ya los había pasado de largo y se precipitaba hacia el siguiente túnel de entrada. Avellano sintió que debía seguirle. Pero después de todo el esfuerzo que había dedicado a ser amable, le ponía de tan mal humor que Quinto se hubiera enemistado con sus nuevos amigos que, al pasar junto a Pelucón, le dijo:

-Ven a ayudarme a meter algo de sensatez en su cabezota. Lo que menos falta nos hace ahora es una pelea. -Pensó que Quinto merecía de verdad una reprimenda de Pelucón.

Siguieron a Quinto por la galería y le alcanzaron en la entrada. Antes de que ninguno de los dos pudiera decir una palabra, dio media vuelta y empezó a hablar como si le hubieran hecho una pregunta.

-¿Así que vosotros también lo habéis intuido? ¿Y queréis saber si lo he intuido yo? Pues claro que sí. Eso es lo peor. No hay ningún truco. Dice la verdad. Mientras diga la verdad, no puede ser una locura… es lo que ibais a decir, ¿no? No te culpo, Avellano. Yo mismo me he sentido yendo hacia él como una nube que se funde con otra. Pero luego, en el último momento, me he apartado. ¡Quién sabe por qué! No ha sido por propia voluntad; ha sido casual. Sólo se ha apartado una pequeña parte de mí. ¿He dicho que el techo de esa sala está hecho de huesos? ¡No! Es como una gran bruma de locura que cubre todo el cielo y que nunca más nos dejará ver la luz de Frith. ¡Oh!, ¿que será de nosotros? Una cosa puede ser cierta y también una locura desesperada, Avellano.

-¿Qué diablos significa todo esto? -preguntó Avellano a Pelucón, lleno de perplejidad.

-Habla de ese poeta idiota de orejas gachas -contestó Pelucón-. Eso está claro. Pero no puedo imaginar por que parece pensar que tenemos algo que ver con él y su charla pretenciosa. Puedes ahorrarte la saliva, Quinto. Lo único que nos preocupa es el jaleo que has armado. En cuanto a Argentina, todo lo que puedo decir es que yo me quedo con la Plata y él puede seguir siendo una mala Hierba.*

* Juego de palabras con el nombre de Argentina en inglés: Silverweed, literalmente, mala hierba de plata. *(N. de la* t.)

Quinto se volvió a mirarle con unos ojos que, como los de una mosca, parecían más grandes que su cabeza.

-Tú piensas eso -dijo-, crees eso. Pero cada uno de vosotros está, a su manera, sumergido en esa bruma. ¿Dónde está la…?

Avellano le interrumpió y, cuando lo hizo, Quinto tuvo un sobresalto.

-Quinto, no negaré que te he seguido hasta aquí para regañarte. Has puesto en peligro nuestro buen comienzo en esta madriguera...

-¿Que os he puesto en peligro? -gritó Quinto-. ¿En peligro? Pero si todo este lugar...

-Cállate. Iba a enfadarme pero te veo tan trastornado que resultaría inútil. Lo que vas a hacer ahora es bajar a la madriguera con nosotros dos y dormir. ¡Vamos! Y no digas nada más.

Las vidas de los conejos son menos complicadas que las de los humanos, por lo menos en un aspecto: no les avergüenza emplear la fuerza. A falta de otra alternativa, Quinto acompañó a Avellano y Pelucón a la conejera donde Avellano había pasado la noche anterior. Estaba vacía y los tres se acostaron y durmieron.

17. *El alambre reluciente*

Cuando el campo verde se levanta como una tapadera,
revelando lo que estaba mejor escondido, desagradable;

¡y mira! Detrás, sin ningún sonido, los bosques se han
elevado y están alrededor en un círculo letal.

Y el cerrojo se desliza en su ranura, ante la ventana hay el
camión de mudanzas negro y ahora, con súbita y rauda
emergencia, vienen las mujeres con gafas oscuras, los
cirujanos jorobados y el hombre de. las tijeras.

W. H. Auden, *Los testigos*

Hacia frío, hacia frío y el techo estaba hecho de huesos. El techo estaba hecho de las ramas entrelazadas del tejo, ramitas que se enroscaban por todas partes, duras como el hielo y adornadas con bayas de un rojo oscuro.

-Vamos, Avellano -dijo Prímula-. Llevaremos en la boca las bayas del tejo y nos las comeremos en la gran madriguera. Tus amigos deben aprender a hacerlo si quieren vivir con nosotros.

-¡No! ¡No! -gritó Quinto-. ¡Avellano, no! -Pero entonces llegó Pelucón, abriéndose paso a través de las ramas, con la boca llena de bayas.

-¡Mirad! -exclamó Pelucón-. Yo sé hacerlo. Voy corriendo en otra dirección. ¡Pregúntame adónde, Avellano! ¡Pregúntame adónde! ¡Pregúntame adónde!

Entonces echaron a correr en otra dirección, no hacia la madriguera, sino por los campos, bajo el frío, y Pelucón dejó caer las bayas, gotas rojas como la sangre, gotas rojas duras como el alambre.

-¡Es inútil! -dijo-. No se pueden morder. Están frías.

Avellano se despertó. Estaba en la conejera. Temblaba. ¿Por qué no sentía el calor del cuerpo de algún conejo a su lado? ¿Dónde estaba Quinto? Se incorporó. Cerca, Pelucón se revolvía y se agitaba en sueños, buscando calor, intentando acurrucarse contra el cuerpo de otro conejo que ya no estaba allí. En el suelo arenoso, el pequeño hueco donde había dormido Quinto, aún no se había enfriado del todo: pero Quinto se había ido.

-¡Quinto! -llamó Avellano en la oscuridad.

En cuanto le llamó, supo que no habría respuesta. Empujó a Pelucón con el hocico, embistiéndolo con urgencia.

¡Pelucón! ¡Quinto se ha ido! ¡Pelucón!

Pelucón se despertó al instante y Avellano se alegró como nunca de su firme solicitud.

-¿Qué has dicho? ¿Ocurre algo malo?

-Quinto se ha ido.

-¿Adónde ha ido?

-Silf... afuera. Sólo puede ser al silf. Sabes que no se quedaría a dar vueltas por la madriguera. La odia.

-Es un estorbo, ¿no? Además, ha dejado frío este agujero. Crees que está en peligro, ¿verdad? ¿Quieres ir a buscarle?

-Sí, tengo que ir. Está nervioso y trastornado y todavía no ha amanecido. Tal vez haya elil, pese a lo que diga Fresón.

Pelucón escuchó y olfateó unos segundos.

-Está a punto de amanecer -dijo-. Habrá luz suficiente para encontrarle. Bueno, supongo que será mejor que te acompañe. No te preocupes, no puede haber ido lejos. Pero, ¡por la lechuga del rey! Le daré una buena reprimenda cuando le cojamos.

-Yo le sujetaré mientras tú le pateas, si es que podemos encontrarlo. ¡Vamos!

Subieron por la galería hasta la boca del agujero y allí se detuvieron juntos.

-Como nuestros amigos no están aquí para azuzarnos -dijo Pelucón-, haremos bien en asegurarnos antes de salir de que el lugar no está lleno de comadrejas y lechuzas.

En aquel momento sonó la llamada de una lechuza marrón desde el bosque cercano. Era la primera llamada y ambos se agazaparon por instinto y contaron cuatro latidos del corazón hasta que siguió la segunda.

-Se aleja -murmuró Avellano.

-Me pregunto cuántos ratones de campo dicen eso cada noche. Es una llamada engañosa.

-Bueno, no puedo evitarlo -dijo Avellano-. Quinto está por aquí y pienso ir en su busca. De todos modos, tienes razón. Ya es de día... o casi.

-¿Y si buscamos primero debajo del tejo?

Pero Quinto no estaba debajo del tejo. A medida que la luz aumentaba, empezó a desvelar las formas del campo, mientras que el seto y el arroyo seguían siendo meras sombras lineales en la distancia. Pelucón saltó al exterior y corrió en una larga curva por la hierba húmeda. Se detuvo casi enfrente del agujero por donde habían subido y Avellano se reunió con él.

-Aquí hay huellas suyas, no cabe duda -dijo Pelucón-. Y son recientes. Van directamente del agujero al arroyo. No puede estar lejos.

Cuando el suelo está húmedo por la lluvia es fácil ver dónde se acaba de pisar la hierba. Siguieron el rastro por el campo y llegaron al seto que corre junto al huerto de zanahorias y la fuente del arroyo. Pelucón no se había equivocado al decir que el rastro era reciente. En cuanto cruzaron el seto vieron a Quinto. Estaba comiendo, solo. Aún había trozos de zanahoria cerca de la fuente, pero no los había tocado y comía hierba no lejos del manzano nudoso. Se acercaron y él levantó la vista.

Avellano no dijo nada y se puso a comer a su lado. Ahora se arrepentía de haber traído a Pelucón. En la oscuridad que precedía a la mañana, al descubrir que Quinto se había ido, Pelucón había sido un consuelo y un apoyo. Pero ahora, al ver la figura menuda y familiar de Quinto, incapaz de hacer daño a nadie o de ocultar lo que sentía, temblando sobre la hierba húmeda, de miedo o de frío, su ira se desvaneció. Sólo sintió lástima por él y la seguridad de que, si estuvieran un rato juntos y a solas, Quinto se sentiría mejor. Pero probablemente era demasiado tarde para convencer a Pelucón de que fuese amable; sólo podía esperar lo mejor.

Sin embargo, en contra de sus temores, Pelucón permaneció tan silencioso como él mismo. Al parecer esperaba que Avellano hablase primero y estaba un poco desconcertado. Durante un rato los tres se movieron en silencio por la hierba, mientras las sombras se intensificaban y las palomas torcaces parloteaban entre los árboles distantes. Avellano empezaba a sentir que todo iría bien y que Pelucón tenía más sentido común del que le había atribuido, cuando Quinto se sentó sobre las patas traseras, se limpió la cara con las zarpas y luego le miró directamente por primera vez.

-Ahora me voy -dijo-. Estoy muy triste. Me gustaría desearte que todo te vaya bien, Avellano, pero no sirve de nada desearte algo bueno en este lugar. Así que sólo te diré adiós.

-Pero ¿adónde vas, Quinto?

-Lejos. A las colinas, si consigo llegar.

-¿Solo, sin compañía? No puedes. Te morirías.

-No tendrías ninguna posibilidad, muchacho -dijo Pelucón-. Algún animal daría cuenta de

ti antes de ni-Frith.

-No -dijo Quinto en voz muy baja-, vosotros estáis más cerca de la muerte que yo.

-¿Acaso intentas asustarme, miserable caquita de pollo piador? -gritó Pelucón-. Mira que me vienen ganas de...

-Espera, Pelucón -dijo Avellano-. No le hables en ese tono.

-Pero ¿no habías dicho...? -empezó Pelucón.

-Lo sé. Pero ahora pienso de otro modo. Lo lamento, Pelucón. Iba a pedirte que me ayudaras a hacerle volver a la madriguera. Pero ahora... bueno, siempre he pensado que había algo de verdad en lo que decía Quinto. Durante los dos últimos días me he negado a escucharle y todavía creo que ha perdido el juicio. Pero no tengo valor para hacerle regresar a la madriguera. Creo que por alguna razón ese lugar le aterra. Le acompañaré un rato y quizá podamos hablar. No puedo pedirte que tú también te arriesgues. De todos modos, los otros tienen que saber lo que hacemos y no lo sabrán a menos que vayas a decírselo. Volveré antes de ni-Frith. Espero volver con él.

Pelucón se quedó mirándolo de hito en hito. Después se volvió, furioso, hacia Quinto.

-Tú, miserable y pequeño escarabajo negro -le espetó-, nunca te han enseñado a obedecer órdenes, ¿verdad? Siempre tienes que ser tú, tú, y sólo tú. «¡Oh, tengo una sensación muy rara en el dedo gordo del pie, así que todos debemos andar cabeza abajo!» Y ahora que hemos encontrado una bonita madriguera y que nos han aceptado sin tener que luchar siquiera, ¡tú has de hacer lo posible para fastidiar a todo el mundo! Y además pones en peligro la vida de uno de nuestros mejores conejos sólo para que te haga de niñera mientras vagabundeas por ahí como un ratón de campo hechizado por la luna. Pues bien, yo he terminado contigo, te lo digo así de claro. Y me vuelvo a la madriguera para asegurarme de que todos terminen contigo igual que yo. Y lo harán, no te hagas ilusiones.

Dio media vuelta y desapareció por el primer hueco que encontró en el seto. Al instante se inició una terrible conmoción al otro lado. Se oyó que algo caía y pataleaba. Un palo voló por los aires. Después un montón de hojas muertas salió disparado por la abertura y fue a caer lejos del seto, junto a Avellano. Las zarzas se movían de un lado a otro. Avellano y Quinto se miraron, luchando ambos contra el impulso de correr. ¿Qué clase de enemigo era el que había al otro lado del seto? No se oían gritos -el silbido de un gato o el chillido de un conejo-, sólo el crujido de las ramas y el de la hierba arrancada con violencia.

Haciendo un gran esfuerzo, sobreponiéndose a todo instinto, Avellano se obligó a aproximarse al hueco del seto y Quinto lo siguió. Una terrible visión apareció ante sus ojos. Las hojas podridas habían volado a puñados. La tierra estaba desnuda y marcada por largos arañazos y surcos. Pelucón yacía de costado, agitando las patas traseras y debatiéndose. Un trozo de alambre de cobre retorcido, que brillaba débilmente bajo los primeros rayos del sol, le rodeaba el cuello y le sujetaba tensamente una pata delantera al extremo de una gruesa estaca clavada en la tierra. El nudo corredizo estaba apretado y hundido entre el pelaje, detrás de la oreja. La punta de un hilo de alambre le había lacerado el cuello y gotas de sangre, oscura y roja como bayas de tejo, resbalaban una tras otra por su hombro. Yació jadeando unos minutos, y su costado subía y bajaba por el agotamiento. Entonces volvió a forcejear y debatirse, hacia delante y hacia atrás, dando tirones, hasta que empezó a ahogarse y se quedó quieto.

Frenético de angustia, Avellano saltó por la abertura y se puso en cuclillas a su lado. Los ojos de Pelucón estaban cerrados y los labios levantados sobre los largos dientes delanteros en una mueca fija. Se había mordido el labio inferior y de ahí también manaba sangre. Tenía las mandíbulas y el pecho cubiertos de espuma.

-¡Thlayli! -exclamó Avellano, pateando con fuerza-. ¡Thlayli! ¡Escucha! ¡Estás en una trampa, una trampa! ¿Qué decían en la Owsla? Vamos, piensa. ¿Cómo podemos ayudarte?

Hubo una pausa. Entonces las patas traseras de Pelucón volvieron a agitarse, pero débilmente. Bajó las orejas. Abrió los ojos con los blancos inyectados en sangre y los iris marrones giraron de un lado a otro. Al cabo de un momento sonó su voz, espesa y baja, saliendo en burbujas de la espuma sanguinolenta de su boca.

-Owsla... no sirve... alambre muerde. Estaca... hay que cavar.

Le sacudió una convulsión y escarbó en la tierra, cubriéndose con una máscara de tierra

húmeda y sangre. Luego volvió a quedarse quieto.

-Corre, Quinto, corre a la madriguera -gritó Avellano-. Haz venir a los otros... Zarzamora, Plateado. ¡Date prisa! Se morirá.

Quinto echó a correr por el campo como una liebre. Al quedarse solo, Avellano intentó pensar qué tenía que hacer. ¿Qué era la estaca? ¿Cómo podría desenterraría? Contempló la horrible visión que tenía delante. Pelucón yacía sobre el alambre, que le salía por debajo del abdomen y parecía desaparecer en la tierra. Avellano luchó con su propia incomprensión

Pelucón había dicho: «cavar». Al menos, eso sí que lo entendía. Se puso a escarbar en la tierra blanda junto al cuerpo hasta que al cabo de un rato sus uñas tropezaron con algo suave y firme. Cuando se detuvo, perplejo, vio a Zarzamora a sus espaldas.

-Pelucón acaba de hablar -le dijo-, pero no creo que pueda volver a hacerlo. Ha dicho: «Desentierra la estaca.» ¿Qué significa? ¿Qué debemos hacer?

-Espera un momento -dijo Zarzamora-. Déjame pensar, y trata de no impacientarte.

Avellano volvió la cabeza y miró hacia el arroyo. Lejos, entre dos bosquecillos, vio el cerezo junto al que se había sentado dos días atrás al amanecer con Zarzamora y Quinto. Recordó que Pelucón había perseguido a Pico de Halcón por la alta hierba, olvidando la pelea de la noche anterior por la alegría de su llegada. Ahora vio a Pico de Halcón correr hacia él y a dos o tres de los otros: Plateado, Diente de León y Puchero. Diente de León, que iba a la cabeza, se precipitó hacia la abertura y se detuvo, con la mirada fija, temblando.

-¿Qué pasa, Avellano? ¿Qué ha ocurrido? Quinto ha dicho...

-Pelucón está preso en una trampa. Déjale hasta que Zarzamora nos diga algo. Procura que los demás no se amontonen a su alrededor.

Diente de León se volvió y echó a correr cuando Puchero llegaba.

-¿Viene Prímula? -preguntó Avellano-. Quizá él sepa...

-No ha querido venir -respondió Puchero-. Le dijo a Quinto que dejara de hablar de eso.

-¿Que dijo qué? -inquirió Avellano, incrédulo. Pero en aquel momento habló Zarzamora y Avellano se plantó a su lado como una flecha.

-Eso es -dijo Zarzamora-. El alambre está sujeto a una estaca y la estaca está en el suelo. Allí, mira. Tenemos que desenterraría. Vamos... cava a su alrededor.

Avellano cayó una vez más con las patas delanteras, echando al aire la tierra suave y húmeda y resbalando contra los lados duros de la estaca. De alguna manera era consciente de que los otros esperaban allí cerca. Al cabo de un rato se vio obligado a detenerse, jadeando. Plateado le relevó y después Espino Cerval. Desenterraron la estaca siniestra, lisa y limpia, que olía a hombre, hasta la longitud de una oreja de conejo, pero no lograron desprendería. Pelucón no se había movido. Yacía sobre el alambre, herido y ensangrentado, con los ojos cerrados. Espino Cerval sacó la cabeza y las patas del agujero y se quitó el barro de la cara.

-La estaca es más estrecha en la punta -dijo-. Se adelgaza. Creo que podría partirse a mordiscos, pero no puedo llegar con los dientes.

-Que baje Puchero -sugirió Zarzamora-, es más pequeño.

Puchero se metió en el agujero. Oyeron astillarse la madera bajo sus dientes, un sonido como el de un ratón en el tabique de un cobertizo a medianoche. Salió sangrando por la nariz.

-Las astillas pinchan y es difícil respirar, pero la estaca está casi partida.

-Entra tú, Quinto -dijo Avellano.

Quinto estuvo poco rato en el agujero. Él también salió sangrando.

-Se ha partido en dos. Está libre.

Zarzamora apretó el hocico contra la cabeza de Pelucón. Mientras le acariciaba suavemente, la cabeza se ladeó y rodó hacia el otro lado.

-Pelucón -le dijo al oído Zarzamora-, la estaca está desprendida.

No hubo reacción. Pelucón yacía inmóvil como antes. Una gran mosca se posó en una de sus orejas. Zarzamora la espantó con furia y la mosca voló zumbando hacia el sol.

-Creo que ha muerto -dijo Zarzamora-. No puedo oír su respiración.

Avellano se acurrucó junto a Zarzamora y acercó la nariz a la de Pelucón, pero soplaba una ligera brisa y no podía decir si había aliento o no. Las patas estaban sueltas, la barriga, fláccida. Intentó pensar en lo poco que había oído sobre las trampas. Un conejo robusto podía desnucarse en una trampa. ¿O le habría perforado la tráquea la punta afilada de un alambre?

-Pelucón -susurró-, te hemos liberado. Eres libre. Pelucón no se movió. De repente, a Avellano se le ocurrió que si Pelucón había muerto -¿y qué otra cosa podía hacer que permaneciera tan silencioso en el barro?-, debía alejar a los otros antes de que la terrible pérdida les hiciera perder el valor y el ánimo, como sucedería si se quedaban junto al cuerpo. Además, el hombre vendría pronto. Quizá ya venía con su escopeta para llevarse al pobre Pelucón. Tenían que marcharse; y él debía procurar que todos ellos -incluso él mismo- olvidaran lo sucedido, para siempre.

-Mi corazón se ha reunido con los Mil, porque hoy mi amigo ha dejado de correr -dijo a Zarzamora, citando un proverbio de los conejos.

-Si al menos no se tratara de Pelucón... -dijo Zarzamora-. ¿Qué vamos a hacer sin él?

-Los demás esperan -dijo Avellano-. Tenemos que seguir vivos. Es preciso que tengan algo en que pensar. Ayúdame, o será demasiado para mí.

Dio la espalda al cuerpo y buscó a Quinto entre los conejos que estaban detrás. Pero no se veía a Quinto por ninguna parte y Avellano tenía miedo de preguntar por él porque tal vez los otros lo tomarían como una muestra de debilidad y necesidad de consuelo.

-Puchero -interpeló bruscamente-, ¿por qué no te lavas la cara y detienes la hemorragia? El olor de sangre atrae a los elil. Lo sabes, ¿verdad?

-Sí, Avellano, lo siento. ¿Crees que Pelucón...?

-Y otra cosa -dijo Avellano desesperadamente-. ¿Qué me contabas de Prímula? ¿Dices que mandó callar a Quinto?

-Si, Avellano. Quinto entró en la madriguera y nos habló de la trampa y de que el pobre Pelucón...

-Sí, está bien. ¿Y Prímula...?

-Prímula y Fresón y los otros fingieron no oírle. Era ridículo, porque Quinto lo gritaba a todo el mundo. Y después, cuando salíamos corriendo, Plateado le dijo a Prímula: «Supongo que vienes con nosotros.» Y Prímula se limitó a volverse de espaldas. Entonces Quinto se le acercó y le habló en un murmullo, pero oí la respuesta de Prímula. Dijo: «Colinas o Inlé, me importa un bledo adonde vayáis. Cierra la boca.» Golpeó a Quinto y se rascó la oreja.

-Lo mataré -jadeó una voz débil y ahogada detrás de todos ellos. Todos se volvieron de un salto. Pelucón había levantado la cabeza y se apoyaba únicamente en las patas delanteras. Tenía el cuerpo retorcido y las patas traseras aún yacían en el suelo. Los ojos estaban abiertos, pero su cara era una máscara tan terrible de sangre, espuma, vomito y tierra que más parecía un ser demoníaco que un conejo. La visión de Pelucón, que hubiera debido llenarles de alivio y alegría, sólo les inspiró terror. Retrocedieron y nadie dijo una palabra.

-Lo mataré -repitió Pelucón, farfullando a través de los bigotes sucios y el pelaje húmedo-. ¡Ayudadme, condenación! ¿Es que nadie va a ayudarme a sacarme de encima este asqueroso alambre? -Forcejeó, arrastrando las patas traseras. Entonces se desplomó otra vez y empezó a gatear, arrastrando el alambre por la hierba, con la estaca partida reptando detrás.

-¡Dejadle en paz! -gritó Avellano, porque ahora todos se empujaban para acudir en su ayuda-. ¿Queréis matarle? ¡Dejadle descansar! ¡Dejadle respirar!

-De descansar nada -jadeó Pelucón-. Estoy bien.

-Se cayó de nuevo mientras hablaba e inmediatamente volvió a erguirse sobre las patas delanteras-. Son las patas de atrás, que no puedo moverlas. ¡Ese Prímula! ¡Lo mataré!

-¿Por qué les dejamos quedar en esa madriguera?

-gritó Plateado-. ¿Qué clase de conejos son? Han abandonado a Pelucón para que se muriera. Todos habéis oído a Prímula en la madriguera. Son unos cobardes. ¡Expulsémoslos! ¡Matémoslos! ¡Tomemos la madriguera y vivamos allí nosotros!

-¡Sí! ¡Sí! -contestaron todos-. ¡Vamos! ¡Volvamos a la madriguera! ¡Fuera Prímula! ¡Fuera Argentina! ¡Matémoslos!

-*O embleer Frith!* -gritó una voz chillona entre la alta hierba.

Ante semejante irreverencia, el tumulto enmudeció. Miraron a su alrededor, preguntándose quién podía haber hablado. Se hizo el silencio. Entonces, entre dos grandes matas de hierba apareció Quinto, con los ojos brillantes de furia. Les gruñó y parloteó como una liebre embrujada y los que estaban más cerca de él retrocedieron, asustados. Ni siquiera Avellano habría podido pronunciar una sola palabra. Entonces se dieron cuenta de que estaba hablando.

-¿La madriguera? ¿Vais a la madriguera? ¡Sois unos estúpidos! ¡La madriguera sólo es un agujero mortal! ¡Ese lugar es un asqueroso antro de elil! ¡Una trampa, por doquier y cada día! Eso lo explica todo, todo lo sucedido desde que vinimos aquí.

Se quedó inmóvil y sus palabras parecieron arrastrarse bajo la luz del sol, sobre la hierba.

-Escucha, Diente de León. Te gustan las historias, ¿verdad? Te contaré una, una que haría llorar a El-ahrairah. Érase una vez una bonita madriguera en el lindero de un bosque, una madriguera que miraba hacia los prados de una granja. Era grande y albergaba a muchos conejos. Entonces, un día, llegó la ceguera blanca y los conejos enfermaron y murieron. Pero algunos sobrevivieron, como suele suceder. La madriguera quedó casi vacía. Un día el granjero pensó: «Podría aumentar esos conejos, hacerlos parte de mi granja... su carne, su pelaje. ¿Por qué habría de molestarme en tenerlos en jaulas? Ya están bien donde están.» Empezó a disparar contra todos los elil: lendri, homba, comadrejas, lechuzas. Sacaba comida para los conejos, pero no la ponía demasiado cerca de la madriguera. De este modo tuvieron que acostumbrarse a transitar por los campos y el bosque. Y entonces les puso trampas, no demasiadas, sólo las imprescindibles, pues no quería ahuyentarlos ni destruir la madriguera. Los conejos se hicieron grandes, fuertes y sanos, porque se preocupó de que tuvieran lo mejor de todo, especialmente en invierno, y no había nada que temieran, excepto el nudo corredizo del seto y del sendero del bosque. Así, vivían como él quería que vivieran y siempre había algunos que desaparecían. Los conejos se volvieron extraños, diferentes de otros conejos. Sabían muy bien lo que sucedía, pero incluso entre ellos simulaban que todo iba bien, porque la comida era buena, estaban protegidos y no tenían nada que temer salvo una cosa, y esa cosa sólo atacaba de vez en cuando, y nunca a demasiados a la vez a fin de no ahuyentarlos. Olvidaron las costumbres de los conejos salvajes. Olvidaron a El-ahrairah porque, ¿de qué les servían los trucos y la astucia viviendo en la madriguera del enemigo y pagando el precio que éste les pedía? Descubrieron otras maravillosas artes para sustituir a trucos y leyendas. Danzaban en una salutación ceremoniosa. Cantaban como los pájaros y dibujaban figuras en las paredes; y aunque esto no podía ayudarles en nada, pasaban el tiempo y les permitía considerarse tipos estupendos, la flor y nata de la raza conejil, más listos que las urracas. No tenían ningún Conejo Jefe, no, porque ¿cómo iban a tenerlo? Porque un Conejo Jefe debe ser El-ahrairah para su madriguera y guardarlos de la muerte: y aquí sólo había una muerte, ¿y qué Conejo Jefe hubiera podido encontrar solución a semejante problema? En su lugar, Frith les enviaba extraños cantores, hermosos y enfermizos como agallas de roble, como acericos de petirrojos en el escaramujo. Y como no podían soportar la verdad, estos cantores, que en otro lugar podrían haber sido sabios, se sentían oprimidos por el terrible peso del secreto de la madriguera hasta que escupían delicadas locuras… sobre dignidad y aquiescencia y cualquier otra cosa que pudiera hacer creer que el conejo amaba el alambre brillante. Pero tenían, eso sí, una regla estricta; oh, sí, la más estricta. Nadie debía preguntar nunca el paradero de otro conejo y quienquiera que preguntase «¿dónde?», salvo en una canción o en un poema, debía ser silenciado. Decir «¿dónde?» era malo, pero hablar abiertamente de los alambres era intolerable. Por eso arañarían y matarían.

Calló. Nadie se movió. Entonces, en medio del silencio, Pelucón se levantó, tambaleándose, vaciló un momento, dio unos pasos inseguros en dirección a Quinto y cayó de nuevo. Quinto hizo caso omiso de él, pero miró uno por uno a los otros conejos. Luego empezó a hablar otra vez.

-Y entonces llegamos nosotros, por la noche, a través del brezal. Conejos salvajes, que hacían agujeros en el valle. Los conejos de la madriguera no aparecieron . Necesitaban reflexionar sobre lo que convenía hacer. Pero no tardaron en encontrar la solución. Traernos a la conejera y no decir nada. ¿No lo veis? El granjero sólo tiende algunas trampas cada vez y, si un conejo muere, los otros vivirán más tiempo. Zarzamora, tú sugeriste que Avellano les contara nuestras aventuras, pero no cayó bien, ¿verdad? ¿Quién quiere oír sobre hechos

valerosos cuando está avergonzado de los propios y a quién gusta un cuento sincero relatado por alguien a quien está engañando? ¿Queréis que continúe? Os aseguro que todo lo sucedido aquí encaja como una abeja en una dedalera. ¿Y decís que los matemos y nos quedemos con la gran madriguera? ¡Nos quedaremos con un techo de huesos, colgados de alambres brillantes! ¡Nos quedaremos con el sufrimiento y la muerte!

Quinto se desplomó sobre la hierba. Pelucón, arrastrando todavía la horrible y lisa estaca, se tambaleó hasta él y le tocó el hocico con el suyo.

-Aún estoy vivo, Quinto -dijo-, y también los otros. Tú has partido a mordiscos una estaca mayor que ésta que arrastro. Dinos qué debemos hacer.

-¿Hacer? -replicó Quinto-. Pues irnos, ahora. Antes de dejar la madriguera le dije a Prímula que nos marchábamos.

-¿Adónde? -preguntó Pelucón. Pero fue Avellano el que contestó.

-A las colinas -dijo.

Hacia el sur, al otro lado del arroyo, el terreno se elevaba suavemente. En la cumbre se divisaba la línea de una senda de carros y, más allá, un bosquecillo. Avellano se dirigió hacia allí y el resto empezó a seguirle por la ladera de uno en uno o en parejas.

-¿Qué hacemos con el alambre, Pelucón? -inquirió Plateado-. La estaca se enganchará en algún sitio y el alambre se tensará otra vez.

-No, ahora está suelta -dijo Pelucón-. Podría arrancarla de un tirón si no me hubiera lesionado el cuello.

-Inténtalo -instó Plateado-. De lo contrario, no llegarás muy lejos.

-Avellano -dijo de repente Verónica-, allí hay un conejo que viene de la madriguera. ¡Mira!

-¿Sólo uno? -preguntó Pelucón-. ¡Qué lástima! Encárgate de él, Plateado. No te lo impediré. Aprovecha para hacer un buen trabajo.

Se detuvieron y esperaron, dispersos aquí y allá por la ladera. El conejo que se acercaba corría de un modo curioso y precipitado. En un momento dado se dio de cabeza contra un cardo de tallo grueso, se cayó de lado y dio varias volteretas. Pero se levantó y siguió avanzando torpemente hacia ellos.

-¿No será ceguera blanca? -dijo Espino Cerval-. Parece que no ve por donde va.

-¡Frith no lo quiera! -exclamó Zarzamora-. ¿Huimos?

-No, no podría correr así con la ceguera blanca -dijo Avellano-. Sea cual sea su mal, no es ése.

-¡Es Fresón! -gritó Diente de León.

Fresón atravesó el seto que había junto al manzano silvestre, miró a su alrededor y se dirigió hacia Avellano. No quedaba nada de su cortés dominio de si mismo. Tenía la vista fija, temblaba y su gran tamaño parecía acrecentar su aire de aflicción y tristeza. Se encogió ante ellos, en la hierba, mientras Avellano esperaba, severo e inmóvil, al lado de Plateado.

-Avellano -dijo Fresón-, ¿os marcháis?

Avellano no contestó, pero Plateado replicó bruscamente:

-¿Y a ti qué te importa?

-Llevadme con vosotros. -No hubo respuesta, así que repitió-: Llevadme con vosotros.

-No nos gustan las criaturas que nos engañan -dijo plateado-. Será mejor que vuelvas al lado de Nildro-hain. Sin duda ella es menos exigente.

Fresón emitió una especie de chillido ahogado, como si le hubiesen herido. Miró a Plateado, a Avellano y después a Quinto. Por fin dijo, en un murmullo lastimero:

-Los alambres.

Plateado iba a contestar, pero Avellano se le adelantó.

-Puedes venir con nosotros -dijo-. No digas nada más. ¡Pobre muchacho!

Unos minutos después los conejos habían cruzado la senda de carros y desaparecieron en el bosquecillo. Una urraca, al ver un objeto brillante sobre la ladera vacía, se acercó a mirar. Pero todo lo que había allí era una estaca astillada y un trozo de alambre retorcido.

****

Segunda parte

En la colina de Watership

****

18. *En la colina de Watership*

Lo que ahora está probado, antes sólo se imaginaba.

William Blake, *Las bodas de Cielo e Infierno*

Era el atardecer del día siguiente. En la colina de Watership, la escarpadura que miraba hacia el norte y que había permanecido a la sombra desde muy temprano recibía la luz del sol del oeste sólo en la hora que precedía al crepúsculo. La colina se elevaba verticalmente unos noventa metros sobre una base de apenas ciento ochenta, una pared abrupta que se elevaba desde la delgada franja de árboles de la base hasta la cima, donde el terreno se allanaba. La luz, clara y suave, se extendía como una costra dorada sobre la hierba, la aulaga, los arbustos de tejo y unos escasos arces espinosos que el viento había moldeado a su capricho. Desde la cima, la luz parecía cubrir toda la pendiente, amodorrada y silenciosa. Pero abajo, entre la hierba, entre los arbustos, en aquel espeso bosque que frecuentaban escarabajos, arañas y musarañas cazadoras, la luz cambiante era como un viento que danzaba sobre ellos haciéndolos correr y escabullirse. Los rayos rojos parpadeaban entre las briznas de hierba, revelando con sus destellos alas minúsculas y membranosas, proyectando largas sombras de patas menudas y delgadas como hilos tenues, revelando las miríadas de granos individuales que formaban cada fragmento de tierra. Los insectos zumbaban, gemían, susurraban, chirriaban y silbaban en el aire cálido del crepúsculo. Más altos pero más tranquilos, sonaban entre los árboles el pinzón, el pardillo y el verderón. Las alondras levantaron el vuelo, gorjeando en el aire fragante sobre la colina. Desde la cumbre, la aparente inmovilidad de la vasta distancia azul se rompía, aquí y allá, en jirones de humo y minúsculos y momentáneos destellos de cristal. Mucho más abajo se extendían los verdes campos de trigo, los pastos donde pacían caballos, el verde más intenso de los bosques. Como la colina, también ellos estaban contagiados de la agitación del atardecer, pero desde las remotas alturas aparecían inmóviles, atemperada su fiereza por el aire que había entre ellos.

Avellano y sus compañeros estaban agazapados al pie del risco de turba, bajo las ramas bajas de dos o tres boneteros. Desde la mañana anterior habían recorrido casi cinco kilómetros. Tenían suerte, ya que todos los que habían dejado la madriguera estaban vivos. Habían cruzado dos arroyos. Habían caminado temerosamente por los bosques del oeste de Ecchinswell. Habían descansado sobre la paja de un Starveall, o granero vacío, y al despertar habían sido atacados por un grupo de ratas. Plateado y Espino Cerval, con ayuda de Pelucón, cubrieron la retirada y, una vez que todos estuvieron en el exterior, emprendieron la fuga. Espino Cerval había sufrido un mordisco en la pantorrilla y la herida era irritante y dolorosa, como suelen ser los mordiscos de rata. Cuando rodeaban un pequeño lago, les llamó la atención una gran ave pescadora de color gris que hundía el pico y chapoteaba en la juncia, hasta que una bandada de patos salvajes los ahuyentó con su clamor. Habían atravesado casi un kilómetro de pastos descubiertos, sin nada que pudiera servirles de refugio, esperando a

cada momento un ataque que no se produjo. Oyeron el zumbido antinatural de una torre de alta tensión en el aire veraniego y hasta pasaron por debajo de ella después de que Quinto les asegurase que no podía hacerles ningún daño. Ahora yacían bajo los boneteros y olfateaban, cansados y suspicaces, los olores que les llegaban del extraño y desnudo paisaje que los rodeaba.

Desde que dejaran la madriguera de las trampas se habían vuelto más cautos, más astutos y tenaces, se comprendían mejor y colaboraban los unos con los otros. Ya no se peleaban. La verdad sobre la madriguera había sido un duro golpe. Congeniaban más y confiaban y valoraban más sus mutuas capacidades. Ahora sabían que sus vidas dependían de éstas y de nada más, y no estaban dispuestos a desaprovechar lo que poseían entre todos. A pesar de los esfuerzos de Avellano, ni uno solo de ellos había dejado de afligirse al pensar que Pelucón había muerto y de preguntarse, como Zarzamora, qué iba a ser de ellos. Sin Avellano, sin Zarzamora, Espino Cerval y Puchero, Pelucón habría muerto. Habría muerto sin su propio valor y su fuerza, porque ¿quién de todos ellos no habría dejado de correr después de semejante castigo? Ya no se podía cuestionar la fuerza de Pelucón, la intuición de Quinto, el ingenio de Zarzamora o la autoridad de Avellano. Cuando llegaron las ratas, Espino Cerval y Plateado obedecieron a Pelucón, plantándoles cara. El resto había seguido a Avellano cuando los despertó y, sin dar explicaciones, dijo que salieran rápidamente del granero. Más tarde, Avellano había dicho que no tenían más remedio que cruzar la pastura y la cruzaron bajo la dirección de Plateado, mientras Diente de León se adelantaba para explorar el terreno. Cuando Quinto dijo que el árbol de hierro era inofensivo, le creyeron.

Fresón lo había pasado muy mal. Su tristeza le hacía lento de comprensión y descuidado y le avergonzaba el papel que había desempeñado en la madriguera. Era blando, y estaba más habituado de lo que quería admitir a la indolencia y la buena comida. Pero no se quejaba y era evidente que estaba decidido a demostrar lo que podía hacer y a no quedarse rezagado. Había sido de gran ayuda en el bosque, porque estaba más acostumbrado que los otros a la espesura de los bosques.

-Ya lo veras, se pondrá a tono si le damos ocasión -dijo Avellano a Pelucón en la orilla del lago.

-No más faltaría -replicó Pelucón-, el muy señorito. -Porque según sus estándares, Fresón era escrupulosamente limpio y remilgado.

-Escúchame bien, Pelucón, no quiero que le humilléis, tenlo en cuenta. Eso no le ayudaría.

Pelucón asintió, aunque de mala gana. Sin embargo, también él se había vuelto más tolerante. La trampa le había debilitado considerablemente. Había sido él el que diera la alarma en el granero, porque no podía dormir y al sonido de los arañazos se había sobresaltado. No permitió que Plateado y Espino Cerval lucharan solos, pero no tuvo más remedio que dejarles la peor parte. Por primera vez en su vida, Pelucón tuvo que mostrarse moderado y prudente.

Mientras el sol descendía lentamente y se posaba sobre la franja nubosa del horizonte, Avellano salió de debajo de las ramas y observó con cautela la base de la pendiente. Después levantó la vista hacia los hormigueros y la colina que se elevaba por encima. Quinto y Bellota le siguieron y empezaron a mordisquear una parcela de esparceta. Era nueva para ellos, pero no necesitaban que les dijeran que era buena, lo cual les levantó el ánimo. Avellano se volvió y se puso a comer con ellos entre las grandes espigas floridas de color magenta y venas rosadas.

-Quinto -dijo-, a ver si te he entendido bien. Quieres que trepemos a ese lugar, por lejos que esté, y busquemos refugio en la cima. ¿No es eso?

-Sí, Avellano.

-Pero la cima debe de ser muy alta. Ni siquiera puedo verla desde aquí. Estará demasiado descubierta, y será fría.

-En el suelo, no: y el terreno es tan ligero que podremos escarbar un refugio con facilidad cuando encontremos el lugar adecuado.

Avellano reflexionó otra vez.

-Lo que me preocupa es empezar. Todos estamos muy cansados. Estoy seguro de que es peligroso permanecer aquí. No tenemos ningún sitio donde escondernos. No conocemos el

terreno ni podemos guarecernos bajo tierra. Pero no creo que debamos subir hasta allí esta noche. Aún estaríamos menos seguros.

-Tendremos que cavar, ¿verdad? -inquirió Bellota-. Este lugar está casi tan descubierto como aquel brezal que cruzamos, y los árboles no nos permitirán ocultarnos de ningún animal de cuatro patas que salga de caza.

-Habría sido igual en cualquier otro momento -dijo Quinto.

-No digo lo contrario, Quinto -replicó Bellota-, pero necesitamos agujeros. Es un mal asunto no poder meternos bajo tierra.

-Antes de que subamos todos a la cima -dijo Avellano- tendríamos que averiguar cómo es. Subiré y echaré una ojeada. Correré todo lo que pueda y vosotros tendréis que esperar hasta que vuelva. Por lo menos podéis descansar y comer.

-No irás solo -dijo Quinto con firmeza.

Como todos estaban dispuestos a acompañarle a pesar de la fatiga, Avellano cedió y eligió a Diente de León y Pico de Halcón, que parecían menos cansados que los otros. Empezaron a trepar por la ladera poco a .poco, pasando de un arbusto o una mata de hierbas a otro, y deteniéndose continuamente para olfatear y observar la gran extensión de hierba que se prolongaba a ambos lados hasta donde alcanzaba la vista.

El hombre camina derecho. Para él es fatigoso subir una pendiente, y no puede coger impulso. Para el conejo es más fácil. Sus patas delanteras sostienen el cuerpo horizontal y las grandes patas traseras hacen el trabajo. Tienen fuerza de sobras para impulsar su ligera masa colina arriba. Los conejos suben deprisa las cuestas. De hecho, tienen tanta potencia detrás que les resulta difícil bajar por una ladera y a veces, cuando huyen desde un lugar abrupto, es posible que bajen rodando. Por otra parte, el hombre, con su altura, puede ver todo lo que le rodea. Por mucho que el terreno sea empinado y accidentado, desde su perspectiva no deja de ser llano, y puede orientarse fácilmente desde la torre de su cabeza. Por consiguiente, la ansiedad y la tensión de los conejos al subir la colina eran diferentes de las que tú, lector, experimentarías si fueras allí. Su principal problema no era el cansancio físico. Cuando Avellano dijo que estaban muy cansados se refería a que sentían la tensión de la inseguridad y el temor prolongados.

Los conejos, cuando están en el exterior, viven en un temor constante, a menos que se encuentren en un entorno conocido y familiar, cerca de sus agujeros. Si el temor es lo bastante intenso, puede llegar a paralizarlos, se quedan *tharn*, como dicen ellos. Hacía casi dos días que Avellano y sus compañeros iban a salto de mata. En realidad, desde que habían dejado su madriguera cinco días antes, habían afrontado un peligro tras otro. Todos estaban nerviosos, a veces se sobresaltaban por nada y otras se acostaban en la primera mata de hierba alta que encontraban. Pelucón y Espino Cerval olían a sangre y todos lo sabían. Lo que preocupaba a Avellano, Diente de León y Pico de Halcón era estar tan desprotegidos en un lugar desconocido y no poder ver lo que tenían delante. Avanzaban a través de la hierba que el sol enrojecía entre el movimiento de los insectos y la luz ardiente. La hierba se ondulaba a su alrededor. Se asomaban sobre los hormigueros y miraban con cautela en torno a los arbustos de cardencha. No podían decir a qué distancia estaría la cumbre. Superaban cada pequeña pendiente y encontraban otra más alta. Avellano temía la aparición de una comadreja, o tal vez de la lechuza blanca, que descendería a la luz del crepúsculo siguiendo la escarpadura, observándolo todo con sus ojos pétreos, preparada para desviarse ligeramente y atrapar cualquier cosa que se moviera. Algunos elil esperan a su presa, pero la lechuza blanca sale a cazarla y llega en silencio.

Mientras Avellano aún subía, el viento del sur empezó a soplar y el crepúsculo de junio enrojeció el cielo hasta el cenit. Avellano, como casi todos los animales salvajes, no estaba acostumbrado a levantar la vista hacia el cielo. Lo que consideraba el cielo era el horizonte, generalmente interrumpido por árboles y setos. Ahora se encontró mirando la cumbre, mientras los cúmulos rojizos se desplazaban silenciosos sobre su cabeza. El movimiento de los árboles o la hierba, tan distinto al de los conejos, resultaba perturbador. Aquellas grandes masas se movían decididas, silenciosas y siempre en la misma dirección. No eran de su mundo.

«Oh, Frith -pensó Avellano, volviendo un momento la cabeza hacia el fúlgido resplandor del oeste-, ¿nos mandas a vivir entre las nubes? Si hablaste de verdad a Quinto, ayúdame a confiar en él.» En ese momento vio claramente recortada contra el cielo la figura de Diente de

León, que se había adelantado y estaba en cuclillas sobre un hormiguero. Alarmado, se precipitó sobre él.

-¡Diente de León, baja ! -gritó-. ¿Por qué te has sentado ahí?

-Porque así puedo ver -replicó Diente de León con una especie de alegría excitada-. ¡Ven a mirar! Se puede ver el mundo entero.

Avellano le alcanzó. Había otro hormiguero cerca e imitó a Diente de León, sentándose sobre las patas traseras y mirando a su alrededor. Ahora se dio cuenta de que casi estaban en terreno llano. En realidad, la pendiente se había vuelto muy suave en los últimos tramos que habían recorrido; pero estaba tan preocupado por el peligro que no se había percatado del cambio. Se hallaban en la cumbre de la colina. Encaramados por encima de la hierba podían ver a una gran distancia en cualquier dirección. A su alrededor todo estaba vacío. Si se hubiera movido algo, lo habrían visto inmediatamente: y donde terminaba la turba, comenzaba el cielo. Un hombre, un zorro -incluso un conejo- que subiera por la colina, se vería perfectamente. Quinto estaba en lo cierto. Aquí arriba avistarían todo lo que se acercara.

El viento despeinaba su pelaje y agitaba la hierba, que olía a tomillo y a hierba del carpintero. La soledad parecía una liberación y una bendición. La altura, el cielo y la distancia se les subieron a la cabeza y brincaron en el crepúsculo.

-¡Oh, Frith de las colinas! -gritó Diente de León-. ¡Debió de hacerlo para nosotros!

-Tal vez si, pero Quinto lo pensó para nosotros -contestó Avellano-. ¡Espera a que llegue aquí arriba! ¡Quinto-rah!

¿Dónde está Pico de Halcón? -preguntó de repente Diente de León.

Aunque aún había luz, no se veía a Pico de Halcón por ninguna parte. Después de mirar un rato a su alrededor corrieron hacia un pequeño montículo que estaba algo alejado y volvieron a mirar. Pero sólo vieron un ratón de campo que salió de su agujero y empezó a mordisquear brotes tiernos de hierba.

-Debe de haber bajado -dijo Diente de León.

-Bueno, tanto si ha bajado como si no -dijo Avellano-, no podemos seguir buscándolo. Los otros esperan y pueden estar en peligro. Hemos de bajar.

-Pero sería una lástima perderlo ahora que habíamos conseguido llegar a las colinas de Quinto sin perder a nadie -dijo Diente de León-. Es un bobalicón; no deberíamos haberle traído. Pero ¿cómo es posible que lo haya atrapado algún animal sin que nos diéramos cuenta?

-No, seguro que ha bajado -dijo Avellano-. Me pregunto qué le dirá Pelucón. Espero que no vuelva a morderle. Será mejor que empecemos a bajar.

-¿Les harás subir esta noche? -inquirió Diente de León.

-No lo sé -respondió Avellano-. Es un problema. ¿Dónde encontraremos cobijo?

Se dirigieron al borde de la pendiente. La luz empezaba a palidecer. Se guiaron por un grupo de árboles enanos junto a los que habían pasado cuando subían y que formaban una especie de oasis seco, una pequeña peculiaridad frecuente en las colinas. Media docena de espinos y dos o tres saúcos crecían juntos encima y debajo de un declive. El terreno entre ellos era desnudo y la cal pelada tenía un color blanco pálido y sucio bajo las flores de saúco de tono crema. Al acercarse, vieron de improviso a Pico de Halcón sentado entre los troncos de los espinos, limpiándose la cara con las patas.

-Te hemos estado buscando -dijo Avellano-. ¿Dónde diablos te habías metido?

-Lo siento, Avellano -respondió dócilmente Pico de Halcón-. He estado mirando estos agujeros. He pensado que podrían sernos útiles.

En la parte inferior del declive, a sus espaldas, había tres agujeros de conejos. Había dos más a nivel del suelo, entre las raíces gruesas y nudosas. No pudieron encontrar ninguna huella ni excrementos. Los agujeros estaban abandonados.

-¿Has bajado al interior? -inquirió Avellano, olfateando el lugar.

-Sí -respondió Pico de Halcón-. He bajado a tres de ellos. Son poco profundos y bastante toscos, pero no huelen a muerte ni enfermedad y están en buenas condiciones. Creo que

podríamos utilizarlos, por lo menos de momento.

En la penumbra, un vencejo voló gritando sobre sus cabezas y Avellano se volvió hacia Diente de León.

-¡Noticias! ¡Noticias! -exclamó-. Ve a buscarlos y hazlos subir hasta aquí.

Así pues, fue uno de los miembros menos destacados del grupo el que hizo el feliz descubrimiento que los conduciría por fin a las colinas: y con toda probabilidad salvó una o dos vidas; hubiera sido difícil que pasaran la noche a la intemperie, ya fuera en la cumbre o en la falda de la colina, sin ser atacados por algún enemigo.

19. *Miedo en la oscuridad*

¿Quién hay en la habitación contigua? ¿Quién?
¿Una figura pálida
con un mensaje para alguien de dentro sobre algo que ocurrirá?
¿Le reconoceré?
Sí, es él; y trae aquello; y le reconocerás.

Thomas Hardy, *¿Quién hay en la habitación contigua?*

Sin duda los agujeros eran toscos. -«Lo más apropiado para un grupo de vagabundos* como nosotros», dijo Pelucón-, pero los que están exhaustos y aquellos que vagan por un territorio extraño no son escrupulosos respecto a su vivienda.

*La palabra que utiliza Pelucón es *hlessil,* y la utilizo en diversas ocasiones con el sentido de *vagabundos*, "nómadas". Un hlessil es un conejo que vive a la intemperie y no tiene agujero. Los machos solitarios que no tienen pareja suelen vagar durante largos períodos, sobre todo en verano. De todas formas, los machos no suelen cavar mucho, aunque pueden escarbar un poco para hacerse pequeños refugios o utilizar agujeros ya hechos. El verdadero trabajo lo hacen las hembras, cuando preparan los agujeros para las camadas.

Por lo menos había sitio para doce conejos y las conejeras estaban secas. Dos de las galerías -las que estaban entre los espinos- conducían directamente a agujeros excavados en la parte superior del subsuelo de greda. Los conejos no forran los lugares donde duermen y un suelo demasiado duro, casi rocoso, resulta muy incómodo para los que no están acostumbrados. No obstante, los agujeros del declive tenían galerías en la habitual forma de arco que bajaban a la greda y luego volvían a curvarse hacia arriba para acceder a conejeras con suelos de tierra batida. No había pasajes de comunicación, pero los conejos estaban demasiado cansados para preocuparse por eso. Durmieron cuatro en cada conejera, abrigados y seguros. Avellano permaneció despierto un buen rato, lamiendo la pata de Espino Cerval, que estaba rígida y sensible. Le tranquilizó descubrir que no había olor a infección, pero las cosas que había oído sobre las ratas le impulsaron a cuidar de que Espino Cerval hiciera mucho reposo y se mantuviera alejado de la suciedad hasta que la herida hubiese mejorado. «Es el tercero que se hace daño: no obstante, en conjunto, las cosas podrían haber ido mucho peor», pensó, adormeciéndose.

La breve oscuridad de junio se escurrió en pocas horas. La luz volvió pronto a la alta colina, pero los conejos no se movieron. Siguieron durmiendo hasta mucho después del amanecer, en medio del silencio más profundo que habían conocido en su vida. Hoy en día, el nivel de ruido en campos y bosques es elevado, excesivo para ser tolerado por algunas especies de animales. Pocos lugares escapan al estrépito de la vida de los humanos: coches, autobuses, motocicletas, tractores, camiones. El ruido de una urbanización por la mañana puede oírse a gran distancia. La gente que graba el canto de los pájaros suele hacerlo muy temprano -antes de las seis-, siempre que puede. Poco después, la invasión de ruidos lejanos en los bosques se torna demasiado alta y constante. Durante los últimos cincuenta años el silencio ha desaparecido en buena parte del mundo natural. Pero allí, a la colina de Watership, sólo llegaban débiles ecos de los ruidos de la llanura.

El sol ya estaba alto, aunque no tanto como la colina, cuando Avellano despertó. Con él

se encontraban en la conejera Espino Cerval, Quinto y Puchero. Era él el que estaba más cerca de la entrada y no los despertó cuando se deslizó hacia el corredor. Cuando salió al exterior se detuvo para hacer hraka y luego fue dando saltitos a través de los espinos hasta la hierba. Abajo, el campo aparecía cubierto de niebla temprana que ya empezaba a dispersarse. Aquí y allá, en la lejanía, se distinguían las formas de árboles y tejados de los que pendían jirones de niebla como olas que rompieran contra las rocas. No había nubes en el cielo, y su azul intenso se tomaba en malva en la franja del horizonte. El viento había remitido y las arañas se habían escondido bajo la hierba. Sería un día muy caluroso.

Avellano erró de un lado a otro como suelen hacer los conejos cuando comen: cinco o seis brincos lentos y oscilantes por la hierba; una pausa para mirar a su alrededor, sentados con las orejas tiesas: luego mordisquean otro rato y saltan de nuevo unos metros. Por primera vez en muchos días se sentía relajado y seguro. Empezó a preguntarse si habría muchas cosas que aprender sobre su nuevo hogar.

«Quinto tenía razón -pensó-. Éste es el lugar que nos conviene. Pero debemos acostumbramos a él y cuantos menos errores cometamos, mejor. Me pregunto qué fue de los conejos que hicieron estos agujeros. ¿Dejaron de correr o se limitaron a mudarse? Si pudiéramos encontrarlos, podrían contarnos muchas cosas.»

En ese momento vio a un conejo salir indeciso del agujero más apartado. Era Zarzamora. Él también hizo hraka, se rascó y entonces salió a plena luz y se peinó las orejas. Cuando empezó a comer, Avellano le alcanzó y siguió a su lado, mordisqueando las matas de hierba y yendo adonde se le antojaba a su amigo. Encontraron una mata de polígala -de un azul tan intenso como el del cielo-, con largos tallos que se arrastraban entre la hierba y unas flores diminutas que extendían sus pétalos como alas. Zarzamora la olió, pero las hojas eran ásperas y nada apetitosas.

-¿Qué es esto?, ¿lo sabes? -preguntó.

-No, no lo sé -dijo Avellano-. Nunca lo había visto.

-Hay muchas cosas que no sabemos -dijo Zarzamora-. Acerca de este lugar, quiero decir. Las plantas son nuevas, los olores son nuevos. También nosotros necesitaremos ideas nuevas.

-Bueno, tú eres el tipo de las ideas -observó Avellano-. Nunca sé nada hasta que tú me lo dices.

-Pero tú vas al frente y arrostras los peligros antes que nadie -contestó Zarzamora-. Todos lo hemos visto. Y ahora nuestro viaje ha terminado, ¿verdad? Este lugar es tan seguro como vaticinó Quinto. Nada puede acercarse a nosotros sin que lo sepamos: es decir, mientras podamos olerlo, verlo y oírlo.

-Todos podemos hacer eso.

-Menos cuando dormimos y no podemos ver en la oscuridad.

-Pero la noche es oscura -dijo Avellano- y los conejos tienen que dormir.

-¿A la intemperie?

-Bueno, podemos seguir utilizando estos agujeros, si queremos, pero supongo que muchos se acostarán al aire libre. Después de todo, no puedes esperar que un grupo de conejos machos se ponga a cavar. Tal vez escarben un poco, como aquel día que cruzamos el brezal, pero nada más.

-Eso es lo que estaba pensando -dijo Zarzamora-. Esos conejos que hemos dejado, Prímula y el resto, hacían muchas cosas que no eran naturales en los conejos, como clavar piedras en la tierra y llevarse comida bajo tierra y Frith sabe qué más.

-Bien pensado, al Threarah le llevaban la lechuga bajo tierra.

-Exactamente. ¿No lo entiendes? Cambiaban lo que los conejos hacen de modo natural porque pensaban que podían mejorar. Y si ellos cambiaban sus costumbres, también podemos hacerlo nosotros, si queremos. Dices que los conejos machos no cavan. Y es verdad. Pero podrían cavar si quisieran. Supón que tuviéramos madrigueras profundas y cómodas para dormir. Para protegemos del mal tiempo y estar a cubierto por la noche. Entonces sí que estaríamos seguros. Y no hay nada que nos impida tenerlas, excepto que los machos no quieren cavar. No es que no puedan, es que no quieren.

-¿Qué piensas, entonces? -preguntó Avellano, interesado y reacio al mismo tiempo-.

¿Quieres que intentemos convertir estos agujeros en una buena madriguera?

-No, estos agujeros no servirán. Es fácil ver por que han sido abandonados. Sólo bajando un poco más se llega a ese terreno blanco y duro que nadie puede cavar. Deben de ser terriblemente fríos en invierno. Pero hay un bosque en la cima de la colina. Lo vislumbré anoche cuando llegamos. ¿Y si subiéramos ahora, sólo tú y yo, y echáramos un vistazo?

Corrieron colina arriba hasta la cumbre. El bosque de hayas estaba ligeramente hacia el sudeste, al otro lado de un sendero de hierba que seguía la cima.

-Hay árboles muy grandes allí -dijo Zarzamora-. Las raíces deben de haber profundizado mucho en la tierra. Podríamos cavar agujeros y estar tan cómodos como en la vieja madriguera. Pero si Pelucón y los otros no quieren cavar, o dicen que no pueden... bueno, esto está demasiado pelado y descubierto. Por eso es solitario y seguro, naturalmente, pero cuando llegue el mal tiempo tendremos que abandonar las colinas, no cabe duda.

-Nunca se me habría ocurrido intentar que un grupo de machos cavasen agujeros -vaciló Avellano mientras bajaban por la ladera-. Las crías de conejo necesitan agujeros, claro; pero ¿y nosotros?

-Todos nacimos en una madriguera cavada antes de que nacieran nuestras madres -dijo Zarzamora-. Estamos acostumbrados a los agujeros pero ninguno de nosotros ha ayudado a cavar nunca uno. Y si alguna vez había alguna conejera nueva, ¿quién la cavaba? Una hembra. Estoy convencido de que si no cambiamos nuestras costumbres naturales, no podremos permanecer aquí mucho tiempo. En otro sitio, tal vez; pero no aquí.

-Eso significa que nos espera un duro trabajo.

-Mira, ahora viene Pelucón con algunos de los otros. ¿Por qué no se lo planteamos y vemos qué dicen?

No obstante, durante el silflay Avellano sólo le mencionó la idea de Zarzamora a Quinto. Más tarde, cuando la mayoría de conejos habían acabado de comer y estaban jugando entre la hierba o tendidos al sol, sugirió que podían acercarse al hayedo, «sólo para ver cómo es». Pelucón y Plateado se apuntaron y al final nadie se quedó atrás.

Era diferente de los bosquecillos que conocían; un estrecho cinturón de árboles, de cuatrocientos o quinientos metros de longitud pero apenas cincuenta de anchura; una especie de línea para cortar el viento, habitual en las colinas. Estaba formado casi por entero por hayas frondosas. Los troncos grandes y suaves permanecían inmóviles en su verde sombra, con ramas que crecían horizontales, una sobre otra en hileras salpicadas de luz. Entre los árboles el suelo estaba despejado y apenas ofrecía refugio. Los conejos estaban perplejos. No entendían por qué el bosque era tan claro y tan quieto ni por que podían ver tan tejos entre los árboles. El continuo y leve crujido de las hojas de las hayas era diferente de los sonidos que se oían en un soto de avellanos, robles y abedules.

Moviéndose con vacilación por el lindero del hayedo llegaron a la vertiente nordeste. Allí había un margen desde el que vieron las vacías extensiones de hierba. Quinto, absurdamente pequeño junto al voluminoso Pelucón, se volvió hacia Avellano con aire confiado y feliz.

-Estoy seguro de que Zarzamora tiene razón, Avellano -dijo-. Deberíamos hacer lo posible para cavar algunos agujeros aquí. Yo, por lo menos, estoy dispuesto a intentarlo.

Los otros quedaron desconcertados. Puchero, sin embargo, se reunió con Avellano al pie del margen y pronto dos o tres más empezaron a escarbar en el terreno ligero. Cavar era fácil y aunque se interrumpían a menudo para comer o simplemente sentarse al sol, antes de mediodía ya habían perdido de vista a Avellano, que excavaba entre las raíces de los árboles.

Es verdad que no había apenas maleza en el hayedo, pero al menos las ramas les protegían del cielo; y pronto se dieron cuenta de que los cernícalos abundaban en aquella soledad. Aunque no suelen perseguir nada que sea mayor que una rata, de vez en cuando atacan a los conejos jóvenes. Sin duda tal es el motivo de que los conejos adultos no permanezcan bajo las alas de un cernícalo. Al poco rato, Bellota localizó uno volando desde el sur. Pateó y echó a correr hacia los árboles, seguido por los otros conejos que estaban en campo abierto. No hacia mucho que habían vuelto a salir para seguir cavando cuando vieron otro -o quizá el mismo- revoloteando a poca distancia y a gran altura sobre los campos que habían cruzado la mañana anterior. Avellano puso a Espino Cerval de centinela mientras continuaban el azaroso trabajo del día y oyeron la alarma dos veces más durante la tarde. Al anochecer les perturbó un jinete que iba a medio galope por el sendero que corría por el lado

norte del bosque. Aparte de eso, no vieron nada mayor que una paloma durante todo el día.

Cuando el jinete se desvió hacia el sur cerca de la cumbre de Watership y desapareció en la distancia, Avellano volvió al lindero del bosque y miró hacia el norte, a los campos brillantes y tranquilos y el vago perfil de la línea de las torres de alta tensión, que se elevaban en la lejanía, al norte de Kingsclere. El aire era más frío y el sol se acercaba de nuevo a la escarpa septentrional.

-De todos modos, creo que ya hemos hecho bastante por hoy dijo-. Me gustaría bajar al pie de la colina y encontrar una hierba realmente buena. Ésta no está mal, pero es un poco delgada y seca. ¿Hay alguien que desee venir conmigo?

Pelucón, Diente de León y Verónica se apuntaron , pero los otros prefirieron volver paciendo hasta los espinos y guarecerse bajo tierra al ponerse el sol. Pelucón y Avellano eligieron la dirección que ofrecía más cobijo y, seguidos por los otros, recorrieron los cuatrocientos o quinientos metros que había hasta el pie de la colina. No encontraron ningún obstáculo y pronto estaban comiendo hierba al borde de un campo de trigo, la imagen típica de unos conejos en un paisaje vespertino. Pese al cansancio, Avellano no olvidó buscar un lugar hacia donde correr en caso de alarma. Tuvo la suerte de encontrar una pequeña zanja, vieja y cubierta de hierbajos, derrumbada en parte y tan llena de perifollo borde y ortigas que estaba casi tan guarecida como un túnel; y los cuatro se aseguraron de que podrían alcanzarla con rapidez desde el campo abierto.

-Servirá en caso de apuro -dijo Pelucón, mordisqueando trébol y olfateando la flor caída de un árbol del camino-. Caramba, hemos aprendido bastantes cosas desde que dejamos la vieja madriguera, ¿verdad? Más de las que habríamos aprendido allí durante toda la vida. ¡Y cavar! Supongo que ahora sólo me faltará volar. ¿Habéis notado que esta tierra es completamente distinta de la de la antigua madriguera? Huele de modo diferente y también se desliza y cae de manera diferente.

-Esto me recuerda -dijo Avellano- algo que quería preguntarte. Había algo en aquella terrible madriguera de Prímula que admiré mucho: la gran sala. Me gustaría copiarla. Es una idea maravillosa tener un lugar bajo tierra donde todos puedan estar juntos, para hablar, contar historias y cosas así. ¿Qué te parece? ¿Se podría hacer?

Pelucón reflexionó.

-Yo sólo sé una cosa -dijo-, si se hace una madriguera demasiado grande, el techo empieza a derrumbarse. De modo que si quieres un lugar como ése, necesitará algo para sostener el techo. ¿Qué tenía Prímula?

-Raíces de árbol.

-Bueno, las tenemos donde estamos cavando. Pero ¿son de la clase apropiada?

-Será mejor que preguntemos a Fresón lo que sabe de la gran madriguera; pero puede que no sea mucho. Estoy seguro de que aún no había nacido cuando la excavaron.

-Y es posible que no esté muerto cuando se derrumbe. Aquella madriguera es tharn como una lechuza a la luz del día. Fue sensato al irse cuando lo hizo.

La luz empezaba a decaer sobre el campo de trigo, pues aunque rayos largos y rojizos iluminaban aún la parte alta de la colina, el sol ya estaba muy bajo. La sombra desigual del seto se había ido apagando y acabó por desaparecer. Olía a humedad y a oscuridad inminente. Un abejorro pasó zumbando. Los saltamontes habían enmudecido.

-Ahora saldrán las lechuzas -dijo Pelucón-. Volvamos arriba.

En ese momento, desde las sombras de la pastura llegó el sonido de fuertes pisadas. Les siguió otra, más cerca de ellos, y vislumbraron una cola blanca. Ambos corrieron inmediatamente a la zanja. Ahora que debían utilizarla en serio, la encontraron aún más estrecha de lo que pensaban. Había el sitio justo para dar media vuelta en el extremo y, mientras lo hacían, Verónica y Diente de León entraron dando tumbos detrás de ellos.

-¿Qué es? -preguntó Avellano-. ¿Qué habéis oído?

-Algo que se acerca siguiendo el seto -contestó Verónica-. Un animal. Que, por cierto, hace mucho ruido.

-¿Lo habéis visto?

-No, y tampoco he podido olerlo. Tiene el viento de cara. Pero lo he oído muy bien.

-Yo también lo he oído -terció Diente de León-. Es bastante grande, grande como un conejo, por lo menos. Se movía con torpeza pero intentaba permanecer oculto, o así me lo ha parecido.

-¿Un homba?

-Eso lo habríamos olido, con viento o sin él -dijo Pelucón-. Por lo que dices, parece que es un gato. Espero que no sea un armiño. *Hoi, hoi, u embleer hrair!* ¡Qué pesadez! Será mejor que sigamos sentados un rato. Pero preparaos para salir corriendo si nos descubre.

Esperaron. Pronto oscureció. Sólo una luz muy tenue se filtraba a través de la densa vegetación estival que los rodeaba. El extremo de la zanja estaba tan cubierto de hierbas que su vista no podía penetrarías, pero el lugar por donde habían entrado permitía ver un trozo de cielo: un arco de un azul muy oscuro. Al cabo de un rato, una estrella asomó sobre los campos. Parecía latir a un ritmo tan débil e irregular como el del viento. Al final Avellano desvió la vista de ella.

-Bueno, podemos echar un sueñecito aquí -dijo-. La noche no es fría. Sea lo que sea lo que hayáis oído, será mejor no arriesgarse a salir.

-Escuchad -dijo Diente de León-. ¿Qué es eso?

Al principio Avellano no pudo oír nada, pero luego captó un sonido distante y claro a la vez, una especie de llanto o gemido, vacilante e intermitente. Aunque no sonaba como una llamada de caza, era tan poco natural que le llenó de temor. Mientras lo escuchaba, cesó.

-¿En nombre de Frith, ¿qué animal hay que haga un ruido como ése? -preguntó Pelucón, con su gran mata de pelo erizándose entre sus orejas.

-¿Un gato? -inquirió Verónica, con los ojos muy abiertos.

-¡Eso no es un gato! -exclamó Pelucón, retrayendo los labios en una mueca rígida y antinatural-. ¡No es un gato! ¿No sabes qué es? Tu madre... -Se interrumpió. Luego añadió en voz muy baja-: Tu madre te lo dijo, ¿verdad?

-¡No! -gritó Diente de León-. ¡No! Es un pájaro, o una rata herida...

Pelucón se enderezó. Tenía el lomo arqueado y balanceó la cabeza sobre el cuello rígido.

-El Conejo Negro de Inlé -murmuró-. ¿Quién más puede ser... en un lugar como éste?

-¡No hables así! -exclamó Avellano, sintiendo que él mismo temblaba, y apuntaló las patas contra los lados del angosto hoyo.

El sonido se volvió a oír, más próximo; y ahora no cabía error. Lo que oían era la voz de un conejo, pero tan cambiada que resultaba irreconocible. Un sonido que podía venir de los fríos espacios del oscuro cielo exterior, tan extraño y desolado era. Al principio sólo parecía un gemido, pero luego, con una claridad que no daba lugar a confusiones, oyeron -*todos* oyeron- unas palabras.

-*¡Zorn! ¡Zorn!** -gritó la horrible y estridente voz-. ¡Todos muertos! *¡Oh, zorn!*

** *Zorn,* significa “acabado”, “destruido”, refiriéndose a alguna terrible catástrofe.

Diente de León gimoteó. Pelucón escarbaba el suelo.

-¡Estáte quieto! -ordenó Avellano-. ¡Y deja de echarme tierra! Quiero escuchar.

En aquel momento la voz gritó, con mucha claridad:

-¡Thlayli! ¡Oh, Thlayli!

Al oír esto, los cuatro conejos cayeron en un estado de pánico total. Se pusieron rígidos. Entonces Pelucón, con los ojos fijos y vidriosos, empezó a saltar por la zanja en dirección a la abertura.

-Hay que ir -murmuró con voz tan espesa que Avellano apenas pudo entender lo que decía-. Cuando te llama, tienes que ir.

Avellano estaba tan asustado que no podía pensar. Como en la margen del río, todo a su

alrededor se volvió irreal y fantástico. ¿Quién qué- llamaba a Pelucón por su nombre? ¿Cómo podía ninguna criatura viviente conocer su nombre en aquel lugar? Él sólo sabía una cosa: era preciso impedir que Pelucón saliera, porque estaba indefenso. Pasó gateando por su lado, apretándole contra el lado de la zanja.

-Quédate donde estás -le dijo, jadeando-. Sea cual sea la clase de conejo que llama, iré a verlo por mí mismo.

Entonces, con las patas casi cediendo bajo su peso se dio impulso y saltó al exterior de la zanja.

Durante un momento no pudo ver gran cosa, por no decir nada; pero los olores de rocío y baya de saúco no habían cambiado y su hocico rozaba frescas briznas de hierba. No había ningún ser vivo a su alrededor.

-¿Quién anda ahí? -preguntó.

Se hizo el silencio y ya iba a hablar de nuevo cuando la voz contestó:

-¡Zorn! ¡Oh, zorn!

Procedía del seto que bordeaba el campo. Avellano se volvió en dirección al sonido y al cabo de unos instantes divisó, bajo una mata de cicuta, la figura encorvada de un conejo. Se acercó y dijo: «¿Quién eres?», pero no tuvo respuesta. Mientras vacilaba, algo se movió a sus espaldas.

-Estoy aquí, Avellano -dijo Diente de León con Una especie de jadeo ahogado.

Juntos, se aproximaron, pero la figura no se movió A la débil luz de las estrellas vieron ambos un conejo tan real como ellos mismos; un conejo vencido por el agotamiento con las patas traseras arrastrando bajo un culo aplanado, como paralizado; un conejo que miraba con ojos desorbitados de un lado a otro, sin ver nada, que no podía encontrar alivio para su miedo, y que de pronto empezó a lamerse con desolación una oreja rota y sanguinolenta que le caía sobre la cara; un conejo que súbitamente gritó y gimió, como suplicando a los Mil que acudieran desde todos los confines para liberarle de una agonía demasiado terrible para seguir soportándola.

Era el Capitán Acebo de la Owsla de Sandleford.

20. *Un panal y un ratón*

Su rostro era el de quien ha hecho un largo viaje.

La Epopeya de Gilgamesh

En la madriguera de Sandleford, Acebo había sido un conejo importante. El Threarah confiaba mucho en él y más de una vez le había encomendado misiones difíciles que siempre desempeñaba con gran valor. A principios de la primavera, un zorro se había instalado en un bosquecillo de la vecindad, y Acebo, junto con dos o tres voluntarios, estuvo vigilándolo durante varios días e informó de todos sus movimientos, hasta que una tarde se marchó tan de repente como había venido. Aunque la decisión de arrestar a Pelucón fue iniciativa suya, no tenía fama de ser vengativo. Al contrario, era más bien un individuo de gran sensatez que sabía cuándo se cumplía el deber y lo cumplía el mismo. Firme, sencillo, concienzudo, un poco falto de Picardía en el sentido conejil, era algo así como un segundo jefe nato. Habría sido inútil tratar de convencerle para que dejara la madriguera con Avellano y Quinto. El solo hecho de encontrarlo en la colina de Watership era, por consiguiente, bastante asombroso. Pero encontrarlo en semejante estado era casi increíble.

En los primeros momentos, después de que reconocieran a la pobre criatura bajo la cicuta, Avellano y Diente de León se sintieron totalmente pasmados, como si hubiesen topado bajo tierra con una ardilla o con un río que fluyera colina arriba. No podían dar crédito a sus sentidos. Finalmente, había resultado que la voz que oían en la oscuridad no era sobrenatural,

pero la realidad ya era igualmente temible. ¿Cómo podía el capitán Acebo estar allí, al pie de la colina? ¿Y qué podía haberle reducido, a él, entre todos los conejos, a ese estado?

Avellano se sobrepuso. Cualquiera que fuese la explicación, lo primero era lo primero. Estaban en campo abierto, de noche, lejos de todo refugio, aparte de una zanja llena de malas hierbas, con un conejo que olía a sangre, gritaba sin control y parecía incapaz de moverse. Era muy posible que algún armiño estuviera siguiendo su rastro. Si querían ayudarle, sería mejor actuar deprisa.

-Ve a decir a Pelucón de quién se trata -dijo a Diente de León- y vuelve con él. Manda a Verónica a la cumbre de la colina a avisar a los otros, y que deje bien claro que nadie debe bajar. No podrían ayudar y sólo harían que aumentar el riesgo.

Diente de León acababa de irse cuando Avellano notó que algo más se movía en el seto. Pero no tuvo tiempo de preguntarse quién podría ser, pues casi inmediatamente apareció otro conejo, que fue cojeando hasta donde yacía Acebo.

-Tienes que ayudarnos, si puedes -le dijo a Avellano-. Lo hemos pasado muy mal y mi capitán está enfermo. ¿Hay aquí algún agujero donde podamos resguardarnos?

Avellano reconoció en él a uno de los conejos que habían ido a arrestar a Pelucón, pero no sabia su nombre.

-¿Por qué te has quedado en el seto y has permitido que se arrastrara a campo abierto? -preguntó.

-He huido al oíros llegar -replicó el otro conejo-. No podía mover al capitán. Pensé que erais elil y era absurdo quedarme para que me matarais. No podría enfrentarme ni con un ratón de campo.

-¿Me conoces? -preguntó Avellano. Pero antes de que el otro Pudiera contestar Diente de León y Pelucón salieron de la oscuridad Pelucón miró un momento a Acebo de hito en hito y luego se acurruco a su lado y se tocaron los hocicos.

-Acebo, soy Thlayli -dijo-. Me has llamado. -Acebo no contestó; se limitó a mirarlo fijamente. Pelucón levantó la vista-. ¿Quién ha venido con él? -inquirió-. Oh, eres tú, Campanilla. ¿Cuántos sois?

-Sólo nosotros dos -dijo Campanilla, y estaba a punto de continuar cuando Acebo habló:

-Thlayli -dijo-. Al final te hemos encontrado. -Se sentó con dificultad y miró a su alrededor-. Tú eres Avellano, ¿verdad? -preguntó-. Y éste es... oh, debería saberlo, pero me temo que no estoy en forma.

-Es Diente de León -explicó Avellano-. Escucha, ya veo que estás exhausto, pero no podemos quedarnos aquí. Estamos en peligro. ¿Puedes venir con nosotros a nuestros agujeros?

-Capitán -dijo Campanilla-, ¿sabe lo que le dijo una brizna de hierba a otra?

Avellano le miró hoscamente, pero Acebo respondió:

-¿Qué?

-Le dijo: «¡Mira, allí hay un conejo! ¡Estamos en peligro! »

-No es momento para... -empezó Avellano.

-Deja que siga -le interrumpió Acebo-. Sin su parloteo no estaríamos aquí. Sí, puedo andar. ¿Está lejos?

-No mucho -contestó Avellano, pensando que probablemente Acebo no llegaría nunca hasta allí.

Tardaron mucho en subir por la colina. Avellano hizo que se separaran, quedándose él con Acebo y Campanilla mientras Pelucón y Diente de León se colocaban uno a cada lado. Acebo tuvo que detenerse varias veces y a Avellano, muy atemorizado, le resultó difícil reprimir su impaciencia. Sólo cuando la luna empezó a subir y el brillante borde de su gran disco empezó a destacar más y más sobre el horizonte, detrás de ellos, pidió por fin a Acebo que se diese prisa. Y en aquel momento vio a Puchero bajar a su encuentro, iluminado por el resplandor blanco.

-¿Qué haces? -inquirió con severidad-. He dicho a Verónica que no bajase nadie.

-No es culpa de Verónica -dijo Puchero-. Tú te quedaste conmigo en el río y he pensado que debía venir a buscarte, Avellano. De todos modos, los agujeros están aquí mismo. ¿Habéis encontrado de verdad al capitán Acebo?

Pelucón y Diente de León se acercaron.

-Te diré lo que haremos -dijo Pelucón-. Estos dos necesitan descansar. ¿Y si Puchero y Diente de León se los llevan a una conejera vacía y se quedan con ellos el tiempo que haga falta? Lo mejor será que el resto nos mantengamos alejados hasta que se hayan repuesto.

-Sí, es lo mejor -aprobó Avellano-. Ahora subiré con vosotros.

Corrieron hasta los espinos. Todos los otros conejos habían salido de la madriguera, y esperaban murmurando entre sí.

-Callaos -dijo Pelucón antes de que nadie pudiera preguntar nada-. Si, es Acebo, y Campanilla va con él... y nadie más. Se encuentran bastante mal y no debemos molestarlos. Les dejaremos este agujero para ellos solos. Ahora yo bajaré a mi conejera y vosotros haréis otro tanto si os queda algo de sentido común.

Pero antes de irse, Pelucón se volvió hacia Avellano y dijo:

-Has salido de aquella zanja en mi lugar, ¿verdad, Avellano? No lo olvidaré.

Avellano se acordó de la pata de Espino Cerval y bajó con él. Verónica y Plateado les siguieron.

-¿Qué ha ocurrido, Avellano? -preguntó Plateado-. Debe de ser algo muy malo. Acebo no abandonaría nunca al Threarah.

-No lo sé -respondió Avellano-, no lo sabe nadie todavía. Tendremos que esperar a mañana. Es posible que Acebo deje de correr, pero no creo que a Campanilla le ocurra lo mismo. Ahora déjame solo, tengo que ocuparme de la pata de Espino Cerval.

La herida estaba mucho mejor y Avellano no tardó en dormirse.

El día siguiente fue cálido y despejado como el anterior. Ni Puchero ni Diente de León fueron al silflay de la mañana y Avellano, implacable, se llevó a los otros al hayedo Para continuar excavando. Preguntó a Fresón sobre la gran madriguera y se enteró de que el techo, además de estar abovedado con una trama de fibras, estaba reforzado con raíces que bajaban en vertical hasta el suelo. Avellano no se había fijado en ellas.

-No hay muchas, pero son importantes -explicó Fresón-. Sostienen gran parte de la carga. De no ser por esas raíces, el techo se derrumbaría después de cada chaparrón. En las noches de tormenta se notaba el peso de la tierra, pero no había peligro.

Avellano y Pelucón se metieron bajo tierra con él. Ya habían excavado los comienzos de la nueva madriguera entre las raíces de una de las hayas. Aún no era más que una cueva pequeña e irregular con una entrada. Se pusieron a trabajar para agrandaría, cavando entre las raíces en dirección a la superficie para practicar una segunda galería que desembocaría en el bosque. Al cabo de un rato Fresón dejó de cavar y empezó a moverse en torno a las raíces, olisqueando, mordiendo y escarbando el terreno con las patas delanteras. Avellano supuso que estaba cansado y fingía estar ocupado mientras reposaba, pero al final volvió junto a ellos y dijo que tenía algunas sugerencias.

-Veréis -explicó-, por aquí no hay muchas raíces buenas. Fue una feliz coincidencia en el caso de la gran madriguera, pero no podemos esperar que vuelva a repetirse. Sin embargo, podemos arreglamos bastante bien con lo que tenemos.

-¿Y qué tenemos? -preguntó Zarzamora, que había bajado por la galería mientras Fresón hablaba.

-Pues varias raíces gruesas que se prolongan directamente hacia abajo… más de las que había en la gran madriguera. Lo mejor será cavar a su alrededor y dejarlas donde están. No debemos roerlas y sacarlas. Las necesitaremos si queremos disponer de una sala de tamaño desahogado.

-¿Entonces nuestra sala estará llena de esas raíces gruesas y verticales? -preguntó Avellano, decepcionado.

-En efecto -dijo Fresón-, pero no creo que eso sea un inconveniente. Podremos ir y venir entre ellas y no molestarán a nadie que hable o cuente una historia. Calentarán el lugar y

ayudarán a conducir los ruidos de fuera, lo cual podría ser útil en ciertas circunstancias.

La excavación de la sala (que entre ellos acabó siendo conocida como el Panal) fue algo parecido a un triunfo para Fresón. Avellano se contentó con organizar a los cavadores y dejó que Fresón dijera lo que había que hacer. El trabajo se hizo por turnos y los conejos se relevaron para comer, jugar y yacer al sol en la superficie. Durante todo el día no hubo nada que estorbase su soledad, ni ruidos, ni hombres, ni tractores, ni siquiera ganado, y empezaron a sentir con más fuerza lo mucho que le debían a la intuición de Quinto. Al atardecer, la gran madriguera empezó a adquirir forma. En el extremo norte, las raíces de haya formaban una especie de columnata irregular que daba paso a un espacio central más abierto; y más allá, donde no había raíces de apoyo, Fresón dejó bloques de tierra intactos, de modo que el extremo sur lo formaban tres o cuatro miradores separados que se estrechaban en galerías de techo bajo, las cuales conducían a su vez a las conejeras donde dormirían.

Avellano, mucho más complacido ahora que podía ver por sí mismo el resultado final, estaba sentado con Plateado en la boca de la galería cuando se oyó de pronto el grito de «¡Halcón ¡Halcón!» y una estampida de los conejos que estaban fuera. Avellano, a salvo en su lugar, siguió mirando más allá de la sombra del bosque hacia los campos soleados. El cernícalo hizo su aparición y quedó suspendido, con el borde negro de la cola inclinado hacia abajo y las alas puntiagudas aleteando rápidamente mientras reconocía la colina.

-¿De verdad crees que nos atacaría? -preguntó Avellano, contemplando cómo descendía un poco y reanudaba, inmóvil, su aleteo-. ¿No es demasiado pequeño?

-Probablemente tienes razón -contestó Plateado-. No obstante, ¿te gustaría salir ahora y ponerte a comer?

-Me gustaría plantar cara a alguno de esos elil -dijo Pelucón, que estaba detrás de ellos en la galería-. Hay demasiados que nos dan miedo. Pero un pájaro desde el aire puede ser peligroso, en especial si viene a mucha velocidad. Podría vencer incluso a un conejo grande si lo coge por sorpresa.

-¿Veis aquel ratón? -inquirió Plateado de repente-. Allí, mirad. Pobre animalito.

Todos podían ver al ratón de campo, bien visible en un pedazo de suave hierba. Seguramente se había alejado demasiado de su agujero y ahora no sabía qué hacer. La sombra del cernícalo no le había pasado por encima pero la súbita desaparición de los conejos le había inquietado y estaba como clavado en el suelo, mirando vacilante de un lado a Otro. El cernícalo aún no lo había visto, pero no dejaría de hacerlo en cuanto se moviera.

-Es cuestión de segundos -dijo con indiferencia Pelucón.

Obedeciendo a un impulso, Avellano bajó el margen dando saltitos y avanzó un poco por la hierba. Los ratones no hablan el lenguaje conejil, pero hay una *lingua franca* muy sencilla y limitada de los setos y bosques. Avellano la usó ahora.

-Corre -apremió-, aquí, rápido.

El ratón le miró pero no se movió. Avellano volvió a hablar y el ratón echó a correr de repente hacia él mientras el cernícalo daba media vuelta y descendía, ladeándose. Avellano se apresuró a regresar al agujero. Al mirar hacia atrás vio que el ratón le seguía. Cuando casi había llegado al borde del margen, pasó por encima de una rama caída con dos o tres hojas verdes. La rama dio la vuelta, una de las hojas captó la luz del sol que se filtraba a través de los árboles y Avellano la vio centellear un instante. Inmediatamente, el cernícalo bajó en un vuelo oblicuo, dobló las alas y se lanzó en picado.

Antes de que Avellano pudiera saltar desde la entrada del agujero, el ratón ya había pasado a toda velocidad por entre sus patas delanteras para acurrucarse entre las traseras. Al mismo tiempo el cernícalo, todo él pico y garras, se estrelló contra la tierra removida de la entrada como un cohete disparado desde el árbol. Escarbó salvajemente y por un instante los tres conejos vieron sus ojos oscuros y redondos mirando directamente hacia la galería. Después desapareció. La rapidez y la fuerza de la embestida, tan cercana, resultaba aterradora y Avellano retrocedió de un salto, haciendo perder el equilibrio a Plateado. Se enderezaron en silencio.

-¿Por qué no le plantas cara a ése? -preguntó Plateado, volviéndose a mirar a Pelucón-. Avísame si te decides. Me gustará verlo.

-Avellano -dijo Pelucón-, sé que no eres tonto, pero ¿qué hemos sacado de esto? ¿Te

piensas dedicar a proteger a cualquier topo y musaraña que no tenga donde esconderse?

El ratón no se había movido. Seguía acurrucado al principio de la galería, al nivel de sus cabezas, y veían su figura recortada contra la luz. Avellano vio que le miraba con atención.

-Quizá gavilán no se ha ido -dijo-. Quédate ahora. Vete más tarde.

Pelucón se disponía a hablar de nuevo cuando Diente de León apareció en la boca del agujero. Miró al ratón, lo empujó suavemente a un lado y bajó por el corredor.

-Avellano -dijo-, he creído que debía venir a hablarte de Acebo. Está mucho mejor esta tarde, pero paso muy mala noche y nosotros también. Cada vez que parecía adormilarse tenía un sobresalto y lloraba. Pensé que se estaba volviendo loco. Puchero no dejaba de hablarle, estuvo magnifico, y parece que se entiende muy bien con Campanilla. Éste contaba un chiste tras otro. Estaba exhausto al amanecer y también todos nosotros, así que hemos pasado el día durmiendo. Acebo es más o menos él mismo desde que se ha despertado esta tarde, y ha salido a silflay. Ha preguntado dónde estaríais tú y los otros esta noche, y como no lo sabia, he venido a preguntarlo.

-¿Así que está en condiciones de hablar con nosotros? -inquirió Pelucón.

-Creo que sí. A mi juicio, sería lo mejor, y si está con todos es menos probable que pase otra mala noche.

-Bueno, *¿dónde* vamos a dormir? -preguntó Plateado. Avellano reflexionó. El Panal aún era muy tosco y estaba a medio terminar, pero seguramente sería tan cómodo como los agujeros que había bajo los espinos. Además, si no era así, tendrían otro incentivo para desear mejorarlo. Poder aprovechar aquello en lo que habían estado trabajando todo el día complacería a todo el mundo y probablemente prefirieran eso a una tercera noche en los agujeros de greda.

-Yo diría que aquí -contestó-, pero lo consultaremos con los otros.

-¿Qué hace aquí ese ratón? -preguntó Diente de León.

Avellano se lo explicó. Diente de León estaba tan perplejo como Pelucón.

-Bueno, admito que no tenía ninguna idea en particular cuando he salido a ayudarle -dijo Avellano-. Pero ahora sí y la explicaré más tarde. Antes que nada, sin embargo, Pelucón y yo tendríamos que ir a hablar con Acebo. Y tú, Diente de León, ve a decir al resto lo que me has dicho a mi, ¿quieres?, y averigua qué desean hacer esta noche.

Encontraron a Acebo con Campanilla y Puchero entre la hierba que había junto al hormiguero desde donde Diente de León habla visto la colina por primera vez. Acebo olía una orquídea púrpura. La corola de flores malvas se meció suavemente sobre el tallo cuando apretó la nariz contra ella.

-No la asuste, señor -dijo Campanilla-. Podría echar a volar. Después de todo, tiene muchos lugares donde elegir. Mire cuántos hay sobre las hojas.

-Oh, vete a freír espárragos, Campanilla -contestó Acebo de buen humor-. Tenemos que familiarizarnos con este terreno. La mitad de las plantas son desconocidas para mí. Ésta no es comestible, pero al menos hay muchas pimpinelas y siempre son buenas. -Una mosca se posó en su oreja herida, haciéndole dar un respingo y menear la cabeza.

Avellano se alegró de que Acebo estuviera más animado. Empezó a decir que esperaba que se sintiera lo bastante bien para reunirse con los demás, pero Acebo no tardó en interrumpirle con preguntas.

-¿Sois muchos? -inquirió.

-Hrair -dijo Pelucón.

-¿Todos los que abandonaron la madriguera contigo?

-Todos -afirmó Avellano con orgullo.

-¿Nadie se ha hecho daño?

-Oh, si, varios, de un modo u otro.

-En realidad, no nos hemos aburrido ni un solo momento -dijo Pelucón.

-¿Quién es ese que viene por ahí? No le conozco.

Fresón llegó corriendo del hayal, y cuando se reunió con ellos empezó a hacer el mismo curioso gesto oscilante de la cabeza y las patas delanteras que ya le habían visto hacer en medio de la lluvia aquel día, antes de entrar en la gran madriguera. Se detuvo con cierta confusión y, a fin de evitar que Pelucón le diera una reprimenda, habló a Avellano.

-Avellano-rah -dijo (Acebo pareció sorprendido, pero no comentó nada)-, todos quieren pasar la noche en la madriguera nueva; y todos esperan que el capitán Acebo pueda contarles lo sucedido y cómo ha llegado hasta aquí.

-Bueno, como es natural, todos queremos saberlo -dijo Avellano a Acebo-. Éste es Fresón. Se unió a nosotros en nuestro viaje y nos alegramos de contar con su compañía. Pero ¿te ves con fuerzas para contarlo?

-Sí, podré contarlo -respondió Acebo-. Pero debo advertiros que a todos los que lo oigan se les helará la sangre.

Él mismo habló con una expresión tan triste y sombría que nadie contestó nada y al cabo los seis conejos empezaron a subir la pendiente en silencio. Cuando llegaron al lindero del bosque encontraron a los otros comiendo o tomando el sol en el flanco norte. Después de echar una mirada a su alrededor, Acebo se acercó a Plateado, que estaba comiendo con Quinto en una mata de fenarda amarilla.

-Me alegro de verte aquí, Plateado -le saludó-. Me han dicho que habéis tenido muchos problemas.

-No ha sido fácil -respondió Plateado-. Avellano ha hecho maravillas y también debemos mucho a Quinto.

-He oído hablar de ti -observó Acebo, volviéndose hacia Quinto-. Tú eres el conejo que lo presintió todo. Le hablaste al Threarah, ¿verdad?

-Él me habló a mí-dijo Quinto.

-¡Ojalá te hubiera escuchado! Bueno, ahora no hay remedio, hasta que crezcan bellotas en los cardos. Plateado, hay algo que quería decir y me resultará más fácil decirtelo a ti que a Avellano o Pelucón. No tengo intención de crearos dificultades... a Avellano, quiero decir. Ahora es vuestro Conejo Jefe, eso está claro. Apenas le conozco, pero debe de ser muy bueno, o de lo contrario todos estaríais muertos. Éste no es momento de disputas. Si alguno de los otros conejos se pregunta si querré cambiar las cosas, ¿le dirás que no lo haré?

-Si, se lo diré -contestó Plateado.

Pelucón se acercó.

-Sé que aún no es la hora de la lechuza -dijo-, pero todos estamos tan ansiosos por oírte, Acebo, que queremos bajar bajo tierra. ¿Te parece bien?

-¿Bajo tierra? -repitió Acebo-. Pero ¿cómo podréis oírme todos bajo tierra? Pensaba que iba a hablaros aquí.

-Ven a verlo -dijo Pelucón.

El Panal impresionó a Acebo y Campanilla.

-Esto es algo completamente nuevo -dijo Acebo-. ¿Qué sostiene el techo?

-No hace falta nada para sostenerlo -explicó Campanilla-. Ya está en la cumbre de la colina.

-Una idea que encontramos por el camino -dijo Pelucón.

-Tirada en un campo -dijo Campanilla-. Perdone, señor, guardaré silencio mientras habla.

-Si, debes hacerlo. Pronto nadie estará para chistes.

Casi todos los conejos les habían seguido al interior de la madriguera. El Panal, aunque lo bastante grande para albergarlos a todos, no era tan espacioso como la gran madriguera y en aquel atardecer de junio resultaba algo sofocante.

-Podemos refrescarlo con facilidad, ¿sabes? -dijo Fresón a Avellano-. En la gran madriguera solían abrir túneles para el verano y cerrarlos en invierno. Mañana podemos cavar otra galería en el lado de poniente para aprovechar la brisa.

Avellano se disponía a pedir a Acebo que empezase cuando Verónica bajó por la galería

del este.

-Avellano -dijo-, tu visitante, ejem, tu ratón quiere hablar contigo.

-Oh, me había olvidado de él -exclamó Avellano-. ¿Dónde está?

-En la entrada del corredor.

Avellano fue hacia allí. El ratón esperaba al final.

-¿Te vas ahora? -preguntó Avellano-. ¿Crees ser seguro?

-Ir ahora -dijo el ratón-. No esperar lechuza. Pero quería decir: tú ayudar a un ratón. Un día un ratón ayudarte a ti. Si necesitarlo, venir.

-¡Frith en un estanque! -murmuró Pelucón desde más abajo de la galería-. Y también todos sus hermanos y hermanas. Supongo que el lugar estará atestado. ¿Por qué no les pides que excaven una madriguera o dos, Avellano?

Avellano observó cómo el ratón se alejaba entre la alta hierba. Luego volvió al Panal y se aposentó cerca de Acebo, que acababa de empezar a hablar.

21. *Una historia que haría llorar a El-ahrairah*

Ama a los animales. Dios les ha dado los rudimentos del pensamiento y la alegría serena. No los perturbes, no los molestes, no los prives de su felicidad, no trabajes contra el designio de Dios.

Dostoyevski, *Los hermanos Karamazov*

Actos de injusticia hechos
entre la puesta y la salida del sol
yacen en la historia como huesos, uno a uno.

W. H. Auden, *El ascenso de F.6*

-La noche que dejasteis la madriguera, los Owsla salimos en vuestra busca. ¡Qué lejano parece ahora! Seguimos vuestro rastro hasta el arroyo, pero cuando dijimos al Threarah que parecíais haber ido río abajo, decidió que no valía la pena arriesgar vidas para seguiros. Os habíais ido, ¡pues allá vosotros! Pero si alguno regresaba, sería arrestado. Entonces mandé detener la persecución.

»Al día siguiente no ocurrió nada inusitado. Todo el mundo hablaba de Quinto y de los conejos que se habían ido con él, y empezaron a correr toda clase de rumores. Muchos conejos dijeron que no había motivo para alarmarse, pero algunos pensaron que tal vez Quinto había presentido la llegada de hombres con escopetas y hurones. Eso era lo peor que podían imaginarse... eso o la ceguera blanca.

»Sauce y yo consultamos con el Threarah. “Estos conejos que presumen de tener un sexto sentido... -dijo-, conocí a uno o dos en mi época. Pero normalmente es mejor no hacerles caso. La mayoría son unos listillos. Cuando un conejo sabe que físicamente no podrá llegar muy lejos, a veces intenta darse importancia por otros medios y la profecía es uno de los favoritos. Y lo curioso es que cuando se equivoca, si sabe fingir y habla por los codos nadie parece advertirlo. Sin embargo, sí que es cierto que hay conejos que tienen realmente ese extraño poder, porque existe. Pueden predecir inundaciones, o hurones y escopetas. Está bien: cierto número de conejos dejarán de correr. ¿Cuál es la alternativa? Evacuar una madriguera es algo muy complicado. Algunos se niegan a marcharse. Y el Conejo Jefe tiene que

conformarse con llevarse a los que quieran acompañarle. Es probable que se cuestione su autoridad y, si se equivoca, tardará en recuperarla. En el mejor de los casos, se trata de un gran grupo de hlessil que van de un lado a otro en campo abierto, con hembras y crías. Los elil aparecen en hordas. El remedio es peor que la enfermedad. En general es mejor para la madriguera que los conejos no se muevan y hagan lo posible para eludir el peligro permaneciendo bajo tierra."

-Yo nunca me paré a pensar eso -dijo Quinto-. Era el Threarah el que tenía que hacerlo. Yo sólo sentía aquel terrible pánico. ¡Grande y dorado Frith, espero no volver a sentirlo jamás! No lo olvidaré nunca, el pánico y la noche que pasé bajo el tejo. Hay una maldad espantosa en el mundo.

-Procede de los hombres -dijo Acebo-. Todos los Otros elil hacen lo que tienen que hacer y Frith los mueve como nos mueve a nosotros. Viven en la superficie de la tierra y necesitan comida. Pero los hombres no descansarán hasta que hayan estropeado la tierra y destruido a los animales. Pero será mejor que continúe con mi relato.

»Al día siguiente, por la tarde, empezó a llover.

(«Esos agujeros que cavamos en el margen», murmuró Espino Cerval a Diente de León.)

»Todo el mundo estaba bajo tierra, mascando bolitas o durmiendo. Salí unos momentos para hacer hakra. Estaba en el lindero del bosque, muy cerca de la zanja, cuando vi unos hombres entrar por la verja que hay en la cima de la ladera opuesta, junto a aquel tablón. No sé cuántos había, tres o cuatro, supongo. Tenían piernas largas y negras y quemaban palitos blancos en la boca. No parecían ir a ningún sitio en particular. Empezaron a andar lentamente bajo la lluvia, mirando los setos y el arroyo. Al cabo de un rato cruzaron el arroyo y se acercaron a la madriguera. Cada vez que encontraban una conejera, uno de ellos hurgaba en ella; y no dejaban de hablar. Recuerdo el olor de las flores de saúco y el olor de los palitos blancos. Más tarde, cuando se acercaron más, me colé por uno de los agujeros. Seguí oyéndolos durante un rato, con sus voces y sus pasos ruidosos. Yo no dejaba de decirme: "Bueno, no llevan escopetas ni hurones." Pero aun así no me gustaba.

-¿Qué dijo el Threarah? -preguntó Plateado.

-No tengo idea. No le pregunté nada, ni tampoco lo hicieron los demás, que yo sepa. Me fui a dormir y cuando me desperté no se oía nada fuera. Atardecía y decidí ir a silflay. Seguía lloviendo, pero a pesar de todo me paseé un poco y comí. No advertí ningún cambio, excepto que habían hurgado en la boca de algún agujero.

»El día siguiente amaneció claro y espléndido. Todo el mundo estaba fuera para silflay, como de costumbre. Recuerdo que Dulcamara le dijo al Threarah que debía procurar no fatigarse ahora que estaba envejeciendo y el Threarah replicó que ya le enseñaría él quién estaba envejeciendo y le dio una palmada que le hizo caer por el margen. Todo era en broma, ya sabes, pero sólo lo hizo para demostrar a Dulcamara que el Conejo Jefe aún era un rival digno. Aquella mañana salí a buscar lechugas e ignoro por qué razón decidí ir solo.

-Tres es el número habitual para ir a buscar lechugas -dijo Pelucón.

-Si, sé que tres era el número habitual, pero aquel día había un motivo especial para que fuera solo. Ah, sí, ahora lo recuerdo: quería ver si ya había zanahorias tempranas, creía que tal vez estarían maduras, y pensé que si tenía que meterme en una parte extraña del huerto, mejor me las arreglaría solo. Estuve fuera casi toda la mañana y debía de faltar poco para ni-Frith cuando regresé a través del bosque. Bajé por el Margen Silencioso; sé que la mayoría preferían el Camino Verde, pero yo casi siempre pasaba por el Margen Silencioso. Había llegado a la parte donde el bosque se aclara y desciende hacia la vieja cerca, cuando vi un hrududu en la senda que corre sobre la cima de la pendiente opuesta. Estaba ante la puerta, junto al tablón, y empezaron a apearse muchos hombres. Con ellos iba un muchacho que llevaba una escopeta. Bajaron unas cosas grandes y largas, no sé cómo describirías, hechas con la misma clase de material que un hrududu, y debían de ser pesadas porque se requerían dos hombres para cargar con una sola. Los hombres llevaban estas cosas al campo y los pocos conejos que estaban en la superficie se metieron bajo tierra. Yo no lo hice. Había visto la escopeta y pensé que probablemente usarían hurones y tal vez redes. Así que me quedé donde estaba para vigilar. Pensé: «En cuanto esté seguro de lo que se proponen, iré a avisar al Threarah.»

»Durante un rato siguieron hablando y quemando palitos blancos. Los hombres no se apresuran nunca, ¿verdad? Entonces uno de ellos cogió una pala y empezó a tapar las bocas de todos los agujeros que encontraba. Llenaba la pala con la turba de encima y la metía en la

entrada. Esto me sorprendió, porque cuando usan hurones, lo que quieren es hacer salir a los conejos. Yo pensaba que iban a dejar abiertos algunos agujeros para taparlos con redes: aunque hubiera sido una tontería, porque si un conejo intentaba salir por una de las galerías bloqueadas, el hurón lo mataría bajo tierra y al hombre le resultaría muy difícil recuperar el hurón, ¿verdad?

-No lo hagas demasiado siniestro, Acebo -dijo Avellana, porque Puchero se había puesto a temblar al pensar en la galería bloqueada y el hurón que perseguía al conejo.

-¿Demasiado siniestro? -repitió Acebo con amargura-. Aún no he empezado. ¿Alguien desea marcharse? -Nadie se movió y al cabo de un momento prosiguió el relato-: Entonces otro de los hombres cogió unas cosas largas, finas y curvadas. No tengo palabras para todas estas cosas de los hombres, pero se parecían a trozos de zarza muy gruesa. Cada uno de los hombres cogió uno y lo puso sobre una de las cosas pesadas. Se oyó un ruido sibilante y.. y... bueno, sé que es difícil de comprender, pero el aire empezó a oler mal. Aunque estaba bastante lejos, me llegó una fuerte vaharada de aquella cosa que salía de las zarzas. No podía ver ni pensar, y me sentía como si fuera a caerme. Intenté saltar y correr, pero no sabia dónde estaba y me di cuenta de que corría hacia el lindero del bosque, hacia los hombres. Me detuve justo a tiempo. Estaba aturdido y había olvidado por completo la idea de avisar al Threarah. Después de eso, me quedé sentado donde estaba.

»Los hombres pusieron una rama dentro de cada agujero abierto y durante un rato no ocurrió nada. Y de pronto vi a Escabiosa. ¿Os acordáis de Escabiosa? Salió de un agujero del seto, uno que no habían visto. Comprendí que había olido esa cosa. No sabia qué hacía. Al principio los hombres no le vieron, pero luego uno de ellos alzó el brazo para señalarlo y el muchacho le disparó. No lo mató. Escabiosa empezó a gritar, y uno de los hombres fue hacia él, lo levantó y le asestó un golpe. Creo de verdad que no debió de sufrir mucho, porque el aire malo le había atontado: pero preferiría no haberlo visto. Después, el hombre tapó el agujero del que había salido Escabiosa.

»Para entonces, el aire envenenado ya debía de haberse introducido por las galerías y conejeras subterráneas. Me imagino cómo debió de ser...

-No puede -dijo Campanilla. Acebo se interrumpió y Campanilla prosiguió después de una pausa.

»Cuando la conmoción empezó, yo aún no había olido aquella cosa. Las hembras parecieron respirarlo antes y algunas intentaron salir. Pero las que tenían camadas no querían dejar las crías y atacaban a cualquier conejo que se les acercaba. Querían luchar... para proteger a las crías, claro. Muy pronto las galerías estaban atestadas de conejos que se arañaban y abalanzaban unos sobre otros. Subían por las galerías que estaban acostumbrados a usar y las encontraban bloqueadas. Algunos lograban dar media vuelta, pero no podían volver porque todos los conejos corrían hacia las salidas. Y entonces las galerías empezaron a llenarse de conejos muertos que eran despedazados por los conejos vivos.

»No sé cómo pude escapar. Me encontraba en una conejera cercana a uno de los agujeros que usaban los hombres. Hacían mucho ruido cuando metían las zarzas y tengo la sensación de que había algo que no hacían bien. En cuanto percibí el olor, salí de la conejera, pero aún tenía la cabeza bastante clara. Cuando subí por la galería los hombres estaban sacando las zarzas. Todos las miraban y hablaban y por eso no me vieron. Di media vuelta, ya en la entrada del agujero y volví a bajar.

»¿Recordáis la Galería Abandonada? No creo que en nuestra generación la hayan utilizado muchos conejos... era muy profunda y no conducía a ningún sitio. Nadie sabe siquiera quién la hizo. Frith debió de guiarme, porque entré directamente en la galería y empecé a arrastrarme por ella. Incluso escarbé varias veces. Todo era tierra suelta y piedras caídas. Había toda clase de pozos y agujeros olvidados que bajaban desde arriba y a través de ellos me llegaban los sonidos más horribles, gritos de socorro, crías llamando a sus madres, Owsla intentando dar órdenes, conejos maldiciéndose y luchando entre si. Una vez un conejo cayó por uno de los pozos y sus garras me arañaron levemente, como el fruto espinoso de un castaño de Indias cuando cae en otoño. Era Celidonia y estaba muerto. El lugar era tan bajo y estrecho que tuve que despedazarlo para poder pasar por encima y continuar mi camino. Olía el aire envenenado, pero estaba tan abajo que seguramente evité lo peor.

»De repente me di cuenta de que había otro conejo conmigo. Fue el único que encontré en toda la galería. Era Murajes y noté que estaba mal. Farfullaba y jadeaba, pero aún era capaz de seguir adelante. Me preguntó si estaba bien, pero yo sólo dije: "¿Por dónde

salimos?" "Puedo enseñártelo si tú me ayudas a andar." Así que le seguí, y cada vez que se paraba, pues olvidaba continuamente dónde estábamos, le daba un fuerte empujón. Incluso le mordí una vez. Me aterraba que se muriera y bloqueara la galería. Por fin empezamos a subir y pude oler aire puro. Descubrimos que habíamos seguido una de las galerías que conducen al bosque.

-Los hombres habían hecho mal su trabajo -continuó Acebo-. O bien no sabían nada sobre los agujeros del bosque o no tenían tiempo de venir a bloquearlos. Dispararon contra casi todos los conejos que salieron, pero vi escapar a dos. Uno era Engreído, pero no recuerdo quién era el otro. El ruido era terrorífico y yo también habría echado a correr, pero seguía esperando que apareciera el Threarah. Al cabo de un rato empecé a comprender que había otros conejos en el campo. Recuerdo que estaba Agujas de Pino y también Botón Dorado y Fresno. Reuní a todos los que pude y les dije que se escondieran y guardaran silencio.

»Los hombres tardaron mucho en acabar. Sacaron las zarzas de los agujeros y el muchacho ensartó los cuerpos en un palo...

Acebo se detuvo y apretó la nariz contra el flanco de Pelucón.

-Bueno, no hables de eso -dijo Avellano con voz serena-. Dinos cómo te escapaste.

-Antes -dijo Acebo- llegó al campo desde la senda un hrududu enorme. No era el mismo en el que habían venido los hombres. Hacía mucho ruido y era amarillo, amarillo como la mostaza: y delante llevaba algo grande, plateado y reluciente que sostenía con sus grandes patas delanteras. No sé cómo describirlo. Se parecía a Inlé, pero era ancho y no tan brillante. Y esa cosa, ¿cómo decirlo?, despedazó el campo. Lo destruyó.

Se interrumpió de nuevo.

-Capitán -dijo Plateado-, todos sabemos que has visto cosas demasiado terribles para explicarlas. Pero ¿estás seguro de que es eso lo que quieres decir?

-Os juro por mi vida -continuó Acebo, temblando- que se enterró en el suelo y lanzó grandes masas de tierra delante de ella hasta que el campo quedó destruido. Era como un barrizal pisoteado por el ganado en invierno y era difícil decir dónde estaba todo lo que antes había entre el bosque y el arroyo. Tierra, raíces, hierba, arbustos y... otras cosas también, salieron disparados de debajo de la tierra.

»Mucho rato después volví a través del bosque. Había olvidado la idea de reunir a más conejos, pero hubo tres que se unieron a mí, Campanilla, Murajes y el joven Linaria. Linaria era el único miembro del Owsla que había visto y le pregunté por el Threarah, pero no pudo decir nada coherente. Nunca supe lo ocurrido al Threarah. Espero que muriera con rapidez.

»Murajes estaba aturdido, decía tonterías, y Campanilla y yo no estábamos mejor que él. No sé por qué, sólo Podía pensar en Pelucón. Recordaba que había ido a arrestarle, a matarle, en realidad, y pensaba que debía encontrarle para decirle que me había equivocado: era en lo único que podía pensar. Los cuatro echamos a andar sin un rumbo fijo y debimos de movernos en círculos, porque al cabo de mucho rato llegamos al arroyo que había debajo de lo que había sido nuestro hogar. Lo seguimos hasta un extenso bosque; y aquella noche, mientras aún nos encontrábamos en el bosque, murió Linaria. Tuvo la cabeza clara durante un rato y recuerdo algo que dijo. Campanilla había estado diciendo que sabia que los hombres nos odiaban por saquear sus cosechas y sus huertos y Linaria contestó: "Ésa no fue la razón de que destruyeran la madriguera. Sólo ha sido porque les estorbábamos. Nos han matado para su propia conveniencia." Poco después se durmió y algo más tarde, cuando nos alarmó un ruido, intentamos despertarle y descubrimos que estaba muerto.

»Le dejamos allí mismo y continuamos hasta llegar al río. No es necesario que lo describa porque sé que estuvisteis allí. Esta vez era por la mañana. Pensamos que debíais de estar por allí cerca y empezamos a seguir el margen, corriente arriba, en vuestra busca. No tardamos en encontrar el lugar por donde debíais de haber cruzado. Había huellas, muchas, en la arena bajo un margen empinado, y hraka de unos tres días. Las huellas no iban río arriba ni río abajo, así que supe que habíais cruzado. Nadé hasta la otra orilla y encontré más huellas y entonces los otros también cruzaron el río. Bajaba muy lleno. Supongo que para vosotros fue más fácil, antes de tanta lluvia.

»No me gustaron los campos del otro lado del río. Un hombre con una escopeta se paseaba por doquier. Ayudé a los otros dos a cruzar una carretera y pronto llegamos a un mal lugar, sólo había brezos y tierra negra y blanda. Allí lo pasamos bastante mal, pero encontré

otra vez hraka de unos tres días y ningún indicio de agujeros o conejos, así que pensé que tal vez fuera vuestra. Campanilla estaba bien, pero Murajes tenía fiebre y temía que también él muriera.

»Entonces tuvimos un poco de suerte, o así lo creímos a la sazón. Aquella noche topamos con un hlessil al otro lado del brezal... un conejo viejo y correoso con la nariz llena de arañazos y cicatrices, que nos dijo que había una madriguera no lejos de allí y nos enseñó el camino. Volvimos a encontrar bosques y campos, pero estábamos tan exhaustos que no tuvimos fuerzas para buscar la madriguera. Nos acurrucamos en una zanja y no tuve valor para decir a uno de los otros que se mantuviera despierto. Intenté vigilar yo, pero no pude.

-¿Cuándo fue eso? -preguntó Avellano.

-Anteayer -contestó Acebo-, temprano por la mañana. Cuando me desperté faltaba todavía un poco para ni-Frith. Todo estaba en silencio y sólo podía oler a conejo, pero noté que algo iba mal. Desperté a Campanilla y ya me disponía a despertar a Murajes cuando me di cuenta de que nos rodeaba un numeroso grupo de conejos. Eran individuos grandes y altos y despedían un olor muy extraño. Era como... bueno, como...

-Sabemos cómo era -dijo Quinto.

-Imaginaba que lo sabíais. Entonces uno de ellos dijo:

«Mi nombre es Prímula. ¿Quiénes sois y qué hacéis aquí?» No me gustó su manera de hablar pero no veía que tuvieran ningún motivo para desearnos algún mal, así que le dije que habíamos sufrido un percance y recorrido un largo camino y que buscábamos a unos conejos de nuestra madriguera: Avellano, Quinto y Pelucón. En cuanto pronuncié estos nombres, el conejo se volvió hacia los otros y gritó: «¡Lo sabía! ¡Hacedlos pedazos!» Y todos se abalanzaron sobre nosotros. Uno de ellos me mordió la oreja y me la partió antes de que Campanilla pudiera sacármelo de encima. Nos encontramos luchando contra todos ellos. Me cogieron tan de sorpresa que al principio no pude hacer casi nada. Pero lo curioso fue que a pesar de ser tan grandes y desear matamos, no sabían pelear: era evidente que no tenían ni idea de cómo se lucha. Campanilla derribó a un par que tenían el doble de su tamaño y aunque la oreja me sangraba con abundancia, no creo que estuviera realmente en peligro. De todos modos, eran demasiados para nosotros, y tuvimos que correr. Campanilla y yo acabábamos de salir de la zanja cuando nos dimos cuenta de que Murajes aún seguía allí. Estaba enfermo, como ya os he dicho, y no se despertó a tiempo. De manera que, después de todo lo que habíamos pasado, el pobre Murajes murió a manos de otros conejos. ¿Qué os parece?

-Creo que ha sido una maldita vergüenza -dijo Fresón, antes de que nadie más pudiera hablar.

-Corríamos por los campos, junto a un arroyo -prosiguió Acebo-. Algunos de aquellos conejos aún nos perseguían y de pronto pensé: «Bueno, me cargaré a uno, por lo menos.» No me gustaba la idea de no hacer nada más que correr para salvar el pellejo... no después de lo que le había pasado a Murajes. Vi que el tal Prímula iba solo por delante de los otros, así que le dejé alcanzarme y ya iba a abrirle en canal cuando chilló: «Puedo decirte adónde se han ido tus amigos.» «Dilo deprisa, entonces», dije, con las patas traseras sobre su estómago. «Se han ido a las colinas, jadeó, aquellas colinas altas que puedes ver allí lejos. Se marcharon ayer por la mañana.» Fingí no creerle y actué como si fuera a matarle. Pero él no cambió su versión, así que le arañé y le solté, y nos alejamos. El tiempo era despejado y podíamos ver las colinas con bastante claridad.

»Después de esto lo pasamos peor que nunca. De no haber sido por los chistes y la charla de Campanilla, no cabe duda de que habríamos dejado de correr.

-Hraka por un lado y chistes por el otro -dijo Campanilla-. Yo hacía rodar un chiste por la tierra y ambos lo seguíamos. Así fue como pudimos continuar adelante.

-En realidad no puedo deciros mucho sobre el resto -dijo Acebo-. La oreja me dolía terriblemente y no dejaba de pensar que la muerte de Murajes era culpa mía. Si no me hubiera dormido, él no habría muerto. Una vez intentamos volver a dormir, pero no podía soportar mis pesadillas. Realmente estaba como loco. Sólo tenía una idea: encontrar a Pelucón y decirle que había hecho bien en dejar la madriguera.

»Por fin llegamos a las colinas, justo al anochecer del día siguiente. Ya no nos importaba nada: empezamos a caminar por el llano a la hora de la lechuza. No sé qué esperaba. A veces

uno se convence de que todo irá bien si consigue llegar a cierto lugar o hacer una cosa determinada. Pero cuando llegas, descubres que no es tan sencillo. Supongo que había acariciado la estúpida idea de que Pelucón nos esperaría allí para recibirnos. Las colinas nos parecieron enormes, más grandes que todo lo que habíamos visto. Ni bosques, ni refugio, ni conejos, y estaba anocheciendo. Y entonces pareció que todo se derrumbaba. Vi a Escabiosa, tan claramente como la hierba y también le oí llorar; y vi al Threarah y a Linaria y a Murajes. Traté de hablarles. Llamé a Pelucón, pero no esperaba que me respondiera porque estaba seguro de que no se encontraba allí. Recuerdo que salí a campo abierto desde un seto y sé que en realidad esperaba que viniera algún elil y acabara conmigo. Pero cuando recobré la conciencia, allí estaba Pelucón. Mi primer pensamiento fue que debía de estar muerto, pero entonces empecé a preguntarme si él era real o no. Bueno, ya conocéis el resto. Es una pena que os asustara tanto. Pero aunque no fuese el... el Conejo Negro, no hay un ser viviente que haya estado más cerca de él que nosotros.

Después de un silencio, añadió:

-Ya podéis imaginar qué significa para Campanilla y para mi encontrarnos bajo tierra, entre amigos. No fui yo quien intentó arrestarte, Pelucón... fue otro conejo, hace mucho, mucho tiempo.

22. *La historia del juicio de El-ahrairah*

> ¿No tiene la cara de un bribón...? Tiene una maldita cara de Tyburn, sin el beneficio de la clerecía.
>
> Congreve, *Amor por amor*

Los conejos, según dice el señor Lockley, son como seres humanos en muchos aspectos. Uno de éstos es sin duda su increíble capacidad de sobreponerse al desastre y dejarse llevar por la corriente de su vida, más allá del terror y de las pérdidas. Poseen cierta cualidad que no sería exacto describir como crueldad o indiferencia. Es más bien una imaginación beatíficamente limitada y el sentimiento intuitivo de que la vida es el ahora. Una criatura salvaje, preocupada ante todo por su supervivencia, es fuerte como la hierba. Colectivamente, los conejos descansan seguros, confiando en la promesa que Frith hizo a El-ahrairah. Apenas había pasado un día entero desde que Acebo llegase delirante, arrastrándose, al pie de la colina de Watership. Y no obstante, ya estaba casi restablecido, mientras Campanilla, más despreocupado, parecía aún menos afectado por la terrible catástrofe a la que había sobrevivido. Avellano y sus compañeros habían experimentado una pena y un horror extremos durante el relato de Acebo. Puchero lloró y tembló lastimosamente por la muerte de Escabiosa, y Bellota y Verónica fueron victimas de convulsos sollozos cuando Campanilla habló del gas venenoso que mataba bajo tierra. Sin embargo, como en los humanos primitivos, la misma fuerza e intensidad de su compasión trajo consigo una verdadera liberación. Sus sentimientos no eran falsos ni fingidos. Escucharon la historia sin nada de la reserva o desapego que el más bondadoso de los humanos civilizados siente cuando lee el periódico. Les parecía que luchaban por las galerías envenenadas y ardían de rabia por la muerte del pobre Murajes en la zanja. Ésta era su forma de honrar a los muertos. Una vez terminada la historia, las exigencias de sus propias vidas, duras y difíciles, empezaron a resurgir en sus corazones, en sus nervios, en su sangre y sus apetitos. ¡Ojalá los muertos no estuvieran muertos! Pero hay hierba que debe comerse, bolitas que deben masticarse, hraka que debe hacerse, agujeros que deben cavarse, sueño que debe dormirse. Ulises no llevó consigo a la costa a ningún hombre. A pesar de ello duerme profundamente al lado de Calipso y cuando se despierta sólo piensa en Penélope.

Aun antes de que Acebo terminase su relato, Avellano empezó a olisquear su oreja herida. Todavía no había podido echarle una mirada atenta, pero ahora lo hizo y comprendió que el terror y la fatiga no habían sido probablemente las causas principales de su derrumbamiento. Estaba malherido... peor que Espino Cerval. Debía de haber perdido mucha sangre. Tenía la oreja hecha jirones y estaba muy sucia. Avellano se sintió molesto con Diente

de León. Cuando varios conejos empezaron a silflay, atraídos por la cálida noche de junio y la luna llena, pidió a Zarzamora que esperase. Plateado, que se disponía a salir por la otra galería, volvió y se unió a ellos.

-Diente de León y los otros dos parecen haberte animado mucho -dijo Avellano a Acebo-. Es una lástima que no te hayan limpiado también. Esta suciedad es peligrosa.

-Bueno, verás... -empezó Campanilla, que se había quedado al lado de Acebo.

-No bromees -dijo Avellano-. Por lo visto piensas...

-No iba a bromear -protestó Campanilla-, sólo iba a decir que quería limpiar la oreja del capitán, pero está demasiado sensible para tocarla.

-Tiene toda la razón -dijo Acebo-. Me temo que se la hice olvidar, pero haz lo que creas más indicado, Avellano. Ahora me siento mucho mejor.

Avellano empezó a tratar la oreja. La sangre se había convertido en una costra negra y la limpieza requería paciencia. Al cabo de un rato, las heridas, largas y dentadas, volvieron a sangrar y poco a poco quedaron limpias. Plateado cogió el relevo. Acebo, aguantando lo mejor que pudo, gruñía y forcejeaba, y Plateado trató de buscar alguna forma de distraerlo.

-Avellano -preguntó-, ¿cuál era tu idea sobre el ratón? Has dicho que lo explicarías después. ¿Qué te parece si nos lo comentas ahora a nosotros?

-Verás -respondió Avellano-. La idea es sencillamente que en nuestra situación no podemos permitirnos despreciar nada que pueda sernos útil. Estamos en un lugar extraño del que sabemos muy poco y necesitamos amigos. Es evidente que los elil no pueden hacernos ningún bien, pero hay muchas criaturas que no son elil: pájaros, ratones, yonil y otros. Los conejos no solemos tener tratos con ellos, pero la mayor parte de sus enemigos son nuestros enemigos. Creo que deberíamos hacer todo lo posible para trabar amistad con estos animalitos. Podría merecer la pena.

-No puedo decir que me entusiasme la idea -dijo Plateado, secándose de la nariz la sangre de Acebo-. Creo que esos pequeños animales merecen más desdén que confianza. ¿En qué pueden sernos útiles? No pueden cavar para nosotros, ni luchar por nosotros, ni buscamos comida. Dirían que son amigos, sin duda, mientras les ayudáramos, pero no pasarían de aquí. Ya le he oído esta noche: «Si necesitar, él venir.» Claro que vendrá, siempre que encuentre aquí calor o manduca, pero no nos interesa llenar la madriguera de ratones y... ciervos volantes, ¿verdad?

-No, no me refería precisamente a eso -dijo Avellano-. No he sugerido que vayamos a buscar ratones de campo para invitarlos a vivir con nosotros. No creo que quisieran, de todos modos. Pero el ratón de esta tarde... le hemos salvado la vida...

-*Tú* le has salvado la vida -dijo Zarzamora.

-Bueno, se la hemos salvado. Lo recordará.

-¿Y de qué nos servirá eso a nosotros? -preguntó Campanilla.

-Para empezar, puede decirnos lo que sepa sobre este lugar...

-Lo que saben los ratones. No lo que necesitan saber los conejos.

-Bueno, admito que un ratón podría no sernos útil -dijo Avellano-, pero estoy seguro de que un pájaro sí, siempre que nosotros pudiéramos hacer algo por él. Nosotros no podemos volar, pero algunos de ellos conocen muy bien el campo, y saben mucho sobre el tiempo. Lo que quiero decir es que, si alguien encuentra algún animal o ave que no sea un enemigo y que esté en un apuro, por favor no despreciéis la ocasión. Seria como dejar zanahorias pudriéndose en el campo.

-¿Qué piensas tú? -preguntó Plateado a Zarzamora.

-Creo que es una buena idea, pero las oportunidades de hacer aliados verdaderamente útiles no se dan muy a menudo.

-Creo que tiene razón -dijo Acebo, dando un respingo cuando Plateado siguió lamiendo-. La idea en si no es mala, pero no serviría de gran cosa en la práctica.

-Estoy dispuesto a probarla -dijo Plateado-. Supongo que vale la pena, aunque sólo sea para ver a Pelucón contando cuentos a un topo a la hora de dormir.

-El-ahrairah lo hizo en una ocasión -terció Campanilla- y dio resultado. ¿Te acuerdas?

-No -dijo Avellano-. No conozco ese cuento. Qigámoslo.

-Hagamos silflay antes -propuso Acebo-. Creo que mi oreja ya ha aguantado bastante por ahora.

-Bueno, al menos ahora está limpia -dijo Avellano-. Pero me temo que nunca volverá a ser como antes. Tendrás una oreja rota.

-No importa -replicó Acebo-. Sigo siendo uno de los afortunados.

El disco de la luna pendía por el este en un cielo sin nubes e iluminaba con su luz la soledad de las alturas. No somos conscientes de que la luz del día desplaza a la oscuridad. La luz del día, incluso cuando no hay nubes que oculten el sol, nos parece simplemente el estado natural de la tierra y el aire. Cuando pensamos en las colinas, pensamos en las colinas bajo la luz del día, del mismo modo que pensamos en un conejo con su pelaje. Stubbs pudo imaginar el esqueleto dentro del caballo, pero la mayoría de nosotros no podemos: y tampoco solemos imaginar las colinas sin la luz de día, aunque la luz no sea una parte de la propia colina como el pelaje es parte del caballo. Damos por sentada la luz del día. En cambio, la luz de la luna es otra cuestión. Es inconstante. La luna llena mengua y reaparece. Las nubes pueden oscurecerla hasta un punto que no pueden oscurecer la luz del día. El agua es necesaria para nosotros, pero una cascada no lo es. Y siempre que encontramos una cascada, no es sino algo superfluo, un bello ornamento. Necesitamos la luz del día, pero no la luz de la luna. Cuando llega, no cubre ninguna necesidad. Transforma. Cae sobre los márgenes y la hierba, separando una larga brizna de otra; convirtiendo un montón de hojas marrones y mates en innumerables y álgidos fragmentos; o iluminando las ramas húmedas como si la propia luz fuera dúctil. Sus largos rayos se derraman, blancos y afilados, entre los troncos de los árboles, y palidecen y retroceden al penetrar en la brumosa distancia de los bosques de hayas. A la luz de la luna, dos acres de basta hierba curvada, ondulante y alta hasta el tobillo, despeinada y áspera como las crines de un caballo, parecen las olas de una bahía, llenas de senos y huecos sombríos. La vegetación es tan espesa y enmarañada que ni siquiera el viento la mueve, pero es la luz de la luna lo que parece conferirle quietud. No tenemos en consideración la luz de la luna. Es como la nieve, o como el rocío en una mañana de julio. No revela, sino que transforma lo que toca. Y su débil intensidad -tan distinta de la luz del día- nos hace conscientes de que es algo añadido a la colina a fin de conferirle, sólo por un breve intervalo, una cualidad singular y maravillosa que deberíamos admirar mientras podamos, porque pronto desaparecerá.

Cuando los conejos salieron al bosque por el agujero, una ráfaga de viento pasó veloz entre las hojas, salpicando la tierra de frágiles destellos de luz que se colaban entre las ramas. Escucharon, pero aparte del rumor de las hojas, ningún sonido llegó de la colina, excepto el monótono trémolo de una langosta en la hierba.

-¡Vaya luna! -exclamó Plateado-. Disfrutémosla mientras estamos aquí.

Cuando cruzaron el margen se encontraron con Verónica y Pico de Halcón, que regresaban.

-Oh, Avellano -dijo Pico de Halcón-, hemos hablado con otro ratón. Se ha enterado de lo ocurrido esta tarde con el gavilán y ha sido muy amable. Nos ha dicho que al otro lado del bosque hay un lugar donde la hierba es siempre muy corta... algo que ver con caballos, ha dicho. «¿Gustar hierba buena? Es exquisita.» Así que hemos ido. Es de primera calidad.

El campo resultó ser una pista de unos treinta y seis metros de anchura, con una hierba de algo menos de quince centímetros. Avellano, con la deliciosa sensación de haber sido ratificado por los acontecimientos, se dedicó con esmero a una mata de trébol. Todos mordisquearon un rato en silencio.

-Eres un tipo listo, Avellano -dijo por fin Acebo-. Tú y tu ratón. No creas, tarde o temprano habríamos encontrado este lugar sin ayuda, pero no tan pronto.

Avellano podría haberse apretado las glándulas del bigote por pura satisfacción, pero se limitó a contestar:

-Después de todo, no nos hará falta bajar la colina tan a menudo. -Y entonces añadió-: Pero, Acebo, hueles a sangre, ¿sabes? Puede ser peligroso, incluso aquí. Volvamos al bosque. Es una noche tan hermosa que podemos sentarnos cerca de los agujeros a masticar bolitas y Campanilla puede contarnos su historia.

Encontraron a Fresón y Espino Cerval en el margen, y cuando todo el mundo estuvo cómodo masticando, con las orejas planas, Campanilla empezó.

*** * ***

-Diente de León me habló anoche de la madriguera de Prímula y su relato de la historia de La lechuga del rey. Esto me recordó este cuento, aun antes de que Avellano explicara su idea. Mi abuelo solía contármelo, y siempre decía que ocurrió después de que El-ahrairah hubiera sacado a su pueblo de los pantanos de Kelfazin. Fueron a las praderas de Fenlo y allí cavaron sus agujeros. Pero el príncipe Arco Iris vigilaba a El-ahrairah; y estaba resuelto a impedir que llevase a cabo más trucos de los suyos.

»Un atardecer, cuando El-ahrairah y Rabscuttle se hallaban sentados en un soleado margen, el príncipe Arco Iris cruzó la pradera en compañía de un conejo que El-ahrairah no había visto nunca.

»-Buenas tardes, El-ahrairah -dijo el príncipe Arco Iris-. Esto es mucho mejor que los pantanos de Kelfazin. Veo que todas tus hembras están ocupadas cavando agujeros a los largo del margen. ¿Han cavado uno para ti?

»-Sí -contestó El-ahrairah-. Este agujero nos pertenece a Rabscuttle y a mí. Nos gustó este margen en cuanto lo vimos.

»-Es muy bonito -dijo el príncipe Arco Iris-, pero lamento tener que decirte, El-ahrairah, que tengo órdenes estrictas del Señor Frith en persona de no permitirte compartir un agujero con Rabscuttle.

»-¿No compartir un agujero con Rabscuttle? -repitió El-ahrairah-. ¿Y por qué no?

»-EI-ahrairah -dijo el príncipe Arco Iris-, te conocemos, a ti y a tus trucos. Y Rabscuttle es casi tan tramposo como tú. Los dos en un mismo agujero podría ser demasiado. Serías capaz de robarle las nubes al cielo antes de que la luna hubiese cambiado dos veces. No; Rabscuttle debe irse y encargarse de los agujeros del otro extremo de la madriguera. Permíteme que te presente a Hufsa. Quiero que seas amigo suyo y cuides de él.

»-¿De dónde procede? -preguntó El-ahrairah-. Nunca le había visto antes.

»-Procede de otro país -dijo el príncipe Arco Iris-, pero no es diferente de cualquier otro conejo. Espero que le ayudes a instalarse aquí. Y mientras se habitúa a este lugar, estoy seguro de que te alegrará dejarle compartir tu agujero.

»A El-ahrairah y Rabscuttle les molestó muchísimo que no se les permitiera vivir juntos en su agujero. Pero una de las reglas de El-ahrairah era no dejar que nadie le viera enfadado y, además, sentía lástima de Hufsa porque suponía que estaría solo e incómodo lejos de su propia gente, así que le dio la bienvenida y prometió ayudarle a instalarse. Hufsa fue sumamente cordial y parecía ansioso por complacer a todo el mundo; y Rabscuttle se mudó al otro extremo de la madriguera.

»Sin embargo, al cabo de cierto tiempo El-ahrairah empezó a darse cuenta de que sus planes se torcían siempre. Una noche de primavera, cuando llevó a algunos de los suyos a un campo de maíz para comer los brotes tiernos, encontraron a un hombre paseando a la luz de la luna con una escopeta y tuvieron suerte de escapar ilesos. En otra ocasión, después de que El-ahrairah hubiese explorado el camino a un huerto de coles y cavado un agujero bajo la valla, cuando llegó a la mañana siguiente lo encontró tapado con alambre y empezó a sospechar que sus planes se filtraban hacia gente que no debía conocerlos.

»Un día decidió tender una trampa a Hufsa para saber si era él el responsable del asunto. Le enseñó una senda que cruzaba los campos y le dijo que conducía a un granero solitario lleno de rutabagas y nabos, añadiendo después que él y Rabscuttle pensaban ir allí a la mañana siguiente. De hecho, El-ahrairah no tenía tales planes y se guardó muy bien de mencionar a nadie más la senda o el granero. Pero al día siguiente, cuando recorrió cautelosamente la senda, encontró un alambre tendido en la hierba.

»Esto encolerizó mucho a El-ahrairah, porque cualquiera de los suyos podría haber quedado atrapado y morir. Naturalmente, ya suponía que Hufsa no había tendido el alambre con sus propias manos, ni siquiera que estuviera al corriente de que iban a colocarlo. Pero resultaba evidente que estaba en contacto con alguien que sí podía hacerlo. Al final, El-ahrairah decidió que probablemente el príncipe Arco Iris pasaba la información de Hufsa a

algún granjero o guardabosques y no se preocupaba de lo que ocurría después. Las vidas de sus conejos corrían peligro a causa de Hufsa... por no hablar de todas las lechugas y coles que se estaban perdiendo. En lo sucesivo, El-ahrairah intentó no decir absolutamente nada a Hufsa, pero era difícil evitar que oyera cosas porque, como todos sabemos, los conejos saben guardar muy bien sus secretos de los otros animales, pero entre ellos es otra cosa. La vida de la madriguera no suele propiciar la reserva. Pensó en matar a Hufsa, pero era consciente de que, si lo hacia, el príncipe Arco Iris vendría y acabarían teniendo más problemas. Pero incluso ocultarle cosas a Hufsa le inquietaba, pues pensaba que si se daba cuenta de que lo consideraban un espía, se lo diría al príncipe Arco Iris y éste se lo llevaría y planearía algo peor.

»El-Ahrairah reflexionó largamente. Y aún reflexionaba cuando, la tarde del día siguiente, el príncipe Arco Iris hizo una de sus visitas a la madriguera.

»-Has cambiado mucho estos días, El-ahrairah -dijo el príncipe Arco Iris-. Si no tienes cuidado, la gente empezará a confiar en ti. Como pasaba por aquí cerca, se me ha ocurrido entrar para agradecerte tu bondad al cuidar de Hufsa. Parece estar muy a gusto contigo.

»-Sí, ¿verdad? -dijo El-ahrairah-. Nos lo pasamos muy bien juntos; nuestro agujero está lleno de alegría. Pero siempre digo a mi gente: “No deposites tu confianza en príncipes, ni en cualquier...”

»-Bueno, El-ahrairah -dijo el príncipe Arco Iris, interrumpiéndole-. Estoy seguro de que puedo confiar en ti. Y para probarlo, he decidido sembrar una buena cantidad de zanahorias en el campo de detrás de la colina. Es un terreno excelente y tengo el convencimiento de que crecerán bien. En especial, porque sé que a nadie se le ocurriría robarlas. De hecho, si quieres puedes venir y mirar cómo las planto.

»-Lo haré -respondió EI-ahrairah-. Será estupendo.

»El-ahrairah, Rabscuttle, Hufsa y algunos otros conejos acompañaron al príncipe Arco Iris al campo que había al otro lado de la colina; y le ayudaron a sembrarlo con largas hileras de semilla de zanahoria. La tierra era ligera y seca -la más indicada para las zanahorias- y el asunto enfureció a El-ahrairah, pues estaba seguro de que el príncipe Arco Iris lo hacía para fastidiarle y demostrarle que por fin había conseguido cortarle las uñas.

»-Crecerán de maravilla -dijo el príncipe Arco Iris cuando hubieron terminado-. Naturalmente, sé que a nadie se le ocurriría robar mis zanahorias. Pero si lo hicieran, si las *robaran,* EI-ahrairah, me enfadaría muchísimo. Si las robara el rey Darzin, por ejemplo, estoy seguro de que el Señor Frith le quitaría su reino y se lo daría a otro.

»El-ahrairah sabía que el príncipe Arco Iris quería decir que si le sorprendía robando las zanahorias le mataría o le desterraría y pondría a otro conejo para que reinara en su lugar: y la idea de que el otro conejo fuera probablemente Hufsa le hizo rechinar los dientes. Pero dijo: “Claro, claro. Muy sensato y acertado.” Y el príncipe Arco Iris se marchó.

»Una noche, dos lunas después de haber plantado las zanahorias, El-ahrairah y Rabscuttle fueron a mirarlas. Nadie las había hecho menguar en número y estaban gordas y verdes. El-ahrairah juzgó que, por el tiempo que hacía que las habían plantado, las raíces debían de tener un grosor algo menor que una pata delantera. Y fue mientras las miraba a la luz de la luna cuando se le ocurrió el plan. Se había vuelto tan cauto con Hufsa -y además, nadie sabía nunca dónde Hufsa podía estar-, que en el camino de vuelta él y Rabscuttle se dirigieron a un agujero de un margen solitario y se introdujeron en él para hablar a solas. Y allí El-ahrairah prometió a Rabscuttle que no sólo robaría las zanahorias del príncipe Arco Iris sino que implicaría a Hufsa en el asunto. Salieron del agujero y Rabscuttle fue a la granja a robar algunas semillas de maíz. El-ahrairah pasó el resto de la noche recogiendo babosas; una ocupación muy repugnante.

»Al atardecer del día siguiente, El-ahrairah salió temprano y al cabo de un rato encontró a Yona, el erizo, holgazaneando junto al seto.

»-Yona -dijo-, ¿te apetecería un montón de bonitas y gordas babosas?

»-Claro que si, El-ahrairah -respondió Yona-, pero no se encuentran tan fácilmente. Lo sabrías si fueras un erizo.

»-Bueno, pues aquí tienes unas cuantas -dijo El-ahrairah- y puedes quedártelas todas. Pero te daré muchas más si haces lo que te diga sin formular preguntas. ¿Sabes cantar?

»-¿Cantar, El-ahrairah? Ningún erizo sabe cantar.

»-Bien -dijo El-ahrairah-. Excelente. Pero tendrás que intentarlo si quieres esas babosas. ¡Ah! Ahí veo una caja vieja y vacía que el granjero ha dejado en la zanja. Mejor que mejor. Ahora, escúchame.

»Mientras tanto, en el bosque, Rabscuttle hablaba con Hawock, el faisán.

»-Hawock -dijo-, ¿sabes nadar?

»-Nunca me acerco al agua si puedo evitarlo, Rabscuttle -contestó Hawock-. Me disgusta mucho. Pero supongo que si tuviera que hacerlo, podría ingeniármelas para mantenerme a flote un ratito.

»-Magnífico -dijo Rabscuttle-. Ahora fíjate bien. Tengo un montón de maíz, y ya sabes lo escaso que es en esta época del año, y todo será tuyo si nadas un poco en el estanque que hay en el lindero del bosque. Te lo explicaré mientras bajamos hasta allí. -Y se fueron juntos a través del bosque.

»Fu Inlé, El-ahrairah que entra en su agujero y encuentra a Hufsa comiendo pelotillas.

Ah, Hufsa, estás aquí -dijo-. Estupendo. No puedo confiar en nadie más, pero vendrás conmigo, ¿verdad? Sólo tú y yo... nadie más debe saberlo.

»-¿Por qué? ¿Qué hay que hacer, El-ahrairah? -inquirió Hufsa.

»-He estado mirando esas zanahorias del príncipe Arco Iris -respondió El-ahrairah-. No puedo soportarlo más. Son las mejores que he visto nunca. Estoy decidido a robarlas..., o por lo menos la mayor parte. Como es natural, si llevara a un montón de conejos a una expedición de esta clase, pronto tendríamos problemas. El asunto se sabría y seguro que llegaría a oídos del príncipe Arco Iris. Pero si vamos solos tú y yo, nadie sabrá nunca quién lo ha hecho.

»-Vendré -dijo Hufsa-. Vayamos mañana por la noche. -Porque pensaba que así tendría tiempo de decirlo al príncipe Arco Iris.

»-No -replicó El-ahrairah-. Yo voy ahora. Inmediatamente.

»Se preguntó si Hufsa intentaría hacerle cambiar de idea, pero cuando le miró se dio cuenta de que estaba pensando que eso sería el fin del El-ahrairah y él sería nombrado rey de los conejos.

»Juntos partieron bajo la luz de la luna.

»Habían recorrido un largo trecho a lo largo del seto cuando encontraron una caja vieja abandonada en la zanja. Sobre la caja estaba sentado Yona, el erizo. Tenía pétalos de rosas silvestres clavados en todas las púas y profería un extraordinario estrépito, mezcla de graznido y gruñido, mientras agitaba sus negras patas. Se pararon a mirarlo.

»-¿Qué diantre haces, Yona? -preguntó Hufsa con asombro.

»-Canto a la luna -contestó Yona-. Todos los erizos han de cantar a la luna para hacer venir las babosas. ¿Acaso no lo sabías?

¡Oh, babosa-luna, Oh, babosa-luna,

oh, concede tu favor al fiel erizo!

»-¡Qué ruido más horrible! -exclamó El-ahrairah, y por cierto que así era-. Vámonos enseguida, antes de que atraiga a todos los elil hacia nosotros. -Y continuaron su camino.

»A1 cabo de un rato llegaron al estanque del borde del lindero. Cuando se acercaron, oyeron un graznido y un chapoteo y entonces vieron a Hawock el faisán deslizarse por el agua, con las largas plumas de su cola flotando detrás de él.

»-¿Qué diantre pasa? -preguntó Hufsa-. Hawock, ¿te han disparado?

»-No, no -replicó Hawock-. Siempre nado cuando hay luna llena. Me hace crecer la cola y además, mi cabeza no seguiría siendo roja, blanca y verde si no nadara. Pero sin duda ya lo sabías, ¿verdad, Hufsa? Todo el mundo lo sabe.

»-Lo cierto es que no le gusta que otros animales le sorprendan haciéndolo -murmuró El-ahrairah-. Sigamos.

»Poco después llegaron a un viejo pozo junto a un gran roble. El granjero lo había

llenado hacía tiempo, pero la boca parecía muy negra y profunda a la luz de la luna.

»-Descansemos -propuso El-ahrairah-. Sólo un ratito.

» Mientras hablaba, una curiosa criatura surgió de la hierba. Parecía un conejo, pero incluso a la luz de la luna podían ver que tenía una cola roja y largas orejas de color verde. En la boca llevaba el extremo de uno de esos palitos blancos que queman los hombres. Era Rabscuttle, pero ni siquiera Hufsa pudo reconocerlo. Había encontrado un desinfectante para ovejas en la granja y se había sentado encima para teñirse la cola de rojo. En las orejas tenía un festón de brionia y el palito blanco le daba náuseas.

»-¡Frith nos proteja! -exclamó El-ahrairah-. ¿Qué puede ser? ¡Esperemos que no sea uno de los Mil! -Dio un salto, listo para echar a correr-. ¿Quién eres? -preguntó, temblando.

»Rabscuttle escupió el palito blanco.

»-¡Vaya! -gritó en tono autoritario-. ¡Conque me has visto, El-ahrairah! Muchos conejos viven toda su vida y mueren, pero pocos son los que me ven. ¡Pocos o ninguno! ¡Soy uno de los conejos mensajeros del Señor Frith, que de día van por la tierra en secreto y vuelven por la noche a su palacio dorado! ¡En este momento me espera al otro lado del mundo y debo ir rápidamente a su encuentro a través del corazón de la tierra! ¡Adiós, El-ahrairah!

»El extraño conejo saltó desde el borde del pozo y desapareció en la oscuridad del fondo.

»-¡Hemos visto lo que no debíamos! -exclamó El-ahrairah con voz despavorida-. ¡Qué horrible es este lugar! ¡Vámonos inmediatamente!

»Se alejaron a toda prisa y pronto llegaron al campo de Zanahorias del príncipe Arco Iris. No sabría decir cuántas robaron; pero, como todos sabéis, El-ahrairah es un gran Príncipe y sin duda empleó poderes desconocidos para nosotros. Pero mi abuelo siempre decía que antes de la mañana el campo estaba vacío. Escondieron las zanahorias en un profundo agujero en el margen del bosque y El-ahrairah y Hufsa volvieron a su casa. El-ahrairah llamó a dos o tres partidarios y permaneció con ellos bajo tierra durante todo el día, pero Hufsa salió por la tarde sin decir adónde iba.

»Al atardecer, cuando El-ahrairah y su gente empezaron a silflay bajo un bello cielo rojizo, el príncipe Arco Iris vino por los campos. Le seguían dos enormes perros negros.

»-El-ahrairah -dijo-, estás arrestado.

»-¿Por qué? -preguntó El-ahrairah.

»-Sabes muy bien por qué -dijo el príncipe Arco Iris-. Ya estoy harto de tus trucos y tu insolencia, El-ahrairah. ¿Dónde están las zanahorias?

»-Si estoy arrestado -dijo El-ahrairah-, ¿podrías decirme por qué? No es justo que me arrestes y después hagas las preguntas.

»-Vamos, vamos, El-ahrairah -dijo el príncipe Arco Iris-, no me hagas perder el tiempo. Dime dónde están las zanahorias y en vez de matarte te enviaré al gran Norte.

»-Príncipe Arco Iris -replicó El-ahrairah-, por tercera vez, ¿puedo saber por qué se me arresta?

»-Muy bien -dijo el príncipe Arco Iris-, si es eso lo que deseas, seguiremos el procedimiento habitual. Estás arrestado por robar mis zanahorias. ¿Pides en serio un juicio? Te advierto que tengo evidencia directa y las cosas te irán muy mal.

»A estas alturas, toda la gente de El-ahrairah se apiñaba a su alrededor, todo lo cerca que se atrevían a causa de los perros. Rabscuttle era el único que no se veía por ninguna parte. Había dedicado todo el día a llevar las zanahorias a un agujero secreto y ahora estaba escondido porque no podía blanquearse de nuevo la cola.

»-Si, deseo tener un juicio -dijo El-ahrairah-, y que sea un jurado de animales el que me juzgue. Porque no es justo, príncipe Arco Iris, que me acuses y seas mi juez al mismo tiempo.

»-Tendrás un jurado de animales -dijo el príncipe Arco Iris-. Un jurado de elil, El-ahrairah. Porque un jurado de conejos se negaría a condenarte, a pesar de las pruebas.

»Ante la sorpresa general, El-ahrairah contestó inmediatamente que estaba conforme, y el príncipe Arco Iris dijo que los traería aquella noche. El-ahrairah quedó confinado en su agujero y los perros se encargaron de montar guardia en el exterior. No se permitió que

ninguno de los suyos le viera, aunque muchos lo intentaron.

»La noticia de que El-ahrairah sería juzgado y quizá condenado a muerte por un jurado de elil corrió rápidamente por setos y bosquecillos. Los animales llegaron en tropel. Fu Inlé, el príncipe Arco Iris volvió con los elil: dos tejones, dos zorros, dos armiños, una lechuza y un gato. Sacaron a El-ahrairah de su encierro y lo colocaron entre los perros. Los elil se sentaron, mirándole con fijeza, y sus ojos centelleaban a la luz de la luna. Se relamían, y los perros murmuraban que les habían encomendado la tarea de ejecutar la sentencia. Había muchos animales, conejos y otros, y cada uno de ellos tenía el convencimiento de que esta vez El-ahrairah estaba perdido.

»-Ahora -dijo el príncipe Arco Iris- empecemos. No tardaremos mucho. ¿Dónde está Hufsa?

»Entonces apareció Hufsa, que inclinándose y meneando la cabeza dijo a los elil que El-ahrairah había venido la víspera por la noche, mientras él masticaba tranquilamente pelotillas, y le había obligado con amenazas a ir con él a robar las zanahorias del príncipe Arco Iris. Él no quería, pero estaba demasiado asustado. Las zanahorias estaban escondidas en un agujero que podía mostrarles. Tuvo que hacerlo a la fuerza, pero al día siguiente fue a decirlo al príncipe Arco Iris, de quien era leal servidor.

»-Recuperaremos las zanahorias más tarde -dijo el príncipe Arco Iris-. Ahora, El-ahrairah, ¿tienes alguna Prueba o algo que declarar? Date prisa.

»-Me gustaría formular algunas preguntas al testigo -respondió El-ahrairah; y los elil convinieron en que era una petición justa.

»-Veamos, Hufsa -dijo El-ahrairah-, ¿puedes decirnos algo más sobre este viaje que según has declarado realizamos tú y yo? Porque yo no lo recuerdo. Dices que salimos del agujero y echamos a andar en la noche. ¿Qué ocurrió entonces?

»-Cómo, El-ahrairah -dijo Hufsa-, no puedes haberlo olvidado Pasamos junto a una zanja. ¿No recuerdas que vimos un erizo sentado en una caja, cantando una canción a la luna?

»-¿Un erizo haciendo qué? -preguntó uno de los tejones.

»-Cantando una canción a la luna -repitió ansiosamente Hufsa-. Lo hacen para atraer a las babosas, ¿sabes? Tenía clavados pétalos de rosa por todo el cuerpo y agitaba las patas y...

»-Vamos, tranquilo, tranquilo -dijo El-ahrairah en tono bondadoso-. No me gustaría que dijeras nada que no quieras decir. Pobre muchacho -añadió, dirigiéndose al jurado-, cree realmente lo que dice. No pretende hacer ningún daño, pero...

»-¡Pero es verdad! -gritó Hufsa-. Cantaba “¡Oh, Babosa-luna! ¡Oh, Babosa-luna! ¡Oh, concédeme...!”

»-Lo que cantó el erizo no es ninguna prueba -interrumpió EI-ahrairah-. No sabría decir qué es en realidad. Bueno, está bien, vimos un erizo cubierto de rosas, cantando encaramado en una caja. ¿Qué sucedió entonces?

»-Bueno -dijo Hufsa-, entonces seguimos adelante y llegamos al estanque, donde vimos un faisán.

»-Conque un faisán, ¿eh? -dijo uno de los zorros-. Ojalá lo hubiera visto yo. ¿Qué hacia?

»-Nadaba dando vueltas en el agua... -empezó Hufsa.

»-Estaba herido, ¿verdad? -preguntó el zorro.

»-No, no -dijo Hufsa-. Todos lo hacen, para que les crezca la cola. Me sorprende que no lo sepas.

»-¿Para qué? -inquirió el zorro.

»-Para que les crezca la cola -contestó Hufsa, de malhumor-. El mismo lo dijo.

»-Vosotros sólo lo habéis oído durante un rato -explicó El-ahrairah a los elil-. Cuesta un poco acostumbrarse. Yo he tenido que aguantarlo los dos últimos meses, un día tras otro. He procurado ser bueno y comprensivo, pero por lo visto sólo para mi propio perjuicio.

»Se hizo el silencio. El-ahrairah, con un aire de paternal paciencia, se volvió de nuevo hacia el testigo.

»-Mi memoria es escasa -dijo-. Continúa.

»-Bueno, El-ahrairah -prosiguió Hufsa-, sabes fingir muy bien, pero ni siquiera tú podrás decir que no recuerdas lo que sucedió a continuación. Un conejo enorme y terrorífico, de cola roja y orejas verdes, salió de la hierba. Tenía un palito blanco en la boca y se introdujo en la tierra por un gran agujero. Nos dijo que se iba al centro de la tierra para ver al Señor Frith en el otro lado.

»Esta vez ningún elil dijo una palabra. Miraron fijamente a Hufsa y menearon la cabeza.

»-Están todos locos, ¿sabéis? -murmuró uno de los armiños-; son unos animalitos asquerosos. Son capaces de decir cualquier cosa cuando están acorralados. Pero éste es el peor que he oído. ¿Cuánto tiempo más tendremos que permanecer aquí? Estoy hambriento.

»El-ahrairah ya sabía que, aunque los elil detestan a todos los conejos, no había cosa que detestaran más que un conejo que pareciera más tonto. Por esta razón había accedido a un jurado de elil. Un jurado de conejos tal vez habría intentado ir hasta el fondo de la historia de Hufsa, pero no así los elil, que odiaban y despreciaban al testigo y querían salir a cazar en cuanto pudieran.

»-En resumen -dijo El-ahrairah-. Vimos un erizo cubierto de rosas, cantando una canción, y luego vimos un faisán perfectamente sano nadando en el estanque; y después vimos un conejo de cola roja y orejas verdes y con un palito blanco, que se lanzó al fondo de un pozo. ¿Es eso?

»-Si -respondió Hufsa.

»-¿Y entonces robamos las zanahorias?

»-Sí.

»-¿Eran moradas con manchas verdes?

»-¿El qué?

»-Las zanahorias.

»-Sabes perfectamente que no, El-ahrairah. Eran del color habitual. ¡Están dentro del agujero! ¡Id a mirar!

»El tribunal aplazó la sesión mientras Hufsa conducía al príncipe Arco Iris al agujero. No encontraron zanahorias y volvieron.

»-He estado bajo tierra todo el día -dijo El-ahrairah- y puedo probarlo. Tendría que haber dormido, pero es muy difícil cuando mi docto amigo... bueno, no importa. Sólo quiero decir que obviamente no podría haber estado fuera trasladando zanahorias o cualquier otra cosa. Si es que ha habido zanahorias alguna vez -añadió-. Pero no tengo nada más que decir.

»-Príncipe Arco Iris -dijo el gato-. Odio a todos los Conejos, pero no veo que podamos decir que se ha demostrado que el conejo se llevó tus zanahorias. Es evidente que el testigo ha perdido el juicio, está tan loco como la bruma y la nieve y el prisionero debe ser puesto en libertad. -Todos convinieron en ello.

»-Será mejor que te marches -dijo el príncipe Arco Iris a El-ahrairah-. Baja a tu agujero, El-ahrairah, antes de que yo mismo te haga daño.

»-Así lo haré, Señor -contestó El-ahrairah-. Pero ¿puedo rogarte que te lleves a ese conejo que enviaste a vivir con nosotros, porque nos molesta con su idiotez?

»De modo que Hufsa se marchó con el príncipe Arco Iris y la gente de El-ahrairah se quedó en paz, aparte de la indigestión causada por comer demasiadas zanahorias. Pero la cola de Rabscuttle tardó mucho en volverse blanca, o así lo decía siempre mi abuelo.

23. *Kehaar*

El ala se arrastra como una bandera vencida
y ya no usará el cielo sino que vivirá
con hambre y dolor unos cuantos días.
Él es fuerte y el dolor es peor para los fuertes
es peor la incapacidad.
Sólo la muerte redentora humillará esa cabeza,
la habilidad intrépida, los ojos terribles.

Robinson Jeffers, *Halcones heridos*

Los seres humanos dicen: «nunca llueve, diluvia». Esto no es muy exacto, porque a menudo llueve sin diluviar. El proverbio de los conejos está mejor expresado. Dicen: «una nube se siente sola», y de hecho es cierto que la aparición de una sola nube suele significar que el cielo estará pronto cubierto. Sea como fuere, el día siguiente ofreció una segunda y espectacular oportunidad para llevar a la práctica la idea de Avellano.

Era temprano por la mañana y los conejos empezaron a silflay arropados por un silencio gris y diáfano. El aire era todavía frío. Había una gran cantidad de roció y nada de viento. Cinco o seis patos salvajes pasaron volando veloces muy arriba, formando una y, hacia un destino lejano. El sonido de sus alas se oía desde abajo con suma claridad, y fue apagándose a medida que se alejaban hacia el sur. El silencio volvió. Cuando las últimas sombras de la noche empezaron a extinguirse, surgió una especie de expectación, de tensión, como si la nieve derretida estuviera a punto de resbalar de un tejado inclinado. Entonces toda la colina, todo lo que había tanto en la tierra como en el aire, dio paso a la salida del sol. Como un toro bravo que, con un movimiento leve pero irresistible, agita la cabeza para librarse del hombre que le sostiene distraídamente el cuerno apoyado en la casilla del establo, el sol entró en el mundo con una potencia suave y gigantesca. Nada interrumpió ni oscureció su llegada. Sin el menor sonido, las hojas brillaron, la hierba resplandeció por la escarpadura de la colina

Fuera del bosque, Pelucón y Plateado se peinaron las orejas, olisquearon el aire y dieron unos brincos, siguiendo sus propias largas sombras hasta la hierba del prado. Mientras se movían por entre el corto césped -mordisqueando, sentándose y mirando a su alrededor- se acercaron a un pequeño hoyo, de algo menos de un metro de anchura. Antes de llegar al borde Pelucón, que iba delante, se detuvo y se agachó a observar. Aunque no podía ver el interior de la cavidad, sabía que dentro había alguna criatura bastante grande. Atisbando por entre las briznas de hierba que le rodeaban pudo ver la curva de un lomo blanco. Fuera lo que fuese, era casi tan grande como él. Esperó, inmóvil, unos momentos, pero el bulto no se movió.

-¿Qué tiene el lomo blanco, Plateado? -susurró Pelucón.

Plateado meditó.

-¿Un gato?

-No hay gatos aquí.

-¿Cómo lo sabes?

En aquel momento ambos oyeron una respiración baja y sibilante procedente del hoyo, y que se prolongó durante unos momentos; luego se hizo otra vez el silencio.

Pelucón y Plateado tenían una buena opinión de sí mismos. Aparte de Acebo, eran los únicos supervivientes de la Owsla de Sandleford y sabían que sus compañeros los respetaban. El encuentro con las ratas en el granero no habla sido cosa de broma y habían demostrado su valor. Pelucón, que era generoso y honesto, no estaba resentido por el valor que demostró

Avellano la noche en que él se dejó dominar por un temor supersticioso. Pero la idea de volver al Panal a informar de que había vislumbrado en la hierba una criatura desconocida y la había abandonado era más de lo que podía soportar. Volvió la cabeza y miró a Plateado. Viendo que estaban los dos de acuerdo, echó una última mirada al extraño lomo blanco y fue directamente hacia el borde del hoyo. Plateado le siguió.

No era un gato. La criatura de la cavidad era un pájaro, un pájaro grande de casi treinta centímetros de longitud. Ninguno de los dos había visto nunca un pájaro semejante. La parte blanca del lomo que habían divisado a través de la hierba eran sólo los hombros y el cuello. La parte baja de la espalda era de un gris claro, igual que las alas, que terminaban en unas largas primarias de punta negra plegadas sobre la cola. La cabeza era de un marrón muy oscuro, casi negro, y contrastaba tanto con el cuello blanco que daba la impresión de que el pájaro llevaba una especie de capucha. La única pata que podían ver era de color rojo oscuro y terminaba en un pie palmeado y tres poderosas garras. El pico, curvado hacia abajo en el extremo, era fuerte y afilado. Mientras lo observaban con atención, se abrió, revelando una boca y garganta rojas. El pájaro silbó salvajemente e intentó atacar, pero aun así no se movió.

-Está herido -dijo Pelucón.

-Si, se nota -replicó Plateado-, pero no se le ve ninguna herida. Daré la vuelta.

-¡Cuidado! -exclamó Pelucón-. ¡Te atacará!

Plateado, al dar la vuelta al hoyo, se había acercado a la cabeza del ave. Saltó hacia atrás, justo a tiempo para evitar un rápido y fuerte picotazo.

-Eso te habría roto la pata -dijo Pelucón.

Mientras miraban en cuclillas al pájaro -porque ambos presentían que no se movería-, éste profirió de repente unos gritos fuertes y roncos -¡Yark! ¡Yark! ¡Yark!-, un sonido tremendo que desgarró la mañana y resonó por toda la colina. Pelucón y Plateado dieron media vuelta y echaron a correr.

Después se serenaron lo suficiente para detenerse antes de llegar al bosque y aparecer de modo más digno por el margen. Avellano fue a su encuentro en la hierba. Sus ojos abiertos de par en par y las narices dilatadas no dejaban lugar a dudas.

-¿Elil? -preguntó Avellano.

-Bueno, si he de decirte la verdad, que me cuelguen si lo sé -replicó Pelucón-. Es un gran pájaro, diferente de todos los que he visto.

-¿Cómo de grande? ¿Como un faisán?

-No tanto -admitió Pelucón-, pero sí mayor que una paloma torcaz, y mucho más fiero.

-¿Ha sido él el que ha gritado?

-Sí. Me ha dado un buen susto. Estábamos casi a su lado. Pero por alguna razón, no puede moverse.

-¿Se estará muriendo?

-No lo creo.

-Iré a echarle un vistazo -dijo Avellano.

-Es salvaje. Por favor, ten cuidado.

Pelucón y Plateado volvieron con Avellano. Los tres se agacharon fuera del alcance del pájaro, que les miraba a uno y otro con agudeza y desesperación. Avellano habló en la jerga de los setos.

-¿Tú herido? ¿No volar?

La respuesta fue un ronco graznido que a todos se antojó inmediatamente exótico. Sin duda el ave debía de ser de un lugar muy remoto. El acento era extraño y gutural, el lenguaje distorsionado. Sólo pudieron entender una o dos palabras sin ilación.

-Venir hacer daño -¡kah! ¡kah!-, vosotros venir atacar -¡yark!-, pensáis yo final, pero no final, yo hago mucho daño... -La cabeza marrón oscuro se movió de un lado a otro. Entonces, de un modo inesperado, el pájaro empezó a clavar el pico en la tierra. Notaron por primera vez que la hierba que tenía delante estaba arrancada y marcada con líneas. Durante un

momento siguió hundiendo el pico; luego renunció a ello, levantó la cabeza y los miró de nuevo.

-Creo que se muere de hambre -dijo Avellano-. Será mejor que le demos de comer. Pelucón, sé un buen chico y ve a buscarle algunos gusanos o lo que sea.

-Ejem... ¿cómo dices?

-Gusanos.

-¿Yo desenterrar gusanos?

-¿No te enseñaron los Owsla?... Oh, está bien, lo haré yo -dijo Avellano- Tú y Plateado esperad aquí.

Sin embargo, al cabo de un momento Pelucón siguió a Avellano hasta la zanja y empezó a arañar a su lado la tierra seca. Los gusanos no abundan en las colinas y hacía días que no llovía. Al poco rato, Pelucón levantó la cabeza.

-¿Y si le llevamos escarabajos? ¿O cochinillas o algo parecido?

Encontraron algunos palos podridos y los llevaron al hoyo. Avellano acercó uno con cautela.

-Insectos.

El pájaro partió el palo por tres sitios en otros tantos segundos y engulló los pocos insectos que había dentro. Los conejos empezaron a llevarle cosas de las que el ave pudiera sacar comida (y pronto hubo en el hoyo un pequeño montón de desperdicios). Pelucón encontró excrementos de caballo en la senda, extrajo de ellos a los gusanos y, dominando su repugnancia, se los llevó uno a uno. Cuando Avellano le alabó, él murmuró algo sobre «la primera vez que un conejo ha hecho esto y no se lo digas a los mirlos». Al final, cuando hacia ya rato que se sentían cansados, el pájaro dejó de comer y miró a Avellano.

-Final comer. -Hizo una pausa-. ¿Por qué hacer esto?

-¿Estás herido? -preguntó Avellano.

El pájaro adoptó una expresión astuta.

-Herido no. Mucho peleas. Quedarme un poco, después voy.

-Si quedarte aquí, estás acabado -dijo Avellano-. Mal lugar. Venir homba, venir gavilán.

-Condenados. Mucho peleas.

-Ya lo puedes jurar -dijo Pelucón, mirando con admiración el pico de dos pulgadas y el grueso cuello.

-No queremos que tú final -dijo Avellano-. Si quedarte aquí, tú final. Quizá podemos ayudarte.

-¡Largo de aquí!

-Vámonos -dijo Avellano inmediatamente a los otros-. Dejémosle solo. -Empezó a brincar hacia el bosque-. A ver cómo se las arregla para ahuyentar solo a los gavilanes.

-¿Qué te propones, Avellano? -preguntó Plateado-. Es un salvaje. No puedes convertirlo en un amigo.

-Es posible que tengas razón -contestó Avellano-. Pero ¿de qué nos sirve un herrerillo o un petirrojo? No vuelan grandes distancias. Necesitamos un pájaro grande.

-Pero ¿por qué tienes tanto interés en conseguir un pájaro?

-Lo explicaré después -respondió Avellano-. Me gustaría que Zarzamora y Quinto también lo oyeran. Ahora vámonos a la madriguera. Si vosotros no queréis masticar pelotillas, yo sí.

Durante la tarde, Avellano siguió organizando el trabajo en la madriguera. El Panal estaba casi terminado -aunque los conejos no son metódicos y nunca están seguros de si algo está o no acabado- y las conejeras y galerías ya empezaban a tomar forma. Sin embargo, al atardecer se dirigió nuevamente al hoyo. El pájaro aún estaba allí. Parecía más débil y menos alerta, pero abrió y cerró el pico con languidez cuando Avellano se acercó.

--¿Todavía aquí? -preguntó Avellano-. ¿Luchar con el halcón?

-No luchar -respondió el pájaro-, sólo vigila, vigila, siempre vigila. No bueno.

-¿Hambriento?

El pájaro no contestó.

-Escucha -dijo Avellano-, los conejos no comen pájaros. Los conejos comen hierba. Ayudarte.

-¿Por qué ayudarme?

-No importa. Ponerte a salvo. Agujero grande. También comida.

El pájaro meditó.

-Patas está bien. El ala está mal. Enferma.

-Bueno, pues anda.

-Si tú hacerme daño, yo cascarte, maldito.

Avellano dio media vuelta. El pájaro habló otra vez.

-¿Es lejos?

-No, no está lejos.

-Venir, entonces.

Se levantó con gran dificultad, tambaleándose sobre sus fuertes patas rojas. Entonces desplegó las alas y Avellano saltó hacia atrás, asustado por su gran envergadura. Pero las plegó , haciendo muecas de dolor.

-Ala no buena. Yo venir.

Siguió a Avellano con bastante docilidad por la hierba, pero éste procuró mantenerse fuera de su alcance. Su llegada al bosque causó cierta sensación, pero Avellano los atajó a todos con una perentoria brusquedad, muy diferente de sus modales acostumbrados.

-Venga, daos prisa -dijo a Diente de León y Espino Cerval. Este pájaro está herido y vamos a darle cobijo hasta que esté mejor. Pedid a Pelucón que os enseñe a encontrarle comida. Come gusanos e insectos. Probad con saltamontes arañas, cualquier cosa. ¡Pico de Halcón! ¡Bellota! Y tú también, Quinto, a ver si bajáis de las nubes. Necesitamos un agujero abierto, ancho, más ancho que profundo, con un suelo plano un poco por debajo del nivel de la entrada: al anochecer.

-Hemos cavado toda la tarde, Avellano...

-Lo sé. Vendré a ayudaros dentro de un rato -dijo Avellano-. Pero ahora empezad. La noche se acerca.

Los asombrados conejos le obedecieron, refunfuñando. La autoridad de Avellano pasó por una especie de prueba, pero se mantuvo firme con la ayuda de Pelucón. Aunque no tenía idea de lo que Avellano se proponía, Pelucón estaba fascinado por la fuerza y el valor del pájaro y ya había aceptado la idea de albergarlo, sin preocuparse por el motivo. Él se ocupó de organizar el trabajo, mientras Avellano explicaba al pájaro lo mejor que podía cómo vivían, cómo se protegían de sus enemigos y la clase de cobijo que podían proporcionarle. Los conejos no pudieron proporcionarle mucha comida, pero, una vez dentro del bosque, el pájaro se sintió mucho más seguro y tuvo ánimos para cojear de un lado a otro y buscar forraje por su cuenta.

Para la hora de la lechuza, Pelucón y sus ayudantes habían excavado una especie de vestíbulo a la entrada de una de las galerías que salían al bosque. Cubrieron el suelo con ramas y hojas de haya. Cuando empezó a oscurecer instalaron al pájaro. Seguía demostrando suspicacia, pero parecía sentir un gran dolor. Dado que a él no se le ocurría nada mejor, parecía dispuesto a probar una madriguera de conejos para salvar la vida. Desde fuera veían su cabeza oscura erguida en la penumbra, con los ojos negros aún vigilantes. No estaba dormido cuando ellos se metieron bajo tierra después de un tardío silflay.

Las gaviotas de cabeza negra son gregarias. Viven en colonias donde buscan comida y se alimentan, charlan y pelean durante todo el día. La soledad y la reticencia no son naturales en ellas. Emigran al sur en la época de reproducción, y en momentos semejantes un individuo

herido suele encontrarse abandonado. La agresividad y la suspicacia de la gaviota se debían en parte al dolor, pero también a la angustia que le producía estar solo y saber que no podía volar. A la mañana siguiente, sus instintos naturales de mezclarse con una bandada y hablar empezaron a despertar. Pelucón se convirtió en su compañero. No quiso de ninguna manera que la gaviota saliera a buscar alimento. Antes de ni-Frith los conejos habían logrado encontrarle alimento suficiente, al menos para un rato, y pudieron dormir durante las horas más calurosas del día. Pelucón, sin embargo, permaneció con la gaviota y pasó varias horas hablándole y escuchándola sin disimular su admiración. Para la comida nocturna se reunió con Avellano y Acebo cerca del margen donde Campanilla había contado la historia de El-ahrairah.

-¿Cómo está el pájaro? -inquirió Avellano.

-Mucho mejor, creo -contestó Pelucón-. Es muy fuerte, ¿sabes? ¡Caramba, vaya vida que ha llevado! ¡No sabes lo que te has perdido! Podría sentarme con él y escucharle durante todo el día.

-¿Cómo se hizo daño?

-Un gato le saltó encima en una granja. No lo oyó hasta que lo tuvo encima. Le desgarró el músculo de una de las alas, pero parece que él también le dejó un mal recuerdo al gato antes de huir. Consiguió llegar hasta aquí de algún modo y se derrumbó. ¡Imagínate, plantar cara a un gato! Ahora me doy cuenta de lo verde que estoy aún. ¿Por qué no podría un conejo plantar cara a un gato? Supongamos que...

-Pero ¿qué clase de pájaro es? -interrumpió Acebo.

-Bueno, no lo sé con certeza -contestó Pelucón-, pero si le he entendido bien, y no estoy nada seguro de ello, dice que ha venido de un lugar donde hay millares de su especie, más de los que podemos imaginar. Sus bandadas tiñen el cielo de blanco y en la época de reproducción sus nidos son como hojas en un bosque... Eso ha dicho.

-Pero ¿dónde viven? No creo haber visto nunca ninguno.

-Dice -explicó Pelucón, mirando directamente a Acebo-, dice que muy lejos de aquí la tierra para y desaparece.

-Bueno, es obvio que para en alguna parte. ¿Qué hay más allá?

-Agua.

-¿Quieres decir, un río?

-No -respondió Pelucón-, no es un río. Dice que es una vasta extensión de agua que no se acaba nunca. No se puede ver el otro lado. No hay otro lado. Pero debe de haberlo, porque él ha estado allí. Oh, no sé... debo admitir que no lo acabo de entender.

-¿Te ha dicho que ha estado fuera del mundo y ha vuelto? Eso tiene que ser falso.

-No lo sé -dijo Pelucón-, pero estoy seguro de que no miente. Por lo visto esa agua se mueve todo el tiempo y siempre rompe contra la tierra: y cuando no puede oírla, la echa de menos. Su nombre es Kehaar. Significa «el ruido que hace el agua».

Muy a su pesar, los otros estaban impresionados.

-Bueno, ¿por qué está aquí? -preguntó Avellano.

-No debería. Debería haberse ido hace mucho tiempo a ese lugar donde está el Agua Grande, para la época de cría. Al parecer, muchos de ellos se marchan en invierno, porque es un sitio muy frío y desolado, y vuelven en verano. Pero ya se había hecho daño una vez en la primavera. No fue gran cosa, pero le retuvo. Se quedó un tiempo con una colonia de grajos para descansar y cuando recobró las fuerzas se marchó. Ya estaba a medio camino cuando se detuvo en la granja y encontró a ese asqueroso gato.

-¿De modo que cuando haya mejorado se marchará? -quiso saber Avellano.

-Si.

-Entonces hemos perdido el tiempo.

-¿Por qué, Avellano? ¿Qué idea ronda por tu cabeza?

-Ve a buscar a Zarzamora y Quinto. Y será mejor que también venga Plateado. Ahora os

lo explicaré.

La quietud del silflay vespertino, cuando el sol iluminaba desde poniente la cima de la colina, cuando las sombras de las matas de hierba se alargaban y el aire fresco olía a tomillo y a rosas silvestres era algo que todos empezaban a disfrutar más que los viejos atardeceres en las praderas de Sandleford. Aunque no podían saberlo, la colina era más solitaria de lo que lo había sido durante cientos de años. No había ovejas, y los campesinos de Kingsclere y Sydmonton ya no tenían ocasión de pasear por las colinas, ya fuera por negocios o por placer. En los campos de Sandleford, los conejos veían hombres casi todos los días. Aquí, desde su llegada sólo habían visto uno, y montado sobre un caballo. Al contemplar al pequeño grupo reunido en la hierba, Avellano vio que todos ellos -incluso Acebo- tenían mejor aspecto y parecían más ágiles, más fuertes, que a su llegada a la colina. Fuera lo que fuese lo que les esperaba más adelante, por lo menos podía sentir que hasta ahora no les había fallado.

-Estamos bien aquí -empezó- o eso me parece. Ciertamente, ya no somos un puñado de hlessil. Pero de todos modos, algo me ronda por la cabeza. De hecho, me sorprende que ninguno de nosotros se haya dado cuenta antes. Pero si no encontramos una solución, esta madriguera no nos servirá para nada, a pesar del esfuerzo que nos ha costado construirla.

-¿Por qué, cómo puede ser eso, Avellano? -preguntó Pelucón.

-¿Os acordáis de Nildro-hain? -inquirió Avellano.

-Dejó de correr. Pobre Fresón.

-En efecto. Y no tenemos hembras, ninguna, y la ausencia de hembras significa ausencia de crías y dentro de pocos años, ausencia de madriguera.

Puede parecer increíble que los conejos no hubieran pensado en una cuestión tan vital. Pero los hombres han cometido el mismo error en más de una ocasión, no se han planteado el asunto, o se han confiado a la suerte o la fortuna de la guerra. Los conejos viven muy cerca de la muerte y cuando la muerte se aproxima más de lo habitual, la supervivencia deja poco espacio para todo lo demás. Pero ahora, cuando el sol se ponía en la amable y desierta colina, con una buena madriguera a sus espaldas y hierba en su panza, Avellano supo que le hacia falta una hembra. Los otros permanecieron en silencio y Avellano se dio cuenta de que sus palabras habían hecho mella en todos.

Los conejos pacían o yacían al sol. Una alondra se elevó gorjeando hacia el sol, se elevó y cantó y descendió suavemente, deslizándose con las alas extendidas y terminando con una carrera de aguzanieves por la hierba. El sol se hundió más en el cielo. Por fin Zarzamora dijo:

-¿Qué hacemos? ¿Ponernos de nuevo en marcha?

-Espero que no -contestó Avellano-. Todo depende. Lo que me gustaría es encontrar algunas hembras y traerlas aquí.

-¿De dónde?

-De otra madriguera.

-¿Hay otras madrigueras en estas colinas? ¿Cómo vamos a averiguarlo? El viento no trae nunca el menor rastro de conejos.

-Yo te lo diré -dijo Avellano-. El pájaro. El pájaro las buscará para nosotros.

-Avellano..rah -gritó Zarzamora-, ¡qué maravillosa idea! ¡Ese pájaro podría encontrar en un día lo que nosotros no descubriríamos ni en un millar! Pero ¿estás seguro de que podremos persuadirle para que nos ayude? ¡Lo más probable es que eche a volar y nos abandone en cuanto esté mejor!

-No lo sé -respondió Avellano-. Lo único que podemos hacer es alimentarlo y esperar que todo vaya bien. Pero ya que pareces congeniar tanto con él, Pelucón, quizá puedas explicarle cuánto significa esto para nosotros. Sólo tiene que sobrevolar las colinas y decirnos qué ve.

-Dejádmelo a mí-dijo Pelucón-. Creo que sé cómo hacerlo.

Pronto todos los conejos conocieron lo que preocupaba a Avellano y no hubo ni uno solo que no entendiera lo que les esperaba. No había nada asombroso en lo que había dicho. Sencillamente, como Conejo Jefe, se había manifestado a través de él un sentimiento que había permanecido latente en toda la madriguera. Pero su plan de servirse de la gaviota excitó

a todo el mundo y fue visto como algo en lo que ni siquiera Zarzamora habría atinado. Reconocer el terreno es familiar para todos los conejos -en realidad es innato en ellos-, pero la idea de emplear a un pájaro, y a uno tan extraño y salvaje, les convenció de que Avellano, si realmente podía hacerlo, debía de ser tan inteligente como el propio El-ahrairah.

Durante los días que siguieron se volcaron con entrega a la alimentación de Kehaar. Bellota y Puchero, que presumían de ser los mejores cazadores de insectos de la madriguera, trajeron una gran cantidad de escarabajos y saltamontes. Al principio, la dificultad principal de la gaviota fue la falta de agua. Sufría mucho y tenía que contentarse con arrancar los altos tallos de hierba para obtener humedad. No obstante, durante su tercera noche en la madriguera llovió tres o cuatro horas seguidas y se formaron charcos en el sendero. Comenzó un intervalo de inestabilidad que es habitual en Hampshire cuando se acerca la época de la cosecha del heno. Fuertes vientos del sur aplanaban diariamente la hierba, confiriéndole un tono de plata adamascada. Las grandes ramas de las hayas se movían poco, pero hablaban en voz alta. El viento traía ráfagas de lluvia. El tiempo inquietaba a Kehaar, que caminaba continuamente de un lado a otro, observando las raudas nubes y engullendo todo lo que le daban sus proveedores. Buscar alimento era más difícil, porque la humedad hacia que los insectos se hundieran más en la densa hierba y era preciso arrancarlos a arañazos.

Una tarde Avellano, que ahora compartía una conejera con Quinto, como en los viejos tiempos, se despertó cuando Pelucón entró para decirle que Kehaar quería hablarle de algo. Se dirigió al vestíbulo de Kehaar sin salir a la superficie. Lo primero que observó fue que la cabeza del pájaro mudaba la pluma y se volvía blanca, aunque le quedaba un trozo marrón oscuro detrás de cada ojo. Avellano le saludó y se sorprendió al oír varias palabras de respuesta en un lenguaje conejil vacilante y entrecortado. Era evidente que Kehaar había preparado un breve discurso.

-Senior, Aveyano, conejos trabaja duro -dijo Kehaar-. Ahora yo no morir. Pronto está bien.

-Es una buena noticia -contestó Avellano-. Me alegro.

Kehaar volvió a la lengua de los setos.

-Senior Pelucón ser un tipo estupendo.

-Sí, lo es.

-Dice que vosotros no tiene mamás. Mamás acaba. Muy triste.

-Si, es cierto. No sabemos qué hacer. No hay mamás en ninguna parte.

-Escucha. Yo tiene plan muy bueno. Ahora estar bien. Ala buena. Viento acaba, yo vuela. Vuela por vosotros. Encuentra mucho mamás, deciros dónde están, ¿si?

-¡Vaya, es una idea magnífica, Kehaar! Eres un pájaro fuera de serie.

-No mamás para mi este anio. Mucho tarde. Todas está sienta en nido. Yegar huevos.

-Lo siento.

-Otro año yo tiene mamá. Ahora volar para vosotros.

-Haremos todo lo posible para ayudarte.

Al día siguiente el viento remitió y Kehaar hizo uno o dos vuelos cortos. No obstante, hasta al cabo de tres días no se sintió capaz de salir para emprender la búsqueda. Era una perfecta mañana de junio. Estaba engullendo con el Pico grandes cantidades de los pequeños caracoles de concha blanca que había en la hierba húmeda cuando se volvió de repente hacia Pelucón y le dijo:

-Ahora volar para vosotros.

Extendió sus alas, que se arquearon en toda su envergadura sobre Pelucón. Éste permaneció inmóvil mientras las plumas blancas agitaban el aire en torno a su cabeza, como en una especie de despedida ceremoniosa. Con las orejas aplastadas por el aire, contempló a Kehaar mientras se elevaba pesadamente. Cuando volaba, su cuerpo, tan largo y elegante sobre la tierra, adquiría el aspecto de un grueso y abultado cilindro del que sobresalía el pico rojo entre los ojos redondos y negros. Planeó unos segundos, con el cuerpo levantándose y cayendo entre sus alas. Entonces empezó a elevarse y voló ladeándose por la cima de la colina, para desaparecer en dirección norte. Pelucón volvió al bosque con la noticia de que

Kehaar había emprendido el vuelo.

La gaviota estuvo fuera varios días, más tiempo del que los conejos pensaban. Avellano no podía evitar preguntarse si volvería realmente, pues sabía que Kehaar, al igual que ellos, sentía el instinto de aparearse, y creía que, después de todo, probablemente se habría marchado en busca del Agua Grande y de las colonias de gaviotas, ruidosas y pobladísimas, de las que había hablado a Pelucón con tanto sentimiento. Hizo lo posible para ocultar su ansiedad, pero un día, cuando estaban solos, preguntó a Quinto si pensaba que Kehaar volvería.

-Volverá -contestó Quinto sin vacilar.

-¿Y qué traerá consigo?

-¿Cómo voy a saberlo? -replicó Quinto. Pero más tarde, cuando estaban adormilados bajo tierra, dijo de pronto-: Los dones de El-ahrairah. Astucia; gran peligro; y una bendición para la madriguera. -Cuando Avellano volvió a interrogarle, Quinto no recordaba haber hablado y no pudo añadir nada más.

Pelucón pasaba la mayoría de las horas de luz esperando el regreso de Kehaar. Solía estar reticente y de mal humor y una vez, cuando Campanilla comentó que a su juicio, la gorra de pelo del senior Pelucón mudaba la pluma por simpatía hacia amigos ausentes, dio una muestra de su antiguo espíritu de sargento mayor y le golpeó e insultó dos veces persiguiéndolo por el Panal, hasta que Acebo intervino para salvar a su fiel bufón de males mayores.

Un atardecer, mientras soplaba un ligero viento del norte y el olor a heno les llegaba desde los campos de Sydmonton, Pelucón entró corriendo en el Panal para anunciar el regreso de Kehaar. Avellano reprimió su excitación y dijo a todo el mundo que se mantuviera apartado porque quería verle a solas. Pero luego se retractó y se llevó con él a Pelucón y Quinto.

Los tres encontraron a Kehaar de vuelta en su vestíbulo, que estaba lleno de excrementos, desordenado y maloliente. A los conejos no les gusta defecar bajo tierra y la costumbre de Kehaar de ensuciar su propio nido siempre había repugnado a Avellano. Ahora, ansioso por saber noticias, el olor del guano casi le resultó agradable.

-Me alegro de volver a verte, Kehaar -dijo-. ¿Estás cansado?

-El ala todavía se cansa. Vuela un rato, descansa un rato y todo bien.

-¿Tienes hambre? ¿Te traemos algunos insectos?

-Bien. Bien. Buenos chicos. Mucho escarabajos.

-(Todos los insectos eran «escarabajos» para Kehaar.)

Estaba claro que había añorado sus atenciones y estaba dispuesto a gozar de su regreso. Aunque ya no necesitaba que le llevaran comida al vestíbulo, era evidente que consideraba que lo merecía. Pelucón fue a buscar a sus proveedores y Kehaar los mantuvo ocupados hasta la puesta de sol. Al final miró astutamente a Quinto y dijo:

-¡Eh, senior pequenio! Tú sabe qué trae, ¿verdad?

-No tengo idea -replicó Quinto, bastante huraño.

-Entonces, yo dice. Toda esta colina grande, hacia ayá, donde sale sol, y por donde baja sol. No conejos. No haber nada, nada.

Se detuvo. Avellano miró a Quinto con aprensión.

-Después baja, baja hasta fondo. Ver granja con grandes árboles, en pequeña colina. ¿Conoce?

-No, no la conocemos. Pero continúa.

-Yo ensenia. No lejos. Y ayí está conejos. Conejos vive en caja; vive con hombres. ¿Sabe?

-¿Que viven con los hombres? ¿Que viven con los hombres dices?

-Sí, sí, vive con hombres. En cobertizo; conejos vive elil caja en cobertizo. Hombres yeva comida. ¿Sabe?

-Sí, he oído alguna vez algo parecido -dijo Avellano-~ Muy bien, Kehaar. Has sido muy meticuloso. Pero eso no nos sirve, ¿verdad?

-Creo que haber mamás. En una caja grande. Pero no más conejo, ni en campos, ni en bosques. Al menos, yo no veo.

-Suena fatal.

-Espera.. Decir más. Ahora escucha. Yo vuelo hacia el sol a mediodía. Es camino Agua Grande.

-¿De modo que has ido al Agua Grande? -preguntó Pelucón.

-No, no. Mucho lejos. Pero por ayí está río, ¿sabe?

-No, nunca hemos ido tan lejos.

-Está río -repitió Kehaar-. Y está ciudad de conejos.

-¿Al otro lado del río?

-No, no. Está campos grande. Y mucho camino ciudad de conejos, muy grande. Y después camino de hierro, y el río.

-¿Camino de hierro? -preguntó Quinto.

-Sí, sí, camino de hierro. ¿No sabe? Hace los hombres.

El lenguaje de Kehaar era tan extraño y distorsionado en el mejor de los casos que los conejos solían dudar sobre su significado. Sus oyentes no habían oído casi nunca las palabras dialectales que usaba ahora para «hierro» y «camino» (familiares, no obstante, para las gaviotas). Kehaar se ponía impaciente y ahora, como tantas otras veces, se sintieron en desventaja ante su familiaridad con un mundo más extenso que el suyo. Avellano pensó rápidamente. Dos cosas estaban claras. Por lo visto Kehaar había encontrado una gran madriguera un poco más hacia el sur; y fuera lo que fuera el camino de hierro, la madriguera se encontraba antes de ese camino y de un río. Si lo había entendido bien, para sus propósitos podían hacer caso omiso del camino de hierro y del río.

-Kehaar -dijo-, quiero estar seguro. ¿Podemos ir a la ciudad de los conejos sin preocuparnos por el camino de hierro y el río?

-Sí, sí. No ir a camino de hierro. Ciudad de conejos está matorrales y campos grande y solitarios. Mucho mamás.

-¿Cuánto tardaríamos en ir desde aquí a... a la ciudad?

-Dos días, cree. Mucho lejos.

-Muy bien, Kehaar. Has hecho todo lo que esperábamos. Ahora descansa. Te daremos toda la comida que quieras.

-Ahora dormir. Maniana mucho escarabajos, si, si.

Los conejos volvieron al Panal. Avellano comunicó la noticia de Kehaar y dio comienzo una discusión larga, desordenada e intermitente. Ésta era su forma de llegar a una conclusión. El hecho de que hubiera una madriguera a dos o tres días de viaje hacia el sur centelleaba y oscilaba entre ellos como una moneda penetra en aguas profundas, moviéndose de un lado a otro, girando, desvaneciéndose, reapareciendo, pero siempre hundiéndose hacia el firme fon-U do. Avellano dejó que la charla se prolongara a su capricho, hasta que por fin se dispersaron y durmieron.

A la mañana siguiente sus vidas siguieron como de costumbre. Alimentaron a Kehaar y comieron también ellos, jugaron y excavaron. Pero del mismo modo que una gota de agua se va hinchando hasta que pesa lo bastante para caer de una rama, la idea de lo que pensaban hacer se hizo más clara y unánime. Al día siguiente, Avellano lo vio con claridad. Casualmente, el momento de hablar llegó cuando estaba sentado en el margen al amanecer, con Quinto y tres o cuatro más. No hubo necesidad de convocar una reunión general. La cuestión estaba decidida. Cuando llegase el momento, los que ahora no estuvieran presentes aceptarían lo que les dijera sin necesidad de haberle oído.

-Kehaar dice que esa madriguera que ha encontrado es grande -empezó Avellano.

-De modo que no podemos tomarla por la fuerza -dijo Pelucón.

-Me parece que no quiero ir y vivir con ellos -dijo Avellano-. ¿Y tú?

-¿Y marcharnos de aquí? -replicó Diente de León-. ¿Después de tanto trabajo? Además, creo que lo pasaríamos bastante mal. No, estoy seguro de que ninguno de nosotros quiere hacerlo.

-Lo que queremos es conseguir algunas hembras y traerlas aquí -dijo Avellano-. ¿Os parece que será difícil?

-Yo diría que no -contestó Acebo-. Las madrigueras grandes suelen estar muy llenas y algunos de los conejos no tienen suficiente comida. Las hembras jóvenes se ponen nerviosas y algunas no tienen crías por esta causa. Las crías empiezan a crecer dentro de ellas y luego se funden en el interior de sus cuerpos. ¿Lo sabíais?

-No, no lo sabía -respondió Fresón.

-Eso es porque nunca habéis vivido amontonados. Pero nuestra madriguera, la madriguera del Threarah, estuvo superpoblada hace uno o dos años y muchas de las hembras jóvenes reabsorbían a sus camadas antes de que nacieran. El Threarah me dijo que hace mucho tiempo hizo un Pacto con Frith. Frith le prometió que no nacerían más conejos muertos o no deseados. Si tienen pocas posibilidades de una vida decente, es privilegio de la hembra retirar las crías dentro de su cuerpo antes de que nazcan.

-Sí, recuerdo la historia del pacto -dijo Avellano-. ¿De modo que crees que puede haber hembras descontentas? Eso es alentador. Estamos de acuerdo, entonces, en que debemos mandar una expedición a esa madriguera y en que existen grandes posibilidades de que tengamos éxito sin luchar. ¿Queréis ir todos?

-Yo diría que no -dijo Zarzamora-. Un viaje de dos o tres días es un peligro para todos, tanto a la ida como a la vuelta. Sería menos peligroso para tres o cuatro conejos que para un hrair. Tres o cuatro pueden viajar deprisa y no llamarán la atención. Y seguramente el Conejo Jefe de aquella madriguera recelará menos si son sólo unos pocos los desconocidos que se presentan con una petición cortés.

-Estoy seguro de que tienes razón -asintió Avellano-. Mandaremos a cuatro conejos: y ellos pueden explicar cómo hemos llegado a esta situación y convencer a algunas hembras de que vuelvan con ellos. No veo por qué iba un Conejo Jefe a oponerse a eso. Me pregunto quién de nosotros sería el mejor emisario.

-Avellano-rah, tú no debes ir -instó Diente de León-. Eres necesario aquí y no queremos que corras riesgos. Todos estamos de acuerdo en eso.

Avellano ya sabía que no le permitirían llevar la embajada. Era un desengaño, pero incluso así sentía que tenían razón. La otra madriguera se formaría una pobre opinión de un Conejo Jefe que hiciera sus propios encargos. Además, ni su aspecto ni su modo de hablar causaban una impresión especial. Se trataba de un trabajo para alguien diferente.

-Está bien -dijo-. Sabía que no me dejaríais ir. En cualquier caso, yo no soy el conejo más indicado, sino Acebo. Sabe cómo moverse al aire libre y sabrá hablar bien cuando llegue allí.

Nadie contradijo estas palabras. Acebo era la elección acertada, pero seleccionar a sus compañeros resultaba menos fácil. Todos estaban dispuestos a ir, pero el asunto era tan importante que al final consideraron a cada conejo por separado, discutiendo quién tenía más probabilidades de sobrevivir al largo viaje, llegar en buena forma y causar buena impresión en una madriguera ajena. Pelucón, descartado porque cabía la posibilidad de que acabara peleándose con los desconocidos, se enfurruñó al principio, pero cambió de actitud cuando recordó que así podría seguir cuidando a Kehaar. Acebo quería llevarse a Campanilla pero, como dijo Zarzamora, una broma a costa del Conejo Jefe podía estropearlo todo. Al final eligieron a Plateado, Espino Cerval y Fresón. Fresón no habló mucho pero era evidente que estaba muy satisfecho. Había sufrido mucho para demostrar que no era un cobarde y ahora tenía la satisfacción de saber que podía ser útil a sus nuevos compañeros.

Partieron a primera hora de la mañana, bajo la luz gris. Kehaar se comprometió a volar un poco más tarde para cerciorarse de que iban en la dirección correcta y volver con noticias sobre su progreso. Avellano y Pelucón los acompañaron hasta el extremo sur del bosque y se quedaron mirando cómo desaparecían en dirección al oeste de la remota granja. Acebo parecía confiado y los otros tres estaban de muy buen humor. Pronto se perdieron de vista entre la hierba y Avellano y Pelucón se adentraron de nuevo en el bosque.

-Bueno, hemos hecho todo lo que hemos podido -dijo Avellano-. Ahora todo depende de ellos y de El-ahrairah. Pero seguramente todo irá bien, ¿no?

-Sin la menor duda -contestó Pelucón-. Esperemos que regresen pronto. Ansío ver una hermosa hembra y una camada de crías en mi agujero. ¡Montones de pequeños Pelucones, Avellano! ¡Piensa en ello y tiembla!

24. *La granja Nuthanger*

> Cuando Robin llegó a Nottingham, por cierto sin licencia, rogó a Dios y a la dulce María que de allí le sacaran vivo.
>
> Con él iba un monje de capucha gris, ¡pregunto a Dios quién sería! Porque algunos reconocieron al buen Robin en cuanto le vieron.
>
> Child, n.^{0} 119, *Robin Hood* y *el monje*

Avellano estaba sentado en la cima de la colina la noche del solsticio de verano. Sólo había habido cinco horas de oscuridad y fue ésta de un tono tan pálido y crepuscular que permaneció toda la noche despierto e inquieto. Todo iba bien. Kehaar había encontrado a Acebo durante la tarde y corrigió su ruta un poco hacia el oeste. Le había dejado al amparo de un grueso seto, seguro del camino hacia la gran madriguera. Ahora parecía indudable que dos días serían suficientes para el viaje. Pelucón y otros conejos ya habían empezado a agrandar sus conejeras en preparación para el regreso de Acebo. Kehaar había entablado una violenta pelea con un gavilán, con unos insultos que hubieran sobresaltado incluso a los pescadores de un puerto de Cornualles; y aunque la cuestión terminó de modo incierto, el gavilán parecía inclinado a considerar en el futuro a sus vecinos del bosque con un sano respeto. Las cosas no habían tenido mejor cariz desde que se habían marchado de Sandleford.

Un espíritu aventurero dominaba a Avellano. Se sentía igual que la mañana en que cruzaron el Enborne, cuando él salió solo y encontró el campo de habas. Estaba confiado y listo para la aventura. Pero ¿qué aventura? Algo digno de ser contado a Acebo y Plateado a su regreso. Algo... bueno, algo que no desmereciera lo que ellos iban a hacer. No, claro que no, pero sólo para demostrarles que su Conejo Jefe estaba a la altura de cualquier cosa que emprendieran. Reflexionó sobre ello mientras brincaba por la pendiente y olisqueaba una mata de murajes entre la hierba. ¿Cómo podría darles una pequeña sorpresa? Pensó de repente: «Supongamos que cuando vuelvan ya tenemos aquí una o dos hembras.» Y en el mismo momento recordó lo que había dicho Kehaar sobre una caja llena de conejos en la granja. ¿Qué clase de conejos podían ser? ¿Saldrían alguna vez de su caja? ¿Habrían visto alguna vez un conejo salvaje? Kehaar había dicho que la granja no estaba lejos del pie de la colina, sobre una pequeña montaña. Así que podían alcanzarla fácilmente en la madrugada, antes de que los hombres se despertaran. Si había perros, era probable que estuvieran encadenados, pero los gatos estarían sueltos. Un conejo podía correr más que un gato siempre que permaneciera al aire libre y lo viera primero. Lo importante era no dejarse coger desprevenido. Y además, era perfectamente capaz de moverse a lo largo de los setos sin atraer a los elil, a menos que tuviera muy mala suerte.

Pero ¿qué se proponía hacer, exactamente? ¿Por que iba a la granja? Avellano terminó el último trozo de murajes y se respondió a sí mismo a la luz de las estrellas. «Sólo echaré una ojeada -se dijo-, y si puedo encontrar a los conejos de la caja intentaré hablar con ellos; sólo eso. No voy a correr ningún riesgo, bueno, ningún riesgo real, por lo menos hasta ver si

merece la pena.»

¿Debía ir solo? Sería más seguro y más agradable llevarse a un compañero, pero no más de uno. No debían llamar la atención. ¿Quién sería mejor? ¿Pelucón? ¿Diente de León? Avellano los descartó. Necesitaba a alguien que hiciera lo que le mandase y no empezase a tener ideas propias. pensó en Puchero. Puchero le seguiría sin hacer preguntas y haría todo lo que le pidiera. Lo más probable era que en aquel momento durmiera en el agujero que compartía con Campanilla y Bellota, al final de una corta galería que salía del Panal.

Avellano tuvo suerte. Encontró a Puchero cerca de la boca de la conejera y ya despierto. Se lo llevó afuera sin molestar a los otros dos conejos y le condujo por la galería que salía al lindero del bosque. Puchero miraba vacilante a su alrededor, perplejo y como esperando algún peligro.

-Todo va bien, Hlao-roo -dijo Avellano-. No hay nada que temer. Quiero que bajes por la colina conmigo y me ayudes a encontrar una granja de la que me han hablado. Sólo vamos a echar un vistazo.

-¿A una granja, Avellano-rah? ¿Por qué? ¿No será peligroso? Gatos y perros y...

-No, estarás a salvo conmigo. Sólo tú y yo, no quiero a nadie más. Tengo un plan secreto; no debes decirlo a los otros... de momento, al menos. Sólo tú puedes ayudarme.

Esto produjo el efecto que deseaba Avellano. A Puchero no le hizo falta más persuasión y se pusieron los dos en marcha por el camino de hierba y bajaron por la escarpadura. Cruzaron el estrecho cinturón de árboles y llegaron al campo donde Acebo había llamado a Pelucón en la oscuridad. Aquí Avellano hizo una pausa, husmeando y escuchando. Era la hora previa al amanecer, cuando vuelven las lechuzas, cazando normalmente mientras vuelan. Aunque las lechuzas no son una amenaza para un conejo adulto, son pocos los que las ignoran. También podrían merodear por allí armiños y zorros, pero la noche era todavía húmeda y Avellano, tranquilo y confiado, estaba seguro de que vería u olería a cualquier cazador de cuatro patas.

La granja debía de estar más allá de la carretera que bordeaba el lado opuesto del campo. Emprendió la marcha a buen paso, con Puchero muy cerca detrás de él. Avanzaron silenciosamente, entrando y saliendo del seto por el que habían venido Acebo y Campanilla, y pasaron después por el camino, bajo los cables que zumbaban levemente en la penumbra. Sólo tardaron unos minutos en llegar a la carretera.

Hay veces en que tenemos la seguridad de que todo va bien. Un bateador que ha hecho un buen turno dirá después que presentía que no podía errar la pelota, y un orador o un actor, en su día de suerte, puede sentir que su auditorio le lleva como si flotara en una milagrosa agua. Avellano tenía ahora esa sensación. Había salido en una apacible noche de verano, bajo la luz de las estrellas, que ya empezaban a palidecer por el lado del alba. No había nada que temer y se sentía capaz de pasar por mil granjas, una tras otra. Se sentó con Puchero en el margen de la carretera, que olía a alquitrán, y no se le antojó especialmente afortunado ver una rata joven escurrirse desde el seto de enfrente y desaparecer en una mata de mustio álsine que había debajo. Sabía que tarde o temprano verían alguna señal. Bajó con rapidez al fondo de la zanja y encontró a la rata curioseando por allí.

-La granja -dijo Avellano-, ¿dónde está la granja que hay sobre una pequeña colina?

La rata le miró de hito en hito con bigotes temblorosos. No tenía un motivo especial para ser amable, pero había algo en la mirada de Avellano que hacia natural una respuesta cortés.

-Al otro lado de la carretera. Camino arriba.

El cielo se aclaraba por momentos. Avellano cruzó la carretera sin esperar a Puchero, que le alcanzó bajo el seto que corría junto al pequeño sendero. Después de detenerse nuevamente para escuchar, empezaron a subir la pendiente hacia el horizonte septentrional.

Nuthanger es como una granja de leyenda. Entre Ecchinswell y el pie de la colina de Watership y aproximadamente a menos de un kilómetro de ambos, hay una loma ancha, más escarpada en el lado norte pero que baja con suavidad en el sur, como la propia cresta de la colina. Estrechos senderos ascienden por ambas laderas y convergen en un gran círculo de olmos que rodea la cumbre plana. Cualquier viento -incluso el más tenue- origina en la altura de los olmos un rumor denso, multifoliado y poderoso. Dentro de este anillo de olmos se levanta la granja, con sus graneros y dependencias. La casa podría tener doscientos años de antigüedad o quizá más, y está hecha de ladrillo, con una fachada de piedra que mira al sur, hacia la colina. En el lado este, frente a la casa, un granero se eleva sobre el suelo, apoyado en

una base de piedras; y enfrente está el establo de vacas.

Cuando Avellano y Puchero llegaron a la cima de la pendiente, las primeras luces iluminaban claramente el corral de la granja y los edificios. Los pájaros que cantaban a su alrededor eran los mismos que se habían acostumbrado a oír en los días anteriores. Un petirrojo gorjeó desde una rama baja una frase y escuchó a otro que le contestó desde más allá de la granja. Un pinzón entonó su lánguida canción y más lejos, en la copa de un olmo, una curruca empezó a llamar. Avellano se detuvo y luego de sentó para olfatear mejor el aire. El fuerte olor a paja y excrementos de vaca se mezclaba con los de las hojas de olmo, cenizas y comida del ganado. Trazas más suaves llegaban a su nariz como llegan los tonos superpuestos del sonido de una campana a una oreja entrenada. Tabaco, naturalmente; un tufo de gato y no tan fuerte de perro y entonces, de repente e inconfundible, de conejo. Miró a Puchero y vio que también él lo había captado.

Mientras percibían estos olores, también escuchaban. Pero aparte de los ligeros movimientos de los pájaros y el primer zumbido de las moscas del entorno inmediato, sólo oían el susurro continuo de los árboles. Bajo la pendiente norte de la colina el aire estaba quieto, pero aquí la brisa del sur resultaba magnificada por los olmos, con sus miríadas de pequeñas hojas, del mismo modo que el efecto del sol en un jardín resulta incrementado por el rocío. El sonido, que venia de las ramas más altas, perturbó a Avellano porque sugería una enorme aproximación, una aproximación nunca completada: y él y Puchero permanecieron quietos un buen rato, escuchando tensamente aquel sonido vehemente, pero carente de sentido, que sonaba sobre sus cabezas.

No vieron ningún gato, pero cerca de la casa había una Perrera de tejado plano. Podían vislumbrar apenas el perro dormido en el interior, un perro negro y grande, de pelaje Suave, con la cabeza sobre las patas. Avellano no pudo ver ninguna cadena; pero al cabo de un momento se fijó en una cuerda fina que salía por la puerta de la perrera y terminaba en una especie de cierre en el tejado. «¿Por qué una cuerda? -se preguntó y pensó-: Para que un perro inquieto no pueda sacudirla durante la noche.»

Los dos conejos empezaron a moverse entre las dependencias. Al principio procuraron mantenerse a cubierto y estar atentos a la posible aparición de los gatos. Pero no vieron ninguno y pronto se envalentonaron, cruzando espacios abiertos e incluso deteniéndose a mordisquear dientes de león entre las malas hierbas. Guiado por el olor, Avellano se dirigió hacia un cobertizo de techo bajo. La puerta estaba entornada y entró sin vacilar apenas bajo el umbral de ladrillos. Enfrente mismo de la puerta, sobre un ancho estante de madera -una especie de plataforma-, había una conejera con la parte frontal de tela de alambre. A través de la malla pudo ver un cuenco marrón, algo verde y las orejas de dos o tres conejos. Mientras observaba, uno de los conejos se acercó al alambre, miró hacia fuera y le vio.

Junto a la plataforma, en el lado más próximo, había una bala de paja puesta del revés. Avellano saltó ágilmente sobre ella y de allí a los gruesos tablones, que eran viejos y de superficie suave, polvorientos y cubiertos de broza. Entonces se volvió a mirar a Puchero, que esperaba en el umbral.

-Hlao-roo -dijo-, sólo hay una salida. Tendrás que seguir vigilando a los gatos si no queremos que nos atrapen. Quédate en la puerta, y si ves un gato fuera, avísame .

-Está bien, Avellano-rah -dijo Puchero-. De momento no hay nada.

Avellano se acercó al lateral de la jaula. La reja de alambre sobresalía del estante, de modo que no podía alcanzarla ni mirar adentro, pero había un agujero en una de las paredes que podía alcanzar y en el extremo pudo distinguir una nariz temblorosa.

-Soy Avellano-rah -dijo-. He venido a hablar con vosotros. ¿Me entiendes?

La respuesta fue emitida en lengua conejil, un poco extraña pero perfectamente inteligible.

-Si, te entendemos. Mi nombre es Boj. ¿De dónde venís?

-De las colinas. Mis amigos y yo vivimos como nos place, sin hombres. Comemos la hierba, nos acostamos al sol y dormimos bajo tierra. ¿Cuántos sois vosotros?

-Cuatro. Machos y hembras.

-¿Salís alguna vez?

-Si, a veces. Un niño nos saca y nos pone en una jaula sobre la hierba.

-He venido a hablaros de mi madriguera. Necesitamos más conejos. Queremos que os escapéis de la granja y os vengáis a vivir con nosotros.

-Hay una puerta de alambre en la parte de atrás de esta conejera -dijo Boj-. Baja; podremos hablar con más comodidad.

La puerta de alambre tenía un marco de madera, dos goznes de cuero clavados a los montantes y un candado sujeto con un trozo de alambre torcido. Cuatro conejos se agolpaban contra el alambre, apretando la nariz entre la malla. Dos -Laurel y Trébol- eran angoras negros de pelo corto. Los otros, Boj y su hembra Almiar, eran himalayos blancos y negros.

Avellano empezó a hablar de la vida en las colinas y de la excitación de que gozaban los conejos libres. Con su habitual franqueza habló del problema de su madriguera por la falta de hembras y comentó que había venido a buscar algunas.

-Sin embargo -dijo-, no queremos robar vuestras hembras. Los cuatro seréis bienvenidos, si queréis uniros a nosotros, tanto machos como hembras. Hay abundancia para todos en las colinas. -Continuó hablando de la comida vespertina a la puesta de sol y al amanecer entre la hierba.

Los conejos enjaulados parecían aturdidos y fascinados a la vez. Trébol, la hembra de angora -una coneja fuerte y activa-, estaba visiblemente excitada por la descripción de Avellano y formuló varias preguntas sobre la madriguera y las colinas. Era evidente que consideraban su vida en la jaula aburrida pero segura. Habían aprendido muchas cosas sobre los elil de una u otra fuente y parecían convencidos de que los conejos salvajes no duraban mucho tiempo. Avellano comprendió que, aunque se alegraban de hablar con él y agradecían su visita porque aportaba un poco de emoción a su vida monótona, no tenían capacidad para tomar una decisión y obrar en consecuencia. Para él y sus compañeros intuir y actuar eran una segunda naturaleza; pero estos conejos nunca habían tenido que moverse para salvar sus vidas ni tampoco para encontrar alimento. Si quería llevarse a alguno de ellos hasta la colina, tendría que forzarlo. Calló unos momentos, mordisqueando un poco de salvado que se había caído sobre los tablones de fuera de la jaula. Luego añadió:

-Ahora debo volver junto a mis amigos de las colinas, pero volveremos. Vendremos una noche y entonces, creedme, abriremos vuestra jaula con la misma facilidad con que lo hace el granjero: y entonces seréis libres de venir con nosotros si lo deseáis.

Boj ya iba a contestar cuando de pronto Puchero habló desde el suelo.

-¡Avellano, hay un gato fuera en el patio!

-No nos dan miedo los gatos -dijo Avellano a Boj-, siempre que estemos al aire libre. -Intentando parecer tranquilo, volvió al suelo saltando sobre la bala de paja y se dirigió a la puerta. Puchero miraba por el resquicio del gozne; estaba francamente asustado.

-Creo que nos ha olido, Avellano -dijo-. Me temo que sabe dónde estamos.

-Pues no te quedes aquí -dijo Avellano-. No te separes de mí y corre cuando yo lo haga. -Sin pararse a mirar por el resquicio, rodeó la puerta entornada del cobertizo y se detuvo en el umbral.

El gato, atigrado, con pecho y patas blancos, se encontraba en el fondo del pequeño patio, caminando lenta y deliberadamente junto a un montón de troncos. Cuando Avellano apareció en la puerta, lo vio y se quedó inmóvil, con los ojos fijos y agitando la cola. Avellano cruzó despacio el umbral y volvió a detenerse. La luz del sol ya caía de soslayo en el patio y las moscas zumbaban en el silencio a pocos centímetros de distancia en torno a un excremento. Olía a paja, polvo y espino.

-Pareces hambriento -dijo Avellano al gato-. Las ratas se han vuelto demasiado inteligentes, ¿no?

El gato no respondió. Avellano permaneció sentado, pestañeando bajo la luz del sol. El gato estaba acurrucado en el suelo, sacando la cabeza entre las dos patas delanteras. Detrás de Avellano, Puchero se removía, nervioso, Y Avellano, sin apartar la vista del gato, intuyó que temblaba.

-No te asustes, Hlao-roo -susurró-. Te sacaré de aquí, pero tienes que esperar a que nos ataque. No te muevas.

El gato empezó a agitar la cola como un látigo. Levantó la parte posterior del cuerpo, que

hizo oscilar de un lado para otro con creciente excitación.

-¿Puedes correr? -preguntó Avellano-. Creo que no. ¿Cómo ibas a poder correr, ojos saltones, escarbador de platos sucios...?

El gato se lanzó a través del patio y los dos conejos huyeron saltando, impulsándose ágilmente con sus patas traseras. El gato se acercó a gran velocidad y aunque ambos estaban preparados, listos para moverse en un instante, lograron salir del patio por los pelos. Mientras corrían junto al largo granero, oyeron al Labrador ladrando con furia y tirando de su correa. Una voz de hombre le gritó. Dieron media vuelta al amparo del seto que seguía la senda y miraron atrás. El gato se había parado y se lamía una pata, fingiendo indiferencia.

-Odian parecer tontos -dijo Avellano-. Ya no nos molestará más. Si no nos hubiera atacado de esta manera, nos habría seguido mucho más lejos y probablemente hubiera llamado a otro. Y no sé por qué, pero uno no puede echar a correr si ellos no lo hacen antes. Menos mal que le has visto acercarse, Hlao-roo.

-Me alegro de haberte ayudado, Avellano. Pero ¿qué hemos venido a hacer y por qué has hablado a los conejos de la caja?

-Ya te lo contaré más adelante. Vayamos al campo ahora y comamos; luego podemos irnos a casa tan despacio como quieras.

25. *La expedición*

> Fue voluntariamente, para poder seguir siendo rey... No correspondía a nadie decirle: «*Ya* es hora de hacer la ofrenda.»
>
> Mary Renault, *El rey debe morir*

Sucedió que Avellano y Puchero no regresaron al Panal hasta el anochecer. Todavía comían en el campo cuando empezó a llover con un viento frío y primero buscaron cobijo en la zanja próxima y después, como la zanja estaba en una pendiente y acumuló una buena cantidad de agua en unos diez minutos, en unos cobertizos a medio camino del sendero. Se acurrucaron en un denso montón de paja y durante un rato escucharon por si había ratas. Pero todo estaba en silencio y el sueño los venció y se durmieron, mientras fuera la lluvia continuó cayendo toda la mañana. Cuando se despertaron era media tarde y todavía lloviznaba. Avellano decidió que no había prisa. Además, el trayecto sería muy molesto con tanta humedad y, en cualquier caso, ningún conejo que se preciase podía irse sin saquear algo en los cobertizos. Un montón de rábanos y nabos los mantuvo ocupados cierto tiempo y no se marcharon hasta que la luz empezó a palidecer. Se lo tomaron con calma y llegaron al bosque un poco antes del crepúsculo, sin mayor contratiempo que el de quedar completamente empapados. Había demasiada humedad y sólo dos o tres de los conejos salieron para silflay Nadie había notado su ausencia y Avellano se metió bajo tierra, diciendo a Puchero que no hablase de su aventura por el momento. Encontró su agujero vacío, se acostó y se durmió.

Al despertarse encontró a Quinto a su lado como de costumbre. Aún faltaba un buen rato para que amaneciera. El suelo de tierra estaba seco y calentito y resultaba muy agradable, y ya estaba a punto de dormirse otra vez cuando Quinto le habló.

-Estás empapado, Avellano.

-Bueno ¿y qué? La hierba está húmeda, ¿no lo sabes?

-No te has mojado tanto durante el silflay. Estás empapado. No has estado aquí en todo el día de ayer, ¿verdad?

-Oh, bajé a la colina.

-Comiste nabos, y las patas te huelen a patio de granja: caca de gallina y salvado. Pero hay algo extraño además... algo que no puedo oler. ¿Qué ocurrió?

-Bueno, tuve un encontronazo con un gato, pero ¿qué importa eso?

-Me estás ocultando algo, Avellano. Algo peligroso.

-Es Acebo el que está en peligro, no yo. ¿Por qué te preocupas por mí?

-¿Acebo? -replicó Quinto sorprendido-. Pero si Acebo y los otros llegaron a la gran madriguera ayer al atardecer. Kehaar nos lo dijo. ¿Significa eso que no lo sabías?

Avellano se sintió descubierto.

-Bueno, ahora lo sé -replicó-. Y me alegro.

-El caso -dijo Quinto- es que ayer fuiste a una granja y te escapaste de un gato. No sé qué pretendías, pero sea lo que sea te preocupaba tanto que anoche olvidaste preguntar por Acebo.

-Bueno, está bien, Quinto, te lo contaré todo. Me llevé a Puchero para ir a la granja de la que nos habló Kehaar, donde hay conejos en una jaula. Encontré a los conejos y les hablé y tengo la intención de volver una noche, sacarlos y traerlos aquí.

-¿Por qué?

-Bueno, dos de ellos son hembras.

-Pero si Acebo tiene éxito pronto tendremos muchas hembras y por lo que he oído, a los conejos de jaula les cuesta mucho adaptarse a la vida salvaje. La verdad es que intentas hacerte el listo.

-¿Hacerme el listo? -repitió Avellano-. Está bien, ya veremos si Pelucón y Zarzamora piensan igual.

-Arriesgar tu vida y la de otros conejos por algo que no tiene ningún valor para nosotros -dijo Quinto-. Oh, sí, claro que los otros irán contigo. Eres su Conejo Jefe. Se supone que tú decides lo que es sensato y confían en ti. No vas a demostrar nada persuadiéndolos, pero si regresas con tres o cuatro conejos muertos demostrarás que eres un estúpido, y entonces será demasiado tarde.

-Oh, cállate -contestó Avellano-. Me voy a dormir.

A la mañana siguiente, durante el silflay, coreado por un respetuoso Puchero, contó a los otros su visita a la granja. Como esperaba, Pelucón aceptó la idea de una expedición para liberar a los conejos enjaulados.

-No puede salir mal -dijo-. ¡Es una idea magnífica, Avellano! No sé cómo se abre una jaula, pero Zarzamora se encargará de ello. Lo que me fastidia es que huyeras de aquel gato. Un conejo fuerte siempre puede enfrentarse a un gato. Mi madre persiguió a uno en una ocasión y te aseguro que le dio un buen susto: ¡le arañó la piel y se la puso como una adelfa en otoño! ¡Yo y uno o dos más nos ocuparemos de los gatos!

A Zarzamora le costó un poco más convencerlo, pero el, como Pelucón y el propio Avellano, estaba secretamente desilusionado por no haber podido ir a la expedición con Acebo; y cuando los otros dos dijeron que confiaban en que él descubriera cómo abrir la jaula, accedió a acompañarlos.

-¿Tenemos que ir todos? -preguntó-. Decís que el perro está atado y supongo que no habrá más de tres gatos. Demasiados conejos serían un estorbo: alguien se extraviaría y tendríamos que perder tiempo buscándole.

-Bueno, pues Diente de León, Verónica y Pico de Halcón -decidió Pelucón-. Los demás se quedarán. ¿Quieres ir esta noche, Avellano-rah?

-Sí, cuanto antes mejor -respondió Avellano-. Busca a los tres y díselo. Es una lástima que esté oscuro; podríamos haber llevado a Kehaar, se hubiera divertido.

Sin embargo, sus esperanzas resultaron frustradas, porque la lluvia volvió antes del crepúsculo y empezó a soplar un viento del noroeste que difundió por la colina el aroma agridulce de la alheña en flor de los setos de más abajo. Avellano se sentó en el margen hasta que la luz se extinguió del todo. Al final, cuando resultó evidente que la lluvia no cesaría en toda la noche, se reunió con los demás en el Panal. Habían convencido a Kehaar de que se resguardara del viento y la humedad en la madriguera, y a uno de los cuentos de Diente de

León sobre El-ahrairah siguió una historia extraordinaria que dejó a todos perplejos y fascinados, una historia sobre una época en que Frith tuvo que hacer un viaje, y dejó al mundo entero cubierto de lluvia. Sin embargo, un hombre construyó una gran jaula flotante donde se resguardaron todos los animales y las aves hasta que Frith regresó y los sacó.

-No sucederá esta noche, ¿verdad, Avellano-rah? -preguntó Puchero, mientras escuchaba la lluvia que caía sobre las hojas de las hayas en el exterior-. Aquí no hay ninguna jaula.

-Kehaar te llevará volando a la luna, Hlao-roo -dijo Campanilla- y puedes bajar sobre la cabeza de Pelucón como una rama de abedul bajo la escarcha. Pero aún nos queda tiempo para dormir.

No obstante, antes de dormirse, Quinto habló de nuevo a Avellano acerca de la incursión.

-Supongo que es inútil pedirte que no vayas -le dijo.

-Escucha -contestó Avellano-, ¿tienes por casualidad uno de tus malos presentimientos acerca de la granja? Si es así, ¿por qué no lo dices directamente? Entonces todos sabríamos a qué atenernos.

-No tengo ningún presentimiento -dijo Quinto- Pero eso no significa necesariamente que todo esté bien. Los presentimientos vienen cuando quieren, y no vienen siempre. No presentí que encontraríamos al lendri ni tampoco al cuervo. Y ya que hablamos de eso, no tengo la menor idea de lo que les está pasando a Acebo y los otros. Podría ser bueno o malo. Pero hay algo que me inquieta sobre ti, Avellano; sólo sobre ti, no sobre los otros. Estás muy solo, claro y definido como una rama muerta contra el cielo.

-Bueno, si quieres decir que ves problemas para mi pero no para los demás, díselo y dejaré que ellos decidan si debo ir o no. Pero ya sabes que eso es renunciar a mucho, Quinto. Incluso con tu palabra, alguien puede pensar que tengo miedo.

-No vale la pena arriesgarse, Avellano. ¿Por qué no esperar a que vuelva Acebo? Es lo único que tenemos que hacer.

-Me volveré loco si espero a Acebo. ¿No ves que lo que quiero es precisamente tener esas hembras aquí cuando él regrese? Pero, mira, Quinto, te diré una cosa. Confío tanto en ti que tendré el máximo cuidado posible. De hecho, ni siquiera entraré en la granja. Me quedaré fuera, al final del camino: y si eso no es hacer caso de tus temores, no sé qué más puede ser.

Quinto no dijo más y Avellano se puso a pensar en la expedición y en lo difícil que sería recorrer con los conejos de jaula la distancia que les separaba de la madriguera.

El día siguiente amaneció radiante y seco, con un viento fresco que absorbió toda la humedad que quedaba. Las nubes llegaron raudas desde el sur igual que aquella tarde de mayo en que Avellano subió a la colina por primera vez. Pero ahora eran más altas y pequeñas y al final se instalaron en un cielo aborregado como una playa en bajamar. Avellano condujo a Pelucón y Zarzamora al borde de la Pendiente, desde donde podían ver Nuthanger sobre su pequeña colina. Describió el camino y luego explicó cómo encontrarían la jaula de los conejos. Pelucón estaba muy animado. El viento y la perspectiva de la acción le excitaba y Pasó un rato con Diente de León, Pico de Halcón y Verónica, fingiendo ser un gato y retándolos a que le atacaran con tanto realismo como pudieron. Avellano, un poco inquieto por su conversación con Quinto, se animó al verlos rodar por la hierba y acabó uniéndose a ellos, primero como atacante y después como el gato, mirando fijamente y contoneándose exactamente igual que el gato atigrado de Nuthanger.

-Tendré una desilusión si no me encuentro con un gato después de todo esto -dijo Diente de León mientras esperaba su turno para correr hacia una rama de haya caída, arañarla dos veces y salir corriendo otra vez-. Me siento como un animal peligroso.

-Tú vigila eyos, senior Diente -dijo Kehaar, que se entretenía cogiendo caracoles entre la hierba-. Senior Pelucón dice todo broma. Vosotros valiente. Pero gato no broma. Vosotros no ves gato, no oye gato. Entonces, ¡zas! aparece.

-Pero no vamos allí para comer, Kehaar -explicó Pelucón-. Es diferente. No podemos estar todo el rato vigilando si hay gatos.

-¿Por qué no nos comemos el gato? -preguntó Campanilla-. O podríamos traerlo para que críe. Esto mejoraría considerablemente la madriguera.

Avellano y Pelucón habían decidido que la expedición se llevaría a cabo en cuanto

hubiera oscurecido y la granja estuviera en silencio. Eso significaba que recorrerían el poco menos de un kilómetro que había hasta los cobertizos cuando se pusiera el sol, en lugar de arriesgarse a la confusión que supondría avanzar en plena noche por un terreno que sólo Avellano conocía. Podrían comer algunos nabos, esperar hasta el crepúsculo y cubrir la corta distancia que les separaba de la granja después de un buen descanso. Entonces -siempre que no salieran los gatos- habría mucho tiempo para ocuparse de la jaula; mientras que si llegaban al amanecer no dispondrían casi de tiempo antes de que los hombres entrasen en escena. Además, así no encontrarían a faltar a los conejos de la jaula hasta la mañana siguiente.

-Y recordad -añadió Avellano- que es probable que estos conejos tarden mucho en llegar a la colina. Tendremos que ser pacientes con ellos. Prefiero hacerlo en la oscuridad, con o sin elil. No nos interesa exponernos a plena luz del día.

-Si la cosa se complica -dijo Pelucón-, siempre podemos dejar a los conejos de la jaula y salir pitando. Los elil atrapan a los que se quedan atrás, ¿no? Sé que es duro, pero si hay verdadero peligro, lo primero son los nuestros. Pero esperemos que eso no suceda.

Cuando llegó el momento de ponerse en marcha, Quinto no se veía por ninguna parte. Avellano sintió alivio, porque tenía miedo de que dijera algo que los acobardase. Pero el único problema al que tuvo que enfrentarse fue el desengaño de Puchero al verse excluido, y eso lo solucionó enseguida asegurándole que la única razón era que ya había hecho su parte. Campanilla, Bellota y Puchero los acompañaron hasta el pie de la colina y se quedaron allí mirando cómo se alejaban por el seto.

Llegaron a los cobertizos poco después del crepúsculo. Aquella noche de verano no hubo lechuzas que les molestaran y todo estaba tan quieto y silencioso que podían oír con claridad el *chuc, chuc, chuc* intermitente y monótono de un ruiseñor en el tejano bosque. Entre los nabos aparecieron dos ratas que les enseñaron los dientes, pero se lo pensaron mejor y los dejaron en paz. Después de comer descansaron cómodamente sobre la paja hasta que la luz de poniente se hubo desvanecido por completo.

Los conejos no tienen nombres para las estrellas, pero, no obstante, Avellano estaba familiarizado con la vista de la Cabra de la constelación del Cochero y ahora observó el cielo hasta que la vio aparecer, dorada y brillante, por el horizonte, al nordeste a la derecha de la granja. Cuando alcanzó cierto punto que él había fijado, al lado de una rama desnuda, despertó a los otros y los condujo pendiente arriba hasta los olmos. Poco antes de llegar a la cumbre se deslizó a través del seto y los llevó hasta el sendero.

Avellano ya había hablado a Pelucón de la promesa que le había hecho a Quinto de rehuir el peligro; y Pelucón, que había cambiado mucho desde los primeros tiempos, no tuvo nada que objetar.

-Si es lo que dice Quinto, es mejor que lo hagas, Avellano -comentó-. De todos modos, nos conviene. Tú te quedas fuera de la granja en un lugar seguro y nosotros te llevaremos los conejos: entonces tomas el mando y nos sacas a todos de allí. -Lo que Avellano no dijo fue que la idea de quedarse en el sendero había sido suya, y que Quinto había accedido porque no pudo convencerle de que renunciara totalmente a la expedición.

Avellano, acurrucado bajo una rama caída al borde del Sendero observó a los otros bajar detrás de Pelucón hacia la granja Iban despacio, a la manera de los conejos, un salto, un paso y una pausa. La noche era oscura y pronto los perdió de vista, aunque podía oír cómo se movían por el lado del largo granero. Se dispuso a esperar.

El deseo de luchar de Pelucón se vio satisfecho casi . El gato que encontró al llegar al extremo del granero no era el mismo que había encontrado Avellano. Este era rubio, negro y blanco (y por tanto una hembra); una de esas gatas delgadas, ágiles, rápidas, de cola inquieta, que se sientan en los alféizares de las granjas cuando llueve o vigilan sobre un montón de sacos en las tardes de sol. Apareció de pronto por la esquina del granero, vio los conejos y se paró en seco.

Sin un instante de vacilación, Pelucón se lanzó directamente hacia ella, como si fuera la rama de haya de la colina. Pero más veloz incluso que él, Diente de León echó a correr, la arañó y saltó fuera de su alcance. Al volverse la gata, Pelucón descargó todo su peso sobre ella desde el otro lado. La gata, enfurecida, mordió y arañó, y Pelucón rodó por el suelo. Los otros le oyeron renegar como si fuese un gato y forcejear para encontrar un asidero. Entonces asestó un golpe contra el costado de la gata con una pata trasera y la pateó rápidamente, por tres veces.

Cualquier conocedor de los gatos sabe que no les gusta que les ataquen. Un perro que intenta ser amable con un gato puede llevarse un buen arañazo. Pero si ese mismo perro se abalanza para atacar, muchos gatos no esperarán la acometida. La gata de la granja estaba aturdida por la velocidad y la furia del ataque de Pelucón. No era cobarde y si una buena cazadora de ratas, pero tuvo la mala suerte de topar con un luchador motivado que ardía en ganas de entrar en acción. Cuando la gata consiguió por fin eludir a Pelucón, Verónica le pateó la cara. Este fue el último golpe, porque la gata herida huyó a través del patio y desapareció bajo la valla del establo de vacas.

Pelucón tenía tres arañazos profundos en la parte interior de una de sus patas traseras y sangraba. Los otros le rodearon, elogiándole, pero él les hizo callar mientras observaba la oscuridad del patio e intentaba serenarse.

-Vamos -dijo-, y deprisa, hay que aprovechar mientras el perro sigue dormido. El cobertizo, la jaula... ¿por dónde se va?

Fue Pico de Halcón el que encontró el pequeño patio. A Avellano le preocupaba que la puerta del cobertizo estuviese cerrada, pero sólo estaba entornada y los cinco se deslizaron al interior, uno por uno. En la densa penumbra no pudieron distinguir la jaula, pero sí oler y oír a los conejos.

-Zarzamora -dijo rápidamente Pelucón-, tú ven conmigo y abre la jaula. Vosotros tres quedaos aquí a vigilar. Si viene otro gato, tendréis que encargaros de él.

-Está bien -contestó Diente de León-. Puedes confiar en nosotros.

Pelucón y Zarzamora encontraron la bala de paja y treparon a los tablones. Entonces Boj habló desde la jaula.

-¿Quiénes sois? Avellano-rah, ¿has vuelto?

-Avellano-rah nos ha enviado -respondió Zarzamora-. Hemos venido a sacaros de aquí. ¿Vendréis con nosotros?

Hubo una pausa y movimiento en el heno y después Trébol contestó:

-Sí, dejadnos salir.

Zarzamora husmeó hasta la puerta de alambre y se sentó y olió la estructura, el mango y la armella del candado. Tardó un rato en darse cuenta de que los goznes de cuero eran lo bastante blandos para morderlos. Entonces se encontró con que estaban tan adheridos al marco que no podía clavar los dientes en ellos. Intentó varias veces hallar un asidero y al final se sentó, sin saber qué hacer.

-No creo que podamos abrir esta puerta -dijo-. ¿Y si buscamos otra salida?

En aquel preciso momento Boj estaba derecha sobre las patas traseras, con las patas delanteras apoyadas en la parte superior de la tela metálica. Su peso hizo que la puerta se inclinara un poco hacia fuera y el gozne superior cedió ligeramente en el punto donde el clavo exterior lo sujetaba al cuerpo de la jaula. Cuando Boj descansó sobre las cuatro patas, Zarzamora vio que el gozne se había aflojado y desprendido de la madera.

-Inténtalo ahora -dijo a Pelucón.

Pelucón clavó los dientes en el gozne y tiró. Se rompió un poco.

-Por Frith, funcionará -exclamó Zarzamora, como el duque de Wellington ante Salamanca-. Sólo necesitamos tiempo, eso es todo.

El gozne estaba bien hecho y no cedió hasta que lo hubieron sometido a muchos más tirones y mordiscos. Diente de León empezaba a ponerse nervioso y dio dos falsas alarmas. Pelucón, dándose cuenta de que los centinelas estaban excitados de tanto vigilar y esperar inactivos, le reemplazó y envió a Verónica a sustituir a Zarzamora. Cuando por fin Diente de León y Verónica consiguieron que el gozne de cuero se desprendiera, Pelucón volvió a la jaula. Pero no parecían haber logrado nada. Cuando uno de los conejos del interior se ponía derecho y apoyaba las patas delanteras en la parte superior de la tela metálica, la puerta giraba un poco sobre el eje del mango y la bisagra inferior. Pero ésta no se rompía. Resoplando entre sus bigotes con impaciencia, Pelucón rescató de nuevo a Zarzamora del umbral.

-¿Qué hacemos? -preguntó-. Necesitamos algo mágico, como aquel trozo de madera que deslizaste hacia el río.

Zarzamora miró la puerta mientras Boj volvía a empujar desde dentro. La parte alta del marco presionaba con fuerza la tira inferior de cuero, pero se mantenía suave y firme, sin ofrecer ningún apoyo a los dientes.

-Empuja hacia el otro lado... empuja desde este lado -dijo-. Empuja tú, Pelucón. Di a ese conejo de dentro que baje.

Cuando Pelucón se levantó y empujó hacia dentro la parte alta de la puerta, el marco giró inmediatamente, porque abajo no había nada en el otro lado que lo detuviera. El gozne de cuero se torció y Pelucón casi perdió el equilibrio. De no haber sido porque la armella de metal detuvo el giro, podría haberse caído dentro de la jaula. Asustado, retrocedió de un salto, gruñendo.

-Bueno, has dicho que querías magia, ¿no? -dijo Zarzamora con satisfacción-. Hazlo otra vez.

Ninguna tira de cuero, sujeta únicamente por un clavo de cabeza ancha en cada extremo, puede resistir una torsión repetida y prolongada. Pronto una de las cabezas casi desapareció bajo los deshilachados bordes.

-Cuidado ahora -dijo Zarzamora-. Si cede de repente, saltarás por los aires. Limítate a arrancarlo con los dientes.

Dos minutos después la puerta sólo colgaba de la armella del candado. Trébol empujó el lado del gozne y salió, seguido por Boj.

Cuando varias criaturas -hombres o animales- han trabajado juntas para vencer a algo que ofrece resistencia Y por fin lo han conseguido, se produce una pausa, como si sintieran la necesidad de rendir homenaje al adversario que se ha defendido tan bien. El vetusto árbol cae, astillándose, resquebrajándose, precipitándose al suelo con todas sus hojas hasta el último y estremecido golpe. Entonces los leñadores guardan silencio y no se sientan . Después de horas de trabajo han conseguido retirar la densa capa de nieve y el camión está listo para llevarse a los hombres lejos del frío. Pero se quedan un rato, apoyados en sus palas y saludan sin sonreír a los conductores que pasan por allí, agitando las manos en señal de gratitud. La difícil puerta de la jaula ya no era más que un pedazo de alambre clavado a un marco hecho de cuatro listones de unos pocos centímetros; y los conejos se sentaron sobre las tablas, olfateándolas en silencio. Al cabo de un rato los otros dos ocupantes de la jaula, Laurel y Almiar, salieron vacilantes y miraron a su alrededor.

-¿Dónde está Avellano-rah? -preguntó Laurel.

-No muy lejos -dijo Zarzamora-. Nos espera en el sendero.

-¿Qué es el sendero?

-¿El sendero? -repitió Zarzamora, sorprendido-. Seguramente...

Se interrumpió al comprender que aquellos conejos nada sabían de prados ni corrales. No tenían la menor idea de cómo era su entorno más inmediato. Reflexionaba sobre esto cuando Pelucón habló.

-No debemos demorarnos ahora -dijo-. Seguidme todos.

-Pero ¿adónde? -inquirió Boj.

-Pues, fuera de aquí, naturalmente -replicó Pelucón con impaciencia.

Boj miró a su alrededor. -No sé... -empezó.

-Pues yo si-dijo Pelucón-. Vosotros seguidme. No os preocupéis por nada más.

Los conejos de jaula se miraron, perplejos. Estaba claro que el gran conejo despeinado les asustaba, con su extraño mechón y su olor a sangre fresca. No sabían qué hacer ni comprendían qué se esperaba de ellos. Recordaban a Avellano; les había excitado ver forzar la puerta y sintieron curiosidad por traspasaría cuando la vieron abierta. Aparte de esto, no tenían ningún propósito ni hubieran podido tenerlo. No tenían más idea de las circunstancias que un niño pequeño decidido a acompañar a los escaladores hasta la cumbre de la montaña.

Zarzamora se desanimó. ¿Qué haría con ellos? Si los dejaba solos, saltarían de un lado a otro en torno al cobertizo y el patio hasta que los gatos los atrapasen. Por iniciativa propia eran tan incapaces de subir las colinas como de volar a la luna. ¿No había alguna forma de hacer que (al menos alguno de ellos) se moviera? Se volvió hacia Trébol.

-Supongo que no has comido nunca hierba por la noche -dijo-. Sabe mucho mejor que durante el día. Vamos todos a probarla, ¿quieres?

-Oh, si -respondió Trébol-, me gustaría. Pero ¿estaremos a salvo? Nos dan mucho miedo los gatos. A veces vienen a mirarnos a través del alambre y nos hacen temblar.

Esto demostraba por lo menos algo de sentido común, pensó Zarzamora.

-El conejo grande puede con cualquier gato -contestó-. Esta noche casi ha matado uno mientras veníamos.

-Y no quiere luchar con otro si puede evitarlo -dijo vivamente Pelucón-, así que si quieres comer hierba a la luz de la luna, vámonos adonde nos espera Avellano.

Al salir al patio, Pelucón pudo distinguir la silueta del gato al que había vencido y que vigilaba ahora desde el montón de leña. Como a todos los gatos, los conejos lo fascinaban y no podía dejar de observarlos, pero no parecía tener estómago para otra pelea y se quedó donde estaba mientras cruzaban el patio.

El avance era penosamente lento. Boj y Trébol parecían haber comprendido que había una especie de urgencia y era evidente que hacían lo posible por seguir, pero los otros dos conejos, en cuanto salieron al patio, se sentaron y se pusieron a mirar a su alrededor como tontos, completamente desorientados. Se demoraron mucho y, en ese intervalo, el gato abandonó el montón de leña y empezó a moverse furtivamente hacia el cobertizo. Sin embargo, Zarzamora consiguió sacarlos del patio. Pero allí, al encontrarse de nuevo en un lugar todavía más descubierto, cayeron en una especie de parálisis, como la que domina a veces a los escaladores en una pared vertical. No podían moverse y permanecieron parpadeando y mirando fijamente la oscuridad, sin hacer caso de la insistencia de Zarzamora o las órdenes de Pelucón. En ese momento otro gato -el atigrado de Avellano- apareció por la esquina de la granja y avanzó hacia ellos. Cuando pasó por delante de la perrera, el labrador se despertó y se enderezó, sacando la cabeza y los hombros y mirando primero hacia un lado y después hacia el otro. Vio los conejos, corrió hasta donde le permitió la cuerda y empezó a ladrar.

-¡Vamos! -acució Pelucón-. No podemos quedarnos aquí. Al camino todo el mundo, y deprisa. Zarzamora, Verónica y Pico de Halcón echaron a correr , llevando con ellos a Boj y Trébol y se ocultaron bajo el granero. Diente de León se quedó junto a Almiar, rogándole que se moviera y esperando sentir en cualquier momento en el lomo las uñas del gato. Pelucón saltó a su lado.

-Diente de León -le dijo al oído-, ¡sal de aquí si no quieres que te maten!

-Pero la... -empezó Diente de León.

-¡Haz lo que te digo! -exclamó Pelucón. El ruido de los ladridos era terrible y él mismo estaba a punto de ceder al pánico. Diente de León titubeó un momento. Entonces dejó a Almiar y subió a toda velocidad por el sendero, con Pelucón a su lado.

Encontraron a los otros reunidos en torno a Avellano, bajo el margen. Boj y Trébol temblaban y parecían exhaustos. Avellano les habló en tono tranquilizador, pero se interrumpió en cuanto Pelucón salió de la oscuridad. El perro dejó de ladrar y se hizo el silencio.

-Ya estamos todos aquí -dijo Pelucón-. ¿Nos vamos, Avellano?

-Pero había cuatro conejos enjaulados -protestó Avellano-. ¿Dónde están los otros dos?

-En la granja -respondió Zarzamora-. No hemos podido hacer nada por ellos; y luego el perro ha empezado a ladrar.

-Sí, ya lo he oído. ¿Quieres decir que están sueltos?

-Y no tardarán en estarlo todavía más -dijo Pelucón, enfadado-. Los gatos los esperan allí.

-¿Por qué los has dejado, entonces?

-Porque no querían moverse. Ya iba todo muy mal antes de que el perro empezase a ladrar.

-¿Está atado el perro? -preguntó Avellano.

-Sí, está atado. Pero ¿acaso piensas que un conejo plantará cara a pocos centímetros de un perro furioso?

-No, claro que no -replicó Avellano-. Has hecho maravillas, Pelucón. Antes de que llegaras me estaban diciendo que le has dado tal paliza a uno de los gatos que tenía miedo de que quisieras repetir. Escucha, ¿crees que tú y Zarzamora, junto con Verónica y Pico de Halcón, podéis llevar a estos dos conejos a la madriguera? Me temo que necesitaréis parte de la noche. No pueden correr muy aprisa y tendrás que ser paciente con ellos. Diente de León, tú ven conmigo, ¿quieres?

-¿Adónde, Avellano-rah?

-A buscar a los otros dos. Eres el más rápido, de modo que no supone ningún riesgo para ti, ¿verdad? Vamos, no te entretengas, Pelucón, sé buen chico. Nos veremos mañana.

Antes de que Pelucón pudiese responder, ya había desaparecido bajo los olmos. Diente de León permaneció donde estaba, mirando indeciso a Pelucón.

-¿Vas a hacer lo que te dice? -preguntó Pelucón.

-¿Y tú, lo harás? -interrogó Diente de León.

Pelucón sólo tardó un momento en comprender que si decía que no, seguiría una desorganización completa. No podía llevar a todos los otros de vuelta a la granja, y no podía dejarlos solos. Refunfuñó algo sobre que Avellano era demasiado embleer listo, arrancó a Pico de Halcón de una bofetada un cardo que estaba mordisqueando y condujo a sus cinco conejos por el margen hacia el campo. Al quedarse solo, Diente de León volvió a la granja a buscar a Avellano.

Cuando pasaba junto al granero pudo oír a Avellano hablando con la hembra Almiar. Ninguno de los dos conejos de la jaula se había movido del lugar donde los dejaran él y Pelucón. El perro había vuelto a su perrera, pero aunque no se le veía, intuyó que estaba despierto y alerta. Salió cautamente de la sombra y se acercó a Avellano.

-Estoy charlando con Almiar -dijo Avellano-. Le he explicado que debemos andar un poco. ¿Crees que podrías ir a hablar con Laurel y convencerle de que venga con nosotros?

Habló casi en tono alegre, pero Diente de León vio sus ojos dilatados y el ligero temblor de sus patas delanteras. El mismo intuía algo peculiar en el aire, una especie de luminosidad. Daba la sensación de que había una curiosa vibración en la distancia. Se volvió para ver si estaban los gatos y, tal como temía, los vio agazapados frente a la granja, a cierta distancia. Si no se acercaban más era seguramente por Pelucón, pero tampoco se iban. Mientras aún los observaba, Diente de León sintió un horror súbito.

-¡Avellano! -murmuró-. ¡Los gatos! Por Frith, ¿qué es ese fulgor verde de sus ojos? ¡Mira!

Avellano se incorporó y entonces Diente de León retrocedió de un salto con verdadero terror, porque los ojos de Avellano despedían un intenso resplandor rojo en la oscuridad. En aquel momento el zumbido de la vibración se incrementó, dominando el rumor de la brisa nocturna entre los olmos. Entonces los cuatro conejos permanecieron como transfigurados por la luz repentina y cegadora que se derramaba sobre ellos como un chaparrón.

Incluso su instinto estaba aturdido bajo aquel terrible fulgor. El perro ladró y después volvió a enmudecer. Diente de León intentó moverse, pero no pudo. El espantoso resplandor parecía atravesarle el cerebro.

El coche, que había subido por el camino hasta los olmos, avanzó unos metros más y se detuvo.

-¡Los conejos de Lucy están fuera, mira!

-¡Ah! Será mejor que los atrapemos . ¡Deja los faros encendidos!

El sonido de voces humanas que llegaba desde más allá de la luz cegadora hizo volver en si a Avellano. No podía ver, pero comprendió que no había ocurrido nada con su oído o su olfato. Cerró los ojos y supo dónde estaba.

-¡Diente de León! ¡Almiar! Cerrad los ojos y corred -dijo. Un momento después olió el liquen y la fría humedad de una de las pilastras de piedra. Estaba debajo del granero. Diente de León se hallaba cerca de él y un poco más lejos, Almiar. Fuera, las botas de los hombres arañaban y rascaban las piedras.

-¡Eso es! ¡Síguelo!

-¡No irá lejos!

-¡Atrápalo!

Avellano se acercó a Almiar.

-Me temo que tendremos que abandonar a Laurel -dijo-. Tú sígueme.

Manteniéndose bajo el suelo elevado del granero, los tres corrieron hacia los olmos. Las voces de los hombres quedaron atrás Cuando ya pensaban que estaban a salvo de la luz de los faros entre la hierba que bordea el sendero, el olor hostil y asfixiante de los gases del tubo de escape aumentó su confusión. Almiar se sentó otra vez y no hubo manera de convencerla de que se moviera.

-¿No deberíamos dejarla, Avellano-rah? -preguntó Diente de León-. Después de todo, los hombres no le harán daño... han cogido a Laurel y lo han devuelto a la jaula.

-Si fuera un macho, diría que sí -contestó Avellano-, pero necesitamos a esta hembra. Para eso hemos venido.

En ese momento percibieron el olor de los palitos blancos encendidos y oyeron a los hombres volver por el corral. Sonaron unos golpes metálicos mientras rebuscaban en el coche. El sonido pareció despertar a Almiar. Se volvió hacia Diente de León.

-Yo no quiero volver a la jaula -dijo.

-¿Estás segura? -preguntó Diente de León.

-Si. Iré con vosotros.

Diente de León se dirigió inmediatamente hacia el seto. No fue hasta que lo hubo cruzado y se metió en la zanja cuando se dio cuenta de que estaba en el lado opuesto del sendero por el que habían venido. Se encontraba en una zanja desconocida. Sin embargo, no había motivo para preocuparse: la zanja conducía pendiente abajo y por ella se iba a su casa. Avanzó lentamente, esperando que Avellano les alcanzara.

Avellano había cruzado el sendero poco después que Diente de León y Almiar. A sus espaldas oía cómo los hombres se alejaban del hrududu. Cuando llegó a la cima del margen, el rayo de una linterna iluminó el sendero y enfocó sus ojos rojos y su cola blanca que desaparecía en el seto.

-¡Allí hay un conejo salvaje, mirad!

-¡Ah! ¡Supongo que los nuestros no andarán lejos! Han subido allí arriba con él. Vamos a echar un vistazo.

En la zanja, Avellano se reunió con Almiar y Diente de León bajo unas zarzas.

-Alejaos deprisa si podéis -le dijo a Almiar-. Los hombres están justo detrás de nosotros.

-No podemos seguir, Avellano -dijo Diente de León-, no sin dejar la zanja. Está bloqueada.

Avellano adelantó la nariz y husmeó. Inmediatamente después de las zarzas, la zanja estaba cerrada por un montón de tierra, malas hierbas y desperdicios. Tendrían que salir a campo abierto. Los hombres ya habían trepado por el margen y la luz de las linternas oscilaba arriba y abajo del seto y a través de las zarzas sobre sus mismas cabezas. Entonces, a pocos metros, oyeron unos pasos por el borde de la zanja. Avellano se volvió hacia Diente de León.

-Escucha -dijo-, voy a correr hasta la otra zanja, para que me vean. Seguro que intentarán enfocarme con aquella luz. Mientras, tú y Almiar trepáis por el margen, os metéis en el seto y echáis a correr hasta el cobertizo de los nabos. Escondeos allí hasta que me reúna con vosotros. ¿Listo?

No había tiempo de discutir. Al cabo de un momento Avellano echó a correr casi entre los pies de los hombres y atravesó el sendero.

-¡Ahí va!

-Pues enfócalo con la linterna. ¡No lo pierdas!

Diente de León y Almiar treparon por la zanja y saltaron al sendero. Avellano, perseguido por el haz luminoso de la linterna, estaba a punto de alcanzar la otra zanja cuando sintió un fuerte golpe en una pata trasera y un dolor agudo y ardiente en el costado. El disparo

sonó un instante después. El conejo dio una voltereta y cayó en una mata de ortigas del fondo de la zanja, y en ese momento percibió vívidamente la fragancia de las flores de las habas al atardecer. No sabía que los hombres llevaban una escopeta.

Avellano se arrastró entre las ortigas, con la pata herida. Los hombres lo iluminarían con la linterna en cualquier momento y lo cogerían. Avanzó dando traspiés a lo largo de la pared interior de la zanja y sintió que le fluía sangre por la pata. De pronto tuvo conciencia de una corriente que le rozaba un lado de la nariz, del olor de una materia podrida y húmeda y de un sonido hueco que retumbaba junto a su misma oreja. Se encontraba ante la boca de una alcantarilla que se vaciaba en la zanja, un túnel suave y frío, más estrecho que un agujero de conejo, pero con suficiente profundidad. Con las orejas gachas y el vientre apretado contra el suelo húmedo se arrastró por la alcantarilla, empujando hacia delante un pequeño montón de barro, y se quedó inmóvil cuando oyó acercarse el rumor de botas.

-No sé si les has dado o no, John.

-Ya lo creo que si. Aquí hay sangre, ¿no lo ves?

-Ah, bueno, pero eso no quiere decir nada. Ahora podría estar muy lejos de aquí. Me parece que lo has perdido.

-Creo que está entre las ortigas.

-Compruébalo.

-Aquí no está.

-Bueno, no podemos vagar de un lado a otro toda la maldita noche. Teníamos que haberlos cogido en cuanto han salido de la jaula. No deberías haber disparado, John. Los has ahuyentado, ¿ves? En fin, puedes venir a buscarlo mañana, si aún está por aquí.

De nuevo se hizo el silencio, pero Avellano continuó inmóvil en el frío del túnel. Le invadió una fría lasitud y se sumió en un profundo sopor, en medio del dolor y los calambres. Al cabo de un rato, un hilo de sangre empezó a gotear por el borde del desagüe en la zanja solitaria y pisoteada.

* * *

Pelucón, agazapado cerca de Zarzamora sobre la paja del establo de vacas, saltó despavorido al oír el disparo a doscientos metros más arriba del sendero. Se dominó y volvió junto a los otros.

-¡No corráis! -dijo con rapidez-. De todos modos, ¿adónde queréis correr? Aquí no hay agujeros.

-Más lejos de la escopeta -contestó Zarzamora, con los ojos en blanco.

-¡Espera! -exclamó Pelucón, escuchando-. Ahora bajan por el sendero, ¿no los oyes?

-Sólo oigo a dos conejos -respondió Zarzamora después de una pausa-, y uno de ellos parece exhausto.

Se miraron y esperaron. Entonces Pelucón volvió a levantarse.

-Quedaos todos aquí -dijo-. Yo iré y los traeré.

Fuera, en el margen, encontró a Diente de León apremiando a Almiar, que iba coja y sin ánimos.

-Entrad aquí, aprisa -dijo Pelucón-. Por el amor de Frith, ¿dónde está Avellano?

-Los hombres le han disparado -contestó Diente de León.

Se reunieron en la paja con los otros cinco conejos. Diente de León no esperó a que le hicieran preguntas.

-Han disparado a Avellano -explicó-. Han cogido a Laurel y lo han vuelto a meter en la jaula. Después han venido a buscarnos. Los tres estábamos en el extremo de una zanja bloqueada. Avellano ha salido por propia iniciativa, para distraer su atención mientras nosotros huíamos. Pero no sabíamos que tenían un arma.

-¿Estás seguro de que lo han matado? -preguntó Verónica.

-No he visto si le han acertado, pero estaban muy cerca de él.

-Será mejor que esperemos -dijo Pelucón.

Esperaron mucho rato. Por fin Diente de León y Pelucón volvieron a subir cautelosamente por el sendero. Encontraron el fondo de la zanja pisoteado y salpicado de sangre, y regresaron para decirlo a los demás.

El viaje de vuelta, con los tres conejos de jaula cojeando, duró más de dos penosas horas. Todos se sentían abatidos e infelices. Cuando llegaron finalmente al pie de la colina, Pelucón dijo a Zarzamora, Verónica y Pico de Halcón que los dejaran y siguieran hasta la madriguera. Alcanzaron el bosque justo al amanecer y un conejo salió corriendo a recibirlos sobre la hierba húmeda. Era Quinto. Zarzamora se detuvo a su lado mientras los otros dos seguían adelante en silencio.

-Quinto -dijo-, tengo malas noticias. Avellano...

-Lo sé -respondió Quinto-. Ahora lo sé.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Zarzamora, sorprendido.

-Cuando veníais por la hierba hace un momento -dijo Quinto en voz muy baja-, detrás de vosotros había un cuarto conejo, cojeando y cubierto de sangre. Corrí a ver quién era, y entonces sólo os he visto a vosotros tres, uno al lado del otro.

Hizo una pausa y miró la colina, como buscando todavía el conejo ensangrentado que había desaparecido en la penumbra. Entonces, como Zarzamora no decía nada más, inquirió:

-¿Sabes qué ha ocurrido?

Cuando Zarzamora le explicó lo sucedido, Quinto volvió a la madriguera y se metió en su agujero vacío. Un poco más tarde, Pelucón trepó por la colina con los conejos de jaula y convocó a todos en el Panal. Quinto no apareció

Fue un triste recibimiento para los extraños. Ni siquiera Campanilla pudo encontrar una palabra alegre. Diente de León estaba inconsolable al pensar que podría haber impedido que Avellano saltara solo de la zanja. La reunión terminó en un silencio melancólico y un silflay inapetente.

Aquella misma mañana llegó Acebo cojeando a la madriguera. De sus tres compañeros, sólo Plateado estaba alerta e ileso. Espino Cerval estaba herido en la cara y Fresón temblaba y se veía enfermo de agotamiento. No había más conejos con ellos.

26. *Quinto en el más allá*

En su terrible viaje, cuando el chamán ha errado a través de oscuros bosques y grandes cordilleras de montañas... llega a un claro del terreno. La etapa más difícil de la aventura empieza ahora. Las profundidades del mundo subterráneo se abren ante él.

Uno Harva, citado por Joseph campbell
en *El héroe de las mil caras*

Quinto yacía en el suelo de tierra del agujero. Fuera, las colinas aún estaban bajo el intenso y deslumbrante sol del mediodía. El rocío que cubría la hierba se había secado pronto y los pinzones enmudecieron a media mañana. Ahora, el aire se agitaba tembloroso en las solitarias extensiones de hierba seca. En el sendero que pasaba ante la madriguera, rutilantes hilos de luz -acuosos espejismos- goteaban y relucían en la hierba más corta y suave. Desde lejos, los árboles del borde del hayal aparecían llenos de sombras grandes y densas, impenetrables para el ojo deslumbrado. El único sonido era el *sip, sip* de los saltamontes, la única fragancia, la del tomillo caliente.

En su conejera, durante las horas más bochornosas, Quinto dormía y despertaba, revolviéndose inquieto y arañando mientras las últimas trazas de humedad se secaban en la tierra sobre su cabeza. Una vez, cuando un reguero de tierra polvorienta cayó del techo, saltó en sueños y, al despertar, se dio cuenta de que estaba en la boca de la galería. Volvió a su conejera a acostarse. Cada vez que se despertaba, recordaba la pérdida de Avellano y sufría de nuevo con la certeza que le había asaltado cuando la figura del conejo desdibujado y cojo desapareció de la colina. ¿Dónde estaría ahora aquel conejo? Empezó a seguirlo entre los caminos enmarañados de sus propios pensamientos, por la cima fría, cubierta de rocío, y por los campos de abajo, velados por la neblina del alba.

La neblina se arremolinaba en torno a Quinto, que se arrastraba entre cardos y ortigas. Ahora ya no podía ver al conejo cojo delante de él. Estaba solo y asustado, pero percibía viejos y familiares olores y sonidos... los del campo donde había nacido. Las espesas malas hierbas del verano ya habían desaparecido. Se hallaba bajo las ramas desnudas de los fresnos y los enebros en flor de marzo. Cruzó el arroyo y subió la pendiente hacia el sendero, hacia el lugar donde Avellano y él habían visto el letrero. ¿Seguiría estando allí? Miró tímidamente el declive. La niebla no le permitía ver con claridad, pero al acercarse vio a un hombre ocupado con un montón de herramientas: una pala, una cuerda y otros utensilios más pequeños cuya utilidad desconocía. El letrero yacía en el suelo. Era más pequeño de lo que recordaba y estaba fijo a una larga tabla que acababa en punta por abajo para poder clavarlo en la tierra. La superficie del letrero era blanca, tal como la recordaba, y la cubrían líneas negras y angulares como palos. Quinto subió la cuesta vacilante y se detuvo cerca del hombre, que miraba un agujero estrecho y profundo practicado en la tierra a sus pies. El hombre se volvió hacia Quinto con la misma amabilidad que un ogro dedicaría a una víctima a la que ambos sabían que daría muerte y comería en cuanto se le antojase hacerlo.

-¡Ah! ¿Y qué estoy haciendo, eh? -dijo el hombre.

-Sí, ¿qué haces? -contestó Quinto, mirando con fijeza y temblando de miedo.

-Sólo coloco este letrero -dijo el hombre-, y supongo que quieres saber por qué, ¿verdad?

-Sí -murmuró Quinto.

-Es por ese viejo Avellano -respondió el hombre-. Tenemos que señalar dónde está, decir algo sobre él, ¿sabes? ¿Y qué crees que dice?

-No lo sé -dijo Quinto-. ¿Cómo... cómo puede decir algo un tablón?

-¡Ah! Pues si que puede -replicó el hombre-. Aquí es donde nosotros sabemos algo que vosotros ignoráis. Por eso os matamos cuando se nos antoja. Si echas una buena mirada a ese tablón es probable que sepas más de lo que sabes ahora.

Bajo la luz brumosa y lívida, Quinto miró el letrero de hito en hito. Mientras miraba, los palos negros oscilaban sobre la superficie blanca. Levantaban sus cabecitas afiladas en forma de cuña y parloteaban juntos como un nido lleno de crías de comadrejas. El sonido, burlón y cruel, penetró débilmente en sus oídos, amortiguado por arena o arpillera. «¡En memoria de Avellano-rah! ¡En memoria de Avellano-rah! ¡En memoria de Avellano-rah! ¡Ja, ja, ja, ja!»

-Pues si, ya ves -dijo el hombre-. Y tengo que colgarlo aquí, en este cartel. Si es que consigo ponerlo derecho. Igual que colgarías un arrendajo o un armiño viejo. ¡Ah! Vamos a colgarlo.

-¡No! -exclamó Quinto-. ¡No, no lo harás!

-Sólo que aún no lo he cogido, ¿sabes? No lo puedo colgar porque se ha ido por este maldito agujero, se ha escondido. Se ha metido en el maldito agujero justo cuando lo teníamos bien colocado y ahora no puedo sacarlo.

Quinto se subió sobre las botas del hombre y miró dentro del agujero. Era circular, un cilindro de tierra cocida que desaparecía verticalmente en el terreno. Llamó: «¡Avellano! ¡Avellano!» Algo se movió en el fondo del agujero y ya estaba a punto de llamar otra vez cuando el hombre se agachó y le golpeó entre las orejas.

Quinto luchaba en una espesa nube de tierra, suave y polvorienta. Alguien decía:

-¡Tranquilo, Quinto, tranquilo!

Se incorporó. Tenía tierra en los ojos, en las orejas y en la nariz. No podía oler nada. Se sacudió y dijo:

-¿Quién es?

-Soy Zarzamora. He venido a ver cómo estabas. No pasa nada, sólo se ha caído un poco de tierra del techo, eso es todo. Hoy ha habido muchos derrumbamientos por toda la madriguera, es debido al calor. De todos modos, creo que te he despertado de una pesadilla. Agitabas las cuatro patas y llamabas a Avellano. ¡Pobre Quinto! ¡Qué desgracia que haya pasado esto! Debemos tratar de sobrellevarlo lo mejor posible. Todos tenemos que dejar de correr algún día, ya lo sabes. Dicen que Frith conoce a todos los conejos, a cada uno de ellos.

-¿Es de noche? -preguntó Quinto.

-Todavía no. Pero hace rato que ha pasado ni-Frith. Acebo y los otros ya han vuelto. Fresón está muy enfermo y no han traído ninguna hembra, ni una sola. La situación no podría ser peor. Acebo sigue durmiendo, estaba completamente exhausto. Ha dicho que nos contaría lo sucedido esta tarde. Cuando le hemos comunicado lo del pobre Avellano, ha dicho... Quinto, no me escuchas. Quizá prefieres que me calle.

-Zarzamora -dijo Quinto-, ¿conoces el lugar donde dispararon a Avellano?

-Sí, Pelucón y yo fuimos a mirar dentro de la zanja antes de irnos. Pero no debes...

-¿Podrías ir allí conmigo ahora?

-¿Volver allí? Oh, no. Es muy lejos, Quinto, ¿y de qué serviría? Es muy arriesgado y hace demasiado calor; sólo conseguirías sentirte más desgraciado.

-Avellano no está muerto -dijo Quinto.

-Sí, los hombres se lo llevaron, Quinto. Vi la sangre.

-Sí, pero no viste a Avellano, porque no está muerto, Zarzamora, tienes que hacer lo que te pido.

-Me pides demasiado

-Entonces tendré que ir solo. Pero lo que te pido es que vengas y salves la vida de Avellano.

Cuando por fin Zarzamora accedió de mala gana y empezaron a bajar por la colina, Quinto iba tan deprisa como si corriera para ponerse a cubierto. Apremió una y otra vez a Zarzamora para que se apresurase. Los campos estaban vacíos bajo la luz deslumbrante. Todas las criaturas mayores que un moscardón se resguardaban del calor. Cuando llegaron a los cobertizos próximos al sendero, Zarzamora empezó a explicar que él y Pelucón habían vuelto para emprender la búsqueda; pero Quinto le interrumpió.

-Tenemos que subir la cuesta, ya lo sé, pero tú debes enseñarme la zanja.

Los olmos estaban quietos. No había el menor sonido entre las hojas. La zanja rebosaba de perifollo borde, cicuta y largos tallos de brionia verde. Zarzamora le guió hasta el pisoteado matorral de ortigas y Quinto se sentó entre ellas, olfateando y mirando a su alrededor en silencio. Zarzamora le observaba con desconsuelo. Un leve hálito de viento sopló por los campos y un mirlo empezó a cantar desde más allá de los olmos. Por fin Quinto se movió hacia el fondo de la zanja. Los insectos zumbaban en sus oídos y de repente una pequeña nube de moscas salió volando de una piedra que sobresalía. No, no era una piedra. Era suave y regular, un borde circular de loza. La boca marrón de un desagüe, manchada de negro en el borde inferior por un hilo de sangre delgado y seco: de sangre de conejo.

-¡El maldito agujero! -murmuró Quinto-. ¡El maldito agujero!

Escudriñó la boca oscura. Estaba bloqueada. Bloqueada por un conejo. Podía olerse con claridad. Un conejo cuyo débil pulso apenas se oía, ampliado en la estrechez del túnel.

-¿Avellano? -dijo Quinto.

Zarzamora estuvo a su lado inmediatamente.

-¿Qué pasa, Quinto?

-Avellano está en ese agujero -dijo Quinto- y está vivo.

27. *No podéis imaginarlo si no habéis estado allí*

El Señor me bendiga, nunca vi gente igual.

Signor Piozzi, citado por Cecilia Thrale

En el Panal, Pelucón y Acebo esperaban para dar inicio a la segunda reunión desde la pérdida de Avellano. Cuando el aire empezó a refrescar, los conejos despertaron y, uno tras otro, bajaron por los corredores que partían de las conejeras más pequeñas. Todos se sentían abatidos e indecisos. Como sucede con el dolor de una herida grave, ha de pasar algún tiempo para que se sienta el efecto de una gran conmoción. Cuando a un niño se le comunica, por primera vez en su vida, que una persona que conoce ha muerto, aunque no lo ponga en duda, puede muy bien ocurrir que no lo comprenda del todo y más tarde pregunte (quizá repetidas veces) dónde está la persona muerta y cuándo volverá. Cuando Puchero hubo plantado en su interior, como un árbol sombrío, la idea de que Avellano no regresaría nunca, el estupor superó a la tristeza, y vio ese mismo estupor en las caras de sus compañeros. No se enfrentaban a una crisis de acción y nada les impedía continuar su vida en la madriguera como hasta entonces, y sin embargo los conejos se sentían vencidos por la convicción de que la suerte los había abandonado. Avellano estaba muerto y la expedición de Acebo había sido un completo fracaso. ¿Qué más podía ocurrir?

Acebo, demacrado, con el erizado pelaje lleno de azotalenguas y fragmentos de bardana, estaba hablando con los tres conejos de corral, intentando tranquilizarlos como buenamente podía. Nadie podía decir ahora que Avellano había perdido la vida en una empresa temeraria. Al menos gracias a él habían conseguido dos hembras para la madriguera. Pero era tan evidente que se sentían a disgusto en su nuevo entorno que le resultaba difícil no dejarse vencer por la idea de que podía esperarse muy poco de ellas. Las conejas inquietas o nerviosas suelen ser estériles; y ¿cómo iban aquellas conejas a sentirse como en casa en aquellas extrañas circunstancias y en un lugar donde todo el mundo estaba sumido en tristes meditaciones? Tal vez morirían, o se marcharían. Una vez más se entregó a la tarea de explicar que estaba seguro de que les esperaban tiempos mejores; y mientras lo decía, se sintió el menos convencido de todos.

Pelucón había enviado a Bellota a ver si faltaba alguien por venir. Bellota regresó para decir que Fresón se sentía demasiado enfermo, y que no había conseguido encontrar ni a Zarzamora ni a Quinto.

-Bueno, dejemos a Quinto -dijo Pelucón-. Pobre muchacho, tal vez es mejor que lo dejemos solo durante un tiempo.

-Pero es que no está en su conejera -dijo Bellota.

-No importa -dijo Pelucón.

Pero sin embargo pensó: «¿Quinto y Zarzamora? ¿Es posible que hayan abandonado la madriguera sin decírselo a nadie? Y silo han hecho, ¿qué ocurrirá cuando los otros se enteren? » ¿Sería prudente pedirle a Kehaar que saliera a buscarlos mientras todavía había luz? Y si Kehaar los encontraba, ¿qué pasaría entonces? No podían obligarlos a regresar. Y si lo hacían, ¿de qué serviría, si ellos querían irse? En ese momento Acebo empezó a hablar y se hizo el silencio.

-Todos sabéis que estamos en un aprieto -dijo Acebo-, y supongo que pronto tendremos que decidir qué es lo más conveniente para nosotros. Pero creo que antes que nada debería explicaros cómo es que nosotros cuatro: Plateado, Espino Cerval, Fresón y yo, hemos regresado sin hembras. No es necesario que me recordéis que cuando partimos pensábamos que iba a ser un asunto sencillo. Y sin embargo, aquí estamos: un conejo enfermo, otro herido y nada que justifique las pérdidas. Os debéis estar preguntando por qué.

-Nadie te culpa, Acebo -dijo Pelucón.

-No sé si soy culpable o no -replicó Acebo-. Vosotros mismos podréis juzgarlo cuando hayáis escuchado la historia.

»La mañana de la partida hacia un tiempo perfecto para los hlessil caminantes y pensamos que no había necesidad de ir con prisas. Recuerdo que hacia fresco y parecía que el día tardaría aún en aclararse y despejarse del todo. Hay una granja no muy lejos de la otra linde del bosque, y aunque no había hombres rondando fuera tan temprano, no me apetecía tomar ese camino, de modo que seguimos avanzando por el terreno elevado del lado de poniente. Esperábamos llegar al borde de la colina, pero allí no hay una ladera abrupta como en la cara norte. La tierra alta se extiende hasta el infinito, descubierta, seca y solitaria. Hay numerosos escondrijos para los conejos, campos de maíz, setos y márgenes, pero no un verdadero bosque, sólo grandes extensiones de tierra ligera salpicada de enormes piedras de pedernal blancas. Yo tenía la esperanza de que encontraríamos un terreno similar al que conocemos, prados y bosques, pero no fue así. De todas formas, encontramos un sendero flanqueado a un lado por un tupido seto y decidimos seguirlo. Nos lo tomamos con calma y nos detuvimos muchas veces, porque quería evitar por todos los medios tropezar con un elil. Estoy seguro de que era un terreno poco apropiado a causa de los armiños y los zorros, y no hubiera sabido qué hacer de habernos topado con uno.

-Estoy casi seguro de que pasamos muy cerca de una comadreja -dijo Plateado-. Pude olerla. Pero ya sabéis cómo son los elil: si no están cazando, por lo general no reparan en uno. Apenas dejamos rastro y enterramos nuestra hraka, como si fuéramos gatos.

-Bien, antes de ni-Frith -continuó Acebo- el sendero nos condujo hasta un bosque alargado y ralo que atravesaba la colina. Los bosques de las tierras bajas son muy extraños, ¿no es cierto? Aquél no era más espeso que el que hay sobre nosotros ahora, pero se extendía hasta donde la vista alcanzaba en ambas direcciones, en una línea completamente recta. Detesto las líneas rectas: son obra del hombre. Y efectivamente, encontramos una carretera junto a ese bosque. Era una carretera solitaria y vacía, pero de todas formas yo no quería estar cerca de ella, así que cruzamos el bosque y salimos a campo abierto. Allí fue donde Kehaar nos vio y nos indicó que cambiásemos de dirección. Le pregunté cómo íbamos y él dijo que estábamos a medio camino, así que pensé que no sería mala idea empezar a buscar un lugar para pasar la noche. No me apetecía dormir al raso y al final escarbamos unos refugios en el fondo de una pequeña hoya. Luego comimos y pasamos la noche bien.

»No creo necesario contaros todos los detalles del viaje. Empezó a llover justo antes del desayuno, y un viento frío y desapacible acompañaba a la lluvia, de modo que nos quedamos donde estábamos hasta después de ni-Frith. Entonces el día se despejó y reanudamos el viaje. La marcha no fue agradable a causa del suelo mojado, pero al caer la tarde calculé que debíamos de estar muy cerca del sitio. Estaba mirando alrededor cuando una liebre salió de entre los pastos y yo le pregunté si sabia de una gran conejera cerca de allí.

»“¿*Éfrafa*? -preguntó-. ¿Vais a Éfrafa?”

»“Sí, si así es como se llama” -respondí.

»“¿La conocéis?”

»“No -dije-, no la conocemos. Queremos saber dónde está.”

»“Bien -dijo él-, mi consejo es que escapéis, y deprisa.”

»Yo estaba preguntándome qué podía significar aquello cuando, de pronto, tres grandes conejos aparecieron en la pendiente, igual que yo la noche que vine a arrestarte, Pelucón, y uno de ellos dijo: “¿Puedo ver vuestras marcas?”

»“¿Marcas? -pregunté-. ¿Qué marcas? No comprendo.”

»“¿No sois de Éfrafa?”

»“No -dije-. Pero es allí adonde nos dirigimos. Somos extranjeros.”

»“Acompañadme” -dijo. Nada de “¿Venís de muy lejos?” o “¿Os habéis mojado mucho?” o algo por el estilo.

»Entonces los tres conejos nos llevaron pendiente abajo y así fue como llegamos a Éfrafa, como ellos la llaman. Y creo que será mejor que os explique algunas cosas para que os enteréis de qué pequeño y sucio puñado de llorones escarba setos somos aquí.

»Éfrafa es una madriguera inmensa, mucho más grande que aquella de la que procedemos, me refiero a la Threarah’s. Y el único temor de los conejos que la habitan es que los hombres los encuentren y los infecten con la ceguera blanca. Toda ella está organizada para ocultar su existencia. Los agujeros están escondidos y todos los conejos del lugar siguen

órdenes estrictas de la Owsla. Allí tu vida no te pertenece, pero a cambio tienes seguridad... si es que vale la pena tenerla a ese precio.

»Además de la Owsla, tienen lo que llaman un Consejo, y cada uno de los conejos del Consejo se cuida de una cuestión determinada. Uno se cuida de la alimentación; otro es responsable de los sistemas de ocultación; otro se cuida de la reproducción, y así sucesivamente. En cuanto a los conejos corrientes, sólo un cierto número puede estar en la superficie al mismo tiempo. Cada conejo recibe una marca cuando es un cachorro: les dan un mordisco profundo bajo la barbilla o en un cuarto trasero o en la pata delantera. Así pueden distinguirlos por la cicatriz el resto de sus vidas. No puedes estar en la superficie a menos que sea la hora establecida para los miembros de tu marca.

-¿Y quién te lo va a impedir? -gruñó Pelucón.

-Esa es la parte más terrorífica. La Owsla... no podéis imaginároslo si no habéis estado allí. El jefe es un conejo llamado Vulneraria; lo llaman general Vulneraria. Después os explicaré más sobre él. Por debajo de él hay capitanes, cada uno a cargo de una marca, y cada capitán tiene sus propios oficiales y centinelas. Siempre hay un capitán de marca con su banda de servicio, de día y de noche. Si sucede que un hombre anda por las cercanías, lo que no es frecuente, los centinelas dan la alarma mucho antes de que se acerque lo suficiente como para ver nada. También avisan de la presencia de los elil. No permiten que nadie suelte la hraka si no es en unos lugares especiales en las zanjas, donde luego la entierran. Y si ven a algún conejo en la superficie que no reconocen como con derecho a estar allí, le exigen ver su marca. Sólo Frith sabrá lo que ocurre si uno no puede justificarse, pero puedo imaginarlo con bastante certeza. Los conejos de Éfrafa a menudo pasan muchos días seguidos sin ver a Frith. Si su marca tiene asignado silflay nocturno, tienen que comer de noche, llueva O escampe, haga frío o haga calor. Todos están acostumbrados a hablar, jugar y aparearse en las madrigueras subterráneas. Si por cualquier motivo una marca no puede silflay a la hora designada, pongamos que hay un hombre trabajando cerca, es una tragedia. Pierden su turno hasta el día siguiente.

-Pero vivir de esa manera tiene que alterarles mucho, ¿no? -dijo Diente de León.

-Mucho, ciertamente -replicó Acebo-. La mayoría sólo pueden hacer lo que les mandan. Nunca han estado fuera de Éfrafa ni han olfateado a un enemigo. El único objetivo de todo conejo en Éfrafa es meterse en la Owsla, por los privilegios; y el único objetivo de todos en la Owsla es meterse en el Consejo. El Consejo disfruta de todo lo mejor. Pero la Owsla se muestra inflexible y brutal. Se turnan para hacer lo que llaman Patrullas Amplias. Recorren los alrededores y viven al aire libre durante días. En parte lo hacen para ver qué pueden descubrir y en parte para entrenarse y desarrollar resistencia y astucia. Retienen a todo hlessil que encuentran y lo llevan a Éfrafa. Y si se niegan a acompañarlos, los matan. Consideran a los hlessil un peligro, porque pueden llamar la atención de los hombres. Las patrullas amplias informan de todo al general Vulneraria y el Consejo decide qué hacer en relación a cualquier novedad que consideran que puede ser un peligro.

-Entonces ¿no pudieron descubrir vuestro rastro cuando ibais para allá? -preguntó Campanilla.

-¡Oh, no, nada de eso! Más tarde nos enteramos de que algún tiempo después de que aquel conejo, el capitán Campeón, nos llevara a la ciudad, llegó un corredor de una de las patrullas amplias para informar que habían encontrado el rastro de tres o cuatro conejos que se acercaban a Éfrafa desde el norte y para pedir órdenes al respecto. Lo enviaron de vuelta para informar de que estábamos felizmente bajo control.

»En fin, el caso es que el tal capitán Campeón nos llevó hasta un agujero en la zanja. La boca del agujero era un pedazo de tubería de barro, y si un hombre la hubiese arrancado, la abertura se habría derrumbado y habría borrado toda señal del corredor del interior. Y allí nos encomendó a otro capitán, porque él tenía que regresar a la superficie para terminar su turno de servicio. Nos llevaron a una gran conejera y nos dijeron que nos instaláramos.

»Había otros conejos en la madriguera y fue escuchándolos y haciéndoles preguntas como me enteré de la mayor parte de lo que os he contado. Hablamos con algunas de las hembras y me hice amigo de una llamada Hyzenthlay.* Le expliqué el problema que teníamos aquí y por qué habíamos ido, y entonces ella nos habló sobre Éfrafa. Cuando terminó, yo dije: “Suena terrible. ¿Siempre ha sido así?” Ella dijo que no; su madre le había contado que en años pasados la conejera estaba en otro lugar y era mucho más pequeña; pero entonces había venido el general Vulneraria, los había obligado a trasladarse a Éfrafa y había ideado todo el

sistema de ocultación, y luego lo había perfeccionado hasta que los conejos de Éfrafa estuvieron tan seguros como las estrellas en el cielo. “Muchos conejos mueren de viejos, si no los mata la Owsla -dijo ella-. Pero el problema es que ahora hay más conejos de los que la conejera puede mantener. Cualquier nueva excavación permitida tiene que hacerse bajo la supervisión de la Owsla y todo va terriblemente despacio y con muchas precauciones. Todo tiene que estar escondido, ¿comprendéis? Éfrafa está superpoblada y muchos conejos no suben a la superficie tan a menudo como convendría. Y por alguna razón, no hay suficientes machos y hay demasiadas hembras. Muchas hemos descubierto que no podemos criar debido a la superpoblación, pero no permiten que nadie se marche. Hace unos días, varias hembras nos presentamos ante el Consejo y preguntamos si podríamos formar una expedición para fundar una nueva madriguera en otro lugar. Dijimos que nos iríamos lejos, muy lejos, tan lejos como ellos quisieran. Pero ni siquiera nos escucharon... descartado. Las cosas no pueden continuar así, el sistema se está viniendo abajo. Pero no conviene que te oigan hablando de ello.”

**Hyzenthlay,* “brillo-rocío-piel”, “pie1 que brilla como el rocío”.

»Bien, pensé yo, eso suena esperanzador. Seguro que no pondrán reparos a nuestra propuesta. Sólo queremos llevarnos algunas hembras, no machos. Ellos tienen más hembras de las que pueden albergar y nosotros queremos llevarlas más lejos de lo que ninguno de ellos ha estado nunca.

»Poco después vino otro capitán y nos dijo que teníamos que acompañarlo a la reunión del Consejo.

»El Consejo estaba reunido en una especie de conejera grande. Es alargada y más bien estrecha... no tan buena como nuestro Panal, porque ellos no tienen raíces de árbol que formen un amplio techo. Tuvimos que esperar fuera mientras discutían sobre otras muchas cuestiones. Nosotros sólo éramos uno más de los asuntos diarios del Consejo: “Extranjeros capturados.” Había otro conejo esperando, vigilado por una guardia especial, la Owslafa, la llaman, la policía del Consejo. Nunca he visto a nadie tan asustado en toda mi vida... creí que se volvería loco de miedo. Le pregunté a uno de los Owslafa cuál era el problema y él dijo que aquel conejo, Negroso, había sido atrapado tratando de escapar de la conejera. Bien, el caso es que lo hicieron entrar en la sala y lo primero que oímos fue al pobre tipo intentando justificarse, y luego empezó a gritar y a pedir clemencia. Y cuando salió vimos que le habían desgarrado las orejas; se las habían dejado peor que la mía. Empezamos a olfatearlo, absolutamente aterrorizados; pero uno de la Owslafa dijo: “No es para tanto. Tiene suerte de estar vivo.” Y mientras aún estábamos meditando sobre el asunto, alguien salió y anunció que el Consejo nos esperaba.

»En cuanto entramos nos colocaron delante del tal general Vulneraria, y por cierto que es un tipo severo. No creo que ni siquiera tú, Pelucón, pudieras rivalizar con él. Es casi tan grande como una liebre y hay algo en su presencia que impone, como si la sangre, la lucha y la muerte formaran parte del trabajo diario para él. Pensé que empezaría preguntándonos quiénes éramos y qué queríamos, pero no hizo nada parecido. Dijo: “Voy a explicaros las leyes de la madriguera y las condiciones bajo las cuales viviréis aquí. Debéis escuchar con atención, porque las leyes deben ser cumplidas y cualquier violación de ellas será castigada.” Yo le interrumpí y dije que debía de haber un malentendido. Nosotros éramos una embajada, dije, venida de otra madriguera para apelar la buena voluntad y la ayuda de Éfrafa. Y expliqué que todo lo que queríamos era su permiso para convencer a algunas hembras de que nos acompañaran a nuestra madriguera. Cuando terminé, el general Vulneraria dijo que eso estaba descartado: no había nada que discutir. Yo repliqué que nos gustaría quedarnos con ellos un día o dos para tratar de hacerles cambiar de opinión.

Oh, sí-dijo él-, os quedaréis. Pero no volveréis a tener ocasión de ocupar el tiempo del Consejo... al menos en los próximos días.”

»Yo dije que aquello me parecía excesivo. Nuestra petición era sin duda razonable. E iba a pedirle que considerase una o dos cosas desde nuestro punto de vista cuando otro de los consejeros, un conejo muy viejo, dijo: “Parecéis pensar que estáis aquí para discutir con nosotros y cerrar un trato. Pero somos nosotros quienes decidiremos qué es lo que vais a hacer.”

»Yo dije que debían recordar que nosotros habíamos venido en representación de otra madriguera, aunque fuera más pequeña que la de ellos, que nos teníamos por sus huéspedes. Y fue sólo al decir esto que descubrí con horrible sorpresa que nos consideraban sus

prisioneros... o como si lo fuésemos, no importa cómo lo llamaran ellos.

»Bien, prefiero no decir nada más sobre el final de aquella reunión. Fresón hizo todo lo posible por ayudarme. Habló con elocuencia sobre la decencia y la camaradería propias de los animales. “Los animales no se comportan como los hombres -dijo-. Si tienen que pelear, pelean, y si tienen que matar, matan. Pero no se sientan y utilizan su ingenio para maquinar maneras de destrozar la vida de las otras criaturas y herirlas. Poseen dignidad y animalidad.”

»Pero todo fue inútil. Al final guardamos silencio y el general Vulneraria dijo: “El Consejo no puede dedicaros más tiempo ahora, así que tendré que dejar que vuestro capitán de marca os comunique las leyes. Os uniréis a la marca del Flanco Derecho, bajo el capitán Buglosa. Más adelante os recibiremos de nuevo y comprobaréis lo amigables y serviciales que podemos mostrarnos con los conejos que responden a lo que se espera de ellos.”

»Y entonces la Owsla nos sacó de la sala para llevarnos a la marca del Flanco Derecho. Al parecer el capitán Buglosa estaba demasiado ocupado para vernos y yo tuve buen cuidado de mantenernos fuera de su camino, porque se me ocurrió que tal vez querría empezar a marcarnos allí mismo. Pero pronto empecé a comprender a qué se refería Hyzenthlay cuando dijo que el sistema ya no funcionaba. Las conejeras estaban superpobladas, al menos según nuestros criterios. Era fácil pasar inadvertido. Ni siquiera todos los conejos de una misma marca se conocían. Encontramos sitio en una conejera y tratamos de dormir un poco, pero al anochecer nos despertaron y nos enviaron a silflay. Pensé que podía ser una buena ocasión para escapar, aprovechando la luz de la luna, pero parecía haber centinelas por todas partes. Y además de los centinelas, el capitán llevaba consigo dos corredores, cuyo trabajo consistía en echar a correr al instante en cualquier dirección desde donde se diera la alarma.

»Cuando hubimos comido, volvimos bajo tierra de nuevo. Casi todos los conejos eran dóciles y sumisos. Los evitamos, porque teníamos intención de escapar si podíamos y no queríamos que nos reconociesen. Pero por más que me esforcé, no se me ocurrió ningún plan.

»La próxima comida fue al día siguiente, poco antes de ni-Frith, y otra vez de vuelta abajo. El tiempo pasaba terriblemente despacio. Al fin, debía de ser a la caída de la tarde, me uní a un pequeño grupo de conejos que estaban escuchando una historia. Y ¿sabéis?, era “La lechuga del rey”. El conejo que la contaba no era ni de lejos tan bueno como Diente de León, pero de todas maneras escuché, porque no tenía otra cosa que hacer. Y cuando llegó a la parte en que El-ahrairah se disfraza y se hace pasar por el médico en el palacio del rey Darzin de pronto se me ocurrió una idea. Era muy arriesgada, pero pensé que podía funcionar, sencillamente porque los conejos de Éfrafa hacen siempre lo que se les manda sin cuestionarlo. Yo había estado observando al capitán Buglosa y me pareció que era un buen tipo, concienzudo y un poco blando, y bastante agobiado porque tenía más trabajo del que podía hacer.

»Esa noche, cuando nos llamaron para silflay, estaba oscuro como boca de lobo y llovía; pero uno no repara en esas menudencias en Éfrafa, porque se siente afortunado de poder salir y comer un poco. Los conejos salieron en tropel y nos rezagamos hasta quedar los últimos. El capitán Buglosa estaba fuera, en la pendiente, con dos de sus centinelas. Plateado y los otros salieron primero y entonces yo me acerqué a él jadeando como si hubiera corrido.

»“¿Capitán Buglosa?”

»“¿Sí? -dijo él-. ¿Qué ocurre?”

» El Consejo requiere tu presencia, de inmediato.”

»¿Qué quieres decir? -preguntó-. ¿Para qué?”

»“Sin duda ya te lo dirán cuando vayas -contesté-. Yo no les haría esperar mucho si estuviera en tu lugar.”

»¿Quién eres tú? -dijo-. Tú no eres uno de los corredores del Consejo. Los conozco a todos. ¿De qué marca eres?”

»“No estoy aquí para contestar a tus preguntas -dije-. ¿Quieres que regrese y les diga que no piensas ir?”

»Al oír esto pareció vacilar y yo hice como que me iba. Pero, de súbito, dijo: “Muy bien... el pobre parecía terriblemente asustado, ¿pero quién va a quedar al cargo aquí mientras yo no estoy?”

»“Yo -dije-. Órdenes del general Vulneraria. Pero regresa pronto. No quiero pasarme la

mitad de la noche haciendo tu trabajo. -Partió como una exhalación. Yo me volví a los otros dos y dije-: Quedaos aquí, y que se os vea activos. Yo voy a controlar a los centinelas.”

»Entonces los cuatro echamos a correr y nos perdimos en la oscuridad y, efectivamente, no habíamos recorrido mucho trecho cuando dos centinelas salieron de la nada y trataron de detenernos. Cargamos contra ellos y pensé que huirían, pero no lo hicieron. Lucharon como locos y uno de ellos le desgarró el hocico a Espino Cerval. Pero nosotros éramos cuatro y al final conseguimos abrirnos paso entre ellos y seguimos corriendo campo a través. Caramba, con la lluvia y la oscuridad no sabíamos ni en qué dirección íbamos. Creo que la razón de que la persecución se retrasara fue que el viejo Buglosa no estaba allí para dar las órdenes. En fin, el caso es que empezamos con buen pie. Pero pronto descubrimos que nos estaban siguiendo, y lo que es peor, que nos estaban alcanzando.

»La Owsla de Éfrafa no es cosa de broma, creedme. Los escogen a todos por el tamaño y la fuerza, y dominan como nadie el arte de moverse en la oscuridad bajo la lluvia. Tienen tanto miedo del Consejo que no temen a nada más. No tardé en comprender que estábamos en un aprieto. La patrulla que nos perseguía podía seguirnos en la oscuridad y bajo la lluvia más deprisa de lo que nosotros podíamos correr y pronto los tuvimos pegados a los talones. Estaba a punto de decirles a los otros que no quedaba otro remedio que volvernos y luchar cuando llegamos a una gran pendiente escarpada que parecía subir derecha hasta el cielo. Era más empinada que nuestra ladera, y la pendiente parecía regular, como si la hubiesen construido los hombres.

»No había tiempo para pensarlo, así que corrimos pendiente arriba. Estaba cubierta de hierbas ásperas y arbustos. No sé qué distancia había hasta la cima exactamente, pero diría que era tan alta como un serbal crecido, quizá un poco más. Cuando llegamos a la cima nos encontramos sobre unas piedrecitas pálidas que se movían cuando corríamos sobre ellas. Eso nos traicionó. Entonces tropezamos con unos trozos de madera anchos y planos y dos grandes barras de metal fijas que emitían un sonido... una especie de zumbido sordo en la oscuridad. Estaba diciendo para mis adentros “Esto es obra de los hombres” cuando caí por el otro lado. No había advertido que la cima de la pendiente era muy estrecha y que el otro lado era igual de escarpado. Caí de cabeza por la pendiente en la oscuridad y fui a parar contra un saúco; y allí me quedé.

Acebo se interrumpió y estuvo un rato callado, como si estuviera ordenando sus recuerdos. Al fin dijo:

-Me resulta muy difícil describiros lo que ocurrió después. Aunque los cuatro estábamos allí, todavía no lo comprendemos. Pero lo que voy a decir ahora es la cruda verdad. El Señor Frith envió a uno de sus grandes Mensajeros para salvarnos de la Owsla de Éfrafa. Todos habíamos caído por el borde de la pendiente por diferentes sitios. Espino Cerval, medio cegado por su propia sangre, bajó casi hasta el fondo. Yo me había levantado y había vuelto la vista hacia la cima. Había suficiente luz en el cielo para ver a los de Éfrafa si asomaban por allí. Y entonces... entonces una cosa enorme... no puedo describiros cómo era... tan grande como un millar de hrududil... más grande... salió corriendo de la noche. Estaba llena de fuego y humo y luz, y rugía y golpeaba las vías de metal, y la tierra temblaba. Se interpuso entre los de Éfrafa y nosotros como un millar de tormentas con rayos. Os diré que no me dio tiempo ni a asustarme. No podía moverme. El relampagueo y el fragor... fue como si rasgaran la noche. No sé qué les ocurrió a los efrafanos, si escaparon o si los aplastó. Y, de súbito, se desvaneció y escuchamos el traqueteo y el sonido metálico perdiéndose en la distancia. Estábamos completamente solos.

»Fui incapaz de moverme durante un buen rato. Al fin me levanté y fui encontrando a los otros, uno a uno, en la oscuridad. Ninguno dijo una palabra. Al pie de la pendiente descubrimos una especie de túnel que atravesaba el talud de parte a parte. Nos arrastramos por él y fuimos a salir del lado por el que habíamos subido. Luego caminamos un largo trecho a través de los campos, hasta que consideré que nos hablamos alejado bastante de Éfrafa. Nos arrastramos a una zanja y dormimos allí, los cuatro, hasta la mañana. Nada había que impidiera que se acercara alguna criatura y nos matase, y sin embargo nos sabíamos a salvo. Quizá penséis que es algo maravilloso ser salvado por el Señor Frith en su poder. Me pregunto a cuántos conejos les habrá ocurrido. Pero os diré una cosa, fue mucho más terrorífico que ser perseguido por la Owsla. Ninguno de nosotros olvidará lo que sentimos tendidos en aquella pendiente bajo la lluvia, mientras la criatura de fuego pasaba sobre nuestras cabezas. ¿Por qué vino en nuestra ayuda? Eso es algo que nunca sabremos.

»A la mañana siguiente eché una mirada alrededor y pronto supe cuál era la dirección

correcta. Esas cosas siempre se saben. Había dejado de llover y nos pusimos en camino. Pero el viaje de regreso fue muy duro. Estábamos exhaustos mucho antes del final... todos excepto Plateado; no sé qué habríamos hecho sin él. Caminamos todo un día y una noche sin tomar un verdadero descanso. Lo único que deseábamos era estar de vuelta en casa lo antes posible. Cuando alcancé el bosque esta mañana, avanzaba penosamente sumido en una pesadilla. En realidad, me temo que no estoy mucho mejor que el pobre viejo Fresón. No se quejó ni una sola vez, pero necesitará un largo descanso, y creo que yo también. Y en cuanto a Espino Cerval... ésta es la segunda herida grave que recibe. Pero eso no es lo peor, ¿no es cierto? Hemos perdido a Avellano, lo peor que podía haber ocurrido. Algunos me preguntasteis antes si sería el Conejo Jefe. Me alegra saber que confiáis en mí, pero estoy completamente exhausto y no me siento con fuerzas para aceptar ahora. Me siento tan seco y vacío como un pedo de lobo en otoño... como si el viento pudiera arrancarme la piel.

28. *Al pie de la colina*

> Fue la más grande de las dichas estar solo y no sentirme abandonado. ¡Oh, si! En lo más hondo del horror y las tinieblas alcanzar a vislumbrar el hogar.
>
> Walter de la Mare, *The Pilgrim*

-¿Por qué no salimos a silflay? -preguntó Diente de León-. Te iría bien cambiar de aires un rato. Y hace una tarde estupenda, si el olfato no me engaña. Hemos de procurar no desanimarnos más de lo necesario, ¿no te parece?

-Si, Acebo. Pero antes de que salgamos -intervino Pelucón- quería que supieras que no creo que ningún otro conejo hubiera sido capaz de sacar a sus compañeros con vida de un lugar como ése.

-Era la voluntad de Frith que volviéramos -replicó Acebo-. Ésa es la verdadera razón por la que estamos aquí.

Al volverse para seguir a Verónica por el pequeño corredor que salía al bosque se encontró con Trébol.

-Para vosotros debe de resultar muy extraño eso de salir al aire libre y comer hierba -le dijo-. Pero os acostumbraréis, ya verás. Puedo asegurarte que Avellano-rah no se equivocaba cuando dijo que esto es mejor que vivir en un corral de los hombres. Ven, te enseñaré un precioso lugar donde hay un césped bien cortito, si es que Pelucón no se lo ha comido todo durante mi ausencia.

Trébol le resultaba simpática. Parecía más fuerte y menos tímida que Boj y Almiar, y saltaba a la vista que se esforzaba por adaptarse a la vida en la madriguera. Si sería de buena pasta o no no podía decirlo, pero parecía bastante saludable.

-Estar bajo tierra está bien -dijo Trébol cuando salieron al fresco del exterior-. Es casi como estar en una conejera, sólo que está más oscuro. Para nosotros lo realmente difícil es tener que salir fuera para comer. No estamos acostumbrados a tener la libertad de ir adonde nos plazca, y no sabemos muy bien qué hacer. Vosotros lo hacéis todo deprisa y corriendo, y la mayoría de las veces ni siquiera entendemos por qué. Preferiría no comer muy lejos de la madriguera, si no te importa.

Avanzaron lentamente por entre la hierba, mordisqueando aquí y allá a la luz del crepúsculo. Trébol pronto quedó absorbida en su comida, pero Acebo se detenía continuamente y olisqueaba el aire de la loma tranquila y desierta. Un poco más allá advirtió la presencia de Pelucón, que miraba fijamente hacia el norte, y con sus ojos siguió la dirección de su mirada.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Es Zarzamora. -Su voz parecía aliviada.

Zarzamora apareció dando pequeños saltitos por el horizonte. Tenía aspecto de cansado,

pero tan pronto los vio aceleró el paso y se dirigió hacia Pelucón.

-¿Dónde has estado? -quiso saber éste-. ¿Dónde está Quinto? ¿No estaba contigo?

-Quinto está con Avellano -respondió Zarzamora-. Está vivo. Lo han herido. No sé si es grave, pero no morirá.

Los otros tres conejos lo miraron mudos de asombro, y Zarzamora aguardó unos instantes, disfrutando del efecto que habían causado sus palabras.

-¡¿Avellano está vivo?! -preguntó Pelucón-. ¿Estás seguro?

-Segurísimo. Está al pie de la colina, en la zanja donde te encontraron Acebo y Campanilla la noche que llegaron.

-No me lo puedo creer -exclamó Acebo-. Si eso es cierto, son las mejores noticias que he oído en mi vida. ¿De verdad estás seguro, Zarzamora? ¿Qué ha pasado? Cuéntanos.

-Quinto lo encontró. Me llevó con él, no muy lejos de la granja. Entonces siguió durante un trecho la zanja y encontró a Avellano escondido en un tubo de desagüe. Estaba muy débil, porque había perdido mucha sangre, y no podía salir solo. No fue capaz ni de darse la vuelta, así es que tuvimos que tirar de su pata buena para sacarlo.

-¿Y cómo sabía Quinto dónde encontrarlo?

-¿Cómo sabe Quinto las cosas que sabe? Ni idea, así que mejor se lo preguntas a él. Cuando conseguimos sacar a Avellano, Quinto lo examinó para ver si estaba malherido. Tiene una herida muy fea en una de las patas traseras, pero el hueso no está roto, y tiene un costado lleno de magulladuras. Lo limpiamos todo lo mejor que pudimos y nos preparamos para traerlo de vuelta. Nos ha llevado toda la tarde. ¿Te imaginas? A pleno día, no se oía ni una mosca, y nosotros con un conejo cojo que apestaba a sangre fresca. Por suerte ha sido el día más caluroso de este verano, no se veía ni un ratón. Cada tanto rato nos deteníamos y descansábamos resguardados entre el perifollo borde. Yo estaba muerto de miedo, pero Quinto estaba tan tranquilo como una mariposa posada sobre una roca. No dejaba de decir «No os preocupéis. No hay por qué tener miedo. Podemos tomarnos nuestro tiempo». Después de lo que había visto, le habría creído incluso si hubiera dicho que podía cazar zorros. Bueno, el caso es que para cuando llegamos al pie de la colina, Avellano estaba exhausto y fue incapaz de dar un paso más. Quinto y él se han quedado escondidos entre la maleza, y yo he venido para avisaros. Y aquí estoy.

Hubo un silencio, mientras Acebo y Pelucón asimilaban lo que acababan de oír. Finalmente, éste dijo:

-¿Se quedarán allí esta noche?

-Eso creo. Dudo mucho que Avellano sea capaz de subir por la colina hasta que no esté un poco más fuerte.

-Entonces iré con ellos. Puedo ayudar a Quinto a adecentar la zanja, y estoy seguro de que le alegrará tener a alguien que le ayude a cuidar de Avellano.

-Pues date prisa, entonces -dijo Zarzamora-. El sol se pondrá pronto.

-¡Bah! Si me encuentro un armiño, será mejor que se ande con cuidado. Mañana os traeré uno cuando vuelva -y desapareció por el borde de la colina.

-Vamos dentro a avisar a los otros -dijo Acebo-. Vas a tener que repetirlo todo otra vez, Zarzamora.

Recorrer, a pleno sol, el kilómetro que separaba Nuthanger del pie de la colina le había resultado a Avellano más difícil que ninguna otra cosa en su vida. Si Quinto no le hubiera encontrado, habría muerto en aquel tubo. De hecho, al principio, cuando éste consiguió atravesar el profundo y oscuro sopor en el que estaba sumido con su insistencia, no había querido responder. Le resultaba más fácil seguir así. Más tarde, ya en la penumbra de la zanja, cuando Quinto examinaba sus heridas y comprobaba si era capaz de levantarse y caminar, se le hizo insoportable la idea de tener que incorporarse y recorrer el camino de vuelta. Las magulladuras del costado le ardían, y el dolor de la pata le había enturbiado los sentidos. Se sentía mareado, y no podía ni oler ni oír bien. Pero, finalmente, comprendió que Quinto y Zarzamora se habían arriesgado a volver a la granja a plena luz del día sólo por él; se obligó a incorporarse y bajó dando traspiés hasta el camino. No podía enfocar bien y tenía que detenerse constantemente. Sin el aliento de Quinto, se hubiera dejado caer una vez más y se

hubiera rendido. Fue incapaz de subir por el terraplén del camino, y tuvo que seguirlo, cojeando, hasta encontrar una verja por la que poder deslizarse. Mucho más tarde, cuando llegaron a la altura de las torres de alta tensión, recordó la zanja cubierta de maleza que había al pie de la colina y se hizo el propósito de llegar hasta allí. Pero cuando llegaron, se echó en el suelo y al punto quedó nuevamente sumido en el profundo sueño del agotamiento.

Cuando Pelucón llegó, encontró a Quinto entre la hierba, aprovechando un momento para comer. Ni que decir tiene que no querían molestar a Avellano escarbando, así que permanecieron toda la noche encogidos junto a él en el poco espacio que tenían.

Al dejar su escondite en la pálida luz que precede al alba, lo primero que vio Pelucón fue la figura de Kehaar, que buscaba comida entre los saúcos. Para llamar su atención, golpeó con sus patas el suelo y el pájaro voló hasta él deslizándose plácidamente entre los árboles.

-¿Senior Pelucón encontrar senior Aveyano?

-Si -dijo Pelucón-. Está ahí, en la zanja.

-¿No muerto?

-No, pero está herido, y se siente muy débil. Los hombres de la granja le dispararon, ¿sabes?

-¿Sacar piedras negro?

-¿Qué quieres decir?

-Gran pistola siempre salir piedra pequeño negra.

-No sé, yo no sé nada de pistolas.

-Sacar piedras negra mejor. Él venir ahora.

-Voy a ver -dijo Pelucón. Al bajar, encontró a Avellano levantado y hablando con Quinto. Cuando le dijo que Kehaar estaba allí, Avellano se arrastró por la pequeña pendiente hasta la hierba.

-Pistola mala -dijo Kehaar-. Poner piedra pequeña para hacer daño a ti. Yo mira.

-Supongo que es mejor que lo hagas. Mi pata todavía está bastante mal, me temo.

Avellano se tumbó y la cabeza de Kehaar empezó a moverse de un lado a otro, como si buscara caracoles en la piel marrón del conejo. Sus ojos recorrieron cada milímetro de su costado.

-No piedras aquí -dijo-. Ahora miro pata. Hace poco danio.

Había dos balas alojadas en el músculo de su cadera. Kehaar las localizó por el olor y las sacó de la misma forma que hubiera podido sacar un par de arañas de una grieta. Avellano apenas había tenido tiempo de sentir nada y Pelucón ya estaba oliendo las balas sobre la hierba.

-Ahora más sangre -dijo Kehaar-. Tú queda uno o dos días. Después bien. Conejos espera senior Aveyano. Yo decir tú viene. -Y salió volando antes de que pudieran replicar nada.

Y así fueron las cosas. Avellano permanecería aún tres días al pie de la colina. El tiempo seguía siendo caluroso, y pasaba la mayor parte del día dormitando entre los saúcos, como un hlessil solitario, sintiendo cómo sus fuerzas volvían a él. Quinto se quedó con él, cuidándose de limpiarle las heridas y supervisando su recuperación. A menudo permanecían juntos durante horas, sin decir una palabra, tumbados sobre la hierba áspera y tibia mientras las sombras se deslizaban hacia el crepúsculo, hasta que el mirlo levantaba su cola y alzaba el vuelo para buscar un lugar seguro donde posarse y pasar la noche. Ninguno de ellos mencionó la granja de Nuthanger, pero por la actitud de Avellano dejaba verse que, en lo sucesivo, cuando Quinto diera algún consejo, él lo seguiría a pies juntillas.

-Hrair-roo -dijo Avellano una tarde-, ¿qué hubiéramos hecho sin ti? Ninguno de nosotros estaría aquí, ¿no es cierto?

-Entonces, ¿estás seguro de que estamos aquí? -le preguntó Quinto.

-Eres demasiado misterioso. ¿Qué quieres decir?

-Bueno, existe otro lugar, otro... mundo, ¿no es cierto? Vamos allí cuando dormimos, y en otras ocasiones, y cuando morimos. Supongo que El-ahrairah va y viene entre estos dos

lugares a voluntad, pero nunca me lo he acabado de creer cuando oigo contar esas historias. Hay conejos que dirían que allí todo es más fácil, comparado con los constantes peligros que tenemos que afrontar aquí. Pero yo creo que en realidad eso sólo demuestra lo poco que saben de él. Es un sitio salvaje y muy poco seguro. ¿Dónde estamos nosotros ahora, aquí o allí?

-Nuestros cuerpos siguen aquí... y a mí eso me basta. Quizá debieras hablar con Argentina, tal vez él pueda decirte algo más.

-¡Oh, le recuerdas! Eso es lo que sentí cuando le escuchaba. Me aterrorizaba y, sin embargo, sabía que era yo quien mejor podía entenderle. Él sabía a qué lugar pertenecía, y no era a este mundo. Pobre tipo, estoy seguro de que está muerto. Lo tenían bien pillado. Y esa gente no revela sus secretos a cambio de nada. ¡Ah, mira! Ahí vienen Acebo y Zarzamora. Creo que será mejor que nos aseguremos de que estamos aquí por el momento.

Acebo ya había bajado a ver a Avellano el día anterior, Y le había contado la historia de su fuga de Éfrafa. Cuando llegó a la parte de la aparición que les había salvado en mitad de la noche, Quinto escuchó atentamente e hizo una pregunta: «¿Hacia ruido?» Y cuando Acebo se marchó, le dijo a Avellano que estaba convencido de que tenía que haber una explicación natural, aunque no tenía ni idea de cuál pudiera ser. Avellano, por su parte, no había mostrado mayor interés. Para él lo importante era el desengaño que se habían llevado. Acebo no había conseguido nada, y eso se debía en parte a lo poco amistosos que se habían mostrado los conejos de Éfrafa. Aquella tarde, en cuanto empezaron a comer, Avellano sacó de nuevo el tema.

-Acebo -dijo-, me parece que aún estamos muy lejos de haber solucionado el problema. Tú has hecho lo indecible y no has conseguido nada, y me temo que nuestra incursión en la granja no ha sido más que una travesura estúpida... y me ha salido muy cara. Aún está por excavar el hoyo más hondo.

-Tal vez a ti te parezca una travesura -replicó Acebo-, pero por lo menos tú conseguiste dos hembras, y son las únicas que tenemos.

-¿Son buenas?

Las ideas que los machos humanos han llegado a considerar cuando piensan en las hembras -instinto de protección, fidelidad, romanticismo y cosas por el estilo- son desconocidas para los conejos, por supuesto, aunque forman fuertes vínculos con mayor frecuencia de la que los humanos creen. Sin embargo, nada saben de romanticismos, y para Avellano y Acebo considerar a las dos hembras de Nuthanger sólo como un medio de perpetuarse era algo natural. Era por eso precisamente que habían arriesgado sus vidas.

-Bueno, es difícil saberlo todavía -replicó Acebo-. Pero están haciendo grandes esfuerzos por adaptarse... sobre todo Trébol. Parece muy sensata. Pero se las ve tan indefensas... nunca había visto nada igual... y no sé si serán capaces de aguantar el mal tiempo. Tal vez sobrevivan al invierno, pero también cabe la posibilidad de que no lo hagan. Aunque claro, tú no podías saberlo cuando las sacaste de la granja.

-Con un poco de suerte, podrían tener una camada cada una antes del invierno -dijo Avellano-. Sé que ya ha pasado la época de apareamiento, pero las cosas están tan revueltas que nunca se sabe.

-Si quieres que te diga la verdad, dos hembras son bien poca cosa. Y es posible que aún tarden un tiempo en criar, en parte porque ya ha pasado la época y en parte porque están en un entorno extraño para ellas. Y cuando tengan esas crías, seguramente serán igual de remilgadas que los conejos de granja. ¿Qué esperabas, eh? De todas formas tendremos que arreglárnoslas con lo que tenemos.

-¿Se ha apareado ya algún conejo con ellas? -preguntó Avellano.

-No parecen estar preparadas todavía. Pero cuando lo estén, seguro que habrá peleas en la madriguera.

-Si, es un problema. No podremos arreglarnos sólo con dos hembras.

-Pero ¿qué podemos hacer?

-Lo que tenemos que hacer está muy claro -dijo Avellano-. Lo que no está tan claro es el cómo. Tenemos que volver a Éfrafa y traer algunas hembras.

-Traer conejas de Éfrafa es tan imposible como traerlas de Inlé, Avellano-rah. Será que

no he sido lo suficiente elocuente cuando te describí cómo es.

-Sí, si lo has sido... y te aseguro que me aterroriza pensarlo. Pero tenemos que hacerlo.

-Es imposible.

-Es imposible conseguir nada por la fuerza o con palabras, es cierto. Pero podemos idear un engaño.

-No hay engaño capaz de burlar a esos bichos, créeme. Ellos son muchos más y están muy bien organizados. Y si te digo que pueden pelear, correr y seguir un rastro tan bien como nosotros, es porque es así, muchos lo hacen incluso mejor.

-Con el engaño -dijo Avellano volviéndose a Zarzamora, que hasta entonces había permanecido mordisqueando briznas de hierba y escuchando en silencio- tenemos que conseguir tres cosas. Primero, las hembras. Segundo, tendremos que burlar la persecución. Porque nos perseguirán, eso está claro, y no podemos esperar otro milagro. Pero eso no es todo. Cuando hayamos conseguido salir de allí, tenemos que quedar fuera del alcance de las patrullas amplias.

-Sí -asintió Zarzamora con aire dubitativo-. Sí, estoy de acuerdo contigo. Para salir airosos tendríamos que conseguir esas tres cosas.

-Sí, Zarzamora. Y el engaño lo vas a idear tú.

El dulce aroma del cornejo impregnaba el aire; bajo el sol del atardecer los insectos zumbaban alrededor de las cimas densas y blancas que colgaban por encima de la hierba. Un par de escarabajos de color marrón y naranja, interrumpidos por los conejos, que mordisqueaban la hierba, salieron volando y se alejaron, todavía acoplados.

-Ellos se aparean -dijo Avellano, mientras los veía alejarse-, nosotros no. Un engaño, Zarzamora, un engaño para que podamos acabar con esta situación de una vez por todas.

-La primera cosa podría conseguirse, aunque es peligrosa, pero las otras dos... no sé. Además, me gustaría discutir todo esto con Quinto.

-Cuanto antes volvamos Quinto y yo a la madriguera, tanto mejor -dijo Avellano-. Mi pata ya está bastante bien, pero creo que esperaré otra noche. Mi buen Acebo, ¿puedes decirles que Quinto y yo estaremos de vuelta mañana temprano? Me preocupa que Plateado y Pelucón puedan ponerse a pelear por Trébol.

-Escucha, Avellano -fue la respuesta de Acebo-. No me gusta nada esa idea tuya. Tú no has estado en Éfrafa, yo si. Estás cometiendo un grave error y es posible que nos lleves a todos de cabeza a la muerte.

Esta vez fue Quinto el que respondió.

-Sé que tendría que estar de acuerdo contigo, pero el caso es que no es así. Estoy convencido de que podemos hacerlo. De todas maneras, creo que Avellano tiene razón, es la única posibilidad que nos queda. ¿Por qué no lo discutimos un poco?

-No ahora -dijo Avellano-. Es tiempo de resguardarse. Vamos. Vosotros tal vez podáis ver algún rayo mas de sol si subís corriendo por la colina. Buenas noches.

29. *El regreso y la partida*

> A aquel que no tiene estómago para luchar, déjale partir, y dale pasaporte, y en su bolsa has de poner coronas como escolta
>
> No moriremos en la compañía de quien por su amistad teme morir con nosotros.

Shakespeare, *Enrique V*

A la mañana siguiente, todos los conejos salieron a silflay al alba y aguardaron la llegada de Avellano con gran expectación. Los días anteriores, Zarzamora había tenido que repetir varias veces la historia de su viaje a la granja y el hallazgo de Avellano en la tubería. Uno o dos conejos habían insinuado que fue Kehaar el que encontró a Avellano y se lo dijo en secreto a Quinto. Pero Kehaar negó tal cosa y, cuando lo presionaron, replicó crípticamente que Quinto había viajado mucho más que él. Por lo que se refiere a Avellano, había adquirido a los ojos de todos un halo de magia. En la madriguera, Diente de León fue el último en hacer justicia a una buena historia, y elogió grandemente la heroica carrera de Avellano desde la zanja para salvar a sus amigos de los granjeros. Nadie sugirió en ningún momento que Avellano pudiera haber sido imprudente al ir a la granja. Contra todo pronóstico, había traído aquellas dos hembras a la madriguera, y ahora iba a devolverles la suerte también.

Justo antes de la salida del sol, Puchero y Verónica vieron a Quinto aparecer entre la hierba húmeda cerca de la cima de la loma. Corrieron a su encuentro y esperaron con él hasta que Avellano llegó donde estaban. Avellano cojeaba y saltaba a la vista que le había costado un gran esfuerzo subir la pendiente. Pero, después de un breve descanso y de haber comido un poco, corrió hasta la madriguera casi tan deprisa como los otros. Los conejos se apiñaron en torno a él. Todos querían tocarlo. Lo olieron, lo vapulearon y lo tiraron por el césped, hasta el punto de que casi se sintió agredido. Los humanos, en ocasiones como ésta, tienen un sinfín de preguntas que hacer, pero los conejos manifestaban su alegría limitándose a comprobar con sus sentidos que aquél era realmente Avellano-rah. Lo único que éste podía hacer era aguantar. «Me pregunto qué harían si me rindiera -pensó Avellano-. Apuesto a que me echarían a patadas. No les gustaría tener un Conejo Jefe tullido. Esto es una bienvenida, pero también una prueba, aunque ellos no lo sepan. Bribones, ya me llegará a mí el turno de probarlos también. »

Se quitó a Espino Cerval y a Verónica de encima y escapó al lindero del bosque. Fresón y Boj estaban en el terraplén y Avellano se reunió con ellos y se puso a lavarse y a acicalarse al sol.

-Podríamos arreglárnoslas con unos pocos conejos educados como tú -le dijo a Boj-. Mira aquellos brutos... Casi me matan. ¿Qué pensáis de nosotros? Espero que os sintáis más cómodos ahora.

-Bueno -respondió él-. Todo esto nos resulta muy extraño, pero estamos aprendiendo. Fresón me está ayudando mucho. Precisamente estábamos comprobando cuántos olores soy capaz de identificar en el viento, pero eso es algo que vendrá con el tiempo. Los olores son terriblemente fuertes en una granja, ¿sabes? Y no significan gran cosa cuando vives detrás de un alambre. Por lo que he podido ver, parece que todos os guiáis por el olfato.

-Por ahora, tú procura no arriesgarte -fue el consejo de Avellano-. No te alejes nunca de las madrigueras, no salgas solo y esas cosas. ¿Y tú qué, Fresón? ¿Estás mejor?

-Más o menos -respondió Fresón-. Duermo mucho y paso mucho tiempo al sol, Avellano-rah. He pasado un miedo terrible, ése es el problema. He pasado días temblando de miedo. No dejaba de pensar que estaba de vuelta en Éfrafa.

-¿Cómo es Éfrafa? -quiso saber Avellano.

-Antes moriría que volver allí o arriesgarme a acercarme siquiera. No sé qué era peor, si el aburrimiento o el miedo. Y sin embargo -añadió tras unos instantes-, hay conejos allí que serían como nosotros si pudieran vivir en la naturaleza. Algunos se pondrían muy contentos si pudieran escapar.

Antes de entrar en la madriguera, Avellano habló con casi todos los conejos. Tal como esperaba, estaban decepcionados por el fracaso de Éfrafa, y llenos de indignación por el mal trato que habían recibido Acebo y sus compañeros. Más de uno pensaba, al igual que Acebo, que aquellas dos hembras no traerían más que problemas.

-Tendrían que ser más, Avellano -le comentó Pelucón-. Vamos a estar todo el tiempo

peleando, y no sé cómo vamos a evitarlo.

Más tarde, pasado el mediodía, Avellano los convocó a todos en el Panal.

-He estado pensando -dijo-. Sé que muchos de vosotros os sentiréis decepcionados por no haber podido libraros de mí el otro día en la granja, así es que he decidido ir un poco más lejos.

-¿Adónde? -preguntó Campanilla.

-A Éfrafa. Si consigo encontrar a alguien que quiera acompañarme. Y traeremos las hembras que necesita la madriguera.

Un murmullo de asombro recorrió la concurrencia.

-¿Cómo? -preguntó Verónica.

-Zarzamora y yo tenemos un plan, pero no os lo voy a explicar ahora. Todos sabéis que es una empresa peligrosa. Si capturaran a alguno de nosotros, lo llevarían a Éfrafa y le harían hablar . Pero los que no conocen el plan no pueden descubrirlo. Lo explicaré más adelante, cuando llegue el momento.

-¿Necesitarás muchos conejos, Avellano-rah? -preguntó Diente de León-. Si no he entendido mal, con todos juntos no bastaría para enfrentamos a los de Éfrafa.

-Espero que no haya que luchar. Pero siempre existe esa posibilidad. De todos modos, cuando tengamos las hembras nos espera un largo viaje de regreso. Y si por casualidad nos encontramos con alguna patrulla amplia tenemos que ser suficientes para poder defendernos.

-¿Tendremos que entrar en Éfrafa? -preguntó Puchero tímidamente.

-No, no tenemos...

-Nunca -le interrumpió Acebo-, nunca hubiera pensado que llegaría el día en que tendría que ponerme en contra tuya. Pero lo único que puedo decir es que esto tiene todos los visos de convertirse en un desastre. Sé lo que piensas. Cuentas con que el general Vulneraria no tendrá a nadie tan listo como Zarzamora y Quinto. Y tienes razón. No creo que lo tenga. Pero el hecho es que es imposible que nadie saque de allí un montón de hembras. Todos sabéis que me he pasado la vida patrullando y siguiendo rastros al aire libre. Pero hay conejos en la Owsla de Éfrafa que lo hacen mejor que yo, lo reconozco. Y os perseguirán a vosotros y a las hembras, y os matarán. ¡Oh, gran Frith! Todos tenemos que encontrar algún día algo que nos sobrepase, y se que sólo pretendes ayudar. Pero sé sensato y olvida ese plan. Créeme, lo mejor que se puede hacer con un lugar como Éfrafa es mantenerse tan lejos de él como sea posible.

Todos empezaron a hablar a la vez en el Panal.

-¡Eso es verdad!

-¿Quién va a querer que lo hagan pedazos?

-Ese conejo al que le mutilaron las orejas...

-Bueno, pero seguro que Avellano-rah sabe lo que se hace

-Está demasiado lejos.

-Yo no quiero ir.

Avellano esperó pacientemente a que callaran. Finalmente dijo:

-Así son las cosas... Podemos quedarnos aquí y tratar de sacar el mejor partido de lo que tenemos. O podemos arreglar la situación de una vez por todas. Por supuesto que hay peligro. Cualquiera que haya oído lo que les pasó a Acebo y los otros lo sabe. Pero ¿no hemos tenido que afrontar un peligro tras otro desde que dejamos la otra madriguera? ¿Qué queréis, que nos quedemos aquí y nos matemos por dos conejas, cuando en Éfrafa las hay de sobras y estarían encantadas de venir?

Alguien gritó:

-¿Qué dice Quinto?

-Yo voy, evidentemente -dijo éste con voz pausada-. Avellano tiene toda la razón, y el plan es bueno. Pero os prometo una cosa. Si por lo que sea más adelante siento algún tipo de

duda, no me lo callaré.

-Y si eso sucede, yo no lo ignoraré -replicó Avellano.

Hubo un silencio.

-Y debéis saber que yo también voy -dijo finalmente Pelucón-. Y Kehaar estará con nosotros.

Otro murmullo de sorpresa.

-Por supuesto, algunos de nosotros deberían quedarse aquí -continuó Avellano-. No podemos esperar que vayan los conejos de la granja. Y no se pedirá a los que fueron la primera vez que vuelvan si no lo quieren.

-Yo si que iré -dijo Plateado-. Odio al general Vulneraria y a su Consejo con toda mi alma. Y si vamos a tomarles el pelo, no pienso perdérmelo, siempre y cuando no tenga que volver a entrar... eso no podría soportarlo. Y además, necesitaréis a alguien que conozca el camino.

-Yo también voy -dijo Puchero-. Avellano-rah salvó mi... Bueno, estoy seguro de que sabe qué... -se hizo un lío-. Vaya, el caso es que voy -repitió con voz nerviosa.

Se oyó entonces un arrastrar de patas por el corredor que bajaba desde la superficie.

-¿Quién hay ahí? -preguntó Avellano-rah.

-Soy yo... Zarzamora.

-¡Zarzamora! -exclamó Avellano-. Pensaba que estabas aquí. ¿Dónde has estado?

-Siento no haber podido llegar antes. He estado hablando con Kehaar del plan. Lo ha mejorado bastante. Si no me equivoco, ese general Vulneraria va a quedar como un tonto cuando hayamos terminado con él. Al principio pensaba que no era posible, pero ahora estoy convencido de que sí.

-«Ven donde la hierba es más verde -recitó Campanilla- /y las lechugas crecen en hileras, / y donde a un conejo de finas maneras / se lo conoce por su nariz arañada.» Creo que tendré que ir, aunque sólo sea para satisfacer mi curiosidad. No dejo de berrear como un cachorro todo el rato y no consigo que nadie me diga nada. Supongo que Pelucón se disfrazará de hrududu y guiará a todas las hembras por el campo.

Avellano se volvió hacia él bruscamente. Campanilla se sentó sobre sus patas traseras y dijo:

-«Por favor, general Vulneraria, sólo soy un pequeño hrududu y me he dejado a mi patrulla en la hierba, así que si no os importa id a comer hierba mientras yo llevo de paseo a esta dama. »

-¡Campanilla -dijo Avellano-, cierra la boca!

-Perdona, Avellano-rah -replicó Campanilla sorprendido-. No era mi intención molestar. Sólo quería levantar un poco los ánimos. Al fin y al cabo, a todos nos aterroriza la idea de ir a ese lugar, y no puedes culparnos por eso. Suena muy peligroso.

-Está bien -dijo Avellano-. Vamos a dar por terminada la reunión. Esperaremos a ver qué se decide... como hacemos siempre los conejos. Nadie tiene que ir a Éfrafa si no quiere, pero lo que está claro es que algunos queremos hacerlo. Por el momento voy a salir a hablar con Kehaar.

Encontró a Kehaar entre los árboles, rompiendo y desgarrando con su gran pico un trozo de carne marrón y maloliente que parecía colgar de un montón de huesos. Al percibir aquel desagradable olor, que se extendía por todo alrededor y empezaba a atraer hormigas y moscardas, Avellano arrugó la nariz.

-¿Qué rayos es eso, Kehaar? Tiene un olor nauseabundo.

-¿No sabe? Esta pez, pez, venir Agua Grande. Bueno.

-¿Viene de Agua Grande? ¿Es allí donde lo encontraste?

-No, no. Hombres tiene. Abajo, granjas es mucho grande basura, mucho cosas. Yo ir comida, encontrar pez. Oler Agua Grande. Yo coger y traerlo. Yo recuerda Agua Grande. -Y siguió desgarrando el arenque medio comido. Avellano sintió asco y le dieron ganas de

devolver cuando vio al pájaro levantarlo en el aire y golpearlo contra las raíces de un haya, haciendo volar pequeños fragmentos de pescado por todas partes. Trató de serenarse e hizo un esfuerzo.

-Kehaar -dijo-. Pelucón dice que nos ayudarás a sacar las mamás de la gran madriguera.

-Si, si. Senior Pelucón necesita a mí. Cuando él allí, él decir a mi. Yo no conejo. Bueno, ¿si?

-Si, supongo. Es la única manera. Eres un buen amigo para nosotros, Kehaar.

-Si, sí, ayuda vosotros coger mamás. Pero ahora, senior Aveyano, yo quiero Agua Grande, siempre, siempre. Quiere Agua Grande, volar Agua Grande. Vosotros pronto ir coger mamás, yo ayuda vosotros. Cuando vosotros coger mamás yo marchar, no volver. Pero volver un día, en otonio, invierno. Yo volver y vivo con vosotros, ¿si?

-Te añoraremos, Kehaar. Pero cuando vuelvas ya tendremos una bonita madriguera aquí, con muchas mamás. Estarás orgulloso de habernos ayudado.

-Si. Pero, senior Aveyano, ¿cuándo ir? Yo quero ayudar pero no quero esperar a ir Agua Grande. Es difícil. Lo que tú haces, hace deprisa.

Pelucón salió del corredor, asomó la cabeza por el agujero y se detuvo con expresión de horror.

-¡Frith en un árbol! ¡Qué olor tan horrendo! ¿Lo mataste tú o lo chafaste con una piedra, Kehaar?

-¿Tú gusta, senior Pelucón? Yo traer a ti poquito, ¿si?

-Pelucón -dijo Avellano-, ¿puedes ir y decirles a los otros que partiremos mañana cuando rompa el día? Acebo cuidará de todo mientras estemos fuera, y Espino Cerval, Fresón y los conejos de la granja se quedarán con él. Cualquiera que desee quedarse puede hacerlo.

-No te preocupes -le respondió Pelucón desde el agujero-, los mandaré a todos a silflay con Kehaar. Irán adonde tú les digas antes de lo que tarda un pato en zambullirse.

Tercera parte

Éfrafa

****

30. Un nuevo viaje

Una empresa de gran provecho, aunque nadie debe conocer de qué se trata.

Company Prospectus of the South Sea Bubble

Con la excepción de Espino Cerval y la adición de Campanilla, los conejos que partieron aquella mañana temprano de la vertiente sur del grupo de hayas eran los mismos que habían partido de Sandleford con Avellano cinco semanas atrás. Avellano no había intentado hacer más por convencerlos, pues decidió que era mejor dejar que la situación se resolviera por sí sola. Sabía que tenían miedo, porque él también lo tenía. Sí, creía adivinar que, como él mismo, no podían apartar de su mente la imagen de Éfrafa y sus terribles Owsla. Pero deseaban vencer ese miedo, necesitaban encontrar hembras, y en Éfrafa las había de sobras. También estaba esa sensación de estar haciendo algo prohibido. A todos los conejos les gusta entrar en sitios vedados a robar, pero cuando llega el momento muy pocos serían capaces de admitir que les da miedo; a menos que sepan (como Espino Cerval y Fresón) que no están preparados y que sus cuerpos podrían dejarles en la estacada. Pero al hablarles de su plan secreto, Avellano había conseguido despertar su curiosidad. Tenía la esperanza de que, con el respaldo de Quinto, podría convencerlos. Y no se había equivocado. Los conejos confiaban en él; y confiaban en Quinto. Ellos los habían sacado de Sandleford antes de que fuera demasiado tarde, habían cruzado el Enborne y el terreno comunal, habían salvado a Pelucón del alambre, habían fundado la madriguera en la colina, habían conseguido hacer de Kehaar un aliado y, contra todo pronóstico, habían conseguido dos hembras. Era imposible saber lo que Pretendían, pero era evidente que tenían un plan; y dado que Pelucón y Zarzamora se habían comprometido con total confianza, ninguno de ellos osaría decirle nada. Sobre todo teniendo en cuenta que Avellano había dejado bien claro que tenían perfecto derecho a quedarse en casa si así lo querían.., dando a entender que si alguno era tan apocado como para preferir perdérselo, bien podrían arreglárselas sin él. Acebo, en el cual la lealtad era su segunda naturaleza, no había vuelto a pronunciarse contra sus planes. Los acompañó hasta el lindero del bosque con tanta alegría como pudo reunir, y se limitó a rogar a Avellano, cuando los demás no podían oírles, que no subestimara el peligro. «Envíame noticias a través de Kehaar -le dijo-. Y volved pronto. »

Sin embargo, mientras avanzaban bajo la dirección de Plateado hacia el sur por la tierra alta, al este de la granja, ahora que estaban realmente metidos en la aventura, todos sentían miedo y aprensión. Habían oído lo bastante sobre Éfrafa como para desalentar al más valiente. Pero, antes de llegar allí -o donde sea que fueran- les esperaban un par de días a campo abierto. Zorros, armiños, comadrejas... podían encontrarse con cualquiera de ellos, y no tendrían donde esconderse, sólo podrían correr. A diferencia de la expedición de Acebo y su selecto grupo de tres, avanzaban de modo lento y desordenado. Los conejos se desviaban del camino, se asustaban, se detenían a descansar. Al cabo, Avellano los dividió en grupos, dirigidos por Plateado, Pelucón y él mismo. Pero la marcha continuó lentamente, como escaladores en una vertiente rocosa que tienen que ir pasando, uno a uno, por el mismo trecho.

Aunque por lo menos había mucha maleza donde ocultarse. Junio tocaba a su fin, y el verano se acercaba a su cenit. Los setos y las márgenes crecían exuberantes y tupidos. Los conejos se resguardaban en la penumbra de cuevas de hierba verde atravesadas por hilos de luz, de mejorana y perifollo borde; se asomaban entre los macizos de buglosa, que se abrían en cabezas rojas y azules sobre los tallos vellosos; se adentraban entre los elevados tallos del gordolobo. A veces atravesaban corriendo grandes parcelas de hierba, salpicada como un tapiz silvestre con los colores de la prunela, la centaura y el cincoenrama. La angustia por los elil y la incapacidad de ver lo que tenían por delante hicieron que el viaje les pareciera muy largo.

De haber sucedido esto unos años antes, hubieran encontrado la loma mucho más descubierta, sin cultivos, bien podada por los rebaños; y no hubieran podido llegar muy lejos sin que los descubrieran sus enemigos. Pero hacía ya mucho que las ovejas se habían ido, y los tractores habían arado la tierra para cultivar trigo y cebada. El olor del maíz verde los acompañaba todo el día. Había multitud de ratones y de cernícalos. Estos resultaban algo molestos, pero Avellano no se había equivocado al suponer que un conejo sano y adulto sería una presa demasiado grande para ellos. Sea como sea, ningún ataque vino de las alturas.

Un rato antes de ni-Frith, en pleno calor, Plateado se detuvo junto a unas pequeñas matas de espino. No había brisa, y el aire estaba impregnado del dulce olor de las flores de las tierras altas: manzanilla, milenrama, tanaceto. Mientras miraba más allá de los campos descubiertos, Avellano y Quinto lo alcanzaron y se acuclillaron junto a él.

-Mira, Avellano-rah -dijo-, ahí está el bosque que tanto disgustaba a Acebo.

Dos o trescientos metros más allá, justo delante de ellos, un cinturón de árboles

atravesaba la loma, extendiéndose en ambas direcciones hasta donde la vista alcanzaba. Habían llegado a la línea de Portway -sólo intermitentemente una carretera-, que va desde el norte de Andover, pasando por St. Mary Bourne, con sus campanillas, sus riachuelos y sus lechos de berros, y el bosque de Bradley, para atravesar las colinas y Tadley y llegar finalmente a Silchester, el *calleva atrebatum* de los romanos. El punto por donde atraviesa las colinas está señalado por el Cinturón de César, una franja de bosques tan recta como una carretera, bastante estrecha, es cierto, pero de unos cinco kilómetros de longitud. En aquel día sofocante, los árboles del Cinturón formaban una espesa red de sombras. El sol permanecía en el exterior, las sombras reinaban entre los árboles. Todo estaba en silencio, con la salvedad de los saltamontes y el lánguido canto del verderón entre los espinos. Avellano observó el bosque durante un rato, con las orejas tiesas y arrugando la nariz en el aire inmóvil.

-No veo que haya nada malo en ese bosque -dijo finalmente. ¿Y tú, Quinto?

-No -replicó éste-. Acebo pensaba que era un bosque un poco raro, y lo es, pero no parece que haya hombres. En todo caso, alguien tendría que ir para asegurarse, ¿no crees? ¿Voy yo?

Mientras Avellano observaba el bosque, el tercer grupo les había dado alcance, y ahora todos los conejos andaban por allí mordisqueando entre la hierba o descansando, con las orejas gachas, arropados por el suave verdor de luces y sombras de los matorrales de espino.

-¿Está Pelucón por ahí?

Aquella mañana Pelucón no parecía el mismo... estaba silencioso, preocupado, y no parecía interesarle lo que sucedía a su alrededor. De no haber estado su valor fuera de toda duda, cualquiera hubiera pensado que estaba nervioso. Durante una de las largas paradas que habían hecho en el camino, Campanilla le había oído hablando con Avellano, Quinto y Zarzamora, y le había comentado más tarde a Puchero que era como si necesitara que le tranquilizaran. «Luchar sí, lucharé donde sea -le había oído decir-. Pero sigo pensando que este juego no es para mi.» «No -le había respondido Avellano-. Tú eres el único que puede hacerlo. Y recuerda: esto no es ningún juego, si es que la granja lo fue. Todo depende de nosotros.» Y al darse cuenta de que Campanilla podía oírles, añadió: «De todos modos, piénsalo, e intenta hacerte a la idea. Ahora debemos continuar.» Pelucón se había marchado malhumorado hacia el seto a reunirse con su grupo.

Ahora salió de un macizo cercano de artemisa y cardos en flor y se acercó a Avellano.

-¿Qué quieres? -le preguntó bruscamente.

-Rey de los gatos *(pfeffa-rah)* -respondió Avellano-, ¿podrías ir a echar un vistazo a aquel bosque y, si encuentras gatos u hombres o alguna otra cosa, los espantes? ¿Podrías, y volver después y decirnos que todo está bien?

Cuando Pelucón se hubo marchado, Avellano le preguntó a Plateado:

-¿Tienes alguna idea de lo lejos que llegan las patrullas amplias? ¿Estamos ya en su radio de acción?

-No lo sé, pero creo que sí. Por lo que yo vi, eso depende de cada patrulla. Con un capitán ambicioso, las patrullas pueden llegar bastante lejos.

-Comprendo. Bueno, no me gustaría que nos encontráramos con ninguna patrulla, y si eso sucede, ninguno de ellos tiene que volver a Éfrafa. Por eso quería que fuéramos tantos. Para esquivarlos, intentaré utilizar ese bosque. A lo mejor a ellos les gusta tan poco como a Acebo.

-Pero no va en la dirección que nos interesa, ¿no? -dijo Plateado.

-Es que nosotros no vamos a Éfrafa. Tenemos que encontrar un sitio para escondernos lo más cerca posible de la madriguera. ¿Alguna idea?

-Sólo que es terriblemente peligroso, Avellano-rah. Es imposible acercarse a Éfrafa sin arriesgarse, y no sé cómo piensas encontrar un sitio para ocultamos. Y, además, los de esas patrullas, si es que encontramos alguna, pueden ser bichos muy astutos. Bien podrían localizarnos y no darse a conocer, limitarse a volver e informar.

-Bueno, aquí viene Pelucón. ¿Algún problema, Pelucón? Perfecto... Ahora vamos a llevar a los nuestros al bosque y lo seguiremos un trecho. Luego saldremos por el otro lado y nos aseguraremos de que Kehaar nos encuentra. Tiene que pasar esta tarde, y no debemos perderlo bajo ningún concepto.

Menos de un kilómetro al oeste encontraron un pequeño bosque que empalmaba con el extremo sur del Cinturón de César. Aún más al oeste, había un valle estrecho, seco y poco profundo, de unos cuatrocientos metros tal vez, cubierto de malezas y matas de hierba amarillenta y áspera. Allí, mucho antes de la puesta de sol, Kehaar, que volaba hacia el oeste sobre el cinturón, los divisó descansando sobre las ortigas y el azotalenguas. Descendió y se posó cerca de Avellano y Quinto.

-¿Cómo está Acebo? -preguntó Avellano.

-Él triste. Decir tú no vuelve. -Y añadió-: Seniorita Trébol lista para mama.

-Eso es bueno -dijo Avellano-. ¿Ha hecho alguien algo ya?

-Sí, sí, todos pelea.

-Oh, bueno, supongo que ya se arreglarán.

-¿Ahora qué hacer, senior Aveyano?

-Ahí es donde entras tú, Kehaar. Necesitamos un lugar donde ocultamos, lo más cerca posible de la madriguera, Un sitio donde esos conejos no puedan encontrarnos.

-Senior Aveyano, ¿cómo cerca?

-Bueno. No más lejos de lo que la granja Nuthanger está del Panal. Más o menos a esa distancia, si es posible.

-Sólo una cosa, senior Aveyano. Otro lado del río, eyos no encuentra.

-¿Al otro lado del río? ¿Me estás diciendo que lo crucemos a nado?

-No, no, conejos no nadar en río, ser grande, ser hondo, ser rápido. Pero está puente. Al otro lado del río esconde fácil. Cerca madriguera, como tú dice.

-¿Crees que es lo mejor?

-Hay mucho árboles, es río. Conejos no encuentra vosotros.

-¿Qué te parece? -le preguntó Avellano a Quinto.

-Suena mejor de lo que esperaba. Odio tener que decir esto, pero creo que tendríamos que ir hacia allá lo más rápido posible, aunque acabemos exhaustos. Mientras permanezcamos en la colina estaremos en peligro, pero una vez que salgamos, podremos descansar.

-Bueno, supongo que es mejor que continuemos de noche, si hay que hacerlo… lo hemos hecho antes. Pero antes tenemos que comer y descansar un poco. Partiremos fu Inlé. Habrá luna llena.

-¡Oh, como he llegado a aborrecer esas palabras, partiremos y fu Inlé.

Sin embargo, aquel atardecer el tiempo fue fresco y la comida transcurrió pacíficamente, y al poco todos se sintieron descansados. Cuando el sol empezaba a ponerse, Avellano los reunió a todos a cubierto para que mascaran bolitas y descansaran. Aunque se esforzaba por parecer tranquilo y confiado, podía sentir que estaban en el límite y, después de eludir un par de preguntas sobre el plan, empezó a preguntarse cómo podía distraerles y hacer que se relajaran un poco hasta que llegara la hora de partir de nuevo. Recordaba ahora su primera noche como líder, cuando se habían visto forzados a descansar en el bosque que hay sobre el Enborne. Por lo menos ahora no estaban agotados: parecían un puñado de hlessil que acaban de tomar por asalto un jardín. No había quedado una brizna de hierba que comer, pensó Avellano. Puchero y Quinto se veían tan frescos como Plateado y Pelucón. Pero un poco de entretenimiento no iría mal, y les ayudaría a levantar el ánimo. Estaba a punto de abrir la boca cuando Bellota le ahorró la molestia.

-¿Por qué no nos explicas una historia, Diente de León?

-Sí, si -exclamaron varios de los otros-. ¡Vamos, cuéntanos alguna historia maravillosa!

-Está bien -dijo Diente de León-. ¿Qué os parece «El-ahrairah y el zorro en el agua»?

-Cuenta «El Agujero en el cielo» -saltó Pico de Halcón.

-No, ésa no -intervino de pronto Pelucón. Apenas si había hablado aquella tarde y ahora todos los rostros se volvieron hacia él-. Si vas a explicar una historia, a mí sólo hay una que me interese. «El-ahrairah y el Conejo Negro de lnlé.»

-Esa mejor no -dijo Avellano.

Pelucón se volvió hacia él, gruñendo.

-Si vamos a oír una historia, ¿no te parece que tengo tanto derecho como el que más a elegirla? -preguntó.

Avellano no respondió y, tras una pausa durante la cual nadie habló, Diente de León dio inicio a su relato con suaves palabras.

31. *La historia de El-ahrairah el Conejo Negro de Inlé*

El poder de la noche, la opresión de la tempestad,
la posición del enemigo;
el Arco del Miedo se alza en una imagen visible,
pero el hombre fuerte debe continuar.
Robert Browning, *Prospice*

-Más tarde o más temprano, todo acaba por saberse, y los animales conocen lo que otros piensan de ellos. Algunos cuentan que fue Hufsa quien contó al rey Darzin la verdad sobre el engaño de las lechugas. Otros, que Yona el erizo andaba esparciendo rumores por los bosquecillos. Pero, Sea como fuere, lo cierto es que a oídos del rey llegó la noticia de que se habían reído de él cuando le convencieron Para que llevara sus lechugas a las marismas de Kelfazin. No convocó a su ejército entonces, no todavía. Pero decidió que había de encontrar la ocasión para vengarse de El-ahrairah. El-ahrairah lo sabia, y advirtió a los suyos que fueran con cuidado, sobre todo si salían solos.

»Pues bien, una tarde del mes de febrero, Rabscuttle llevó a algunos conejos a un montón de basura que había junto a un jardín, a cierta distancia de la madriguera. La tarde vino fría y nebulosa, y antes de la puesta de sol cayó sobre ellos una densa niebla. Emprendieron entonces el camino de vuelta, pero se extraviaron; un búho los asustó y perdieron toda orientación. Tanto fue así que Rabscuttle se separó de los demás y, tras vagar un tiempo de un lado a otro, fue a parar al cuartel de los guardas de la ciudad del rey Darzin. Y lo capturaron y lo llevaron ante el rey

»El rey Darzin vio su oportunidad para vengarse de El-ahrairah. Puso a Rabscuttle en una celda, y cada día lo sacaba y le obligaba a trabajar, a veces incluso cuando helaba, cavando y haciendo túneles. Pero El-ahrairah juró que lo sacaría de allí como fuera. *Y* así lo hizo, pues durante cuatro días cayó y cayó junto a dos de sus hembras, y construyó un túnel que iba desde el bosque casi hasta el lugar donde obligaban a trabajar a Rabscuttle. Y al final el túnel llegó al agujero donde encerraban a Rabscuttle. Se suponía que debía convertir ese agujero en un almacén, y los guardias vigilaban mientras él trabajaba en el agujero. Pero El-ahrairah llegó hasta él, porque en la oscuridad podía oír cómo escarbaba; y todos corrieron por el túnel y escaparon por el bosque.

»Cuando las nuevas llegaron a oídos del rey, éste se enfureció tanto que tomó la determinación de empezar una guerra y acabar con El-ahrairah de una vez por todas. Sus soldados partieron con la noche y se dirigieron a los prados de Fenlo; pero no pudieron meterse en los agujeros de los conejos. Algunos lo intentaron, pero volvieron a salir al instante, pues allí les esperaban El-ahrairah y sus conejos. No estaban acostumbrados a luchar en lugares tan estrechos y a oscuras, y tantos bocados y arañazos se llevaron que estuvieron contentos de poder salir corriendo con la cola entre las patas.

»Y sin embargo no se marcharon; permanecieron allá afuera, esperando. Cuando algún conejo intentaba salir a silflay encontraba a sus enemigos esperándole. El rey Darzin y sus soldados no podían vigilar todos los agujeros, había demasiados, pero eran lo bastante rápidos para saltar sobre cualquiera que vieran asomando la nariz. Muy pronto la gente de El-ahrairah descubrió que lo más que podían hacer era robar uno o dos bocados de hierba, lo justo para seguir vivos, antes de tener que saltar bajo tierra para salvarse. El-ahrairah intentó por todos

los medios resolver la situación, pero ni podía librarse del rey Darzin ni podía sacar a su gente de allí. Bajo tierra, sus conejos empezaron a adelgazar y a debilitarse, y algunos cayeron enfermos.

»El-ahrairah estaba desesperado y, una noche, después de haber arriesgado su propia vida una y otra vez intentando conseguir unos bocados de hierba para una coneja y su familia.., el padre había sido asesinado la noche anterior, gritó: "¡Oh, mi Señor Frith! Haría lo que fuera por salvar a mi gente. ¡Haría un trato con un armiño o un zorro... si, o con el Conejo Negro de Inlé!"

»Y tan pronto como hubo pronunciado estas palabras, El-ahrairah supo en su corazón que si había alguna criatura con la suficiente voluntad y, sin duda, también con el poder para destruir a sus enemigos, era el Conejo Negro de Inlé. Porque era un conejo, y sin embargo era mil veces más poderoso que el rey Darzin. La sola idea hizo que El-ahrairah se pusiera a sudar y a temblar, y así se encogió en el lugar donde estaba. Al cabo regresó a su madriguera, donde pensó en lo que había dicho y en lo que ello significaba.

»Como todos sabéis, el Conejo Negro de Inlé significa miedo y oscuridad sin fin. Es un conejo, pero es también ese sueño frío y terrible del que sólo podemos suplicar que Frith nos salvaguarde hoy y siempre. Cuando la trampa está puesta, el Conejo Negro sabe dónde caerá la pata, y cuando la comadreja baila, el Conejo Negro anda cerca. Todos sabéis que hay conejos que echan a perder su vida por nada, pero su locura viene del Conejo Negro, porque es por su voluntad que no ven el perro o la escopeta. El Conejo Negro trae la enfermedad también. O aparece en la noche y llama a un conejo por nombre, y ese conejo tiene que salir, aunque sea joven y fuerte y pueda defenderse de cualquier otro peligro. Parte con el Conejo Negro y no deja ningún rastro. Algunos dicen que el Conejo Negro nos odia y desea nuestra destrucción, pero la verdad es, o así me lo han enseñado, que también él sirve al Señor Frith y no hace sino aquello que le ha sido encomendado: hacer que sea lo que ha de ser. Del mismo modo que venimos al mundo, tenemos que dejarlo, pero cuando partimos no lo hacemos simplemente para beneficio de algún enemigo. Si fuera así, nos destruirían a todos en un día. Nos vamos por voluntad del Conejo Negro de Inlé y sólo por su voluntad. Y aunque a todos nosotros nos parezca una voluntad terrible y amarga, en cierta manera nos está protegiendo, porque conoce la promesa de Frith a los conejos y vengará a cualquier conejo que sea destruido sin su consentimiento. Cualquiera que haya visto la horca de un guardabosques sabe que el Conejo Negro de Inlé puede acabar con los elil que creen que pueden hacer lo que quieran.

»El-ahrairah pasó la noche en su agujero sumido en terribles pensamientos. Que él pudiera recordar, ningún conejo había intentado nunca lo que él pretendía. Pero cuanto más lo pensaba, en la medida en que se lo permitían el hambre y el miedo y el pavor que invade a los conejos cuando se enfrentan cara a cara con la muerte, más convencido estaba de que tenía al menos la posibilidad de conseguirlo. Encontraría al Conejo Negro y le ofrecería su vida a cambio de la seguridad de su pueblo. Pero tenía que hacerlo convencido, de lo contrario, no debía acercarse al Conejo Negro. Tal vez no aceptase su vida, pero si eso sucedía siempre podría intentar alguna otra cosa. No, no se puede engañar al Conejo Negro. Si pretendía conseguir la salvación de su pueblo, por el medio que fuera, el precio habría de ser su vida. Así que, a menos que fallara, no volvería. Por lo tanto, necesitaba un compañero que trajera de vuelta lo que sea que iba a hacer caer al rey Darzin y a salvar la madriguera.

»Por la mañana El-ahrairah fue al encuentro de Rabscuttle y hablaron hasta bien entrado el día. Entonces reunió a sus Owsla y les explicó lo que quería hacer.

»Aquella tarde, cuando los últimos rayos de sol desaparecieron en el cielo, los conejos salieron y atacaron a los soldados del rey Darzin. Lucharon valientemente, y algunos de ellos cayeron. Los soldados pensaron que estaban intentando escapar, de modo que los rodearon y los obligaron a retroceder hasta sus agujeros. Pero lo cierto es que con aquella lucha lo único que pretendían era distraer la atención del rey Darzin. y sus soldados. Cuando las sombras de la noche empezaban a cerrarse, El-ahrairah y Rabscuttle salieron a hurtadillas por el otro extremo de la madriguera y escaparon a través de la zanja, mientras los Owsla se replegaban y los soldados del rey Darzin se mofaban de ellos. En cuanto al rey Darzin, envió un mensaje diciendo que estaba dispuesto a hablar con El-ahrairah en términos de rendición.

»El-ahrairah y Rabscuttle iniciaron su oscura travesía. Qué camino siguieron no lo sé, ningún conejo lo sabe. Pero siempre me acuerdo de lo que decía el viejo Margarita, ¿le recordáis?, cuando contaba esta historia. "No tardaron mucho tiempo -decía-. No tardaron nada, en realidad, nada. Avanzaron en medio de una pesadilla. En el lugar adonde iban nada

significan la luna y el sol, el invierno o el verano. Pero nunca sabréis -y en este punto siempre se detenía y nos miraba a todos nosotros-, nunca sabréis, como no lo sé yo, lo lejos que llegó El-ahrairah en su viaje a la oscuridad. Sólo podéis ver la punta de una gran piedra que sobresale del suelo. ¿Cuán lejos está del centro? Partid la piedra y lo sabréis."

»Por fin llegaron a un lugar elevado donde no había hierba. Empezaron a trepar entre rocas grises más grandes que ovejas, sobre fragmentos de pizarra. La niebla y una lluvia helada se arremolinaban sobre ellos, y no había otro sonido que el del agua que goteaba y, a veces, muy muy arriba, el grito de algún pájaro enorme y nefasto. Y el eco repetía esos sonidos, porque estaban entre dos acantilados negros de piedra, más altos que el más alto de los árboles. Por todas partes había retazos de nieve, porque el sol nunca llegaba hasta allí. El musgo resbalaba y, cuando al pasar ellos se desprendía alguna piedra, caía y caía con gran estrépito barranco abajo. Pero El-ahrairah conocía el camino y siguió adelante, hasta que la niebla se hizo tan espesa que no podían ver nada. Avanzaron pegados a la pared y, poco a poco, ésta empezó a formar una especie de saliente, como un oscuro techo sobre sus cabezas. El acantilado acababa en la boca de un túnel, como el agujero de un conejo enorme. En aquel frío glacial y aquel silencio, El-ahrairah golpeó con sus pies en el suelo e hizo una señal con la cola a Rabscuttle. Y entonces, cuando estaban a punto de entrar en el túnel, se dieron cuenta de que lo que les había parecido en la penumbra parte de la roca, no era roca. Era el Conejo Negro de Inlé, inmóvil como un liquen, frío como la piedra.

-Avellano -dijo Puchero temblando y con la mirada fija en las sombras-, no me gusta esta historia. Sé que no soy muy valiente...

-No pasa nada, Hlao-roo -dijo Quinto-, no eres el único. -En realidad, él parecía bastante sereno, incluso indiferente, que era más de lo que podían decir la mayoría de los que escuchaban. Pero Puchero no se dio cuenta-. Salgamos a picar un poco y a ver cómo las arañas cazan mariposas nocturnas. Creo recordar que dejamos ahí fuera una mata de arveja... me parece que era por ese lado. -y hablando con voz tranquila, se llevó a Puchero al pequeño valle cubierto de malezas. Avellano se volvió para asegurarse de la dirección que tomaban, y entonces Diente de León vaciló, sin saber si debía continuar.

-Sigue -le dijo Pelucón-. Y no te dejes nada.

-Creo que me dejo muchas cosas, pues nadie puede saber con certeza lo que sucede en ese país donde El-ahrairah fue por propia voluntad y nosotros no. Pero según me contaron, cuando advirtieron la presencia del Conejo Negro corrieron a refugiarse en el túnel, pues no había ningún otro sitio por donde escapar. E hicieron eso a pesar de que habían ido allí a buscarlo, y a pesar de que todo dependía de ello. No hicieron nada que no hubiéramos hecho nosotros y, después de correr y resbalar y tropezar y caer por el túnel, se encontraron en una enorme madriguera de piedra. Era toda de piedra. El Conejo Negro la había excavado en la montaña con sus propias garras. Y allí, esperándoles, encontraron a aquel del que habían huido. Había otros en la madriguera... sombras que no emitían ningún sonido ni olor. También el Conejo Negro tiene sus Owsla, y no me gustaría encontrarme con ellos.

»El Conejo Negro habló con la voz de la nieve que cae en un lugar oscuro y hueco.

»-El-ahrairah, ¿por qué has venido?

»-He venido por mi gente -susurró El-ahrairah.

»El Conejo Negro olía tan bien como los huesos de hace un año y en la oscuridad El-ahrairah podía ver sus ojos, porque eran rojos, y brillaban con una luz oscura.

»-Eres un extraño aquí, El-ahrairah -dijo-. Estás vivo.

»-Mi señor -replicó El-ahrairah-, he venido a entregaros mi vida. Mi vida por la de mi pueblo.

»El Conejo Negro arrastró sus zarpas por el suelo.

»-Tratos y más tratos, El-ahrairah -dijo-. No hay día ni noche en la que no venga una coneja a pedirme clemencia para sus cachorros, o un honesto capitán de los Owsla me ofrezca su vida por la de su conejo jefe. A veces la tomo y a veces no. Pero no hay ningún trato, porque aquí lo que es es lo que debe ser.

»El-ahrairah permanecía en silencio, pero pensaba: "Tal vez pueda engañarle para que acepte mi vida. Mantendría una promesa, al igual que hizo el príncipe Arco Iris."

»-Eres mi invitado, El-ahrairah -dijo el Conejo Negro-. Puedes quedarte en mi

madriguera tanto tiempo como desees. Puedes dormir aquí. Y puedes comer aquí. Y pocos son en verdad los que pueden hacer tal cosa. Dejad que coma -les dijo a los Owsla.

»-No comeremos, mi señor -dijo El-ahrairah, porque sabía que si comía la comida que le dieran en aquella madriguera sus pensamientos quedarían al descubierto, y ya no habría nada que hacer.

»-Entonces debemos distraerte al menos -dijo el Conejo Negro-. Estás en tu casa, El-ahrairah. Ponte cómodo. Ven, jugaremos a la pata piedra.

»-Bien -dijo El-ahrairah-. Pero si gano, mi señor, tal vez tendréis la bondad de aceptar mi vida a cambio de la de mi gente.

»-Lo haré, pero si gano yo, me entregarás tu cola y tus bigotes.

»Trajeron las piedras y El-ahrairah se sentó en medio del frío y el eco para jugar contra el Conejo Negro de Inlé. Como podéis suponer, El-ahrairah sabía jugar a la pata piedra.* Jugaba tan bien como cualquier conejo que haya tapado con su pata alguna tirada. Pero allí, en aquel horrible lugar y con los ojos del Conejo Negro y aquellos Owsla tan callados como una tumba posados sobre él, por más que lo intentara, su ingenio le abandonó. E incluso antes de tirar sentía que el Conejo Negro ya sabía lo que le iba a salir. El Conejo Negro no manifestó ninguna prisa. Jugaba como la nieve que cae, silenciosa y constante, hasta que al final las fuerzas le fallaron a El-ahrairah y supo que no podía ganar.

*Pata piedra, juego tradicional entre los conejos. Se juega con piedras pequeñas o pequeños palitos. Se trata de un juego de apuestas muy sencillo, algo parecido a Pares y Nones. El jugador cubre la tirada con las patas y su adversario debe aventurar algún tipo de conjetura: si son una o dos, claras u oscuras, suaves o rugosas.

»-Puedes pagar lo que debes a los Owsla, El-ahrairah -dijo el Conejo Negro-. Ellos te mostrarán dónde puedes dormir. Volveré mañana y, si aún estás aquí, te recibiré. Pero eres libre de partir cuando quieras.

»Entonces los Owsla se llevaron a El-ahrairah y le cortaron la cola y le arrancaron los bigotes, y cuando volvió en sí estaba solo con Rabscuttle en un agujero que se abría a la montaña.

»-¡Oh, señor -dijo Rabscuttle-, ¿qué vais a hacer ahora?! Por el amor de Frith, vayámonos de aquí. Yo buscaré por los dos en la oscuridad.

»-Nada de eso -dijo El-ahrairah. Aún esperaba conseguir de alguna manera lo que quería del Conejo Negro, y estaba convencido de que los habían puesto en aquel agujero para tentarlos y conseguir que se marcharan-. Nada de eso. Puedo arreglármelas muy bien con un poco de adelfilla rosada y clemátides. Ve y búscalas, Rabscuttle, pero procura estar de vuelta antes de mañana por la noche. Y trae algo de comida si puedes.

»Rabscuttle obedeció y El-ahrairah se quedó solo. Durmió poco, por el dolor y por el miedo, que nunca le abandonaba, pero sobre todo porque no dejaba de preguntarse cómo conseguir lo que quería. Al día siguiente Rabscuttle volvió con algunos nabos y, cuando El-ahrairah los hubo comido, le ayudó a fabricarse una cola y unos bigotes con las matas invernales de la hierba cana y las clemátides. -Por la noche se presentó ante el Conejo Negro como si nada hubiera pasado.

»-Bien, El-ahrairah -dijo el Conejo Negro, y no arrugaba la nariz cuando olía, sino que la estiraba como los perros-. La mía no es como las madrigueras a las que estás acostumbrado. Pero tal vez te habrás acomodado.

»-Así es, mi señor. Estoy contento de que me permitáis quedarme.

»-Es mejor que no juguemos a pata piedra esta noche. Debes entender, El-ahrairah, que no deseo hacerte sufrir. No soy uno de los Mil. Lo repito, puedes quedarte o marcharte cuando desees. Pero si vas a quedarte, tal vez quieras oír una historia, y contar también una si así lo quieres.

»-Ciertamente, mi señor -dijo El-ahrairah-. Y si cuento una historia tan buena como la vuestra, tal vez podríais aceptar mi vida a cambio de la salvación de mi pueblo.

»-Lo haré. Pero si no lo consigues, El-ahrairah, perderás tus orejas. -Y esperó para ver si El-ahrairah rechazaba la apuesta, pero no lo hizo.

»Entonces el Conejo Negro explicó una historia tal de miedo y tinieblas que el corazón se

les heló a El-ahrairah y a Rabscuttle mientras escuchaban acurrucados en la piedra, porque sabían que todas y cada una de aquellas palabras eran ciertas. El ingenio volvió a abandonarlos. Parecían estar flotando en una nube de hielo que les adormecía los sentidos; y la historia del Conejo Negro penetró en sus corazones como un gusano en una nuez, los devoró y los dejó vacíos. Cuando por fin terminó aquella terrible historia, El-ahrairah intentó hablar. Pero no podía ordenar sus pensamientos, tartamudeó y corrió, como un ratón cuando un halcón pasa rozándolo. El Conejo Negro aguardó en silencio, sin dar muestras de impaciencia. Al fin, cuando se vio que no contaría ninguna historia, los Owsla se lo llevaron y le hicieron caer en un sueño profundo; y cuando despertó ya no tenía orejas, y sólo Rabscuttle estaba con él en la madriguera de piedra, llorando como un cachorro.

»-¡Oh, señor -dijo Rabscuttle-, ¿qué bien puede traer tanto sufrimiento?! Por nuestro Señor Frith y la hierba verde, dejad que os lleve a casa. -

»-Tonterías. Ve y tráeme un par de hojas de acedera bien grandes. Me servirán de orejas.

»-Se marchitarán, señor, igual que me estoy marchitando yo.

»-Durarán lo suficiente -dijo El-ahrairah inflexible- para lo que quiero. Pero no sé cómo conseguirlo.

»-Cuando Rabscuttle se hubo marchado, El-ahrairah se obligó a pensar con claridad. El Conejo Negro no pensaba aceptar su vida. Y estaba claro que él nunca podría superarle en ninguna apuesta; tenía tantas posibilidades como de ganarle en una carrera sobre una capa de hielo. Pero si el Conejo Negro no le odiaba, ¿por qué le infligía aquellos Sufrimientos? Para destruir su coraje y conseguir que se diera por vencido y se marchara. Pero ¿por qué no se limitaba a echarlo? ¿Y por qué esperaba para herirlo a que fuera él mismo el que propusiera una apuesta y la perdiera? De pronto supo la respuesta. Aquellas sombras no tenían poder ni para echarle ni para herirle, si no era con su consentimiento. No le ayudarían. Buscarían apoderarse de su voluntad y doblegarla si podían. Pero, suponiendo que encontrara entre ellos algo que pudiera salvar a su gente, ¿Podrían impedirle que se lo llevara?

»Cuando Rabscuttle volvió, ayudó a El-ahrairah a disfrazar su horrible y mutilada cabeza con dos hojas de acedera en lugar de las orejas y al poco se fueron a dormir. Pero El-ahrairah seguía soñando con sus conejos hambrientos, que aguardaban en los corredores de la madriguera y tenían sus esperanzas puestas en él. Finalmente despertó, con el cuerpo frío y dolorido, y empezó a vagar por los corredores de la madriguera de piedra. Caminaba cojeando, con las hojas de acedera colgando a los lados de su cabeza -no podía levantarlas ni moverlas como las que había perdido-, y al cabo llegó a un cruce del que partían diferentes corredores que se adentraban aún más en la roca. Había allí dos de aquellos espantosos y sombríos Owsla, yendo y viniendo enfrascados en algún asunto. Se volvieron y lo miraron fijamente, para asustarle, pero El-ahrairah estaba más allá del miedo y les devolvió la mirada, preguntándose qué habrían pensado para disuadirle.

»-Márchate, El-ahrairah -le dijo uno al final-, nada te retiene aquí, en el hoyo. Estás vivo, y ya has sufrido bastante.

»-No tanto como mi gente -replicó él.

»-Aquí hay sufrimiento bastante para mil madrigueras -dijo la sombra-. No seas tozudo, El-ahrairah. En estos agujeros yacen todas las plagas y las enfermedades que se abaten sobre los conejos: fiebre, sarna, y la enfermedad de los intestinos. Y aquí, en el agujero más próximo, está la ceguera blanca, que hace que las criaturas se arrastren hasta los campos para morir allí, donde ni siquiera el elil tocaría sus cuerpos putrefactos. Ésa es nuestra tarea, procurar que estén listas para Inlé-rah. Porque lo que es, es lo que debe ser.

»Entonces El-ahrairah supo que no tenía tiempo que perder. Hizo ver que se marchaba, pero de pronto se volvió y se abalanzó sobre las sombras, y se introdujo en el agujero más próximo más deprisa que una gota de agua en la tierra. Y allí se tumbó, mientras las sombras oscilaban y farfullaban en la entrada, porque no tenían medio de obligar le a moverse si no el miedo. Al rato se marcharon y El-ahrairah se quedó sólo, preguntándose si podría llegar a tiempo hasta el rey Darzin sin bigotes ni orejas.

»Finalmente, cuando se aseguró de haber estado allí dentro el tiempo suficiente para contagiarse, El-ahrairah se marchó por el corredor por donde había venido. No sabía cuánto tardaría la enfermedad en manifestarse, ni cuánto tardaría en morir, pero tenía que regresar lo antes posible, antes de que empezaran a aparecer los primeros síntomas. Sin acercarse a Rabscuttle, tenía que decirle que se adelantara y corriera a avisar a sus conejos de que

bloquearan los agujeros y se quedaran dentro hasta que el ejército del rey Darzin fuera destruido.

»En la oscuridad tropezó con una piedra, porque tenía fiebre y temblaba, y de todos modos, poco podía sentir sin sus bigotes. Una voz tranquila dijo entonces:

»-El-ahrairah, ¿dónde vas?

»El-ahrairah no había oído nada, pero sabia que el Conejo Negro estaba junto a él.

»-Voy a mi casa, mi señor -replicó-. Dijisteis que podía marcharme cuando quisiera.

»-¿Qué pretendes, El-ahrairah?

»-He estado en el hoyo, mi señor -contestó El-ahrairah-. Estoy infectado de la ceguera blanca y salvaré a mi gente destruyendo al enemigo.

»-El-ahrairah -dijo el Conejo Negro-, ¿sabes cómo se contagia la ceguera blanca?

»Una duda asaltó entonces a El-ahrairah. Nada dijo.

»-La llevan las pulgas que hay en las orejas de los conejos dijo el Conejo Negro-, y pasan de las orejas de un conejo enfermo a las orejas de sus compañeros. Pero tú no tienes orejas, El-ahrairah, y a las pulgas no les gustan las hojas de acedera. Ni puedes coger ni puedes transmitir la ceguera blanca.

»El-ahrairah sintió entonces que las fuerzas y el coraje le abandonaban. Cayó al suelo. Trató de moverse pero sus patas traseras resbalaron sobre la roca, no pudo levantarse. Y al final se quedó tendido donde estaba, en silencio.

»-El-ahrairah -dijo finalmente el Conejo Negro-, ésta es una madriguera fría, es mal sitio para un ser vivo, sobre todo para alguien con el corazón cálido y un espíritu valeroso. Eres un estorbo para mí. Vuelve a tu casa. Yo mismo salvaré a tu gente, pero no tengas la impertinencia de preguntarme cuándo. Aquí el tiempo no existe. Ya están salvados.

»En aquel momento, mientras el rey Darzin y sus soldados se mofaban aún junto a los agujeros de la madriguera, la confusión y el terror se abatieron sobre ellos con la creciente oscuridad. Los campos parecían invadidos por enormes conejos de ojos rojos, que acechaban entre los cardos Se volvieron y huyeron. Se desvanecieron en la noche; es por eso que ninguno de los conejos que narran las historias de El-ahrairah puede decir qué tipo de criaturas eran ni qué aspecto tenían. Ninguno se ha vuelto a ver desde aquel día.

» Cuando El-ahrairah pudo por fin incorporarse, el Conejo Negro se había ido, y Rabscuttle venia por el corredor, buscándolo. Juntos salieron a la montaña y empezaron a descender entre la niebla por el barranco. No sabían adónde iban, sólo querían alejarse de la madriguera del Conejo Negro. Pero al cabo se hizo evidente que El-ahrairah estaba enfermo por la conmoción y el agotamiento. Rabscuttle excavó un hoyo y allí permanecieron durante varios días.

»Más adelante, cuando El-ahrairah empezó a mejorar, siguieron vagando, pero no podían encontrar el camino de vuelta. Estaban confundidos y tuvieron que mendigar ayuda y cobijo a otros animales. Su viaje de vuelta duró tres meses y muchas aventuras les acontecieron durante ese tiempo. Algunas, como sabéis, son historias en sí mismas. Vivieron unos días con un lendri y fueron a buscarle huevos de faisán al bosque. Y en otra ocasión escaparon por los pelos de un campo de heno cuando lo estaban arando. Y durante todo ese tiempo Rabscuttle cuidó de El-ahrairah, le llevaba hojas frescas de acedera y mantuvo sus heridas limpias y libres de moscas hasta que sanaron.

»Pero finalmente, un día llegaron a la madriguera. Estaba atardeciendo y, mientras el sol alargaba las sombras de las colinas, vieron que varios conejos habían salido a silflay, y estaban mordisqueando hierba o jugando sobre los hormigueros. Se detuvieron en lo alto del prado, aspirando el aroma de la aulaga y la hierba de san Roberto en el viento.

»-Bueno, parece que están bien -dijo EI-ahrairah-. Más que bien. Vamos a ver si podemos entrar sin llamar la atención y encontrar a alguno de los capitanes de los Owsla. No quiero que armen mucho jaleo.

»Avanzaron siguiendo el seto, pero no acababan de situarse, pues la madriguera parecía haber crecido y había más agujeros que antes, tanto en la pendiente como en el prado. Se detuvieron a hablar con un grupo muy despierto de machos y hembras que había sentados a la sombra de un saúco.

»-Estarnos buscando a Lisimaquia -dijo Rabscuttle-. ¿Podríais decirnos dónde está su agujero?

»-No había oído nunca ese nombre -dijo uno de los machos-. ¿Estáis seguros de que está en esta madriguera?

»-A menos que esté muerto, sí -respondió Rabscuttle -. Pero seguro que habéis oído hablar del capitán Lisimaquia. Era uno de los oficiales de los Owsla durante la batalla.

»-¿Qué batalla? -preguntó otro macho.

»-La batalla contra el rey Darzin -replicó Rabscuttle.

»-Mira, hazme un favor, amigo -dijo el macho-. Esa batalla... Yo ni había nacido cuando terminó.

»-Pero sin duda conoceréis a los capitanes de los Owsla que había.

»-Antes me muero que dejar que me vean con ésos. ¿Con ese montón de yayos de bigotes blancos? ¿Por qué íbamos a querer conocerlos?

»-Por lo que hicieron -respondió Rabscuttle.

»-Ah, ese cuento de la guerra -dijo el macho que había hablado primero-. Eso ya pasó. Y no tiene nada que ver con nosotros.

»-Si ese Lisimaquia luchó contra ese rey Como se llame es asunto suyo -dijo una de las hembras-. No es cosa nuestra, ¿no?

»-Es algo terrible -añadió otra hembra-. Una vergüenza. Si nadie luchara no habría guerras, ¿no es cierto? Pero no hay manera de hacérselo entender a los viejos.

»-Mi padre estuvo allí -dijo el segundo macho-. A veces le da por enrollarse, y yo me escabullo como puedo. Que si hicieron esto, que si hicieron lo otro, y todo eso. Hay para hacerse un ovillo y echarse a dormir. Pobre viejo, yo creo que se inventa la mitad de las cosas. ¿Y adónde le ha llevado todo aquello, eh?

»-Si no le importa esperar un poco, señor -le dijo un tercer conejo a El-ahrairah-, iré a ver si puedo encontrar a ese capitán Lisimaquia. Yo no lo conozco, pero ésta es una madriguera muy grande.

»-Eres muy amable -le respondió El-ahrairah-, pero ya recuerdo, creo que podré encontrarlo yo solo.

»El-ahrairah fue caminando junto al seto hasta el bosque, y allí se sentó solo bajo un nogal y se puso a contemplar los campos. La luz empezaba a extinguirse y de pronto se dio cuenta de que nuestro Señor Frith estaba muy cerca, entre las hojas.

»-¿Estás enfadado, El-ahrairah? -le dijo el Señor Frith

»-No, mi señor -replicó El-ahrairah-. No estoy enfadado. Pero he aprendido que a las criaturas que uno ama no hay que compadecerías sólo cuando sufren. Un conejo que no sabe cuándo una ofrenda le ha salvado es más pobre que una babosa, aunque él piense otra cosa.

»-La sabiduría llega en la colina donde nadie puede comer, El-ahrairah, en la pendiente rocosa donde el conejo intenta excavar en vano. Pero, hablando de ofrendas, te he traído algunas cosillas. Un par de orejas, una cola y unos bigotes. Las orejas tal vez te parezcan un poco raras al principio. Les he puesto un poco de luz de las estrellas, pero muy poco. No lo bastante para traicionar a un ladronzuelo como tú. Ah, ahí llega Rabscuttle. Bien, también he traído algo para él. ¿Te parece que...?

-¡Avellano, Avellano-rah! -Era la voz de Puchero y venía de detrás de un macizo de bardana, justo detrás del círculo de oyentes-. ¡Un zorro se acerca por el valle!

32. *Cruzando el camino de hierro*

Espíritu de rivalidad y desavenencia que preservó en más de una ocasión a la armada inglesa de una derrota.

General Jourdan, *Memorias militares*

Algunas personas tienen la idea de que los conejos pasan la mayor parte del tiempo huyendo de los zorros. Y es cierto que temen a los zorros y escapan si huelen a alguno. Pero son muchos los conejos que pasan su vida sin ver un solo zorro, y muy pocos los que caen victimas de un enemigo que tiene un olor tan fuerte y que no puede correr tan rápido como ellos. Cuando un zorro quiere cazar un conejo, normalmente se acerca sigilosamente en dirección contraria al viento y a cubierto, protegido por un grupo de árboles a ser posible. Después, si consigue acercarse lo bastante al lugar donde los conejos están silflay en la pendiente o el prado, espera inmóvil hasta que ve una oportunidad de atrapar a alguno. Dicen que a veces al verlos se quedan paralizados. Igual que la comadreja, con sus contoneos y sus juegos, acercándose poco a poco hasta que puede echarle la zarpa a alguno. Pero sea como sea, lo que está claro es que ningún zorro que quiera cazar un conejo se presenta trotando tranquilamente por el medio del valle, sin esconderse y en la puesta del sol.

Ni Avellano ni ninguno de los otros conejos que habían estado escuchando la historia de Diente de León había visto nunca un zorro. De todos modos, sabían que un zorro que se presenta a cara descubierta no era peligroso, siempre y cuando lo vieran a tiempo. Avellano se dio cuenta de que había cometido una imprudencia al permitir que todos se sentaran a escuchar a Diente de León y no poner ningún centinela. El viento soplaba del noreste y el zorro, que venía por el pequeño valle desde el este, podía haberse lanzado sobre ellos sin previo aviso. Pero Quinto y Puchero, que habían salido un rato, les habían salvado de aquel peligro. Incluso en aquellos instantes de pánico, mientras escuchaban a Puchero, a Avellano se le pasó por la cabeza que Quinto, no queriendo ponerle en evidencia delante de los demás, había aprovechado la ocasión que le dio Puchero para dejar el grupo y apostarse él mismo como centinela.

Avellano pensó con rapidez. Si el zorro aún no estaba cerca, lo único que tenían que hacer era correr. El bosque estaba cerca. Podían perderse entre los árboles, procurando mantenerse juntos, y seguir su camino. Se abrió paso a través de la bardana.

-¿A qué distancia está? -preguntó-. ¿Y dónde está Quinto?

-Estoy aquí -replicó éste unos metros más allá. Estaba acuclillado bajo las largas zarzas del escaramujo y no se volvió cuando Avellano se acercó por detrás-. Y el zorro está allí.

Avellano siguió su mirada.

El terreno cubierto de malezas del pequeño valle descendía desde donde ellos estaban, en una larga pendiente que lindaba al norte con el Cinturón de César. Ya perdido en el horizonte, los últimos rayos de sol brillaban sobre el valle a través de las brechas que quedaban entre los árboles. El zorro estaba más abajo, a cierta distancia. Y aunque el viento le venía de cara y, por tanto, podía olerlos, no parecía tener un interés especial por ellos. Venia trotando por el valle como un perro, arrastrando su tupida cola, que tenía una mancha blanca. Era de color arena y tenía las patas y las orejas oscuras. Aunque resultaba obvio que no iba de caza tenía un aspecto astuto y predatorio que hizo temblar a los dos conejos, que le observaban desde el escaramujo. Al pasar por detrás de un grupo de espinos desapareció de la vista, y entonces Avellano y Quinto se volvieron hacia los otros.

-Vamos -dijo Avellano-, si nunca habéis visto un zorro, no hace falta que lo veáis ahora. Seguidme.

Estaba a punto de abrir la marcha para llevarlos por el lado sur del valle cuando, de repente, un conejo pasó como un rayo junto a él, derribándolo, adelantó a Quinto y salió a campo abierto. Avellano se detuvo y miró a su alrededor con sorpresa.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó.

-Era Pelucón -respondió Quinto, con la mirada fija. Los dos corrieron de vuelta a las zarzas y de nuevo miraron hacia el valle. Pelucón, que se distinguía perfectamente, bajaba deprisa y con cautela por el valle, directamente hacia el zorro. Lo miraron horrorizados.

Estaba cada vez más cerca, pero el zorro seguía sin hacer caso.

-Avellano -dijo Plateado detrás de él-, ¿voy...?

-No, no os mováis. Quedaos todos quietos.

Cuando estaba a unos treinta metros, el zorro vio al conejo que se acercaba. Vaciló un momento y después continuó su camino. Pelucón siguió avanzando hacia él, y sólo se dio media vuelta cuando lo tenía casi encima. Empezó a correr cojeando ligeramente hacia el norte del valle, hacia los árboles del cinturón. El zorro vaciló otra vez y decidió seguirle.

-Pero ¿qué pretende? -murmuró Zarzamora.

-Supongo que está intentando distraerlo -respondió Quinto.

-Pero si no hacía ninguna falta. Podríamos haber escapado sin necesidad de eso.

-¡Maldito loco! -exclamó Avellano-. Nunca me había sentido tan irritado.

El zorro había acelerado el paso y estaba ya a cierta distancia de ellos. Parecía estar alcanzando a Pelucón. El sol se había puesto y en la luz que se extinguía sólo pudieron imaginar que se había adentrado entre la maleza. Desapareció y el zorro también. Durante unos momentos todo permaneció en silencio. Entonces, a través del vacío Y oscuro valle, les llegó con una terrible claridad el grito agonizante de un conejo herido.

-¡Qh, Frith e Inlé! -exclamó Zarzamora, golpeando el suelo con las patas. Puchero se volvió para ocultarse. Avellano no se movió.

-¿Tenemos que ir, Avellano? -preguntó Plateado-. Ahora no podemos ayudarle.

Y mientras aún estaba hablando, Pelucón salió de entre los árboles corriendo a toda prisa. Antes de que pudieran comprender que estaba vivo, ya había subido por toda la pendiente del valle de una corrida y corría a guarecerse entre ellos.

-¡Venga! -exclamó-. ¡Vámonos de aquí!

-Pero... que... ¿estás herido? -preguntó Campanilla lleno de asombro.

-No -dijo Pelucón-, nunca he estado mejor. ¡Vamos!

-Tendrás que esperar hasta que yo lo diga -dijo Avellano en un tono frío e iracundo-. Has hecho todo lo posible para que te mataran, y has actuado como un completo loco. ¡Ahora, retén tu lengua y siéntate! -Se volvió y, aunque la oscuridad avanzaba demasiado deprisa como para que pudiera ver gran cosa, hizo ver que miraba a través del pequeño valle. Detrás de él, los conejos se movían con nerviosismo. Algunos empezaban a sentirse como si estuvieran en un sueño y nada fuera real. La larga jornada a campo abierto, el pequeño valle cubierto de malezas, la imponente historia en la que habían estado absorbidos, la súbita aparición del zorro, el *shock* de la inexplicable aventura de Pelucón… la rápida sucesión de los acontecimientos había desbordado sus espíritus y les había dejado embotados y perplejos.

-¡Sácalos de aquí, Avellano! -dijo Quinto-. Antes de que se vuelvan tharn.

Avellano se volvió.

-Ya no hay ningún zorro -dijo alegremente-. Se ha ido, y nosotros nos vamos también. Por el amor de Frith, Procurad manteneros bien juntos, porque si alguno se pierde en la oscuridad no sé si podremos volver a encontrarlo. Y recordad que si nos topamos con algún conejo desconocido, primero hay que atacar y después ya haremos las preguntas.

Pasaron bordeando los árboles que flanqueaban el valle por el sur y entonces, solos o por parejas, cruzaron sigilosamente la carretera vacía. Poco a poco sus espíritus se fueron tranquilizando. Se encontraron en medio de unas tierras de labranza... -sí, podían oler y oír la granja, no mucho más allá, por el lado de poniente-, y les resultó más fácil avanzar: campos llanos de pasturas, con una ligera pendiente, separados, no por setos, sino por terraplenes amplios y bajos, tan anchos como caminos y cubiertos de saúcos, cornejos y boneteras. Aquello era verdadero territorio de conejos, y les resultaba tranquilizador después del cinturón de árboles y el valle pequeño y enmarañado. Cuando hubieron cubierto una considerable distancia, deteniéndose continuamente para escuchar y oler y pasar corriendo, uno a uno, de un escondrijo al siguiente, Avellano se sintió lo bastante seguro como para permitirles descansar. Tan pronto como hubo mandado a Verónica y a Pico de Halcón a vigilar, se llevó a Pelucón aparte.

-Estoy muy disgustado contigo -le dijo-. Eres el único conejo del que no podemos prescindir, y tú vas y te juegas la vida en una aventura estúpida. No era necesario. Ni siquiera era inteligente. ¿Qué pretendías?

-Lo siento, creo que perdí la cabeza, Avellano. He estado muy nervioso todo el día, pensando en ese asunto de Éfrafa... Tenía los nervios de punta, de verdad. Cuando me pongo así tengo que hacer algo, ¿sabes?, pelearme o hacer algo arriesgado. Pensé que si podía hacer quedar a ese zorro como un tonto no me sentiría tan preocupado por lo otro. Y en realidad ha funcionado, me siento mucho mejor.

-Conque jugando a ser EI-ahrairah -dijo Avellano-. Eres un zoquete, podías haber echado a perder tu vida por nada... pensábamos que habías muerto. No vuelvas a hacerlo, sé un chico bueno. Sabes que todo depende de ti. Pero dime, ¿qué pasó entre los árboles? ¿Por qué gritaste de esa manera si estabas bien?

-Yo no grité. Fue muy extraño lo que ocurrió, y no muy bueno. Pensaba despistar al homba entre los árboles Y después volver. Bueno, pues el caso es que me metí entre la maleza, y acababa de dejar de cojear y me iba a poner a correr en serio cuando me encontré de cara con un grupo desconocido de conejos. Venían hacia mí, como si pretendieran salir al valle. No tuve mucho tiempo de pararme a mirar, pero parecían buenos amigos. «¡Cuidado, corred!», les dije, pero lo único que hicieron fue intentar detenerme. Uno me dijo: «¡Eh, tú, quieto!» o algo así, y se vino para mí, así es que lo dejé fuera de combate. Tenía que hacerlo… y salí corriendo. Y lo próximo que oí fue ese horrible chillido. Me puse a correr más deprisa, salí de entre los árboles y me vine para acá.

-Entonces el homba cogió al otro conejo.

-Tiene que ser eso. Después de todo, lo llevé directo hacia ellos, aunque no era ésa mi intención. Pero en realidad no vi lo que pasó.

-¿Qué hay de los otros?

-Ni idea. Saldrían corriendo, supongo.

-Ya veo -dijo Avellano pensativo-. Bueno, tal vez sea lo mejor. Pero escúchame bien, Pelucón, no quiero más trucos hasta que llegue el momento. Hay demasiado en juego. Es mejor que te quedes conmigo y con Plateado, ya te animaremos nosotros.

En ese momento apareció Plateado.

-Avellano, acabo de darme cuenta, ya estamos demasiado cerca de Éfrafa. Creo que tendríamos que marcharnos tan pronto como podamos.

-Quiero que rodeemos Éfrafa -dijo Avellano-. ¿Crees que podrías encontrar el camino a aquel sendero de hierro del que habló Acebo?

-Creo que sí, pero no podemos dar un rodeo demasiado grande o acabaremos exhaustos. No puedo decir que conozca el camino, pero más o menos sé por dónde cae.

-Bueno, pues tendremos que arriesgarnos -dijo Avellano-. Si logramos llegar allí antes de la mañana, podrán descansar.

Aquella noche no encontraron más aventuras, y avanzaron cautelosamente por los márgenes de los prados, bajo la pálida luz del cuarto menguante. La noche estaba llena de sonidos y movimientos. Una vez, Bellota espantó a un chorlito, que empezó a volar alrededor de ellos emitiendo chillido$_5$ estridentes, hasta que al final cruzaron una zanja Y lo dejaron atrás. Poco después, en algún lugar cercano, Oyeron el incesante gorjeo de un chotacabras; un sonido agradable, pacífico, que fue apagándose gradualmente a medida que se alejaban. Y en otra ocasión oyeron a un rey de codornices emitiendo su reclamo, mientras avanzaba entre las altas hierbas del margen del camino. (Es un sonido parecido al que produce una uña humana cuando se la pasa por las púas de un cepillo.) Pero no hubo ningún elil del que escapar y, aunque permanecían alertas ante cualquier posible señal de una patrulla de Éfrafa, no vieron otra cosa que ratones y unos pocos erizos cazando babosas por las zanjas.

Finalmente, cuando la primera alondra se elevó hacia la luz, que aún estaba lejana en el cielo, Plateado, con su pálido pelaje empapado por el rocío, retrocedió hasta donde estaba Avellano, que intentaba animar a Campanilla y Puchero.

-Levanta ese ánimo, Campanilla -dijo-, creo que estamos cerca del camino de hierro.

-Mi ánimo me daría igual si no me dolieran tanto las patas. Las babosas tienen suerte de

no tener patas. Creo que quiero ser una babosa.

-¿Sí? -dijo Avellano-. Pues yo soy un erizo, así que camina.

-No lo eres -replicó Campanilla-. No tienes las suficientes pulgas. ¿Ves? Las babosas tampoco tienen pulgas. Qué agradable ser una babosa y pasarse el día calentito entre los dientes de león.

-Y sentir cómo un mirlo te pega un buen picotazo -dijo Avellano-. Venga. Ya vamos, Plateado. Pero ¿dónde está ese camino de hierro? Acebo dijo que estaba en un terraplén empinado y cubierto de malezas, y no veo nada parecido por aquí.

-No, eso es por el otro lado. Por esta parte corre por una suerte de pequeño valle. ¿No lo hueles?

Avellano olió. En medio del frescor y la humedad de la mañana percibió el olor artificial del metal, el humo y el aceite. Siguieron adelante y al poco se encontraron mirando por entre los arbustos y la maleza que había junto a la vía. Todo estaba en silencio, pero cuando se detuvieron arriba de la pendiente, un grupo revoltoso de seis o siete gorriones descendió hasta la vía y empezó a picotear entre las traviesas. De alguna manera, la visión resultaba tranquilizadora.

-¿Tenemos que cruzar, Avellano-rah? -preguntó Zarzamora.

-Sí, enseguida. Que se interponga entre nosotros y Éfrafa. Después podremos comer.

Pasaron vacilantes por entre los raíles, medio esperando que el fiero y atronador ángel de Frith hiciera su aparición; pero el silencio no se rompió. Y al poco todos se encontraban comiendo en el prado que había del otro lado, demasiado agotados como para pensar en camuflarse o en algo que no fuera descansar sus patas y mordisquear entre la hierba.

Desde arriba, de entre los alerces, Kehaar descendió hasta ellos, se posó y plegó sus alas de un gris pálido.

-Senior Aveyano, ¿qué hace? No queda aquí.

~ -Están agotados, Kehaar. Tienen que descansar.

-Descansar aquí, no. Conejos viene.

-Sí, pero no todavía. Podemos...

-Sí, viene por vosotros. Encuentra vosotros.

-¡Oh, malditas patrullas! -exclamó Avellano-. ¡Venga, todos, salid de ese prado ahora mismo y esconderos en el bosque! Si, tú también, Verónica, a menos que quieras que te destrocen las orejas en Éfrafa. ¡Venga, muévete!

Fueron tambaleándose por entre la hierba hasta unos árboles que había más allá y allí, completamente exhaustos, se tiraron al suelo, al descubierto, entre los abetos. Avellano y Quinto consultaron a Kehaar otra vez.

-No podemos esperar que lleguen mucho más lejos, Kehaar -dijo Avellano-. Llevan toda la noche caminando. Tendremos que dormir aquí. ¿Has visto la patrulla?

-Si, sí, ellos viene otro lado de camino de hierro. Os fuisteis justo a tiempo.

-Bueno, pues entonces nos has salvado. ¿Podrías ir a ver dónde están ahora? Si se han ido, les diré que pueden dormir... aunque creo que no hace falta que se lo diga: ¡míralos!

Kehaar regresó con la noticia de que las patrullas de Éfrafa se habían vuelto sin cruzar la vía. Entonces se ofreció a montar guardia él mismo hasta el atardecer y Avellano, profundamente aliviado, dijo a sus conejos que podían dormir. Uno o dos ya se habían quedado dormidos mientras esperaban sentados en el suelo. Avellano se preguntó si no debería despertarlos y decirles que se ocultaran entre la maleza, pero mientras lo pensaba, se quedó dormido

El día fue caluroso y apacible. Entre los árboles, las palomas torcaces emitían sus reclamos soñolientas y de vez en cuando un cuclillo atrasado dejaba oír su tartamudeo. En los campos, nada se movía, excepto las colas de las vacas con su constante vaivén, una junto a la otra en la sombra.

33. *El gran río*

Nunca antes había visto un río, ese animal de cuerpo sinuoso y reluciente... todo era temblor y agitación, destellos, susurros, murmullos y gorjeos.

Kenneth Grahame, *El viento en los sauces*

Cuando Avellano despertó, se levantó de golpe. En el aire resonaban los gritos agudos de algún animal que cazaba. Miró rápidamente a su alrededor, pero no vio ninguna señal de alarma. Caía la tarde, y varios de los conejos ya se habían levantado y comían tranquilamente en el lindero del bosque. Se dio cuenta de que los chillidos, por más que apremiantes y sobrecogedores, eran demasiado débiles y estridentes para provenir de un elil. Venían de arriba. Un murciélago pasó revoloteando entre los árboles sin rozar ni una rama. Después vino otro. Avellano podía sentir que había muchos, cazando moscas y mariposas nocturnas al vuelo y emitiendo sus minúsculos chillidos. Para un oído humano apenas si serían perceptibles, pero para los conejos el aire estaba lleno de ellos. Fuera del bosque, el campo todavía brillaba a la luz del crepúsculo, pero allí, entre los árboles, ya estaba oscuro y los murciélagos iban y venían a sus anchas. Mezclado con el olor a resina de los abetos, había otro aroma, fuerte y fragante, penetrante, el aroma de unas flores que Avellano no conocía. El olor lo llevó al lindero del bosque. Provenía de varias matas de jabonera que crecían en los márgenes. Algunas no habían florecido aún, y los capullos estaban recogidos en espirales rosadas y puntiagudas, en el interior de los cálices de color verde pálido. Los murciélagos cazaban entre las moscas y las mariposas nocturnas que acudían atraídas por las jaboneras.

Avellano hizo hraka y se puso a comer en el prado. Se sintió contrariado al darse cuenta de que tenía molestias en la pata trasera. Pensaba que estaba curada, pero el esfuerzo de aquella jornada había resultado excesivo para el músculo herido por las balas. Se preguntó si aún quedaría mucho para el río del que había hablado Kehaar. Porque si era así, tendría problemas.

-Avellano-rah -dijo Puchero, que acababa de aparecer entre las jaboneras-, ¿estás bien? Tu pata tiene un aspecto raro... la arrastras.

-No, está bien... Oye, Hlao-roo, ¿dónde está Kehaar? Quiero hablar con él.

-Ha ido a ver si hay alguna patrulla rondando por aquí. Pelucón se levantó hace rato, y él y Plateado le pidieron que fuera. No querían molestarte.

Avellano se sintió irritado. Hubiera sido mejor saber el camino que debían seguir y no tener que esperar mientras Kehaar buscaba patrullas. Iban a atravesar un río, y con él así no podrían ir muy rápido. Aguardó, enojado. Pronto estuvo tan tenso y tan nervioso como nunca antes en su vida. Empezaba a pensar que, después de todo, tal vez si se había precipitado. Estaba claro que Acebo no había exagerado los peligros que acechaban cerca de Éfrafa. Pelucón, por pura casualidad, había conducido al zorro hasta una patrulla amplia que estaba siguiéndoles la pista. Y por la mañana, también por pura suerte y gracias a la ayuda de Kehaar, habían esquivado a otra patrulla al cruzar el camino de hierro. Tal vez Plateado no iba tan desencaminado y alguna patrulla los había descubierto ya y había vuelto a Éfrafa para informar sin que ellos se enteraran. O quizá también el general Vulneraria tenía un kehaar. ¿Quién sabe si en ese mismo momento no habría un murciélago hablando con él? ¿Cómo podía uno prever tantas cosas y protegerse? La hierba le pareció desabrida, el sol, frío. Avellano se sentó encorvado bajo los abetos, terriblemente abatido. Ahora estaba menos molesto con Pelucón, sabía cómo se sentía. La espera era algo terrible. Necesitaba hacer algo. Justo cuando había decidido no esperar más Y reunirlos a todos para partir , Kehaar llegó de la dirección de la zanja. Batió torpemente sus alas entre los abetos y los murciélagos enmudecieron.

-Senior Aveyano, no conejos. A lo mejor ellos no gusta camino de yerro.

-Bien. ¿Está muy lejos el río?

-No, no. Está cerca, en bosque.

-Estupendo. ¿Podemos encontrar ese paso a la luz del día

-Sí, si. Yo ensenyo vosotros puente.

Al poco de ponerse en camino, los conejos supieron que estaban cerca del río. El suelo se hizo más blando y húmedo. Podían oler los carrizos y el agua. De pronto, les llegó el chillido discordante de una polla de agua, repitiéndose como un eco entre los árboles, seguido de un batir de alas y una carrera sobre el agua. El murmullo de las hojas también parecía repetirse, como si una tierra dura y distante devolviera su eco. Un poco más adelante pudieron distinguir claramente el sonido del agua, que caía de manera regular en una pequeña cascada. Un humano, cuando oye de lejos el sonido de una muchedumbre, puede hacerse una idea de su magnitud. El sonido del río les dijo a los conejos que era más grande que ninguno que hubieran visto hasta entonces... ancho, suave y rápido. Parados entre la consuelda y los saúcos, se miraron los unos a los otros en busca de apoyo. Y siguieron avanzando torpemente. Aún no veían el río, pero delante de ellos podían percibir el parpadeo de la luz reflejada en el agua. Poco después, Avellano se adelantó con Quinto y se encontró en un estrecho sendero que separaba la espesura de la orilla del río.

El sendero era casi tan liso como un césped y no había en él ni arbustos ni malezas, pues los pescadores los quitaban. Del otro lado, las plantas ribereñas crecían abundantemente, de modo que estaba separado del río por una suerte de seto de lisimaquia púrpura, grandes adelfillas rosadas, pulicaria, escrofularia y eupatorio, que empezaban a florecer aquí y allá. Espiando entre las matas de las plantas, distinguieron pequeños retazos del río, liso y brillante, mucho más ancho y rápido que el Enborne. Aunque no había enemigos ni ningún otro peligro que pudieran ver, sentían la aprensión y la duda de aquellos que llegan sin darse cuenta a un lugar que impone y se sienten insignificantes. Cuando Marco Polo llegó por fin a Catai, hace setecientos años, ¿acaso no sintió que aquella gran y espléndida capital de un imperio que estaba allí mucho antes de que él naciera no lo necesitaba para nada, ni a él, ni a Venecia ni a Europa? ¿Que estaba llena de maravillas que quedaban más allá de su comprensión, que su llegada no tenía la menor importancia? ¿No titubeó su corazón entonces? Sabemos que eso fue lo que sintió, al igual que muchos otros viajeros que desconocen lo que van a encontrar. No hay nada que nos haga sentir más insignificantes que llegar a un paraje extraño y maravilloso donde nuestra existencia no importa nada.

Los conejos se sentían confusos e intranquilos. Se acurrucaron en la hierba y olfatearon los olores que llegaban de las aguas en el aire fresco del atardecer. Se acercaron los unos a los otros, esperando no ver en los demás el nerviosismo que había en ellos mismos. En el momento en que Puchero llegaba al sendero, una enorme libélula de color esmeralda y negro apareció a su espalda; allí permaneció unos instantes, zumbando suspendida en el aire, y desapareció como un rayo entre los carrizos. Puchero retrocedió alarmado y, al hacerlo, oyó un sonido estridente y vio salir como una exhalación de entre las plantas un pájaro de plumaje brillante y azul celeste que voló hacia el agua. Unos instantes después, del otro lado del seto de malezas, se oyó un pesado chapuzón, pero no sabía de qué criatura podía tratarse.

Mientras buscaba a Avellano con la vista, Puchero vio a Kehaar en un charco poco profundo, entre dos macizos de adelfilla. Estaba golpeando y picoteando algo en el barro y a los pocos segundos levantó con el pico una sanguijuela muy larga y se la tragó entera. Un poco más abajo, Avellano pelaba algunos azotalenguas mientras escuchaba a Quinto, sentados los dos bajo un rododendro. Puchero corrió sendero abajo y se reunió con ellos.

-No hay nada malo aquí -decía Quinto en ese momento-. No es más peligroso que cualquier otro sitio. Kehaar va a enseñarnos por dónde tenemos que cruzar, ¿no? Lo único que hay que hacer es ponernos en camino antes de que oscurezca.

-Nunca se quedarían en un sitio como éste -replicó Avellano-. No podemos esperar a Pelucón aquí. No es lugar para un conejo.

-Sí, si que podemos. Tranquilízate. Se acostumbrarán antes de lo que imaginas. Y es mucho mejor que los otros sitios donde hemos estado hasta ahora. No todo lo desconocido es malo. ¿Quieres que me haga yo cargo de ellos? Di que es por tu pata.

-De acuerdo. Hlao-roo, ¿puedes decirles a los demás que vengan?

Cuando Puchero se fue, dijo:

-Estoy preocupado, Quinto. Les estoy exigiendo demasiado Y hay tantos riesgos en este plan...

-Tienen más aguante de lo que pareces pensar. Si tú...

Kehaar los llamó, emitiendo un sonido ronco y espantando al hacerlo a un reyezuelo que había entre los arbustos.

-Senior Aveyano, ¿qué tú espera?

-Espera para saber adónde vamos -replicó Quinto.

-Puente cerca. Sigue y tú ves.

En el lugar donde estaban, la maleza crecía tupida junto al camino, pero más abajo, como intuían, daba paso a un paisaje más despejado. Fueron hacia allí, Quinto a la cabeza, Avellano después.

Avellano no sabía qué era un puente. Era otra de las palabras desconocidas de Kehaar, y no se había sentido con ánimo de preguntarle. A pesar de la confianza que tenía en Kehaar y del respeto que le inspiraba su amplia experiencia, cuando el terreno se aclaró se sintió inquieto. Era obvio que aquello era territorio de los hombres, frecuentado y peligroso. Un poco más adelante había una carretera. Podía ver la superficie lisa, artificial, extendiéndose sobre la hierba. Se detuvo a observarla. Al rato, cuando se aseguró de que no había hombres por allí, se acercó cautelosamente al margen.

La carretera atravesaba el río en un puente de unos nueve metros de largo. A Avellano no se le ocurrió que hubiera nada extraño en aquello. La idea de un puente le sobrepasaba. Él no veía más que una línea de postes y raíles a ambos lados de la carretera. De modo similar, es posible que los sencillos habitantes de los poblados africanos, que nunca han dejado sus remotos hogares, no manifiesten la menor sorpresa cuando ven por primera vez un avión; queda fuera de su comprensión. Pero la primera vez que ven un caballo tirando de un carro no dejan de mirarlo y de reírse de que alguien haya tenido semejante idea. Avellano vio sin la menor sorpresa que la carretera atravesaba el río. Lo que le preocupaba era que en ese trecho había sólo unos estrechos márgenes de hierba que no les permitirían ocultarse. Sus conejos estarían expuestos y si había algún peligro, la única salida sería correr por la carretera.

-¿Crees que debemos arriesgarnos, Quinto? -le preguntó.

-No sé por qué estás tan preocupado. Al fin y al cabo, tú te metiste en el corral donde estaban los conejos en la granja. Eso es mucho más peligroso. Vamos... todos están viendo cómo vacilamos.

Quinto salió dando brincos a la carretera. Miró a su alrededor un instante y después se dirigió al extremo más cercano del puente. Avellano fue tras él, pero se mantuvo pegado a los márgenes. Al mirar a su alrededor, vio que Puchero le seguía. Cuando llegó a la mitad del puente, Quinto se detuvo y se sentó, perfectamente tranquilo. Los otros dos se reunieron con él.

-Tendremos que actuar un poco -les dijo Quinto-. Que se mueran de curiosidad. Así seguro que nos siguen.

Podían haber saltado tranquilamente al agua, a poco menos de un metro más abajo, pues no había parapeto en el puente. Se asomaron por la última barra y, por primera vez, vieron el río abiertamente. Si el puente no había asustado a Avellano, el río si lo hizo. Recordaba el Enborne, su superficie jalonada de piedrecitas que sobresalían y de maleza. El Test, una corriente para truchas de la que se había retirado cuidadosamente toda maleza, le pareció un mundo de agua. Tendría nueve metros de anchura, era rápido y liso, y a la luz del atardecer sus aguas relucían deslumbrantes. Los reflejos de los árboles se veían tan nítidos e inmóviles en su superficie como en un lago. No había un solo junco sobre el agua, ni una sola planta. En la orilla izquierda, un lecho de ranúnculos ondeaba en la corriente sus hojas ahorquilladas sumergidas. Más oscuras aún, casi negras, eran las marañas de verdín, que cubrían el fondo en densas capas, inmóviles, a excepción de las frondas, que se movían de un lado a otro. También ondeaban ligeras y rápidas las grandes extensiones de berros. A través del agua transparente veían el fondo de arenilla amarilla e, incluso en la parte central, no habría más de un metro de profundidad. Mientras observaban, los conejos veían aquí y allá una especie de vaho, de humo, tiza y tierra que la corriente arrastraba, como arrastra el viento el polvo. De pronto, por debajo del puente, con un lánguido movimiento de su cola plana, apareció un pez del color de la arenilla del fondo, tan grande como un conejo. Y desde arriba pudieron ver las manchas negras que tenía a los costados. El pez se mantenía en el fondo, ondeando con la corriente. Le recordó a Avellano el gato del huerto. Entonces, con un ágil movimiento, nadó

hacia arriba y se detuvo justo debajo de la superficie. Un instante después, su nariz chata rompía la perfecta armonía del agua al tiempo que abría la boca, completamente blanca por dentro. Rítmicamente, sin prisa, el pez sorbió un zapatero que flotaba sobre la superficie y, al Volver a sumergirse, una onda se extendió por el agua, rompiendo reflejos y la transparencia. Luego, poco a Poco, el río recuperó su quietud, y volvieron a ver al pez balanceando la cola en el fondo.

-¡Un halcón de agua! -exclamó Quinto-. Así que cazan y comen ahí abajo también. Procura no caerte, Hlao-roo. Recuerda la historia de El-ahrairah y el lucio.

-¿Me comería? -preguntó Puchero mientras miraba al pez.

-Tal vez ahí haya criaturas que podrían hacerlo -dijo Avellano-. ¿Cómo vamos a saberlo? Venga, crucemos. ¿Qué haríais si apareciera un hrududu?

-Correr -dijo simplemente Quinto, y se escabulló por entre la hierba que había al otro lado del puente.

En ese lado del río, la maleza y un bosquecillo de grandes castaños de Indias se extendían casi hasta el puente. El suelo era pantanoso, pero al menos había mucho sitio donde esconderse. Quinto y Puchero se pusieron a escarbar , mientras Avellano se sentaba a mascar bolitas y descansaba su pata mala. Pronto estuvieron con ellos Plateado y Diente de León, pero los otros, más indecisos incluso que Avellano, permanecieron acurrucados entre la hierba en la otra orilla. Al final, poco antes de que se hiciera de noche, Quinto volvió a cruzar el puente y los persuadió de que le siguieran. Pelucón, para asombro de todos, se mostró bastante reacio y no quiso cruzar hasta que Kehaar, que volvía de otro de sus viajes a Éfrafa, le amenazó con traer un zorro.

La noche que seguiría les pareció a todos desorganizada y precaria. Avellano, consciente de que estaban en territorio de hombres, temía que apareciera algún perro o algún gato, y aunque oyeron búhos en más de una ocasión, ningún elil les atacó. Para cuando se hizo de día, todos estaban más tranquilos.

Tan pronto como hubieron comido, Avellano los mandó a explorar los alrededores. Definitivamente, aquella zona era demasiado húmeda para los conejos. En algunos sitios casi parecía una ciénaga. Crecían allí carrizos, valeriana rosa y de dulce aroma, y lánguidas cariofiladas de agua. Plateado informó que el terreno estaba más seco lejos de la orilla, y al principio Avellano pensó buscar otro sitio y volver a cavar los agujeros. Pero el día fue tan húmedo y caluroso que toda actividad quedó suprimida. La débil brisa desapareció. El sol arrancaba una humedad aletargada de los matorrales de la orilla y el olor a menta impregnaba el aire translúcido. Los conejos se arrastraron a la sombra donde pudieron y, mucho antes de ni-Frith, todos estaban dormitando entre la maleza.

No fue hasta que la tarde empezó a refrescar cuando Avellano se despertó súbitamente y vio que Kehaar estaba junto a él. La gaviota se pavoneaba de un lado a otro con pasos cortos y rápidos, picoteando impaciente entre las hierbas. Avellano se incorporó rápidamente.

.¿Qué pasa, Kehaar? ¿Hay alguna patrulla?

-No, no. Todo bien. Dormir como maldito búho. A lo mejor yo voy a Agua Grande. Senior Aveyano, ¿llevar mamás pronto? ¿Por qué espera?

-Tienes razón, Kehaar, debemos empezar ya. El problema es que sé cómo empezar, pero no cómo acabar.

Avellano se abrió paso entre la hierba, despertó al primer conejo que encontró, que resultó ser Campanilla, y lo envió a buscar a Quinto, Pelucón y Zarzamora. Cuando vinieron, los llevó con él a la orilla del río, donde Kehaar aguardaba.

-Ese es el problema, Zarzamora -dijo-. ¿Recuerdas que un día te dije que tendríamos que conseguir tres cosas: sacar a las hembras de Éfrafa, despistar a nuestros perseguidores y escapar de manera que no pudieran encontrar nuestro rastro? El plan que has ideado es muy inteligente. Conseguiríamos las dos primeras cosas, eso está claro. Pero ¿qué hay de la tercera? Los conejos de Éfrafa son rápidos y salvajes. Nos encontrarán, y no creo que podamos ir lo bastante rápido como para que no nos alcancen, sobre todo con un montón de hembras que nunca han salido de allí. Y tampoco podemos detenernos y enfrentarnos a ellos... somos demasiado pocos. Y encima mi pata parece estar empeorando otra vez. ¿Qué podemos hacer?

-No lo sé -respondió Zarzamora-. Pero es obvio que tendremos que desaparecer. Tal vez podríamos nadar por el río. Ya sabes, no dejaríamos rastro.

-Es demasiado rápido, nos arrastraría. Pero incluso si lo hiciéramos, ¿quién dice que no nos seguirían? Por lo que he oído de esos conejos, se tirarían al río si pensasen que nosotros lo hemos hecho. Lo que quiero decir es que, con la ayuda de Kehaar, podremos despistarles mientras sacamos a las hembras de allí, pero sabrán qué camino hemos cogido y no lo dejarán así. Sí, tienes razón, tenemos que desaparecer sin dejar rastro, para que no puedan seguirnos. Pero ¿cómo?

-No lo sé -volvió a responder Zarzamora-. Podríamos seguir el río durante un trecho. Tal vez encontremos algún escondijo. ¿Podrás arreglártelas con la pata como la tienes?

-Si no vamos muy lejos.

-¿Puedo ir yo también? -preguntó Campanilla, que había estado rondando por allí todo el rato.

-De acuerdo -dijo Avellano de buen humor, al tiempo que se iba cojeando por la orilla.

Pronto se dieron cuenta de que esa orilla era menos frecuentada. La vegetación era densa y tupida, mucho más que en los bosquecillos de nogales y campanillas de Sandleford. En varias ocasiones oyeron el tamborileo de un gran pájaro carpintero, el más tímido de los pájaros. Zarzamora estaba sugiriendo que podían buscar un escondrijo en aquella jungla cuando percibieron otro sonido... la cascada que habían oído al aproximarse el día anterior. Pronto llegaron a un punto donde el río formaba una curva hacia el este y allí vieron la amplia y pequeña cascada. No tendría más de un pie de altura, y era una de esas cascadas artificiales que se construyen para atraer a las truchas. Justo encima de la cascada, una pasarela hecha con tablones atravesaba el río. Kehaar alzó el vuelo, rodeó la cascada y se posó en el pasamanos de la pasarela.

-Este sitio es más resguardado y solitario que el puente que cruzamos anoche -dijo Zarzamora-. Tal vez nos sirva. No conocías este puente, ¿verdad, Kehaar?

-No, no conocías, no ver puente. Pero puente bueno, nadie venir.

-Me gustaría cruzarlo -dijo Zarzamora.

-Bueno, Quinto es la persona ideal. Le encanta cruzar puentes. Vosotros id delante. Yo os seguiré, con Pelucón y Campanilla.

Los cinco conejos brincaron lentamente sobre los tablones, sus orejas grandes y sensibles llenas del sonido de la cascada. Avellano, que no tenía bien la pata, tuvo que detenerse varias veces. Cuando por fin logró llegar al otro lado, descubrió que Quinto y Zarzamora ya habían empezado a explorar la orilla y estaban inspeccionando un gran objeto que sobresalía del agua. Al principio pensó que se trataba de un tronco caído, pero al ir acercándose vio que aunque era de madera, no era redondo, sino plano, y tenía los bordes levantados... era cosa de los hombres. Recordó entonces que, hacia un tiempo, cuando estaba buscando entre un montón de basura de los hombres, había encontrado un objeto similar, grande, liso y suave. (Era una puerta vieja, en realidad.) No les había sido de utilidad y lo dejaron. Se sentía inclinado a dejar este objeto también.

Un extremo de esa cosa estaba fuera, en la orilla, pero era largo, y el otro extremo sobresalía ligeramente. Al chocar contra el objeto, la corriente formaba ondas, y era tan rápida como por el centro, a causa de la ausencia de malezas y el alisamiento de las riberas, que no ofrecían resistencia al agua. Al acercarse, Avellano vio que Zarzamora había trepado a esa cosa. Sus garras producían un sonido hueco sobre la madera, así que seguramente había agua por debajo. Pero fuera lo que fuera, no bajaba hasta el fondo, estaba encima del agua.

-¿Qué buscas, Zarzamora? -le dijo bruscamente.

-Comida. Flayrah. ¿No lo hueles?

Kehaar se había posado en medio de aquella cosa, y estaba picoteando algo blanco. Zarzamora corrió sobre la madera hacia él y empezó a mordisquear algo verde. Al cabo del rato también Avellano se aventuró a salir de entre los árboles y se sentó al sol, observando las moscas que había en la madera y olfateando los olores que le llegaban del agua.

-¿Qué es esa cosa de hombres, Kehaar? ¿Es peligrosa?

-No, no peligro. ¿No conoces? Es bote. En Agua Grande mucho botes. Hombres hace,

van sobre agua. No peligro.

Kehaar siguió picoteando los trozos de pan duro. Zarzamora, que se había acabado la lechuga, estaba sentado y observaba por encima del lado más bajo una trucha de color piedra con manchas negras que subía por la cascada. El bote era una batea en miniatura utilizada únicamente para cortar juncos, poco más que una balsa, con una única bancada en el medio. Incluso cuando no había nadie tripulándolo como ahora, tenía sólo unos centímetros de anchura.

-¿Sabes? -dijo Quinto desde la orilla-, viéndote ahí sentado acabo de acordarme de aquella otra cosa de madera que encontraste cuando el perro estaba en el bosque y tú nos ayudaste a mí y a Puchero a cruzar el río. ¿Te acuerdas?

-Recuerdo que tuve que empujaros -dijo Pelucón-. Hacía un frío de mil demonios.

-Lo que no acabo de entender -continuó Zarzamora- es por qué este bote no se va con la corriente, y deprisa. Mira. -Estaba mirando una ramita que bajaba sobre la Superficie lisa del río, empujada por una corriente de tres kilómetros por hora-. ¿Por qué el bote no se va?

Kehaar estaba muy familiarizado con las costumbres de los hombres, y a veces hacía uso de ello con los conejos que no le gustaban especialmente. Zarzamora no era uno de sus favoritos: prefería otros con un carácter más abierto, como Pelucón, Espino Cerval o Plateado.

-Es cuerda. Si tú muerde, va rápido.

-Si, ya veo -dijo Quinto-. La cuerda está atada a esa cosa de hierro sobre la que está sentado Avellano. Y el otro extremo está sujeto a la orilla. Es como el tallo de una gran hoja. Si lo roes, la hoja, el bote, se aleja de la orilla.

-Bueno, sea como sea, es mejor que volvamos ya -dijo Avellano bastante desanimado-. Me temo que no hemos encontrado lo que buscábamos, Kehaar. ¿Puedes esperar hasta mañana? He pensado que podríamos trasladarnos a algún lugar más seco antes de que anochezca... lejos del río.

-¡Oh, qué pena! -exclamó Campanilla-. Yo que había decidido convertirme en un conejo de agua.

-¡¿Un qué?! -preguntó Pelucón.

-Un conejo de agua. Al fin y al cabo, hay ratas de agua y escarabajos de agua, y Puchero dice que anoche vio un halcón de agua. Así que por qué no iba a haber conejos de agua. Podría flotar tranquilamente por...

-¡Por el gran Frith en una colina! -exclamó Zarzamora de pronto-. ¡Por el ágil Rabscuttle! ¡Eso es! ¡Eso es! Campanilla, serás un conejo de agua. -Y empezó a saltar y a brincar por la orilla, dándole en la cara con sus patas delanteras a Quinto-. ¿No lo ves, Quinto? ¿No lo ves? Mordemos la cuerda y nos vamos, y el general Vulneraria no se entera.

Quinto pensó un momento.

-Si, ya lo entiendo -respondió al cabo-. Te refieres al bote. Tengo que reconocer que eres un tipo inteligente, Zarzamora. Recuerdo que cuando cruzamos el otro río dijiste que alguna cosa que flotara podría sernos útil algún día.

-Eh, un momento -les interrumpió Avellano-, Pelucón y yo somos más simplones. ¿Os importaría explicarnos de qué estáis hablando?

Y allí, junto a la pasarela y la cascada, mientras los mosquitos negros retozaban en sus orejas, Zarzamora Y Quinto se lo explicaron.

-¿Por qué no vas y pruebas la cuerda, Avellano-rah? -añadió Zarzamora cuando hubieron concluido-. Tal vez sea demasiado gruesa.

Y se acercaron de nuevo a la batea.

-No, no lo es. Y además está muy tensa, lo cual nos facilitará mucho el trabajo. Podría cortarla ahora mismo.

-Sí, bueno -dijo Kehaar-. Bueno. Pero hace deprisa. Hombre puede viene y todo cambia.

-No hay razón para seguir esperando. Adelante, Pelucón, y que El-ahrairah te acompañe. Recuerda que tú eres el Líder ahora. Envíanos a Kehaar cuando sepas qué tenemos que hacer.

Estaremos esperando para ayudarte.

Más tarde, todos recordarían cómo Pelucón había recibido las órdenes. Nadie podía decir que no predicaba con el ejemplo. Vaciló unos instantes y entonces miró a Avellano con resolución.

-Es un poco repentino -dijo-. No pensaba que sería esta noche. Pero es mejor así... no soporto esperar. Hasta pronto.

Rozó con su nariz la nariz de Avellano, se volvió y desapareció dando brincos entre la maleza. Unos minutos más tarde, guiado por Kehaar, corría por las pasturas que había al norte del río, en dirección al arco de ladrillo del terraplén lleno de malezas de la vía y los campos que había más allá.

34. *El general Vulneraria*

Como un obelisco en el que convergen las principales calles de una ciudad, la voluntad poderosa de un espíritu orgulloso se alza dominante en el arte de la guerra.

Clausewitz, *De la guerra*

La oscuridad caía sobre Éfrafa. Bajo aquella luz menguante, el general Vulneraria observaba a los miembros de la marca de la Pata Trasera Izquierda, que habían salido a Silflay y comían por los márgenes de la pastura que había entre la madriguera y la vía. La mayoría de los conejos comían cerca de los agujeros, ocultos entre los árboles y la maleza que bordeaba un solitario camino de herradura. Sin embargo algunos se habían aventurado a salir a campo abierto a ramonear y a jugar aprovechando los últimos rayos de sol. Más lejos aún estaban los centinelas de los Owsla, atentos a la aparición de cualquier hombre o elil o de algún conejo que se alejara demasiado para poder ocultarse bajo tierra en caso de emergencia.

El capitán Perifollo, uno de los dos oficiales de la marca, acababa de volver de una ronda con sus centinelas *y* estaba hablando con una hembra cerca del centro de su territorio, cuando vio acercarse al general Vulneraria. Miró rápidamente a su alrededor para ver si había algo mal, pero como todo parecía estar en orden, continuó mordisqueando un matojo de dulce hierba primaveral con tanta indiferencia como pudo.

El general Vulneraria era un conejo muy peculiar. El más fuerte de una camada de cinco, había nacido haría unos tres años en una madriguera que había junto al huerto de una casa de campo, en Cole Henley. Su padre era un viva la vida, un imprudente, y lo único que pensó es que, viviendo cerca de los humanos, podía saquearles el huerto cada mañana. Pero habría de pagar muy cara su imprudencia. Después de tres semanas de lechugas echadas a perder y verduras mordisqueadas, el granjero se apostó en, el jardín y le disparó cuando apareció por el campo de patatas al amanecer. Esa misma mañana se puso a la tarea de sacar a la coneja y su camada de la madriguera. La madre escapó a través de un campo de coles hacia las colinas, y sus cachorros intentaron seguirla. Sólo Vulneraria consiguió salvarse. Su madre, con una herida de bala, avanzó por los setos a plena luz del día, con Vulneraria siguiéndola.

No pasó mucho antes de que una comadreja diera con el rastro de la sangre y la siguiera. El pequeño conejo vio con sus propios ojos cómo mataban a su madre encogido entre la hier-

ba. No intentó escapar, pero la comadreja, después de saciar su hambre, lo dejó tranquilo y desapareció entre los arbustos. Horas más tarde, un amable maestro de Overton que paseaba por el campo encontró a Vulneraria llorando acurrucado junto al cuerpo frío e inmóvil. Se lo llevó a su casa, a su cocina, y salvó su vida, dándole leche con un cuentagotas hasta que fue lo bastante grande para comer afrecho y verduras. Pero Vulneraria creció y, como la liebre de Cowper, mordía si se le presentaba la ocasión. Un mes después ya estaba grande y fuerte, y se había vuelto un pequeño salvaje. Casi mató al gato del maestro, que lo había encontrado solo en la cocina y había intentado torturarle. Una semana después rompió la red metálica de su conejera y escapó al campo.

La mayoría de los conejos, en su situación, prácticamente sin experiencia de la vida salvaje, hubieran caído enseguida víctimas de algún elil. Pero no Vulneraria. Después de vagar durante unos días, llegó a una pequeña madriguera y a base de gruñidos y zarpazos, consiguió que lo aceptaran. Pronto se convirtió en conejo jefe, después de matar a los dos jefes anteriores y a un rival llamado Agrostis Alba. En el combate era terrible, luchaba a muerte, indiferente a las heridas que pudiera recibir, inmovilizaba a sus enemigos hasta que quedaban tan agotados que se rendían. Aquellos que no tenían el valor de oponerse a él no tardaron en pensar que era un auténtico líder.

Vulneraria era capaz de enfrentarse a cualquier cosa menos a un elil. Una tarde atacó y echó a un cachorro fisgón de terrier escocés. Era insensible al terror que dominaba a su gente ante los mustélidos y esperaba llegar a matar algún día a una comadreja o un armiño. Cuando hubo explorado los límites de su propia fuerza se propuso satisfacer su sed de poder de la única forma posible: incrementando el poder de los conejos que le rodeaban. Necesitaba un reino más grande. Los hombres eran el gran enemigo, pero se los podía evitar con astucia y disciplina. Dejó la pequeña madriguera, llevando a sus seguidores consigo, y empezó a buscar un lugar adecuado a sus propósitos, donde los conejos pudieran ocultar su misma existencia y la exterminación fuera casi imposible.

Éfrafa creció alrededor del cruce de dos caminos de herradura. Uno de ellos -el que iba de este a oeste- era como una especie de túnel, pues estaba cubierto a ambos lados por una espesa capa de árboles y arbustos. Los inmigrantes, bajo la dirección de Vulneraria, cavaron sus hoyos entre las raíces de los árboles, entre la maleza y en las zanjas. Desde el principio la madriguera prosperó. Vulneraria los cuidaba con un celo incansable que hizo que se ganara su lealtad, a Pesar del miedo que le tenían. Cuando las hembras dejaban de cavar, él continuaba con su trabajo mientras ellas dormían. Si un hombre se acercaba, Vulneraria lo sabía antes de que tuviera tiempo de acercarse a más de un kilómetro de distancia. Se enfrentó con ratas, urracas, ardillas grises y en una ocasión, con un cuervo. Siempre estaba atento a las camadas que subían; elegía a los más fuertes para los Owsla y los entrenaba él mismo. No permitía que ningún conejo abandonara la madriguera. Muy pronto, tres conejos que lo intentaron fueron perseguidos y obligados a regresar.

A medida que la madriguera crecía, Vulneraria desarrollaba su sistema para tenerla bajo control. Que hubiera un gran número de conejos comiendo fuera por la mañana y al atardecer podía atraer la atención. Así que ideó el método de las marcas. Cada una estaría controlada por sus propios oficiales y centinelas, y se alternarían las horas de las salidas para que todos tuvieran de vez en cuando oportunidad de hacerlo por la mañana y a la puesta de sol, las horas preferidas. Todo indicio de que allí había conejos intentó ocultarse. Los Owsla tenían privilegios en lo referente a las comidas, el apareamiento y la libertad de movimientos. Cualquier descuido del deber podía ser castigado con la degradación y la pérdida de privilegios. Para los conejos normales, los castigos eran más severos.

Cuando a Vulneraria le resultó imposible estar en todas partes a la vez, constituyó el Consejo. Algunos de sus miembros procedían de los Owsla, pero otros fueron escogidos simplemente por su lealtad o su valor como consejeros. El viejo Campánula de Invierno se estaba quedando sordo, pero nadie sabía más que él sobre seguridad. Por consejo suyo, los corredores y las conejeras de las diferentes marcas no se conectaron bajo tierra, así, si había alguna enfermedad o veneno, se extendería con mayor dificultad. También las conspiraciones. No estaba permitido visitar las conejeras de otra marca sin la autorización de un oficial. También por consejo de Campánula de Invierno decidió Vulneraria que la madriguera no debía crecer más, ya que eso aumentaría el riesgo de que los detectaran y debilitaría el poder central. Le costó persuadirlo, porque eso frustraba su insaciable sed de poder. Necesitaba una salida, y no tardó en crear las patrullas amplias.

Las patrullas amplias se iniciaron como meras incursiones y saqueos por los alrededores dirigidos por Vulneraria. Elegía a cuatro o cinco Owsla y se los llevaba a buscar camorra. La

primera vez tuvieron la suerte de encontrar y matar a un búho que se había comido un ratón que había comido un poco de trigo envenenado. En su segunda salida se encontraron con un hlessil al que obligaron a regresar con ellos y a quedarse en la madriguera. Vulneraria no era un simple camorrista, sabia cómo animar a otros conejos e imbuirles el espíritu de emulación. No pasó mucho antes de que sus oficiales empezaran a solicitar dirigir patrullas. Vulneraria les asignaba alguna tarea: buscar hlessil en alguna dirección, averiguar si en alguna zanja o cobertizo había ratas que después pudieran atacar y echar. Sólo debían mantenerse alejados de granjas y jardines. Una de las patrullas dirigida por un tal capitán Orquídea, descubrió una pequeña madriguera tres kilómetros al este, al otro lado de la carretera Kingsclere-Overton, cerca del bosquecillo de Nutley. El general dirigió una expedición contra ella y la destruyó, llevando a los prisioneros a Éfrafa. Algunos de ellos llegaron a formar parte de los Owsla.

Con el transcurso de los meses, el trabajo de las patrullas amplias se fue sistematizando. En verano y a principios de otoño solía haber dos o tres fuera al mismo tiempo. Pronto no quedó ningún conejo por los alrededores, y si descubrían alguno vagando por allí lo capturaban . En las patrullas amplias solía haber muchas bajas, porque los elil estaban al tanto de lo que hacían. En ocasiones, el jefe de una patrulla necesitaba de todo su valor y habilidad para completar una tarea y llevar a sus conejos -o a algunos de sus conejos- de vuelta a la madriguera. Pero los Owsla estaban orgullosos de los riesgos que corrían y, además, el propio Vulneraria salía a veces a comprobar cómo iban. A veces, a más de un kilómetro y medio de Éfrafa, en mitad de la lluvia, un oficial que se acercaba cojeando a un seto podía encontrarse perfectamente con el general Vulneraria, agachado como una liebre bajo una mata de cizaña, que le pedía que informara y explicara por qué estaba fuera de su ruta. Las patrullas amplias servían de entrenamiento para astutos rastreadores, corredores veloces y luchadores fieros, y las bajas -aunque podía llegar a haber hasta cinco o seis en un mal mes- servían al propósito de Vulneraria, pues había que limitar el número y siempre había vacantes que los jóvenes aspiraban a ocupar. Saber que los jóvenes competían por poder arriesgar sus vidas a sus órdenes le llenaba de satisfacción, aunque creía, al igual que el Consejo y los Owsla, que el precio que pagaban era modesto en comparación con la seguridad de la madriguera.

Sea como sea, aquella tarde, mientras salía de entre los fresnos para hablar con el capitán Perifollo, se sentía seriamente preocupado por varias cuestiones. Cada vez resultaba más difícil mantener la madriguera bajo control. La superoblación se estaba convirtiendo en un grave problema, y eso a pesar de que muchas hembras reabsorbían sus camadas antes de que nacieran. Aunque era por su bien, algunas empezaban a mostrarse inquietas y difíciles de manejar. No hacía mucho, un grupo de hembras se había presentado ante el Consejo y había solicitado permiso para dejar la madriguera. Se habían mostrado pacíficas al principio, ofreciéndose a marcharse tan lejos como el Consejo quisiera, pero cuando vieron que su solicitud no sería concedida bajo ningún concepto, reaccionaron con petulancia y después con agresividad, y el Consejo tuvo que adoptar medidas severas El ambiente aún estaba caldeado a causa de aquello. Y había otro problema. Últimamente los Owsla habían perdido parte de su reputación entre los conejos de a pie.

Cuatro conejos que decían ser una embajada de otra madriguera fueron retenidos y asignados a la marca del Flanco Derecho. Había intentado averiguar de dónde procedían, pero el caso es que habían conseguido engañar al comandante de su marca con un sencillo truco, atacaron a los centinelas y, finalmente, escaparon en mitad de la noche. El capitán Buglosa, el oficial responsable, había sido degradado y expulsado de los Owsla, por supuesto, pero su desgracia no hizo más que incrementar las dificultades de Vulneraria. La realidad era que en Éfrafa escaseaban los buenos oficiales. Era fácil encontrar Owsla normales, centinelas, pero los oficiales eran otra cosa, y había perdido tres en el último mes. Buglosa era igual que una baja, ya nunca podría volver a ostentar el rango. Pero para colmo de males, el capitán Mostaza, un conejo valiente y de muchos recursos, había muerto atropellado por un tren cuando perseguía a los fugitivos, otra prueba más, si es que hacia falta, de la malicia de los hombres. Y dos noches atrás, una patrulla que iba hacia el norte había vuelto con la sorprendente noticia de que su líder, el capitán Malva, un oficial de gran prestigio y con mucha experiencia, había sido asesinado por un zorro. Era un asunto extraño. La patrulla había descubierto el rastro de una partida bastante numerosa de conejos que se dirigían a Éfrafa desde el norte. Habían estado siguiéndolos y, aún no habían avistado a su presa, cuando de pronto un conejo se abalanzó sobre ellos. Intentaron detenerlo, por supuesto, pero en ese momento apareció un zorro que al parecer había estado siguiéndolo y mató al pobre Malva. Dadas las circunstancias, la patrulla había vuelto, por orden del segundo al mando, Hierba Cana. Pero no habían vuelto a ver a aquel conejo y no habiendo nada que justificase la muerte de Malva, los Owsla se sentían preocupados y desmoralizados.

Otras patrullas habían partido , pero lo único que pudieron descubrir era que habían

cruzado el camino de hierro y habían desaparecido por el sur. Era intolerable que hubieran pasado tan cerca de Éfrafa y no los hubieran capturado. Podía pillarlos todavía, pero necesitaría un oficial lo suficientemente emprendedor para hacerse cargo de la misión, pues las patrullas raras veces cruzaban el camino de hierro, y el territorio que había del otro lado sólo lo conocían en parte. Tal vez el capitán Campeón. Hubiera ido él mismo, pero con los problemas que había últimamente en la madriguera no podía arriesgarse. Y no podía prescindir de Campeón tampoco. No, por más irritante que fuera, tendrían que olvidarse de los extranjeros por el momento. Tenía que encontrar sustitutos para los Owsla muertos, y preferiblemente que supieran mostrarse implacables con cualquier señal de disensión. Tendría que ascender a lo mejor que hubiera, bajarse los humos y concentrarse en el entrenamiento hasta que las cosas volvieran a la normalidad.

Vulneraria saludó al capitán Perifollo distraído y siguió dándole vueltas al problema en su cabeza.

-¿Qué tal son sus centinelas, Perifollo? -le preguntó-. ¿Conozco a alguno de ellos?

-Son buenos, señor. Conoce a Mejorana. Ha salido de patrulla con usted como corredor. Y creo que también conoce a Hierba de la Moneda.

-Si, los conozco, pero no sirven para oficiales. Necesitamos a alguien que sustituya a Mostaza y a Malva.

-Es difícil, señor. Conejos como ésos no se encuentran detrás de cualquier matorral.

-Bueno, pues en algún sitio tienen que encontrarse. Píenselo y dígamelo si se le ocurre algo. Por el momento, me gustaría hablar con ellos personalmente. ¿Me acompaña?

Estaban a punto de marcharse cuando un tercer conejo se acercó a ellos, y no era otro que el capitán Campeón. Su Principal tarea consistía en vigilar las afueras de Éfrafa Por la mañana y al atardecer e informar de cualquier novedad: la marca de la rueda de un tractor en el barro, las heces de un gavilán o el rociado de un campo con fertilizante. Era un experto rastreador, pocas cosas se le escapaban, y era uno de los pocos conejos por los que Vulneraria sentía un verdadero respeto.

-¿Me buscaba? -le preguntó Vulneraria deteniéndose.

-Creo que sí, señor. Hemos capturado un hlessil y lo hemos traído.

-¿Dónde estaba?

-Junto al arco, señor.

-¿Y qué hacia?

-Bueno, señor, dice que ha recorrido un largo camino para venir a Éfrafa. Por eso he pensado que le gustaría verle.

-¿Quiere vivir en Éfrafa? -preguntó Vulneraria desconcertado.

-Eso dice, señor.

-Bueno, que lo vea el Consejo mañana.

-Como quiera, señor. Pero creo que es un conejo poco común. Yo diría que podría ser muy útil.

-Mmm... De acuerdo, pero no puedo perder mucho tiempo. ¿Dónde está ahora?

-En la Crixa, señor -Campeón se refería al punto donde se cruzan los dos caminos de herradura, que estaba casi a medio kilómetro-. Dos de mis centinelas están con él.

Vulneraria volvió a la Crixa. Perifollo, que estaba de servicio con su marca, se quedó donde estaba. Campeón acompañó al general.

A esa hora, la Crixa estaba a la sombra, y rojos destellos de sol se colaban entre las hojas de los árboles. La hierba húmeda que bordeaba los márgenes estaba salpicada de ayuga, y las sanículas y las ortigas amarillas crecían frondosas. Dos Owslafa, o policías del Consejo, aguardaban junto a un arbusto de saúco. El extranjero estaba con ellos.

Vulneraria comprendió a lo que se había referido Campeón. El extraño era un conejo grande, de aspecto pesado pero alerta, duro y aguerrido, y con la mirada de un luchador. Tenía una curiosa mata de pelo en la coronilla, una especie de caperuza. Miró a Vulneraria

con una mirada despreocupada y apreciativa que el general no había visto desde hacía mucho tiempo.

-¿Quién eres? -le preguntó.

-Mi nombre es Thlayli -replicó el extranjero.

-Thlayli, *señor* -añadió Campeón. El extranjero no dijo nada.

-Me han dicho que la patrulla te ha traído. ¿Qué estabas haciendo?

-He venido para vivir en Éfrafa.

-¿Por qué?

-Me sorprende que lo pregunte. Ésta es su madriguera, ¿no? ¿Qué hay de extraño en que alguien quiera vivir aquí?

Vulneraria estaba perplejo. No era ningún tonto, y no podía evitar pensar que era bien extraño que un conejo cuerdo eligiera vivir allí voluntariamente. Pero no podía decirlo abiertamente.

-¿Qué sabes hacer?

-Sé correr, luchar y estropear una buena historia. He sido oficial en una Owsla.

-¿Sabes luchar, dices? ¿Te atreverías a luchar contra él? -dijo mirando a Campeón.

-Si, si usted quiere. -El extranjero retrocedió y le dirigió una fuerte bofetada a Campeón, que saltó hacia atrás justo a tiempo.

-No seas loco. Siéntate. ¿Dónde vivías antes?

-Muy lejos. Los hombres destruyeron la madriguera, pero yo escapé, y llevo vagando un tiempo. No le sorprenderá que haya oído hablar de Éfrafa. Y he recorrido un largo camino para llegar hasta aquí. Pensé que podrían encontrarme alguna utilidad.

-¿Estás solo?

-Ahora si.

Vulneraria lo consideró. Era bastante probable que aquel conejo hubiera formado parte de una Owsla. Cualquier Owsla lo querría. Si decía la verdad, había tenido el suficiente coraje para escapar a la destrucción de su madriguera y soportar un largo viaje a campo abierto. Un viaje bastante largo, pues no había ninguna madriguera dentro del radio de acción habitual de las patrullas de Éfrafa.

-Bueno -dijo por fin-, creo que podremos encontrarte alguna utilidad, como tú dices. Campeón se ocupará de ti esta noche y mañana te presentarás ante el Consejo. Y mientras procura no pelearte con nadie. Tenemos muchas cosas para ti sin necesidad de eso.

-Muy bien.

A la mañana siguiente, después de que el Consejo discutiera la difícil situación de la madriguera a causa de las recientes bajas, el general Vulneraria propuso que, para empezar probaran al recién llegado como oficial de la Pata Trasera Izquierda, a cargo del capitán Perifollo. Después de verlo, el Consejo aceptó. Para ni-Frith, Thlayli, todavía sangrando por la herida infligida en el lado izquierdo de sus cuartos traseros, asumió sus nuevas funciones.

35. A tientas

Este mundo, donde tanto ha de hacerse y tan poco se conoce...

Dr. Johnson

-… y entonces, antes de la hora de silflay asignada a la marca -decía Perifollo-, siempre salgo a comprobar el tiempo. Por supuesto, la marca que sale antes envía un corredor para avisar del estado del tiempo, pero me gusta salir a comprobarlo por mi mismo. En los días de luna llena los centinelas se mantienen más cerca de la madriguera y nosotros vamos de un lado a otro para asegurarnos de que nadie se aleja demasiado. Pero cuando llueve o está oscuro mandamos la marca arriba en pequeños grupos, uno después del otro, y a cada uno se le asigna un centinela. Si el tiempo es muy malo, solicitamos permiso al general para posponer el silflay.

-¿Intentan escaparse muy a menudo? -preguntó Pelucón. Aquella tarde había estado subiendo y bajando por los corredores y las atestadas conejeras con Perifollo y Hierba de san Benito, el otro oficial de la marca. Nunca había visto conejos más tristes y decaídos-. No parecen un grupo muy difícil.

-La mayoría no dan problemas, es cierto -respondió Hierba de san Benito-, pero nunca se sabe. Por ejemplo, cualquiera hubiera dicho que no había un grupo más dócil en Éfrafa que el del Flanco Derecho. Pero un día el Consejo les asigna cuatro conejos y a la tarde siguiente Buglosa se vuelve duro de mollera y los hlessil le engañan y toman las de Villadiego. Y se acabó Buglosa. Por no hablar del pobre Mostaza, que murió atropellado en el camino de hierro. Estas cosas suelen ser muy repentinas, y no siempre son premeditadas. A veces es como si los conejos se volvieran tarumbas. Uno siente el impulso de escaparse, y si no lo castigas a conciencia, no tardas en encontrarte que hay otros tres intentándolo. La única manera de estar seguro es vigilarlos siempre que están arriba y relajarte cuando puedas. Al fin Y al cabo, para eso estamos aquí, nosotros y las patrullas.

»Sobre la cuestión de enterrar la hraka -continuó- nunca se es demasiado estricto. Si el general encuentra hraka en el campo, te hará tragarte la cola. Y aun así, todos intentan zafarse. Son tan poco sociables... No se dan cuenta de que el bien de la comunidad depende de la cooperación de todos. Yo lo que hago es poner a tres o cuatro cada día a cavar un nuevo hoyo en la zanja, como castigo. Casi siempre puedes encontrar a quien castigar si te fijas bien. La brigada de hoy llena el hoyo de ayer y cava otro. Hay corredores especiales que llevan a la zanja, y la marca debe usarlos cuando salen a hacer hraka. Tenemos siempre un centinela en la zanja para asegurarnos de que vuelven.

-¿Cómo compruebas si están todos después de silflay? -preguntó Pelucón.

-Bueno, los conocemos a todos de vista y los vigilamos cuando bajan. Sólo hay dos entradas para la marca, y uno de nosotros se apuesta en cada una. Cada conejo sabe qué agujero tiene que utilizar, y yo lo sabría si me faltara alguno. Los centinelas entran los últimos... y sólo los llamo cuando estoy seguro de que todos los demás han bajado. Aparte de eso, es difícil que salgan cuando están abajo, ya que hay un centinela en cada salida. Si escarbaran los oiría. No se puede cavar en Éfrafa sin permiso del Consejo. El verdadero peligro está cuando hay una alarma, por un hombre o un elil, por ejemplo. Todos corremos al agujero más próximo. Por el momento a nadie parece habérsele ocurrido que podría escapar sin que nos diéramos cuenta. Y de todos modos, ningún conejo correría hacia un elil, ésa es la mejor garantía.

-Es usted muy minucioso -dijo Pelucón, pensando para sus adentros que su misión secreta era mucho más desesperada de lo que esperaba-. Procuraré cogerle el truco lo antes posible. ¿Cuándo se nos permite ir de patrulla?

-Creo que el propio general te llevará de patrulla -replicó Hierba de san Benito-. Conmigo lo hizo. Y seguramente no estarás tan entusiasmado cuando lleves un par de días con él. Estarás agotado. Aunque debo reconocer que pareces muy fuerte, Thlayli, y si estás acostumbrado a llevar una vida dura, lo aguantarás bien.

En ese momento llegó por el corredor un conejo con una cicatriz blanca atravesada en el cuello.

-La marca del Cuello va a bajar ya, capitán Perifollo, señor -dijo--. Hace una tarde estupenda, yo la apuraría al máximo

-Me estaba preguntando cuándo ibas a aparecer -replicó Perifollo-. Dile al capitán Esparceta que saldremos enseguida

Y, volviéndose hacia uno de sus centinelas, le ordenó que pasara por las conejeras para avisar que ya podían subir a silflay.

-Bien. Hierba de san Benito, tú irás al agujero más lejano y Thlayli puede quedarse conmigo en el otro. Primero subirán cuatro centinelas a la línea, y cuando todos hayan salido, subirán cuatro más y quedarán dos en reserva. Nos encontraremos en el sitio de siempre, junto al gran pedernal del terraplén.

Pelucón siguió a Perifollo por el corredor, percibiendo el aroma de la hierba, el trébol y la fenarda. La mayoría de los corredores le parecían estrechos y pequeños, seguramente porque había pocas salidas al exterior. La perspectiva de pasar la tarde silflay, incluso en Éfrafa, le pareció estupenda. Pensó en el susurro de las hojas de las hayas, en el lejano Panal y suspiró. «Me pregunto cómo le irá a Acebo. ¿Volveré a verlo algún día? O a Avellano. Bueno, les voy a dar a estos canallas algo en lo que pensar. Pero me siento solo. Qué difícil es guardar un secreto en solitario. »

Llegaron al agujero de salida y Perifollo salió a echar una ojeada. Al volver, se aposentó en el extremo del corredor y, cuando Pelucón se colocó junto a él, reparó por vez primera en una especie de hueco que había en la pared de enfrente, como una cueva. Había allí tres conejos agazapados. Los que estaban a los lados tenían la mirada dura e imperturbable de los miembros de la Owslafa. Pero era el del medio el que le llamó la atención. Tenía la piel muy oscura, casi negra. Pero no era eso lo más destacable. Estaba terriblemente mutilado. Sus orejas no eran más que jirones informes, desiguales, cosidos por horribles cicatrices y adornadas aquí y allá por pedazos de carne fresca y orgullosa. Un párpado estaba deformado y medio cerrado. A pesar del maravilloso y fresco ambiente de aquella tarde de julio, parecía apático y aletargado. Tenía la vista fija en el suelo, Y parpadeaba continuamente. Al cabo del rato bajó la cabeza con aire indiferente y se frotó la nariz con sus patas delanteras. Se rascó el cuello y volvió a su anterior posición.

Pelucón, impulsado por su naturaleza cálida, por la curiosidad y la pena, se acercó adonde estaba.

-¿Quién eres? -le preguntó.

-Mi nombre es Negroso, señor -contestó el conejo: No levantó la vista, y su voz resultaba inexpresiva, como si hubiera respondido a aquella pregunta muchas veces.

-¿Vas a silflay? -preguntó Pelucón. Sin duda, pensaba, es un héroe de la madriguera, herido en una gran batalla y ahora enfermo, y cuyos pasados servicios le han hecho digno de llevar una escolta cuando sale.

-No, señor.

-¿Por qué no? Hace una tarde estupenda.

-Yo no voy a silflay a esta hora, señor.

-Entonces ¿por qué estás aquí? -preguntó Pelucón con su habitual franqueza.

-La marca que tiene silflay por la tarde, señor -empezó el conejo-. La marca que tiene... vienen... yo... -vaciló y por fin guardó silencio.

Uno de los Owslafa le dijo:

-Continúa.

-Estoy aquí para que la marca me vea -dijo el conejo con voz baja y desinflada-. Todas las marcas deben ver que he sido castigado como merezco por mi traición al intentar abandonar la madriguera. El Consejo ha tenido la bondad... el Consejo ha tenido la bondad... el Consejo... No lo recuerdo, señor, no puedo -lloriqueó volviéndose al centinela que había hablado-. No puedo recordar nada.

El centinela no respondió y Pelucón, después de contemplarlo sorprendido y en silencio por unos momentos, volvió con Perifollo.

-Se supone que tiene que decírselo a quien le pregunte -explicó Perifollo-, pero después de un mes así parece que se está volviendo tonto. Intentó escapar. Campeón lo capturó y lo trajo de vuelta. El Consejo le rajó las orejas y dijo que tenía que quedar a la vista de todos durante el silflay de la mañana y de la tarde como ejemplo. Pero si quieres que te diga la verdad, no creo que dure mucho. Una noche de éstas se encontrará con un conejo más negro que él.

Pelucón sintió un escalofrío, en parte por el tono duro e indiferente de Perifollo, pero también por sus propios recuerdos. Los miembros de la marca empezaron a desfilar,

oscureciendo por un momento la entrada antes de saltar afuera junto al espino. Estaba claro que Perifollo se preciaba de conocer a sus conejos por su nombre. Hablaba de ellos y se esmeraba por demostrar que tenía cierto conocimiento de sus vidas personales. Las respuestas que le daban no le parecieron a Pelucón especialmente amistosas o calurosas, aunque no sabía si atribuirlo a la antipatía que sentían por él o a la falta de ánimo que parecía ser común en Éfrafa entre los conejos de a pie. Tal como le había aconsejado Zarzamora, estaba atento a cualquier signo de disgusto o rebeldía, pero los rostros inexpresivos que veía pasar no dejaban mucho lugar a la esperanza. En último lugar llegó un grupo de tres o cuatro hembras que hablaban entre ellas.

-Qué, ¿qué tal te llevas con tus nuevas amigas, Nelthilta? -le dijo Perifollo a la primera cuando pasaba.

La hembra, una linda conejita de nariz larga y de no más de tres meses se paró y lo miró.

-Algún día tendrás lo que mereces, capitán. Como el capitán Malva. ¿Por qué no envías algunas hembras de patrulla?

Esperó a que Perifollo respondiera, pero no lo hizo, ni habló tampoco con las hembras que iban con Nelthilta.

-¿Qué ha querido decir? -preguntó Pelucón.

-Bueno, hemos tenido algunos problemas, ¿sabes? Un grupo de hembras de la Pata Delantera Izquierda armaron un escándalo en una reunión del Consejo. El general dijo que había que separarlas y nos enviaron un par a nosotros. Las tengo vigiladas. En realidad no son un problema, pero Nelthilta ha trabado amistad con ellas y se ha vuelto muy descarada y rebelde, como acabas de ver. No tiene mayor importancia, la verdad. Demuestra que saben que la Owsla es la que manda. Me preocuparía más si viera que se vuelven calladas y obedientes, porque entonces seguro que estarían tramando algo. De todos modos, me gustaría que hicieras lo Posible por conocer a esas hembras y hacerlas entrar por caja.

-Bien. Por cierto, ¿cuáles son las normas sobre el apareamiento?

-Bueno. Si quieres una hembra la coges. Una hembra de la marca. Por algo somos oficiales. Las hembras están a nuestras órdenes y ningún conejo puede oponerse. Eso nos deja sólo a ti, a mi y a Hierba de san Benito. Y no creo que vayamos a pelearnos. Hay muchas hembras.

-Ya veo. Bien, saldré a silflay ahora. Si no dispone otra cosa, saldré y hablaré con algunos miembros de la marca, Y luego pasaré a ver a los centinelas para hacerme una idea de cómo funcionan las cosas. ¿Qué hay de Negroso?

-Déjalo. No es asunto nuestro. Los Owslafa lo tendrán ahí hasta que la marca baje. Luego se lo llevarán.

Pelucón paseó por el campo, consciente de las miradas cautelosas de los conejos que lo veían pasar. ¿Cómo podría empezar su peligrosa misión? Pero tenía que hacerlo, como fuera, porque Kehaar había dejado bien claro que no pensaba esperar. No tenía otro remedio que arriesgarse y confiar en alguien, pero ¿en quién? Una madriguera como ésa debía de estar llena de espías. Y seguramente sólo el general Vulneraria sabía quiénes eran. ¿Habría algún espía observándolo ahora?

«Tendré que confiar en mi instinto -pensó-. Daré una vuelta, a ver si puedo hacer algún amigo. Pero una cosa está clara: si todo sale bien y consigo sacar a esas hembras de aquí, me llevaré a ese desgraciado de Negroso conmigo. ¡Frith en un puente! Me pongo enfermo sólo de pensar que lo obligan a estar ahí de esa forma. ¡Vaya con el general Vulneraria! »

Poco a poco, bajo el sol del atardecer, Pelucón avanzó por el prado, mordisqueando hierba por aquí y por allá, reflexionando. Al rato se dio cuenta de que se estaba aproximando a un pequeño hueco, como aquel donde él y Plateado habían encontrado a Kehaar, en la colina de Watership. Cuatro hembras estaban allí, de espaldas a él. Era el pequeño grupo que había salido en último lugar. Era evidente que ya habían saciado su hambre, y ahora dormitaban y hablaban tranquilamente. Pelucón vio que una de ellas acaparaba la atención de las otras. Pelucón adoraba las historias, más incluso que la mayoría de los conejos, y la perspectiva de oír algo nuevo en aquella madriguera le atraía. Se acercó rápidamente al borde del hueco en el momento en que la coneja empezaba a hablar.

comprendió que aquello no era una historia. Pero había oído algo parecido en algún sitio.

El aire embelesado, la cadencia de las palabras, la profunda atención de los oyentes... ¿a qué le recordaba aquello? Y entonces se acordó del olor a zanahoria y de Argentina, que hablaba ante la multitud en la gran madriguera. Pero estos versos le llegaron al corazón como no habían hecho los de Argentina

Hace mucho tiempo
cantaba el verderón posado en el espino,
cantaba el verderón al viento,
Y la coneja escuchaba, feliz con su carnada.
Que dulces transcurrían los días bajo el saúco.
Pero el Pájaro se fue y mi corazón está triste,
Ya nunca volverán los juegos al campo.

Hace mucho tiempo
los escarabajos se agarraban
a los tallos de centeno que el viento agitaba.
Dos conejos corrían por el prado,
dos conejos que escarbaban
y bajo los saúcos jugaban.
Pero los escarabajos han muerto por el frío y mi corazón está triste;

Jamás volveré a tener compañero.

Siento que el frío se apodera de mi cuerpo,
que entumece mi nariz y mis orejas.
Y aunque un día volverá la primavera
y llegará el vencejo cantando: «¡noticias!, ¡noticias! Conejas, cavad y producid leche para vuestras crías»
Yo no lo oiré,
porque en mi sueño
también el viento está preso.
Jamás volverá el viento.

La coneja había enmudecido, y sus tres compañeras no dijeron nada. Pero su silencio decía con suficiente claridad que había hablado por todas. Una bandada de estorninos pasó sobre ellos, hablando y silbando, y una hez líquida cayó en la hierba, entre las conejas. Ninguna hizo el menor movimiento. Todas parecían absortas en los mismos pensamientos melancólicos... y que, por bien que tristes, al menos estaban muy lejos de Éfrafa.

El espíritu de Pelucón era tan duro como su cuerpo Y no era propenso a sentimentalismos, pero como la mayoría de las criaturas que han experimentado dificultades y peligros, reconocía y respetaba el sufrimiento cuando lo veía. Estaba acostumbrado a evaluar a otros conejos y a descubrir cómo eran. Y en ese momento supo que aquellas conejas estaban casi al límite de sus fuerzas. Cuando un animal salvaje siente que ya no tiene ningún motivo para vivir, llega un punto en que dirige las pocas energías que le quedan a su propia destrucción. Ese mismo estado de ánimo se lo había atribuido a Quinto equivocadamente en la madriguera de los cepos. Pero había madurado- Aquellas hembras estaban cerca de la desesperación y, después de lo que había oído contar a Acebo y a Perifollo de Éfrafa, lo comprendía perfectamente. Sabía que los efectos de la superpoblación y de las tensiones de una madriguera se manifiestan primero en las hembras. Se vuelven estériles y agresivas. Pero si no consiguen nada con la agresividad, se vuelven a la única salida que les queda. ¿A qué grado de desesperación habrían llegado ellas?

Saltó al agujero. Las hembras, viendo sus pensamientos perturbados le miraron con resentimiento y retrocedieron.

-Sé que tú eres Nelthilta -le dijo Pelucón a la hermosa conejita que había insultado a Perifollo en el corredor-. Y tú, ¿cómo te llamas? -dijo volviéndose a la coneja que había junto a él.

Tras una pausa, respondió de mala gana:

-Thethuthinnang,* señor.

* *Thethuthinnang,* "el movimiento de las hojas".

-¿Y tú? -le preguntó a la que había recitado los versos.

Aquella hembra le dirigió tal mirada de desdicha y sufrimiento que tuvo que contenerse para no confesarle allí mismo que era su amigo, que odiaba a Éfrafa y a la autoridad que representaba. La respuesta que Nelthilta había dado a Perifollo en el corredor estaba llena de odio, pero la mirada de esta otra coneja expresaba un sufrimiento que estaba más allá de las palabras. Al mirarla, Pelucón recordó de pronto la descripción que había hecho Acebo del gran hrududu amarillo que hizo que la tierra se abriera sobre la madriguera destruida. «Una mirada como ésta hubiera sido muy apropiada entonces», pensó. Y entonces la coneja respondió:

-Mi nombre es Hyzenthlay, señor.

-¿Hyzenthlay? -dijo casi sin poder reprimir la sorpresa-. Entonces tú eres... -Se contuvo. Tal vez no fuera muy prudente preguntarle si recordaba haber hablado con Acebo Pero tanto si lo recordaba como si no, aquella era la coneja que le había hablado a Acebo sobre los problemas de Éfrafa y el descontento de las hembras. Si mal no recordaba, ya había intentado alguna vez dejar la madriguera**.** «Pero -pensó al encontrarse de nuevo con su mirada desolada ¿qué ilusión tiene ahora?»

-¿Podemos irnos, señor? -preguntó Nelthilta-. La compañía de los oficiales nos abruma. Con un poquito ya tenemos de sobras.

-Oh... sí... por supuesto -replicó Pelucón confuso. Se quedó donde estaba mientras las conejas saltaban fuera del hoyo. Nelthilta levantó la voz para decir:

-¡Menudo ceporro! -y miró de soslayo con la esperanza de que la reprendiera.

«Bueno -pensó él-, por lo menos hay una a la que le queda algo de vida», y fue a buscar a los centinelas.

Pasó bastante rato hablando con los centinelas e informándose sobre su modo de organizarse. Era un sistema desesperadamente eficiente. Cada centinela podía alcanzar a su vecino en cuestión de segundos, y si golpeaban el suelo de la manera adecuada -tenían varias señales-, los oficiales y los reservas salían en un instante. Si era necesario, se podía avisar a los Owslafa con igual rapidez, así como al capitán Campeón o cualquier otro oficial que estuviera patrullando por las afueras. Dado que nunca había más de una marca arriba, poca confusión podía haber sobre el lugar adonde ir si se producía una alarma. Uno de los centinelas, Mejorana, le habló sobre Negroso.

-Procuró alejarse el máximo posible mientras comía, y entonces echó a correr. Se las ingenió para dejar fuera de combate a dos centinelas que intentaron detenerle; y dudo mucho que nadie haya conseguido tanto por sí solo. Corría como un desesperado, pero Campeón había recibido la señal de alarma y no tuvo más que desplazarse un poco e interceptarlo en los prados. Desde luego, si no hubiera golpeado a los centinelas, el Consejo no hubiera sido tan severo.

-¿Te gusta la vida en la madriguera? -le preguntó Pelucón.

-No está mal ahora que estoy en los Owsla, y si consigo que me asciendan a oficial será mejor todavía. He participado en dos patrullas amplias.., es lo mejor para que se fijen en ti. Puedo seguir un rastro y pelear tan bien como el que más, pero claro, exigen mucho más de un oficial. Creo que nuestros oficiales son muy fuertes, ¿no te parece?

-Si -respondió Pelucón, y comprendió entonces que Mejorana no sabia que él era un recién llegado. Aun así, no manifestó ni envidia ni resentimiento. En aquel lugar a nadie le decían más de lo necesario, ni sabía más que lo que tenía delante de las narices. Mejorana seguramente pensaba que lo habían ascendido de otra marca.

Cuando empezó a anochecer, justo antes de que finalizara el silflay, el capitán Campeón llegó con una patrulla de tres y Perifollo corrió a su encuentro en la línea de los centinelas. Pelucón se reunió con ellos y escuchó la conversación. Por lo que pudo entender, Campeón había llegado hasta el camino de hierro, pero no había visto nada inusual.

-¿Alguna vez cruzáis el camino de hierro? -preguntó.

-Normalmente no -respondió Campeón-. Es una zona muy húmeda, mal sitio para los conejos. Yo he estado por allí, pero durante las patrullas normales nos quedamos más cerca. En parte mi trabajo consiste en averiguar si hay alguna novedad que el Consejo deba saber, y tengo que atrapar a cualquiera que intente escapar, como ese desgraciado de Negroso. Antes de que lo derribara me dio un bocado que nunca olvidaré. En una noche como ésta puedo llegar hasta el camino de hierro y seguirlo durante un trecho. O a veces vamos en la otra dirección, hasta el cobertizo. Depende de lo que haga falta. A propósito, vi al general esta tarde y creo que tiene intención de llevarte de patrulla en dos o tres días, tan pronto como te hayas instalado y tu marca deje de tener silflay de mañana y de tarde.

-¿Por qué esperar? -preguntó Pelucón con todo el entusiasmo que pudo reunir-. ¿Por qué no antes?

-Bueno, la marca necesita a todos sus Owsla cuando le toca silflay de mañana y tarde. Los conejos se vuelven más atrevidos y necesitan una mayor supervisión. Pero cuando la marca tiene silflay en ni-Frith o fu Inlé puede prescindir de algunos de ellos. Bueno, tengo que dejarte. He de ir a la Crixa a informar al general.

Tan pronto como la marca hubo bajado y la escolta se llevó a Negroso, Pelucón se excusó ante Perifollo y Hierba de san Benito y se retiró a su conejera. Aunque los conejos normales vivían apelotonados, los centinelas disponían de dos grandes conejeras para ellos, mientras que a cada oficial se le asignaba una para él solo. Por fin solo, Pelucón se Sentó a meditar sobre el problema.

Tantas dificultades resultaban descorazonadoras. Estaba seguro de que con la ayuda de Kehaar podría escapar de Éfrafa cuando quisiera. Pero ¿cómo se suponía que iba a sacar a un montón de conejas, suponiendo que alguna quisiera escapar? Si ordenaba a los centinelas que se retirasen durante el silflay Perifollo se daría cuenta en cuestión de minutos. La única posibilidad era escapar durante el día, esperar a que Perifollo estuviera dormido y entonces ordenar a uno de los centinelas que dejara su puesto en una de las salidas. Pelucón lo consideró. No veía ningún fallo en la idea. Pero de pronto le asaltó una duda. ¿Y Negroso? Presumiblemente, Negroso pasaba el día bajo vigilancia en una conejera especial. Probablemente, nadie sabia dónde -nadie sabía nada en Éfrafa- o, en todo caso, nadie lo diría. Tendría que dejar a Negroso. Ningún plan realista podía incluirlo.

-Que me lleven los demonios si lo dejo aquí -musitó para si-, Zarzamora diría que estoy loco, pero él no está aquí y yo sí. ¿Pero y si lo echo todo a perder por culpa de Negroso? ¡Oh, Frith en un cobertizo! Qué complicado.

Siguió reflexionando, hasta que se dio cuenta de que no dejaba de dar vueltas y vueltas sobre lo mismo. Al cabo del rato se durmió. Cuando despertó, sabia que en el exterior brillaba la luna, y todo estaba tranquilo y callado. Se le ocurrió entonces que tal vez podría empezar su aventura al revés. Persuadiría a alguna de las hembras para que lo apoyara y después idearía el plan, con su ayuda a ser posible. Caminó por el corredor hasta que tropezó con un joven conejo que dormía fuera de una conejera demasiado llena. Lo despertó.

-¿Conoces a Hyzenthlay?

-Oh, si, señor -replicó el conejo, esforzándose de modo patético por parecer enérgico y activo.

-Búscala y dile que venga a mi conejera -le dijo-. No quiero que venga nadie con ella. ¿Me has entendido?

-Sí, señor.

Cuando el jovenzuelo se escabulló, Pelucón volvió a su conejera, preguntándose si alguien sospecharía. No parecía probable. Por lo que había dicho Perifollo, era común entre los oficiales mandar a buscar conejas. Si le preguntaban sólo tenía que actuar. Se tumbó y espero.

En la oscuridad, un conejo avanzó por el corredor y se detuvo a la entrada de su conejera. Hubo una pausa.

-¿Hyzenthlay?

-Yo soy Hyzenthlay.

-Quiero hablar contigo.

-Soy de esta marca, señor, estoy a sus órdenes. Pero creo que se ha equivocado.

-No, no me he equivocado. No debes tener miedo. Ven, acércate.

Hyzenthlay obedeció. Pelucón podía sentir el pulso acelerado de la coneja. Estaba tensa. Tenía los ojos cerrados Y las garras clavadas a la tierra.

-Hyzenthlay -susurró Pelucón en su oído-, escucha con atención. ¿Recuerdas que una noche, hace varios días cuatro conejos llegaron a Éfrafa? Uno de ellos tenía la piel de color gris pálido, y otro tenía la cicatriz de una mordedura de rata en una pata delantera. Tú hablaste con su líder, Acebo, y sé lo que te dijo.

Ella volvió la cabeza asustada.

-¿Cómo lo sabe?

-No importa. Ahora escúchame.

Entonces Pelucón le habló de Quinto y Avellano, de la destrucción de la madriguera de Sandleford y del viaje a la colina de Watership. Hyzenthlay no se movió, ni le interrumpió una sola vez.

-Los conejos que te hablaron aquella tarde -dijo Pelucón-, que te contaron cómo había sido destruida la madriguera y que habían venido a Éfrafa a buscar conejas..., ¿sabes qué ha sido de ellos?

La respuesta de Hyzenthlay no fue más que un leve murmullo en su oído.

-Sé lo que he oído. Escaparon la noche siguiente, y el capitán Mostaza murió mientras los perseguía.

-¿Mandaron alguna otra patrulla en su busca, Hyzenthlay? Al día siguiente.

-Oímos que después de la pérdida de Mostaza y el arresto de Buglosa no podían prescindir de ningún oficial más.

-Aquellos conejos volvieron a casa sanos y salvos. Uno de ellos está muy cerca de aquí ahora, con Avellano y Quinto y varios más. Son astutos y apañados. Están esperando que yo saque a las hembras de Éfrafa, tantas como pueda conseguir. Mañana por la mañana les enviaré un mensaje.

-¿Cómo?

-A través de un pájaro... si todo va bien. -Pelucón le habló sobre Kehaar. Cuando acabó, Hyzenthlay no dijo nada, y Pelucón no supo si estaba reflexionando sobre lo que había oído o el miedo y la incredulidad la habían perturbado tanto que era incapaz de hablar. ¿Pensaba acaso que era un espía que intentaba atraparla? ¿O sólo quería que la dejaran en paz? Finalmente dijo-: ¿Me crees?

-Si, te creo.

-¿ No crees que puedo ser un espía enviado por el Consejo?

-No lo eres. Estoy segura.

-¿Por qué?

-Me has hablado de tu amigo, el que sabía que esta madriguera es un mal sitio. No es el único que piensa así. A veces yo también digo esas cosas, pero no muy a menudo, porque mi corazón está dormido.

-Entonces, ¿me ayudarás? ¿Y convencerás a tus amigas para que vengan también? Nosotros os necesitamos, Éfrafa no.

De nuevo callaba. Pelucón podía oír el movimiento de un gusano por la tierra, cerca de ellos, y a través del túnel le llegaba débilmente el sonido de alguna pequeña criatura que caminaba entre la hierba. Esperó pacientemente, sabía lo importante que era que no la inquietara.

Finalmente ella habló de nuevo en su oído, tan bajo que sus palabras no parecían más que el leve susurro de la respiración.

-Podemos escapar de Éfrafa. Corremos un gran peligro, pero podemos lograrlo. Es lo que viene después lo que no veo tan claro. La confusión y el miedo cuando caiga la noche... y los hombres, sobre todo los hombres. Un perro... una cuerda que rechina como una rama seca. Un conejo... no, no es posible... un conejo que viaja en un hrududu. ¡Oh, me he vuelto un poco tonta... todas esas historias para criaturas en las noches de verano! No, no puedo ver como antes. Es como las sombras de los árboles en la lluvia.

-Bueno, creo que deberías venir y conocer a ese amigo mío -dijo Pelucón-, habla igual que tú. Y lo mismo que confío en él, confió en ti. Si crees que podemos hacerlo, está bien. Pero lo que quiero saber es si podrás convencer a tus compañeras.

Tras un breve silencio, Hyzenthlay dijo:

-Mi valor, mi espíritu ya no es lo que era. Tengo miedo de dejar que confíes en mí.

-Ya lo veo, ya. ¿Qué es lo que te ha hecho desanimarte tanto? ¿No eras tú la cabecilla de las hembras que se presentaron ante el Consejo?

-Éramos yo y Thethuthinnang. No sé qué ha sido de las otras. Entonces estábamos en la marca de la Pata Delantera Izquierda. Todavía tengo la marca, pero me han vuelto a marcar otra vez. Negroso... ¿le has visto?

-Sí, claro.

-Él también estaba en la marca. Era nuestro amigo Y nos animó. Una o dos noches después de que las hembras nos presentáramos ante el Consejo intentó escapar, pero le cogieron. Ya has visto lo que le han hecho. Y eso fue la misma tarde que llegaron tus amigos. Cuando se escaparon, el Consejo volvió a llamamos, y el general dijo que nadie volvería a tener oportunidad de escapar. Nos dispersaron entre las diferentes marcas, no más de dos en cada una. No sé cómo han dejado que Thethuthinnang y yo sigamos juntas, supongo que no se habrán parado a pensarlo. Éfrafa es así. La orden era: dos en cada marca, y mientras se hiciera eso, daba igual quiénes fueran esas dos. Ahora tengo miedo y tengo la sensación de que el Consejo siempre está vigilándome.

-Si, pero ahora estoy yo aquí.

-Los del Consejo son muy astutos.

-Tienen que serlo. Pero mis amigos lo son más. Como los Owsla de El-ahrairah. Pero dime, ¿estaba Nelthilta con vosotras cuando os presentasteis ante el Consejo?

-Oh, no, ella nació aquí, en la marca de la Pata Trasera Izquierda. Tiene una gran energía, pero es joven e inconsciente. Le gusta que todos sepan que es amiga de conejos a los que se considera rebeldes. No se da cuenta de lo que hace ni de cómo es realmente el Consejo. Para ella provocar a los oficiales es como un juego. Pero un día irá demasiado lejos y nos traerá problemas. No se le puede confiar ningún secreto, bajo ningún concepto.

-¿Cuántas hembras de esta marca estarían dispuestas a escapar?

-Hrair. Hay mucho descontento. Pero no debemos decirles nada hasta que llegue el momento... no sólo a Nelthilta, sino a todas. Nadie puede guardar secretos en una madriguera, y hay espías por todas partes. Tenemos que idear un plan nosotros solos, y no se lo diremos a nadie excepto a Thethuthinnang. Cuando llegue el momento conseguiremo$_5$ que vengan las suficientes hembras.

Pelucón se dio cuenta de que había dado justamente con lo que necesitaba: una amiga fuerte y sensata que podía pensar por sí sola y ayudarle a llevar su carga.

-Tú elegirás a las hembras, entonces. Yo me encargaré de encontrar una oportunidad.

-¿Cuándo?

-La puesta de sol es el mejor momento, y cuanto antes mejor. Avellano y los demás nos esperarán y lucharán contra cualquier patrulla que nos siga. Pero lo más importante es que el pájaro está de nuestro lado. Ni siquiera Vulneraria se lo esperará.

Hyzenthlay callaba de nuevo, y Pelucón comprendió admirado que estaba reflexionando sobre lo que le había dicho y buscando fallos.

-Pero ¿con cuántos puede luchar ese pájaro? -dijo al fin-. ¿Cuántos puede echar? Porque esto va a ser una gran escapada, y no te confundas, Thilayli, Vulneraria nos perseguirá con los mejores conejos que tenga. No podemos huir para siempre. Seguirán nuestro rastro y tarde o

temprano nos atraparán.

-Ya te he dicho que nuestros conejos son más astutos que el Consejo. No creo que pudieras entender esta parte aunque te la explicara. ¿Has visto alguna vez un río?

-¿Qué es un río?

-¿Ves? No puedo explicártelo, pero te prometo que no tendremos que correr mucho. En realidad, desapareceremos delante de las narices de los Owsla, si es que consiguen alcanzamos. Estoy deseando que llegue el momento.

Hyzenthlay no dijo nada y Pelucón añadió:

-Debes confiar en mí, Hyzenthlay. Por mi vida que desapareceremos. No te decepcionaré.

-Pero si te equivocas, los que mueran serán afortunados.

-Nadie va a morir. Mis amigos han preparado un truco del que estaría orgulloso el propio El-ahrairah.

-Si va a ser a la puesta de sol, tiene que ser mañana o pasado mañana. Después la marca pierde el turno de silflay de tarde. ¿Lo sabias?

-Si, lo he oído. Mañana entonces. ¿Para qué esperar? Pero, otra cosa. Vamos a llevar a Negroso con nosotros.

-¿Negroso? ¿Cómo? Está custodiado por la policía del Consejo.

-Lo sé, y eso supone un gran riesgo. Pero he decidido que no puedo dejarlo aquí. Lo que vamos a hacer es esto: Mañana por la tarde, durante el silflay de la marca, tú y Thethuthinnang debéis reunir a las conejas, tantas como Podáis, y estar listas. Yo me reuniré con el pájaro en el prado y le diré que ataque a los centinelas tan pronto me vea desaparecer por el agujero. Entonces volveré y me desharé yo mismo de los guardianes de Negroso. No se lo esperarán. En un momento estaremos fuera y nos reuniremos con vosotras. Habrá una gran confusión y aprovecharemos para escapar. El pájaro atacará a cualquiera que intente seguiros. Recuerda, vamos directamente al gran arco del camino de hierro. Mis amigos esperarán allí. Sólo tenéis que seguirme.

-Es posible que el capitán Campeón esté de patrulla.

-Eso espero. Eso espero.

-Y puede que Negroso no corra al principio, estará tan asustado como los guardias.

-¿Hay alguna posibilidad de que le avisemos?

-No- Los guardianes nunca lo dejan solo, y sale únicamente a silflay

-¿Durante cuánto tiempo va a tener que vivir así?

-Cuando todas las marcas le hayan visto, el Consejo lo matará. Todos estamos convencidos de eso.

-Entonces está decidido. No me iré sin él.

-Thlayli, eres muy valiente. ¿Eres sensato también? Mañana nuestras vidas dependerán de ti.

-Bueno, ¿crees que hay algún defecto en el plan?

-No, pero yo sólo soy una coneja que nunca ha estado fuera de Éfrafa. Supón que hay algún imprevisto.

-Es un riesgo. ¿Quieres salir y vivir con nosotros en las colinas? ¡Piénsalo!

-Oh, Thlayli. ¿Podré aparearme con quien quiera y cavar mi propia conejera y tener mis crías?

-Podrás. Y contar historias en el Panal y silflay cuando quieras. Es una vida maravillosa, te lo aseguro.

-Iré, correré ese riesgo.

-Qué suerte que estuvieras en esta marca. Antes de hablar contigo no dejaba de preguntarme qué iba a hacer.

-Ahora es mejor que vuelva a mi sitio. Algunos conejos podrían preguntarse por qué me has mandado llamar. No es la época de apareamiento para mí. Si me voy ahora podemos decir que te has equivocado. No olvides decirlo si te preguntan.

-No lo olvidaré. Ve, y ten a las conejas preparadas mañana por la tarde. No te fallaré.

Cuando Hyzenthlay se fue, Pelucón se sintió desesperadamente cansado. Intentó concentrarse en el hecho de que sus amigos no estaban muy lejos y los vería antes de que pasara otro día. Pero sabía que Éfrafa se interponía entre él y Avellano. Sus pensamientos le hicieron caer en un mar de agonía y ansiedad. En sus sueños, el capitán Campeón se convertía en una gaviota y volaba gritando sobre el río, hasta que al final despertó aterrorizado. Al volver a dormirse vio ante sí al capitán Perifollo, que llevaba a Negroso hacia un reluciente alambre en la hierba. Y sobre todos ellos, como un gran caballo en un prado, consciente de todo lo que sucedía de un extremo al otro del mundo, se erguía la enorme figura del general Vulneraria. Finalmente, agotado por sus propios miedos, Pelucón cayó en un sueño más profundo, adon de ni siquiera sus miedos pudieron seguirle, y permaneció tendido y sin hacer el menor ruido en la solitaria conejera

36. *Se acerca el trueno*

Íbamos a escapar cuando llegó Bill
Arper, así que no hicimos nada de nada.

Music Hall Song

Pelucón salió gradualmente de su sueño, como una burbuja de vaho que se eleva desde el lecho de una corriente tranquila. Había alguien con él en la conejera, un macho. Se incorporó de golpe y preguntó:

-¿Quién hay ahí?

-Hierba de san Benito -replicó el otro-. Hora de silflay, Thlayli. Las alondras han levantado el vuelo. Tienes un sueño muy profundo.

-Ya lo sé. Bueno, ya estoy listo. -Y estaba a punto de echar a andar por el corredor cuando las palabras de Perifollo le obligaron a detenerse en seco.

-¿Quién es Quinto? -le preguntó.

Pelucón se puso tenso.

-¿Qué has dicho?

-He dicho que quién es Quinto.

-Cómo quieres que lo sepa.

-Estabas hablando en sueños, y no dejabas de decir: «Pregúntaselo a Quinto, pregúntaselo a Quinto.»

-Oh, ya veo. Es un conejo que conocí hace tiempo. Predecía el tiempo y cosas por el estilo.

-Nos iría bien tenerlo ahora. ¿No hueles el trueno? Pelucón olió. Mezclado con el aroma de la hierba y el ganado llegaba el olor pesado y caliente de densas masas de nubes aún lejanas. Lo percibió con inquietud. Casi todos los animales se sienten turbados por la proximidad del trueno, que les oprime con su creciente tensión y altera su ritmo habitual. Pelucón sintió el impulso de volver a su conejera, pero no le cabía duda de que no se permitiría que una menudencia como el tiempo interfiriera en los horarios de una marca de Éfrafa.

Y no se equivocaba. Perifollo ya estaba en la entrada, acuclillado frente a Negroso y su escolta. Se volvió cuando oyó que sus oficiales se acercaban.

-Vamos, Thlayli -le dijo a Pelucón-, los centinelas ya están fuera. ¿Te preocupa el trueno?

-La verdad es que si.

-No estallará hoy. Todavía está muy lejos. Yo diría que llegará mañana por la noche. De todos modos, no dejes que los de la marca vean que te afecta. Nada debe alterarse si no es por orden del general.

-No podía despertarle -intervino Hierba de san Benito con un toque de malicia-. Anoche había una hembra en tu conejera, ¿no?

-¿Ah, si? -dijo Perifollo-. ¿Quién era?

-Hyzenthlay -replicó Pelucón.

-Oh, la *Marli tharn*,* qué curioso, pensaba que todavía no estaba lista.

*_Marli,_ "hembra". _Tharn,_ "estupefacta", "distraída". En este contexto, la traducción más aproximada sería "doncella melancólica".

-No lo estaba -aclaró Pelucón-, me equivoqué. Pero como me había dicho que hiciera lo posible por conocer a ese grupo y llevarlas por el buen camino estuve un rato hablando con ella.

-¿Conseguiste algo?

-Es difícil decirlo, pero estoy en ello.

Mientras la marca salía, Pelucón pensó en la manera más rápida de entrar en el agujero y atacar a la escolta de Negroso. Tendría que dejar a uno fuera de combate antes de que el otro tuviera tiempo de reaccionar e ir después a por él. Si tenía que luchar con ellos, sería mejor no hacerlo ante el agujero de salida, porque Negroso podía ponerse tan nervioso como los otros y escapar por el corredor. Si tenía que escapar por algún sitio, mejor que fuera hacia el exterior. Claro está que, con un poco de suerte, el segundo vigilante escaparía por el corredor sin ofrecer resistencia, Pero no podía contar con eso. Los Owslafa de Éfrafa no eran muy dados a escapar corriendo.

Cuando salía se preguntó si Kehaar lo vería. El plan era que Kehaar tenía que buscarlo cuando saliera al segundo día.

No había motivo para preocuparse. Kehaar volaba sobre Éfrafa desde antes del amanecer. En cuanto vio que la marca subía se posó un poco más allá en el prado, a medio camino entre el agujero y la línea de centinelas, y empezó a picotear entre la hierba. Pelucón fue hasta allí mordisqueando briznas de hierba y se sentó a comer sin mirar a Kehaar una sola vez. Al poco sintió que Kehaar estaba detrás, a un lado.

-Senior Aveyano, no bueno nosotros hablo mucho. Senior Aveyano dice tú qué hace, qué quiere.

-Quiero dos cosas, Kehaar, y las dos hoy a la puesta de sol. Primero, los conejos deben estar junto al arco. Yo iré hasta allí con las hembras. Si nos persiguen, tú y Avellano debéis estar preparados para luchar. El bote ése, ¿todavía está allí?

-Sí, si, hombres no yeva. Yo dice senior Aveyano lo que tú dice.

-Bien. Ahora escucha, Kehaar. Es muy importante. ¿Ves esos conejos que hay detrás de nosotros en el campo? Son los centinelas. Al anochecer tú y yo nos encontraremos aquí. Yo correré hacia esos árboles y me meteré en un agujero. En cuanto me veas entrar tienes que atacar a los centinelas, asustarlos, hacer que huyan. Y si no se van, hiérelos. Tienen que irse. Yo saldré con las hembras, las mamás, y correremos hacia el arco, pero es posible que nos ataquen por el camino. Si eso sucede, ¿podrás cargar otra vez contra ellos?

-Si, si. Yo vuelo contra eyos. Eyos no para a ti.

-Estupendo. Pues entonces ya está. ¿Avellano y los otros están bien?

-Bien, bien. Dicen tú eres tío estupendo. Senior Campaniya dice tú trae una mamá para los otros y dos para él.

Pelucón estaba tratando de encontrar una respuesta adecuada cuando se dio cuenta de que Perifollo corría hacia él. Al instante, sin volver a dirigirle la palabra a Kehaar, dio unos saltitos en dirección a Perifollo y empezó a mordisquear animadamente un manojo de tréboles. Kehaar salió volando sobre sus cabezas y desapareció entre los árboles.

Perifollo observó cómo desaparecía la gaviota y entonces se volvió hacia Pelucón.

-¿No te dan miedo esos pájaros? -le preguntó.

-No especialmente.

-A veces atacan a los ratones, y a las crías de los conejos también. Estabas corriendo un riesgo al comer ahí. ¿Por qué has sido tan descuidado?

Por toda respuesta, Pelucón le dio a Perifollo una juguetona bofetada, lo suficientemente fuerte para hacerle rodar por el suelo.

-Por esto -le dijo. Perifollo se incorporó con aire resentido.

-Está bien, eres más duro que yo. Pero tienes que aprender que para ser oficial en Éfrafa hace falta más que eso. Y eso no cambia el hecho de que esos pájaros pueden ser peligrosos. De todos modos, en esta época no debería estar aquí, y eso por sí solo ya es raro. Habrá que informar.

-¿Por qué?

-Porque es inusual. Hay que informar sobre cualquier cosa que salga de lo normal. Si nosotros no informamos y lo hacen otros, vamos a quedar como unos tontos cuando tengamos que decir que lo habíamos visto. Y no podremos negarlo, porque varios de la marca lo han visto también. Voy a ir a informar ahora. El silflay casi ha acabado, no podré volver a tiempo, así que Hierba de san Benito y tú tendréis que ocuparos de hacerlos bajar.

Cuando Perifollo se marchó, Pelucón fue a buscar a Hyzenthlay. La encontró en su hoyo con Thethuthinnang. En la marca, la mayoría no parecían muy afectados por el trueno que, como había dicho Perifollo, aún estaba lejos. Sin embargo, las hembras parecían abatidas y nerviosas. Pelucón les contó lo que había acordado con Kehaar.

-¿Pero ese pájaro atacará de verdad a los centinelas? -preguntó Thethuthinnang-. Nunca he oído nada parecido.

-Lo hará, te lo prometo. Reunid a las hembras tan pronto como empiece el silflay esta tarde. Cuando yo salga con Negroso, los centinelas ya habrán salido huyendo.

-¿Y hacia dónde tenemos que correr? -preguntó Thethuthinnang.

Pelucón las cogió y las llevó más allá en el prado, para que pudieran ver el lejano arco de la vía del tren, a menos de medio kilómetro de distancia.

-Nos encontraremos con Campeón, ¿lo sabes? -preguntó Thethuthinnang.

-Tengo entendido que tuvo dificultades para detener a Negroso así que no creo que el pájaro y yo seamos menos. Mirad, Hierba de san Benito ya está haciendo bajar a la gente tenemos que irnos. No os preocupéis. Mascad bolitas y dormid un poco. Si no podéis dormir, afilaos las garras, las necesitaréis.

La marca descendió a la madriguera y la escolta se llevó a Negroso. Pelucón volvió a su conejera y trató de no pensar en la noche que se avecinaba. Al rato desechó la idea de pasar el día solo. Hizo una ronda por las conejeras más bajas, se unió a un grupo que jugaba a pata piedra, escuchó dos historias y explicó una él mismo, hizo hraka en la zanja. Finalmente fue a buscar a Perifollo y tuvo el impulso de pedirle permiso para visitar otra marca. Vagabundeó duran.. te un rato por la Crixa, se encontró en medio del silflay de ni-Frith de la marca del Flanco Izquierdo y volvió a entrar con ellos. Los oficiales compartían una única y gran conejera donde pudo conocer a varios veteranos y escuchar con interés historias de las patrullas amplias y sus expediciones. A media tarde volvió a su marca y durmió tranquilo y confiado hasta que un centinela lo despertó para el silflay.

Salió al corredor. Negroso ya estaba en su hoyo. Acuclillado junto a Perifollo, Pelucón observó cómo subían los de la marca. Hyzenthlay y Thethuthinnang pasaron sin mirarlo siquiera. Parecían tensas pero preparadas. Perifollo salió detrás del último conejo.

Pelucón esperó hasta que estuvo seguro de que Perifollo había tenido suficiente tiempo para alejarse. Entonces, tras echar rápidamente una última mirada al lugar donde estaba Negroso, salió él también. El resplandor del atardecer le deslumbró, y tuvo que sentarse sobre sus patas traseras parpadeando y acariciándose el pelo de la cara mientras sus ojos se acostumbraban a la luz. Unos instantes más tarde, Kehaar pasaba volando sobre el prado.

«Bueno -dijo para si-. Vamos allá.»

En ese momento oyó una voz detrás de él.

-Thlayli, quiero hablar un momento contigo. Ven y hablaremos entre los arbustos.

Pelucón dejó caer sus patas delanteras y se volvió.

Era el general Vulneraria.

37. *El trueno se prepara*

Puedes esconder el miedo, pero ¿qué haces con el humo?

Joel Chandler Harris, *Proverbs of Uncle Remus*

El primer impulso de Pelucón fue luchar contra Vulneraria. Pero comprendió que sería inútil, y haría sino atraer la atención de todos. No tenía más remedio que obedecer. Siguió a Vulneraria entre la maleza y salieron a la sombra del camino de herradura. A pesar de que era la hora de la puesta de sol, la tarde parecía cargada y entre los árboles todo se veía nublado y había sensación de bochorno. La tormenta se estaba preparando. Miró a Vulneraria y espero.

-¿Estuviste fuera de las conejeras de tu marca esta tarde? -empezó Vulneraria.

-Sí, señor -replicó Pelucón. Seguía disgustándole llamarle «señor», pero dado que se suponía que era un oficial de Éfrafa, difícilmente podía hacer otra cosa. No aclaró, sin embargo, que Perifollo le había dado permiso. Aún no le habían acusado de nada.

-¿Dónde fuiste?

Pelucón se tragó su enojo. Sin duda, Vulneraria sabía perfectamente dónde había estado.

-Estuve con la marca del Flanco Izquierdo, señor. En sus conejeras.

-¿Por qué fuiste?

-Para pasar el tiempo y aprender escuchando a otros oficiales.

-¿Fuiste a algún otro sitio?

-No, señor.

-Has conocido a un Owsla del Flanco Izquierdo, un conejo llamado Hierba Cana.

-Probablemente, señor. No recuerdo todos los nombres.

-¿Habías visto alguna vez a ese conejo?

-No señor, ¿cómo iba a verlo? Hubo una pausa.

-¿Puedo preguntar de qué va todo esto, señor?

-Las preguntas las hago yo. Hierba Cana si te había Visto antes. Te reconoció por el pelo de la cabeza. ¿Dónde crees que te ha visto?

-No tengo ni idea.

-¿Has escapado alguna vez de un zorro?

-Sí, señor. Hace unos días, cuando venía para acá.

-Lo condujiste a otros conejos y mató a uno de ellos. ¿Correcto?

-No tenía intención de llevarlo hasta ellos. No sabía que estaban allí.

-No nos dijiste nada de eso.

-No se me ocurrió que tuviera que hacerlo. No hay nada malo en escapar de un zorro.

-Has provocado la muerte de un oficial de Éfrafa.

-Por accidente. Y el zorro quizá lo hubiera cogido de todos modos aunque yo no hubiera estado.

-No, no lo hubiera hecho. Malva no era de los que se topan con un zorro. Los zorros no

son peligrosos para los conejos que saben lo que hacen.

-Siento que el zorro lo cogiera, señor. Fue mala suerte.

Vulneraria lo miró con sus grandes ojos pálidos.

-Otra pregunta, Thlayli. Esa patrulla estaba sobre la pista de una partida de conejos... extranjeros. ¿Qué sabes de ellos?

-Yo también vi sus huellas. Es todo lo que puedo decir.

- ¿No estabas con ellos?

-¿Hubiera venido a Éfrafa si hubiera estado con ellos, señor?

-He dicho que las preguntas las hago yo. ¿No sabes dónde pueden haber ido?

-Me temo que no, señor.

Vulneraria dejó de mirarlo y permaneció un rato en silencio. Pelucón sentía que el general esperaba que preguntara si podía irse. Decidió permanecer callado.

-Hay otra cosa -dijo finalmente Vulneraria-. Es sobre ese pájaro blanco que había en el prado esta mañana. ¿No te dan miedo esos animales?

-No, señor, nunca he oído que hirieran a ningún conejo.

-Pues a veces lo hacen. Con la experiencia que tienes deberías saberlo. De todos modos, ¿por qué te acercaste a él?

Pelucón pensó con rapidez.

-Si quiere que le diga la verdad, señor, estaba tratando de impresionar al capitán Perifollo.

-Hay cosas peores. Pero si quieres impresionar a alguien, será mejor que empieces por mí. Pasado mañana dirigiré una patrulla amplia yo mismo. Cruzaremos el camino de hierro e intentaremos encontrar el rastro de aquellos conejos, los conejos que Malva hubiera encontrado de no haberse topado contigo. Así que espero que vengas y nos demuestres lo bueno que eres.

-Si, señor. Estaré encantado.

Hubo otro silencio. Esta vez, Pelucón decidió hacer como que se iba. Lo hizo, y una nueva pregunta lo retuvo.

-Cuando estuviste con Hyzenthlay, ¿te dijo por qué la pusieron en la marca de la Pata Trasera Izquierda?

-Si, señor.

-No estoy seguro de que haya un verdadero problema ahí, Thlayli. Mantente alerta. Si habla contigo, tanto mejor. Esas hembras puede que se estén calmando o puede que no. Y quiero estar al tanto.

-Si, señor.

-Es todo. Ahora es mejor que vuelvas con tu marca. Pelucón fue hacia el prado. El silflay casi había acabado, el sol se había puesto y empezaba a oscurecer. Pesadas nubes oscurecían los últimos destellos del día. No veía a Kehaar por ninguna parte. Los centinelas entraron y la marca empezó a descender. Sentado solo sobre la hierba, Pelucón esperó hasta que desapareció el último conejo. Seguía sin haber señales de Kehaar. Brincó lentamente hasta el agujero. Al entrar, golpeó sin querer a uno de los escoltas de Negroso, que se había colocado ante el agujero para asegurarse de que no intentaba escapar mientras se lo llevaban.

-¡Quítate de mi camino, sucia sanguijuela con cola! -le dijo-. Y ahora ve e informa de esto -le dijo por encima del hombro mientras se alejaba en dirección a su conejera.

* * *

Mientras la luz se extinguía del cielo cargado, Avellano cruzó una vez más por la tierra dura y desnuda que había bajo el arco de la vía, salió por el lado norte y se sentó a escuchar. Unos momentos después, Quinto se reunió con él, y juntos avanzaron un poco por el campo,

en dirección a Éfrafa. El aire era sofocante y cálido, y olía a lluvia y a cebada madura. No había ningún sonido por los alrededores, pero de más atrás, del prado que había a la orilla del Test, llegaba débilmente el estridente e incesante alboroto de una pareja de lavanderas. Kehaar descendió desde la cima del terraplén.

-¿Estás seguro de que dijo esta noche? -le preguntó Por tercera vez.

-Es malo -respondió Kehaar-. A lo mejor eyos coge. Es fin senior Pelucón. ¿Tú qué cree?

Avellano no respondió.

-No sabría decirte -dijo Quinto-. Nubes y truenos. Ese sitio, es como el fondo de un río. Podría estar pasando cualquier cosa.

-Pelucón está ahí. Supón que está muerto. Supón que están tratando de hacerle hablar...

-Avellano -dijo Quinto-, Avellano-rah, no le ayudarás quedándote aquí en la oscuridad y preocupándote. Seguramente no pasa nada y ha tenido que quedarse quieto por alguna razón. De todas maneras, no vendrá esta noche, eso está claro, y nuestros conejos están en peligro aquí. Kehaar puede volver mañana al alba y traernos otro mensaje.

-Supongo que tienes razón, pero no soporto tener que marcharme. Supón que viene. Que los lleve de vuelta Plateado, yo me quedaré aquí esperando.

-Tú solo no podrías hacer nada, Avellano, incluso si tu pata estuviera bien. Quieres comer hierba donde no hay Tienes que dar tiempo a que crezca.

Volvieron a pasar por debajo del arco. Cuando Plateado salió de entre los arbustos para ir a su encuentro pudieron oír cómo los otros conejos se movían inquietos entre las ortigas.

-Tendremos que dejarlo por esta noche, Plateado -le dijo Avellano-. Es mejor que volvamos al otro lado del río antes de que esté completamente oscuro.

-Avellano-rah -dijo Puchero, apareciendo tímidamente entre ellos-, todo va a salir bien, ¿verdad? Pelucón vendrá mañana, ¿no?

-Claro que vendrá, y nosotros estaremos aquí para ayudarle. Y te digo otra cosa, Hlao-roo. Si mañana no viene, iré yo mismo a buscarlo a Éfrafa.

-Yo iré contigo, Avellano-rah.

* * *

Pelucón se acurrucó en su conejera, pegadito a Hyzenthlay Estaba temblando, pero no de frío. Los atestados corredores de la marca parecían rebosar del trueno. El aire era como una gran corriente de hojas. Pelucón estaba al borde del colapso nervioso. Desde que dejara al general Vulneraria se había enredado más y más en la maraña de ancestrales terrores que acosan al conspirador. ¿Cuánto había descubierto Vulneraria? Estaba claro que no había información que se le escapara. Sabía que Avellano y los otros habían venido desde el norte y habían cruzado el camino de hierro. Sabía lo del zorro. Sabia que una gaviota que debía estar muy lejos en esa época del año, rondaba la madriguera y que él, Pelucón, se había acercado a ella deliberadamente. Sabia que había hecho amistad con Hyzenthlay.

¿Cuánto tiempo tardaría en dar el paso definitivo y relacionar todas aquellas cosas? ¿Lo habría hecho ya y esperaba simplemente a arrestarlo en el momento más oportuno? Vulneraria lo tenía todo a su favor. Se sentaba tranquilo en el cruce de todos los caminos, viendo claramente lo que pasaba en todos ellos, mientras que él, con sus patéticos esfuerzos por estar a su altura como enemigo, gateaba torpemente bajo tierra, traicionándose con cada movimiento. No sabía cómo ponerse en contacto con Kehaar otra vez. E incluso si lo conseguía, ¿podría traer Avellano a los conejos otra vez? Tal vez Campeón ya los había descubierto en alguna de sus patrullas. Hablar con Negroso resultaría sospechoso. Acercarse a Kehaar sería sospechoso. Su secreto se estaba filtrando por más agujeros de los que podía tapar.

Lo peor estaba aún por venir.

-Thlayli -le susurró Hyzenthlay-, ¿crees que tú, yo y Thethuthinnang podríamos escapar esta noche? Si derribamos al centinela que hay en la boca del túnel, tal vez nos diera tiempo a

alejarnos lo suficiente antes de que saliera una patrulla detrás de nosotros.

-¿Por qué? ¿Por qué preguntas eso?

-Tengo miedo. Avisamos a las otras conejas antes de silflay. Estaban preparadas para escapar cuando el pájaro atacara a los centinelas, pero no ha pasado nada. Todas conocen el plan ahora, Nelthilta y las demás, y no pasará mucho antes de que el Consejo se entere. Ya les hemos dicho que su vida depende de que sepan callar el secreto, y que volverás a intentarlo. Thethuthinnang las está vigilando. Dice que hará lo posible por no dormirse. Pero no puede guardarse ningún secreto en Éfrafa. Hasta es posible que alguna de ellas sea una espía, aunque Frith sabe que las elegimos con el mayor cuidado posible. Es posible que todos estemos arrestados antes de que amanezca.

Pelucón intentó pensar con claridad. Si, podía escapar con un par de conejas resueltas y sensatas. Pero el centinela, a menos que lo matara, daría la alarma , y no estaba seguro de poder encontrar el camino al río en la oscuridad. Y si lo conseguía, posiblemente lo seguirían hasta el puente de tablones y los conduciría directamente hasta sus amigos, dormidos y desprevenidos. En el mejor de los casos, lo más que habría conseguido sería escapar con dos hembras de Éfrafa, porque los nervios le habían fallado. Plateado y los otros no sabrían por lo que había tenido que pasar. Sólo sabrían que había escapado.

-No, no debemos darnos por vencidos todavía -dijo con tanta amabilidad como pudo-. Es el trueno y la espera lo que te hace sentir tan inquieta. Escúchame, te prometo que a esta hora, mañana ya habrás salido de Éfrafa para siempre, y las otras también. Ahora duerme un poco, y después regresa y ayuda a Thethuthinnang- Piensa en las colinas y en todo lo que te he dicho. Iremos allí. Nuestros problemas no durarán mucho.

Mientras la veía dormir junto a él se preguntó cómo se las iba a ingeniar para cumplir su promesa, y si les despertaría la policía del Consejo. «Si lo hacen -pensó-, lucharé hasta que me hagan pedazos. No me convertirán en otro Negroso. »

* * *

Cuando despertó estaba solo en la conejera. Por unos momentos se preguntó si habrían arrestado a Hyzenthlay. Pero luego comprendió que los Owslafa no podían habérsela llevado mientras él dormía. Seguramente se había despertado y había vuelto con Thethuthinnang sin molestarle.

Faltaba poco para el amanecer, pero el aire resultaba aún opresivo. Se deslizó por el corredor hasta la entrada. Hierba de la Moneda, el centinela que estaba de servicio, miraba intranquilo por el agujero, pero se volvió al oírle acercarse.

-Ojalá lloviera, señor -dijo-. El trueno es lo bastante fuerte para volver la hierba amarga, pero no creo que estalle antes del anochecer.

-Ya es mala suerte que el último día de la marca tenga que estar así. Ve a despertar al capitán Perifollo. Yo te sustituiré hasta que llegue la marca.

Cuando Hierba de la Moneda se fue, Pelucón se sentó en la boca de la entrada y olfateó el aire cargado. El cielo, cubierto de nubes inmóviles, parecía tan próximo como las copas de los árboles y por el lado del amanecer estaba iluminado por un resplandor chillón y lívido. Ninguna alondra se elevó al cielo, no cantó ningún tordo. El campo que se extendía ante él estaba vacío e inmóvil. Sintió el deseo de correr. En menos que canta un gallo podía estar en el arco. Apostaba a que Campeón y su patrulla no saldría con un tiempo como ése. En los campos y los bosquecillos, toda criatura viviente había enmudecido, oprimida, como si una gran zarpa la aplastara contra el suelo. Nada se movería, porque el día no era propicio y los instintos se enturbiaban y no se podía confiar en ellos. Era tiempo de acurrucarse y callar. Pero un fugitivo estaría a salvo. Sí, no podía tener una ocasión mejor.

-Oh, señor con orejas de luz de estrellas, envíame una señal -dijo Pelucón.

Oyó un movimiento en el corredor, detrás de él. Eran los Owslafa, que traían al prisionero. Bajo aquella luz sombría, Negroso parecía más enfermo y desanimado que nunca. Tenía la nariz seca, y se le veía el blanco de los ojos. Pelucón salió afuera, mordió un puñado de trébol y volvió a entrar.

-Anímate -le dijo a Negroso-, toma un poco de trébol.

-No está permitido, señor -dijo uno de su escolta.

-Oh, deja que lo coma, Odontites Verna -le dijo el otro-. Nadie nos ve. Ya es bastante malo tener que aguantar un día como éste, no digamos para un prisionero.

Negroso se comió el trébol y Pelucón se apostó en su sitio de siempre cuando Perifollo llegó para supervisar la salida de la marca.

Los conejos parecían torpes y vacilantes, y Perifollo no parecía capaz de adoptar su aire enérgico de siempre. No dijo apenas nada mientras pasaban. Dejó que Thethuthinnang y Hyzenthlay pasaran sin hacer ningún comentario. Sin embargo, Nelthilta se detuvo por iniciativa propia y lo miró con descaro.

-¿Indispuesto,- capitán? Anímese. Puede que se lleve una sorpresa muy pronto. ¿Quién sabe?

-¿Qué quieres decir? -preguntó Perifollo con voz áspera.

-A lo mejor a las hembras nos salen alas y salimos volando, y no falta mucho. Los secretos corren más deprisa que los topos bajo tierra.

Salió y siguió a las otras conejas por el prado. Por un momento pareció como si Perifollo fuera a llamarla otra vez.

-¿Podrías mirarme la pata trasera? -dijo Pelucón-. Creo que se me ha clavado una espina.

-Vamos fuera entonces, aunque no creo que se vea mucho mejor que aquí.

Pero, ya fuera por lo que había dicho Nelthilta o por alguna otra razón, no se esmeró particularmente por encontrar esa espina. Tanto mejor, no había ninguna.

-Caray, ya está ese condenado pájaro ahí otra vez. ¿Por qué sigue viniendo?

-¿Por qué te preocupa tanto? -dijo Pelucón-. No hace ningún daño, sólo busca caracoles.

-Cualquier cosa que se salga de lo corriente es un peligro potencialmente -replicó Perifollo citando a Vulneraria-. Y tú procura no acercarte a él, Thlayli, ¿me oyes? Es una orden.

-Muy bien. Pero supongo que sabes cómo deshacerte de él. Creía que todos los conejos lo sabían.

-No seas ridículo. ¿No estarás sugiriendo que ataquemos a un pájaro con un pico tan gordo como mi pata delantera?

-No, no. Es una especie de encantamiento que mi madre me enseñó. Algo así como lo de «mariquita, mariquita, vete a tu casita» - Eso funciona, y a mi madre este otro también le funcionaba siempre.

-Eso de las mariquitas funciona porque esos bichos siempre salen volando cuando llegan a la cima del tallo.

-Está bien, haz lo que quieras. Pero a ti no te gusta ese pájaro, y yo me he ofrecido a quitártelo de encima. Teníamos un montón de encantamientos y refranes en mi antigua madriguera. Ojalá hubiéramos sabido cómo deshacernos de los hombres.

-Bueno, ¿y cómo es ese encantamiento?

-Tienes que decir: «Oh márchate, gran pájaro blanco, y vuelve por la noche volando.» Claro, que tienes que usar el lenguaje de los setos, no podemos esperar que entienda lapino. Podemos probarlo. Si no funciona, no perdemos nada, y si lo hace, la marca pensará que has sido tú el que ha echado al pájaro. ¿Dónde se ha metido? Con esta luz no veo nada. Oh, está allí, entre aquellos espinos. Tenemos que correr..., así. Entonces hay que saltar primero a un lado, luego al otro, escarbas un poco con las patas... así, estupendo..., levantas las orejas y vas directo hacia él hasta que... ¡ah!, ya estamos. Venga: «Oh márchate, gran pájaro blanco, y vuelve por la noche volando.» ¿Ves? Ha funcionado. Creo que hay más de lo que nos imaginamos en esos viejos hechizos y refranes. A lo mejor pensaba marcharse de todas formas, pero el caso es que se ha ido.

-Seguramente ha sido por todas esas cabriolas que hemos hecho cuando nos acercábamos -dijo Perifollo agriamente. Debíamos de parecer un par de idiotas. ¿Qué van a pensar los de la

marca? De todos modos, ya que estamos fuera, podemos pasar a ver a los centinelas.

-Yo me quedaré y comeré un poco, si no te importa. No comí mucho anoche.

* * *

La suerte no le había abandonado del todo. Aquella misma mañana, un poco más tarde, tuvo ocasión de hablar a solas con Negroso. Había estado dando vueltas por las diferentes conejeras, y en todas partes encontraba las mismas respiraciones agitadas y febriles. Estaba considerando la posibilidad de presionar a Perifollo para que acudiera al Consejo y solicitara permiso para que la marca pasara parte del día fuera, entre los arbustos -tal vez habría alguna oportunidad de escapar-, cuando sintió ganas de hacer hraka. Ningún conejo hace hraka bajo tierra y, igual que hacen los escolares, que saben que no les pueden decir que no si piden permiso para ir al lavabo, los conejos de Éfrafa solían deslizarse por la zanja para cambiar de aires. Aunque se suponía que no debían ir más de lo necesario, algunos Owsla eran más fáciles de convencer que otros. Cuando Pelucón se aproximaba a la salida del corredor se encontró con dos o tres machos que perdían el tiempo, y se puso a interpretar su papel del modo más convincente que pudo.

-¿Qué hacéis holgazaneando aquí? -preguntó.

-Los escoltas del prisionero están fuera y nos han dicho que tenemos que esperar -respondió uno-. No dejan que salga nadie.

-¿No dejan que salgáis a hacer hraka?

-No señor.

Indignado, Pelucón salió por el agujero y se encontró con los escoltas de Negroso, que estaban hablando con el centinela.

-Lo siento, pero no puede salir ahora, señor -le dijo Odontites Verna-. El prisionero está en la zanja, pero no tardará mucho.

-Yo tampoco -dijo Pelucón-. Quítate de en medio. -Empujó a Odontites Verna y brincó al interior de la zanja.

El cielo estaba aún más encapotado que antes. Negroso estaba agachado un poco más allá, bajo un penacho de perifollo borde. Los pedazos que formaban sus orejas estaban llenos de moscas, pero él parecía no darse cuenta. Pelucón fue hasta donde estaba y se agachó junto a él.

-Negroso, escúchame -le dijo rápidamente-. Lo que voy a decirte es la verdad, por Frith y el Conejo Negro. Soy un enemigo secreto de Éfrafa. Nadie lo sabe, sólo tú y unas cuantas hembras de la marca. Voy a escapar con ellas esta noche, y quiero llevarte a ti también. No hagas nada todavía, cuando llegue el momento te avisaré. Anímate y estate preparado.

Y sin esperar una respuesta se alejó, como si buscara un sitio mejor. Aun así, volvió al agujero antes que Negroso, que evidentemente pensaba quedarse fuera tanto tiempo como su escolta le permitiera, y no parecían tener mucha prisa.

-Señor -dijo Odontites Verna cuando Pelucón se acercó-, es la tercera vez que desoye mi autoridad. No se puede tratar así a la policía del Consejo. Me temo que tendré que informar, señor.

Pelucón no respondió y volvió al corredor.

-Esperad un poco si podéis -les dijo a los machos que esperaban-, no creo que ese pobre tipo vuelva a salir hoy.

Se preguntó si debería buscar a Hyzenthlay, pero decidió que sería más prudente mantenerse alejado de ella. Ella sabía lo que tenía que hacer, y cuanto menos los vieran juntos, mejor. La cabeza le dolía por el calor, y lo único que quería era estar solo. Volvió a su conejera y durmió.

38. *Estalla el trueno*

¡Que sople el viento, que se hinche la ola, que la madera flote!

¡La tormenta ha estallado y la suene está echada!

Shakespeare, *Julio César*

Aquella tarde el día se oscureció y se nubló más todavía. Estaba claro que no habría una verdadera puesta de sol. Avellano estaba sentado en el sendero que corría junto a la orilla, nervioso, tratando de imaginar lo que estaría pasando en Éfrafa.

-Te dijo que quería que atacaras a los centinelas cuando los conejos estuvieran comiendo, ¿no? -le preguntó a Kehaar-. Y que en medio de la confusión él se llevaría a las mamás.

-Sí, si, pero no pasó. Luego él dice, vete, ven esta noche.

-Así que todavía quiere hacer lo mismo. La cuestión es: ¿cuándo van a salir a comer? Ya está oscureciendo. Plateado, ¿qué piensas?

-Por lo que sé de ellos, no creo que alteren su rutina habitual. Pero si te preocupa que no estemos allí a tiempo, ¿por qué no nos vamos ahora?

-Porque siempre están patrullando. Cuanto más esperemos allí, mayor será el riesgo que correremos. Si una patrulla nos encuentra antes de que llegue Pelucón, ya no se tratará sólo de que tendremos que escapar. Se darán cuenta de que estamos allí por algo y darán la alarma, y Pelucón ya no volverá a tener ninguna oportunidad.

-Escucha, Avellano-rah -dijo Zarzamora-. Tendríamos que llegar al camino de hierro al mismo tiempo que Pelucón, no antes. ¿Por qué no cruzamos el río ahora y esperamos entre la maleza, cerca del bote? Cuando Kehaar ataque a los centinelas, puede volver y avisamos.

-Sí, eso es -dijo Avellano-. Pero debemos llegar allí enseguida. Pelucón nos necesitará, a nosotros y a Kehaar.

-Bueno -dijo Quinto-, lo que está claro es que tú no vas a poder ir muy deprisa hasta el arco con la pata como la tienes. Lo mejor que puedes hacer es esperar en el bote y tener la cuerda medio roída para cuando lleguemos. Plateado puede ocuparse de la lucha, si es que hay.

Avellano vaciló.

-Pero algunos resultarán heridos. Yo no puedo quedarme atrás.

-Quinto tiene razón -dijo Zarzamora-. Tú tienes que esperar en el bote. No podemos arriesgarnos a que te quedes atrás y te cojan los de Éfrafa. Además, es muy importante que la cuerda esté medio roída, y eso es algo que tiene que hacer alguien sensato. Si se rompe demasiado Pronto, estamos perdidos.

Tardaron un rato en persuadir a Avellano. Cuando al fin lo consiguieron, seguía mostrándose algo reacio.

-Si Pelucón no viene esta noche -dijo-, iré adonde sea para encontrarlo. Sólo Frith sabe lo que puede haber Ocurrido.

Cuando se pusieron en camino por la orilla izquierda, el viento empezó a soplar en ráfagas calientes y caprichosas, provocando el murmullo de un sinfín de hojas entre los carrizos. Acababan de llegar a la pasarela de tablones cuando les llegó el fragor del trueno. Bajo aquella luz intensa y extraña, las plantas y las hojas se veían enormes, y los campos que había del otro lado del río parecían más cercanos. Había una quietud opresiva.

-¿Sabes, Avellano-rah? -dijo Campanilla-. Nunca había ido a buscar una hembra en una tarde tan divertida como ésta.

-Pues ya verás qué divertido será después -respondió Plateado-. Habrá rayos y lloverá a cántaros. Por lo que más queráis, no os dejéis llevar por el pánico o nunca volveremos a ver nuestra madriguera. Creo que esto va a ser muy complicado -le comentó por lo bajini a Avellano-, no me gusta.

* * *

Pelucón se despertó oyendo gritar su nombre con urgencia.

-¡Thlayli! ¡Thlayli! ¡Levántate! ¡Thlayli! Era Hyzenthlay.

-¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

-Han arrestado a Nelthilta.

Pelucón se incorporó de un salto.

-¿Cuándo? ¿Cómo ha sido?

-Ha sido hace un momento. Hierba de la Moneda ha venido a nuestra conejera y le ha dicho que tenía que presentarse ante el capitán Perifollo . Había dos policías en el Consejo esperándola junto a la conejera del capitán, y uno de ellos le ha dicho: «Tan pronto como sea posible, y no se entretenga.» Y después se la han llevado. Supongo que habrán ido al Consejo. ¡Oh, Thlayli, ¿qué vamos a hacer?! Ella lo explicará todo.

-Escúchame -dijo Pelucón-. No hay tiempo que perder. Ve a buscar a Thethuthinnang y a las otras y tráelas aquí. Yo no estaré, pero debéis esperar tranquilas hasta que vuelva. No tardaré. ¡Corre! ¡Todo depende de esto!

Hyzenthlay acababa de desaparecer por el corredor cuando Pelucón oyó que un conejo se acercaba por el otro lado.

-¿Quién hay ahí? -preguntó, volviéndose con rapidez.

-Perifollo -contestó el otro-. Me alegro de que estés despierto. Escucha, Thlayli, va a haber jaleo. Nelthilta ha sido arrestada por el Consejo. Ya me lo imaginaba después del informe que di a Verbena esta mañana. Sea lo que sea a lo que se refería, se lo sacarán. Me atrevería a decir que el propio general vendrá en cuanto se entere. Ahora escucha. Tengo que acudir ante el Consejo . Tú y Hierba de san Benito os quedaréis aquí y haréis que todos los guardias entren de servicio inmediatamente. No habrá silflay, y nadie debe salir fuera bajo ningún concepto. Quiero que se doble la vigilancia en los agujeros de salida. ¿Has entendido?

-¿Se lo ha dicho a Hierba de san Benito?

-No tengo tiempo para buscarle, no estaba en su madriguera. Ve tú mismo y alerta a los centinelas. Manda a alguien a que busque a Hierba de san Benito y avisa a Odontites Verna de que no se necesitará a Negroso esta tarde. Después apostaos en los agujeros, el de hraka también, con todos los centinelas disponibles. Por lo que sé, es posible que haya un complot para intentar escapar. Hemos arrestado a Nelthilta con la mayor discreción posible, pero la marca no tardará en darse cuenta de lo que ha pasado. Si es necesario, utiliza la fuerza. Bien, ahora tengo que irme.

-Muy bien, señor. Me pondré en marcha . Acompañó a Perifollo hasta la salida del corredor. El centinela que guardaba el agujero era Mejorana. Se apartó para dejar pasar a Perifollo y Pelucón salió también para echar una ojeada al cielo encapotado.

-¿No te lo ha dicho Perifollo? -le preguntó Pelucón al centinela-. Esta noche el silflay se hará antes por el tiempo. Tengo orden de hacer salir a la marca .

Esperó la respuesta de Mejorana. Si Perifollo le había dicho que no iban a salir, tendría que luchar con él. Pero, tras unos instantes, Mejorana dijo:

-¿Has oído algún trueno?

-He dicho que hay que hacer salir a la marca . Ve y avisa a la escolta que suban ya a Negroso, deprisa. Tendrán que salir inmediatamente si queremos que coman antes de que estalle la tormenta.

Mejorana se fue y Pelucón volvió corriendo a su conejera. Hyzenthlay no había perdido el tiempo. Había tres conejas en su conejera, y muy cerca, en un corredor próximo, aguardaba agazapada con varias más. Todas callaban, asustadas, y había una o dos que parecían a punto de estallar.

-Éste no es momento para quedarse tharn -les dijo Pelucón-. Vuestra vida depende de que hagáis lo que os digo. Escuchadme. Negroso y sus guardas subirán . Seguramente Mejorana llegará después que ellos. Tenéis que buscar una excusa para entretenerlo. No tardaréis en oír señales de lucha, porque voy a atacar a los guardias Cuando lo oigáis, venid corriendo y

seguidme fuera de la madriguera. No os detengáis por nada del mundo.

Cuando estaba a punto de acabar oyó el inconfundible sonido de Negroso y los guardias que se acercaban. El paso cansino y apático de Negroso era único. Sin esperar a que las hembras respondiesen, Pelucón volvió a la boca del corredor. Los tres conejos llegaron en fila india, Odontites Verna el primero.

-Me temo que os he hecho venir para nada -dijo Pelucón-. Me acaban de decir que se suspende el silflay. Echa una ojeada fuera y lo comprenderás.

Cuando Odontites Verna salió a mirar, Pelucón se deslizó rápidamente entre él y Negroso.

-Bueno, está bastante nublado -dijo. Odontites Verna-, pero nunca hubiera pensado...

-¡Ahora, Negroso! -gritó Pelucón, y saltó sobre Odontites Verna desde atrás.

Odontites Verna cayó al suelo con Pelucón encima. No era un miembro de la Owslafa por nada, y se le consideraba un buen luchador. Mientras rodaban por el suelo, volvió la cabeza y clavó sus dientes en el hombro de Pelucón. Había sido entrenado para atrapar una presa y no soltarla. En el pasado, esta habilidad le había sido de gran utilidad. Pero con un conejo con la fuerza y el valor de Pelucón fue un error. Hubiera sido mejor que se separara de él y lo atacara con las garras. Lo sujetaba como un perro y Pelucón, gruñendo, le golpeó en los costados con las patas traseras. Ignorando el dolor del hombro, se obligó a incorporarse. Sintió cómo los dientes de Odontites Verna le desgarraban la carne, pero él se puso en pie y su oponente cayó al suelo y se puso a patalear desesperado. Pelucón dio un brinco y se puso a cierta distancia. Era obvio que el flanco de Odontites estaba herido. Lo intentó, pero no pudo levantarse.

-Puedes dar gracias -dijo Pelucón sangrando y lanzando maldiciones- de que no te haya matado.

Sin pararse a ver qué hacia Odontites Verna, Pelucón saltó al interior de nuevo. Y se encontró a Negroso y al otro guardia luchando cuerpo a cuerpo. Por el otro lado, Hyzenthlay se acercaba con Thethuthinnang. Pelucón le dio al guardia un tremendo golpe en el lado de la cabeza que le hizo salir disparado hasta el otro lado del corredor y caer en el agujero de Negroso. El guardia se incorporó, jadeando, y miró a Pelucón sin decir una palabra.

-No te muevas -le dijo Pelucón-. Si lo haces será peor. Negroso, ¿estás bien?

-Sí, señor. Pero ¿qué tenemos que hacer ahora?

-Seguidme todos. Vamos.

Salieron afuera. No había rastro de Odontites Verna pero, cuando miró hacia atrás para asegurarse de que todos le seguían, vio por un momento la cara de Hierba de san Benito, que se había asomado por el otro agujero y contemplaba la escena perplejo.

-¡El capitán Perifollo te busca! -gritó, y desapareció como un rayo por el campo.

Cuando alcanzaron el grupo de espinos donde había hablado a Kehaar esa mañana, un prolongado trueno resonó por el valle que había más allá. Empezaron a caer goterones cálidos. Por el oeste, las nubes bajas formaban una masa púrpura sobre la que aparecían recortadas las figuras diminutas de árboles lejanos. En la distancia las cimas de las montañas salvajes se elevaban hacia la luz. Cobrizas, ligeras e inmóviles, transmitían una sensación de fragilidad, como la escarcha. Sin duda cuando el trueno volviera a golpearlas, vibrarían, temblarían y se quebrarían, hasta que los cascos calientes, los puntiagudos carámbanos, empezaran a caer de sus ruinas. En su carrera, en medio de aquella luz ocre, Pelucón se sentía impulsado por un frenesí de tensión y energía. No sentía la herida. La tormenta era su tormenta La tormenta derrotaría a Éfrafa.

Ya habían recorrido buena parte del gran prado y buscaba con la mirada el gran arco cuando oyeron las primeras señales de alarma. Pelucón se detuvo y miró a su alrededor. No parecía haber ningún rezagado. Todas las hembras, por bien que numerosas, le seguían, aunque se habían dispersado a ambos lados. Cuando los conejos escapan, tienden a separarse, y las hembras, al salir de la madriguera, se habían dispersado. Si había alguna patrulla entre ellos y el camino de hierro no conseguirían pasar sin pérdidas a menos que se juntaran. A pesar del retraso, tendría que pararse a reunirías. Entonces le asaltó otra idea. Si podían desaparecer de la vista, sus perseguidores se sentirían desorientados, porque la lluvia y la escasa luz harían muy difícil seguirles el rastro.

La lluvia caía con más fuerza ahora, y se había levantado viento. Por el lado de poniente había un seto que corría a través del campo hasta el camino de hierro. Vio que Negroso estaba cerca y corrió hacia él.

-Quiero que todos vayáis detrás de ese seto. ¿Puedes hacerte cargo de algunas y llevarlas hasta allí?

Pelucón recordó que Negroso no sabía nada, excepto que intentaban escapar. No había tiempo para que le hablara de Avellano y el río.

-Ve hasta ese fresno que hay en el seto -le dijo-, y recoge a todas las hembras que pasen. Cruzad al otro lado. Yo estaré con vosotros .

En ese momento Hyzenthlay y Thethuthinnang llegaron corriendo con dos o tres hembras más. Parecían confusas y desconcertadas.

-¡Las señales, Thlayli! -exclamó Thethuthinnang con voz jadeante- ¡Ya vienen!

-Pues corred entonces -les dijo-. No os apartéis de mí.

Corrían más deprisa de lo que se había atrevido a imaginar. Mientras se dirigían hacia el fresno se les unieron otras hembras, y a Pelucón se le ocurrió que tal vez ahora serían un digno contrincante para una patrulla, a menos que fuera muy fuerte. Una vez estuvieron del otro lado del seto giró hacia el sur y las guió a través de la pendiente sin separarse del seto. Allí, delante de él, estaba el arco, en el terraplén lleno de malezas. Pero ¿estaría Avellano también? Y ¿dónde estaba Kehaar?

* * *

-Bien, ¿y qué iban a hacer después, Nelthilta? -preguntó el general Vulneraria-. Y procura decirlo todo, porque ya sabemos bastante. Déjala tranquila, Verbena -añadió-. No puede hablar si no dejas de golpearla, estúpido.

-Hyzenthlay dijo... ¡oh!, ¡oh!... dijo que un gran pájaro atacaría a los centinelas de la Owsla -dijo en un murmullo-, y que escaparíamos en medio de la confusión. Y entonces...

-¡Dijo que un pájaro atacaría a los centinelas? -le interrumpió Vulneraria desconcertado-. ¿Es verdad lo que dices? ¿Qué clase de pájaro?

-Yo..., yo..., no sé -jadeó-. El nuevo oficial... dijo que él se lo había dicho al pájaro...

-¿Qué sabes tú de un pájaro? -preguntó Vulneraria volviéndose hacia Perifollo.

-Yo informé, señor -replicó éste-, recuerde que yo informé sobre el pájaro...

Se oyó ruido de pasos en el exterior de la concurrida conejera del Consejo y Hierba de san Benito entró abriéndose paso entre los presentes.

-¡El nuevo oficial, señor! -gritó-. ¡Se ha ido! Y se ha llevado muchas hembras de la marca con él. Se abalanzó sobre Odontites Verna y le rompió una pata, señor. Negroso también ha huido con ellos. No pudimos detenerles. A saber cuántos se habrán unido a él. ¡Thlayli, es cosa de Thlayli!

-¿Thlayli? -gritó Vulneraria-. ¡Embleer Frith! ¡Cuando lo coja lo voy a dejar ciego! ¡Perifollo, Verbena, Hierba de san Benito... sí, y vosotros dos también! Venid conmigo. ¿Hacia dónde iban?

-Iban colina abajo, señor.

-Enséñanos el camino que tomaron -dijo Vulneraria. Cuando salieron de la Crixa, dos o tres oficiales se detuvieron al ver la lóbrega luz y la lluvia. Pero la visión del general resultaba aun más amenazadora. Deteniéndose sólo para golpear el suelo dando la señal de alarma, partieron tras él hacia la vía.

No tardaron en encontrar rastros de sangre fresca que la lluvia no había borrado aún y que les condujeron al fresno que había junto al seto, al oeste de la madriguera.

* * *

Pelucón salió por el otro lado del arco de la vía, se sentó y miró a su alrededor. No había señal ni de Avellano ni de Kehaar. Por primera vez desde que había atacado a Odontites Verna se sintió inseguro y preocupado. Tal vez, después de todo, Kehaar no habría entendido su críptico mensaje de aquella mañana. O tal vez habría sobrevenido algún desastre a Avellano y los demás. ¿Y si estaban muertos, dispersados? ¿Y si no quedaba nadie que pudiera venir a su encuentro? Él y las conejas errarían por el campo hasta que las patrullas los atraparan.

-No, eso no pasará -dijo Pelucón para sus adentros-. En el peor de los casos, podemos cruzar el río y tratar de ocultamos en el bosque. ¡Condenado hombro! Me está dando más molestias de lo que pensaba. Bueno, como mínimo intentaré llevarlas hasta el puente de tablas. Si no nos cogen rápido, tal vez la lluvia les hará desistir, aunque lo dudo.

Volvió con las conejas, que esperaban bajo el arco. La mayoría parecían desconcertadas. Hyzenthlay les había prometido que las protegería un gran pájaro, y que el nuevo oficial tenía un truco secreto para evitar la persecución, un truco que derrotaría incluso al general Vulneraria. Nada de eso había pasado. Estaban empapadas. Grandes goterones caían del techo del arco y el suelo desnudo empezaba a parecer un barrizal. Delante no había nada que ver, sólo un pequeño sendero que salía de las ortigas y daba paso a otro prado grande y vacío.

-Vamos -dijo Pelucón-. No está muy lejos, y cuando lleguemos estaremos a salvo. Por aquí.

Todos obedecieron al instante. Al menos algo bueno tenía la disciplina de Éfrafa, pensó Pelucón con ironía mientras salían de debajo del arco y se exponían de nuevo a la violencia de la lluvia.

Por un lado del prado, junto a los olmos, los tractores habían alisado la tierra para formar un camino que llevaba hacia el prado que bordeaba el río, el mismo que él había seguido tres noches antes, cuando dejara a Avellano junto al bote. Ahora estaba cubierto de barro, pero al menos llevaba directamente al río y estaba lo bastante descubierto para que Kehaar los viera si volvía.

Acababa de ponerse a correr cuando un conejo lo alcanzó.

-¡Detente, Thlayli! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Adónde vas?

Pelucón esperaba que apareciera Campeón, y había tomado la resolución de matarlo si era necesario. Pero ahora, al verlo junto a él a pesar de la tormenta y el barro, conduciendo con entrega a su patrulla (no más de cuatro conejos fuertes) en medio de un grupo de prófugos desesperados, sintió que era una pena que tuvieran que ser enemigos y que no pudiera llevárselo con él lejos de Éfrafa.

-Vete -dijo-. No intentes detenernos, Campeón. No quiero hacerte daño. -Miró hacia el otro lado-. Negroso, reúne a las hembras, si alguna se queda rezagada la cogerán.

-Harías bien en rendirte -dijo Campeón, corriendo todavía a su lado-. Vayas adonde vayas, no te perderé de vista. Ya hay una patrulla en camino, he oído la señal. Cuando lleguen aquí no tendrás ninguna posibilidad. Y estás sangrando mucho.

-¡Que te aspen! -gritó Pelucón golpeándole-. Antes de que haya acabado contigo tú también sangrarás.

-¿Quiere que luche contra él, señor? -preguntó Negroso-. No me golpeará una segunda vez.

-No. Sólo está intentando hacernos perder tiempo. Sigue corriendo.

-¡Thlayli! -gritó Thethuthinnang de repente detrás de él-. ¡El general! ¡El general! ¡Oh!, ¿qué vamos a hacer?

Pelucón volvió la vista atrás. Realmente, era una visión que hubiera aterrorizado al corazón más bravo. Vulneraria había atravesado el arco seguido de la patrulla, y ahora corría hacia ellos gruñendo de furia. Pelucón reconoció a Perifollo, Hierba de san Benito y Hierba Cana. Con ellos había varios más, incluyendo a un robusto y fiero conejo que supuso que sería Verbena, el jefe de la policía del Consejo. Se le pasó por la cabeza la idea de que, si salía corriendo solo, seguramente dejarían que se fuera, igual que había venido, y se alegrarían de haber podido librarse de él tan fácilmente. Era obvio que la otra alternativa era

la muerte. En ese instante, Negroso habló:

-No importa, señor. Ha hecho lo que ha podido, y casi lo conseguimos. Es posible que podamos acabar con uno o dos antes de que nos lleven. Algunas de estas conejas pueden pelear como el que más si hace falta.

Pelucón restregó su nariz contra la oreja mutilada de Negroso y se sentó sobre sus patas traseras mientras Vulneraria corría hacia ellos.

-Sucia bestia -le dijo Vulneraria-. He oído que has atacado a un policía del Consejo y le has roto la pata. Acabaremos contigo aquí mismo. No hay necesidad de que te llevemos de vuelta a Éfrafa.

-Esclavista descerebrado -le respondió Pelucón-, ya me gustaría verlo.

-Está bien, ya basta. Verbena, Campeón, hacedle callar. Los otros empezad a llevar a esas conejas a la madriguera. Al prisionero podéis dejármelo a mí.

-¡Que Frith te vea! -exclamó Pelucón-. No eres digno de ser un conejo. ¡Que Frith os castigue a ti y a tu sucia Owsla llena de matones!

En ese instante la garra deslumbrante de un rayo atravesó el cielo. El seto y los lejanos árboles parecieron saltar hacia ellos en el fragor de la luz. E inmediatamente después llegó el trueno; un sonido fuerte y desgarrador, como si encima de ellos estuvieran haciendo pedazos algo muy grande. El agua empezó a caer a mares. En unos segundos el suelo estuvo cubierto de agua y, sobre ella, se elevaba una neblina formada por una miríada de minúsculas gotas. Paralizados por el pánico, incapaces de moverse, los empapados conejos se acurrucaron donde estaban, como si la lluvia los hubiera atado a la tierra.

Una vocecita le habló entonces a Pelucón.

-Es tu tormenta, Thlayli-rah. Aprovéchala.

Jadeando, hizo un gran esfuerzo y empujó a Negroso con su pata.

-Vamos -le dijo-, coge a Hyzenthlay nos vamos.

Sacudió la cabeza, tratando de quitarse la lluvia de los ojos. Y entonces ya no era Negroso el que tenía acurrucado frente a él, sino Vulneraria, calado y cubierto de barro, mirándolo furioso, escarbando en el cieno con sus grandes garras.

-Yo mismo te mataré -dijo Vulneraria.

Sus largos dientes frontales estaban descubiertos, como los de una rata. Pelucón lo observó asustado. Sabía que Vulneraria, con la ventaja del peso, saltaría sobre él y trataría de inmovilizarlo. Tenía que evitarlo como fuera y confiar en sus garras. Se movió inquieto y notó que resbalaba. ¿Por qué no saltaba Vulneraria? Entonces se dio cuenta de que Vulneraria ya no lo miraba a él, sino que miraba por encima de su cabeza a algo que había detrás, algo que no podía ver. De repente, Vulneraria saltó hacia atrás al tiempo que, a través del sonido envolvente de la lluvia, se oía un Clamor ronco.

-¡Yak, yak, yak!

Algo blanco y grande estaba golpeando a Vulneraria, que se agachaba y se protegía la cabeza como mejor podía. Entonces salió volando y se volvió en medio de la lluvia.

-Senior Pelucón, conejos viene.

Como en un sueño, Pelucón se sintió invadido por un sinfín de imágenes y sensaciones. Las cosas que sucedían ya no parecían conectadas sino era por sus sentidos aturdidos. Oía a Kehaar gritar de nuevo mientras se lanzaba en picado a atacar a Verbena. La lluvia penetraba en la herida de su hombro. A través de una cortina de lluvia vio a Vulneraria refugiarse entre sus conejos y apremiarlos para que corrieran a la zanja que bordeaba el prado. Negroso golpeaba a Campeón y Campeón se volvía y echaba a correr. Y entonces, alguien decía a su lado: «Hola, Pelucón. ¡Pelucón! ¡Pelucón! ¿Qué quieres que hagamos?» Era Plateado.

-¿Dónde está Avellano?

-Espera en el bote. ¡Estás herido! ¿Qué...?

-Entonces lleva a estas conejas hasta allí -dijo Pelucón.

Todo era confusión. Solas o por parejas, profundamente perplejas y apenas capaces de

moverse o comprender lo que les decían, las hembras fueron obligadas a levantarse y a caminar. Otros conejos siguieron apareciendo en medio de la lluvia. Bellota, que estaba visiblemente asustado, pero no pensaba huir; Diente de León, que animaba a Puchero; Verónica y Pico de Halcón, que iban hacia Kehaar, la única criatura visible en medio de aquella confusión. Pelucón y Plateado los reunieron como pudieron y les hicieron comprender que tenían que ayudar a sacar a las hembras de allí.

-Id hacia donde está Zarzamora. Id hacia donde está Zarzamora -repetía una y otra vez Plateado-. He dejado a tres de nuestros conejos en diferentes sitios para marcar el camino de vuelta -le explicó a Pelucón-. Zarzamora está primero, luego Campanilla y después Quinto..- Está muy cerca del río.

-Ah, allí está Zarzamora.

-Al final lo has conseguido -le dijo Zarzamora temblando-. ¿Ha sido muy duro? ¡Señor, tu hombro...!

-Todavía no se ha terminado -le interrumpió Pelucón-. ¿Han pasado ya todos?

-Tú eres el último. ¿Podemos irnos? Esta tormenta me da terror.

Kehaar se posó junto a ellos.

-Senior Aveyano, yo ataca conejos pero eyos no corre, eyos esconde en zanja. Eyos sigue a vosotros.

-Nunca se rendirán -dijo Pelucón-. Te lo advierto, Plateado, estarán sobre nosotros antes de que esto termine. Hay mucho sitio para ocultarse en el prado que rodea el río, y lo aprovecharán. Bellota, ven aquí, mantente alejado. de esa zanja.

-Id hacia donde está Campanilla, id hacia donde está Campanilla -repetía Plateado corriendo de un lado a otro. Encontraron a Campanilla junto al seto que había donde acababa el prado. Tenía los ojos desorbitados y parecía estar a punto de echar a correr.

-Plateado, he visto un grupo extraño de conejos, de Éfrafa, supongo. Han salido de aquella zanja y han entrado en el prado del río. Ahora están detrás de nosotros. Uno de ellos es el conejo más grande que he visto nunca.

-Entonces no te quedes ahí -dijo Plateado-. Ahí llega Verónica. Y ¿quién es ése? Bellota, y dos hembras vienen con él. Ya están todos. Venga, deprisa.

Quedaba muy poco para el río, pero entre los grupos empapados de juncos, los arbustos, el carrizo y los charcos, no sabían muy bien por dónde iban. Corrían con dificultad entre la maleza, esperando que los atacaran en cualquier momento, encontrando aquí una hembra, allá uno de sus propios conejos, y obligándolos a continuar. Sin Kehaar, probablemente habrían acabado perdiendo el contacto entre ellos y quizá no habrían llegado nunca al río. La gaviota volaba de un lado a otro por el camino que llevaba a la orilla, y sólo descendía de vez en cuando para guiar a Pelucón hasta alguna hembra rezagada que hubiera visto yendo por el camino equivocado.

-Kehaar -dijo Pelucón mientras esperaban a Thethuthinnang, que se esforzaba por salir de un matorral de ortigas medio aplastado-, ¿puedes ir a ver si ves a los de Éfrafa? No pueden estar muy lejos. Pero ¿por qué no nos atacan? Estamos tan dispersos que podrían hacernos mucho daño. ¿Qué estarán tramando?

Kehaar estuvo de vuelta .

-Eyos se esconde puente, maleza. Yo voy a ese tipo grande y él me hace frente.

-¿Ah, si? Esa bestia tiene coraje. Ya le daré yo.

-Eyos piensa que vosotros cruza río ayí o sigue oriya. Eyos no sabe bote. Bote cerca ahora.

Quinto llegó corriendo por entre la maleza.

-Hemos conseguido hacer subir a algunas al bote, Pelucón -le dijo-, pero la mayoría no se fían de mí. No dejan de preguntar dónde estás.

Pelucón corrió tras él y salieron al verde sendero que seguía la ribera del río. La superficie del río no dejaba de Parpadear bajo la lluvia. El nivel no parecía haber subido mucho por el momento. El bote seguía como lo recordaba: un extremo en la orilla y el otro

salido ligeramente sobre la corriente. En el extremo más cercano estaba Avellano, encogido, con las orejas caídas a los lados de la cabeza y la piel chafada y oscurecida por el agua. Sostenía entre sus dientes la cuerda, bien tensa. Bellota, Hyzenthlay y otras dos conejas estaban encogidas cerca de él, en la madera, pero el resto estaban repartidas por la orilla en grupitos, apretándose unas contra otras. Zarzamora intentaba persuadirías de que subieran al bote sin éxito.

-Avellano tiene miedo de soltar la cuerda -le dijo a Pelucón-. La ha roído demasiado. Lo único que hacen estas conejas es decir que tú eres su oficial.

Pelucón se volvió hacia Thethuthinnang.

-Aquí está el truco -le dijo-. Haz que vayan al sitio donde está Hyzenthlay, ¿lo ves? Todas, y deprisa.

Antes de que tuviera tiempo de responderle, otra coneja dio un chillido de espanto. Un poco más abajo, Campeón y su patrulla habían salido de entre los arbustos y subían por el camino. Por el otro lado se acercaban Verbena, Perifollo y Hierba Cana. La coneja se volvió y corrió a esconderse en la maleza que había tras ella, pero antes de que pudiera hacerlo, Vulneraria apareció por allí, retrocedió y le propinó un fuerte golpe en la cara. La coneja se volvió de nuevo y corrió ciegamente hasta el bote.

Pelucón comprendió entonces que, después del ataque de Kehaar, Vulneraria no sólo había mantenido a sus hombres controlados, sino que además había trazado un plan y lo había puesto en práctica.

La tormenta y la dificultad de la marcha habían inquietado y desorganizado a los fugitivos. Vulneraria, por su parte, había llevado a sus conejos hasta la zanja y la habían seguido para evitar los ataques de Kehaar. Una vez cerca del río, se había dirigido al puente de tablas -era obvio que sabía de su existencia- y preparó una emboscada. Pero cuando se dio cuenta de que, por alguna razón, los fugitivos no iban hacia el puente, había ordenado a Campeón que diera un rodeo pasando entre la maleza, volviera a la orilla más abajo y les cortara el paso. Y Campeón lo había hecho sin demora y sin errores. Ahora Vulneraria pretendía hacerles frente, allí, en la orilla. Sabía que Kehaar no podía estar en todas partes, y que en caso de necesidad podían esconderse entre los arbustos y la maleza. Cierto era que los del otro bando los doblaban en número, pero la mayoría le tenían miedo, y ninguno de ellos era un oficial entrenado de Éfrafa. Ahora que los tenía acorralados contra el río, podría separarlos y matar el mayor número posible. El resto tal vez escaparía, pero ya encontraría la muerte de alguna forma. Pelucón empezaba a comprender por qué los de Vulneraria lo seguían y luchaban por él como lo hacían.

«No parece un conejo -pensó-. Lo último que se le ocurriría es escapar. Si hace tres noches hubiera sabido lo que sé ahora, no creo que hubiera accedido por nada del mundo a entrar en Éfrafa. ¿Sabrá también lo del bote? Porque no me extrañaría.»

Corrió sobre la hierba y saltó al bote junto a Avellano.

La aparición de Vulneraria había conseguido lo que Zarzamora y Quinto no habían podido lograr. Todas las conejas corrían hacia el bote desde la orilla. Zarzamora y Quinto corría con ellas. Y Vulneraria, que los seguía de cerca, llegó también a la orilla y se encontró cara a cara con Pelucón. Éste, mientras intentaba no ceder, oyó a Zarzamora hablando con voz nerviosa con Avellano.

-Diente de León no está -le dijo-. Sólo falta él.

Avellano habló entonces por primera vez.

-Tendremos que dejarle. Es una pena, pero estos tipos caerán sobre nosotros en cualquier momento y no podremos detenerles.

Pelucón habló sin apartar los ojos de Vulneraria.

-Sólo un poco, Avellano. Yo los mantendré a distancia. No podemos dejar a Diente de León.

Vulneraria le espetó con desprecio:

-Confié en ti, Thlayli. Y ahora tú puedes confiar en mí. O vais a parar al fondo del río u os hago cachitos aquí mismo. Ya no hay ningún sitio adonde correr.

Pelucón había visto a Diente de León mirando por entre la maleza, enfrente de ellos.

Estaba desorientado.

-¡Hierba Cana! ¡Verbena! -dijo Vulneraria-. Venid conmigo. Cuando dé la orden, cargaremos contra ellos. Y en cuanto al pájaro, no es peligroso...

-¡Pues ahí viene! -gritó Pelucón. Vulneraria miró rápidamente hacia arriba y saltó hacia atrás. Y mientras, Diente de León salió de entre la maleza y corrió hasta el bote, donde se sentó junto a Avellano. En ese mismo momento la cuerda se rompió y la batea empezó a moverse por la orilla sobre la corriente. Cuando hubo recorrido unos metros, la popa giró lentamente, hasta que quedó de costado. En esta posición flotó hasta el centro del río y Por el recodo que bajaba hacia el sur.

Lo último que Pelucón vio fue la cara del general Vulneraria, que los miraba desde el hueco que había dejado la batea en la adelfilla. Le recordó al cernícalo de la colina de Watership, que había saltado sobre la boca del agujero y no había pillado al ratón.

****

Cuarta parte

Avellano-rah

****

39. *Los puentes*

Barquero danza, barquero, canta,
barquero, haz casi cualquier cosa,
danza, barquero, danza.
Danza por la noche hasta que llegue el alba,
vete con las chicas por la mañana.
Eh, oh, barquero,
tú que navegas por el río Ohio baila.

Canción popular norteamericana

En la mayoría de los ríos el plan de Zarzamora no hubiera funcionado. La batea no se hubiera alejado de la orilla, o hubiera encallado entre la maleza o con algún otro obstáculo. Pero allí, en el Test, no había ramas sumergidas, ni piedras ni malezas sobre la superficie. El agua se desplazaba regular y constante y la batea se deslizaba río abajo, a la misma velocidad que había cogido ya a pocos a metros de la orilla.

Entre los conejos, pocos entendían lo que estaba pasando. Las hembras de Éfrafa nunca habían visto un río, y hubiera estado más allá de la capacidad de Puchero o de Pico de Halcón explicarles que estaban en un bote. Ellos, como casi todos los demás, se limitaban a confiar en Avellano, y hacían lo que les decían. Pero todos, machos y hembras por igual, se dieron cuenta de que Vulneraria y sus esbirros habían desaparecido. Empapados y agotados por todo lo que habían pasado, se acurrucaron sin hablar, incapaces de sentir nada que no fuera embotamiento y alivio, y sin energía para preguntarse siquiera qué iba a sucederles ahora.

Que sintieran alivio era curioso dadas las circunstancias, y demostraba lo poco que entendían su situación y el miedo que Vulneraria les inspiraba, porque alejarse de él parecía ser su único deseo. La lluvia no dejaba de caer. Pero estaban tan mojados que ya no la sentían, y temblaban, no obstante, de frío, cargados con el peso de sus pieles empapadas. En la batea se había acumulado más de un centímetro de agua, que hacia que la pequeña madera que había en el fondo flotara. Al principio, entre la confusión, algunos conejos se habían encontrado metidos en esa agua, pero ahora todos se habían resguardado en popa y en proa principalmente, excepto Thethuthinnang y Verónica, que permanecían encorvados en la

estrecha bancada del medio. Estaban incómodos, estaban desprotegidos e indefensos. Y ni tenían manera dé controlar la batea ni sabían hacia dónde iban. Pero esto último quedaba fuera del alcance de todos menos Avellano, Quinto y Zarzamora.

Pelucón se había derrumbado junto a Avellano y yacía exhausto. Se había evaporado ya el febril coraje que lo había llevado hasta el río, y la herida empezaba a dolerle terriblemente. A pesar de la lluvia y del dolor de la pata, estaba dispuesto a dormir allí mismo, sobre la madera. Abrió los ojos y miró a Avellano.

-No podría hacerlo otra vez, Avellano.

-No tienes por qué -le respondió éste.

-Era una oportunidad entre un millón -dijo.

-Los hijos de nuestros hijos oirán una buena historia -comentó Avellano citando un proverbio de los conejos-. ¿Cómo te hiciste esa herida? Tiene muy mal aspecto.

-Me enfrenté con un miembro de la policía del Consejo.

-¿Un qué? -El término Owslafa era desconocido para él.

-Una bestia sucia y pequeña, como Hufsa.

-¿Lo derribaste?

-Oh, claro, si no no estaría aquí. Yo diría que ya no podrá correr mucho. Oye, Avellano, ya tenemos las hembras, ¿qué va a pasar ahora?

-No lo sé. Tendrá que decírnoslo alguno de estos conejos tan listos. Y Kehaar... ¿dónde ha ido? Se supone que conoce esta cosa en la que estamos sentados.

Diente de León, que estaba encorvado junto a Avellano, se levantó cuando oyó mencionar a los conejos tan «listos», atravesó la batea pasando por el fondo encharcado y volvió con Zarzamora y Quinto.

-Todos nos estábamos preguntado qué tenemos que hacer ahora -dijo Avellano.

-Bueno -respondió Zarzamora-, supongo que tarde o temprano flotaremos hasta la orilla. Entonces podremos salir y buscar refugio. Aunque no nos hará daño alejarnos un poco de esos amigos de Pelucón.

-Si -continuó Avellano-, pero el caso es que estamos atrapados aquí, a la vista de cualquiera, y no podemos escapar. Si un hombre nos ve tendremos problemas.

-A los hombres no les gusta la lluvia -dijo Zarzamora-y ni a mí tampoco. Pero por ahora nos ayudará a estar más seguros.

En ese momento, Hyzenthlay, que estaba sentada detrás de él, se sobresaltó y los miró.

-Perdone que le interrumpa, señor -dijo como si estuviera hablando con un oficial de Éfrafa-, pero el pájaro… el pájaro blanco... viene hacia nosotros.

Kehaar llegó volando sobre el río en medio de la lluvia, y se posó en el angosto borde de la batea. Las conejas que había más cerca retrocedieron nerviosas.

-Senior Aveyano -dijo-, puente viene. ¿Tú ve puente? A ninguno de ellos se le había ocurrido pensar que flotaban siguiendo el mismo camino que el sendero que habían subido aquella misma tarde, antes de que estallara la tormenta. Ahora estaban del otro lado del seto de plantas y el no tenía un aspecto totalmente distinto. Pero el puente si lo reconocieron. No estaba muy lejos y tenía el mismo aspecto que cuando lo vieron desde la orilla cuatro noches atrás.

-A lo mejor tú pasas abajo, a lo mejor no. Pero si tú sentado ahí, tú problema.

El puente se extendía de una orilla a la otra entre dos contrafuertes bajos. La parte inferior, hecha de vigas de hierro, era totalmente recta, paralela a la superficie del río, unos veinte centímetros por encima de éste. Avellano comprendió justo a tiempo lo que Kehaar había querido decir. Si la batea conseguía pasar bajo el puente no sería por más que la anchura de Una pata. Cualquiera que sobrepasara los bordes de la batea se daría un golpe, y hasta es posible que cayera al río. Corrió hasta el otro lado pasando por el charco de agua y se asomó abriéndose paso entre los conejos mojados y amontonados.

-¡Agachaos en el fondo, agachaos en el fondo! -exclamó. Plateado, Pico de Halcón...

todos. No importa el agua. Tú y tú..., ¿cuál es tu nombre? Ah, Negroso, ¿no?... ayudad a los demás a esconderse en el fondo. Deprisa.

Al igual que le había pasado a Pelucón, Avellano también se sorprendió al comprobar lo obedientes que eran los efrafanos. Kehaar salió volando y desapareció sobre las barandas de madera. Los contrafuertes de hormigón sobresalían desde cada orilla, de modo que el río corría ligeramente más deprisa debajo del puente. La batea había estado flotando de costado, pero ahora uno de los extremos se deslizó hacia delante y Avellano quedó desorientado: ya no veía el puente, sino la orilla. Mientras vacilaba, el puente pareció abalanzarse sobre él como una gran masa oscura, como la nieve que cae de una rama. Se agachó en el charco de agua. Se oyó un chillido y un conejo cayó sobre él. Entonces un golpe hizo vibrar la batea de un extremo al otro y su suave movimiento se interrumpió. Se oyó después como si arañaran. Todo se volvió más oscuro y apareció sobre ellos un techo. Por un momento, Avellano tuvo la vaga impresión de que estaba bajo tierra. Luego el techo desapareció, la batea volvía a deslizarse por el río y Kehaar los llamaba. Estaban del otro lado del puente y la batea seguía su camino.

El conejo que había caído sobre él era Bellota. El puente le había golpeado y le había hecho caer. Sin embargo, aunque aturdido y magullado, no parecía estar herido.

-No he sido lo bastante rápido, Avellano-rah -dijo-. Me iría bien pasar un tiempo en Éfrafa.

-Allí te malograrías -le respondió Avellano-. Pero me temo que hay alguien en el otro lado del bote que no ha tenido tanta suerte.

Una de las conejas no se había querido resguardar en el charco del fondo y una viga del puente le había golpeado en la espalda. Era obvio que estaba herida, pero Avellano no hubiera sabido decir la gravedad. Hyzenthlay estaba con ella y, dado que él no podía hacer nada, le pareció mejor dejarlas tranquilas. Miró a sus compañeros, cubiertos de barro y temblorosos, y después a Kehaar, tan limpio y acicalado en la popa.

-Deberíamos volver a la orilla, Kehaar -le dijo- ¿Qué tenemos que hacer? Los conejos no estamos hechos para esto, ¿sabes?

-Tú no para bote. Otro puente. Él para bote.

No podían hacer otra cosa que esperar. Siguieron desplazándose por la corriente y llegaron a una segunda curva, donde el río giraba hacia el este. La corriente no disminuyó, y la batea pasó por la curva casi por el centro, girando al mismo tiempo. Los conejos se habían asustado al ver lo que les había pasado a Bellota y a la hembra, y permanecían acuclillados miserablemente, medio metidos en el charco del fondo. Avellano se arrastró de nuevo hacia la popa y se asomó para mirar.

El río se ensanchaba y se dieron cuenta de que habían empezado a flotar más lentamente. La orilla más próxima estaba muy alta, y los árboles crecían hasta el mismo borde, muy densos. Pero la otra orilla era más baja y estaba despejada. Se extendía, cubierta de hierba, suave como los campos de heno de la colina de Watership. Avellano hubiera deseado poder salir por ese lado. Pero la batea siguió desplazándose lentamente. La orilla despejada quedó atrás y ahora los árboles se alzaban a ambos lados. Más abajo, el río estaba cortado por el puente del que había hablado Kehaar.

Era un puente viejo, hecho de ladrillos ennegrecidos, y la hierba, la lisimaquia y la valeriana se encaramaban caprichosamente por sus paredes. Bastante alejados de las dos orillas se veían cuatro arcos bajos, poco más que alcantarillas, llenos de agua casi hasta arriba. A través de ellos se colaban destellos de luz del otro lado. Los pilares no sobresalían, pero contra cada uno de ellos flotaban un montón de cosas acumuladas, del que iban desprendiéndose malezas y ramitas que la corriente arrastraba bajo el puente.

Era evidente que la batea chocaría contra el puente y quedaría allí. Cuando empezaron a acercarse, Avellano volvió a agacharse en el charco del fondo. Pero esta vez no era necesario. La batea golpeó suavemente contra dos de los pilares y quedó atravesada en una de las alcantarillas centrales. Ya no podría seguir.

Habían recorrido unos ochocientos metros en unos quince minutos.

Avellano se apoyó con sus patas delanteras en el borde más bajo y miró cautelosamente al río. Justo debajo de ellos, el agua se dividía al chocar con la madera. Estaban demasiado lejos para saltar a la orilla, y de todos modos eran muy empinadas. Se volvió y miró hacia

arriba. La superficie de ladrillo era demasiado vertical, y había una pequeña franja que Sobresalía hacia la mitad. No se podía trepar por ahí.

-¿Qué tenemos que hacer, Zarzamora? -le preguntó mientras avanzaba hasta la pieza que estaba sujeta a la Proa, con lo que quedaba de la amarra-. Tú nos hiciste subir a esta cosa. ¿Cómo se sale?

-No lo sé, Avellano-rah. Nunca se me ocurrió que quedaríamos así. Parece que tendremos que nadar.

-¿Nadar? -preguntó Plateado-. No me gusta, Avellano-rah. Se que no es mucho, pero mira esas orillas. La corriente nos llevaría antes de que pudiéramos salir, y eso significa que iríamos a parar a uno de esos agujeros que hay debajo del puente.

Avellano intentó mirar a través del arco. Había Poco que ver. El oscuro túnel no era muy largo, no mucho más que la propia batea quizá. El agua se veía tranquila. No parecía haber ninguna obstrucción y había sitio para la cabeza si tenían que pasar nadando. Pero era tan estrecho que era imposible saber exactamente qué había del otro lado. La luz empezaba a decaer. Agua, hojas verdes, reflejos de hojas que se movían, las gotas que caían y una cosa extraña hecha de líneas grises verticales que parecía estar sobre el agua... eso era todo lo que podía verse. La lluvia resonaba lúgubre en la alcantarilla. El ruido duro y resonante de debajo del sofito, tan distinto de cualquiera que pudiera oírse en un túnel bajo tierra, resultaba turbador. Avellano se volvió a Zarzamora y Plateado.

-Este sitio es tan malo como el que acabamos de dejar. No podemos quedarnos aquí, pero no veo ninguna salida.

Kehaar apareció en el contrapecho que había sobre ellos. Agitó las alas para sacudirse la lluvia y descendió a la batea.

-Bote final. No esperar.

-Pero ¿cómo podemos llegar a la orilla, Kehaar?

La gaviota estaba sorprendida.

-Perro nada, rata nada. ¿Tú no nada?

-Si, podemos nadar, siempre y cuando no sea muy lejos. Pero esas orillas son demasiado empinadas para nosotros. No podríamos evitar que la corriente nos arrastrara a uno de esos túneles, y no sabemos qué hay al otro lado.

-Es bueno. Todo bien.

Avellano estaba desorientado. ¿Qué se supone que tenía que entender de aquello? Kehaar no era un conejo. Fuera como fuera el Agua Grande, seguro que era peor, y Kehaar estaba acostumbrado a ella. En todo caso, no hablaba mucho, y lo que decía se limitaba siempre a lo más básico, porque no hablaba lapino. Les estaba haciendo un gran favor porque ellos le habían salvado la vida, pero Avellano era consciente de que los despreciaba y los consideraba criaturas tímidas, limitadas y hogareñas que no podían volar. A menudo se mostraba impaciente. ¿Había querido decir que había considerado el río desde el punto de vista de un conejo? ¿Que el agua que había del otro lado era lenta y que las orillas eran lo bastante bajas para que pudieran salir fácilmente? Eso hubiera sido demasiado. ¿O más bien había querido decir que era mejor que se dieran prisa y se arriesgaran a hacer algo que para él no suponía ningún esfuerzo? parecía más probable. Pero ¿y si alguno saltaba y se lo llevaba la corriente? ¿Qué pensarían los otros si no regresaba?

El pobre Avellano miró a su alrededor. Plateado estaba lamiendo la herida de Pelucón. Zarzamora se movía nervioso de un lado a otro, tan inquieto como él. Mientras seguía dudando, Kehaar lanzó un graznido.

-¡Yak! Condenado. Conejos no van. Yo ensenio.

Se tiró torpemente por la popa. No quedaba apenas sitio entre la batea y la boca de la alcantarilla. Sentado sobre el agua como un pato silvestre, Kehaar se introdujo en el túnel y desapareció. Al principio Avellano no veía nada. Entonces distinguió la figura oscura del pájaro recortada contra la luz del otro lado. Flotó más hacia la luz, luego se fue hacia un lado y desapareció de su restringido campo de visión.

-¿Y eso qué demuestra? -preguntó Zarzamora con los dientes que le castañeteaban-. Él puede salir volando desde la superficie, o ayudarse con sus patas palmeadas. Y no está

empapado ni temblando, ni pesa el doble por culpa del agua.

Kehaar reapareció sobre el contrapecho que tenían encima.

-Vosotros ir ahora -dijo escuetamente.

El pobre Avellano seguía sin decidirse. Había empezado a dolerle la pata otra vez. Ver a Pelucón, precisamente a Pelucón, en las últimas, medio inconsciente, sin jugar ningún papel en aquella desesperada aventura, hizo que se desinflara aún más. En realidad él no quería saltar. Aquella terrible situación era superior a sus fuerzas. Tropezó sobre la madera resbaladiza y al incorporarse vio que Quinto estaba a su lado.

-Yo iré, Avellano -le dijo con serenidad-. No pasará nada.

Apoyó sus patas delanteras en el borde de la proa. En ese momento, todos los conejos se quedaron petrificados. Una de las hembras empezó a pisotear el agua encharcada de la batea. De arriba llegaba el sonido de pasos que se acercaban y voces humanas, y el olor de palitos blancos que ardían.

Kehaar se fue. Ninguno de los conejos se movió. Estaban arriba, en el puente. Todos los conejos se vieron asaltados por el impulso de correr, de esconderse bajo tierra. Avellano vio que Hyzenthlay le miraba y él la miró a su vez, deseando con todas sus fuerzas que se quedara quieta. Las voces, el olor del sudor de los hombres, del cuero, de palillos blancos, el dolor de su pata, el túnel húmedo y chirriante junto a su oído... había vivido todo aquello antes. ¿Cómo era posible que los hombres no le vieran? Tenían que verle. Estaba debajo de ellos. Estaba herido. Venían a por él.

Pero el sonido y los olores empezaron a alejarse, los pasos se apagaban. Los hombres habían cruzado el puente sin mirar por la barandilla. Se habían ido.

Avellano volvió en si.

-Ya está -dijo-. Todos vamos a nadar. Venga, Campanilla, dices que eres un conejo de agua. Sígueme.

Se subió sobre la bancada y le siguió hasta el lado.

Pero fue a Puchero al que encontró a su lado.

-Deprisa, Avellano-rah -dijo Puchero tiritando-. Yo también voy. Pero que sea deprisa.

Avellano cerró los ojos y saltó al agua.

Igual que le pasara en el Enborne, en los primeros momentos el frío le impresionó. Pero lo que más le impresionó fue la corriente. Lo arrastraba una fuerza tan grande como la de un viento fuerte, pero suave y silenciosa. Lo arrastraba a través de un túnel frío y sofocante. No tenía donde apoyar las patas. Muerto de miedo, se puso a chapotear y a luchar, levantó la cabeza para respirar, raspó sus garras contra los ladrillos, pero no pudo agarrarse y siguió flotando. Ahora la corriente era más lenta, el túnel desapareció, la oscuridad se volvió luz y había hojas y un cielo arriba otra vez. Todavía luchando, chocó contra algo duro, se separó y volvió a golpearse otra vez y, por un momento, sus patas tocaron un suelo blando. Se abrió paso con dificultad y se dio cuenta de que estaba caminando sobre una capa de cieno. Era una orilla llena de barro. Se quedó tirado en el suelo unos momentos, jadeando, y luego se limpió la cara y abrió los ojos. Lo primero que vio fue a Puchero, cubierto de barro, arrastrarse hacia la orilla un poco más allá.

Lleno de regocijo y confianza, olvidados todos sus miedos, Avellano se arrastró hasta Puchero y juntos se escurrieron hasta la maleza. No dijo nada, aunque Puchero tampoco parecía esperar que lo hiciera. Allí, al amparo de una mata de lisimaquia púrpura miraron al río.

El agua salía del puente y formaba otra corriente. A ambos lados, en la orilla, los árboles y la maleza crecían tupidos. Había una especie de ciénaga, y resultaba difícil decir dónde acababa el agua y dónde empezaba el bosque. Las matas de las plantas crecían fuera y dentro de los bajíos. El fondo estaba cubierto de una fina capa de cieno y de barro muy líquido, y en ella habían ido dejando surcos los conejos cuando se arrastraban hacia la orilla. En el río había atravesada una especie de verja de barras de hierro verticales, de una orilla a la otra. En la estación de la poda, las malezas que bajaban flotando sobre el agua quedaban retenidas en este enrejado y hombres con botas altas de agua las sacaban, las apilaban y las usaban como abono para la tierra. La orilla era un gran montón de basura formada por malezas que se

descomponían entre los árboles. Era un lugar verde y maloliente, húmedo y cerrado.

-¡El bueno de Kehaar! -dijo Avellano observando con satisfacción aquella fétida soledad-. Tendría que haber confiado en él.

Mientras hablaba, un tercer conejo apareció por debajo del puente. Luchaba con la corriente como una mosca en una tela de araña y al verlo se asustaron. Ver a un compañero en peligro puede ser tan malo como estarlo. El conejo se dio contra el enrejado, lo siguió y, al encontrar el fondo, se arrastró fuera del agua turbia. Era Negroso. Quedó tendido de costado y no pareció reparar en que Avellano y Puchero se acercaban. Al cabo, empezó a toser, vomitó un poco de agua y se sentó.

-¿Estás bien? -le preguntó Avellano.

-Más o menos -respondió Negroso-. Pero ¿tenemos que hacer mucho más esta noche? Estoy muy cansado.

-No, no. Puedes descansar aquí. Pero ¿por qué te has arriesgado? No sabíais si nos habíamos ahogado.

-Pensaba que había dado una orden.

-Ya veo. Bueno, me temo que nos vas a encontrar un poco informales. ¿Había alguien más dispuesto a saltar Cuando lo hiciste tú?

-Creo que están un poco nerviosos. No puede culparlos.

-No, pero podría pasar cualquier cosa -dijo Avellano preocupado-. Se pueden quedar tharn sentados ahí. Podrían volver los hombres. Si pudiéramos decirles que no pasa nada...

-Creo que podemos, señor -dijo Negroso-. Si no me equivoco sólo tenemos que subir por la orilla y bajar por el otro lado. ¿Voy, señor?

Avellano estaba desconcertado. Por lo que había podido entender, Negroso no era más que un simple prisionero en Éfrafa... ni siquiera pertenecía a los Owsla. Y acababa de decir que estaba agotado.

-Iremos los dos. Hlao-roo, ¿puedes quedarte y vigilar? Con un poco de suerte, empezarán a llegar por el puente. Ayúdalos si puedes.

Avellano y Negroso se deslizaron a través de las malezas mojadas. El sendero de hierba que cruzaba el puente estaba arriba de una empinada pendiente. Treparon hasta ella y se asomaron cautelosamente entre la hierba que cubría los márgenes. El sendero estaba vacío, y no se oía ni se veía nada. Lo cruzaron y desde el otro lado vieron que allí la pendiente caía casi a pico hasta el río, que quedaba casi dos metros más abajo. Negroso empezó a descender a gatas sin vacilar, pero Avellano lo siguió más despacio. Entre el puente y un arbusto de espino había una cornisa de hierba que colgaba sobre el río. La batea estaba pegada a los contrafuertes, unos pocos metros más allá.

-¡Plateado! ¡Quinto! -gritó Avellano-. Vamos, haced que salten al agua. No pasa nada. Que salten las hembras primero. No hay tiempo que perder. Los hombres podrían volver en cualquier momento.

No fue tarea fácil conseguir que aquellas hembras apáticas y confusas se movieran y que comprendieran lo que tenían que hacer. Plateado iba de un lado a otro. Diente de León, en cuanto vio a Avellano en la orilla, se fue hasta la proa y saltó. Verónica fue después y, cuando Quinto estaba a punto de saltar también, Plateado lo detuvo.

-Avellano, si os vais todos, las hembras se quedarán solas, y no creo que puedan arreglárselas sin ayuda-

-Obedecerán a Thlayli, señor -dijo Negroso antes de que Avellano pudiera responder-. Creo que es el único que conseguirá que se muevan.

Pelucón todavía estaba tendido en el charco del fondo, en el mismo sitio donde se había escondido cuando llegaron al primer puente. Parecía dormido, pero cuando Plateado lo hocicó con su nariz, levantó la cabeza y miró a su alrededor aturdido.

-Oh, hola, Plateado -dijo-. Me temo que esta herida va a ser un incordio. Y tengo mucho frío. ¿Dónde está Avellano?

Plateado le explicó. Pelucón se incorporó con dificultad y vio que aún sangraba. Saltó

hasta la bancada y se subió encima.

-Hyzenthlay -dijo-, tus amigas ya están mojadas, así que, ¿por qué no las ayudamos a que salten ya? Una a una. Así no habrá peligro de que se hagan daño las unas a las otras mientras nadan.

A pesar de lo que había dicho Negroso, pasó bastante rato antes de que todas hubieran dejado el bote. Había diez conejas -aunque ninguno de ellos sabia la cantidad- y, aunque una o dos respondieron a la petición de Pelucón, algunas estaban tan agotadas que se quedaron acurrucadas donde estaban o mirando estúpidamente al agua hasta que vinieron a buscarlas. De vez en cuando, Pelucón pedía a alguno de los machos que abriera la marcha y, así, Bellota, Campanilla y Pico de Halcón fueron saltando. La hembra herida, Thrayonlosa, estaba bastante mal y Zarzamora y Thethuthinnang saltaron uno delante y la otra detrás de ella.

Ya empezaba a oscurecer y la lluvia remitía lentamente. Avellano y Negroso volvieron al otro lado del puente. El cielo se despejó y la sensación de opresión fue desapareciendo a medida que el trueno se desplazaba hacia el este. Ya era fu Inlé cuando Pelucón saltó finalmente con Quinto y Plateado. Fue un milagro que pudiera mantenerse a flote, y cuando chocó contra el enrejado, su cuerpo rodó panza arriba, como el de un pez moribundo. Flotó hasta los bajíos y Plateado le ayudó a salir. Avellano y varios de los otros estaban esperándole, pero él los cortó en seco con uno de sus típicos arrebatos de mal genio.

-Vamos, quitaos de en medio -dijo-. Ahora mismo me voy a dormir. Y que Frith te ayude si me dices que no, Avellano.

-Eso es lo que vamos a hacer ahora, ¿ves? -le dijo Avellano a Negroso, que lo miraba boquiabierto-. Con el tiempo te acostumbrarás. Ahora será mejor que busquemos algún sitio seco que no hayan ocupado los demás y tal vez podamos dormir también.

Entre los matorrales todo parecía estar lleno de conejos agotados que dormían. Después de un rato encontraron el tronco de un árbol caído y hueco. Pasaron entre ramas y entre hojas y se instalaron en la suave concavidad, que no tardó en contagiarse del calor de sus cuerpos. Se durmieron .

40. *El regreso*

Dama Hickory, Dama Hickory, hay un lobo a tu puerta, sus colmillos blancos y su lengua...

No -dijo la Dama Hickory-, falsa hada.

Pero el lobo estaba, y se la comió.

Walter de la Mare, *Dama Hickory*

La primera cosa que supo Avellano al levantarse fue que Thrayonlosa había muerto durante la noche. Thethuthinnang estaba muy afligida, pues fue ella la que la eligió -era una de las conejas más sensatas y enérgicas de la marca- y la persuadió para que los acompañara en su huida. Después de pasar bajo el puente, la había ayudado a salir del agua y se había quedado dormida junto a ella entre la maleza, con la esperanza de que para la mañana se habría recuperado. Pero cuando despertó vio que Thrayonlosa no estaba. La encontró río abajo, entre un matojo de juncos. Por lo visto, había presentido que iba a morir y se había ido a la manera de los animales.

La noticia abatió a Avellano. Sabía que tenían suerte de haber podido sacar a tantas hembras de Éfrafa y escapar de Vulneraria sin tener que luchar. El plan era bueno, pero la tormenta y la inquietante eficiencia de los efrafanos casi lo había llevado al fracaso. A pesar del coraje de Pelucón y Plateado, sin Kehaar no lo hubieran logrado. Pero Kehaar se iba. Pelucón estaba herido y su pata no estaba muy fina. Con las hembras no podrían viajar tan deprisa como en la ida. Le hubiera gustado permanecer unos días en aquel lugar, así Pelucón

podría recuperarse y las hembras se habituarían a vivir fuera de la madriguera. Pero aquél era un lugar inhóspito. Había sitio para cobijarse, pero era demasiado húmedo para los conejos. Además, estaban junto a una carretera más transitada que las que habían visto hasta entonces. Poco después de que amaneciera empezaron a oír hrududil que pasaban a una distancia de un campo pequeño. Había mucho alboroto, y la muerte de Thrayonlosa sólo hizo que empeorar las cosas. Las hembras estaban inquietas por el ruido y las vibraciones, y fueron incapaces de probar bocado. Iban y venían para ver el cuerpo y no dejaban de murmurar sobre lo extraño y peligroso de aquel lugar

Consultó a Zarzamora, quien le dijo que seguramente los hombres no tardarían en encontrar el bote y entonces algunos se quedarían rondando por allí un tiempo. Esto convenció a Avellano: debían partir y buscar un lugar donde pudieran descansar tranquilos. Su olfato y sus sentidos le decían que la ciénaga se extendía río abajo y la carretera iba hacia el sur, de modo que la única salida era volver a cruzar el puente y seguir hacia el norte, hacia casa. Cogió a Pelucón y juntos subieron la pendiente. Al llegar al sendero de hierba vieron a Kehaar, que se entretenía cogiendo gusanos en una mata de cicuta, cerca del puente. Se acercaron sin hablar y se pusieron a mordisquear hierba junto a él.

Al cabo de un rato Kehaar dijo:

-Ahora tiene mamás, senior Aveyano. ¿Bien?

-Si. Nunca lo hubiéramos conseguido sin ti. He oído que anoche apareciste justo a tiempo para salvar a Pelucón.

-Conejo grande, malo, pelea conmigo. Muy listo.

-Sí. Pero al menos por una vez se ha llevado un buen chasco.

-Sí, sí. Senior Aveyano, hombres viene pronto. ¿Qué hace tú ahora?

-Volveremos a la madriguera, si podemos.

-Yo final. Yo voy Agua Grande.

-¿Volveremos a verte, Kehaar?

-¿Vosotros vuelve colina? ¿Está ayí?

-Si, allí es donde queremos ir. Será difícil con tantos conejos, y supongo que tendremos que andarnos con ojo con las patrullas de Éfrafa.

-Tú vas ayí. En invierno, mucho frío, mucho tormenta en Agua Grande. Mucho pájaro viene. Entonces yo vengo y veo tú.

-Pues entonces no te olvides, Kehaar -dijo Pelucón-, te estaremos esperando. Aparece sin avisar, como hiciste anoche.

-Sí, si. Yo asusto mamás, y pequeños conejo, y pequeños Pelucón corre.

Kehaar arqueó sus alas y se elevó en el aire. Voló sobre el contrapecho del puente río arriba. Entonces trazó un círculo en el aire, voló sobre el sendero y pasó rozando las cabezas de los conejos. Emitió uno de sus gritos roncos y se alejó hacia el Sur. Lo miraron hasta que desapareció sobre los árboles.

-¡Oh, vete, gran pájaro blanco! -dijo Pelucón-. ¿Sabes?, me hacía sentir como si también yo pudiera volar. ¡El Agua Grande! Ojalá pudiera verla yo también.

Mientras aún miraban en la dirección por donde había desaparecido Kehaar, Avellano reparó por vez primera en una casa de campo que había al final del camino. Un hombre los observaba con sigilo desde el seto. Avellano pateó el suelo y corrió a refugiarse entre la maleza de la ciénaga, con Pelucón pegado a los talones.

-¿Sabes qué está pensando? -dijo Pelucón-. Está pensando en las verduras de su huerto.

-Lo sé. Y si los otros lo ven, no podremos evitar que se metan allí. Cuanto antes nos vayamos, mejor.

Poco después los conejos emprendieron la marcha a través de la zona ajardinada que iba hacia el norte. Pelucón pronto descubrió que no estaba en condiciones de hacer un viaje largo. La herida le dolía, y no convenía que forzara el músculo. Avellano todavía cojeaba y las hembras, aunque obedientes y voluntariosas, no parecían saber gran cosa sobre la vida al aire libre. Era muy difícil.

En los días despejados y agradables que siguieron, Negroso demostró sobradamente su valía, hasta el punto de que Avellano empezó a confiar en él tanto como en sus veteranos. Quién lo iba a imaginar. Cuando Pelucón decidió que no se iría de Éfrafa sin Negroso, lo hizo movido por la lástima. Pero resulta que, cuando no estaba doblegado por la humillación y los malos tratos, estaba bastante por encima de la media. Tenía una historia bien poco común. Su madre no había nacido en Éfrafa. Era una de las prisioneras que hizo Vulneraria cuando atacó la madriguera del bosquecillo de Nutley. Se apareó con un capitán de los Owsla y no tuvo ningún otro compañero. El padre murió durante una patrulla amplia. Y Negroso, orgulloso de él, había crecido decidido a convertirse en oficial de los Owsla. Paradójicamente, había heredado de su madre un cierto resentimiento hacia Éfrafa. Lo mandaron de prueba a la marca de la Pata Delantera Izquierda y, aunque el capitán Malva, el responsable de la marca, elogió su coraje y su resistencia, no dejó de mencionar lo orgulloso de su naturaleza. Cuando el capitán Perifollo necesitó un ayudante, fue a Hierba de san Benito y no a Negroso a quien eligió el Consejo. Estaba convencido de que los prejuicios por el origen de su madre habían predispuesto al Consejo contra él. Fue entonces cuando conoció a Hyzenthlay y se hizo secretamente amigo y consejero de las conejas descontentas de la Pata Delantera Izquierda. Primero las convenció de que solicitaran permiso al Consejo para dejar Éfrafa. De haberlo conseguido, hubieran pedido que se permitiera a Negroso acompañarlas. Pero cuando aquella delegación fracasó, decidió escapar. Aunque al principio pensó llevarse las conejas, acabó sucumbiendo a la presión, como le había pasado a Pelucón, a causa del peligro y la incertidumbre. Escapó solo y Campeón lo atrapó. Bajo el castigo que le impuso el Consejo, su espíritu despierto se desplomó y se convirtió en el conejo desdichado y apático que tanto había impresionado a Pelucón. Pero cuando Pelucón le dio aquel mensaje en la zanja de la hraka, su espíritu despertó de nuevo y estuvo dispuesto a echarlo todo a suertes y probarlo otra vez. Ahora estaba libre y en compañía de conejos tolerantes y amables, y sentía que podía ayudar con sus habilidades como oficial de Éfrafa. Aunque hacía todo lo que le decían, no dudaba en hacer sugerencias, sobre todo cuando se trataba de hacer reconocimientos y buscar señales de peligro. Avellano, a quien no le importaba aceptar un buen consejo, escuchaba cuanto le decía, y se alegró de poder dejar que fuera Pelucón el que le recordara que no debía excederse en su celo por ayudar.

Tras dos o tres días de marcha lenta y cautelosa, con muchas paradas a cubierto, una tarde vieron ante ellos el Cinturón de César, aunque estaban más hacia el este que la otra vez, cerca de un bosquecillo que había sobre una elevación del terreno. Todos estaban cansados y, cuando hubieron comido -«Silflay de tarde todos los días, como te había prometido», le dijo Pelucón a Hyzenthlay-, Campanilla y Verónica sugirieron que valía la pena cavar unos hoyos en la tierra ligera que rodeaba los árboles y descansar allí uno o dos días. A Avellano le pareció estupendo, pero a Quinto les costó convencerlo.

-Sé que podemos permitirnos un descanso, Avellano-rah, pero por alguna razón no me gusta la idea. Supongo que necesito tener una razón.

-No lo digo por mí. Pero no creo que convenzas a los demás. Una o dos de esas conejas ya están preparadas para «mamás», como diría Kehaar, y ése es el verdadero motivo de que Campanilla y los otros tengan tantas ganas de hacer agujeros. Seguro que irá bien, ¿no te parece? Como suele decirse: «Conejo bajo tierra, conejo sano y salvo.»

-Bueno -dijo Quinto-, tal vez tengas razón. Esa Vilthuril es una coneja muy guapa, y me gustaría conocerla mejor. Después de todo, no es normal que los conejos viajen un día detrás de otro.

Sin embargo, más tarde, cuando Negroso y Diente de León volvieron de una patrulla que habían emprendido por propia iniciativa, el primero se opuso terminantemente a la idea.

-No podemos detenernos en este lugar, Avellano-rah -le dijo-. Ninguna patrulla se quedaría por aquí. Es territorio de zorros. Tendríamos que ir un poco más lejos antes de que anochezca.

A Pelucón la herida había estado doliéndole toda la tarde, y se sentía deprimido y malhumorado. Le pareció que Negroso quería hacerse el listo a expensas de los demás. Si le hacían caso, con lo cansados que estaban tendrían que seguir hasta encontrar un lugar lo bastante seguro según los estándares de Éfrafa. Y estarían igual de seguros que si se hubieran quedado en aquel bosquecillo. Pero Negroso se convertiría en el héroe que los había salvado de un zorro que sólo existía en sus fantasías. Su afán por explorar era un fastidio. Ya era hora de que alguien lo pusiera en su sitio.

-Puede haber zorros en cualquier sitio -le dijo ásperamente-, ¿qué te hace pensar que aquí hay más zorros?

El tacto era una cualidad que Negroso apreciaba tanto como Pelucón, y eligió la peor respuesta que podía dar.

-No lo sé exactamente. Tengo un fuerte presentimiento, pero no podría decir en qué se basa.

-Un presentimiento, ¿eh? -se mofó Pelucón-. ¿Has visto hraka? ¿Has olido algo? ¿O ha sido un mensaje que te ha enviado un pequeño ratoncito que cantaba bajo una seta?

Negroso se sintió herido. Pelucón era el último conejo con quien hubiera querido discutir.

-¿Piensas que estoy loco, entonces? -le preguntó, su acento más pronunciado que nunca-. No, no hay ni hraka ni olor, pero sigo pensando que éste es un sitio donde vienen los zorros. Cuando íbamos de patrulla, solíamos...

-¿Tú has visto o has olido algo? -le preguntó Pelucón a Diente de León.

-Eh... Bueno, no estoy seguro. Negroso parece saber mucho sobre patrullas, y me preguntó si no percibía una especie de...

-Bueno, podemos seguir así toda la noche -interrumpió pelucón-. Negroso, ¿sabías que este mismo verano, antes de que pudiéramos contar con tu valiosa experiencia, estuvimos viajando por todo tipo de territorios durante días? prados, brezo, bosques, colinas... y no perdimos ni un conejo.

-Es por los agujeros, nada más -dijo Negroso en tono de disculpa-. Los agujeros nuevos llaman la atención, y cuando alguien cava, puede oírse a una distancia increíble.

-Déjalo tranquilo -dijo Avellano antes de que Pelucón pudiera responder-. No lo sacaste de Éfrafa para pasarte el día regañándolo. Mira, Negroso, supongo que tengo que tomar una decisión. Es probable que tengas razón y corramos cierto riesgo. Pero hasta que logremos llegar a nuestra madriguera estamos en peligro en todas partes, y estamos todos tan cansados que vale la pena que descansemos aquí un día o dos. A todos nos irá bien.

Poco antes de la puesta de sol ya había suficientes agujeros y, al día siguiente, todos estaban mucho mejor. Como Avellano había anticipado, hubo algún acoplamiento y alguna que otra pelea, pero nadie resultó herido. La pata de Avellano estaba más fuerte y Pelucón se sentía en forma por primera vez desde que había entrado en Éfrafa. Las hembras, que dos días atrás parecían tan agobiadas y huesudas, empezaban a tener un aspecto radiante.

La segunda mañana, silflay no comenzó hasta bastante después del amanecer. Una ligera brisa soplaba directamente en el flanco norte del bosquecillo, donde habían cavado los agujeros, y cuando Campanilla salió, dijo que olía conejos.

-Es Acebo que menea los bigotes de añoranza -dijo-. «El estornudo de un conejo en la brisa del alba hace que los corazones nostálgicos... »

-«Con el trasero posado en una mata de escarola y suspirando por una coneja rolliza y hermosa» -replicó Avellano.

-Eso no sirve, Avellano-rah -dijo Campanilla-. Tiene dos conejas allí.

-Conejas de granja. Apuesto a que ya serán bastante rápidas y duras, aunque nunca serán como las nuestras. Trébol, por ejemplo. Nunca se alejaba de la madriguera porque sabía que no podía correr tan rápido como nosotros. Pero estas conejas de Éfrafa, ya lo ves..., los centinelas las han tenido encerradas toda su vida, pero ahora que no están, van de un lado a otro la mar de contentas. Mira aquellas dos, en la pendiente. Sienten que pueden.. ¡Ob gran Frith!

Mientras hablaba, una figura canina de color rojizo saltó de entre los nogales tan silencioso como si hubiera salido de una nube. Aterrizó entre las dos conejas, agarró a una por el cuello y la arrastró por la pendiente como un rayo. El viento cambió y pudieron sentir el tufo del zorro. Todos los conejos se pusieron a cubierto.

Avellano y Campanilla se encontraron acurrucados junto a Negroso. El efrafano era práctico y realista.

-Pobre bestia -dijo-. Sus instintos están debilitados por la vida en la marca. Ponerse a

comer tranquilamente entre los arbustos con el viento de cara. No importa, Avellano-rah, estas cosas pasan. Pero le diré una cosa. A menos que haya dos hombil, que ya sería mala suerte, tenemos tiempo hasta ni-Frith para marchamos. Ese homba no volverá a cazar durante un tiempo. Sugiero que nos marchemos tan pronto como sea posible.

Avellano estuvo de acuerdo y salió para reunir a los conejos. Avanzaron hacia el noroeste algo dispersos pero con rapidez, siguiendo el margen de un campo de trigo maduro. Habrían recorrido ya más de un kilómetro, cuando Pelucón y Avellano hicieron un alto para asegurarse de que nadie se había quedado atrás. Cuando Negroso y Hyzenthlay los alcanzaron, Pelucón dijo:

-Tú nos avisaste y no quise escucharte.

-¿Os avisé? -respondió Negroso-. No entiendo.

-De que seguramente había un zorro por allí.

-No lo recuerdo. Y no creo que ninguno de nosotros hubiera podido saber eso. De todos modos, ¿qué más da una hembra más o menos?

Pelucón lo miró sorprendido pero Negroso, sin el menor interés por continuar con el tema o interrumpir siquiera la conversación, se puso a mordisquear briznas de hierba. Desconcertado, Pelucón se alejó un poco y se puso también a comer con Avellano y Hyzenthlay

-¿Qué pretende? -preguntó al cabo del rato-. Todos estabais allí cuando nos avisó. Y lo traté muy mal.

-En Éfrafa -respondió Hyzenthlay-, si un conejo da un consejo y no es aceptado, él y todos los demás lo olvidan inmediatamente. Negroso aceptó lo que Avellano había decidido, y si luego se ha visto que estaba equivocado no importa. Para él es como si nunca hubiera dicho nada.

-Me lo creo -dijo Pelucón-. ¡Éfrafa! ¡Hormigas dirigidas por un perro! Pero ahora no estamos en Éfrafa. ¿De verdad ha olvidado lo que nos dijo?

-Seguramente. Pero tanto si lo ha hecho como si no, nunca admitirá que te avisó, ni aceptará que le digas que tenía razón. Para él es tan antinatural como hacer hraka bajo tierra.

-Pero tú eres de Éfrafa también. ¿También piensas eso?

-Yo soy una hembra.

* * *

A primeras horas de la tarde empezaron a aproximarse al Cinturón, y Pelucón fue el primero en reconocer el sitio donde Diente de León les había explicado la historia del Conejo Negro de Inlé.

-Era el mismo zorro -le dijo a Avellano-, estoy casi seguro. Tenía que haberme dado cuenta de que seguramente volvería...

-Mira -le interrumpió Avellano-, sabes perfectamente lo mucho que te debemos. Las hembras piensan que El-ahrairah te envió para que las sacaras de Éfrafa, que nadie más hubiera podido hacerlo. Y respecto a lo que pasó esta mañana, yo soy tan culpable como tú. De todos modos, hubiera sido muy difícil que llegáramos a casa sin perder a nadie. Hemos perdido dos, y eso es menos de lo que esperaba. Si nos esmeramos un poco, podemos estar de vuelta en el Panal esta noche. Olvidemos el homba, Pelucón, ya no se puede hacer nada, e intenta no... Hola, ¿quién eres?

Se estaban acercando a un grupito de enebros y escaramujos, rodeados por una enmarañada capa de ortigas y regueros de brionia cuyos frutos empezaban ya a madurar y a ponerse rojos. Justo cuando acababan de detenerse para buscar un sitio por donde pasar entre la maleza, cuatro grandes conejos aparecieron entre la hierba y se sentaron a mirarlos. Una de las conejas, que subía un poco rezagada por la pendiente, se puso a patear el suelo y corrió a esconderse. Oyeron cómo Negroso la detenía ásperamente.

-¿Por qué no le respondes tú, Thlayli? ¿Quién soy?

Hubo una pausa, y entonces Avellano habló.

-Sé que son efrafanos porque están marcados -dijo-. ¿Es ése Vulneraria?

-No -dijo Negroso por encima de su hombro-. Es el capitán Campeón.

-Ya veo. Bueno, he oído hablar de ti, Campeón. No sé qué es lo que pretendes, pero lo mejor que puedes hacer es dejarnos tranquilos. Por lo que a nosotros respecta, nuestra relación con Éfrafa se ha terminado.

-Eso es lo que tú crees -replicó Campeón-, pero te equivocas. Esa hembra que está detrás de ti tiene que regresar con nosotros a Éfrafa, y las otras también.

Mientras hablaba, Plateado y Bellota aparecieron abajo de la pendiente. Al ver a los efrafanos, Plateado se dirigió rápidamente a Thethuthinnang, que se escurrió entre los matojos de bardana. Corrió adonde estaba Avellano.

-He mandado a por el pájaro blanco, Avellano -dijo con calma.

Un farol muy efectivo. Campeón miró hacia arriba nervioso, y otro conejo de la patrulla miró hacia atrás para asegurarse de que los arbustos estaban allí.

-Lo que has dicho es una estupidez -le dijo a Campeón-. Nosotros somos muchos y, a menos que tengas otros conejos escondidos por ahí, somos demasiados para vosotros.

Campeón vaciló. Por una vez en su vida había actuado sin reflexionar. Había visto acercarse a Avellano y Pelucón, y a Negroso y la hembra que venían detrás. En su afán por tener algo que mostrar a su regreso a Éfrafa había llegado a la conclusión de que estaban solos. Los efrafanos normalmente se mantenían muy juntos cuando estaban al descubierto, y no se le había ocurrido pensar que los demás conejos no lo hicieran así. Había visto una oportunidad única de atacar y puede que hasta de matar a los detestables Thlayli y Negroso, junto con su amigo el cojo, y llevar a la hembra de vuelta a Éfrafa. Podía hacerlo. Y decidió plantarles cara en vez de tenderles una emboscada, con la esperanza de que los machos se rindieran sin mostrar resistencia. Pero ahora, al ver cómo aparecían más y más conejos, se dio cuenta de su error.

-Tengo más conejos escondidos -dijo-. Las hembras deben quedarse. Los otros podéis iros. De lo contrario tendré que mataros.

-Muy bien. Pues deja que veamos a tus conejos y haremos lo que dices.

Para entonces, ya había un número considerable de conejos subiendo por la pendiente. Campeón y los suyos los miraron en silencio, pero no se movieron.

-Es mejor que te quedes donde estás -le dijo-. Si intentas interferir será peor. ¡Plateado, Zarzamora! Llevad a esas hembras adelante. Los demás os seguiremos después.

-Avellano-rah -le susurró Negroso-, debemos eliminar a la patrulla, a todos. No podemos dejar que informen al general.

Avellano también lo había pensado. Pero cuando intentó imaginar la terrible lucha y a los cuatro conejos hechos pedazos, sintió que no le salía del corazón. Además, no sería tan fácil. Seguramente también morirían algunos de los suyos... o como mínimo resultarían heridos. No podrían llegar al Panal esa noche y dejarían tras ellos un rastro de sangre fresca. Aparte de lo poco que pudiera gustarle la idea, había desventajas que podían resultar fatales.

-No, dejémoslos tranquilos -replicó firmemente.

Negroso guardó silencio, y se sentaron a vigilar a Campeón mientras las hembras desaparecían entre los arbustos.

-Ahora, coge a tu patrulla y marchaos por donde habéis venido. No habléis, marchaos.

Campeón y su patrulla empezaron a bajar por la colina y Avellano, contento de poder librarse de ellos tan fácilmente, corrió con los otros para reunirse con Plateado y las hembras.

Avanzaron a buen paso por el Cinturón. Después de día y medio de libertad, las hembras empezaban a estar en buena forma. La perspectiva de que el viaje acabara aquella misma noche y de haber escapado del zorro y de la patrulla las hacia sentirse confiadas y seguras. Si en algo se demoraron fue a causa de Negroso, que parecía intranquilo y no dejaba de rezagarse. Al final, cuando empezaba a atardecer, mandó a buscarlo y le dijo que se adelantara y estuviera atento por si aparecía la larga franja de hayas en la bajada del lado de la

mañana. No tardó en volver corriendo.

-Avellano-rah -dijo-, he estado muy cerca de ese bosque del que hablas. Y hay dos conejos jugando entre la hierba en las afueras.

Mientras corrían colina abajo a la derecha del camino, Avellano apenas si tuvo tiempo de reconocer el bosque de hayas. Percibió la imagen de una o dos hojas doradas, y un ligero destello de bronce aquí y allá entre las ramas. Entonces vio a Espino Cerval y a Fresón, que corrían hacia ellos entre la hierba.

-¡Avellano-rah! -gritó Espino Cerval-. ¡Diente de León! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los otros? ¿Habéis conseguido las hembras? ¿Estáis todos bien?

-Estarán aquí . Sí, tenemos un montón de hembras, y hemos vuelto todos. Éste es Negroso. Viene de Éfrafa también.

-¡Bien por él! -exclamó Fresón-. Oh, Avellano-rah Desde que os fuisteis hemos estado vigilando en el lindero del bosque todo el tiempo. Acebo y Boj están bien. Han vuelto a la madriguera, y Trébol va a tener crías. ¿No es estupendo?

-¡Espléndido! Será la primera. ¡Señor, menuda aventura! Tenemos muchas cosas que explicaros. Aunque eso tendrá que esperar. Venid, vamos a traer a los otros.

Cuando el sol empezó a ponerse, la partida al completo, veinte en total, había recorrido el grupo de hayas y estaba en la madriguera. Comieron entre el rocío y las sombras alargadas, y después se reunieron todos en el Panal para que Pelucón y Avellano explicaran el relato de sus aventuras a aquellos que habían aguardado tan largo tiempo.

Cuando los conejos desaparecieron bajo tierra, la patrulla amplia que los había seguido desde el Cinturón de César con gran pericia y disciplina se volvió hacia el este y regresó a Éfrafa. Campeón era un experto en encontrar refugios para pasar la noche. Dispuso que descansaran hasta el alba, y para el atardecer del día siguiente ya habían recorrido los cuatro kilómetros y medio que les separaban de Éfrafa.

41. *La historia de Rowsby Woof y el duende Peperro*

No te muestres clemente con aquellos que son perversos.
Gruñen como perros y corren por la ciudad.
Pero tú, oh, Señor, te mofarás de ellos.
Tú escarnecerás a los impíos.

Salmos, 59

Y llegaron días y días de calor y quietud, en los que durante horas, lo único que parecía moverse era la luz. El cielo -el sol, las nubes, la brisa- pendía despierto sobre las adormecidas colinas. Las hojas se oscurecían en las ramas, y allí donde la hierba estaba comida crecían nuevos brotes sanos y frescos. La madriguera prosperaba por fin, y Avellano se sentaba tranquilamente al sol y se sentía dichoso. Los conejos entraron de forma natural en un tranquilo e imperturbable ciclo: comer, escarbar y dormir. Se abrieron nuevos corredores y conejeras. Las hembras, que no habían escarbado en su vida, disfrutaban enormemente. Thethuthinnang y Hyzenthlay le confesaron a Avellano lo frustradas y desdichadas que se sentían en Éfrafa por el mero hecho de no poder escarbar. Hasta Trébol y Almiar se las arreglaban a la perfección, y se enorgullecían de ser las primeras hembras que traerían camadas a la madriguera en agujeros cavados por ellas mismas. Negroso y Acebo se hicieron buenos amigos. Intercambiaban sus diferentes ideas acerca de las patrullas y los rastros, y salían a menudo a patrullar, más por gusto que por necesidad. Una mañana convencieron a Plateado para que los acompañara y fueron hasta las afueras de Kingsclere, a un kilómetro y medio de distancia. Volvieron contando sus travesuras y el festín que se habían dado en el huerto de una casa de campo. Negroso no oía muy bien, pero Acebo se dio cuenta de la gran capacidad que tenía para percibir cosas y sacar conclusiones de todo, una habilidad poco común, casi

misteriosa. Además, parecía volverse invisible a voluntad.

Dieciséis machos y diez hembras que formaban una madriguera feliz. Había alguna riña de cuando en cuando, pero nada serio. Como decía Campanilla, si alguno no estaba contento, siempre podía volver a Éfrafa. El recuerdo de todo lo que habían pasado juntos bastaba para suavizar cualquier diferencia. La satisfacción de las hembras se extendía a todos los demás, hasta tal punto que un día Avellano dijo que como Conejo Jefe era un perfecto fraude, pues no había ni disputas ni problemas que resolver.

-¿Ya has pensado en el invierno? -le preguntó Acebo.

Cuatro de los machos, además de Trébol, Hyzenthlay y Virthuril, estaban comiendo al sol en el lado este del bosquecillo. Faltaba una hora para la puesta de sol. Hacia calor y había tanto silencio que podían oír la hierba que arrancaban los caballos en el cercado de la granja de Cannon Heath, casi a un kilómetro de distancia. Ciertamente, no parecía un momento muy apropiado para pensar en el invierno.

-Seguramente hará más frío del que estamos acostumbrados a aguantar -dijo Avellano-. Pero la tierra está suelta y fragmentada a causa de las raíces y para cuando llegue el frío ya habremos tenido tiempo de cavar bastante más. Y por lo que se refiere al viento, siempre podemos tapar algunos agujeros y dormir bien calentitos. Sé que hay poca hierba en invierno, pero quien lo desee puede acompañar a Acebo en alguna de sus escapadas e intentar birlar algo de hierba o del alimento del ganado. Aunque habrá que tener cuidado con los elil. Yo, por mi parte, me conformaré con dormir bajo tierra, jugar a pata piedra y escuchar alguna historia de cuando en cuando.

-¿Por qué no escuchamos una historia ahora? -sugirió Campanilla-. Vamos, Diente de León. ¿Qué os parece «Cómo casi perdí el bote»?

-¡Ah, ¿te refieres a «Cómo Vulneraria casi se desmaya»?! -dijo Diente de León-. Esa historia es de Pelucón... yo nunca la contaría. Pero sería todo un cambio pensar en el invierno en una tarde como ésta. Me ha venido ahora a la cabeza una historia que me contaron pero que nunca he explicado. Tal vez algunos ya la conozcáis, o tal vez no. Es la historia de Rowsby Woof y el duende Peperro.

-Pues empieza -dijo Quinto-, y procura ser un poco animado.

-Érase una vez un conejo grande, érase un conejo pequeño. Érase que una vez El-ahrairah tenía los bigotes cubiertos de escarcha. La tierra de los pasadizos de la madriguera era tan dura que uno podía romperse las uñas en ella, y en los desnudos y tranquilos bosquecillos los petirrojos se decían unos a otros: «Este es mi sitio. Vete a pasar hambre a otra parte.»

»Una tarde, cuando la enorme bola de Frith se hundía roja en un cielo verde, El-ahrairah y Rabscuttle salieron tiritando a buscar entre la hierba helada un bocado aquí y otro allá. La hierba estaba tan quebradiza e insípida como el heno y, aunque tenían mucha hambre, llevaban ya tiempo comiendo aquella mísera manduca y sabían que debían bajarla a la madriguera para que se calentara durante la larga noche. Por fin, Rabscuttle sugirió que cruzaran los campos que les separaban del pueblo y se arriesgaran a entrar en un gran huerto que allí había.

»Aquel huerto era más grande que ninguno de los que había por los alrededores. El hombre que lo cuidaba vivía en una casa situada en uno de los extremos, y normalmente arrancaba o cortaba las verduras, las ponía en un hrududu y se las llevaba. Había rodeado el huerto con alambre espino para ahuyentar a los conejos. Sin embargo, El-abrairah siempre podía encontrar algún sitio por donde entrar si quería, aunque era peligroso, pues el hombre tenía una escopeta y a menudo mataba arrendajos y palomas y los colgaba.

»-No es sólo la escopeta -dijo El-ahrairah volviendo a considerar la idea-. Tendríamos que andarnos con mil ojos por culpa de ese condenado de Rowsby Woof.

»Rowsby Woof era el perro guardián, la criatura más desagradable, maliciosa y grosera que haya lamido nunca la mano del hombre. Era un animal grande y tenía un pelo ensortijado que le caía sobre los ojos. El granjero lo tenía allí para que vigilara el huerto, sobre todo por la noche. Rowsby Woof, como es natural, no comía verduras, y hubiera sido bueno que dejara que los otros animales cogieran alguna lechuga o alguna zanahoria de vez en cuando sin hacer preguntas. Pero no. Rowsby Woof solía andar suelto por la noche y, no contento con mantener a hombres y niños alejados del huerto, perseguía a cualquier animal que encontraba allí -ratas, conejos, liebres, ratones, y hasta topos- y lo mataba si podía. Si olía algo que le

hacía pensar que había algún intruso, empezaba a ladrar y a saltar, aunque a menudo con tanto jaleo sólo conseguía alertar al conejo y darle tiempo para escapar. A Rowsby Woof se le consideraba un buen perro ratero y su amo se había pavoneado sobre esa habilidad suya tantas veces que se había vuelto asquerosamente engreído. Se creía el mejor perro ratero del mundo. Comía mucha carne cruda (aunque por la noche lo dejaban sin comer para que estuviera más activo) y eso hacía más fácil olerlo cuando andaba cerca. Pero, a pesar de todo, el huerto era un lugar peligroso.

»-Bueno, ¿por qué no lo intentamos? -dijo Rabscuttle-. Creo que podríamos ingeniárnoslas para darle esquinazo.

»El-ahrairah y Rabscuttle atravesaron los campos y se dirigieron a las afueras del pueblo. Cuando llegaron, lo primero que vieron fue al hombre, que tenía un palito blanco quemándose en su boca y cortaba una hilera tras otra de Coles heladas. Rowsby Woof estaba con él, moviendo la cola y saltando a su alrededor de una forma ridícula. El hombre apiló tantas coles como pudo en una cosa con ruedas y luego se las llevó hasta la puerta de la casa. Y cuando recogió todas las coles empezó a entrarlas.

»-¿Por qué hace eso? -preguntó Rabscuttle.

»-Supongo que las mete dentro para que se deshielen por la noche -replicó El-ahrairah-, para poder llevárselas mañana en el hrududu.

»-Seguro que están mucho más buenas sin la escarcha. Ojalá pudiéramos cogerlas. Pero no importa. Ésta es nuestra oportunidad. A ver qué podemos hacer mientras ellos están dentro.

»Pero apenas habían tenido tiempo de llegar a las coles, cuando Rowsby Woof los olió y salió corriendo, ladrando y gruñendo, y suerte tuvieron de poder escapar.

»-Pequeñas bestias asquerosas -gritó Rowsby Woof-. *Guau, guau,* ¿cómo os atrevéis a venir aquí a meter las narices? *Guau, guau*. Fuera, fuera.

»-¡Bestia despreciable! -exclamó El-ahrairah mientras se escurrían por los campos de vuelta la madriguera, sin nada que compensase tanto esfuerzo-. Me saca de mis casillas. No sé cómo voy a hacerlo pero, por Frith e Inlé, que antes de que esta escarcha se derrita nos comeremos las coles de la casa y le haremos quedar como un perfecto idiota.

»-¡Eso es mucho decir, mi señor! -dijo Rabscuttle-. Sería una lástima que desperdiciaseis vuestra vida por una col, después de todo lo que hemos pasado juntos.

»-Bueno, ya se presentará la ocasión. Espera y verás.

»La tarde siguiente, Rabscuttle había salido y estaba junto al margen del camino cuando pasó un hrududu. Tenía puertas detrás, y por alguna razón se habían abierto y oscilaban mientras el hrududu seguía su camino. Dentro había cosas envueltas en bolsas como las que los hombres dejan a veces por los campos. Cuando el hrududu pasaba junto a él, una de las bolsas cayó al camino. Rabscuttle esperó a que se alejara y luego corrió a ver si aquello podía comerse. Lo olisqueó. Era alguna clase de carne, y se sintió decepcionado. Más tarde le contó a El-ahrairah lo sucedido

»-¿Carne? -preguntó El-ahrairah-. ¿Todavía sigue allí?

»-¿Cómo voy a saberlo? -respondió Rabscuttle-. Es comida de bestias.

»-Ven conmigo. Deprisa.

»Cuando llegaron al sendero comprobaron que la carne seguía allí. El-ahrairah la arrastró hasta la zanja y la enterraron.

»-Pero, señor, ¿qué bien puede traernos esto? -preguntó Rabscuttle.

»-No lo sé todavía. Pero algo saldrá si las ratas no la encuentran. Volvamos a casa, está oscureciendo.

»De camino a la madriguera encontraron la vieja funda de una rueda en la zanja. Si alguno de vosotros ha visto una alguna vez, sabrá que se parece a un hongo: es suave y muy fuerte, pero blanda y flexible también. Tiene un y olor muy desagradable y sabe muy mal.

»-Vamos -dijo El-ahrairah inmediatamente-. Tenemos que roer un trozo. Voy a necesitarlo.

»Rabscuttle se preguntó si su señor habría perdido el juicio, pero hizo lo que le decía. Aquella cosa estaba bastante podrida, y no tardaron mucho en conseguir un trozo tan grande como la cabeza de un conejo. Tenía un sabor nauseabundo, pero El-ahrairah lo llevó cuidadosamente hasta la madriguera. Pasó un buen rato mordisqueándolo, y al día siguiente, después de silflay, continuó. A ni-Frith despertó a Rabscuttle, le hizo salir de la madriguera y le mostró el trozo.

»-¿Qué dirías que parece? No importa el olor. Dime sólo qué parece.

»Rabscuttle lo miró.

»-Se parece bastante a la nariz negra de un perro -respondió-, aunque está seco.

»-¡Espléndido! -dijo El-ahrairah, y se fue a dormir. »Aquella noche fue también muy fría, y en el cielo lucía una medialuna. Pero fu Inlé, cuando todos los conejos estaban bien calentitos bajo tierra, El-ahrairah le dijo a Rabscuttle que lo acompañara. El-ahrairah llevaba la nariz negra y por el camino la iba metiendo en todas las cosas repugnantes que encontraba. Encontró una...

-No importa -le interrumpió Avellano-. Continúa.

-En fin -continuó Diente de León-, el caso es que Rabscuttle se mantuvo bien alejado de El-ahrairah, y éste contuvo la respiración y siguió llevando aquello como podía, hasta que llegaron al lugar donde habían escondido la carne.

»-Desentiérrala -le dijo a Rabscuttle-. Deprisa.

»Escarbaron hasta que el papel asomó por fin. La carne estaba hecha trocitos, como un ramillete de brionia, y el Pobre Rabscuttle tuvo que arrastrarla hasta el huerto. Fue Una difícil tarea, y se alegró cuando por fin pudo soltarla.

»-Ahora -dijo El-ahrairah- iremos a la parte delantera de la casa.

»Cuando llegaron al frente de la casa supieron que el hombre había salido. Dentro todo estaba a oscuras, pero además podían oler que había salido por la verja un rato antes. Había en ese lado un jardín, separado de la parte de atrás y del huerto por una alta valla hecha de tablones y que terminaba en unas grandes matas de laurel. Justo al otro lado de la valía estaba la puerta que conducía a la cocina.

»El-ahrairah atravesó con cuidado el jardín y echó un vistazo por una grieta de la valla. Rowsby Woof estaba sentado en el camino de gravilla, bien despierto y temblando de frío. Estaba tan cerca que El-ahrairah podía ver sus ojos en la oscuridad. La puerta de la cocina estaba cerrada, pero muy cerca, en la misma pared, habían dejado el hueco de un ladrillo. El suelo de la cocina estaba hecho de ladrillo, y el hombre solía lavarlo con una escoba dura y echaba el agua por el agujero. El agujero estaba tapado con un trapo para que no pasara el frío.

»Al cabo del rato, El-ahrairah dijo en voz baja:

»-Rowsby Woof. ¡Oh, Rowsby Woof!

»Rowsby Woof se incorporó y miró a su alrededor con los pelos de punta.

»-¿Quién anda ahí? ¿Quién es?

»-¡Oh, Rowsby Woof! -dijo El-ahrairah encogido al otro lado de la valla-. ¡Afortunado y bendito Rowsby Woof! ¡Tu recompensa está próxima! ¡Te traigo las mejores nuevas del mundo!

»-¿Qué? -dijo Rowsby Woof-. ¿Quién anda ahí? No quiero trucos.

»-¿Trucos, Rowsby Woof? Ya veo que no me conoces. Pero ¿cómo podrías conocerme? Escúchame, perro inocente y hábil. Soy el duende Peperro, mensajero del gran espíritu perruno del Este, la reina Caelababa. Su palacio está muy, muy lejos, en el este. Oh, Rowsby Woof, si pudieras ver la magnificencia de sus tierras, las maravillas de su palacio. La carroña que hay en sus arenas. El estiércol. Las alcantarillas. Oh, cómo correrías y disfrutarías.

»Rowsby Woof se levantó y miró alrededor en silencio. No sabía qué pensar de la voz, pero desconfiaba.

»-Tu fama de ratero ha llegado a oídos de la reina. Te conocemos y te respetamos pues eres el ratero más grande del mundo. Pero veo que estás desconcertado, perplejo. Y tienes

toda la razón. Ven, Rowsby Woof. Acércate a la valla y me conocerás mejor.

»Rowsby Woof se acercó a la valla y El-ahrairah encajó la nariz de plástico en la grieta y empezó a moverla. Y allá que fue Rowsby Woof, a olisquear la nariz.

»-Noble caza-ratas -susurró El-ahrairah-. Soy yo, -en verdad, el duende Peperro, enviado para honrarte.

»-¡Oh, duende Peperro! -exclamó Rowsby Woof babeando y meándose aquí y allá-. ¡Oh, qué gran distinción! ¡Qué honor aristocrático! ¿Es posible que sea carne descompuesta lo que huelo? ¿Con un leve toque a camello? ¡Oh, excelso Este!

-¿Qué demonios es «camello»? -preguntó Pelucón.

-No lo sé -replicó Diente de León-. Pero eso decía el cuento, así que supongo que alguna criatura habrá con ese nombre.

»-¡Oh, feliz y afortunado perro! -dijo El-ahrairah-. Debo decirte que su excelentísima majestad, la reina Caelababa ha expresado el deseo de conocerte personalmente. Pero no todavía, Rowsby Woof, no todavía. Antes debes demostrar que eres digno. He sido enviado para probarte. Escucha, Rowsby Woof, fuera, al otro lado del huerto, hay una larga ristra de carne. Y es carne de verdad, Rowsby Woof, porque aunque somos espíritus perrunos, traemos regalos reales a los perros bravos y nobles como tú. Confía en mí, pues yo guardaré la casa hasta que vuelvas. Ésta es la prueba.

»Rowsby Woof estaba desmayado de hambre, y el frío se le había metido en el estómago. Aun así, dudaba. Su amo le había confiado el cuidado de la casa.

»-Bien -dijo El-ahrairah-. No importa. Me marcharé. En el pueblo de al lado vive un perro que...

»-¡No, no! -gritó Rowsby Woof-. No, duende Peperro, no me dejes. Confío en ti. Iré . Sólo te ruego que guardes la casa por mí. No me falles.

»-No temas, noble sabueso. Confía en la palabra de la gran reina.

»Rowsby Woof se alejó dando brincos a la luz de la luna y El-ahrairah lo observó desde la ranura.

»-¿Hemos de entrar en la casa, señor? -preguntó Rabscuttle-. Si es así, debemos apresurarnos.

»-No, por cierto -respondió El-ahrairah-. ¿Cómo Puedes sugerir semejante deslealtad? ¡Qué vergüenza Rabscuttle! Guardaremos la casa.

»Esperaron en silencio y, al cabo, Rowsby Woof volvió, relamiéndose y con una sonrisa de oreja a oreja. Al llegar a la valla se puso a olisquearía.

»-Creo percibir, noble amigo -dijo El-ahrairah-, que encontraste la carne con igual presteza que si hubiera sido una rata. En la casa todo está en orden. Ahora escucha. He de volver a mi reina y contarle lo sucedido. Era su gracioso deseo que, si te mostrabas digno confiando en su mensajero, ella misma mandaría a buscarte y te honraría. Mañana por la noche la reina ha de pasar por estas tierras de camino al Festival del Lobo del Norte, y desea hacer un alto en su viaje para que puedas presentarte a ella. ¡Debes estar preparado, Rowsby Woof!

»-¡Oh, duende Peperro! ¡Qué alegría poder arrastrarme y humillarme ante la reina! ¡Con qué placer me convertiré en su esclavo! ¡Seré un verdadero perro para ella!

»-No lo dudo -dijo El-ahrairah-. Y ahora, adiós. Sé paciente y espera mi regreso.

»Retiró finalmente la nariz de goma y se alejaron sigilosamente.

»La noche siguiente cayó si cabe más fría. Incluso El-ahrairah tuvo que serenarse antes de salir a correr por esos campos. Habían escondido la nariz fuera del huerto y les llevó algún tiempo prepararla. Cuando se aseguraron de que el hombre había salido fueron cautelosamente hasta el jardín y se acercaron a la valla. Rowsby Woof andaba con paso quedo de un lado a otro junto a la valla, y de su boca salían nubes de vaho por el frío. Cuando El-ahrairah habló, Rowsby Woof bajó la cabeza hasta el suelo y la puso entre sus patas, gañendo de alegría.

»-La reina viene -dijo El-ahrairah desde detrás de la nariz-, con sus nobles cortesanas, las

hadas Meapostes y Huélelotodo. Y éste es su deseo. Conoces el cruce del pueblo, ¿no es así?

»-Sí, sí -gimió Rowsby Woof-. Sí, sí. Déjame demostrarte lo abyecto que puedo ser, apreciado Peperro. Yo...

»-Si, sí, perro afortunado -dijo El-ahrairah-. Ahora ve hasta el cruce y aguarda la llegada de la reina. Llegará sobre las alas de la noche. El lugar de donde viene está muy lejos, pero aguarda. No le falles y su bendición será tuya.

»-¿Fallarle? Esperaré como un gusano en la carretera. Soy su mendigo, duende Peperro, su mendicante, su idiota...

»-Excelente, excelente. Pero date prisa.

»En cuanto Rowsby Woof se marchó, EI-ahrairah y Rabscuttle pasaron rápidamente por entre los laureles y se encontraron junto a la puerta. El-ahrairah sacó el trapo del hueco del ladrillo con los dientes y entró el primero en la cocina.

»La cocina estaba tan caliente como esta pendiente y en un lado había una pila de verduras preparadas para salir en el hrududu por la mañana. Coles, coles de Bruselas y chirivías. Ya se habían descongelado y su delicioso aroma era irresistible. El-ahrairah y Rabscuttle empezaron a reparar los pasados días de hierba helada y corteza.

»-¡Qué crédulo! -dijo El-ahrairah con la boca llena-. ¡Qué agradecido estará a la reina por dejarlo esperando! Así podrá demostrarle su lealtad. ¿Otra chirivía, Rabscuttle?

»Mientras, en el cruce, Rowsby Woof esperaba impaciente en el frío, atento a la llegada de la reina Caelababa. Al cabo de bastante rato escuchó unos pasos que se acercaban, pero no eran los pasos de un perro, sino los de un hombre. Era demasiado estúpido para correr o esconderse, así que se quedó donde estaba hasta que su dueño -porque era su dueño- llegó al cruce.

»-¡Eh, Rowsby Woof! -dijo su dueño-. ¿Qué haces aquí?

»Rowsby Woof lo miró como un tonto y se puso a olfatear por todas partes. Entonces al dueño se le ocurrió algo.

»-El bueno de Rowsby Woof -dijo-, has venido a esperarme. Venga, vamos a casa.

»Rowsby Woof intentó zafarse, pero su dueño le puso la correa y se lo llevó.

»Su llegada cogió a El-ahrairah por sorpresa. De hecho, estaba tan ocupado atiborrándose de coles que no se dio cuenta de nada hasta que el picaporte se movió. Sólo tuvieron tiempo de esconderse tras de unas canastas. El hombre entró en la cocina y también Rowsby Woof. El perro parecía apagado, y ni siquiera notó el olor a conejo, aunque de todas formas estaba mezclado con el del fuego y la despensa. Se tumbó en la estera mientras su dueño se preparaba una cosa para beber.

»El-ahrairah esperaba una oportunidad para escapar por el agujero. Pero el hombre, mientras bebía y echaba humo con un palito blanco en la boca, se volvió de pronto y se levantó. Había notado la corriente que entraba por el agujero. Para terror de los conejos, cogió un sacó y lo estampó en el agujero, y muy bien por cierto. Entonces terminó su bebida, echó carbón al fuego y se fue a dormir, dejando a Rowsby Woof en la cocina. Sin duda, pensó que hacía demasiado frío para dejarlo fuera.

»Al principio, Rowsby Woof gruñía y arañaba el suelo, pero al cabo volvió a la estera y se calmó. El-ahrairah se deslizó sigilosamente junto a la pared y se escondió bajo el fregadero, tras una caja metálica llena de sacos y papeles viejos. Estaba casi seguro de que Rowsby Woof no podría verle. Cuando Rabscuttle se reunió con él, EI-ahrairah habló.

»-¡Oh, Rowsby Woof! -susurró El-ahrairah.

»Rowsby Woof se levantó de un salto.

»-¡Duende Peperro! ¿Eres tú a quien oigo?

»-Yo soy, por cierto. Lamento el desengaño que te has llevado. No pudiste ver a la reina.

»-¡Ay, no! -dijo Rowsby Woof, y le contó lo que había sucedido en el cruce.

»-No importa -le consoló El-ahrairah-. No te desanimes, Rowsby Woof. Si la reina no ha venido ha sido por una buena razón. La informaron de que había un peligro, un gran peligro, y logró evitarlo a tiempo. Yo mismo estoy aquí a riesgo de mi propia vida para avisarte.

Tienes suerte de que sea tu amigo, porque de otro modo tu amo habría sido golpeado por una plaga mortal.

»-¿Por una plaga? -gritó el perro-. ¿Cómo es eso, duende Peperro?

»-Muchos espíritus y hadas habitan en los reinos animales del Este. Algunos son amigos y en cambio otros, que la desgracia los fulmine, son nuestros enemigos mortales. El peor de ellos es el gran Espíritu de la Rata, el gigante de Sumatra, la maldición de Hamelín. No osa atacar a nuestra noble reina abiertamente, sino que actúa por debajo, usando el veneno y la enfermedad. Poco después de que me dejaras supe que había enviado la enfermedad con sus odiosos duendes rata a través de las nubes. Advertí a la reina. Pero permanecí aquí para avisarte, Rowsby Woof, pues no será a ti a quien ataque, sino a tu amo, y a mí mismo, me temo. Todavía estás a tiempo de salvar a tu amo.

»-¡Oh, qué horror! -gritó Rowsby Woof-. No hay tiempo que perder. ¿Qué debo hacer, duende Peperro?

»-La enfermedad cae por un hechizo -dijo El-ahrairah-. Pero si un perro de verdad, de carne y hueso, da cuatro vueltas a la casa corriendo y ladrando lo más alto posible, el hechizo se romperá y la enfermedad perderá su poder. ¡Ay, Rowsby Woof! Había olvidado que estás encerrado. ¿Qué vamos a hacer? Me temo que todo está perdido.

»-¡No, No! Yo te salvaré, duende Peperro, y también a mi amo. ¡Déjamelo a mí!

»Rowsby Woof empezó a ladrar. Y ladraba tan fuerte que hubiera podido despertar a un muerto. El carbón cayó en la chimenea. El ruido era espantoso. Oían a su dueño, que gritaba y maldecía en su habitación. Pero Rowsby Woof siguió ladrando. El hombre entró como una tromba en la cocina, abrió la ventana y escuchó para ver si oía ladrones. Pero no pudo oír nada, pues nada había que oír, y el perro no dejaba de ladrar. Al final, el hombre cogió su escopeta y salió cautelosamente al exterior. También Rowsby Woof salió, bramando como un toro, y empezó a dar vueltas alrededor de la casa. El hombre lo siguió, y dejó la puerta abierta.

»-¡Deprisa! -dijo El-ahrairah-. ¡Corre más que si escaparas del arco de los tártaros! ¡Vamos!

»El-ahrairah y Rabscuttle salieron corriendo al jardín y desaparecieron entre los laureles. Cuando llegaron al campo se detuvieron un momento. Desde la casa les llegaban los ladridos del perro y las maldiciones e insultos de su amo.

»-Un noble animal -dijo El-ahrairah-. Ha salvado a su señor. Nos ha salvado a todos. Volvamos a casa y durmamos tranquilamente en nuestros agujeros.

»Durante todos los años de su vida no olvidó Rowsby Woof que había esperado a la reina perra. Cierto es que no pudo verla, pero eso era lo de menos, comparado con el orgullo que sentía al pensar que había salvado a su amo y al buen duende Peperro del malvado Espíritu de la Rata.

42. *Noticias al atardecer*

-¿Te asegurarás de demostrar lo injusto y odioso que es este acto a los dioses?

-Sí, por cierto, Sócrates; lo haré si es que quieren escucharme.

Platón, *Eutifro*

Poco antes de finalizar el cuento, Diente de León recordó que tendría que haber relevado a Bellota. El puesto de guardia estaba algo alejado, cerca de la vertiente este del bosque, y Avellano le acompañó hasta el pie del terraplén pues quería comprobar cómo les iba a Boj y Verónica con el hoyo que estaban cavando. Estaba a punto de bajar Por el agujero cuando le pareció ver una pequeña criatura que correteaba entre la hierba. Era el ratón al que había

salvado del cernícalo. Avellano, contento de ver que estaba bien, se volvió para cruzar unas palabras con él. El ratón lo reconoció, se sentó y se puso a lavarse la cara con sus patas delanteras, al tiempo que hablaba animadamente.

-Hace buenos días, calor días. ¿Tú gusta? Mucho comida, mucho calentito. Abajo colina mucho cosecha. Yo voy maíz y pero mucho lejos. Yo pienso tú marchas. No mucho volvido, ¿verdad?

-Sí -respondió Avellano-, varios de nosotros hemos estado fuera. Pero encontramos lo que buscábamos y ya estamos de vuelta.

-Es bueno. Mucho conejo ahora. La hierba corta.

-¿Y a él qué más le da si la hierba está corta o larga? -dijo Pelucón, que andaba por allí en compañía de Negroso, moviéndose torpemente y comiendo hierba-. A él no le gusta.

-Es a bueno para moverse -dijo el ratón en un tono familiar que hizo que Pelucón moviera las orejas irritado-. Se crece rápido, pero no a semilla de yerba corta. Ahora está madriguera y hoy está conejos nuevo que viene, y pronto está otra una madriguera. ¿Conejos nuevo es tu amigo?

-Si, si, todos somos amigos -le respondió Pelucón al tiempo que se volvía-. Avellano, quería comentarte una cosa sobre las crías, para cuando llegue el momento de que salgan de los agujeros.

Pero Avellano no se había movido de donde estaba, y miraba fijamente al ratón.

-Espera, Pelucón dijo-. Ratón, ¿has dicho algo de otra madriguera? ¿Dónde va a estar esa madriguera?

El ratón se sorprendió.

-¿Tú no sabe? ¿No tu el amigo?

-No sabía nada hasta que tú lo has dicho. ¿Qué has querido decir con que hay nuevos conejos y pronto habrá otra madriguera?

Su tono era apremiante e inquisitivo. El ratón se puso nervioso y a su manera dijo lo que creía que los conejos querían oír.

-A lo mejor no está madriguera. Mucho conejos aquí, conejos mi amigo. No más conejo. No quiero más conejos.

-Pero ¿de qué otros conejos hablabas?

-No, señor, no, señor, no está otro conejos, no hay mucho conejos, todos aquí conejo mi amigo, salva a mí mucho mi vida, entonces ¿cómo puedo si ella me hace? -contestó el ratón nervioso.

Avellano consideró toda aquella verborrea unos momentos, pero no pudo sacar nada en claro.

-Oh, venga, Avellano -intervino Pelucón-, deja a la pobre bestia tranquila. Tengo que hablar contigo.

Avellano no le hizo caso. Se acercó al ratón, bajó un poco la cabeza y le habló con calma y firmeza.

-Nos has dicho muchas veces que eres nuestro amigo -le dijo-. Si es verdad, no has de tener miedo. Dime, ¿qué sabes de otros conejos?

El ratón parecía confuso.

-Yo no ha vio otro conejos, señor, pero mi hermano dice que un verderón ha dice mucho, mucho conejos nuevo venido por valle al lado de la mañana. A lo mejor muchas basura. Si yo digo un mentira, tú no gusta ratón más, tú no amigo más.

-Está bien. No te preocupes. ¿Dónde dijo el verderón que había visto a los conejos nuevos?

-Él dice venido ahora por el lado de mañana. Yo ha no vio.

-Buen chico. Me has sido de gran ayuda -dijo, y se volvió hacia los otros-. ¿Qué piensas, Pelucón?

-No sé. Rumores, supongo. Esos bichos dicen tantas cosas, y las cambian cada dos por tres. Si le vuelves a preguntar fu Inlé, te dará una versión diferente.

-Espero que tengas razón y podamos olvidarnos de esto. Pero pienso llegar al fondo de este asunto. Alguien tiene que ir a mirar. Iría yo mismo, pero con la pata así no puedo correr.

-Pues déjalo para la noche -dijo Pelucón-. Podemos...

-Alguien tiene que ir a comprobar qué pasa -repitió Avellano con firmeza-. Y mejor que sea un buen patrullero. Negroso, ¿puedes ir a buscar a Acebo?

-Aquí estoy. -Era Acebo, que venia por la pendiente cuando Avellano dijo aquello-. ¿Qué pasa, Avellano-rah?

-Corre el rumor de que han llegado extraños a la colina, por el lado de la mañana. Me gustaría tener más detalles. ¿Podríais ir tú y Negroso a echar un vistazo a la cima del valle y averiguar qué sucede?

-Por supuesto, Avellano-rah. Si hay más conejos podemos traerlos con nosotros. No nos irían mal unos cuantos.

-Depende de qué conejos sean -dijo Avellano-. Eso es lo que quiero averiguar. Si es posible, me gustaría que fuerais , Acebo. Estoy inquieto.

Acebo y Negroso acababan de partir cuando Verónica apareció por el agujero. Tenía una mirada triunfal y excitada que atrajo la atención de todos. Se acuclilló delante de Avellano y miró a su alrededor en silencio, para comprobar el efecto que causaba.

-¿Ya has terminado el agujero? -le preguntó Avellano.

-El agujero no importa ahora. No he subido para deciros eso. Trébol ya ha tenido su camada. Unos cachorritos preciosos y sanos. Dice que son tres machos y tres hembras.

-Pues súbete a un haya y cántalo a los cuatro vientos. Que todos se enteren. Pero diles que no vayan a atosigaría.

-Dudo mucho que lo hagan -intervino Pelucón-. ¿A quién le interesan esas cositas pequeñas, ciegas, sordas y sin piel?

-Tal vez algunas de las hembras quieran verla -le dijo Avellano-. Están entusiasmadas. Y no me gustaría que la pusieran nerviosa y acabara comiéndose a los cachorros o alguna cosa de ésas.

-Bueno. Parece que por fin empezamos a tener una vida normal, ¿no? -dijo Pelucón, mientras avanzaban por el terraplén comiendo tranquilamente-. ¡Qué verano! ¡Qué... qué alondra desesperada! No dejo de soñar que estoy otra vez en Éfrafa. Pero supongo que se me pasará. Aunque una cosa he aprendido de aquel lugar: lo útil de mantener la madriguera a cubierto. Cuando empiece a crecer deberíamos tener cuidado, ¿no te parece, Avellano? Pero nosotros lo haremos mejor que Éfrafa. Cuando llegue el momento animaremos a algunos conejos a dejar la madriguera.

-Pues tú no te irás -dijo Avellano-. Si te vas le diré a Kehaar que te traiga cogido del cogote. Confío en que crearás para la madriguera una Owsla realmente buena.

-Si, sería bueno. Llevar a un grupo de jóvenes hasta la granja para perseguir a los gatos y abrir el apetito. Todo llegará. Oye, esta hierba está tan seca como el pelo de un caballo en un cercado. ¿Por qué no bajamos en una carrera a los campos, sólo tú, yo y Quinto? Ya han cortado el maíz, y podremos encontrar mucha comida. Supongo que quemarán el campo un día de éstos, pero todavía no lo han hecho.

-Es mejor que esperemos un poco -dijo Avellano-. Quiero ver qué noticias traen Acebo y Negroso.

-No creo que tarden mucho. Mira, si no me equivoco, ahí vienen. ¡Y por el medio del camino! No parece preocuparles no estar a cubierto, ¿no? ¡Y cómo corren!

-Algo va mal -dijo Avellano, mientras observaba cómo se acercaban.

Acebo y Negroso alcanzaron la larga sombra del bosque de hayas a toda velocidad, como si estuvieran persiguiéndolos. Los otros pensaban que se detendrían cuando los alcanzaran, pero en vez de eso siguieron corriendo, como si fueran a esconderse bajo tierra. En el último momento, Acebo se detuvo, miró a su alrededor y pateó el suelo dos veces. Negroso

desapareció por el agujero más próximo. Al oír la señal, todos los conejos que había fuera corrieron a los agujeros.

-¡Eh, un momento! -dijo Avellano, pasando entre Puchero y Pico de Halcón, que venían por entre la hierba-. Acebo, ¿qué pasa? Dinos algo en vez de tirarlo todo abajo con tanto pisotón. ¿Qué ha pasado?

-¡Tapad los agujeros! -jadeó Acebo-. ¡Que todos se escondan bajo tierra! ¡No hay tiempo que perder! -Tenía los ojos desorbitados y le caía un poco de baba por la boca.

-¿Hay hombres? ¿Qué pasa? No veo ni huelo ni oigo nada. Vamos, di algo y deja de farfullar de una vez.

-No hay mucho tiempo -dijo Acebo-. Aquel pequeño valle.., está lleno de conejos de Éfrafa.

-¿De Éfrafa? ¿Quieres decir fugitivos?

-Nada de fugitivos. Campeón está allí. Nos hemos topado con él y otros tres o cuatro que Negroso ha reconocido también. Creo que Vulneraria está con ellos. Han venido a buscarnos, puedes estar seguro.

-¿Estás seguro de que no es más que una patrulla?

Nos estábamos preguntando qué podían hacer tantos conejos allí cuando nos hemos encontrado de cara con Campeón. Le miramos y él nos miró a nosotros; entonces comprendimos lo que pasa y salimos corriendo. Supongo que no tenía órdenes al respecto y por eso no nos siguió. Pero ¿cuánto crees que tardarán en llegar?

Negroso había vuelto a salir con Plateado y Fresón

-Debemos marchamos , señor -le dijo a Avellano-. Para cuando lleguen ya estaremos bastante lejos.

Avellano miró a su alrededor.

-Quien lo desee puede marcharse. Yo me quedo. Hemos construido esta madriguera nosotros solos y sólo Frith sabe lo que hemos tenido que pasar para conseguirlo. No pienso dejarla ahora.

-Yo también me quedo -dijo Pelucón-. Si tengo que reunirme con el Conejo Negro, me aseguraré de que uno o dos de Éfrafa vengan conmigo.

Por un momento, nadie habló.

-Acebo tiene razón -dijo Avellano al fin-, lo mejor que podemos hacer es tapar los agujeros bien tapados, así tendrán que desenterrarnos. La madriguera es muy profunda. Está bajo un terraplén y las raíces de los árboles le dan una gran consistencia. ¿Cuánto tiempo creéis que podrán permanecer en la colina sin atraer elil? Tendrán que rendirse.

-No conoce a los efrafanos -dijo Negroso-. Mi madre me contó muchas veces lo que sucedió en el bosquecillo de Nutley, y creo que sería mejor que nos fuéramos cuanto antes.

-Puedes irte entonces -fue la respuesta de Avellano-, no voy a impedírtelo. Pero yo no pienso marcharme. Ésta es mi casa. -Miró a Hyzenthlay, que estaba preñada y escuchaba la conversación sentada en la boca del agujero más próximo-. ¿Crees que ella podría llegar muy lejos? Y Trébol, ¿la dejamos aquí sola?

-No, debemos quedarnos -dijo Fresón-. Creo que El-ahrairah nos salvará de ese Vulneraria. Pero si no lo hace, de una cosa estoy seguro: no pienso volver a Éfrafa.

Avellano dio la orden:

-Llenad los agujeros.

Mientras el sol bajaba en el cielo, los conejos escarbaban y arañaban en el interior de los corredores. El tiempo era cálido y las paredes estaban duras. No fue fácil al principio y, cuando la tierra empezó a caer, vieron que era ligera y polvorienta. Sería difícil bloquear los agujeros con esa tierra. Fue a Zarzamora al que se le ocurrió que empezaran desde el Panal. Podían hacer que se desplomara el techo de los diferentes corredores que convergían allí y seguir trabajando a partir de ese punto. Dejaron abierto el corredor que salía al bosque para poder entrar y salir. Era el que Kehaar había utilizado para resguardarse, y la gran abertura aún estaba llena de guano. Cuando Avellano pasó por allí se dio cuenta de que Vulneraria no

sabía que Kehaar se había ido. Desenterró tanto guano como pudo y lo esparció por todas partes. Después, mientras los otros trabajaban más abajo, se acuclilló y se puso a contemplar la línea del horizonte por el este.

Sus pensamientos eran tristes. Desesperados. Aunque había hablado con resolución delante de los otros, sabía demasiado bien que había muy pocas esperanzas de que salvaran la madriguera de los efrafanos. Sabían lo que hacían, y seguramente tenían maneras de entrar en una madriguera bloqueada. La posibilidad de que los elil los dispersaran era muy remota. La mayoría de los elil cazaban conejos para comer. Cuando un armiño o un zorro cazaba un conejo, no volvía a por más hasta que tenía hambre otra vez. Y los efrafanos estaban acostumbrados a la muerte. A menos que fuera el propio Vulneraria al que cazaran, seguirían allí hasta que hubieran terminado su trabajo. Sólo una catástrofe inesperada podría detenerlos.

¿Y si fuera personalmente a hablar con Vulneraria? ¿Tan difícil era hacerle entrar en razón? Fuera lo que fuera lo que sucedió en el bosquecillo de Nutley, los efrafanos no podrían enfrentarse a conejos como Pelucón, Acebo y Plateado sin perder a muchos de los suyos. Y Vulneraria lo sabía. Tal vez aún no fuera demasiado tarde para convencerlo de que aceptara un arreglo que les beneficiaría a todos.

«O tal vez sí -pensó Avellano sombríamente-. Pero es una posibilidad, y como Conejo Jefe tengo que aprovecharla. Como ese bruto no es de fiar, supongo que es mejor que Vaya solo.»

Volvió al Panal y allí encontró a Pelucón.

-Voy a hablar con el general Vulneraria -le dijo-, si es que puedo encontrarlo. Hasta que vuelva, tú serás el Conejo Jefe. Que sigan trabajando.

-Pero, Avellano, espera... No es seguro...

-No tardaré. Sólo quiero preguntarle qué pretende.

Poco después, Avellano bajaba por la pendiente y salía al camino, deteniéndose de vez en cuando para comprobar si había alguna patrulla.

43. *La gran patrulla*

¿Qué es el mundo, soldados?
Soy yo.
Yo, esta nieve incesante, este cielo del norte;
soldados, esta soledad que atravesamos
soy yo.

Walter de la Mare, *Napoleón*

Cuando la batea se fue flotando por el río en medio de la lluvia, parte de la autoridad del general Vulneraria se fue con ella. Difícilmente habría parecido más desconcertado si Avellano y sus compañeros hubieran salido volando sobre los árboles. Hasta ese momento había demostrado ser un adversario formidable. Sus oficiales se habían desmoralizado por el ataque de Kehaar. Él no. Al contrario, había continuado la persecución y había ideado un plan para cortar la retirada de los fugitivos. Astuto y hábil en la adversidad, casi había conseguido herir a la gaviota cuando saltó sobre ella desde su escondite en el puente de tablones. Y entonces, cuando tenía a su presa acorralada en un lugar donde Kehaar no hubiera podido ayudarles, ellos demostraron que eran más astutos que él y lo dejaron completamente desconcertado en la orilla. Tharn, como había oído que sus oficiales se decían unos a otros cuando volvían a Éfrafa en medio de la lluvia. Thlaily, Negroso y las conejas de la Pata Trasera Izquierda se habían desvanecido. Había intentado detenerlos y había fracasado estrepitosamente.

Aquella noche la pasó casi entera pensando qué debía hacer. Al día siguiente reunió al Consejo. Señaló que no sería bueno mandar una expedición río abajo tras los fugitivos a menos que fuera lo bastante fuerte para derrotarlos, y eso supondría enviar a varios oficiales y un buen número de Owsla. Se exponían a que hubiera problemas en la madriguera mientras estaban fuera. Podía haber otro intento de fuga. Y de todos modos, era muy difícil que encontraran a Thlaily, porque no habría huellas y no sabían por dónde buscar. Si mandaban una expedición y no los encontraban parecerían más tontos aún.

-Ya lo parecemos -dijo Vulneraria-. No os equivoquéis. Verbena puede deciros los rumores que corren por la madriguera. Que el pájaro blanco obligó a Campeón a ocultarse en la zanja y Thlaily hizo descender el trueno y Frith sabe qué más.

-Lo mejor sería decir lo menos posible -recomendó el viejo Campánula de Invierno-. Que el asunto se vaya apagando por sí solo. Tienen muy poca memoria.

-Creo que hay algo que si podemos hacer -dijo Vulneraria-. Hay un sitio donde encontramos a Thlaily y su banda una vez, aunque nadie se dio cuenta entonces. Cuando Malva los seguía con su patrulla y el zorro lo mató. Algo me dice que volverán a pasar por allí.

-Pero no podemos mantener allí un destacamento con los suficientes conejos para derrotarlos, señor -dijo Hierba Cana-. Y habría que cavar y estar allí un tiempo.

-Estoy de acuerdo -dijo Vulneraria-. Deberíamos enviar una patrulla que vigile la zona hasta que tengamos noticias. Cavarán hoyos y vivirán allí. Se les relevará cada dos días. Si Thlaily pasa por allí, tienen que seguirlo discretamente. Cuando sepamos dónde ha llevado a las hembras, ya nos ocuparemos de él. Y os digo una cosa -concluyó-, si descubrimos dónde está, estoy dispuesto a hacer lo que sea. Le dije que le mataría yo mismo. Tal vez él lo haya olvidado, pero yo no.

Vulneraria dirigió la primera patrulla, y llevó a Hierba Cana con él para que le mostrara el lugar donde Malva había descubierto el rastro de los extranjeros. Cavaron algunos agujeros entre la maleza a todo lo largo del Cinturón de César y esperaron. Después de dos días las esperanzas empezaron a decaer. Verbena releyó a Vulneraria, quien a su vez fue relevado dos días más tarde por Campeón. Para entonces, algunos oficiales de los Owsla habían empezado a murmurar que el general estaba obsesionado. Había que encontrar alguna manera de hacerle olvidar aquello antes de que fuera demasiado lejos. Al día siguiente, en la reunión que el Consejo celebró por la tarde, se sugirió que se interrumpieran las patrullas si en dos días no aparecían los fugitivos. Vulneraria les pidió gruñendo que esperaran, y se inició una discusión en la que encontró una oposición que nunca antes había visto. Fue entonces cuando apareció Campeón, rendido, con la noticia de que Thlaily y los otros habían aparecido exactamente donde había dicho el general. No pudo ser más oportuno. Había seguido a los fugitivos hasta su madriguera que, aunque lejos, no lo estaba lo bastante como para que no pudieran atacarla, sobre todo teniendo en cuenta que no tendrían que perder tiempo buscando. No parecía muy grande, y seguramente podrían atacar por sorpresa.

La noticia acabó con toda oposición, y tanto el Consejo como los Owsla volvieron bajo el mando indiscutible de Vulneraria. Varios oficiales eran partidarios de salir , pero Vulneraria, seguro al fin de con quién podía contar y con quién no, se tomó su tiempo. Campeón se había encontrado cara a cara con los fugitivos, así que decidió aguardar un poco, por si acaso estaban en guardia. Además, quería reconocer el camino a Watership y organizar la expedición cuidadosamente. Su idea era hacer el viaje en un día a ser posible. Así se anticiparían a cualquier posible rumor sobre su llegada. Para asegurarse de que se podía hacer el viaje y estar en condiciones de luchar cuando llegaran se llevó con él a Campeón y a otros dos y recorrió los cuatro kilómetros y medio que les separaban de la colina de Watership. Una vez allí, comprobó cuál era la mejor manera de acercarse sin que les vieran ni les olieran. El viento soplaba normalmente del oeste, como en Éfrafa. Llegarían al atardecer, y se concentrarían para descansar en el pequeño valle que había al sur de la colina de Cannon Heath. En cuanto anocheciera y Thlaily y los suyos bajaran a la madriguera para descansar, subirían por la loma y atacarían. Con un poco de suerte no tendrían ningún problema. Pasarían la noche en la misma madriguera y al día siguiente él y Verbena volverían a Éfrafa. El resto, bajo las órdenes de Campeón, se quedaría un día más y regresaría después con las hembras y los prisioneros que hubieran hecho. Todo el asunto podía estar arreglado en tres días.

No convenía llevar demasiados conejos. Cualquiera que no fuera lo bastante fuerte para

hacer aquel trayecto y estar aún en condiciones de luchar, sería un estorbo. Cuando hay peligro, la velocidad es fundamental. Cuanto más tardaran en llegar a la madriguera, mayor sería el riesgo de que atrajeran elil. Además, Vulneraria era consciente de que su liderazgo sería fundamental. Si sus conejos se sentían parte de un grupo escogido, tanto mejor.

Los conejos que habían de acompañarle fueron elegidos cuidadosamente entre los Owsla y las jóvenes promesas que recomendaban los oficiales de cada marca. Serían unos veintisiete. Vulneraria dio a entender que habría muchas ocasiones para ganarse su reconocimiento. Campeón y Perifollo se ocuparon de organizar varias patrullas de resistencia, y durante el silflay de mañana se organizaban clases de lucha. Los miembros de la expedición fueron relevados de sus obligaciones y podían silflay cuando querían.

Partieron antes del amanecer, una mañana despejada de agosto. Y avanzaron en grupos hacia el norte, siguiendo las zanjas y los setos. Antes de alcanzar el Cinturón, el grupo de Hierba Cana fue atacado por dos armiños, uno viejo y uno joven. Al oír los gritos que venían de atrás, Vulneraria corrió hasta donde estaban y le plantó cara al armiño más viejo con sus dientes afilados y dándole fuertes patadas con las garras de sus patas traseras. El armiño, con una profunda herida en una de las patas delanteras, se volvió y escapó, y el armiño más joven lo siguió.

-Tendrías que saber hacer esto tú mismo -le dijo a Hierba Cana-. Los armiños no son peligrosos.

Poco después de ni-Frith, Vulneraria volvió atrás para recoger a los rezagados. Había tres, y uno de ellos se había herido con un cristal. Vulneraria detuvo la hemorragia y llevó a cada uno de vuelta a su grupo. Hicieron un alto para descansar y comer, y el general hizo una ronda personalmente. Hacía mucho calor, y algunos de los conejos empezaban a manifestar signos de agotamiento. A éstos los reunió en un grupo que tomó bajo su mando.

Cuando empezaba a atardecer, más o menos por la misma hora en que Diente de León se puso a explicar la historia de Rowsby Woof, los efrafanos ya habían rodeado el cercado de cerdos de la granja de Cannon Heath y llegaban al pequeño valle que hay en la colina. Muchos estaban cansados y, a pesar del tremendo respeto que sentían por Vulneraria, sentían que estaban demasiado lejos de casa. Se les ordenó que se resguardaran, comieran y descansaran antes de la puesta de sol.

Aparte de los verderones y unos pocos ratones que correteaban bajo el sol, el lugar estaba desierto. Algunos conejos se pusieron a dormir entre los altos brotes de hierba. Cuando Campeón regresó con la noticia de que se había topado con Negroso y Acebo, la pendiente ya estaba a la sombra.

Vulneraria estaba molesto.

-¿Por qué han tenido que venir por aquí precisamente? ¿No podías haberlos matado? Ahora no podremos cogerlos por sorpresa.

-Lo siento, señor. Me pillaron desprevenido, y me temo que son demasiado rápidos para mí. No les perseguí porque no estaba seguro de que tuviera que hacerlo.

-Bueno, no creo que haya mucha diferencia. No Podrían hacer nada, aunque quisieran.

Mientras pasaba revista a sus conejos y les daba ánimos, Vulneraria consideró la situación. Una cosa estaba clara: ya no podría coger a Thlaily y los suyos por sorpresa. Tal vez a estas alturas estarían tan asustados que les entregarían a las hembras sin oponer resistencia. O quizá habrían escapado, en cuyo caso tendría que perseguirlos y atraparlos , ya que sus conejos estaban demasiado cansados para mantener una persecución prolongada, y los otros no.

Se volvió hacia un joven de la marca del Cuello que estaba comiendo por allí.

-Tu nombre es Cardo, ¿verdad?

-Cardo, señor.

-Ve a buscar al capitán Campeón y dile que se reúna conmigo allí, junto a aquel enebro, ¿lo ves? Rápido. Y ven tú también. Date prisa, no hay tiempo que perder.

Cuando Campeón y Cardo se reunieron con él, Vulneraria los llevó a la cima del pequeño valle. Quería ver qué estaba sucediendo en el bosquecillo de hayas. Si el enemigo había huido, podía mandar a Cardo con un mensaje para que Verbena y Hierba Cana se presentaran

con todos los conejos . Si no era así, comprobaría el efecto de sus amenazas.

Llegaron al sendero que hay sobre el valle y empezaron a seguirlo con precaución, pues el sol les daba de cara. El ligero viento del oeste les trajo el olor fresco a conejo.

-Si han huido -dijo Vulneraria-, no han llegado muy lejos todavía. Pero creo que no lo han hecho. Creo que aún están en la madriguera.

En ese momento un conejo salió de entre la hierba y se sentó en medio del camino. Se detuvo unos momentos Y después fue hacia ellos. Cojeaba, y tenía una mirada tensa y decidida.

-¿Eres Vulneraria? -dijo el conejo-. He venido a hablar contigo.

-¿Te envía Thlaily? -preguntó Vulneraria.

-Soy amigo de Thlaily. He venido a preguntarte porqué estáis aquí y qué queréis.

-¿Estabas tú también en la orilla del río aquel día?

-Sí.

-He venido a acabar lo que no terminé entonces. Vamos a destruiros.

-No te resultará fácil -replicó el conejo-. Volverás a tu madriguera con menos conejos de los que has traído. Creo que sería mejor que llegáramos a un acuerdo.

-Muy bien -dijo Vulneraria-. Este es el acuerdo: devolveréis las hembras que escaparon de Éfrafa y entregaréis a los desertores Negroso y Thlaily a mis Owsla.

-No, no puedo aceptar esas condiciones. He venido a proponerte algo diferente y que nos beneficiará a los dos. Un conejo tiene dos orejas, dos ojos, dos fosas nasales. Nuestras madrigueras deberían ser así. Deberían estar juntas, no luchando. Y deberíamos fomentar la creación de otra madriguera, entre nosotros y Éfrafa, con conejos de ambos bandos. Todos saldríamos ganando. Muchos de tus conejos están descontentos, y tienes que controlarlos continuamente. Si me haces caso, notarás la diferencia. Los conejos tenemos demasiados enemigos para andar peleándonos entre nosotros. ¿Qué me dices?

En ese momento, cuando el sol se ponía sobre la colina de Watership, se le ofreció a Vulneraria la oportunidad de demostrar si era el líder de visión y genio que él creía o un simple tirano, astuto y arrojado como un pirata. Apenas durante un segundo, la propuesta del conejo cojo apareció clara en su mente. La aceptó y comprendió lo que significaba. Pero un segundo después, ya la había descartado. El sol desapareció tras de un banco de nubes, y pudo ver claramente el sendero que corría por la cima del valle hacia el bosquecillo de hayas, y vio también la matanza que había preparado con tanto cuidado y energía.

-No tengo tiempo para estar aquí escuchando tonterías. No estás en posición de negociar con nosotros- Ya está todo dicho. Cardo, vuelve abajo y dile al capitán Verbena que quiero a todo el mundo aquí .

-¿He de matar a este conejo, señor? -preguntó Campeón.

-No. Ya que ha venido a preguntar nuestros términos es mejor que dejemos que vuelva... Ve y dile a Thlaily que si cuando llegamos no están todas las hembras fuera, junto con él y Negroso, le arrancaré el cuello a todos los machos antes de mañana a ni-Frith.

Pareció como si el conejo cojo fuera a responder, pero Vulneraria ya se había dado la vuelta y le estaba explicando a Campeón lo que debía hacer. Ninguno se molestó en mirar cómo el conejo cojo se alejaba.

44*. Un mensaje de El-ahrairah*

La forzada pasividad de su defensa, la interminable espera, se hicieron insoportables. Día y noche oían el sonido amortiguado de los picos sobre ellos, y soñaban con el derrumbamiento de la gruta y con espantosos desenlaces.

Estaban sujetos a la «mentalidad de castillo» en su manifestación más extrema.

Robin Fedden, *Crusader Castles*

-Han dejado de cavar, Avellano-rah -dijo Verónica-. Creo que ya no queda nadie en el agujero.

En la profunda oscuridad del Panal, Avellano se abrió paso entre tres o cuatro conejos que estaban encogidos entre las raíces de los árboles y subió hasta el saliente más alto, donde Verónica se había apostado, atento a los sonidos que llegaban de arriba. Los efrafanos habían llegado al bosquecillo de hayas cuando empezaba a anochecer y se habían puesto a inspeccionar entre las zanjas y los árboles para comprobar lo grande que era la madriguera y dónde estaban los agujeros. No esperaban encontrar tantos agujeros en un área tan pequeña, pues entre ellos, pocos eran los que habían estado en una madriguera que no fuera Éfrafa, y allí se utilizaban unos pocos agujeros para cubrir las necesidades de muchos de ellos. Al principio pensaron que bajo tierra debía de haber un gran número de conejos. El silencio y lo despejado de aquel lugar les imponía y muchos temían una emboscada. Vulneraria tuvo que tranquilizarlos. Sus enemigos eran unos locos que habían hecho más agujeros de los que necesita una madriguera organizada. Pero pronto descubrirían su error, porque los abrirían todos y sería imposible defenderla. En cuanto a las heces del pájaro blanco que había esparcidas por el bosque, era obvio que eran viejas. Y no había indicios de que estuviera por allí. Aun así, muchos de los conejos más inexpertos continuaron mirando a su alrededor intranquilos. Un avefría gritó de repente, y uno o dos corrieron a esconderse. Sus capitanes tuvieron que ir a buscarlos. La historia del pájaro que había defendido a Thlayli en medio de la tormenta había ganado mucho en las narraciones que corrían por las conejeras de Éfrafa.

Vulneraria le ordenó a Campeón que apostara a algunos centinelas y que hubiera una patrulla explorando permanentemente los alrededores, mientras Verbena y Hierba Cana se ocupaban de los agujeros bloqueados. Hierba Cana se ocupó de la pendiente y Verbena fue al bosque, donde las bocas de los agujeros estaban entre las raíces. No tardó en encontrar el corredor que habían dejado abierto. Escuchó, pero todo estaba en silencio. Verbena, más acostumbrado a tratar con prisioneros que con enemigos, ordenó a dos de sus conejos que bajaran. Se imaginó que tal vez podría tomar la madriguera por sorpresa atacando desde el mismo centro. Pero los infelices que tuvieron que llevar a cabo la orden se encontraron con Plateado y Espino Cerval en un punto donde el corredor se ensanchaba y suerte tuvieron de escapar con vida. Esto no animó precisamente a los del grupo de Verbena, que se mostraron reacios a escarbar e hicieron bien pocos progresos.

Hierba Cana, que consideraba que debía dar ejemplo, se puso a escarbar él mismo en la tierra ligera y suelta de uno de los corredores de la pendiente. Con la cabeza clara y abriéndose paso como una mosca en la mantequilla en verano, se encontró de pronto con Negroso, que hundió sus dientes en su garganta. No tenía sitio para maniobrar, y gritó y pataleó como pudo. Hierba Cana, que era un conejo robusto, como todos los oficiales de Éfrafa, lo arrastró hacia arriba un trecho antes de conseguir que le soltara. Negroso escupió un montón de piel y saltó con las garras preparadas, pero Hierba Cana ya no estaba. Tuvo suerte de que la herida no fuera más grave.

Vulneraria comprendió que sería difícil, si no imposible, tomar la madriguera atacando por las galerías que habían dejado abiertas. Si abrían varios de los corredores y atacaban por todos a la vez cabía la posibilidad de que lo consiguieran, pero dudaba que sus conejos quisieran intentarlo después de lo que habían visto. Se dio cuenta entonces de que no había pensado qué debían hacer si perdían el factor sorpresa y tenían que entrar por la fuerza. Llamó a Campeón y, mientras la luna se elevaba en el cielo, discutió la solución con él.

Campeón consideraba que lo mejor era dejar que se murieran de hambre. El tiempo era seco y cálido, y podían permitirse quedarse dos o tres días. Vulneraria rechazó la idea impaciente. En el fondo no estaba tan seguro de que el nuevo día no trajera consigo al pájaro blanco. Tenían que tomar la madriguera antes del alba. Pero, aparte de aquella secreta ansiedad, sentía que su reputación dependía de una victoria en la que hubiera lucha. Había traído a sus Owsla para atrapar y destrozar a aquellos conejos. Un sitio sería algo humillante.

Y además, quería volver a Éfrafa lo antes posible. Como muchos otros señores de la guerra, nunca estaba seguro de lo que podía estar sucediendo a sus espaldas.

-Si no recuerdo mal -dijo-, después de que tomásemos buena parte de la madriguera del bosquecillo de Nutley y acabase la lucha, unos pocos conejos se encerraron en una pequeña conejera a la que era muy difícil acceder. Yo ordené que se les castigara y volví con los prisioneros a Éfrafa. ¿Cómo los sacasteis y quién lo hizo? ¿Lo recuerdas?

-Fue el capitán Malva. Está muerto, claro, pero tal vez haya aquí alguno de los oficiales que estaban con él. Iré a averiguarlo.

Volvió con un centinela de los Owsla robusto e impasible llamado Hierba de Santiago. Le costó un poco entender qué quería exactamente el general. Al final, dijo que cuando aquello sucedió, hacía un año, el capitán Malva ordenó que cavaran un hoyo que fuera directo a una de las galerías. La tierra acabó cediendo, cayeron entre los conejos y los derrotaron.

-Bueno -dijo Vulneraria-, creo que es la única manera. Si los ponemos a todos a trabajar por turnos, creo que podremos entrar antes del alba. Que los centinelas se pongan a vigilar de nuevo, sólo dos o tres. Empezaremos .

Poco después, en el Panal, Avellano y los suyos oyeron los primeros sonidos. No tardaron en comprender que cavaban por dos frentes. Uno estaba sobre el flanco norte del Panal, en el lugar donde las raíces de los árboles formaban una especie de claustro. Allí el techo, una especie de celosía atravesada por las raíces de los árboles, era muy fuerte.

Al parecer, el otro agujero lo estaban abriendo algo al sur de la sala, en el punto donde las columnas lo dividían en diferentes corredores. Más allá de los corredores había diferentes conejeras. En una de ellas, cubierta con su propio pelo y con un montón de hierba y de hojas, Trébol tenía a su camada, que en ese momento dormía.

-Bueno -dijo Avellano-, parece que les estamos dando muchos dolores de cabeza. Mejor. Así se les gastarán las uñas y, si no me equivoco, estarán agotados antes de llegar a nosotros. ¿Tú qué dices, Zarzamora?

-Me temo que el panorama no es muy halagüeño. Es verdad que lo tienen difícil. Hay mucha tierra encima de nosotros, y las raíces les harán perder mucho tiempo. Pero por ese lado les será más fácil. Podrán escarbar muy deprisa y el techo cederá. No veo qué podemos hacer para detenerlos.

Mientras hablaba, Avellano pudo sentir cómo temblaba. Sus enemigos continuaban cavando, y el miedo empezaba a apoderarse de todos ellos.

-Nos llevarán de vuelta a Éfrafa -le susurró Vilthuril a Hyzenthlay-. La policía...

-Calla -le respondió ella-. Los machos no dicen esas cosas, ¿por qué vamos a hacerlo nosotras? Prefiero estar ahora aquí que no haber salido nunca de Éfrafa.

Fue valiente al decir eso, pero Avellano no era el único que podía adivinar lo que pensaba. Pelucón recordó aquella noche en Éfrafa, cuando la tranquilizó hablándole de las colinas y de la certeza de que escaparían. En la oscuridad, hocicó la pata de Avellano y le indicó que se apartaran a un lado de la gran sala.

-Escucha, Avellano -le dijo-, todavía no estamos vencidos. Para nada. Cuando el techo ceda, caerán por este lado del Panal. Podemos llevar a los nuestros a las conejeras y bloquear los corredores. No habrán conseguido nada.

-Si hacemos eso, lo único que pasará es que tardarán un poco más en llegar a nosotros; pero no creo que les lleve mucho tiempo desbloquear las galerías.

-Entonces les estaré esperando, yo y uno o dos más. No me extrañaría que decidieran volverse a su casa.

Con una mirada de envidia, Avellano comprendió que Pelucón esperaba poder luchar contra los efrafanos. Sabía luchar y quería demostrarlo, nada más. El hecho de que no tuvieran ninguna posibilidad no le importaba. El sonido que les llegaba cada vez más claro desde arriba no había despertado en él más pensamiento que el de procurar vender bien cara su vida. Pero ¿qué otra cosa podían hacer? Al menos los preparativos de Pelucón los tendrían ocupados y tal vez ayudaran a disipar el miedo que dominaba a los de la madriguera.

-Tienes razón, Pelucón. Preparémosles una pequeña bienvenida. ¿Puedes decirle a

Plateado y los demás lo que quieres que hagan y ponerlos a trabajar?

Cuando Pelucón fue a explicar su plan a Plateado y Acebo, Avellano llamó a Verónica y lo envió al flanco norte del Panal para que controlara el avance de las excavaciones e informara sobre cualquier posible novedad. No le parecía que cambiara mucho el hecho de que el techo cediera allí o en el centro, pero al menos debía procurar que los otros creyeran que no perdía los nervios.

-No podemos derribar estas paredes para que no pasen, Pelucón -le dijo Acebo-. Sostienen el techo por este lado.

-Lo sé. Escarbaremos en las paredes de las conejeras que hay detrás. De todos modos, si vamos a escondemos ahí, tendrán que ser más grandes. Y la tierra que saquemos nos servirá para bloquear el espacio que queda entre las columnas.

Desde que había escapado de Éfrafa, Pelucón tenía una reputación inmejorable. Al verlo tan animado, los otros procuraron olvidar sus miedos y se pusieron a hacer lo que les decía, agrandar las conejeras que había tras el flanco sur del Panal y apilar la tierra entre las columnas hasta que formara una pared sólida. Durante una de las pausas, Verónica informó que habían dejado de cavar por el norte. Avellano fue hasta allí, se acurrucó junto a Verónica y permaneció escuchando por un rato. No se oía nada. Entonces volvió al pie del corredor que habían dejado abierto, el corredor de Kehaar, donde Espino Cerval montaba guardia.

-¿Sabes? -le dijo a Espino Cerval-. Se han dado cuenta de que por aquel lado todo está lleno de raíces y han dejado de cavar. Se concentrarán en el otro frente.

-Si, supongo. -Al cabo de un rato volvió a hablar-: ¿Recuerdas las ratas del cobertizo? ¿Salimos de aquélla, eh? Pero me temo que esta vez no lo conseguiremos. Es una pena después de todo lo que hemos pasado.

-Claro que sí -le respondió Avellano con tanta convicción como pudo fingir. Pero sabía que no podría seguir fingiendo mucho más. Espino Cerval, un tipo sincero y honesto como pocos. ¿Dónde estaría a ni-Frith mañana? Y él, ¿adónde los había llevado con tantos planes ingeniosos? ¿Habían sobrevivido al campo comunal, al alambre espino, a la tormenta y a las alcantarillas del gran río para morir a manos del general Vulneraria? No merecían morir; no era ése el final que merecían tras el largo camino que habían tenido que recorrer. Pero ¿cómo podían detener a Vulneraría? ¿Qué podía salvarlos esta vez? Nada, nada... a menos que sobre los efrafanos cayera alguna desgracia desde fuera, y eso no era muy probable. Le dio la espalda a Espino Cerval.

Oían el sonido de las zarpas que escarbaban y escarbaban sobre sus cabezas. Mientras avanzaba en la oscuridad, Avellano se encontró con otro conejo que permanecía acuclillado en silencio junto al muro que acababan de levantar. Lo olió: era Quinto.

-¿No trabajas? -le preguntó.

-No -le respondió su hermano-, escucho.

-¿Como escarban?

-No, estoy intentando oír una cosa, algo que los demás no pueden oír. Pero tampoco yo lo oigo. Muy al fondo. Hojas que caen. Muy al fondo. Me voy, Avellano, me voy -su voz se iba haciendo más lenta y soñolienta-, caigo. Pero hace frío. Frío.

En la oscura conejera el aire era sofocante. Avellano se inclinó sobre el frágil cuerpo de su hermano y lo empujó con la nariz.

-Frío -murmuró de nuevo Quinto-, mucho, mucho frío.

Hubo un largo silencio.

-¿Quinto? -preguntó Avellano-, ¿Quinto? ¿Puedes oírme?

Y de pronto Quinto emitió un terrible sonido, un sonido que hizo que todos los conejos de la madriguera sintieran pánico. Un sonido que no había emitido nunca un conejo, que ningún conejo podía hacer. Era profundo y antinatural. Los conejos que estaban trabajando al otro lado del muro se encogieron aterrorizados. Una de las hembras empezó a chillar.

-¡Bestias sucias y pequeñas! -gritó Quinto-. *Guau, guau,* ¿cómo os atrevéis? *Guau, guau.*

Pelucón atravesó el montón de tierra apilada como un vendaval, temblando y jadeando.

-¡Por el amor de Frith, haz que pare! -exclamó-. Nos va a volver locos a todos.

Con un estremecimiento, Avellano tocó a su hermano con su pata.

-¡Despierta, Quinto, despierta!

Entonces Avellano vislumbró unas ramas que el viento doblaba con su fuerza. Se agitaban de un lado a otro, crujiendo. Y había algo que veía entre las ramas. ¿Qué era? Podía sentir el agua; y el miedo. Y entonces, por un momento, pudo verlo claramente. Un pequeño grupo de conejos a la orilla de una corriente, atentos a los ladridos que venían del bosque, y los gritos del arrendajo.

-Si estuviera en tu lugar, no esperaría hasta ni-Frith, iría ahora. Tienes que ir ahora. Hay un gran perro suelto en el bosque. Hay un gran perro suelto en el bosque.

El viento soplaba. Miríadas de hojas se agitaban en los árboles. La corriente había desaparecido. Estaba de nuevo en el Panal, junto a Pelucón, delante del cuerpo inmóvil de Quinto. Los sonidos que llegaban de arriba estaban cada vez más cerca.

-Pelucón -dijo entonces Avellano-. Debes hacer lo que te pido . Tenemos un buen amigo. Ve a buscar a Diente de León y Zarzamora y tráelos al pie del corredor de Kehaar. Deprisa.

Espino Cerval todavía seguía allí, en su puesto. No se había movido al escuchar el grito de Quinto, pero había sentido que se le helaba la sangre. Cuando llegaron los otros tres conejos, todos formaron un círculo alrededor de Avellano en silencio.

-Tengo un plan -explicó Avellano-. Si funciona, nos libraremos, de Vulneraria para siempre. Pero no hay tiempo para explicarlo. Cada minuto es vital ahora. Diente de León y Zarzamora vendrán conmigo. Saldréis por el corredor y correréis hasta la colina. Después seguiréis hacia el norte, hacia los prados. No os detengáis por nada. Vosotros iréis más deprisa que yo. Esperadme junto al árbol de hierro.

-Pero, Avellano... -empezó Zarzamora.

-En cuanto hayamos salido -continuó Avellano volviéndose hacia Pelucón-, bloquearéis este corredor y llevarás a todo el mundo detrás del muro que estáis construyendo. Si consiguen entrar, haz lo imposible por contenerlos. No cedas bajo ningún concepto. El-ahrairah me ha mostrado lo que tengo que hacer.

-Pero ¿adónde vas, Avellano? -preguntó Pelucón.

-A la granja. A roer otra cuerda. Vosotros, venid conmigo. Y no lo olvidéis: no debéis deteneros hasta que hayáis bajado la colina. Si hay conejos arriba, no luchéis, corred.

Y sin decir más, echó a correr por el túnel y salió al bosque, con Zarzamora y Diente de León pisándole los talones.

45. *La granja de Nuthanger otra vez*

¡Llora, Havoc! Y deja que escapen los perros de la

[guerra.

Shakespeare, *Julio César*

En ese momento, el general Vulneraria estaba bajo la pendiente, entre la hierba, hablándoles a Cardo y Hierba de Santiago bajo la luz amarillenta y cambiante de la luna.

-No se os ha puesto en la boca de ese corredor para que escuchéis -decía-. Estabais allí para evitar que nadie saliera. Volved allí .

-Le doy mi palabra, señor -dijo Cardo quejumbroso-, ahí abajo hay un animal que no es un. conejo. Los dos lo oímos.

-¿También lo olisteis? -preguntó Vulneraria.

-No, señor. No hay huellas ni excrementos. Pero los dos oímos el grito, y no era un conejo.

Varios de los conejos que estaban escarbando habían dejado su trabajo y se habían acercado a escuchar. Empezaron a murmurar.

-Tenían un homba que mató al capitán Malva. Mi hermano estaba allí y lo vio.

-Tenían un gran pájaro que se convirtió en rayo.

-También había un animal que se los llevó por el río.

-¿Por qué no podemos volver a casa?

-¡Basta! -gritó Vulneraria. Se acercó al grupito de oyentes-. ¿Quién ha dicho eso? Has sido tú, ¿verdad? Muy bien, pues vete, venga, ¡deprisa! Estoy esperando. Es por allí.

El conejo no se movió. Vulneraria los miró a todos lentamente.

-Bien. Si alguno quiere irse, que se vaya. El camino es largo, y no habrá ningún oficial que os ayude, porque estarán todos ocupados cavando, incluido yo. Capitán Verbena, capitán Hierba Cana, hagan el favor de acompañarme. Y tú, Cardo, ve a buscar al capitán Campeón. Hierba de Santiago, vuelve a la boca de ese túnel.

Al poco se había reiniciado el trabajo. El agujero ya era bastante profundo, más de lo que Vulneraria esperaba. Y sin embargo, aún no había señales de que fuera a caer. Pero los tres conejos presentían que no mucho más abajo había un gran espacio hueco.

-Seguid -dijo Vulneraria-. No falta mucho.

Cuando Campeón llegó, informó que había visto a tres conejos escapar por la colina, hacia el norte. Al parecer, uno de ellos era el cojo. Estaba a punto de salir a perseguirlos, cuando llegó Cardo con la orden del general.

-No importa -dijo Vulneraría-. Que se vayan. Tres menos que tendremos que matar. ¿Qué pasa? ¿Tú otra vez? -le espetó a Hierba de Santiago, que había aparecido a su lado-. ¿Qué pasa ahora?

-El corredor que estaba abierto, señor. Lo están echando abajo y bloqueándolo desde dentro.

-Pues entonces haz algo útil. Arranca esa raíz. No ésa no, estúpido, la otra.

Continuaron escarbando y por el este empezaron a aparecer los primeros destellos de luz.

* * *

El gran campo que había bajo la escarpadura había sido segado. Aún no se había quemado la paja, y resaltaba pálida sobre el tieso rastrojo y las malezas. Centinodia y murajes, verónica, trinitaria, persicaria. Todas ellas incoloras y quietas bajo la débil luz de la luna. El campo de rastrojo estaba tan despejado como la colina.

-Bien -dijo Avellano cuando salieron de entre los espinos y el arrendajo donde estaba la torre de alta tensión-, ¿estáis seguros de lo que tenéis que hacer?

-Es muy difícil -dijo Diente de León-. Pero al menos tenemos que intentarlo. No hay ninguna otra cosa que pueda salvar a la madriguera.

-Adelante, entonces. Llegar será fácil, pues, por lo que veo, los campos ya están segados. No os preocupéis por correr a cubierto, corred a campo abierto. Pero id a mi paso, eso sí. Procuraré ir lo más deprisa que pueda.

Atravesaron los campos con bastante rapidez. Diente de León iba delante. El único sobresalto que tuvieron se produjo cuando espantaron a cuatro perdices, que salieron volando y se posaron con las alas extendidas en el campo de al lado. No tardaron en llegar a la carretera y allí Avellano se detuvo en el seto que había a un lado.

-Bueno, Zarzamora, tú te quedas aquí. Escóndete y no te muevas. Cuando llegue el momento, procura no salir corriendo demasiado pronto. Tú eres el que más cabeza tiene de

los tres, así que utilízala, y no la pierdas. Cuando llegues a la madriguera, escóndete en el corredor de Kehaar y qué-date allí hasta que el peligro haya pasado. ¿Está todo bien claro?

-Sí, Avellano-rah. Pero por lo que veo, tendré que correr hasta el árbol de hierro sin pararme una sola vez. No hay ningún sitio donde cobijarse.

-Lo sé. Pero no hay otro remedio. En el peor de los casos, tendrás que buscar el seto e ir saliendo y entrando. Haz lo que te parezca mejor. No tenemos tiempo para discutirlo. Pero asegúrate de que vuelves a la madriguera. Todo depende de ti.

Zarzamora se ocultó entre el musgo y la hiedra que había a los pies del espino. Los otros dos cruzaron la carretera y empezaron a subir por la colina en dirección a los cobertizos que había junto al camino.

-Hay buenas raíces ahí dentro -dijo cuando pasaron Junto a ellos y llegaron al seto-. Lástima que no tengamos tiempo. Cuando esto acabe haremos una bonita excursión a este sitio.

-Eso espero -respondió Diente de León-. ¿Vamos a por el camino? ¿Y si hay gatos?

-Es el camino más rápido. Eso es lo único que importa ahora.

Las primeras luces del alba despuntaban en el cielo, y varias alondras hablan alzado el vuelo. Cuando llegaron a la franja de olmos oyeron una vez más el susurro de las hojas sobre sus cabezas, y una hoja amarilla cayó dando vueltas hasta la zanja. Llegaron a la cima de la pendiente y vieron delante las casetas y el corral. Todos los pájaros cantaban a la vez y el grajo, desde los olmos, emitía su reclamo; pero nada, ni siquiera un gorrión, se movía en el suelo. Enfrente de ellos, al otro lado del corral, junto a la casa, estaba la caseta del perro. No se veía al perro por ningún lado, pero la cuerda, atada a una armella que había sobre el tejado de la caseta, descendía hacia abajo y desaparecía por la entrada cubierta de paja.

-Justo a tiempo -dijo Avellano-. Ese bruto aún está durmiendo. Bien. No debemos cometer ningún error. Tienes que esconderte allí, entre la hierba, enfrente de la caseta. Cuando la cuerda esté roída la verás caer. Y, a menos que el perro esté enfermo o sordo, para entonces ya se habrá despertado. Seguramente despertará mucho antes, al menos eso es lo que yo creo. Tú decidirás cómo piensas atraer su atención y hacer que te siga hasta la carretera. Eres muy rápido, así que ten cuidado y procura que el perro no te pierda. Utiliza los setos si es necesario, pero recuerda que llevará la cuerda arrastrando y puede engancharse. Condúcelo hasta Zarzamora. Es lo único que importa.

-Si volvemos a vernos alguna vez -le dijo Diente de León mientras se escondía entre la hierba del margen-, tendremos los ingredientes para la mejor historia que se haya contado nunca.

-Y tú serás el que la cuente.

Siguió avanzando hacia el lado de la mañana hasta que llegó al muro de la granja. Entonces empezó a seguirlo cautelosamente, saltando por entre las flores. Su cabeza estaba llena de olores: fresnos, excrementos, gato, perro, gallinas, agua estancada, flores. Llegó a la parte de atrás de la caseta del perro, que apestaba a creosota y a paja sucia. La suerte no le habla abandonado del todo. Había una bala de paja apoyada contra la caseta. Seguramente la usarían para los animales y habían olvidado guardarla a pesar de lo seco del tiempo. Trepó por la paja para subirse a la caseta. Sobre el techo había un trozo viejo de sábana y el rocío la había mojado. Avellano se sentó a olfatearía y puso sus patas delanteras sobre ella. No resbalaba.

¿Habría hecho demasiado ruido? ¿Podría distinguir el perro su olor entre el olor a turba, paja y los otros olores de la granja? Aguardó unos instantes, tenso, atento a lo que sucedía debajo de él. En medio de aquel fuerte olor a perro, que le aterrorizaba y le impulsaba a salir corriendo, se arrastró hasta la armella, se acuclillo y empezó a mordisquear y a roer la gruesa cuerda.

Fue más fácil de lo que imaginaba. Mucho más que con la cuerda de la batea. Aquella cuerda estaba empapada, era flexible, resbaladiza, y se doblaba. En cambio ésta, aunque estaba mojada por el rocío, estaba seca por dentro, y era muy ligera. No tardó mucho en llegar a la parte seca de dentro. Sus dientes afilados mordían y mordían, y podía sentir cómo las fibras se deshacían. Ya había roído la mitad.

En ese momento sintió que el perro se movía. Se estiró, tembló y bostezó. La cuerda se

movió un poco y la paja sonó bajo su cuerpo. Le llegó una vaharada de aquel fuerte olor.

«No importa si me oye ahora -pensó Avellano-. Si puedo acabar de roer la cuerda, me da igual que me oiga. Correrá hacia Diente de León si se rompe cuando estira.»

Volvió a roer y se detuvo un momento para respirar hondo y mirar hacia el lugar donde se había escondido Diente de León. Entonces se quedó petrificado. Un poco más atrás, entre la hierba, estaba agazapado el gato atigrado con el pecho blanco, con los ojos bien abiertos y moviendo la cola. Los había visto a los dos, a él y a Diente de León. El gato se acercó un poco más. Diente de León permanecía inmóvil, observando la caseta como le había dicho. El gato se preparó para saltar.

Sin saber siquiera lo que estaba haciendo, Avellano se puso a patear sobre el techo de la caseta. Pateó dos veces y se volvió para saltar y escapar de allí. Diente de León reaccionó y salió disparado. En ese momento, el gato saltó, y aterrizó justo en el sitio donde había estado Diente de León. El perro dio dos ladridos y salió de la caseta. La cuerda se tensó por un momento y entonces se partió por el punto donde Avellano había estado royendo. La caseta se inclinó hacia delante y después volvió a su posición con un golpe. Avellano había perdido el equilibrio, intentó agarrarse a la sábana, perdió pie y cayó. Aterrizó sobre su pata mala y se quedó allí tumbado pataleando. El perro se había ido.

Al final dejó de patalear y se quedó quieto. Sentía un fuerte dolor en la cadera, pero sabía que podía caminar. Recordó el suelo levantado del granero que había frente al corral. Intentaría llegar hasta allí, esconderse y seguir hasta la zanja. Se incorporó sobre sus patas traseras.

En ese instante, algo lo derribó y lo aprisionó contra el suelo. Sentía una ligera punzada bajo la piel en u espalda. Empezó a dar coces con las patas traseras, pero no golpeó nada. Volvió la cabeza. El gato estaba encima de él. Sus bigotes le rozaban la oreja. Sus grandes ojos verdes, que a la luz del sol se contraían en franjas negras verticales, le miraban fijamente.

46. *Pelucón no cede*

Bombardear, caballeros.

Veamos quién aguanta más.

Duque de Wellington (en Waterloo)

Hierba Cana trepó por la pronunciada pendiente del pozo y se reunió con Vulneraria en el hoyo de arriba.

-Ya no se puede cavar más, señor. El techo caerá si alguien baja allí ahora.

-¿Tienes idea de lo que hay debajo? ¿Es un corredor, una conejera?

-Estoy seguro de que es una conejera, señor. En realidad, es como si debajo hubiera un espacio inusualmente grande.

-¿Cuántos conejos crees que hay?

-Yo no he oído a ninguno. Pero es posible que estén quietos esperando a que entremos para atacar.

-Por ahora no veo que hayan atacado mucho. Menudos desgraciados: se esconden bajo tierra y algunos hasta intentan escapar en medio de la noche. No creo que tengamos muchos problemas.

-A menos que...

Vulneraria lo miró y esperó.

-A menos que... el animal nos ataque, señor. Sea lo que sea. Hierba de Santiago no es de los que imaginan cosas. Es muy pragmático. Sólo estoy considerando todas las posibilidades, señor -dijo cuando vio que Vulneraria no decía nada.

-Bueno -dijo éste al final-, pues si hay algún animal, yo también soy un animal.

Subió hasta arriba, donde Campeón y Verbena esperaban con otros conejos.

-Ahora lo más difícil ya está hecho. Podremos llevamos a nuestras hembras en cuanto entremos. El plan es el siguiente. Voy a romper el suelo y entraré. Sólo quiero que me sigan tres conejos, de otro modo es posible que entre la confusión nos empecemos a pelear entre nosotros mismos. Verbena vendrá detrás de mí con otros dos soldados. Si hay algún problema, ya lo resolveremos. Hierba Cana, tú bajarás después. Pero te quedarás en el pozo, ¿entendido? No saltes hasta que yo te lo ordene. Cuando hayamos visto el panorama y sepamos qué hay que hacer, podrán bajar algunos más.

No había entre los Owsla ni un solo conejo que no confiara en Vulneraria. Mientras le oían hablar de cómo iba a introducirse en la madriguera del enemigo con tanta calma como si estuviera hablando de recoger dientes de león, sus ánimos se levantaron. Les parecía muy probable que se rindieran sin oponer resistencia. Durante el ataque final a la madriguera del bosquecillo de Nutley, el general mató a los conejos que encontró bajo tierra y nadie más se atrevió a plantarle cara, a pesar de las diversas refriegas que se habían producido en las galerías exteriores el día anterior.

-Bien -concluyó Vulneraria-. No quiero que nadie se aleje. Campeón, encárgate de que así sea. En cuanto logremos abrir uno de los túneles bloqueados podréis entrar. Que permanezcan todos aquí hasta que yo os avise. Después puedes enviarlos abajo.

-Buena suerte, señor.

Vulneraria saltó al interior del agujero, agachó las orejas y empezó a descender. Había decidido que no se detendría a escuchar. No hubiera tenido sentido, puesto que pensaba entrar de todos modos, tanto si había algo que oír como si no. Lo más importante es que vieran que no vacilaba, ni él ni Verbena. Y que el enemigo, si es que estaba allí, tardara lo más posible en saber que bajaba. Abajo lo mismo podía haber un corredor que una conejera. Tal vez tendría que luchar . O tal vez no, y tendría tiempo de echar una ojeada. Pero daba igual. Lo importante era encontrar conejos y matarlos.

Llegó al fondo del túnel. Como había dicho Hierba Cana, era bastante fino, quebradizo como una capa de hielo sobre un charco, tiza, piedrecitas y tierra ligera. Vulneraria pasó sus garras sobre la tierra, que, tras unos momentos, cedió y cayó hasta abajo. El general saltó

Cayó en un lugar amplio, lo bastante como para ser una conejera. Cuando aterrizó, dio una coz con sus patas traseras y saltó hacia delante, en parte porque sabia que Verbena tenía que bajar detrás de él, y en parte para ponerse junto a la pared y evitar que le atacaran por la espalda. Se dio cuenta de que estaba apoyado contra una pila de tierra ligera, el final de un túnel bloqueado que salía de la conejera, obviamente. Un momento después, Verbena estaba con él. El tercer conejo, fuera quien fuera, parecía estar en dificultades. Los dos podían oírlo escarbando entre la tierra que había caído.

-Por aquí -dijo Vulneraria con voz áspera.

El conejo, un veterano robusto y fuerte que llevaba por nombre Trueno, se reunió con ellos dando traspiés.

-¿Qué pasa? -le preguntó Vulneraria.

-Nada, señor -respondió Trueno-. Había un conejo muerto y me he asustado.

-¿Un conejo muerto? ¿Estás seguro de que está muerto? ¿Dónde está?

-Allí, señor, junto al hoyo.

Vulneraria atravesó la conejera rápidamente. Junto al montón de tierra que había caído yacía el cuerpo inerte de un macho. Lo olfateó y después pegó la nariz a su cuerpo.

-No hará mucho que ha muerto. Está frío, pero no rígido. ¿Qué piensas, Verbena? Los conejos no mueren bajo tierra.

-Es un conejo muy pequeño, señor. Tal vez no le gustaba la idea de luchar con nosotros y los otros lo mataron cuando lo dijo.

-No, no lo creo. No tiene un solo arañazo. De todos modos, no importa, un conejo de ese tamaño no hubiera cambiado gran cosa, vivo o muerto.

Empezó a moverse siguiendo la pared, olfateando. Pasó frente a la boca de dos corredores bloqueados y, al llegar a una abertura entre dos gruesas raíces, se detuvo. El lugar era enorme, mucho más que la conejera del Consejo en Éfrafa. Dado que no les estaban atacando, podía aprovechar el espacio haciendo bajar a algunos conejos más. Volvió al pie del hoyo que habían cavado y se incorporó sobre sus patas traseras, descansando las delanteras en la boca del agujero.

-¿Hierba Cana?

-Sí, señor -respondió éste desde arriba.

-Baja ahora, y trae otros cuatro conejos contigo. Saltad por este lado -se desplazó ligeramente-, hay un conejo muerto en el suelo, uno de los suyos.

Aún esperaba que les atacaran en cualquier momento, pero el lugar permanecía en silencio. Mientras los cinco conejos se arrojaban por el hoyo uno a uno, Vulneraria siguió escuchando y olfateando el aire sofocante. Entonces cogió a Hierba Cana y lo llevó junto a la boca de los dos corredores bloqueados que había en el flanco este de la conejera.

-Ábrelos lo antes posible, y envía a dos conejos a comprobar qué hay detrás de las raíces. Si les atacan debes ir en su ayuda inmediatamente.

Hierba Cana puso a los suyos a trabajar, y en ese momento Verbena le dijo algo al general.

-¿Sabe?, creo que hay algo extraño en el muro del otro lado, señor. Hay sitios donde la tierra no se ha tocado nunca, pero hay uno o dos donde es mucho más ligera. Yo diría que han cerrado alguno de los túneles que atravesaban la pared; ayer mismo.

Vulneraria y Verbena siguieron cautelosamente la pared sur del Panal, escarbando y escuchando.

-Creo que tienes razón. ¿Has oído algún movimiento del otro lado?

-Sí, señor. Justo aquí.

-Bien. Quita esa pila de tierra -ordenó Vulneraria-. Que dos conejos se pongan a trabajar inmediatamente. Si Thlaily está en el otro lado como yo creo, pronto van a tener problemas. Eso es lo que queremos, forzarlo a que nos ataque.

Mientras Trueno y Cardo escarbaban, Vulneraría se sentó detrás de ellos y esperó.

* * *

Incluso antes de oír cómo cedía el techo del Panal, Pelucón sabia que sólo era cuestión de tiempo que descubrieran la tierra ligera de los corredores bloqueados en la pared sur del Panal y se pusieran a trabajar para abrirlos. No les llevaría mucho. Y entonces tendría que luchar, con Vulneraria, probablemente. Si Vulneraria lo inmovilizaba utilizando su peso, no tendría nada que hacer. Tenía que ingeniárselas para herirle al principio, cuando no lo esperara. Pero ¿cómo?

Le expuso el problema a Acebo.

-El problema es que no construimos la madriguera para defenderla -dijo Acebo-. Para eso servía el Corredor Tranquilo en la vieja madriguera, así me lo dijo el Threarah. Lo construyeron para que, si alguna vez surgía la necesidad, pudiéramos descender por debajo de nuestro enemigo y sorprenderlo cuando menos lo esperara.

-¡Eso es! ¡Ésa es la idea! Escúchame, voy a enterrarme justo delante de la boca de este corredor y tú me cubrirás de tierra. Hemos escarbado tanto en todas partes que no se darán cuenta. Sé que es peligroso, pero siempre será mejor que plantarse ante alguien como Vulneraria.

-Pero ¿y si entran por algún otro sitio? -preguntó Acebo.

-Debes intentar que lo hagan por aquí. Si oyes que están por otro sitio, haz un ruido,

escarba un poco, lo que sea, por donde yo estoy. Lo que sea para atraer su atención. Vamos, ayúdame. Y tú, Plateado, saca a todo el mundo del Panal y tapona esta pared por completo.

-Pelucón -dijo Puchero-, no puedo despertar a Quinto. Aún está tumbado allí en medio del suelo. ¿Qué tengo que hacer?

-Me temo que no podemos hacer nada -replicó Pelucón-. Es una lástima, pero tendremos que dejarlo.

-¡Oh, Pelucón, déjame quedarme aquí con él! No os hago falta. Puedo seguir intentando...

-Hlaoo-roo -le dijo Acebo con tanta amabilidad como pudo-, si no perdemos a nadie más que a Quinto, el mismísimo Frith luchará por nosotros. No hay más que hablar, lo siento. Plateado, ocúpate de que vaya con los demás.

Cuando Vulneraria cayó por el techo del Panal, Pelucón ya estaba escondido bajo una fina capa de tierra, al otro lado del muro sur, no lejos de la conejera de Trébol.

* * *

Trueno hundió sus dientes en un trozo suelto de raíz y lo arrancó. Por unos instantes cayó un poco de tierra y entonces vio una abertura en el lugar donde había estado escarbando. La tierra, que ya no llegaba al techo, formaba un montón que medio llenaba el corredor. Vulneraria aún aguardaba en silencio y podía oler y oír a un considerable número de conejos en el extremo más alejado. Estaba convencido de que saldrían e intentarían atacarle. Pero no pasó nada.

Cuando se trataba de luchar, Vulneraria no era muy dado a los cálculos. El hombre, y otros animales grandes como el lobo, suelen tener una idea de su propio número y del del enemigo, y eso afecta a su disposición para la lucha. Vulneraria nunca había tenido necesidad de pararse a considerar esas cosas. Por experiencia sabia que normalmente están los que quieren luchar y los que no quieren pero saben que tienen que hacerlo. Muchas veces había luchado solo y siempre acababa imponiendo su voluntad sobre la de los otros conejos. Podía dominar una gran madriguera con la ayuda de un puñado de devotos oficiales. Pero esta vez no se le había ocurrido pensar que la mayoría de sus conejos seguían fuera, aunque de haberlo hecho, tampoco le hubiera dado importancia; no había pensado que con él tenía menos conejos de los que tenía el enemigo; y que, hasta que Hierba Cana no consiguiera desbloquear los corredores, no tenían medio de salir de allí aunque quisieran. Ese tipo de cosas no cuentan entre los conejos. Lo que importa es la fiereza y la agresión. Lo que Vulneraria sabía era que los conejos que había al otro lado del muro le temían y que, por tanto, él tenía ventaja.

-Hierba Cana -dijo-, en cuanto tengas abiertos esos corredores, dile a Campeón que mande a todo el mundo aquí abajo. Los demás seguidme. Habremos solucionado esto antes de que los demás estén aquí.

Vulneraria esperó a que Hierba Cana le trajera a los dos conejos que había enviado a investigar entre las raíces, al norte de la conejera. Entonces, con Verbena detrás, trepó sobre la pila de tierra y observó el estrecho corredor. Podía oír y oler a los conejos que murmuraban y se apiñaban delante de él, machos y hembras. Había dos machos en su camino, pero retrocedieron cuando él se subió a la pila de tierra suelta. Se arrojó hacia delante y sintió que de pronto el suelo se movía bajo sus patas. Un segundo después, un conejo salía de la tierra y le clavaba los dientes en una de las patas delanteras, justo donde la pata se une al cuerpo.

En su vida, Vulneraria había ganado casi todas las peleas gracias al peso. Los otros conejos no podían detenerle, y una vez que caían ya no volvían a levantarse. Trató de empujarle ahora, pero sus patas traseras no encontraron apoyo en la pila de tierra suelta. Retrocedió y, al hacerlo, se dio cuenta de que su enemigo estaba agazapado en una especie de trinchera no mayor que su propio cuerpo. Lo golpeó y sintió cómo sus garras le desgarraban la espalda y la cadera. Entonces, el otro conejo, que aún tenía cogido a Vulneraria, se impulsó hacia arriba con las patas apoyadas en la trinchera. Vulneraria, que no tenía ninguna de las dos patas delanteras en el suelo, cayó de espaldas sobre el montón de tierra. Dio una coz, pero su enemigo le había soltado y estaba fuera de su alcance.

Vulneraria se incorporó. Sentía cómo la sangre le corría por el interior de la pata delantera. El músculo estaba herido. No podía apoyarse sobre ella. Pero también sus garras

tenían sangre, y ésa no era suya.

-¿Está bien, señor? -preguntó Verbena detrás de él.

-¡Claro que estoy bien, estúpido! ¡Sígueme!

El otro conejo habló desde delante.

-Una vez me dijiste que tenía que impresionarte a ti primero, general. Espero que lo habré conseguido.

-Una vez te dije que yo mismo te mataría -replicó Vulneraria-. Aquí no hay ningún pájaro blanco, Thlayli -y avanzó hacia delante por segunda vez.

El sarcasmo de Pelucón había sido deliberado. Esperaba que Vulneraria saltara sobre él y le diera la oportunidad de morderle otra vez. Pero mientras esperaba agazapado en el suelo, se dio cuenta de que Vulneraria era demasiado listo para dejarse llevar. Había considerado la situación y ahora avanzaba lentamente, agazapado también. Tenía intención de usar sus garras. Mientras escuchaba asustado cómo se acercaba Vulneraria, Pelucón notó el paso irregular del general muy cerca de él. Instintivamente, retrocedió y, al hacerlo, comprendió . «Arrastra la pata delantera izquierda. No puede usarla.» Y, dejando al descubierto su flanco derecho, descargó sobre la izquierda del general.

Sus uñas desgarraron la pata de Vulneraria. Pero, antes de que pudiera retroceder, Vulneraria se abalanzó sobre él con todo su peso y le clavó los dientes en la oreja derecha. Pelucón gritó, mientras pataleaba aprisionado bajo el cuerpo de Vulneraria. Éste, consciente del miedo y la impotencia de su enemigo, soltó la oreja y se irguió sobre él, preparado para morderle y desgarrarle el cuello. Por un momento permaneció de pie observando al indefenso Pelucón, llenando con su corpulencia el corredor. Entonces, su pata herida cedió y se inclinó hacia la pared. Pelucón le golpeó dos veces en la cara y, mientras saltaba hacia atrás, notó que el tercer golpe sólo pasaba rozándole los bigotes. El sonido de su pesada respiración le llegaba desde la pila de tierra. La espalda y la oreja le sangraban a Pelucón, pero permaneció en su sitio y esperó. De pronto se dio cuenta de que podía vislumbrar la figura de Vulneraria, agazapada por encima de él. Los primeros destellos del día penetraban por el techo roto del Panal.

47. *El cielo suspendido*

Olé, toro, viene a por mí con la cabeza gacha.

Pero no vacilé... Fui a por él. Fue él quien vaciló.

Flora Thompson, *Lark Rise*

Cuando Avellano dio la señal de alarma, Diente de León saltó instintivamente del margen de hierba. De haber tenido algún agujero cerca hubiera corrido hacia él. Miró arriba y abajo del camino un momento. El perro corría hacia él, así que se volvió y corrió hacia el granero con el suelo levantado. Sin embargo, antes de llegar se dio cuenta de que no podía refugiarse allí. Si lo hacía el perro se detendría, y era probable que el hombre le llamara y le hiciera volver a su sitio. Tenía que lograr que saliera de la granja y bajara hacia la carretera. Cambió de dirección y empezó a correr por el camino hacia los olmos.

No esperaba que el perro le siguiera tan de cerca. Podía oír su respiración, y la gravilla que volaba bajo sus patas. «Es demasiado rápido para mí. Me atrapará.» En unos segundos lo tendría encima y le haría rodar por el suelo, mordiéndole y arañándole la espalda, y le mataría. Sabía que las liebres, cuando están alcanzándolas, eluden a su perseguidor girando más deprisa que él y corriendo por el mismo camino por el que habían venido. «Tendré que girar -pensó desesperado-. Pero si lo hago estaré todo el rato dando vueltas arriba y abajo del sendero, y algún hombre podría llamarlo. Y si me salvo escondiéndome en el seto, se irá y todo estará perdido. »

Llegó como un rayo a la cumbre y corrió hacia el establo. Cuando Avellano le había explicado lo que tenía que hacer le pareció que su tarea consistiría simplemente en hacer que el perro le siguiera. Pero ahora corría para salvar su vida a una velocidad que nunca había alcanzado y que sabía que no podría mantener durante mucho tiempo.

En realidad, Diente de León había recorrido los trescientos metros que le separaban del establo en bastante menos de medio minuto. Pero cuando pasó sobre la paja que había esparcida en la entrada le pareció que llevaba una eternidad corriendo. Avellano y la granja parecían ahora lejanos en el tiempo. Llevaba toda la vida corriendo aterrorizado por el sendero, sintiendo el aliento del perro a su espalda. Al otro lado de la verja, una gran rata pasó por delante del perro, y éste se detuvo un momento a mirarla. Diente de León llegó al establo más cercano y se metió de cabeza entre dos balas de paja que había abajo de un montón. Era un sitio muy estrecho y le costó darse la vuelta. El perro lo alcanzó y se puso a escarbar, gañitando y haciendo saltar pequeñas pajitas mientras olisqueaba la base de las balas.

-Tú tranquilo -le dijo una rata desde la bala que tenía al lado-. Se irá . No son como los gatos.

-Ese es el problema -dijo Diente de León jadeando y con los ojos desorbitados-. No tiene que perderme. Y el tiempo lo es todo.

-¿Qué? -dijo la rata, desconcertada-. ¿Qué dices?

Sin responderle, Diente de León se deslizó por otro hueco e intentó serenarse un momento. Luego salió de su escondite y echó a correr hacia el próximo establo. La parte frontal estaba abierta, así que corrió directamente hacia el entablado que había en la parte de atrás. El extremo de una de las maderas estaba roto, y Diente de León se escurrió por ese hueco y saltó al campo. El perro, que venia siguiéndole, se tiró de cabeza al hueco y empujó, ladrando excitado. Poco a poco la madera fue cediendo, como una trampilla, hasta que el perro pudo pasar.

Ahora que había empezado con mejor pata, Diente de León siguió corriendo a campo abierto hacia el seto que bordeaba la carretera. Era consciente de que iba más despacio, pero el perro también corría más despacio. Buscó un sitio donde el seto fuera muy denso y cruzó por allí. Zarzamora corrió a su encuentro desde el otro lado de la carretera. Diente de León se dejó caer rendido en la zanja. El perro no estaría a más de sesenta centímetros de ellos, intentando buscar un hueco lo bastante grande para pasar por el seto.

-Es más rápido de lo que pensaba -jadeó Diente de León-. Pero ahora está tan agotado como yo. No puedo más. Tengo que descansar. Estoy acabado.

Zarzamora tenía miedo.

-¡Que Frith me ayude! -murmuró-. No lo conseguiré.

-Date prisa -le dijo Diente de León-, antes de que pierda el interés. Luego te alcanzaré y te ayudaré si puedo.

Zarzamora brincó deliberadamente hasta la carretera y se sentó. Al verlo, el perro ladró y se lanzó con todo su peso contra el seto. Zarzamora corrió lentamente siguiendo la carretera hacia un par de verjas que había una frente a la otra un poco más abajo. El perro corría a la misma altura que él. En cuanto se aseguró de que el perro había visto la verja que había en su lado de la carretera, se volvió y subió por el terraplén. Esperó a que el perro apareciera en el campo de rastrojos.

Tardó mucho en llegar. Y cuando al fin logró abrirse paso por la verja y subió por el terraplén hasta el campo, no le prestó ninguna atención. Se puso a olfatear al pie del terraplén, descubrió una perdiz y se puso a brincar a su alrededor, y luego empezó a escarbar alrededor de una mata de acedera. Durante un rato Zarzamora se sintió demasiado aterrorizado para moverse. Después, desesperado, empezó a brincar poco a poco hacia él, como si no le hubiera visto. El perro saltó a por él, pero un momento después ya había perdido el interés de nuevo y volvía a olfatear y a husmear por el terraplén. Al final, cuando Zarzamora ya estaba completamente desorientado, el perro se puso a caminar por propia iniciativa siguiendo una de las hileras de paja trillada, arrastrando la cuerda y saltando de un lado a otro con cada crujido. Zarzamora, protegido detrás de otra de las hileras, siguió a su mismo paso. Y de esta forma llegaron a la línea de torres de alta tensión, a medio camino del pie de la colina. Fue allí donde Diente de León les alcanzó.

-No va lo suficientemente rápido, Zarzamora. Tenemos que seguir. A estas alturas

Pelucón podría estar muerto.

-Lo sé, pero al menos va por la dirección correcta. Además, no podía hacer que se moviera al principio. ¿No podemos...?

-Tiene que subir por la colina deprisita, si no no habrá sorpresa. Venga, lo haremos juntos. Aunque antes tendremos que adelantarnos.

Corrieron rápidamente entre los rastrojos hasta que estuvieron cerca de los árboles. Entonces se volvieron y se cruzaron descaradamente en el camino del perro. Esta vez se puso a perseguirlos , y los dos conejos alcanzaron la maleza del pie de la colina con sólo nueve metros de ventaja. Cuando empezaban a subir, oyeron que el perro se estampaba contra los quebradizos saúcos. Ladró una vez, y al instante siguiente ya corrían los conejos cuesta arriba con el perro detrás.

* * *

La sangre corría por el cuello de Pelucón y por su pata delantera. Observaba atentamente a Vulneraria, agazapado en la pila de tierra, esperando que saltara en cualquier momento. Sabía que había un conejo detrás de él, pero el corredor era tan estrecho que no hubiera podido volverse aunque no hubiera corrido ningún peligro.

-¿Están todos bien? -preguntó.

-Todos bien -replicó Acebo-. Vamos, Pelucón, déjame ocupar tu sitio. Necesitas descansar.

-No puedo. No podrías pasar por mi lado, no hay sitio, y si me doy la vuelta ese bestia me seguirá y lo tendremos suelto por la madriguera. Déjamelo a mí. Sé lo que me hago.

Se le acababa de ocurrir que, en aquel estrecho corredor, su cuerpo sería un obstáculo considerable. Los efrafanos tendrían que sacarlo o escarbar a su alrededor, y eso supondría más retraso. Campanilla estaba en la conejera que había detrás de él, y podía oír el cuento que les contaba a las hembras. «Buena idea -pensó-. Que las tenga distraídas.»

-Y entonces EI-ahrairah le dijo al zorro: «Puede que huelas a zorro y que seas un zorro, pero puedo ver tu destino en el agua.»

De pronto, Vulneraria habló.

-Thlaily, ¿por qué quieres echar a perder tu vida de esta manera? Puedo mandarte un conejo tras otro si quiero. Eres demasiado bueno para morir. Vuelve conmigo a Éfrafa. Te prometo que te daré el mando de la marca que quieras. Te doy mi palabra.

-*Silflay hraka, u embleer rah* -replicó Pelucón.

-«Ja, ja -dijo el zorro-, ¿que puedes ver mi destino? ¿Y qué es lo que ves en el agua, amigo mío? ¿Conejos rollizos que corren por la hierba?»

-Muy bien -dijo Vulneraria-. Pero, recuerda, puedes detener este sin sentido si tú quieres.

-«No -replicó El-ahrairah-, no son conejos lo que veo en el agua, sino rápidos sabuesos que siguen un rastro, y a mi enemigo que corre para salvar su vida.»

Pelucón se dio cuenta de que también Vulneraria había comprendido que en el estrecho corredor su cuerpo sería un obstáculo, tanto si estaba muerto como si no. «Quiere que ceda -pensó-. Pero si salgo de aquí será para ir a Inlé y no a Éfrafa.»

De repente Vulneraria saltó hacia delante y aterrizó sobre Pelucón como una rama caída de un árbol. No intentó usar sus garras. Tenía todo su peso sobre él. Pecho contra pecho. Intentaban morderse el uno al otro en el hombro. Pelucón sintió que se escurría hacia atrás. No podía resistir tanta presión. Sus patas traseras, con las garras extendidas, dejaban surcos en la tierra a medida que se escurría hacia atrás. En unos pocos momentos le habría llevado hasta la conejera más próxima. Intentó con todas sus fuerzas no moverse de donde estaba. Soltó el hombro de Vulneraria y dejó caer la cabeza intentando vencer la presión, como un caballo que intenta tirar del carro a pesar de la carga. Seguía escurriéndose. Entonces, poco a poco, la terrible presión empezó a ceder. Sus garras habían encontrado asidero en el suelo. Vulneraria, que tenía los dientes clavados en su espalda, respiraba aparatosamente y se

ahogaba. Aunque Pelucón no lo sabia, en su último ataque le había herido en la nariz. Sus fosas nasales estaban llenas de sangre y, con los dientes hundidos en la piel de Pelucón, no podía respirar. Un segundo después le soltó. Pelucón, exhausto, se quedó allí tendido. Tras unos instantes, intentó levantarse, pero le invadió una sensación de debilidad, como si estuviera rodando por una zanja de hojas. Cerró los ojos. Hubo un silencio y entonces oyó claramente la voz de Quinto que hablaba entre la hierba. «Estáis más cerca de la muerte que yo. Vosotros estáis más cerca de la muerte que yo.»

-¡El alambre! -gritó Pelucón saltando hacia delante. Abrió los ojos. El corredor estaba vacío. El general Vulneraria se había ido.

* * *

Vulneraria salió gateando al Panal, ahora débilmente iluminado por la luz que se colaba por el agujero del techo. Nunca se había sentido tan cansado. Vio que Trueno y Verbena le miraban indecisos. Se sentó sobre sus cuartos traseros y trató de limpiarse la cara.

-Thlaily ya no dará más problemas -dijo-. Ve y termina con él, Verbena, no creo que él piense salir.

-¿Me está pidiendo que luche con él, señor?

-Sólo tienes que ocuparte de él unos momentos. Tengo que ocuparme de que empiecen a derribar esta pared por uno o dos sitios más. Después volveré.

Verbena sabia que había ocurrido lo imposible. El capitán había perdido. Y ahora lo que realmente le estaba diciendo era: «Cúbreme, no dejes que los otros se enteren.»

«¿Qué va a pasar ahora? -pensó Verbena-. Lo cierto es que Thlaily ha tenido las de ganar desde que se encontraron en Éfrafa. Y cuanto antes volvamos allí, mejor.»

Sus ojos se encontraron con los ojos pálidos de Vulneraria, vaciló un momento y se subió a la pila de tierra. Vulneraria se fue cojeando hacia los dos corredores que le había ordenado a Hierba Cana que abriera. La entrada ya estaba despejada, y sus oficiales estaban dentro, fuera de la vista. Cuando se acercaba, Hierba Cana regresó desde el túnel más distante y empezó a limpiarse las garras en una raíz que sobresalía.

-¿Cómo va todo? -le preguntó Vulneraria.

-Este corredor ya está abierto, señor. Pero me temo que con el otro tardaremos un poco más. Está muy bien bloqueado.

-Con uno tendremos bastante, siempre y cuando nuestros conejos puedan bajar por ahí. Podemos hacer que bajen ya y empiecen a derribar aquel muro de allí.

Estaba a punto de entrar en el túnel cuando vio que Verbena estaba a su lado. Por un momento pensó que iba a decirle que había matado a Thlaily, pero un segundo vistazo le dijo que se equivocaba.

-Tengo un poco de arenilla en el ojo, señor. Cuando me la quite me pondré .

Sin decir una palabra, Vulneraria regresó al otro lado del Panal. Verbena le siguió.

-Cobarde -le susurró al oído-, si mi autoridad desaparece, ¿dónde crees que quedará la tuya? ¿Acaso no eres el oficial más odiado en Éfrafa? Ese conejo debe morir.

Una vez más, se subió a la pila de tierra. Pero se detuvo . Verbena y Cardo levantaron la cabeza para ver por encima del general y comprendieron la razón. Thlaily había vuelto a la entrada del corredor y estaba agazapado allí debajo. El mechón de piel de su cabeza estaba teñido de sangre, y la oreja, medio partida, le colgaba sobre la cara. Respiraba lenta y trabajosamente.

-Te costará mucho más hacerme retroceder desde aquí, general.

Con enojo y sorpresa, Vulneraria se dio cuenta de que tenía miedo. No quería atacar a Thlaily otra vez. Sabia, con una terrible certeza, que no estaba en condiciones. ¿Y quién lo estaba? pensó. ¿Quién podría hacerlo? No, tendrían que entrar de alguna otra manera y todo el mundo sabría por qué.

-Thlaily -dijo-, hemos desbloqueado uno de los corredores. Puedo hacer que bajen los suficientes conejos para que derriben ese muro por cuatro sitios diferentes. ¿Por qué no sales?

La respuesta de Pelucón fue lenta y jadeante, pero perfectamente clara.

-Mi Conejo Jefe me ha dicho que tengo que defender este corredor, y mientras no me diga lo contrario, aquí me quedaré.

-¿Su Conejo Jefe? -dijo Verbena perplejo.

Ni a Vulneraria ni a los suyos se les había ocurrido en ningún momento que Thlaily pudiera no ser el Conejo Jefe de la madriguera. Pero le creyeron cuando lo dijo. Estaba diciendo la verdad. Y si él no era el Conejo Jefe eso significaba que por allí cerca debía de andar otro conejo fuerte. Más fuerte que Thlaily. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo en ese momento?

Vulneraria se dio cuenta de que Cardo ya no estaba detrás de él.

-¿Adónde ha ido ese jovenzuelo? -le preguntó a Verbena.

-Parece que se ha ido, señor.

-Deberías habérselo impedido. Ve a buscarlo inmediatamente.

Sin embargo, fue Hierba Cana el que regresó unos momentos después.

-Lo siento, señor. Cardo ha salido por el corredor que hemos abierto. Pensé que le había enviado usted, de lo contrario le hubiera preguntado adónde iba. Parece que uno o dos de mis conejos han salido con él. No sé por que.

-Ya les daré yo. Ven conmigo.

Sabía lo que tenían que hacer. Mandaría a todos sus conejos abajo a escarbar y abrirían todos los corredores. En cuanto a Thlaily, podían dejarlo donde estaba, y cuanto menos hablaran de él, tanto mejor. No habría más peleas en corredores estrechos, y cuando apareciera el Conejo Jefe lo abatirían atacándole desde todas partes.

Se volvió para cruzar la madriguera, pero se quedó donde estaba. En el lugar que iluminaba la luz que entraba por el techo había un conejo que no conocía. Era muy menudo, y miraba a su alrededor tenso, como un cachorro que sale a la superficie por primera vez, como si no supiera muy bien dónde estaba. Mientras Vulneraria lo observaba, levantó una de sus patas delanteras tembloroso y se la pasó por la cara. Por un momento, una sensación antigua y olvidada se agitó en la memoria de Vulneraria. El olor de las hojas de col mojadas en un huerto de una casa de campo, la sensación de estar en un lugar agradable y fácil, olvidado y perdido hacía mucho tiempo.

-¿Quién demonios es ése?

-Debe... debe de ser el conejo que estaba tendido allí, señor -respondió Hierba Cana-. El que pensábamos que estaba muerto.

-¿Ah, sí? Bueno, es de tu talla, ¿no, Verbena? Supongo que con éste sí podrás. Date prisa -le espetó con desprecio, mientras Verbena vacilaba, sin acabar de entender si el general hablaba en serio o no-. Y sal en cuanto termines.

Verbena avanzó lentamente por la sala. Ni siquiera él podía sentirse satisfecho ante la perspectiva de matar a un conejo tharn, con la mitad de su tamaño, obedeciendo una orden desdeñosa. El pequeño conejo no se movió, ni intentó defenderse ni retroceder, sino que se limitó a mirarlo con sus grandes ojos atribulados, aunque no eran por cierto los de un enemigo vencido o una víctima. Bajo aquella mirada, Verbena se detuvo indeciso y durante un largo momento se miraron el uno al otro bajo la pálida luz. Entonces, con total serenidad y sin rastro de miedo, el extraño conejo dijo:

-Lo siento con todo mi corazón. Pero no podéis culparnos, porque habéis venido a matamos.

-¿Culparos? -preguntó Verbena-. ¿Culparos de qué?

-De vuestra muerte. Créeme, lo siento mucho.

Durante su vida, Verbena se había encontrado con prisioneros que, antes de morir, le maldecían o le amenazaban incluso con una venganza sobrenatural, como había hecho pelucón con Vulneraria durante la tormenta. Si se hubiera dejado afectar por ese tipo de

cosas, no hubiera podido ostentar de ningún modo el cargo de jefe del Owslafa. En realidad, Verbena tenía todo un arsenal de respuestas burlonas para casi todo lo que podía decir un conejo en esas terribles circunstancias. Ahora, mientras sus ojos seguían posados en los de aquel extraño enemigo -el único que había podido ver durante la larga búsqueda de aquella noche- sintió que el horror le invadía, un terrible miedo por aquellas palabras, amables e inexorables como la caída de la nieve amarga en un lugar sin posible refugio. Los huecos sombríos de la conejera parecían llenos de fantasmas malignos que susurraban y reconoció las voces olvidadas de conejos a los que había matado hacia meses en las zanjas de Éfrafa.

-¡Déjame en paz! -gritó Verbena-. ¡Deja que me vaya! ¡Deja que me vaya!

Dando traspiés, encontró el camino al corredor abierto y se arrastró al exterior. Cuando llegó arriba se encontró con Vulneraria, que escuchaba a uno de los excavadores de Hierba Cana, que temblaba y tenía los ojos desorbitados.

-Oh, señor -dijo el joven-, dicen que hay un Conejo Jefe más grande que una liebre. Y un extraño animal al que oyeron...

-¡Cállate! -exclamó Vulneraria-. Venga, sígueme.

La intensidad de la luz le obligó a entrecerrar los ojos. Los conejos que había dispersos por la hierba lo miraron horrorizados, preguntándose incluso si era posible que aquél fuera el general. Su nariz y uno de los párpados estaban desgarrados, y tenía la cara cubierta de sangre. Cuando caminaba, arrastraba la pata delantera y su cuerpo se decantaba hacia un lado. Gateó hasta el césped y miró a su alrededor.

-Bien -dijo-, queda una única cosa por hacer. Ahí abajo hay una especie de muro. -Se detuvo, consciente del miedo y la incertidumbre que reinaban a su alrededor. Miró a Hierba de Santiago y éste desvió la mirada. Dos conejos se estaban alejando disimuladamente entre la hierba. Les ordenó que volvieran.

-Qué os creéis que estáis haciendo?

-Nada, señor -replicó uno-. Sólo habíamos pensado.

De pronto, el capitán Campeón apareció como un rayo por la cima de la colina. Desde abajo les llegó un único y fuerte grito. En ese mismo momento, dos conejos extraños llegaron corriendo juntos hasta el bosque y desaparecieron por uno de los corredores bloqueado.

-¡Corred! -gritó Campeón golpeando el suelo con las patas en señal de alarma-. ¡Corred si queréis salvar la vida!

Pasó como un vendaval entre ellos y desapareció colina abajo. Sin acabar de entender qué había querido decir exactamente, todos se volvieron indecisos a un lado y a otro. Cinco corrieron a esconderse por el corredor abierto y otros cinco corrieron por el bosque. Pero antes de que tuvieran tiempo de díspersarse saltó en medio de ellos un perro negro, dando zarpazos, mordiendo y persiguiendo a unos y a otros, como un zorro en un gallinero.

Sólo Vulneraría permaneció en su sitio. Mientras los otros corrían en todas direcciones, él seguía impertérrito, gruñendo empapado en sangre. El perro, que se lo encontró de cara al salir de entre unas matas de hierba, retrocedió un momento, asustado y confuso. Y luego saltó hacia delante. Y mientras corrían, sus Owsla pudieron oír cómo les gritaba: «¡Volved, estúpidos! ¡Los perros no son peligrosos! ¡Volved y luchad!»

48. *Dea ex machina*

> Yo era inexperto y despreocupado, célebre entre los graneros, en el feliz corral, y cantaba como si la granja fuera mi casa, bajo un sol que sólo es joven una vez.
>
> Dylan Thomas, *Fern Hill*

Cuando Lucy despertó, la habitación ya estaba llena de luz. Las cortinas no estaban corridas y el cristal de la ventana reflejaba un rayo de sol que podía coger a voluntad moviendo su cabeza sobre la almohada. Una paloma torcaz emitía su reclamo entre los olmos. Pero era otro el sonido que la había despertado. Un sonido agudo, una parte del sueño que se había escurrido al despertar, como el agua en una palangana. Quizá era el perro, que había ladrado. Ahora todo estaba tranquilo, y sólo permanecían el destello de sol en el cristal de la ventana y el canto de la paloma torcaz, como las primeras pinceladas sobre un lienzo muy grande cuando no estás seguro de cómo va a ser el cuadro. La mañana parecía agradable. ¿Habría setas ya? ¿Valía la pena levantarse y salir al campo a comprobarlo? El tiempo era aún demasiado seco y cálido para que hubiera setas. Las setas eran como la zarzamora: para estar bien necesitaban agua. Pronto llegarían las mañanas húmedas y grandes arañas invadirían los setos, esas que tienen una cruz blanca en la espalda. Jane Pocock corría a la parte de atrás del autobús cuando llevaba una en una caja de cerillas para enseñársela a la señorita Tallant.

Araña, araña en el autobús,
la boba de Jane armó un jaleo,
la araña se llevó un diez.

Ahora ya no podía coger el reflejo del sol. El sol se había desplazado. ¿Qué ocurriría hoy? Martes: mercado en Newbury. Papá entraría. El doctor tenía que venir a ver a mamá. El doctor tenía unas gafas divertidas que se aguantaban sobre su nariz. Le habían dejado una señal a ambos lados. Si no tenía prisa, hablaría con ella. El doctor parecía un poco raro, pero cuando le conocías era muy amable.

De repente hubo otro sonido agudo. En aquellas horas tempranas y calmas de la mañana, voló como algo que se derrama sobre un suelo limpio, un grito de miedo, de desesperación. Lucy saltó de la cama y corrió hasta la ventana. Fuera lo que fuera, estaba allí mismo. Se asomó. Sus pies no tocaban el suelo, y el estómago lo tenía pegado al alféizar. Tab estaba abajo, junto a la caseta del perro. Había cogido algo, una rata seguramente, a juzgar por los chillidos.

-¡Tab! -gritó Lucy-. ¡Tab! ¿Qué tienes ahí?

Al oír aquella voz, el gato miró hacia arriba un momento y volvió a su presa. No era una rata, era un conejo que yacía de costado junto a la caseta del perro. Parecía estar bastante mal. Pataleaba todo el rato. Entonces chilló otra vez.

Lucy corrió escaleras abajo en camisón y abrió la puerta. La arenilla le pinchaba en los pies y decidió pasar entre las flores. Cuando llegó junto a la caseta, el gato la miró y le escupió, con una pata apoyada en el cuello del conejo

-¡Márchate, Tab! -dijo Lucy-. Animal cruel. Déjalo en paz.

Le dio una palmada al gato, y éste, con las orejas Planas, intentó arañarla. Ella volvió a levantarle la mano y el gato maulló, se alejó unos pocos metros y se volvió a mirarla resentido. Lucy cogió al conejo, que se debatió por un momento y se quedó rígido.

-Estate quieto -le dijo-. No voy a hacerte daño.

Volvió a la casa con el conejo.

-¿Dónde estabas? -le preguntó su padre, sus botas crujiendo sobre las baldosas-. Mira cómo llevas los pies. ¿No te he dicho...? ¿Qué llevas ahí?

-Un conejo -dijo ella a la defensiva.

-¡Y sales en camisón! Vas a coger una pulmonía. ¿Para qué quieres ese conejo?

-Me gustaría quedármelo.

-No.

-¡Papá! Es muy bonito.

-No puede ser. Si lo pones en una jaula se morirá. No se puede tener conejos

salvajes. Y si consigue escapar hará un estropicio en el huerto.

-Pero está malo, papá. El gato lo ha cogido.

-El gato sólo estaba haciendo su trabajo. Tenias que haber dejado que lo matara.

-Quiero enseñárselo al doctor.

-El doctor tiene cosas más importantes que hacer que entretenerse con un conejo viejo. Dámelo.

Lucy empezó a llorar. No llevaba toda la vida en una granja por nada, y sabía que todo lo que había dicho su padre era verdad. Pero le asustaba la idea de matar al conejo a sangre fría. Es verdad que no sabia qué podía hacer con él a la larga. Pero quería enseñárselo al doctor. Sabía que el doctor la tenía por una chica de campo, una buena chica de campo. Cuando le enseñaba las cosas que encontraba -el huevo de un jilguero, una vanesa de los cardos, agitando sus alas en un bote de cristal, o un hongo que era igual que una piel de naranja-, el doctor la tomaba muy en serio y le hablaba como si fuera una persona mayor. Pedirle consejo sobre un conejo herido y hablarlo con él sería muy adulto. Y mientras a lo mejor su padre cedía, o a lo mejor no.

-Sólo quiero enseñárselo al doctor, papá. No dejaré que haga nada malo, de verdad. Sólo es para poder hablar con el doctor.

Aunque nunca se lo había dicho, su padre estaba orgulloso del modo en que se portaba con el doctor. Era una niña muy inteligente, seguramente iría a secundaria, eso le habían dicho. El doctor había mencionado un par de veces lo en serio que se tomaba la niña esas cosas que cogía. Condenados conejos. Mientras no lo deje suelto, supongo que no hará ningún daño.

-¿Por qué no haces algo útil en vez de quedarte ahí gritando? Ponte algo encima y ve a buscar esa vieja jaula que hay en el cobertizo.

Lucy dejó de llorar y subió a su cuarto con el conejo. Lo metió en un cajón, se vistió y fue a buscar la jaula. A la vuelta se detuvo a recoger algo de paja de detrás de la caseta del perro. Su padre salió a su encuentro desde el granero.

-¿Has visto a Bob?

-No -dijo la niña-. ¿Dónde puede haber ido?

-Ha roto la cuerda y se ha escapado. Ya sabía que no era muy buena, pero pensaba que aguantaría. De todos modos, yo tengo que ir a Newbury esta mañana. Si vuelve, procura atarlo bien.

-Yo lo buscaré, papá -dijo Lucy-. Ahora voy a subirle el desayuno a mamá.

-Muy bien. Estoy seguro de que mañana estará mejor.

El doctor Adams llegó poco después de las diez. Lucy, que estaba haciendo su cama y arreglándose la habitación más tarde de lo habitual, lo oyó cuando detenía el coche bajo los olmos al final del sendero y salió a recibirle, preguntándose por qué no había dejado el coche junto a la casa como hacia siempre.

Había salido del coche y permanecía allí de pie con las manos cogidas a la espalda, observando el sendero. Cuando se dio cuenta de que se acercaba la llamó con aquella timidez y sequedad a la que le tenía acostumbrada.

-Eh... Lucy.

Ella corrió hasta él. El doctor se quitó sus quevedos y los guardó en el bolsillo de su chaleco.

-¿Es tu perro?

El labrador venía por el sendero, visiblemente cansado y arrastrando la cuerda rota. Lucy lo cogió.

-Se había escapado, doctor. Nunca habíamos estado tan preocupados por él.

El labrador se puso a olisquear los zapatos del doctor.

-Parece que ha estado luchando con algún animal -dijo el doctor-. Tiene la nariz arañada, y eso que tiene en la pata parece un mordisco.

-¿Qué cree que ha pasado, doctor?

-Bueno, puede que haya sido una rata, o un armiño, A lo mejor intentó cogerlo y el animal se revolvió.

-He encontrado un conejo esta mañana, doctor, un conejo salvaje, y está vivo. El gato lo había atrapado, y me parece que está herido. ¿Quiere verlo, doctor?

-Bueno, creo que es mejor que suba a ver a Mrs. Cane primero. -No dice «tu madre», pensó Lucy-. Y si me sobra tiempo le echaré una ojeada a ese conejo.

Veinte minutos más tarde, Lucy sostenía al conejo lo más quieto posible, mientras el doctor Adams le presionaba aquí y allá con las yemas de los dedos.

-Bueno, no parece que tenga nada grave -dijo el doctor al final-. No tiene nada roto- Hay algo en esta pata, pero debió de hacérselo hace mucho tiempo, y ya está más o menos curado. El gato le ha arañado aquí, ¿lo ves?, pero no es nada. Yo diría que se pondrá bien .

-Pero no está bien que me lo quede, ¿verdad, doctor? En una jaula.

-Qh, no. No podría vivir en una caja. Si no consigue escapar moriría pronto. Yo lo dejaría escapar... a menos que quieras comértelo.

Lucy se rió.

-Papá me mataría si lo dejara suelto por aquí. Siempre dice que un conejo es como ciento uno.

-Bueno, pues te diré lo que vamos a hacer -dijo el doctor Adams al tiempo que cogía su reloj de bolsillo y lo miraba a la distancia de un brazo, porque era présbita-. Tengo que seguir por la carretera unos cuantos kilómetros para visitar a una anciana en Cole Henley. Si quieres puedo llevarte en el coche para que lo dejes en la colina. Estarás en casa antes de comer.

Lucy pegó un brinco.

-Voy a preguntárselo a mamá.

El doctor Adams detuvo su coche en la loma que separa la colina de Watership de la de Hare Warren.

-Creo que éste es un buen sitio. No puede hacer mucho daño por aquí.

Se alejaron un poco de la carretera, caminando hacia el este, y la niña dejó el conejo en el suelo. El animal se quedó inmóvil durante un instante y echó a correr entre la hierba.

-Sí, si que tiene algún problema en esa pata -dijo el doctor señalándolo-. Pero aún puede vivir muchos años. Nacido y criado entre las zarzas, Brer Fox.

***49**. Avellano vuelve a casa*

Dos diablos somos con buena suerte,
y no hace falta prenda ni juramento
para sellar nuestra adorable amistad,
más firmemente de lo que ya sellada está.

Robert Graves, *Two Fusiliers*

Aunque al final Vulneraria había demostrado ser un loco, lo que hizo no resultó del todo fútil. No hay duda de que, de no haber actuado como lo hizo, aquella mañana hubieran muerto muchos más conejos en la colina de Watership. El perro había subido tan rápido y silencioso tras de Diente de León y Zarzamora que derribó y mató a uno de los centinelas de Campeón,

que se había quedado dormido en una mata de hierba, en cuanto se volvió para echar a correr. Más tarde, cuando terminó con Vulneraria, el perro siguió yendo de un lado a otro durante un rato, arrojándose a cualquier arbusto o matojo de hierbajos que encontraba. Para entonces los efrafanos ya habían tenido tiempo de dispersarse y esconderse lo mejor que pudieron. De todos modos, el perro, que había recibido unos arañazos y mordiscos que no esperaba, se mostraba reacio a pelear de nuevo. Sin embargo, al final consiguió atrapar y matar al conejo que se había herido con un cristal el día antes, y con esto se marchó por donde había venido, desapareciendo por el borde de la escarpadura.

Era evidente que los efrafanos no reanudarían el ataque. Lo único que querían era salvar su vida. Su líder había muerto. Y eran precisamente los conejos que habían venido a matar los que trajeron al perro, de eso estaban seguros. Todo concordaba con aquel misterioso asunto del zorro y el pájaro blanco. Hierba de Santiago, el conejo menos dado a fantasías que se pueda imaginar, lo había oído bajo tierra. Campeón, que estaba agazapado en una mata de ortigas con Verbena y otros cuatro o cinco conejos, recibió efusivas muestras de agradecimiento cuando dijo que tenían que alejarse cuanto antes de aquel lugar tan peligroso, que ya llevaban allí demasiado tiempo.

Sin Campeón, probablemente ninguno de los conejos hubiera regresado a Éfrafa. Pero, a pesar de su habilidad como patrullero, no pudo llevar a casa más que la mitad de los que habían bajado a la colina de Watership. Tres o cuatro se habían alejado demasiado intentando escapar del perro, y nunca supieron qué había sido de ellos. No serian más de catorce o quince los conejos que partieron con Campeón, poco antes de ni-Frith, para intentar repetir un viaje que habían hecho el día anterior. No estaban en condiciones de alcanzar la madriguera para la noche, y no pasó mucho antes de que tuvieran cosas peores que afrontar que su fatiga y su desánimo. Las malas noticias viajan con rapidez. Incluso más allá del Cinturón de César llegaron rumores de que el temible general Vulneraria y sus Owsla habían sido derrotados en la colina de Watership, y que los que quedaban se arrastraban hacia el sur en baja forma y sin ánimo ni para estar alerta. Los Mil empezaron a acecharlos. Armiños, zorros, incluso un gato de alguna granja. A cada alto que hacían, descubrían que faltaba algún conejo, y nadie recordaba haber visto lo que le había pasado. Uno de ellos fue Verbena. Desde el principio se vio bien claro que lo había perdido todo y que sin Vulneraria tenía bien pocos motivos para volver a Éfrafa.

A pesar del miedo y las dificultades, Campeón se mantuvo firme y alerta, manteniendo a los supervivientes juntos, pensando en lo que debían hacer y dando ánimo a los que sentían que no podían seguir. Durante la tarde del siguiente día, cuando la Pata Derecha Delantera estaba silflay, alcanzó cojeando la línea de los centinelas con seis o siete conejos. Él mismo estaba al borde del colapso y a duras penas pudo dar su informe ante el Consejo.

Sólo Hierba Cana, Cardo y otros tres o cuatro tuvieron el valor de correr a esconderse por el corredor que habían abierto. En el Panal, Hierba Cana y sus fugitivos se rindieron inmediatamente a Quinto, que seguía perplejo por el largo trance por el que había pasado y apenas si acababa de entender qué estaba sucediendo. Sin embargo, cuando los efrafanos llevaban ya un rato acuclillados en la conejera escuchando la carnicería que estaba haciendo el perro, Quinto recobró finalmente la conciencia, fue hasta la boca del corredor donde yacía Pelucón medio inconsciente, y consiguió que Acebo y Plateado entendieran que el sitio había terminado. No faltaron voluntarios para desbloquear los corredores. Dio la casualidad de que Campanilla fue el primero que logró entrar en el Panal, y varios días después aún seguía mejorando su imitación del capitán Quinto al frente de sus prisioneros efrafanos. «Como un aliovín rodeado por un montón de chovas que están cambiando la piel», como decía él.

Nadie les prestó mucha atención, pues en la madriguera todos estaban preocupados por Pelucón y Avellano. Parecía probable que Pelucón muriera. Yacía tendido en el corredor que había defendido, sangrando por una docena de sitios, y no respondió cuando Hyzenthlay le dijo que los efrafanos habían sido derrotados y la madriguera estaba a salvo. Un poco después se pusieron a cavar cuidadosamente a su alrededor para ensanchar el corredor y a medida que el día avanzaba, las hembras se turnaban para quedarse junto a él, lamiéndole las heridas y escuchando su respiración lenta y débil.

Antes de aquello, Zarzamora y Diente de León se habían introducido por el corredor de Kehaar -no lo habían bloqueado- y explicaron lo sucedido en la granja. Diente de León no sabía qué podía haberle pasado a Avellano después de que el perro se soltara, y después de ni Frith todos empezaron a temer lo peor. Finalmente, Puchero, lleno de ansiedad y angustia, insistió en que fueran hasta Nuthanger. Quinto dijo que le acompañaría y partieron del bosque

hacia el norte. No habían andado mucho cuando Quinto, desde un hormiguero en el que se había sentado para ver mejor los alrededores, divisó un conejo que se acercaba por el este. Los dos corrieron y reconocieron a Avellano. Quinto corrió al encuentro de Avellano mientras Puchero corría al Panal para dar la noticia.

En cuanto supo lo que había ocurrido -incluyendo lo que Hierba Cana tenía que decir-, Avellano le pidió a Acebo que cogiera a dos o tres conejos y averiguara si los efrafanos se habían ido de verdad. Entonces fue hasta el corredor en el que yacía Pelucón. Al verlo llegar, Hyzenthlay le dijo:

-Estaba despierto hace un rato, Avellano-rah. Preguntó dónde estabas y dijo que le dolía mucho la oreja.

Avellano hocicó la enmarañada mata de pelo. La sangre de su nariz se había endurecido y formaba piquitos.

-Lo has conseguido, Pelucón. Se han ido.

Durante unos instantes, Pelucón no se movió. Entonces abrió los ojos y levantó la cabeza, y se puso a olisquear a los dos conejos que había junto a él. No dijo nada, y Avellano se preguntó si habría entendido lo que le había dicho. Al final murmuró: «Senior Vulneraria final, ¿sí?»

-*Yak* -respondió él-. He venido a ayudarte a silflay. Te hará bien, y fuera podemos limpiarte mucho mejor. Vamos, hace una tarde preciosa, sólo hay hojas y sol.

Pelucón se incorporó y fue tambaleándose hacia lo que quedaba del devastado Panal. Allí se tiró al suelo y descansó, volvió a incorporarse y se dirigió hacia el corredor de Kehaar.

-Pensaba que me había matado... No quiero más peleas, ya he luchado bastante. Y tú... tu plan funcionó, ¿verdad, Avellano-rah? Bien hecho. Explícame cómo fue y cómo volviste de la granja.

-Un hombre me trajo en un hrududu casi todo el camino.

-Y el resto lo recorriste volando, supongo, con un palito blanco quemándose en tu boca. Vamos, Avellano-rah, no me tomes el pelo. ¿Qué pasa, Hyzenthlay?

-¡Qh! -exclamó ella con los ojos muy abiertos-. ¡Oh!

-¿Qué pasa?

-¡Lo ha hecho!

-Que ha hecho qué.

-Ha vuelto a casa en un hrududu. Yo lo vi... lo vi aquella noche en Éfrafa, cuando estaba contigo en tu conejera, ¿lo recuerdas?

-Lo recuerdo -dijo Pelucón-. Y recuerdo lo que te dije entonces. Que tendrías que hablar con Quinto. No estaría mal la idea. Vamos a hablar con él, y si él te cree, yo también lo haré.

50. *Y por último*

> -Es más, absolutamente convencido de que la injusta intervención del general, lejos de dañar su felicidad, ha contribuido tal vez a ella, al fomentar el conocimiento mutuo y dar más fuerza a su relación, así lo declaro para aquellos a quien pueda interesar...
>
> Jane Austen, *Northanger Abbey*

Era una agradable mañana de mediados de octubre, unas seis semanas más tarde. Aunque las hojas seguían en los árboles y el sol calentaba, sobre la colina empezaba a difundirse una creciente sensación de vacío. Las flores escaseaban. Aquí y allá destacaba el amarillo del cincoenrama, una campánula tardía o unos pocos retazos de flores púrpuras sobre una mata marrón y ensortijada de hierba del carpintero. Pero la mayoría de las plantas estaban en semilla. Por el lindero del bosque, una capa de clemátides resaltaba como un pedazo de humo, sus flores de dulce olor tomándose en la barba blanca de un anciano. El canto de los insectos era más raro e intermitente. Grandes extensiones de lo que había sido en verano abundante hierba estaban casi desiertas, y de las miríadas de agosto sólo restaban un escarabajo apresurado o una araña aletargada. Los mosquitos aún danzaban en el aire luminoso, pero los vencejos que antes se abalanzaban sobre ellos se habían ido y, en vez de sus gritos, en el aire se oía el gorjeo de un petirrojo que cantaba desde la cima de un bonetero. Los campos que había bajo la colina estaban despejados. Uno ya se había arado, y los pulcros bordes de los surcos captaban la luz del sol con un brillo apagado, claramente visible desde la cima. También el cielo estaba vacío, su claridad era tan leve como la del agua. En julio, su azul, espeso como la crema, parecía acercarlo a las copas de: los árboles, pero ahora era un azul alto y enrarecido, el sol descendía antes por el oeste y, una vez allí, mientras se hundía lento y soñoliento, rojo como los escaramujos que cubrían las zarzas, parecía anunciar un ligero toque de frío. Mientras el viento refrescaba desde el sur, las hojas rojas y amarillas de las hayas se rozaban con un sonido quebradizo, más áspero que el susurro fluido de días pasados. Era tiempo de calladas partidas, de que todo aquello que no tuviera fuerza para resistir al invierno marchara.

Muchos humanos dicen que les gusta el invierno, pero lo que realmente les gusta es poderse sentir protegidos frente a él. Para ellos la alimentación no supone ningún problema en invierno. Tienen fuegos y ropa de abrigo. El invierno no puede hacerles daño y, por tanto, aumenta su sensación de bienestar y seguridad. Para los pájaros y los animales, al igual que para las personas pobres, el invierno es otra historia. Los conejos, como muchos otros animales salvajes, pasan por muchas dificultades. Es cierto que tienen más suerte que otros, porque alguna comida siempre pueden encontrar. Pero cuando nieva, pueden llegar a pasar varios días bajo tierra, alimentándose únicamente de bolitas. Son más vulnerables a la enfermedad en invierno y el frío entumece su vitalidad. De todos modos, las conejeras pueden ser muy confortables y cálidas, especialmente si hay muchos conejos. El invierno suele ser una estación más activa para el apareamiento que el final del verano o el otoño, y el período de mayor fertilidad de las hembras suele iniciarse en febrero. También hay días en los que el silflay es agradable. Los aventureros gozan igualmente de los encantos de invadir los huertos. Y bajo tierra hay historias que contar y juegos con los que entretenerse, como la pata piedra y otros. Para los conejos, el invierno es lo que era para el hombre en la Edad Media, una estación dura pero soportable, y no del todo carente de compensaciones.

En la vertiente oeste del bosquecillo de hayas, Avellano y Quinto estaban sentados bajo el sol vespertino junto a Acebo, Plateado y Hierba Cana. Se había permitido que los supervivientes de Éfrafa se quedaran en la madriguera y, después de unos inicios algo inestables, durante los que se les observaba con desagrado y suspicacia, empezaban a integrarse gracias sobre todo a que Avellano quería que así fuera.

Desde la noche del sitio, Quinto pasaba mucho tiempo solo, e incluso en el Panal o durante el silflay de mañana y tarde se le veía silencioso y preocupado. Pero nadie se ofendía por ello. «Mira sin verte de una manera tan agradable», como decía Campanilla. A su manera, todos comprendían que Quinto estaba, más que nunca, gobernado por ese otro mundo misterioso del que había hablado a Avellano cuando estuvieron juntos al pie de la colina, en los últimos días de junio. Fue Pelucón el que, una noche que Quinto no estaba, dijo en el Panal que era él quien más cara había pagado la victoria sobre los efrafanos. Aun así, Quinto estaba muy unido a su compañera, Vilthuril, que había llegado a comprenderle casi tanto como Avellano.

Al lado del bosquecillo de hayas, entre la hierba, jugaban las cuatro crías de Hyzenthlay. Habían salido por primera vez hacía siete días. Si Hyzenthlay hubiera tenido una segunda camada, ya habría dejado que éstas se las arreglaran solas. Pero como no era así, no se alejaba mucho de ellos, observaba cómo jugaban e intervenía de vez en cuando, cuando el más fuerte se aprovechaba de los otros.

-Es un grupo muy bueno -dijo Acebo-. Espero que tengamos algunos más así.

-No podemos esperar muchos más hasta que no termine el invierno -comentó Avellano-. Aunque sí algunos.

-Yo creo que podemos esperar cualquier cosa. Tres camadas en otoño. ¿Has oído alguna vez cosa igual? Frith no hizo a los conejos para que se aparearan en pleno verano.

-No sabría qué decirte de Trébol. Ella es una coneja de granja, y tal vez para ellos sea normal tener crías en cualquier época. Pero estoy seguro de que Vilthuril y Hyzenthlay concibieron sus camadas en pleno verano porque no llevaban una vida normal en Éfrafa. Aunque por el momento son las dos únicas que han tenido sus crías.

-Ya que estamos en eso -intervino Plateado-, Frith no nos creó para que lucháramos en pleno verano. Nada de lo que ha sucedido era natural: la lucha, la concepción... y todo a causa de Vulneraria. Porque ¿qué hay menos natural que él?

-Pelucón tenía razón cuando dijo que no parecía un conejo -Era Acebo el que hablaba-. Era un animal de pelea, como una rata o un perro. Luchaba porque se sentía más seguro luchando que corriendo. Y era valiente, es cierto. Pero no era natural, por eso estaba destinado a acabar como lo hizo, porque se empeñaba en hacer algo que Frith nunca quiso que hicieran los conejos. Creo que, de haber podido, habría cazado como los elil.

-No está muerto, lo sabéis ¿verdad? -intervino de pronto Hierba Cana.

Todos callaron.

-No ha dejado de correr -dijo con pasión-. ¿Habéis visto su cuerpo? No. ¿Lo ha visto alguien? No. Nada podía matarle. Hizo que los conejos fueran más grandes de lo que nunca habían sido; más bravos, más hábiles, más astutos. Sé que pagamos por ello. Algunos con sus propias vidas. Pero valía la pena sentir que éramos efrafanos. Los elil nos temían. Y eso era gracias a Vulneraria... a él y a nadie más. No éramos lo bastante buenos para el general. Podéis estar seguros, se ha ido a fundar otra madriguera en otro sitio. Pero ningún oficial de Éfrafa podrá olvidarlo.

-Deja que te diga una cosa -empezó a decir Acebo, pero Avellano lo atajó.

-No debes decir que no erais lo bastante buenos. Por él hicisteis todo lo que un conejo es capaz de hacer y mucho más. Y hemos aprendido mucho de ti. Por lo que se refiere a Éfrafa, he oído que va bastante bien bajo el mandó de Campeón, aunque algunas cosas ya no son como antes. Y escúchame una cosa... para la próxima primavera seremos demasiados para estar a gusto en la madriguera. Animaré a algunos de los más jóvenes a que funden una madriguera a medio camino entre aquí y Éfrafa, y estoy seguro de que Campeón estará encantado de enviar también alguno de sus conejos. Tú serías la persona ideal para ese trabajo.

-¿No será demasiado difícil empezar? -preguntó Acebo.

-No cuando vuelva Kehaar -respondió mientras empezaban a brincar tranquilamente hacia los agujeros que estaban en la vertiente noreste del bosquecillo-. Aparecerá cualquier día de éstos, cuando empiece la tormenta en esa Agua Grande suya. Puede llevarle un mensaje a Campeón en el tiempo que tú tardarías en ir y volver hasta el árbol de hierro.

-¡Frith en las hojas! -exclamó Plateado-. ¡Hay por aquí alguien que se alegrará mucho de verle!

Habían alcanzado ya el lado este del bosque y allí, acuclillados entre los altos brotes de hierba en un lugar donde aún tocaba el sol, había tres conejitos, mayores que los de Hyzenthlay, que escuchaban a un voluminoso veterano de orejas gachas y con cicatrices desde la oreja hasta los cuartos traseros y que no era otro que Pelucón, capitán de una distendida Owsla. Eran los machos de la camada de Trébol y ya se le parecían, por cierto.

-Oh, no, no -decía Pelucón en ese momento-. Mis alas, mi pico... no saldrá bien. Tú... ¿cuál es tu nombre?... Escabiosa. Imagina que yo soy un gato y te veo al fondo del huerto comiéndote las lechugas. ¿Qué hago? ¿Voy hacia ti por el medio del camino meneando la cola? Bien, ¿qué dices?

-Por favor, señor, no he visto nunca un gato -dijo el pequeño conejo.

-No, todavía no has visto ninguno -admitió el cortés capitán-. Bueno, pues un gato es una cosa horrible con una cola muy larga. Está cubierto de pelo y tiene bigotes, y cuando pelea

hace un ruido muy fiero y escupe. Es muy astuto. ¿Entiendes?

-Oh, si, señor -respondió el conejito. Y, tras una pausa, dijo educadamente-: Mmm, ¿usted ha perdido la cola?

-¿Nos hablará de la lucha en la tormenta -dijo otro de los conejitos-, y del túnel de agua?

-Sí, después -dijo su despiadado entrenador-. A ver, soy un gato, ¿de acuerdo? Y vosotros pasáis a mi lado. Ahora...

-Le toman el pelo -dijo Plateado-. Pero harían cualquier cosa por él. -Acebo y Hierba Cana habían bajado a la madriguera, y Plateado y Acebo salieron una vez más al sol.

-Si, es verdad. Si no hubiera sido por él, el perro no hubiera llegado a tiempo. Y Vulneraria y los suyos no hubieran estado arriba, sino abajo, terminando lo que habían venido a hacer.

-Él derrotó a Vulneraria. Lo había derrotado antes de que el perro llegara. Eso es lo que quería decir, aunque supongo que no hacia falta.

-Me pregunto cómo irá el trabajo de la conejera de invierno que hay debajo de la colina -preguntó Avellano-. La necesitaremos cuando llegue el mal tiempo. Ese agujero del techo del Panal no ayuda mucho. Supongo que algún día se cerrará de forma natural, pero por ahora es un estorbo.

-Aquí llegan los excavadores.

Puchero y Campanilla aparecieron por el borde de la cima, junto con tres o cuatro hembras.

-Ajajá, oh, Avellano-rah -recitó Campanilla-. La conejera es buena, no hay ni escarabajo, ni gusano, ni babosa. Y cuando nieve, cuando arriba hiele...

-Te deberemos mucho, cuando llegue -dijo Avellano-. En serio. ¿Están escondidos esos agujeros?

-Tanto como en Éfrafa, diría yo. En realidad me he traído uno para enseñártelo. No puedes verlo, ¿verdad? Mira al viejo Pelucón, con aquellos jovencitos. ¿Sabes?, si volviéramos a Éfrafa, no creo que supieran en qué marca ponerlo. Las tiene todas.

-Ven al lado de poniente con nosotros, Avellano-rah -invitó Puchero-. Hemos subido tan pronto para ver si podíamos tomar un poco el sol antes de que anochezca.

-De acuerdo -dijo Avellano de buen humor-. Plateado y yo acabamos de venir de allí, pero no me importaría estar otro ratito.

-Vamos a aquel agujero donde encontramos a Kehaar aquella mañana -propuso Plateado-. Allí no dará el viento. ¿Os acordáis de cómo nos maldecía e intentaba alcanzarnos con el pico?

-Y los gusanos que tuvimos que llevarle -dijo Campanilla-. No te olvides de los gusanos.

Cuando empezaron a acercarse al agujero oyeron algo que les indicó que no estaba vacío. Evidentemente, otro conejo había tenido la misma idea.

-A ver lo que podemos acercarnos sin que nos descubra -propuso Plateado-. Al puro estilo Campeón.

Se acercaron sigilosamente, con el viento del norte de cara. Cuando se asomaron por el borde vieron a Vilthuril y sus cuatro crías tumbadas al sol. La madre estaba explicándoles una historia.

-Así que cuando cruzaron el río -decía Vilthuril-, El-ahrairah los guió en la oscuridad, a través de un lugar salvaje y solitario. Algunos tenían miedo, pero él conocía el camino y por la mañana los llevó sanos y salvos a unos verdes prados, muy bonitos, con hierba dulce y buena. Y allí encontraron una madriguera. Pero la madriguera estaba encantada, y todos sus conejos estaban bajo el influjo de un hechizo. Llevaban brillantes collares en el cuello y cantaban como los pájaros y algunos hasta podían volar. Pero a pesar de lo agradables que parecían, sus corazones eran oscuros y tharn. Así que la gente de El-ahrairah dijo: «Oh, éstos son los maravillosos conejos del príncipe Arco Iris. Ellos mismos parecen príncipes. Viviremos con ellos y nos convertiremos en príncipes.»

Vilthuril miró hacia arriba y vio a los recién llegados. Se detuvo un momento pero

después continuó.

-Pero Frith se le apareció a Rabscuttle en un sueño y le avisó de que la madriguera estaba encantada. Y él escarbó en el suelo para descubrir dónde estaba enterrado el hechizo. Cayó y cayó duramente, pero al final encontró el hechizo maligno y lo sacó de allí. Y todos huyeron de él, pero entonces se convirtió en una gran rata y voló hacia El-ahrairah. El-ahrairah luchó contra la rata y por fin pudo atraparla entre sus garras, y entonces se convirtió en un gran pájaro blanco que le habló y le bendijo.

-Me parece que conozco esa historia -susurró Avellano-, aunque no recuerdo dónde la he oído.

Campanilla se sentó y se rascó el cuello con la pata trasera. Los pequeños conejos se volvieron al oírle y al punto subieron en tropel por el lado del agujero gritando: «¡Avellano-rah, Avellano-rah!» y saltando sobre él desde todas partes.

-¡Eh, un momento -dijo él quitándoselos de encima-, no he venido aquí para meterme en una pelea con un montón de mocosos como vosotros! Oigamos el resto de la historia.

-Pero viene un hombre con un caballo -dijo uno de los pequeños-. ¿No tendríamos que correr al bosque a escondernos?

-¿Cómo lo sabes? Yo no oigo nada.

-Yo tampoco -dijo Plateado con las orejas tiesas.

El pequeño conejo parecía confuso.

-No lo sé, Avellano-rah, pero estoy seguro de que no me equivoco.

Esperaron un poco, mientras el sol se hundía rojo por el horizonte. Al fin, cuando Vilthuril estaba a punto de continuar con la historia, oyeron las patas de un caballo sobre la hierba y apareció por el oeste un jinete que iba a medio galope, en dirección a la colina de Cannon Heath.

-No nos molestará -dijo Plateado-. No hace falta que corramos. Pero es muy curioso que puedas presentirlo desde tan lejos, joven Threar.

-Siempre le pasa -dijo Vilthuril-. El otro día me habló de un río que había visto en un sueño. Es como Quinto. Igualito que Quinto.

-¿Como Quinto? -exclamó Avellano-. Bueno, pues mientras tengamos a alguno como ellos yo diría que nos irá bien. Empieza a hacer un poco de frío, ¿no os parece? ¿Por qué no bajamos y escuchamos el final de la historia en una buena conejera? Mirad, allí está Quinto. A ver quién le alcanza primero.

Unos minutos después, no se veía un solo conejo en la colina. El sol se ocultó tras la colina de Ladie y las estrellas otoñales empezaron a brillar por el este... Perseo y las Pléyades, Casiopea, el débil Piscis y el gran cuadrado de Pegaso. El aire refrescó y pronto miríadas de hojas llenaron las zanjas y los agujeros y volaron en ráfagas sobre oscuros kilómetros de hierba. Bajo tierra, la historia continuo.

****

Epílogo

Miraba hacia delante para servir al tiempo,

y era el más disciplinado de los bravos,
vivió mucho, pero
a los dos nos robó el tiempo de las brujas,
y nos sacó de la acción...

Shakespeare, *Todo va bien si acaba bien*

Él era parte de mi sueño, claro.., pero yo
era parte de su sueño también.

Lewis carroll, *A través del espejo*

¿Y qué pasó al final?, pregunta el lector que ha seguido las aventuras de Avellano y sus compañeros y ha vuelto con ellos a la madriguera a la que Quinto les llevó desde los campos de Sandleford. El sabio señor Lockley nos ha dicho que los conejos viven dos o tres años. Lo sabe todo sobre los conejos. Pero Avellano vivió mucho más. Vivió muchos veranos, como dicen allí, y llegó a conocer muy bien los cambios que se producían en las colinas en primavera y en invierno. Vio más jóvenes conejos de los que podía recordar. Y a veces, cuando en las tardes soleadas de verano alguien explicaba una historia bajo las hayas, no hubiera sabido decir si se referían a él mismo o eran sobre algún otro conejo de tiempos pasados.

La madriguera prosperó, y con el tiempo también lo haría la nueva madriguera de Cinturón, a medio camino entre la de Watership y Éfrafa, la madriguera que Avellano había visto aquella noche cuando salió solo a hablar con el general Vulneraria para tratar de salvar a sus amigos. Hierba Cana fue el primer Conejo Jefe, pero tenía a Fresón y Espino Cerval junto a él para darle consejos y había aprendido lo bastante para no marcar a nadie y organizar patrullas amplias sólo ocasionalmente. Campeón estuvo de acuerdo en mandar algunos conejos de Éfrafa, y la primera partida no la dirigió otro que Hierba de san Benito, que actuó con sensatez e hizo un buen trabajo.

Nunca volvieron a ver al general Vulneraria. Pero, como dijo Hierba Cana, nadie encontró el cadáver, de modo que tal vez, después de todo, sea cierto que aquel extraordinario conejo escapó para seguir viviendo en otra parte y siguió desafiando a los elil como siempre. Kehaar, al cual pidieron que volara sobre las colinas para ver si seguía por allí, se limitó a responder: «Condenado conejo, yo no veo, yo no quiere veo.» No muchos meses después, a nadie le preocupaba ya si tenía ascendientes en Éfrafa o no. Y, sin embargo, pervivió la leyenda de que, en algún lugar, más allá de las colinas, vivía un conejo grande y solitario que trataba a los elil como si fueran ratones y a veces iba a silflay al cielo. Si alguna vez acechaba el peligro, él volvería para luchar por aquellos que honraban su nombre. Y las mamás conejas les decían a sus crías que si no hacían lo que les decían se los llevaría el General, el primo del Conejo Negro. Tal fue el monumento erigido en nombre de Vulneraria, y tal vez no le hubiera desagradado tanto.

Una mañana fría y desapacible de marzo, no recuerdo cuántas primaveras después, Avellano dormitaba en su conejera. Últimamente pasaba mucho tiempo allí, porque tenía frío, y ya no olía ni oía tan bien como antaño. Había estado soñando algo confuso, sobre la lluvia y las flores del saúco, y al despertar se dio cuenta de que había un conejo tendido a su lado. Sin duda era un joven que había venido a pedirle consejo, pues de lo contrario el centinela que había en el corredor no le habría dejado pasar. No importa, pensó Avellano. Levantó la cabeza y preguntó: «¿Quieres hablarme?»

-Sí, para eso he venido -dijo la otra voz-. Me conoces, ¿verdad?

-Claro -dijo Avellano esperando poder recordar el nombre. Entonces, en la penumbra de la conejera vio que las orejas emitían una débil luz plateada-. Si, mi señor. Sé quién sois.

-Sé que te sientes cansado -dijo el extraño-. Y yo puedo ayudarte. He venido a preguntarte si te gustaría incorporarte a mi Owsla. Estaríamos muy contentos de tenerte con nosotros. Si estás preparado, podemos irnos ahora mismo.

Pasaron junto al centinela, que no le prestó atención al extraño. El sol brillaba y, a pesar

del frío, había algunos conejos silflay, arrancando los brotes primerizos de la hierba lejos del viento. A Avellano le pareció que ya no necesitaría más su cuerpo, de modo que lo dejó en el borde de la zanja, y se detuvo un momento para observar a sus conejos y tratar de acostumbrarse a la extraordinaria sensación de que la fuerza y la vida salían de su cuerpo para fluir incansable por sus cuerpos jóvenes y radiantes y sus despiertos sentidos.

-No tienes que preocuparte por ellos -le dijo su compañero-. Estarán bien... como tantos miles de conejos. Si me acompañas te mostraré lo que quiero decir.

Alcanzó el borde del terraplén con un salto ágil. Avellano le siguió; y juntos se marcharon, atravesaron el bosque y corrieron con facilidad colina abajo, donde las primeras primaveras ya empezaban a florecer.

FIN